EL CAMINO DEL ACERO



UNA NOVELA DE ÉPICA Y FANTASÍA

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ

EL CAMINO DEL ACERO

Andrés Díaz Sánchez

Mapa: José María Bravo Lineros y Pablo Vila Vayá

A todos los libros que
vivían en mi mente mientras escribía este

Índice

Mapa de Durba



El camino del acero

0

Poco a poco, he ido aceptando mi situación. Ya han desaparecido el miedo, la amargura, la rabia contra el mundo, contra Dios o contra lo que quiera que señale el destino de mi existencia. Día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, segundo tras segundo, la idea de que voy a morir ha empapado mis emociones y mi razón. Se ha infiltrado en mi ser como el agua en la esponja y ya no encuentro fuerzas ni deseo de rechazarla.

Tumbado en esta cama de hospital, tan frío y aséptico como cualquier otro, comprendo que no hay vuelta de hoja, no hay salida ni solución a este problema. Aunque por fortuna de manera indolora, la enfermedad me roe por dentro y me carcome, arrancándome la energía.

En esta tarde de viernes debería encontrarme en un bar o en una discoteca, persiguiendo chicas o quizás emborrachándome, o peleándome con algún tipo insoportable; podría practicar un deporte, hacer un viaje, cometer una locura… Tendría que estar haciendo mil y una cosas capaces de alejarme de esta muerte que se me acerca poco a poco. Es la invitada a la que no se llamó. Pero uno acaba por acostumbrarse a vivir bajo su sombra.

A mis quince patéticos años habría de encontrarme saboreando la vida.

Aunque, dicho sea de paso, siempre he sido demasiado débil y tímido como para disfrutar mi propia existencia. No sobresalgo en nada, como no sea en los estudios, y soy, como se suele decir, un ratón de biblioteca. Mi vicio y mi maldición es leer y me catalogo como uno de esos que miran el mundo a través de la hoja y la tinta, pues no tienen valor para lanzarse en carne y hueso a los abismos y a las alturas.

¿Por qué he de maldecir al destino por sufrir una enfermedad terminal? Nada de hipocresías: si pudiera quitarme los tubos de la nariz y los brazos y levantarme de este ataúd blando, amortajado con sábanas inodoras, mi existencia no cambiaría mucho. Volvería a mirar desde lejos el escaparate de la vida, sin atreverme a entrar en la tienda. Me fallaría otra vez el valor a la hora de intentar conquistar a una chica, o hacerme notar en el aula, o en cualquier otro pequeño acto de coraje capaz de hacer brillar la existencia. Después, como siempre, me quedarían los libros.

Los pensamientos se me han vuelto lúgubres y no puedo concentrarme en el sentido de las frases y los párrafos. Dejo caer encima de mi pecho el estudio sobre Alejandro Magno. En la mesilla tengo otras biografías interesantes: Julio César y Pericles, algunas novelas de Fantasía y ensayos sobre la Antigüedad, una época que

siempre me ha seducido.

¿Qué puedo hacer para matar el tiempo hasta la llegada de la Señora?

Aburrido, agarro el mando de la televisión. Aparece una telenovela romántica llena de palabras huecas de amor, acompañadas de una música de fondo melosa, insoportable. Botón. Una jirafa arranca hojas verdosas de un árbol y me mira mientras las mastica con parsimonia. Botón. Una tertulia en la que se comentan los líos de una modelo famosa con un futbolista. En torno a una mesa, los hombres y las mujeres discuten con energía; todos chillan y gritan y no se entiende casi nada de lo que dicen. Un tipo gordo y rubicundo suelta una risa histérica cuando comentan un supuesto embarazo. Botón. Una película para gentes de lágrima fácil y gustos superfluos. Él le dice a ella que la quiere, pero este amor es imposible. Botón. Otro supuesto debate: una presentadora de cuerpo escultural y rostro de cigüeña pregunta estupideces a dos mujeres que se abrazan y lloran. Tras medio minuto de hipos y sollozos comprendo que son esposa y amante, respectivamente, del mismo hombre, un canalla que les ha hecho la vida imposible, y ellas lo proclaman con indignación ante todo el país. El público aplaude con fervor emocionado. El gordo sigue gritando y riendo y su rostro se congestiona y arruga mientras describe todos los pormenores del acto sexual entre el futbolista y la modelo. La jirafa masca sin prisa sus hojas. El actor de tres al cuarto ha pasado a la acción a pesar de que su amor era imposible. El marido adúltero aparece en el plató, muy compungido, y los espectadores le recriminan con furia su falta de sensibilidad. Un periodista entrevista a un pordiosero que vive entre cartones. La jirafa ha desaparecido, relevada por un león que suelta un chorro de orina sobre un matorral. La mujer con cara de cigüeña me mira con seriedad y me explica las ventajas de la masturbación en su lucha contra el insomnio. El gordo se ha calmado y gorjea divertido, mientras una mujer corpulenta increpa, con los ojos desorbitados, a la madre de la modelo.

Apago la televisión, harto de tanta basura.

Con esfuerzo, y a pesar de que la enfermera siempre me regaña cuando lo hago, logro incorporarme hasta quedar sentado en la cama. Así, puedo mirar a través de la ventana en la pared a mi derecha. El sol luce fuerte sobre Madrid, sus lanzas pasan entre los edificios y caen sobre los coches y los peatones. Hay gentes laboriosas que van de aquí para allá con prisa, ocupadas en sus asuntos, parejas que se besan, amigos charlando y tipos solitarios que le comentan secretos al teléfono móvil.

Es una tarde magnífica para salir allí fuera y disfrutar del mundo.

Tomo de nuevo el libro de Alejandro Magno y me seco el rostro mojado de lágrimas. Quiero seguir leyendo porque es lo único que me

produce cierto interés. Además, me sobra el tiempo. Nunca tengo nada que hacer, excepto esperar Su llegada.

Por otro lado, sé que hoy no vendrá a verme el tío Marcos. Es la única familia que me queda tras la muerte de mis padres, hace ocho años, en accidente de coche. El tío Marcos. Un señor que pasa desapercibido por la vida. En eso, nos parecemos. Supongo que se encontrará en el bar de costumbre, dando su ración a una máquina tragaperras, minuto a minuto, observando con gesto cansado y hosco las luces y las cifras. Tampoco vendrá hoy el padre Sebastián, mi jefe de estudios. Ayer le aseguré que me arrepiento de todos mis pecados y que estoy ya preparado para reunirme con Dios. Soy agnóstico tirando hacia ateo, pero interpreto el papel que quiere oír. Al fin y al cabo, a mí no me cuesta nada y para él es un alivio. Se trata de un buen hombre.

Fuera de estos dos sujetos, no tengo a nadie.

Un tipo divertido y social, ese soy yo.

Vuelvo al párrafo y la línea donde abandoné la lectura. Quiero sumergirme en el único mundo que me atrae y del cual aún no se me han cerrado las puertas.

Horas después, cuando el sueño va quitándome la concentración, noto que la Señora, la Vieja Amiga, viene a reclamar sus derechos. Creo que me encuentra atractivo: mi piel podría usarse como papel de fumar y a mi sangre le cuesta fluir. Esta noche la Dama me visitará. No sé por qué, pero tengo esa convicción. Ya no la temo. Me he acostumbrado a vivir bajo su sombra.

Poco a poco, he ido aceptando mi situación.

Aparto el libro. Apago la luz y cierro los ojos, dejando entrar en esta cama a mi única amante.

Botón.

1

Abro los ojos. Los contornos tan familiares de la sala del hospital han cambiado; más que eso: han desaparecido.

Me incorporo hasta quedar sentado sobre una superficie mullida, pero mucho menos que mi cama. El temor entra por mis pupilas, hace volar la sangre en mis arterias y mi corazón se convierte en un caballo desbocado cuyo galope truena en las sienes y la garganta. Comienzo a jadear con rapidez, como si me estuviera ahogando. El miedo crece y se convierte en un terror como no había sentido jamás, en toda mi vida.

¿Dónde estoy?

Me encuentro en una sala amplia y alta, de planta cuadrada; el suelo, las paredes y el techo están construidos en el mismo y duro material, que brilla con dulzura. Su color oscila desde el blanco al amarillo cremoso y está veteado de grises. Mármol, tal vez. Hay columnas que se alzan hasta el techo y en ellas veo frisos y relieves que muestran hombres armados con espadas y lanzas. Guerreros. Mi cabeza se mueve como la de un pájaro mientras absorbo toda esta información visual. Sigo jadeando como un loco.

Tengo la seguridad de que no estoy soñando.

En la estancia hay también lo que parecen largas varas verticales de metal dorado, que sujetan cuencos que humean y esparcen un olor dulzón y penetrante; terciopelos y sedas que cuelgan de los muros; panoplias con armas arcaicas… Un ventanal lejano y sin cristales, con rejas negras, deja pasar un chorro de luz brillante, en cuyo seno flotan partículas de polvo.

Me miro y no encuentro en mi brazo el tubo de suero. Estoy cubierto por una sábana de tela muy áspera, blanca y…

Este no es mi cuerpo.

Profiero un alarido mientras aparto el lienzo rasposo y me alejo de la cama. Veo ahora que en realidad estaba tumbado sobre una especie de altar de mármol, con varios cojines enormes.

Estoy desnudo. Mis piernas, mis brazos, mi pecho… Todo ello es más fuerte, recio y musculoso. Encuentro sobre la piel marcas blanquecinas… Cicatrices. Caigo por culpa de la impresión. El pánico casi me impide respirar. He de tranquilizarme, tranquilizarme, tranquilizarme…

Miro alrededor y veo los rostros adustos y severos de los hombres pintados en las colgaduras que adornan las paredes. Visten túnicas y llevan corazas y cascos. Empuñan espadas y lanzas. Armas manchadas de sangre.

Oigo una voz y unos pasos que se acercan. Me levanto y camino agachado y temeroso hacia una pared.

Acaba de entrar en la sala. Es un hombre, vestido con una especie de túnica de color rojo que parece sacada de alguna película de la Antigua Grecia. La prenda es corta y no tiene mangas; su falda llega hasta la mitad del muslo y está sujeta a la cintura por un cinto de cuero sencillo. Un correaje cruza su cuerpo desde el hombro derecho a la cadera izquierda, con una funda vacía. La espada corta, semejante a un *gladius* de la Antigua Roma, está en su mano derecha; la empuña con una fuerza que se me antoja atroz, con un vigor que marca sus nudillos, volviéndolos pequeñas piedras blancas y afiladas, y convierte los músculos de sus brazos en cables entrelazados. El desconocido se me acerca. Noto su hedor asfixiante a sudor reseco. Es bajo y delgado, pero fibroso y nervudo; produce una impresión de agilidad y de fuerza explosiva. Tiene un rostro muy feo, con una nariz deformada tal vez por algún golpe. Su pelo es castaño oscuro, fosco y corto, y la barba es un caos, aunque no es muy larga. Los ojos… Ojos oscuros, sin dudas y sin piedad. Se me acerca empuñando la espada y me escupe palabras en una lengua que desconozco.

—¡No me mates! —grito, suplicando por mi vida. El terror es devastador, me ha robado cualquier orgullo. Solo quiero seguir vivo —. ¡No me mates, por favor!

Mientras sigue andando hacia mí, con movimientos felinos y decididos, compruebo que es distinto a todos los hombres que he visto hasta ahora… Estoy ante un asesino, un ser mil veces más poderoso que yo, alguien acostumbrado a matar. Su mente es de piedra y su decisión de hierro. Comprendo que es inútil suplicar. Para él no soy un ser humano, sino un trozo de carne. Un objetivo a destruir.

Oigo gritos, carreras, tintineo de metales y un golpe tremendo, tal vez un portazo. El hombre de rojo se vuelve hacia atrás. Veo más hombres como él, bajos, delgados y musculosos. Llegan corriendo y empuñan espadas cortas y brillantes y lanzas de unos dos metros de largo, con hoja larga y puntiaguda. Visten también túnicas cortas y rojas y todos tienen barba.

Estalla una barahúnda de gritos entremezclados. Atónito, contemplo a los cinco abalanzarse sobre el que iba a matarme. Él se vuelve y logra parar la espada del primero. Al chocar las armas el tañido vibrante está a punto de deshacerme los tímpanos y grito de dolor, pero no puedo apartar la vista. Son un revoltijo confuso de túnicas, ojos airados y armas. Parece casi como si estuvieran jugando o bailando, mientras los aceros giran y brillan y chocan con un ruido espantoso. Uno de los recién llegados clava su lanza en la espalda de mi atacante, que suelta un grito como jamás he oído, un alarido largo y desgarrado. Su espada cae al suelo con un tintineo agudo. El guerrero a su espalda aprieta las mandíbulas y empuja y retuerce la hoja dentro de su cuerpo. El herido suelta un gruñido y cae de

rodillas. Sus enemigos siguen gritándole y las voces reverberan en la estancia, amplificadas por el eco. Otro hombre agarra al vencido por el pelo, levanta su cabeza, acerca su espada al cuello y de pronto salta al aire un chorro de sangre. Me maravillo de que un cuerpo humano pueda soltar tanto líquido; brota como de una manguera a presión, manchándolo todo, y después sigue cayendo con menos fuerza, a borbotones oscuros.

Sueltan al muerto, que se desploma como un fardo sobre un charco negro en continua y lenta expansión.

Uno de los guerreros, tal vez el mayor, de pelo, barba y ojos muy negros, increpa a quien cortó el cuello a mi asesino frustrado. Los otros también gritan al degollador. El veterano se le acerca y le asesta una bofetada que suena como si alguien hubiera reventado una lechuga con un martillo. El golpeado retrocede, aturdido. Escupe sangre, pero asiente, apesadumbrado. Otro compañero le empuja con disgusto y uno más le da un golpe tremendo con la palma de la mano en la coronilla. No responde a estos ataques, los aguanta sin quejarse.

El de los ojos y cabello negros se me acerca y me mira con mucho interés. Su rostro está compuesto de líneas rectas y tiene muchas arrugas. Parece más bien un hombre avejentado por los esfuerzos y sacrificios que un auténtico anciano; puede que solo tenga cuarenta o cincuenta años, pues su cuerpo aún se muestra rápido y vigoroso. Todo él está salpicado de sangre. Hiede a sudor reseco, como todos. Me sonríe y habla en esa lengua que no entiendo, con una voz ronca y profunda, vibrante aún por los posos de la violencia. Se me acerca y me tiende la mano derecha. La izquierda aún empuña la lanza.

Retrocedo, tropiezo, caigo y sigo huyendo, sobre los pies, las palmas de las manos y las nalgas.

—¡No te acerques! —chillo.

El hombre se detiene y me mira confundido. Dice algo en tono interrogativo, muy extrañado.

—¿Dónde estoy? —pregunto, entre jadeos—. ¿Quiénes sois?

—… de la Guerra, Guardián de la Patria? ¿No me reconoces?

Mis ojos se abren aún más. No habla español, inglés, francés o cualquier otro idioma que haya oído jamás. Y sin embargo… Lo entiendo.

—¡Cállate! —rujo.

He usado su lengua. Intento recordar el castellano, pero me es imposible. Llevo mis manos a la cabeza, la estrujo con los dedos y comienzo a llorar.

—Me he vuelto loco… Me he vuelto loco.

El hombre se ha arrodillado junto a mí. Noto su mano de hierro en mi hombro.

—No, señor mío. Estás bien. Has salido del sueño profundo.

Vuelves con nosotros. De nuevo liderarás los cuadros de lanzas y conocerás el sabor de la victoria. Mírame, mi señor. Mírame.

Así lo hago, tembloroso.

—¿Es que no me recuerdas? —pregunta, cada vez más extrañado.

—No reconozco nada de lo que veo.

El hombre abre mucho los ojos.

—Has perdido tus recuerdos. Estuviste demasiado tiempo sumido en el mal del sueño profundo, señor mío. ¿Cuál es tu nombre?

—Carlos Alonso Juárez.

Parpadea, confuso.

—El golpe fue demasiado fuerte. Te afectó a la memoria.

—¿Qué…? ¿Qué lugar es este? —pregunto.

Me mira con espanto y tristeza.

—Estás en Sarlia, señor de mi vida. Sarlia la Gloriosa. El Escudo del Norte. En el país de Durba. Eres un durbano, como yo. ¿No te dicen nada estas palabras?

—No. ¿Cómo…? ¿Cómo crees tú que me llamo?

—Dargor Atur. Dargor el Fuerte. Dargor el Astuto. Dargor el Implacable. El Ornai Furioso. El señor de los Ejércitos de Sarlia.

—Dargor…

El hombre se vuelve hacia atrás.

—¡Vosotros, imbéciles! ¡Llamad al médico! ¡El ornai ha despertado! ¡No os quedéis ahí! Uno, que se quede en esta sala, vigilando por si hay más asesinos, ¡y el resto que se vayan! —Los guerreros obedecen, marchándose a la carrera—. ¡Peste de intrigas! Ni en el Palacio del Poder puede estar seguro el ornai. —Se vuelve hacia mí, asintiendo—. Hice bien en mantenerme cerca de esta sala, a pesar de las órdenes del sigra, que quería dejarte solo. Tras todo esto se halla la mano de Nigur.

—¿Quién eres tú? —pregunto.

—Acric Balne, señor mío. El Cuervo. ¿No recuerdas al Cuervo?

Comienzo a llorar de nuevo. Y también río. Miro el cadáver. El hedor de la sangre se apodera de mí. Sufro una convulsión y vomito, manchando la mano del que dice llamarse *el Cuervo*. Se limpia en la túnica con más fastidio que asco.

—No te inquietes, señor de mi vida. Lo que necesitas es un tazón de vino picante que te caliente las tripas y te dé fuerzas.

Me levanta de un tirón y me conduce de nuevo hacia los almohadones. Sus manos tienen una fuerza tremenda y estoy seguro de que podría hacerme pedazos con una facilidad pasmosa. Me dejo llevar, aturdido y agotado. No quiero pensar.

—Has sufrido un atentado —dice—, pero te juro que nadie volverá a apartarme de ti. Volveré a ser tu sombra y no te fallaré jamás. El Cuervo está otra vez junto a ti, su pico es afilado y sus garras rápidas.

Ahora que has salido del sueño profundo las aguas volverán a su cauce. Recuperarás la memoria, aunque haya de reventar a latigazos a todos los médicos de Sarlia y también a sus familias.

Le miro, intentando dilucidar si he escuchado bien sus últimas palabras.

—Ahora descansa, Señor de los Ejércitos. El Cuervo vuelve a cuidarte.

Me tumbo sobre los cojines y cierro los ojos, buscando la forma de salir de esta locura.

Pero estoy demasiado tenso como para dormir. Además, sé que después no despertaría de nuevo en mi cama de hospital. Porque ahora no estoy soñando. Esto no es una pesadilla.

Es la realidad.

2

Contemplo, como siempre maravillado, la Roca del Vigilante.

Es una isla de piedra que flota inmóvil en el vacío, a algo menos de dos coras de altura.

La Roca es el hogar del ser divino llamado *el Vigilante* y se encuentra a más de un sorcora de los límites urbanos de Sarlia. Flota por encima de los campos y bajo su sombra inmensa está prohibido, so pena de muerte, caminar o hacer pasar los rebaños de argos, dulos o trebios. Tampoco se puede cultivar el terreno en cincuenta coras en torno a la sombra de la Roca. Durante colabas ese terreno se ha mantenido feraz y salvaje, como un círculo de hierbajos en la inmensidad de la fértil llanura que rodea la ciudad de Sarlia. La Roca del Vigilante revienta con sereno desparpajo las leyes de la gravedad. Y según cuentan, no se ha movido jamás de su posición.

Desde mi habitación en el Palacio del Poder alcanzo a distinguir las puntas de las torres de la morada del Vigilante, sobre la Roca. Allí se encuentra su atalaya. Las Escrituras del Culto aseguran que desde ella el Vigilante observa y juzga la conducta de los sarlios, dispuesto a castigar a los malvados con una vida desdichada y por último con una muerte lenta y dolorosa.

Aparto mi atención de la Roca del Vigilante y la demoro unos instantes sobre los campos lejanos, parduscos y verdosos, donde pastan los argos y los trebios y el campesino se inclina para labrar las tierras de Sarlia. Este es el país de Durba, la Patria de los Hombres Libres.

La mirada pasa sobre las murallas enormes que protegen a Sarlia de las invasiones. Veo sus edificios de tejas blancas y rojas, deslumbrantes bajo Croaga, la estrella que ilumina este mundo. Allá abajo están las calles retorcidas y siempre bulliciosas del Barrio de los Mercaderes… Los edificios soberbios y salpicados de banderas del Distrito de la Abundancia, hogar de los poderosos… El mazacote de piedra que es la Lonja de los Esclavos… El templo de los Dioses Antiguos, levantado sobre columnas gigantescas y custodiado por las estatuas de las divinidades de la tierra, el agua, el fuego y el aire… La cúpula inmensa de la Casa del Pensamiento… Los templos sobrios y oscuros dedicados al culto del Vigilante… Los baños públicos… Las Casas de la Guerra, los cuarteles de los ejércitos de Sarlia… La Cámara de la Ley, un edificio majestuoso con una arcada de columnas de hierro negro y bronce dorado…

Y me fijo en un ángulo de la propia fachada de mármol blanco, adornada con gárgolas y grifos de granito, del Palacio del Poder, donde moran el sigra, señor de toda Sarlia, y su hijo el ornai.

Me vuelvo, apartándome del ventanal.

Mi habitación es espaciosa y tiene paredes, suelo y techo de mármol. Sobre los muros hay panoplias con armas: hachas, espadas cortas, cuchillos y escudos. Cortinas de terciopelo negro y rojo. Y una armadura de gala, colocada sobre un maniquí de madera.

Me acerco a una zona determinada de la pared más grande. Allí reposan, sobre clavos de hierro, varias armas. Miro una espada corta y rota; según me contó el Cuervo, con ella el ornai Dargor luchó en su primera batalla, en la llanura de Uoc. En ese lugar dio muerte al general de los ejércitos de Atis. En la locura de la lucha la hoja de la espada se partió.

Fue a partir de aquella lucha cuando comenzaron a llamarle Dargor el Furioso.

Hay otros trofeos y recuerdos de estilo semejante: coronas de hojas de bronce y oro por actos de valentía en el combate, premios en certámenes de carrera y lucha, armas con engaste de piedras preciosas, como presentes de paz y buenos deseos al ornai de Sarlia…

Camino hacia un espejo, un rectángulo de vidrio denso, verdoso y claro, muy pulido, y me miro en él.

Ahora mido algo más de un torne durbano, o ciento sesenta y cinco centímetros terrestres. No está mal, teniendo en cuenta que la media de los hombres de Sarlia está en el metro y sesenta centímetros y que abundan quienes no pasan del metro y cincuenta y cinco. Visto la túnica de los guerreros, sencilla y cómoda, de tela fuerte y algo rasposa, de color rojo oscuro, con las mangas cortadas a la altura del codo. Está ceñida por un cinto grueso y la falda llega hasta las rodillas. Los guerreros no usan sandalias ni botas, siempre van descalzos, y yo no soy una excepción. Miro el pecho amplio, los hombros redondos, los músculos apretados de los brazos y las piernas. Mi cara es cuadrada, con una nariz recta y ancha y una mandíbula prominente, agresiva, tenaz. Labios anchos y orejas algo grandes. Una frente despejada y unas cejas pobladas. El cabello es corto y ensortijado, de color castaño oscuro, como los ojos. Según me dijo el Cuervo, Dargor solía domar su pelo con aceite y mantenía afeitado el rostro… No llevar barba en Durba es algo nuevo. Un compañero de los barracones le llamó afeminado y la respuesta fue un puñetazo que desencajó la mandíbula del gracioso. Ese rostro libre de barba y bigote del ornai le granjeó el interés de muchas mujeres.

Pero yo no soy ese tal Dargor, a pesar de que ocupe su cuerpo, así que estoy dejándome crecer la barba. Mi nuevo cabello, libre de aceites y geles, se ve fosco y ensortijado.

Hace solo seis días terrestres que desperté en este mundo extraño y, a pesar de que son muchos los que han intentado verme, he dado la orden al Cuervo de que nadie entre en estos aposentos. La excusa es que el ornai Dargor aún se encuentra demasiado débil como para

recibir visitas, pero la auténtica razón es que aún no me atrevo a enfrentarme a este universo extraño. Le he pedido al Cuervo que por ahora me mantenga al margen y se limite a informarme sobre mi antiguo yo, sobre el país de Durba y sobre la ciudad de Sarlia.

Vuelvo a mirarme en el espejo. No puedo evitar sonreír, recordándome tal como era antes: un chico alto pero enclenque y enfermizo, siempre temeroso de los demás.

Me acerco hasta una sencilla mesa rectangular. En ella hay comida sobre fuentes y bebida en ánforas y copas. Agarro con una mano una jarra de metal grueso y plateado. Comienzo a apretarla entre mis dedos, respirando fuerte y tensando las mandíbulas. La jarra empieza a doblarse hacia dentro mientras el sudor perla mi rostro. Sigo presionando hasta convertirla en un amasijo deforme. La dejo en la mesa.

Cojo con las dos manos el mantel y tiro con furia, haciendo volar los recipientes y sus alimentos. El Cuervo, que dormitaba en una butaca, se levanta de un salto empuñando la espada, aunque sin sacarla todavía de la vaina.

—¿Qué ocurre? —grita.

—¡Nada! Sigue durmiendo, Cuervo.

Me mira, sin comprender.

Levanto el puño y lo descargo sobre la tabla de la mesa, que cruje de manera estrepitosa. No ha cedido y eso me pone aún más furioso. Emito un rugido y vuelvo a golpear la mesa, partiéndola de una vez por todas. El Cuervo contempla mi proeza, atónito. Miro mi brazo; está amoratado, con puntos rojizos que comienzan a sangrar, allí donde se han hundido varias agujas de madera. Es un dolor bueno, una sensación de fuerza y de poder. Siempre me he preguntado qué sienten aquellos capaces de hacer trizas a cualquiera que se les interponga en su camino. Ahora, por fin, conozco la sensación.

Río a carcajadas.

—Si te llaman Dargor el Fuerte no es por casualidad —dice el Cuervo, sonriendo.

—Así pues, soy fuerte. Y también rápido, según lo que me has contado en estos días… En estos alagas.

—En efecto, mi señor. Has vencido muchas veces en las pruebas de lucha y en las de levantamiento de bloques de granito.

Miro una panoplia de la pared.

—¿Sé manejar las armas? —pregunto.

Esta vez es el Cuervo quien ríe.

—Señor, de veras que has olvidado muchas cosas. Eres el líder de los ejércitos de Sarlia. La espada y la lanza son para nosotros los guerreros una proyección de nuestros brazos.

Voy hasta la pared y agarro una espada típica durbana. Nunca

había empuñado un arma de este tipo y noto una extraña sensación al hacerlo. Su tacto no me es ajeno, lo cual me asusta y excita a la vez. La empuñadura está adornada con rubíes y el pomo ha sido tallado en forma de una cabeza de ave, tal vez un águila. La hoja es ancha, tiene dos filos y una punta triangular.

—Enséñame a combatir —pido.

—Coge un arma mejor. Esa es una espada ceremonial, un presente de los ordobanos. No está bien equilibrada y tampoco afilada.

—Es igual. Solo quiero conocer los rudimentos de la lucha.

—Como quieras. Empezaremos por lo básico.

Desenfunda su espada, lo cual me recuerda al hombre que intentó matarme, hace seis alagas. Siento temor, pero me obligo a quedarme quieto.

—Pon el arma junto a tu cadera, señor, como si estuviera enfundada. —Guarda su espada en la vaina—. Las piernas separadas a la altura de los hombros, el cuerpo algo ladeado… Solo debes ofrecer al enemigo un hombro y un brazo. Sí, así. Bien. El pie derecho apuntado hacia delante y el izquierdo casi perpendicular a él. Ajá. Cuando se desenfunda se golpea en el mismo movimiento; lo más sencillo es un golpe ascendente y diagonal hacia el cuello. Mírame.

Lo hace, con una suavidad, precisión y velocidad que me abruman.

—Inténtalo.

Trato de concentrarme en lo que me ha dicho. Siempre he sido un patoso y mi falta de agilidad y de coordinación provocaba burlas en las clases de educación física.

Desenvaino y avanzo al mismo tiempo, trazando arcos brillantes y vertiginosos. El Cuervo levanta su espada, sorprendido, y los aceros truenan al chocar. Le hago retroceder ante una lluvia de ataques que para con dificultades. Me detengo y retrocedo de un salto, cayendo sobre las puntas de los pies.

—¿Cómo lo he hecho? —acierto a decir, mirando estupefacto mi espada y el brazo que la empuña.

—Tu mente olvidó, señor mío, pero el cuerpo recuerda. Me parece que no hará falta enseñarte muchas cosas.

Noto una alegría que me embarga mientras dibujo arcos brillantes con el acero. Es cierto lo que el Cuervo dijo: la espada es parte de mí, como un dedo más largo de lo normal. No la siento ajena; forma un todo con el resto de mi ser.

—¡Sigamos luchando! —exclamo.

El Cuervo traga saliva.

—Ahora me alegro de que cogieras una espada sin filo y mal equilibrada. Procura no matarme, por favor.

Río y me lanzo a la carga.

Los aceros tienen su lenguaje, sus propios códigos y niveles de

comunicación. Se puede aprender mucho sobre el carácter y la personalidad de un espadachín cuando se lucha contra él. Cada movimiento, cada mirada, cada estocada, cada sutil cambio de ritmo expresan mejor que mil palabras sus intenciones, ambición, fuerza, orgullo… O la falta de todo ello. Los aceros también le hablan a uno mismo, te hacen saber fortalezas y debilidades que ni siquiera conocías. El Cuervo me ha comentado un dicho entre los guerreros, que alude a estos temas: *El hombre solo se conoce a sí mismo cuando se enfrenta a la muerte*.

Recuerdo que me comporté de manera vergonzosa cuando un asesino se me acercó, alagas atrás.

Me enfurezco y ataco con saña. El Cuervo no logra parar la embestida y el borde sin filo de la hoja le golpea de refilón en un brazo.

Retrocedo asustado.

—¡Perdóname, Cuervo!

El guerrero se mira. El brazo está hinchándose de sangre a causa de la hemorragia interna. Me mira con dureza.

—No me duele el golpe, sino oírte pedir perdón. Un ornai nunca se disculpa por sus actos. También has olvidado eso.

Asiento.

—Lo recordaré.

Pienso con cierta tristeza que este combate también es un simulacro. Me vanaglorio de mi habilidad, pero sé que el Cuervo nunca irá por mí de veras. Siempre se contendrá en el último momento.

—¿Te has cansado ya de pelear? —me dice, sonriendo burlón.

—¿Y tu brazo?

—No está peor que los tuyos.

Me doy cuenta de que sangro por unos cinco o seis cortes menores. Sin embargo, no siento espanto al verlos y los pequeños pinchazos de dolor apenas me incomodan. De algún modo, entiendo que estas heridas no son nada para personas como el Cuervo o como yo.

Aprieta los dientes y agita el brazo derecho. Suelta la espada y la mano zurda la coge al vuelo. No parece haber perdido un ápice de habilidad.

—En la batalla quizás te corten una mano. Así pues, aprende a manejarte con las dos.

—Un dicho de los guerreros, ¿verdad?

—No. Un dicho del Cuervo.

Nos acercamos y volvemos a pelear. Nuestras sombras caen encima de un plano enorme del país de Durba, pintado sobre un pellejo seco, y por mi cerebro cruza como un rayo toda la información que el Cuervo me ha estado suministrando en los últimos alagas…

…Durba es un país de tierras fértiles, de llanuras, bosques, ríos y montañas.

Está limitado al norte por las montañas Negai, una cordillera espesa, intransitable salvo por una abertura de varios kilómetros de longitud, llamada *el Paso*. Las Negai actúan como una barrera capaz de separar Durba de los salvajes e inexplorados territorios que son el hogar de los bárbaros alais.

Hacia poniente Durba termina en Ocrai, el Mar de Hierbas, una pradera gigantesca que se extiende hacia el sur y el oeste. Es la patria de pueblos bárbaros y nómadas que viven del pastoreo de sus rebaños de argos, criaturas parecidas a los bisontes terrestres, aunque más altos y musculosos. En el borde inferior de Durba, bajo Ocrai, se encuentra un racimo de montañas apretujadas llamadas *el Laberinto*, debido a su intrincada red de cañadas y barrancos. El Laberinto se curva hacia el este para formar la esquina inferior izquierda del gran cuadrado que es Durba. Al morir sus faldas más orientales la tierra va allanándose y se convierte en un erial árido y yermo, inhabitable, que se interna hacia el este y el sur. Son los Páramos Desolados y forman la esquina inferior derecha del borde Durbano. Hacia el noreste el país está delimitado por una tierra de bosques feraces, habitados solo por tribus bárbaras y huidizas. Estas espesuras se alternan con pequeñas montañas septentrionales, que suben hasta unirse, casi perpendiculares, al inmenso brazo noreste de las Negai.

Durba no tiene ningún tipo de gobierno centralizado. En realidad, los órganos de poder son los que hay en las propias ciudades-estado del país. Las más importantes son Sarlia en el norte, Sumana en el sureste y Atis en el interior. Son urbes grandes y sofisticadas, capaces de levantar ejércitos de decenas de miles de lanzas para defender sus intereses dentro de sus respectivos radios económicos y políticos de acción.

Otras ciudades-estado menores, siempre a la sombra de las tres principales, son Ordobá, Corón, Costi, Laco, Uriana, Tarlate, Sorgote, Etria o Esquigana.

Cada ciudad-estado, sea grande o pequeña, tiene su propio Ordenamiento, lo que en la Tierra llamaríamos *Constitución*. También cuenta con sus instituciones políticas, tradiciones y ejército independientes.

Eso no impide que se alíen unas y otras, dando lugar a ligas o confederaciones, casi siempre lideradas por una de las tres principales, con el objetivo de atacar a ciudades enemigas o bien defenderse de otras con afán conquistador.

La convivencia en Durba es por tanto problemática y conflictiva.

Las ciudades-estado durbanas suelen hacerse la guerra unas a otras, haciendo o deshaciendo sus alianzas. En el pasado hubo tres grandes guerras civiles durbanas. En la primera, Atis y Sumana debieron unirse para frenar el expansionismo de Sarlia. Lo lograron y al fin, tras la miseria y la mortandad, las cosas quedaron como antes del conflicto. Durante la segunda, Atis quiso hacerse con el predominio económico en los territorios de Corón y Ordobá. Sumana, el Gigante del Sur, salió vencedora del conflicto, con el lógico incremento de su poderío y prestigio. Casi sin interrupción, Atis quiso desquitarse atacando Tarlate y Esquigana, ciudades norteñas que habían permanecido neutrales durante el conflicto meridional. Estas urbes se apresuraron a pedir protección a Sarlia, el Escudo del Norte. Y tras cuatro furás —o años— sangrientos, Sarlia resultó vencedora. Fue en esta guerra contra Atis cuando el joven ornai Dargor consiguió sus primeros trofeos de batalla. La gran ciudad del interior no se ha recuperado aún de la derrota y permanece todavía en segundo plano, entre los dos grandes polos del país: Sarlia y Sumana.

Ahora, Durba vive un periodo de paz —siempre inestable— tras más de diez furás de cruentas guerras entre sus grandes ciudades-estado. El comercio, la agricultura y la ganadería quedaron muy mermados y todos parecen haber llegado a la conclusión de que por el momento es mejor hacer un alto en esta escalada casi continua de odios y agresiones. Los caminos vuelven a ser seguros y los mercaderes llevan sus productos de una ciudad a otra, escoltados, eso sí, por sus propios mercenarios… Puede haber paz, pero los rencores no desaparecen.

Por desgracia, la historia de Durba se mueve en ciclos semejantes. Todo hace sospechar que tras este periodo de tregua inestable volverán las guerras intestinas. Así ocurrió otras muchas veces, en el pasado.

Lo más extraño es que, pese a todas sus luchas, los durbanos se sienten individuos del mismo pueblo. Comparten la misma lengua y numerosos caracteres culturales. En un mundo donde no existen la electricidad ni la pólvora y las guerras se hacen con lanza y espada, Durba parece un oasis de modernidad. Sus ciudades son bellas y espléndidas, alcanzan un elevado y complejo grado de servicios y cuentan con una buena infraestructura defensiva. La economía durbana es incluso revolucionaria para una época así: hay bancos, casas de préstamo y una sola moneda que funciona en todas las ciudades-estado. El ejército es una máquina disciplinada y bien engrasada. En las grandes ciudades, como Sarlia, los guerreros son profesionales y constituyen un oficio propio, remunerado con un sueldo; incluso existen academias donde se instruye a los generales en el arte de la guerra. Las comunicaciones en el interior de Durba están

aseguradas por una red de caminos de piedra a la manera de las calzadas romanas de la Antigüedad terrestre, que comunican las diferentes capitales. La política alcanza cotas impresionantes en Sarlia o Costi, donde los dirigentes son elegidos mediante sistemas democráticos, y hay resortes legales capaces de recortar los poderes del gobernante cuando se acerca a la tiranía. El arte y la literatura brillan en los templos y las estatuas, en sus poemas épicos y sus obras de teatro. Incluso existen lo que los durbanos llaman *casas del pensamiento*, el equivalente a los primeros centros filosóficos de mi mundo natal. En ellas se debaten los grandes temas de la existencia y del hombre y se buscan explicaciones científicas a los hechos de la Naturaleza.

Durba ha alzado su propio canon, su propio estilo.

En contraste con todos estos avances, alrededor solo hay barbarie y oscurantismo: los alais del norte apenas parecen otra cosa que salvajes vestidos con pieles, dedicados a la caza y la lucha indisciplinada entre clanes y tribus. Adoran en lo profundo de sus bosques a dioses primigenios con formas animales. Su más elevada forma de gobierno es la dictadura del más fuerte y su único argumento, la brutalidad. Por el este, los pueblos nómadas del Mar de Hierbas mantienen también una estructura política muy arcaica, basada en el gobierno absoluto de sus propios caudillos. Sin embargo, y a diferencia de los alais, mantienen relaciones comerciales fructíferas con las ciudades durbanas del oeste, a las que venden sus rebaños de argos a cambio de telas, especias y metales. En la lejanía hay noticias confusas de otras civilizaciones, pero el aislante bárbaro en torno a Durba hace difícil que los viajeros entren o salgan con frecuencia de este país.

De cualquier modo, los durbanos se consideran a sí mismos integrantes de la cultura más compleja y sofisticada de su propio mundo y no tienen prisa por conocer otras. Los ciudadanos de Durba pueden pelear entre sí, pero están orgullosos de su cultura.

Resulta triste el hecho de que, como los antiguos griegos de la Tierra, no logren acabar con las luchas fratricidas y unirse en un solo gobierno.

El único lugar pacífico y común para todos ellos son los Juegos Durbanos, que se celebran en la pequeña ciudad de Sutria, al sureste de Sarlia. Durante los Juegos de Sutria están prohibidas las disputas y los enfrentamientos entre durbanos. Cada ciudad hace llegar a sus campeones para que participen en los certámenes artísticos: cantos, bailes, teatro, pintura, escultura y poesía…, o físicos: carrera, salto, lanzamiento de pesos, natación y lucha. En las pruebas físicas no faltan los muertos, ya que las normas permiten una gran cantidad de crueldades entre los participantes. Los vencedores no ganan dinero ni tierras, solo el reconocimiento y la gloria de todas las ciudades

durbanas, hasta la celebración de los siguientes Juegos.

Además de los celebrados en Sutria, cada ciudad tiene sus propios juegos. Dependiendo de cada lugar pueden ser más o menos sangrientos. Así, no es rara la pelea con espadas hasta la primera herida o hasta la muerte, o el combate con los puños envueltos en guantes forrados de acero. Al público le agradan estos actos encarnizados. Los dirigentes e incluso muchos pensadores sostienen que contemplarlos endurece el corazón de los ciudadanos desconocedores de la guerra y que por tanto resultan saludables y hasta necesarios, en el seno de este mundo violento.

La economía durbana se nutre sobre todo de la agricultura, en mayor medida en el sur que en el norte. Allá, los cultivos predominantes son los cereales, el vino y el aceite. Sumana es el centro de todo este poder económico. En el extremo norte, a la sombra de las Negai, y en el sur, cerca del Laberinto, hay canteras de granito y mármol y yacimientos de metales útiles para fabricar armas y herramientas. Los bosques de Esquigana y Atis suministran cantidades enormes de madera. Algunas ciudades, como Ordobá o Tarlate, no gozan de materias primas valiosas, pero se han especializado en determinados productos, como las telas, los perfumes o la cría y doma de esclavos.

Un ejemplo de ciudad atípica e interesante es Etria, sita en algún lugar de la cordillera sureña conocida como *el Laberinto*. A diferencia del resto de Durba, Etria es un matriarcado regido por mujeres y allí los hombres tienen un estatus legal inferior. Ellas ocupan los puestos de poder y también se adiestran para el combate. Las etrianas han conseguido domar a unos seres alados, propios del Laberinto, que utilizan como monturas aéreas. Su costumbre es salir en bandadas desde el interior de las montañas y atacar las caravanas que van y vienen entre Ocrai y las ciudades-estado más cercanas al Laberinto, como la poderosa Atis o Corón. No tienen un ejército a la usanza habitual y rehúyen el combate directo sobre suelo firme. Su estilo es sobrevolar las caravanas, espantando a los argos que tiran de los carros y provocando por tanto la confusión y el miedo en hombres y animales. En sucesivas pasadas disparan a placer a los mercaderes y sus guardias con sus arcos y ballestas, utilizando dardos emponzoñados, y lanzan a sus bestias aladas contra los supervivientes hasta exterminarlos o provocar su rendición. Estas asaltadoras se llevan después lo más valioso a sus montañas o bien venden las mercancías robadas a comerciantes durbanos sin escrúpulos. También trafican con los pueblos bárbaros del oeste y el sur. Los durbanos en general odian de manera feroz a las etrianas, debido, según dicen, a que viven de la rapiña y el saqueo. Pero opino que en esa ira influye incluso más el hecho de que sean mujeres las que inflijan este tipo de

humillaciones al orgulloso varón durbano. Lo más ignominioso para cualquier hombre que se acerque al Laberinto es ser atrapado por este pueblo de guerreras y ladronas, que tienen por bandera la bravura y la astucia. Las etrianas que caen en manos de otra ciudad no son ejecutadas como cualquier guerrero enemigo o incluso como un criminal, sino que las autoridades las esclavizan y las venden a los prostíbulos más sórdidos… Una venganza temible, como tantas otras de este mundo que rinde tributo a la crueldad.

Aquí en el norte no se conoce mucho acerca de Etria y la mayor parte de la información viene de relatos casi míticos, inflados por la imaginación popular. Se rumorea que en dos ocasiones Atis y Corón, respectivamente, enviaron sus ejércitos contra Etria. Pero el enclave exacto de esta ciudad es un secreto guardado con celo y los miles de guerreros ordenados en cuadros se introdujeron en el Laberinto casi a ciegas. Los aludes de rocas provocados por las etrianas de las alturas diezmaron a las tropas y luego las etrianas sobrevolaron las formaciones, dejando caer más piedras y disparándoles flechas envenenadas. Los durbanos consideran el arco un arma de mujeres y de cobardes, pero de haberlos tenido los invasores quizás hubieran devuelto el golpe con éxito. Los bloques cerrados de lanzas, en aquellas grietas y cañadas, resultaron inútiles e incluso desastrosos. Las etrianas no tenían otra cosa que hacer que flecharles, burlarse de ellos a gritos y esconderse cuando los guerreros se acercaban a ellas. En cada una de las dos ocasiones el final fue el mismo: las huestes de atisios y coronios escaparon muy maltrechas de aquella cordillera infernal.

Tanto Atis como Corón han negado siempre estos relatos, considerándolos tan solo un bulo de sus enemigos, pero el hecho cierto es que nadie ha vuelto a intentar semejante empresa, fuese el asunto real o no. El dicho popular es que las etrianas no tienen ejército porque el propio Laberinto constituye su ejército.

En casi todo Durba, cuando se quiere tildar a una mujer de lujuriosa, vil y falsa, se la llama *etriana,* y por supuesto no se las invita a los Juegos de Sutria. No obstante, el varón durbano ama el valor y sospecho que en lo más hondo de su ser admira a estas mujeres guerreras, a pesar de que jamás lo reconocerá en voz alta.

Yo vengo de una cultura más tolerante, así que entiendo la forma de actuar de las etrianas, traicionero tal vez, pero necesario para sobrevivir en un mundo que aprobaría satisfecho su total destrucción. Además, por mucho que los guerreros hablen del honor y la nobleza, el arma definitiva de la guerra es el engaño y las etrianas la utilizan con suma habilidad.

En líneas generales se deduce que, si bien cada ciudad durbana cuenta con una, dos o a lo sumo tres fuentes de enriquecimiento, lo

que ha traído la auténtica prosperidad al país es el intercambio de productos, la interacción económica. Los mercaderes viajan de ciudad en ciudad trayendo y llevando noticias y objetos valiosos. De este modo la economía, tanto en las propias ciudades como en las aldeas o incluso cabañas, se enriquece y se vuelve más compleja. Hay quien asegura que es este motivo y no otro el que trajo la paz tras tantas guerras civiles.

Aun así, el fantasma de la lucha generalizada aún se arrastra por todas partes. El orgullo exacerbado de cada ciudad impide una convivencia por completo tranquila. Ha habido incluso luchas sangrientas que comenzaron porque a un embajador borracho de una ciudad se le impidió el paso a otra. Todo extranjero es considerado como enemigo y debe ser empalado o esclavizado, a menos que sea un embajador o acredite su pertenencia a la casta de los mercaderes y traiga productos interesantes que comprar.

Sarlia es una de las ciudades más poderosas de Durba, si no la que más. No obstante, he de señalar que todo esto me ha llegado de labios del Cuervo, un guerrero orgulloso de su patria, así que prefiero no creer a pies juntillas sus afirmaciones. Sin embargo, ha de reconocerse que esta ciudad destaca en muchos aspectos sobre el resto.

Por ejemplo, su ejército es el mejor de toda Durba.

Esto ocurre no solo por el constante peligro de enzarzarse en guerras contra las demás ciudades durbanas, sino también porque siempre está cercano el peligro de los alais. Sarlia es la ciudad-estado más cercana al Paso, la única grieta en la cordillera Negai. Esta brecha es una puerta abierta para las tribus bárbaras más osadas y agresivas; algunas incluso han pretendido entrar en Durba para practicar saqueos en las aldeas norteñas bajo la jurisdicción de Sarlia. El ejército sarlio está obligado a protegerlas y por tanto a encontrarse siempre dispuesto para cerrar el Paso ante una posible invasión alai. Para este fin los sarlios han dispuesto una línea de fortalezas al sur del río Amitas, que nace en las Negai y cruza el Paso casi de un lado a otro, perdiéndose después en las llanuras del suroeste. Esta línea de castillos avanzados ha sido llamada *el Cinturón*. En él siempre hay tropas dispuestas para entrar en combate, pues los alais son imprevisibles y se lanzan contra el sur a la misma velocidad con que son rechazados y devueltos a sus predios.

Solo Sarlia y Sumana tienen un ejército profesional. En contraste, los contingentes bélicos del resto de las ciudades están formados por ciudadanos comunes, que abandonan sus quehaceres habituales en caso de guerra, toman la lanza y el escudo y salen más allá de los muros natales para enfrentarse al enemigo. Después de la batalla, si aún siguen enteros, devolverán las armas a su rincón de la casa y se ocuparán otra vez de su oficio habitual.

En Sarlia los niños pasan por diversas pruebas físicas y los más aptos son enviados a las casas de la guerra. Entonces se les separa de los familiares, pues ahora su padre será el Estado, su madre la batalla y sus hermanos los demás guerreros. Deberán dedicarse al adiestramiento en todas las disciplinas bélicas. Ese es su futuro. La vida del soldado sarlio es dura, de ahí que cuando son niños solo se elija para este cometido a los más fuertes. Aunque según el criterio general a los quince años un muchacho ya debe estar preparado para ir al combate, el adiestramiento termina cuando cumplen los dieciséis. Entonces, en ceremonia pública, se les pregunta si quieren seguir o no en el ejército sarlio. Si la respuesta es afirmativa el muchacho continuará llevando las armas hasta la muerte y será ejecutado de forma lenta y dolorosa si incumple su compromiso. Si la respuesta es negativa puede marcharse y reincorporarse a la vida civil, intentando entrar en cualquiera de los grandes gremios de la ciudad-estado. Los sarlios dan mucha importancia a la libertad individual y por ello se ofrece al individuo esta última ocasión para elegir su propio futuro. Por unas causas u otras, muy pocos de estos muchachos que han terminado el adiestramiento abandonan las armas. La gran mayoría prefieren los barracones, la batalla, el sudor y la sangre. Sospecho que el adiestramiento implacable al que se somete a los jóvenes guerreros impide a los chicos tener otra perspectiva de futuro que la que siempre han conocido y por eso no quieren abandonar su oficio de soldado. Otra explicación es que la perspectiva de una vida pacífica resulte poco atractiva para quien está acostumbrado a la violencia y la fuerza. Tampoco hay que desechar como razón la vergüenza social, pues de manera velada el pueblo llano tiende a ver como cobardes a quienes no quieren ir a la guerra.

Tras esta ceremonia en que se decide si continuar o no en el ejército, el guerrero será destinado a las diferentes poblaciones menores bajo la sombra de Sarlia, a la propia capital o a las fortalezas del Cinturón bajo el Paso y el río Amitas.

Además de los guerreros mantenidos por el Estado sarlio, todos los ciudadanos varones mayores de edad están obligados a realizar, cada tres años o *furás*, el adiestramiento en las armas, ya que en caso de una guerra difícil de ganar podrían ser movilizados y les estaría prohibido negarse a combatir.

Esto también tiene que ver con el peligro alai. No se conoce el verdadero número de los bárbaros del norte, pero hay rumores de que son un enjambre de decenas de miles de enemigos. Solo el propio carácter anárquico alai, incompatible con una unión de tribus y clanes, impide que esa tromba invasora inunde toda Durba. De producirse tal circunstancia los primeros engullidos por la riada serían los sarlios, por lo que deben prepararse, todos, para combatir a un

rival capaz de superarles muchas veces en número.

La fuerza del ejército sarlio está en su disciplina brutal, en su preparación táctica superior y en la moral patriótica que se infunde a sus miembros desde la incorporación a filas. Cuando el joven aspirante ha pasado el adiestramiento y ha decidido continuar su vida en los barracones, jura morir por la ciudad. Para un guerrero sarlio la vejez es algo vergonzoso y a los más veteranos se les suele colocar en lugares arriesgados, donde casi resulta imposible sobrevivir. El efecto psicológico es notable, ya que esta doctrina guerrera está destinada a oponerse con todas sus fuerzas al mayor enemigo de la disciplina: el miedo a la muerte. Un dicho guerrero común es: *No busques disfrutar en vida la fama y la gloria. Muere con orgullo y todo esto se te dará por añadidura*. Una vez vencido el temor a morir, los soldados se convierten en máquinas terribles y efectivas.

Para aumentar aún más la ferocidad de estos guerreros se les suministra antes del combate el llamado *vino de la guerra*, un líquido de color rojo, sin duda una droga excitante que aumenta la agresividad. En realidad, se trata de un polvo diluido en agua y según la cantidad que se suministre la ira de los combatientes es mayor o menor. Este es un recurso desconocido en el resto de las ciudades y los médicos militares sarlios guardan con celo la fórmula del bebedizo.

Siempre me ha interesado la táctica y la estrategia, así que pedí al Cuervo que me informara sobre el modo de combatir de los durbanos.

Dado que no hay caballos en este mundo y los argos son animales lentos que rehúyen la lucha, no existen cuerpos de caballería en los ejércitos de las ciudades-estado. Solo infantería. Cada hombre está armado con un escudo grande y redondo, una lanza y una espada corta. Los guerreros van a la lucha con una armadura de yelmo cerrado, coraza y grebas. Se disponen en una larga unión de bloques compactos, a la manera de las falanges griegas. Aunque la anchura de las filas varía según la ocasión, la profundidad de las columnas suele ser de unos ocho hombres. La vanguardia presenta un muro apretado de escudos por entre los cuales sobresalen las lanzas.

A la hora del combate se elige un terreno llano y los dos ejércitos avanzan uno hacia el otro. Chocan las vanguardias y las primeras filas tratan de abrir brecha en el ejército contrario, alanceando por encima de los escudos. Si un hombre de la primera fila cae el que está detrás ocupa su puesto. Además, los hombres de las filas traseras vigilan y si alguien de la vanguardia tira el escudo e intenta huir lo ejecutan en el acto para enseguida ocupar su puesto. No puede haber agujeros en la línea frontal, que debe ser siempre una pared invencible. Las dos masas se empujan una a la otra, intentando arrollarse. La línea de contacto suele curvarse, hasta que en algún punto se rompe. Entonces, por la grieta se introducen en tromba los enemigos, partiendo aún más

e invadiendo la formación ya rota, y el combate se transforma en un caos de luchas en grupo. La formación que primero sufre la rotura suele ser la que cede y por tanto es arrollada, aplastada y destruida por su rival.

Los durbanos, tan modernos en otros aspectos, siguen siempre este modelo rígido a la hora de batallar. No aprovechan los diferentes terrenos, sino que solo se enfrentan en las llanuras, donde la formación en cuadros puede actuar de manera más efectiva. El gran peligro está en que el contrario logre rodear por los flancos al bloque del ejército y lo encierre en una bolsa letal. Para evitarlo, en los costados hay cuadros más pequeños y ágiles, capaces de girar y avanzar con rapidez en la nueva dirección, rechazando a quienes intenten superar los bordes de la masa armada.

Cuando se enfrentan a los bárbaros, la formación en bloque durbana siempre resulta victoriosa; los civilizados se limitan a esperar el momento del ataque enemigo y cuando llega se mantienen firmes o bien avanzan caminando, sin perder la formación. Los alais chocan con un muro infranqueable, erizado de lanzas que los atraviesan una y otra vez. No pueden hacer nada contra este sólido rodillo de escudos y cascos que avanza de manera lenta e inexorable, arrollando y deshaciendo, hasta provocar la huida de la chusma enemiga. Ni siquiera entonces los durbanos perderán la disciplina, inculcada en sus mentes de acero a fuerza de incontables horas de práctica. Perseguirán con frialdad a los vencidos y exterminarán a los heridos de manera metódica, sin caer en ningún exceso de confianza.

Dejando aparte los asuntos del ejército, hay muchos otros de importancia en la sociedad sarlia. Los ciudadanos pueden elegir con libertad su oficio y hay un gran abanico de profesiones, destinadas a cubrir todas las necesidades de la ciudad-estado. Los gremios más importantes son los de los físicos —el equivalente a médicos, sanadores y cirujanos—, constructores, artistas, artesanos, mercaderes y prestamistas —parecidos a los banqueros de la Tierra—. Cada uno de ellos tiene sus propias normas y algunas de ellas son secretas e inquebrantables, so pena de expulsión e incluso de muerte.

Un grupo de ciudadanos interesantes son, sin duda, los pensadores. En mi mundo natal les llamaría *filósofos*. Se reúnen en la Casa del Pensamiento y existen variadas escuelas y tendencias. Están dedicados a la tarea de descifrar los secretos de la Naturaleza y del alma humana y suelen verter sus opiniones en largos tratados. El pueblo llano, siempre práctico, no les entiende e incluso se burla de ellos, pero sus teorías fascinantes atraen a las gentes ricas y sofisticadas, que les dan sustanciosos regalos y recompensas a cambio de su compañía y su conversación. Pero algunos pensadores, por contra, critican esta actitud mercenaria y afirman que el auténtico placer de la abstracción

debe permanecer puro e independiente, libre del lujo, la riqueza excesiva y la protección de los mecenas. No escasean las rivalidades entre diferentes escuelas de pensamiento y algún pensador incluso llegó a asesinar a su rival ideológico en el transcurso de una apasionada discusión.

Podría sospecharse que personas de miras tan amplias estarían en contra de la guerra, la esclavitud o la crueldad que mancha esta avanzada civilización durbana, pero, muy al contrario, la mayoría de los pensadores defienden esa guerra, esa esclavitud y esa crueldad y las consideran adecuadas para el fortalecimiento del individuo y de la sociedad que lo alberga. También son contrarios a la apertura de la cultura durbana a los bárbaros del exterior, considerados como poco más que animales. Los pensadores afirman que el máximo exponente de la excelencia humana es el ciudadano libre de Durba.

Otro grupo digno de atención está compuesto por los religiosos.

En Sarlia hay dos doctrinas esotéricas de importancia: los Dioses Antiguos y el culto del Vigilante.

Los Dioses Antiguos son en realidad los cuatro elementos clásicos de la tradición terrestre: Tierra, Aire, Agua y Fuego. Esta religión se basa en una serie de ritos y ceremonias llevados a cabo en el propio templo, durante los cuales actúan las pitonisas. Ellas danzan y bailan, usan drogas para caer en estados alterados de conciencia y entonces se ponen en contacto con la divinidad para transmitir a los fieles una serie de noticias acerca de su futuro. Por lo que me ha contado el Cuervo, las revelaciones de estos oráculos son tan ambiguas que pueden interpretarse de mil maneras, lo cual da una coartada perfecta para la sacerdotisa en el caso de que sus predicciones no lleguen a cumplirse. A cambio de sus vaticinios, los que acuden al templo ofrecen dádivas de mayor o menor cuantía.

La otra gran creencia esotérica es el culto al Vigilante.

Nadie conoce el origen de la gran roca flotante, la Morada del Vigilante, ese dios que nunca se deja ver y que vive en su palacio de torres altas y puntiagudas. Este fenómeno ajeno a las leyes naturales provoca una absoluta fascinación. Incluso yo, que vengo de un mundo científico y racional, siento un escalofrío cada vez que miro el peñasco que se mantiene inmóvil en el aire, destruyendo todas las creencias sólidas en que hasta ahora había confiado. ¿Magia? ¿Algún tipo de tecnología demasiado avanzada para esta época? ¿Trucos visuales? No parece haber manera de averiguarlo, ya que la Morada del Vigilante está demasiado alta como para llegar con cuerda o escala alguna.

Y por si este misterio pareciese pequeño, aún se complica más: cada cien alagas —los días durbanos— se ofrece un sacrificio al Vigilante. Los ungidos llevan hasta las cercanías de la sombra de la isla flotante a dos personas. Una de ellas es un fanático del propio Culto —pero

nunca un sacerdote— y la otra es un criminal sacado de las cárceles, un ladrón condenado a muerte, un paria al que nadie desea ningún bien. Según los servidores del Culto, uno representa el Bien y el otro el Mal. Ambos serán elevados por el poder del Vigilante, hasta su morada, y una vez lleguen arriba el bondadoso le servirá y recibirá toda clase de placeres espirituales y el malvado sufrirá la misma cantidad de tormentos… Debe decirse que quien representa el papel de malvado suele ser un individuo que ha injuriado con anterioridad al Culto o se ha opuesto de algún modo a su labor.

La ceremonia sucede bajo las estrellas, iluminada por decenas de antorchas que llevan los sacerdotes. Se reúnen multitudes para contemplarlo todo y el lugar queda envuelto en un halo de espectáculo y dramatismo teatral, lo cual conmueve siempre a las mentes humildes. Tras los rezos convenientes del sumo sacerdote del Culto, las víctimas sacrificiales se elevan: echan a volar, ascendiendo con suavidad hacia las alturas, sobrepasan el borde de la isla flotante y desaparecen de la vista. Acto seguido, los miles de fieles que han presenciado el acto oran con fervor, pidiendo al Vigilante el perdón de todas sus maldades.

Si me lo hubiera contado otro no lo hubiese creído, pero estimo al Cuervo digno de suficiente confianza. Además, él mismo presenció una de esas ceremonias.

A pesar del espanto y el asombro que me producen todos estos hechos, estoy seguro de que tras ellos debe haber una explicación razonable. Al fin y al cabo, si hay una fuerza capaz de hacer flotar una isla de piedra a decenas de metros de altura, debería conseguir sin dificultades que leviten dos simples personas.

El Culto explota el poder del Vigilante y hace buen uso de su misterio y hermetismo. La Roca ha estado en el aire desde tiempos inmemoriales, pero solo en los últimos tiempos el Culto ha conseguido un tremendo poder, llegando a superar a la religión de los Dioses Primitivos. Y todo ello gracias al sumo sacerdote actual, cuyo nombre es Nigur.

Nigur provocó una revolución de la puesta en escena. Conjugó el dramatismo de las mejores tragedias con el misterio y la superstición y se apoderó de las mentes del vulgo. La mayoría de los sarlios siguen a pies juntillas los dictados de los ungidos, quienes aseguran que ellos y solo ellos son el nexo entre los hombres y el Vigilante, entre lo humano y lo divino.

Bajo el liderazgo de Nigur se redactaron las Escrituras del culto, una serie de mandamientos, leyendas, parábolas y fábulas complejas, dignas de ser interpretadas de mil maneras y llenas de afirmaciones místicas y altisonantes. Las clases bajas se sintieron aún más fascinadas cuando los severos y altivos sacerdotes se las

transmitieron… El Vigilante les observaba, contemplaba sus vidas, conocía hasta los más íntimos secretos de sus corazones; ningún pensamiento ni emoción se le escapaba. Por tanto, cada persona debería mantenerse virtuosa para no recibir su castigo implacable. Algo interesante y nada casual es que uno de los mandatos sagrados obliga a llevar a cabo cada cierto tiempo una contribución monetaria a las arcas del Culto. Las dádivas y el apoyo popular han subido como la espuma bajo el sumo sacerdocio de Nigur.

Es un personaje tenaz y un magnífico espada, a pesar de no haberse adiestrado con los guerreros. Sus orígenes permanecen en la sombra, nadie sabe de dónde salió ni cómo llegó a gobernar el Culto. Bajo su gobierno se multiplicó el número de sacerdotes, pues mandó ordenar a muchos simples siervos, e incluso a mercenarios, asesinos y gentes de baja estofa, que no se preocupan ni siquiera de disimular bajo las largas túnicas sus porras, dagas y cuchillos. Ha hecho de ellos una fuerza armada de mil hombres, un pequeño ejército a ser tenido muy en cuenta en la capital. Estos sacerdotes del Culto tienen típica mentalidad de matón: abusan de los creyentes y les sacan el dinero, asustándoles con promesas y amenazas de venganza del mismísimo Vigilante. Su poder crece sin parar.

Por supuesto, muchos se opusieron al Culto y a Nigur.

Los primeros fueron los pensadores. Se unieron de inmediato, olvidando las querellas internas, y trataron de intervenir allá donde pudieran con sus discursos enérgicos y sus críticas mordaces. El Culto intentó volver a las masas contra ellos y unos cuantos pensadores fueron linchados en público o bien asesinados en privado. Hay una especie de guerra secreta entre los partidarios de la lógica y fría argumentación de los pensadores y quienes se adhieren a la invocación esotérica del Culto.

El conflicto ha llegado incluso hasta el Palacio del Poder. Se sabe que el sigra Amáer Atur apoya el dominio del Culto mientras que su hijo, el ornai Dargor, se opone a él de manera abierta, increpando y mofándose en público del Vigilante y sus servidores. En alguna ocasión estuvo a punto de atravesar con su espada a uno que osó amenazarle con la venganza divina. La mayoría de los pensadores tienen a Dargor como al niño mimado de Sarlia, mientras que despotrican en secreto contra su padre, Amáer, señor de la patria.

Otro sector fundamental de la vida sarlia está compuesto por los esclavos.

En la propia capital hay pocos, solo uno por cada veinte personas libres. La mayor parte fueron capturados en las diferentes guerras que protagonizó Sarlia.

Horrorizado, oí al Cuervo contarme que Dargor había sometido a la esclavitud a los habitantes de una aldea que había plantado cara a su

ejército. Peor aún, en otra ocasión ordenó exterminar a todos los residentes, sin importar el sexo o la edad, de un poblacho cuyo líder no quiso acatar sus órdenes.

Dichas injusticias son propias de este mundo salvaje y cruel: hombres, mujeres y niños sin más culpa que habitar una ciudad cuyos dirigentes no cedieron ante el invasor, todos ellos son condenados a una vida de sumisión y carencia de derechos. Es horrible.

La mayor parte de los esclavos que los ejércitos de Sarlia han capturado son bárbaros procedentes de los pueblos alais. A veces, incluso cuando hay paz y sin provocación alguna, contingentes de guerreros sarlios atacan las aldeas alais más sureñas para llevarse un buen cargamento de prisioneros. Los alais cautivos acaban casi todos en las minas de metales a la sombra de las Negai. Un hombre fuerte puede resistir en sus túneles diez años, pero los alais logran vivir en los corredores peligrosos e insalubres de las minas hasta quince… Porque los alais no son humanos. Algunos esclavos bárbaros son empleados también en los campos de labranza, llevando a cabo las labores más esforzadas y rudas.

Pero en la ciudad sus habitantes opinan que la presencia de bárbaros mancharía las calles, así que allí los esclavos son siempre durbanos, obtenidos como botín en las diferentes guerras entre las ciudades-estado. El destino de las mujeres bellas capturadas resulta evidente y a los hombres se les emplea en las labores que requieren esfuerzo físico. Algunos ricos organizan peleas entre esclavos, en las cuales se apuesta mucho dinero. Estas luchas, que casi siempre acaban en sangre y muerte, están mal consideradas por los ciudadanos respetables. Debe decirse que en los Juegos oficiales está prohibida la participación de esclavos, así como tampoco se les permite asistir como espectadores. Como única excepción, solo en Uriana se celebran Juegos de esclavos, unos certámenes mortíferos y cruentos.

A pesar de la brutalidad que implica la esclavitud en Durba, a los hombres libres apresados se les da la opción de morir con honor o vivir bajo el juramento de obediencia al amo. Muchos, sobre todo los guerreros, prefieren ser degollados allí mismo y levantan la cabeza para facilitar la labor del verdugo. El resto, más débiles o tal vez más razonables, serán marcados en el hombro con un hierro al rojo, igual que reses, y después vendidos en el mercado correspondiente.

Esta opción de morir con libertad o vivir de rodillas no se les ofrece a las mujeres, ya que la durbana es una sociedad machista, y tampoco para los bárbaros, pues se trata de una cultura xenófoba. Los mismos conceptos de machismo y racismo pierden sentido en el contexto de este mundo salvaje y atrasado. Las mujeres y los extranjeros apresados llevarán la marca y la cadena, aunque supliquen la muerte a gritos. Después, el látigo y las palizas les amansarán.

Cada vez que pienso en estas indignidades siento vergüenza de la especie humana. Y sin embargo, sospecho que en Durba los esclavos sufren mejor trato que fuera del país. Al menos, hay una regulación sobre las obligaciones del amo para con el esclavo y aquel debe respetarla a rajatabla. En cuanto al esclavo, su única opción es obedecer con prontitud si no desea ser castigado o incluso ejecutado.

Un dato interesante es que en Sarlia y otras ciudades-estado no hay mendigos: cualquier pordiosero pasa a ser de inmediato esclavo estatal. Según argumentan los durbanos, con su trabajo se ganará el pan que coma y, si no es capaz de encontrarlo por sí mismo, el Estado se lo da por la vía más extrema. Tampoco hay apenas robos, pues los propios ciudadanos harían pedazos, en la misma calle, al que intentara sustraer algo de una tienda o atracar a un paseante. Los sarlios tienen poca paciencia con los delincuentes. Los malhechores que son detenidos por las autoridades son juzgados; si su delito es grave se les ejecuta en acto público o bien cumplen sus penas correspondientes en las minas o campos de labranza estatales, y cuando las terminan se les expulsa de por vida de Sarlia, convirtiéndose en proscritos.

Los sarlios, y en general todos los durbanos, aman sus edificios, plazas y monumentos. Se preocupan de que la ciudad esté siempre radiante y bella. Recuerdo las pintadas grotescas que manchan las paredes de cualquier barrio de mi ciudad natal y pienso que si alguien intentara trazar una sola línea sobre un muro sarlio quizás en los cinco minutos siguientes no seguiría vivo, ni entero. Los habitantes de esta ciudad-estado parecen diligentes, orgullosos y patrióticos, pero no son gente adusta con cara de palo, sino que también disfrutan de las fiestas, los bailes y las canciones. La base de la sociedad es el matrimonio monógamo, requisito imprescindible para tener descendencia legal. Los hijos de los esclavos pasan a ser propiedad del amo o del Estado, que dispone de ellos como desee. Las mujeres pueden trabajar en el seno de los gremios a cambio de un sueldo, pero no tienen derecho a voto, ni a empuñar armas, ni asistir a tragedias, comedias, a los Juegos, ni a los baños públicos. A pesar de todas estas injusticias hay Casas de Mujeres, donde las ciudadanas libres celebran sus propias obras de teatro, sus danzas y sus Juegos. Y claro está, los hombres no pueden entrar en ellas.

El sistema económico se fundamenta en la liberalización de precios, con poca normativa en cuanto a la compra y la venta. De tal manera se estimulan la competencia, el comercio y el enriquecimiento público y privado. El Estado se embolsa mediante sus impuestos una parte de las ganancias sobre cualquier negocio y a cambio ofrece protección armada allende los muros de la capital, arbitraje y seguridad jurídicas y construcción y entrega de todos los edificios destinados a las actividades mercantiles. A pesar de su tolerancia, cada estado sarlio

tiene potestad para intervenir y dictar sentencias capaces de recortar los poderes de los gremios y sus diferentes casas, cuando se producen casos de monopolio o competencia desleal.

Un aspecto interesante es el de las *casas de préstamo*, lo más parecido a los bancos de mi mundo. En ellas se conceden créditos a un mayor o menor interés. Las gentes humildes no los piden, pues en caso de necesidad es el gremio al que pertenecen, o el propio Estado, el organismo encargado de sufragar los gastos de vivienda y manutención. Quienes frecuentan las casas de préstamo son comerciantes y mercaderes en busca de un capital rápido, para aventurarse en empresas ambiciosas y —según ellos— rentables. La devolución del préstamo más los intereses puede hacerse en dinero líquido, terrenos o productos. Otra opción es que el prestamista arriesgue sus fondos a cambio de un porcentaje de los beneficios del futuro negocio. Los funcionarios estatales son los árbitros y testigos de los contratos que regulan cada préstamo; la mayoría se inscriben en cuero, tablillas de madera o pizarra, o en papel vegetal. En otras ocasiones los pactos se realizan de modo verbal, con notarios del Estado para dar fe. Es imposible erradicar del todo la corrupción si el dinero corre en abundancia, pero en general los funcionarios encargados de estos trámites tienen fama de ser honestos. Hay varias prórrogas para que un deudor satisfaga sus obligaciones en los plazos adecuados, pero si no lo consigue todas sus posesiones serán entregadas al prestamista. En casos extremos el insolvente ha debido pagar con su propia existencia, convirtiéndose él y su familia en esclavos del prestador.

Un hombre puede pertenecer a la vez a la casta de prestamistas y a la de mercaderes, pues no está prohibido dedicarse a ambas actividades. Hay ciudadanos sarlios muy ricos, pero el Estado prohíbe a cualquier civil tener bajo su mando a más de cincuenta guardias mercenarios. Si necesitara más hombres, por ejemplo para escoltar una caravana en terreno peligroso, es el Estado quien le facilitaría sus propios soldados, a cambio de una fuerte imposición fiscal. Limitando la cantidad de lanzas que un civil tiene en su mano se evita el peligro de que un poderoso intente dar un golpe de Estado y hacerse así con el poder. Los funcionarios estatales vigilan a los muy ricos y, si detectan comportamientos autoritarios que rayen la ilegalidad, puede abrirse una investigación y hasta un proceso penal. Naturalmente, el poderoso quizás intente comprar la voluntad de esos funcionarios con un sustancioso soborno, y en este sentido ha habido escándalos e injusticias, pero también se ha dado el caso de hombres adinerados, con mucha ambición y pocos escrúpulos, cuyas posesiones han sido confiscadas, para luego ser ellos condenados a la proscripción, la esclavitud o incluso la ejecución pública.

Como en cualquier sociedad civilizada, el poder económico siempre intenta seducir al político. También aquí, de la integridad y fortaleza de los gobernantes depende la mayor o menor salud del Estado.

Sarlia está regulada por una suerte de constitución, llamada *Ordenamiento*. Esta norma se extiende por toda Durba y cada ciudad-estado tiene el suyo propio, más o menos diferente. Al parecer el más retrógrado es el de Corón, que parece una tiranía velada, con un gobierno absoluto del sigra. En Sumana, por ejemplo, hay tres sigras elegidos por un consejo de ancianos. Sarlia parece gozar del sistema político más moderno, el más envidiado y odiado de todo el país, pues Sarlia goza de una democracia.

En la Cámara de la Ley sarlia se debaten las grandes decisiones y está compuesta por cuarenta y ocho vocales. De ellos diez representan a los guerreros, diez al culto del Vigilante, ocho a los mercaderes y prestamistas, seis a los constructores, seis a los físicos, cuatro al pueblo llano, dos a los esclavistas y dos a los pensadores. Cada vocal tiene un voto y lo hace valer en el plebiscito necesario para elegir a un sigra de entre todos los generales más competentes. El sigra dirigirá el destino de la nación durante cinco furás —o años durbanos—; después tendrá que someterse a nueva votación, para ser reelegido o apartado del puesto.

Los poderes del sigra no son totales y de hecho el ejército no sirve oficialmente a su persona, sino a toda Sarlia, representada por sus vocales, que a su vez personifican a todos los sectores de la sociedad. El cargo de Señor de los Ejércitos está en manos de uno de los vocales de los guerreros. Actualmente ese vocal es Dargor, cuyo cuerpo ocupo. A la vez, Dargor es ornai —o príncipe—: el hijo del sigra.

La elección de los vocales tiene también visos democráticos —pero con reservas, pues las mujeres no votan—. Cada varón libre sarlio elige mediante sufragio directo y secreto a sus representantes. Esta elección queda restringida al propio gremio y un hombre solo puede votar a su vocal favorito dentro de su propio oficio o casta. Así, por ejemplo, un constructor no podría elegir jamás al vocal de los esclavistas.

Pero dejemos aparte la vida en Durba y fijémonos en criterios globales.

Resulta evidente que estoy en un planeta distinto a la Tierra, a pesar de que sus condiciones atmosféricas sean parecidas. Croaga es la estrella en torno a la cual giramos y parece el doble de grande que el Sol, pero tiene una intensidad lumínica y calorífica parecida. Por la noche el cielo está cuajado de estrellas que dibujan constelaciones exóticas, pero no hay ningún gran satélite parecido a la Luna.

El Culto mantiene que las estrellas y Croaga son otras tantas rocas flotantes sobre las que el Vigilante se puede desplazar a voluntad,

mientras observa con detenimiento a todas las criaturas de la Creación. Los pensadores, que incluso han descubierto lejanos planetas con sus lentes de aumento, abominan de esta doctrina esotérica, pero muchos entre el vulgo la creen a pies juntillas. En las casas del pensamiento de Durba se oyen diferentes teorías para explicar el universo, pero la más importante dice que este mundo es una esfera que gira sobre su propio eje; está en el centro de un universo lleno de planetas y cuerpos brillantes y todos dan vueltas en torno a nosotros. Teniendo en cuenta el atraso tecnológico de este mundo, donde se cree en divinidades y criaturas mitológicas para explicar los fenómenos naturales, hay que considerar a los pensadores casi como a científicos revolucionarios.

Fue esta casta también, colabas —siglos— atrás, la que ideó un sistema de medidas unificado. Antes, cada ciudad-estado tenía sus propias unidades de longitud, tiempo, peso…, pero los pensadores de varias capitales se unieron para acabar con todo ese caos. Gracias a sus esfuerzos Durba se apartó del caos y abrazó el orden.

Así, en cuanto a la longitud la unidad principal es el torne, que equivale a un metro y sesenta centímetros, el cora son ciento sesenta metros y el sorcora, mil seiscientos metros.

En Durba los días se llaman *alagas*. Como en la Tierra, equivalen a una rotación del planeta sobre su propio eje y están divididos en veinte clepsidras. Cada una equivale a cincuenta minutos terrestres, por lo que podría ser tomada por una hora. En realidad, el término *clepsidra* no es del todo correcto, ya que pocos relojes durbanos son de agua y en casi todos se emplea una arena triturada y convertida en polvo fino. Hay relojes líquidos en los que cada clepsidra está llena de gel o aceite grueso; al tardar más tiempo en vaciarse, cada una de sus dos mitades equivale a dos o más clepsidras de agua. Pero todos estos relojes de arena o agua son caros y la gran mayoría de los durbanos averiguan la clepsidra, y con un grado de acierto asombroso, solo contemplando la posición de Croaga en el cielo despejado o clavando un palo en la tierra y mirando su sombra. Por fortuna Durba no es un país nuboso y la mayor parte de los alagas Croaga luce con fuerza. En la noche, claro está, el cálculo de la clepsidra es más complejo y subjetivo.

Los equivalentes de los minutos serían los orlas: cada clepsidra durbana contiene setenta y dos. El año es llamado *furá* y marca la revolución completa del planeta alrededor de Croaga —o el tiempo que tarda Croaga en dar una vuelta en torno a este mundo, según los pensadores—. El furá está dividido en diez loragas —meses— y cada uno tiene cuarenta alagas. La unidad temporal más alta durbana es la colaba —siglo—, que equivale a ciento veinte furás.

La historia de las ciudades-estado se remonta hasta mil colabas en

el pasado, pero esta cifra me parece hinchada y casa con el exacerbado orgullo durbano, capaz de contaminar también a sus historiadores. Más allá de ese punto original solo hay leyendas nebulosas sobre confederaciones de tribus sumidas en la barbarie, que construyeron las primeras agrupaciones de cabañas y las rodearon con empalizadas. Tales fueron las semillas de las actuales ciudades-estado.

El Cuervo me ha hablado también sobre el ornai Dargor, cuyo cuerpo ocupo.

Su padre es Amáer Atur, sigra de todo Sarlia. Tiene su propio harén, pero no se le conocen bastardos y yo *soy* su único hijo legítimo, que le dio Latra, su única esposa legal. Latra era hija de un poderoso miembro de los constructores y fue concedida en matrimonio al joven general Amáer para consolidar las buenas relaciones entre este colectivo y el poder. Todo el mundo sabía que Latra no amaba a su esposo, pero Amáer sentía por ella una especie de cariño que venía con tanta rapidez como se iba, pues era muy aficionado a las juergas y a sus múltiples amantes, y ella demasiado orgullosa como para aceptar sus infidelidades con otra cosa que una digna frialdad.

A pesar de todo, Latra le dio un hijo a Amáer: Dargor.

Le he dicho al Cuervo que me hable sin tapujos sobre estos temas, así que me ha revelado que Latra trató por todos los medios de separar a Dargor de su padre, y en parte lo consiguió, porque Amáer era un guerrero temible y rudo, siempre ocupado en las campañas exteriores contra los enemigos de Sarlia, y por tanto estaba a menudo lejos del palacio. Gracias a su competencia militar ha sido elegido dos veces como sigra. Ahora transcurre su segundo mandato.

Durante el primero, Latra murió por culpa de unas fiebres malignas. Pero ya había logrado el objetivo de separar al hijo de su padre: Dargor despreciaba en público los excesos de Amáer con el vino y muchos decían que el sigra miraba con envidia y hostilidad la estrella ascendente de su propio hijo. El joven ornai se había desempeñado con éxito en diferentes campañas en Durba y su fuerza física, su arrojo y su alegría volcánica le habían granjeado la admiración de buena parte del ejército.

Por el contrario, el ejercicio del gobierno ha ido convirtiendo a Amáer en un ser taciturno y desconfiado. En los últimos tiempos parece fascinado por los esoterismos divinos del Culto y Nigur, el sumo sacerdote, explota con habilidad esta situación, pues él es en estos momentos el principal consejero del sigra. Dargor abomina en público del Vigilante y sus adoradores y frecuenta las casas del pensamiento, todo lo cual no ha ayudado en nada a mejorar las relaciones entre padre e hijo.

Queda solo un furá para que termine el mandato de Amáer y Dargor ha expresado en varias ocasiones su intención de presentarse

como candidato a sigra. Está respaldado por los pensadores, la mayor parte del ejército y el sector más progresista de la ciudad. Por el contrario, Amáer atrae al poderoso Culto y a las clases medias y bajas —que constituyen la mayoría, como en todas las sociedades civilizadas—.

Medio loraga atrás, Dargor sufrió un accidente mientras cazaba al cotra, un animal parecido al jabalí, en los bosques meridionales de la ciudad. Haciendo caso omiso de sus acompañantes, se enfrentó al animal armado solo con sus venablos y el cuchillo montero. Consiguió herir a la criatura y siguieron su rastro durante un alaga entero. La encontraron moribunda, pero se revolvió y cerró contra sus cazadores, embistiendo a Dargor antes de que la remataran con las lanzas. Durante la refriega el ornai se despeñó por una cuesta y se golpeó la cabeza contra una roca. El impacto no le abrió el cráneo, pero provocó un coma —los físicos durbanos lo llaman *el mal del sueño profundo*—.

Por supuesto, Nigur y el Culto anunciaron con gravedad que había sido un castigo del Vigilante.

Cuando ocurrió el suceso Amáer se encontraba inspeccionando las tropas del Cinturón. Recibió la noticia, pero no interrumpió su viaje para visitar a su hijo y comprobar su estado.

El Culto proclamó que para salir del sueño profundo el ornai debía estar tranquilo y solo, así que nadie le acompañaba en su habitación. Era visitado únicamente por los esclavos, para introducirle comida y bebida en la boca y asearlo. Los sacerdotes aseguraban que el Vigilante visitaría en persona a Dargor y le preguntaría si se arrepentía de sus faltas, para sacarle o no del trance. La visión del Vigilante cegaría a cualquier ojo mortal y por ello era mejor dejar solo al convaleciente. Tan grande es el poder del Culto que en el Palacio del Poder sus órdenes fueron obedecidas, a pesar de las protestas del Cuervo y otros amigos del enfermo.

Fue entonces cuando desperté en este cuerpo y sufrí el ataque de un asesino. El Cuervo recelaba y había montado guardia, junto a cuatro de sus guerreros, en un cuarto cercano. Al oír mis gritos entró y evitó mi muerte. Durante el calor de la pelea uno de los soldados degolló al criminal, ya herido en la espalda por una lanza. El Cuervo hubiera deseado interrogarle y por eso increpó y golpeó después a su joven e impetuoso soldado.

En estos momentos, el clima en Sarlia está lleno de tensión. Muchos sospechan que el asesino fue enviado por el Culto, aprovechando la soledad del ornai en su cuarto, recomendada precisamente por ellos. El grupo de jóvenes generales que sigue al ornai a todas partes pide venganza y son contenidos a duras penas por el consejo siempre sabio del Cuervo. Es un hombre astuto, sabe que no hay pruebas que incriminen a los sacerdotes y si los seguidores de Dargor atacaran a

Nigur estarían cometiendo un delito y provocarían tal vez un conflicto civil en la propia capital. Aun sin llegar a tales extremos, si el bando del ornai perdiese los estribos perdería también la candidatura en las próximas elecciones, pues sería difícil que la Cámara de la Ley aceptara a un partido de alborotadores. De manera involuntaria le habrían hecho el juego a Nigur y, tal vez, al sigra Amáer.

De modo parejo, los enfrentamientos verbales —a veces también físicos— entre los pensadores y los sacerdotes ganan acritud y virulencia. Los sarlios empiezan a posicionarse en dos bandos. Como el resto de los durbanos, son seres muy pasionales, y si continúan las tensiones al final estallará una violencia generalizada.

Por si fuera poco, el ornai no ha querido ver a nadie a excepción del Cuervo en los seis alagas desde que despertara, lo cual provoca aún más suspicacias e interrogantes.

Se prevé que Amáer vuelva a Sarlia en el plazo de uno o dos alagas. Entonces, habré de enfrentarme con él. Debo encarar esta situación enloquecida con cierta frialdad, si no quiero terminar de perder lo que me queda de cordura…

…Por el rabillo del ojo, y mientras el Cuervo y yo peleamos con las espadas en el lujoso aposento del ornai, vuelvo a captar el gran mapa de Durba.

—¡Basta! —grito.

Ambos paramos de luchar. Estamos jadeando y tenemos las caras lustrosas de sudor. Dejo la espada sobre una mesa y suspiro. El Cuervo sonríe, se le hinchan las aletas de la nariz y sus ojos brillan.

—Maldita sea, Dargor, quizá no recuerdes nada del pasado, pero aún sigues peleando como un demonio.

—¿Qué tal el brazo?

—Nada de importancia. —Mete el acero en su funda, agarra el mantel que arrojé antes al suelo y se limpia el rostro y los cabellos. Su expresión cobra gravedad—. Señor, te lo he dicho cien veces y no me cansaré de repetirlo: debes salir de aquí, volver a los barracones de los soldados y saludar a los generales, a Quiro, Sorcán, Aldel y Tebá, que están muy preocupados por tu salud. Al testarudo de Tebá he tenido que calmarlo con los mejores vinos del palacio porque amenazaba con echar la puerta abajo para verte de una vez por todas. Aunque no lo recuerdes, no solo son tus fieles servidores, sino también tus amigos.

—¿Y tú, Cuervo? ¿También eres amigo, además de servidor?

Su faz se vuelve impasible. Se acerca y se postra ante mí con una rodilla en el suelo. Baja la cabeza y muestra la nuca.

—Mi vida es tuya, señor. Mátame si lo deseas.

Parpadeo, estupefacto.

—Levántate, por favor. No quería ofenderte.

Obedece y vuelve a sonreír, aunque con cierta tristeza.

—Soy también tu amigo, mi ornai. Ojalá te acordaras.

—Sí, ojalá. Está bien, veré en primer lugar a esos generales, pero antes deseo bañarme.

—¿Bañarte? Señor, hay suficientes paños limpios en este cuarto. ¿Para qué el agua?

He olvidado que las costumbres higiénicas de los durbanos se diferencian mucho de las de la Tierra. Así, ya empiezo a acostumbrarme al constante hedor a sudor seco de los guerreros y los esclavos, pues aquí no existe el desodorante y tampoco parece muy popular la costumbre de bañarse a diario. Pero no llegan a los extremos inmundos de los alais, que casi veneran la suciedad. Los durbanos usan los baños públicos para refrescarse y practicar natación, no para deshacerse de la mugre. Para este fin emplean paños y toallas, como mucho humedecidas, y como cosa extraordinaria, embadurnadas con jabones y perfumes.

Dado que ahora gozo de riquezas y lujos no voy a renunciar al baño, por muy extraño que les parezca a los demás. Y no estoy dispuesto a aplicar aceite a mi pelo para que cobre brillo y lisura, aunque el Cuervo asegure que es el colmo de la elegancia y el buen

gusto.

A pesar de sus protestas, los sirvientes traen una tina llena de agua, en la que me sumerjo con gran placer. El Cuervo hace llamar a varias esclavas para que me froten y enjabonen el cuerpo. Hasta el momento todos los asistentes que he visto son masculinos y cuando entran las tres mujeres en la sala casi doy un grito. Son muchachas jóvenes, de una belleza exquisita. Nunca hubiera imaginado que existieran mujeres tan hermosas. Sus cuerpos están cubiertos con túnicas blancas que bajan hasta sus rodillas, ceñidas en la cintura para mostrar la dulzura de sus curvas. Siempre he sido tímido con las chicas y en esta ocasión me quedo petrificado en el agua, agradeciendo que sobre la superficie flote una gruesa película de jabón.

El Cuervo ruge sus carcajadas al verme tan avergonzado.

—¿Qué hacen aquí? —chillo—. ¡Que se vayan!

Ellas se alejan unos pasos y esperan en silencio, sosteniendo aún los paños y los tarros con ungüentos y aceites. Están muy serias y compruebo que no me miran a los ojos ni una sola vez. Quizás las hayan educado para que ni se les ocurra hacerlo.

—¿Qué te ocurre, mi señor? —bufa el Cuervo, entre risas—. Son tuyas, pertenecen a tu harén personal. Tú mismo las elegiste entre las más bellas capturadas, durante la guerra contra Atis.

Las miro con detenimiento y soy presa de emociones encontradas. Me dan pena estas jóvenes reducidas a una vida de esclavitud y siento ira contra la sociedad que les ha robado el libre albedrío. Pero por otro lado no puedo contener una oleada animal, pues lo que ha dicho el Cuervo es cierto: son mías para hacer con ellas lo que me venga en gana. Experimento una lujuria atroz, hasta ahora desconocida, que incluso llega a asustarme. Quisiera sentir vergüenza de mí mismo, pero no puedo.

Mi expresión debe ser muy graciosa, porque el Cuervo continúa riéndose por lo bajo.

—Has olvidado muchas cosas, mi señor. Quizá demasiadas.

Intento hablar, pero no consigo apartar la vista de las chicas. Una en concreto atrae de un modo poderoso mi atención. Es algo más baja que las otras y tiene un rostro ovalado, coronado por cabellos largos y lisos, espesos, sedosos, de color castaño oscuro. Sus rasgos son finos y sus labios perfectos. Las curvas de su cuerpo cubierto por la túnica se me antojan deliciosas. Los ojos casi negros que ahora miran hacia abajo tienen una expresión triste.

Suena una palmada brutal.

—¡Despierta, señor mío! Si quieres a cualquiera puedes tenerla. ¡Vosotras! ¡Agasajadle!

Ellas se acercan de inmediato, pero yo levanto la mano, salpicando agua.

—¡No! ¡Marchaos! Me… me basto yo solo.

Las muchachas miran durante un instante hacia el Cuervo, que frunce el ceño y les ordena con un gesto de la cabeza que se vayan. Obedecen. Mi mirada sigue prendada de la chica del pelo liso y oscuro, hasta que sale de la habitación.

El Cuervo niega con la cabeza, mirándome con expresión burlona.

—Señor mío, te aconsejaría que…

—¿Por qué no me han dejado entrar? ¿Se encuentra bien mi amor?

Antes de que los sirvientes masculinos cierren las puertas entra en la sala una nueva mujer.

Viste una túnica sedosa y brillante, larga hasta los tobillos, de color escarlata, con flores pintadas en el tejido gaseoso. Luce oro y plata en las muñecas, los dedos, el cuello y las orejas. Los metales preciosos resplandecen sobre su figura, dotándola de un aire casi mágico, como si fuera una diosa que hubiera bajado de los cielos. Una diosa del amor, sin duda. Tiene un cuerpo fuerte, magnífico, muy femenino, escultural y turbador, que desprende energía y sensualidad. Su cabello está recogido en un complicado y hermoso tocado; es ensortijado, de color castaño claro, brillante a causa del aceite. Tiene un rostro ovalado y está maquillado con un gusto exquisito. La línea de la mandíbula denota un carácter fuerte. Sus labios son carnosos, pero no bastos, y han sido hechos para ser mordisqueados y besados con pasión. La nariz recta acaba en un ligero achatamiento y los pómulos algo salientes y los ojos grandes y almendrados le dan un encanto exótico. Esos ojos, de un castaño casi amarillo, brillan y despiden fuego.

Es de ese tipo de personas vitales y extrovertidas que jamás pasarían desapercibidas en ningún lugar. Se acerca hasta mí como si fuera la dueña del cuarto, del palacio, del mundo entero. La fuerza erótica que desprende cada uno de sus movimientos me turba y ella sonríe encantada al mirarme, un poco divertida al verme metido en una tina de agua. Me toma de las manos, tira de mí y antes de poder evitarlo estoy de pie, chorreando.

—¡Amor mío…! ¿Por qué no has querido verme?

Veo por el rabillo del ojo que el Cuervo la mira con disgusto.

Ella me abraza con fuerza, sin importarle el agua sobre mi cuerpo, y acerca sus labios a mi oreja, chupando el lóbulo y después el cuello.

—He sufrido mucho sin ti, dueño de mi corazón —susurra, con una voz capaz de derretir los hielos. Jadeo ante el contacto de su carne firme e impertinente—. Pero por fin has vuelto a mí.

Retrocede un paso y, mirándome con fijeza y sonriendo, toca cierto broche. De pronto su túnica está en el suelo y ella está desnuda ante mí, mostrándome la gloria de su cuerpo.

—Vayamos al lecho, mi amor. Yo soy lo que tú necesitas.

La miro petrificado. En sus ojos descubro cierta sorpresa, como si no entendiera qué me ocurre. Pone sus dedos en mis mejillas y me besa con suavidad, rozando apenas mis labios con los suyos. El roce de sus pezones en mi pecho húmedo me electrifica.

—¿Qué te pasa? —pregunta, con dulzura—. ¿No me recuerdas?

—No —responde el Cuervo, en tono seco—. No te recuerda en absoluto, Tala. De hecho, no recuerda a nadie.

La mujer se vuelve para mirar hacia el viejo general, quien a su vez la contempla con desprecio y animadversión. Los ojos de la mujer se convierten en piedras afiladas y casi me estremezco; no me gustaría tenerla por enemiga.

La mujer que al parecer se llama Tala le da la espalda con un movimiento de cabeza que hace revolear sus cabellos. Levanta una ceja y su sonrisa se hace más dura.

—Esta habitación se ha llenado de pajarracos. ¿Has sido tú quien me ha privado de verle, Cuervo?

—Sí. No era bueno para su salud y además, como he dicho antes, no recuerda a nadie. —El Cuervo sonríe con maldad—. Tampoco a ti. Dejó órdenes terminantes de que nadie le visitara.

—No te creo, Cuervo, y estoy harta de tus mentiras. Dargor me necesita, él me hubiera llamado. Algo le has hecho.

—Si fueras un hombre te partiría en dos por llamarme mentiroso.

Ella alza las cejas y sonríe con la mitad de la boca, mientras con un ademán de la mano señala su cuerpo desnudo, lamido por las luces y las sombras de la sala.

—Pero no soy un hombre… ¿O es que la edad te impide darte cuenta de ello?

El Cuervo aparta la vista, rojo y turbado. La mujer llamada Tala tuerce la otra mitad de la boca en una sonrisa burlona y se vuelve hacia mí.

—Yo… —atino a decir, tembloroso, pero ella me acaricia la cara y bebe de mis ojos. No puedo apartar la vista de los suyos, de su cuerpo, de su increíble belleza—. Creo… creo que tiene razón, no recuerdo… nada… Y no sé quién eres…

Hace algo en su coronilla y de pronto la melena espesa y ensortijada cae hasta sus caderas. Quedo deslumbrado por esta nueva hermosura. Tala sonríe aún más, mostrándome sus dientes perfectos. Me abraza y yo contengo la respiración. Sus manos acarician con dulzura y vigor mi espalda, dejando resbalar las puntas de sus dedos sobre el surco lumbar y las nalgas. Me mordisquea la barbilla y besa mi cuello, sin dejar de susurrar con su voz ronca:

—Soy Tala, mi amor. Soy tu favorita. La mujer que vive por ti y para ti.

Intento abrazarla, pero se separa de manera experta, aunque

agarrándome de las manos. Me mira de arriba a abajo y sonríe, satisfecha.

—Ven al lecho, cariño mío. Te daré un masaje y después nos amaremos. Hemos de recuperar el tiempo perdido.

Se me acerca otra vez, toma mi rostro entre sus dedos, clavando las yemas en las mejillas. Me mira con fuerza, entrecerrando los ojos.

—No olvides a Tala, mi amor. Nunca debes volver a olvidarla.

De nuevo se separa cuando intento abrazarla y luego tira de mí, riendo. Me conduce a la enorme cama. Caigo en ella, abrazándola, aplastándola bajo el peso de mi cuerpo y provocándole un jadeo violento que se transforma en un largo suspiro de placer. Me besa en los labios y las mejillas y devoro sus labios y su lengua, tragándome su aliento. Sigo besándola en la garganta y después en los pechos, despertando una tormenta de gemidos. Me levanto sobre las manos, sin dejar de apretar mi cadera contra la suya, hundiéndola en el lecho. Veo su rostro maravilloso, hinchado de sangre y placer, rodeado por una nube de cabellos ensortijados. Me parece una hechicera, una diosa de la lujuria. Hay algo antiguo, sucio y carente de cualquier inocencia en su mirada brillante y ardorosa y su sonrisa perversa. Siento una oleada visceral que me obliga a aplastarla aún más contra la sábana, provocando que arquee la cabeza y exhale un gemido largo y ronco. Sus uñas arañan mi pecho y juegan y luego tiran de mis pezones. Mis movimientos cobran violencia y ella se mueve al compás, de manera experta, con un gemido en cada caída.

De pronto me detengo y tuerzo la cabeza, mirando al Cuervo, aún en pie, rígido.

—¿Y qué pasa con él? —pregunto, sintiéndome como si flotara en un sueño o una borrachera.

—He de cuidarte, señor —contesta el Cuervo, muy tieso, apretando los labios y desviando la vista—. No puedo dejarte solo. Seguiré en esta habitación, en… en un lugar apartado.

—¡Déjale que se quede! —dice Tala, entre jadeos y risas—. Así podrá vernos. Es un hombre aburrido… ¡Seguro que sabe entretenerse él solo en su rincón oscuro, sin necesidad de una amante!

Suelta una carcajada burlona. Ya no me molesta que el Cuervo siga en la sala. No me importa nada, pues me hundo de nuevo en el torbellino de suspiros, calor, carne y cabellos.

Noto varias sacudidas y abro los ojos.

El Cuervo está junto al lecho, zarandeándome.

—Despierta, ornai.

Me vuelvo buscándola, tanteando en las sábanas.

—Tala ya se ha ido, señor. —Hace una mueca entre la burla y el enojo—. Por cierto, gritó mucho, quizás demasiado, mientras estaba en tu poder.

Me froto la cabeza y parpadeo. Siempre pensé que tras la primera vez se verían las cosas de diferente modo, pero nada en este lujoso y arcaico aposento parece haber sufrido la más ligera transformación. En el aire aún queda el perfume de mi amante. Al recordar su pasión me estremezco.

—¿Dónde está ella?

El Cuervo se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Esa mujer es un demonio, además de una furcia de altos vuelos. Se ha hecho la reina de tu harén, así que habrá vuelto a su territorio para dar órdenes a las demás y parlotear sobre tu vuelta a la vida.

Me incorporo hasta quedar sentado en la cama. Las lámparas de aceite están encendidas y alumbran con suavidad fantasmal la habitación. Más allá del ventanal abierto el cielo se tiñe de rojo y miel, mientras Croaga va hundiéndose poco a poco en el horizonte.

—Cuervo, quiero preguntarte algo. Dargor… Yo… ¿amaba a Tala?

—¿Tampoco recuerdas eso?

—Tampoco.

—Se puede decir que hasta la llegada de Tala al Palacio del Poder eras bastante promiscuo. Pero ella desplegó sus artes seductoras y te engatusó. Se convirtió en la única, en la favorita de tu harén… Al menos, mientras tú estabas en Sarlia, porque lejos de la ciudad, en campaña, siempre hay rameras con las que desahogarse.

—No has contestado a mi pregunta, Cuervo. ¿La quería?

—Nunca lo hubieras reconocido en voz alta, pero… Sí, creo que a tu modo sí la amabas.

—No es difícil querer a un ser como ella —digo.

—Pero ella no te ama.

Le miro con fijeza.

—Desengáñate, mi señor. —Los ojos del Cuervo cobran gravedad —. Ella no te quiere. No quiere a nadie más que a sí misma y solo desea de ti riqueza y posición. Ya era ramera cuando la apresaste: era la amante del caudillo de Ábir, su aldea natal, en territorio ordobano. Ella disfrutó de la buena vida mientras estuvo con ese terrateniente viejo y gordo, pero nosotros lo ahorcamos cuando desobedeció las órdenes de Sarlia. Y esa misma noche Tala se las arregló para meterse en la fiesta de nuestros generales y acabó debajo de ti. Desde entonces, se ha hecho la dueña de tu cama.

»No todas las putas son iguales, pues aún quedan categorías dentro del oficio más viejo. Y Tala está en el puesto más alto. Es una artista, lo lleva en la sangre. Y como todas las rameras, solo busca una cosa de

su amante. Una sola cosa. Recuérdalo siempre.

Sigo inmóvil, cavilando. Me vuelvo hacia el Cuervo.

—Hablas de ella con mucha dureza. —Sonrío con un poco de diversión—. Quizás tú también la desees y estés celoso.

—¡Ja! ¡Celoso yo! Señor, a mí se me ha pasado ya la época de los romances. Gracias a los Dioses Antiguos, he sobrevivido a ese veneno que llaman *amor*. Pero tú aún eres joven y tienes el corazón intacto. Ya llegará quien te lo rompa y entonces hablaremos la misma lengua.

Antes de poder replicarle arroja en el lecho mi túnica, el cinto y la espada envainada.

—Ponte eso. En pocos orlas van a venir tus compañeros, los generales.

Me visto y abrocho el cinto, con el engarce que sujeta la vaina de la espada.

—No me has hablado mucho de ellos.

—Se adiestraron contigo, señor, y alguno incluso peleó en la batalla a tu lado. Son jóvenes, valientes, juerguistas y testarudos. Como tú. Y te serán fieles hasta la muerte, desde luego. Todos te han dado su juramento de lealtad personal, así que no hay nada que temer de ellos. Solo espero que no te hagan beber vino hasta hacerte reventar, pues me han asegurado que iban a devolverte la razón a base de juergas.

—¡Así será, cuervo de los abismos!

Me vuelvo hacia el vozarrón. Las puertas se abren con un portazo y entran cuatro hombres de estatura media durbana. Visten la túnica del guerrero, con la espada envainada en la cintura, y llevan también capas largas y pesadas, de color escarlata y negro, que abrochan sobre un hombro y ocultan casi todo el cuerpo, dejando un solo costado, el derecho, libre; esta prenda también puede echarse hacia atrás, corriendo el broche hasta la garganta, de modo que caiga entera sobre la espalda y deje libres las dos manos.

Los cuatro son, como dijo el Cuervo, fuertes y jóvenes. Se les ve enérgicos y decididos, cada uno a su modo. Hay hierro en sus ojos, que van del negro al pardo. Tienen también el pelo oscuro y untado con aceites para alisarlo y mantenerlo brillante. Tres llevan barba, más o menos larga y cuidada, pero uno, el más bajo y fornido, de facciones toscas y alegres, tiene el rostro bien afeitado.

—¡Miradle! —Me señala con el dedo, abriendo mucho sus ojos marrones—. ¡Ahora que me pelo los morros como él, se empieza a dejar la barba!

—El golpe le ha devuelto la cordura —dice otro, de barbas y cejas descuidadas y rasgos lobunos, aunque sonriente—. Ya no quiere parecer una niña. ¡Me alegro de verte de nuevo en pie, Dargor!

Se acerca y me abraza con tal fuerza que temo por mis costillas. El hombre afeitado le aparta de un empujón, me coge de la cintura y me

levanta resoplando. Cuando me libera de su presa ríe a carcajadas.

—¡Está débil como un recién nacido! —grita.

Se me acerca otro. Es fuerte y delgado, con el cabello negro muy liso y peinado hacia atrás. Sus ojos negros son risueños, pero el rostro está deformado por una quemadura que ha convertido toda su cara y parte del cuello en una cicatriz pálida y arrugada. Quizás fuera un hombre de facciones atractivas antes de su accidente, pero ahora lleva una máscara horrible que jamás podrá quitarse.

—Venga, dame un abrazo, Dargor. Creíamos que te ibas a morir. Ah, por cierto, fui yo el que remató al cotra que casi te arranca la cabeza.

Susurro unas palabras de agradecimiento y aparto la mirada del rostro deforme.

Se me acerca el último, un hombre de barba recortada de color castaño oscuro y facciones rectas y agraciadas. Sus ojos son serios; de algún modo, parece el más maduro de los cuatro jóvenes.

—Bienvenido al mundo de los vivos —dice, mientras me abraza con fuerza. Me agarra de la nuca y sonríe—. Ya era hora de que despertaras, nos tenías preocupado.

—Dejad que descanse, bestias —interviene el Cuervo, sonriendo a pesar de sus duras palabras—. ¿No veis que le estáis mareando?

—¿Es cierto que no recuerdas nada, Dargor? —pregunta el último que me dio su saludo.

—No. Yo… lo siento.

Hay un silencio incrédulo y pesado.

El Cuervo lo rompe, presentándome a los cuatro jóvenes generales:

—El enano chillón se llama Tebá. Ese que nunca ha domado sus barbas es Aldel. Quiro es el guapo de la cicatriz. Y el que casi nunca sonríe se llama Sorcán. Cuidado con él, se dice que es el mejor espada de toda Sarlia.

—No exageres, Cuervo —protesta Sorcán.

Quiro se acerca sonriendo, torciendo el horrible tejido cicatricial del rostro.

—Ahora que nuestro maestro nos ha presentado con tanto amor y cariño y que todos nos conocemos mejor, ¿qué haremos con nuestro ornai predilecto?

—Más respeto, Quiro —corta el Cuervo, con severidad—. Es tu ornai y le tratarás con la educación debida.

—Vamos, Cuervo, no seas tan duro —dice Aldel, acariciándose su larga barba—. Le conocemos desde que era un canijo.

—De hecho, yo le di su primera paliza con los palos —añade Sorcán.

Tebá levanta los brazos y da una fuerte palmada.

—¡A callar todas, virgencitas mías! ¡Esto hay que celebrarlo con

una fiesta!

—No empieces, Tebá —bufa el Cuervo.

—El enano tiene razón —afirma Quiro—. No estaría mal que nos lleváramos al ornai a tomar unos tragos.

—Un buen vino sin mezclar le sentaría bien a su cerebro de argo —dictamina Sorcán, muy serio.

—¡Pero nada de bacanales palaciegas, con esas niñitas cubiertas con velos! —vocifera Tebá, gesticulando mientras habla—. ¡Nos vamos a la casa de putas más sucia y sórdida de toda Sarlia! ¡Ahora mismo!

—Me parece una magnífica idea —secunda Quiro.

A mí no, pero prefiero no hablar.

Todos miran hacia el Cuervo, que rumia la posibilidad con disgusto.

—Vamos, viejo maestro, hemos pasado mucho tiempo sin ver a nuestro querido ornai… —pide Aldel, con aire casi suplicante.

—Está bien. —Quiro, Tebá y Aldel aúllan de alegría y Sorcán sonríe y asiente. El Cuervo levanta los brazos—. Pero nada de locuras, ¿eh? Ya os conozco, así que iré con vosotros.

Tebá le da un fuerte codazo en el costado.

—Vamos, Cuervo, que sé que a ti te gustan las rameras viejas y gordas, te lo pasarás…

El veterano le da un sopapo soberbio en la nuca y a Tebá se le atraviesa el comentario en la garganta. Pero el joven enseguida está otra vez riendo, comentando con Quiro la fuerza del viejo.

—Vamos, andando, muchachos —dice el maestro de armas—. Y no vayáis por ahí pregonando a gritos quiénes somos. Iremos escoltados, pero no quiero que a la fiesta se nos una media Sarlia.

—Sí, hombre, claro que sí… —contesta Aldel, mirando hacia el techo y poniendo cara de paciencia.

Me dejo llevar, soportando alguna que otra palmada brutal en la espalda y siendo abrazado y zarandeado cada dos por tres.

Esta será mi primera salida fuera de los aposentos del palacio. Siento miedo, pero también una salvaje excitación.

5

Despierto, pero no abro los ojos.

Noto un cosquilleo insoportable en la nariz y me la golpeo con los dedos. Mis párpados me pesan demasiado y no consigo levantarlos.

Estoy sobre algo que parece un colchón maloliente, abrazado a un cuerpo caliente y suave. Supongo que será alguna de las prostitutas con las que anoche me liaron mis compañeros de juerga. Sufro un dolor atroz entre las sienes, como si estuvieran aplastándome la cabeza en un torno. Un martillo retumba dentro de mi cráneo.

Sé que fue el vino, el maldito vino… Un caldo grumoso y fuerte, que mis nuevos amigos preferían no mezclar con agua. Las gentes pacíficas diluyen el vino espeso y crudo de Durba, pero ellos…, malditos sean…, lo tomaban solo. Al modo de los guerreros, decían. Esta es mi primera resaca y creo que de veras me voy a morir. Me juro a mí mismo que nunca volveré a beber.

Vuelvo a sufrir el cosquilleo en la nariz y la froto, acabando con el picor. Debe tratarse de una mosca. Todavía me siento incapaz de abrir los ojos. Me abrazo al cuerpo caliente, a esta mujer que desconozco.

Muchachas, vino, carcajadas, un antro lleno de gente que chillaba y rugía… Las imágenes son inconexas, vienen y se marchan de manera caprichosa… Recuerdo una pelea a puñetazos protagonizada por Tebá; se enzarzó con un soldado y ambos estaba tan borrachos que no atinaban a acertarse y caían uno encima del otro, revolcándose con torpeza, mientras el resto, no menos bebidos, reíamos hasta que se nos saltaban las lágrimas y el estómago parecía a punto de reventar en pedazos. Creo que vomité varias veces, quizás encima de alguien. Se me aparecen jóvenes pintarrajeadas, desnudas o cubiertas con sedas y harapos, ebrias y chillonas. Recuerdo sus risas agudas, sus caricias, sus empujones, sus besos. Encuentro la visión del Cuervo, sonriendo jovial, abrazado a una ramera entrada en carnes y muy alegre. En algún momento yo le estaba diciendo a Sorcán, una y otra vez, que me llamaba Carlos Alonso Juárez, y él asentía con la solemnidad de los borrachos. Fue el único que rechazó a las prostitutas y todos se burlaron y rieron, pues decían que estaba enamorado de una joven desconocida y que no quería serle infiel. Aguantó las pullas con aire estoico, balanceándose un poco sobre la silla, con unos ojos enrojecidos como tomates y sujetando con pulso admirable una jarra de vino fuerte.

El cosquilleo vuelve a la nariz. Escucho un bufido, susurros ininteligibles y una risa contenida.

Al fin reúno valor y con un esfuerzo supremo abro los ojos.

Veo en primer lugar a Tebá inclinado sobre mí, sonriendo y abriendo mucho los ojos, con una pluma en la mano.

Y reparo en otra cosa. Lo que yo estaba abrazando no era una mujer, sino el cuerpo enorme, peludo y rosado de un dulo, el cerdo durbano. El animal estaba también dormido y respiraba haciendo mucho ruido. Ahora comprendo que esos sonidos no eran los ronquidos de una mujer.

Suelto un grito, asqueado y horrorizado, resbalo sobre la cama y caigo a un suelo de tablas húmedas, alejándome del enorme dulo sobre el catre.

Quiro, Aldel, Tebá, Sorcán e incluso el Cuervo estallan en risotadas, viendo la expresión de mi rostro; debe ser muy cómica, a pesar de que yo aún quiero morir.

—¡Te hemos buscado una nueva compañera de cama, Dargor! —consigue decir Aldel, entre risas—. ¡Una acorde a tu auténtica personalidad!

El comentario despierta más hilaridad. Sus carcajadas parecen a punto de reventarme la cabeza y me la agarro con los dedos.

—Callaos… —susurro, con voz quejumbrosa.

—¡Lo que te hace falta es un buen baño! —ruge Quiro. Su cicatriz parece enrojecer e hincharse ante mis ojos alucinados. Agarra un cubo de madera, da un paso atrás y luego avanza hacia mí.

Noto el agua helada golpeándome, como un ejército de bofetadas. Tiemblo y jadeo a causa del frío. Ellos vuelven a reír.

—¡Le gusta meterse en una tina con agua! —exclama el Cuervo—. ¡Yo lo he visto!

Quiro se acerca a mí, me coloca el cubo en la cabeza, como si fuera un sombrero, y me da una palmadita en un hombro.

—Así estás más guapo.

Entre Aldel y él me agarran de los brazos y me levantan de un tirón.

—Dargor, se te ha olvidado la lección más importante de la instrucción de un guerrero —se queja Sorcán, con las manos en las caderas, meneando la cabeza—. Aguantar una buena resaca.

—Venga, dadle de comer y dadle vino con agua —dice Aldel—. Se le pasará dentro de poco.

—No, más vino no, por piedad… —gimoteo.

Pero nadie me hace caso mientras me sacan de la habitación.

Detrás de nosotros, el dulo sigue durmiendo y roncando sobre el catre.

A pesar de las náuseas, me obligaron a comer mucho, todo ello acompañado de copas de agua y un vino claro y suave, y el tratamiento dio resultado: ahora, media clepsidra después de dejar la taberna, la resaca empieza a remitir. Aunque todavía noto la cabeza

pesada y llena de tambores, la jaqueca ya me parece soportable y poco a poco voy acostumbrándome a ella.

Los cinco caminamos entre el bullicio de las calles. Parecemos altos mandos del ejército sarlio, pero nadie sospecha que podamos ser en realidad el ornai y su cúpula de generales. El Cuervo me dice que vamos hacia las Casas de la Guerra. Asegura que una vez recuperado y fuera del palacio lo primero es pasar revista a mis tropas.

Anoche no tuve demasiado tiempo —ni estaba en las condiciones adecuadas— para observar con detenimiento la ciudad, pero ahora, cuando Croaga brilla con fuerza en el cielo, miro alrededor y me encuentro una Sarlia vital y colorida.

Veo gentes que llevan productos a los mercados y vocean la excelencia de sus mercancías, soldados altaneros empuñando sus lanzas, ciudadanos que discuten sobre temas políticos, sociales o tal vez personales, niños correteando y chillando, provocando el enfado de los adultos, mujeres sentadas bajo la sombra de los soportales, comentando chismes y amoríos… Hay también sacerdotes del culto al Vigilante, vestidos con sus capas negras, rapados, mirando por encima del hombro a los demás…, excepto a los guerreros, claro. El pueblo les teme, pues representan la mano de los dioses, las fuerzas ocultas que pueden atacar en cualquier momento.

Ahora puedo admirar desde abajo, no desde la atalaya de mi habitación en el Palacio del Poder, la grandeza de Sarlia. Hay limpieza, elegancia, orgullo y sentido de lo práctico en sus edificios y casas, incluso en las habitadas por gentes humildes. Muchas tienen sus propios jardines y el verdor esmeraldino de las hojas y la explosión de colores de los macizos florales resaltan contra la cal, la piedra y el cemento. El color predominante en las fachadas es el blanco, pues Durba es una tierra calurosa en el verano de este mundo. Los grandes edificios tienen cornisas adelantadas, elevadas sobre columnas titánicas que a su vez acogen el frescor de las arcadas. Hay aquí y allá estatuas de guerreros y sigras famosos, o de constructores, físicos, artistas e incluso artesanos ilustres, figuras colosales de bestias mitológicas con garras y fauces de hierro, efigies de pensadores o competidores de los Juegos, esculpidas en piedra o metal y dotadas de un realismo crudo y poderoso, monumentos consagrados al amor y arcos grandiosos que celebran las victorias de Sarlia.

Pero entre todo este magnífico esplendor también hay bajeza: el gigantesco bloque de la Lonja de Esclavos, precedido por la imagen en bronce de un amo severo que sostiene un látigo en una mano y agarra con la otra las cadenas de un hombre y una mujer desnudos, arrodillados a sus pies. Cuando pasamos cerca de este gran edificio trato de imaginar con tristeza la desesperación de los sujetos arrebatados a los pueblos enemigos, el botín de la guerra, la simple

mercancía humana que traen las caravanas que llegan a Sarlia: hombres, mujeres y niños cubiertos con harapos, doblados bajo el peso de la desdicha, todos ellos conducidos a la Lonja para ser tasados y subastados.

No deja de admirarme que los ciudadanos libres de Sarlia contemplen con agrado estas indignidades y se sientan orgullosos de su fuerza y su libertad, la misma que quitan a otros. ¡Qué distintas son estas gentes a las de mi mundo! Los sarlios ni siquiera podrían entender los esquemas morales imperantes en los países civilizados de la Tierra. Baste como ejemplo el hecho de que en la lengua durbana los conceptos de piedad y debilidad se expresan con la misma palabra. De modo parejo, los conceptos de crueldad y fuerza se pueden expresar del mismo modo.

Decido olvidar el penoso aspecto de la esclavitud y me concentro en las torres y cúpulas de los templos y los palacios. Los sarlios sienten amor por lo grande, lo majestuoso, por la celebración del triunfo de la vitalidad en todo su ciego poder. Sin embargo, en su arquitectura hay también razón, lógica y sentido de lo práctico. En la mezcla de estos dos universos reside la auténtica genialidad de Sarlia.

Se me corta el aliento cuando veo el cuartel general de los ejércitos durbanos. Este es el lugar llamado *las Casas de la Guerra*.

Es un conglomerado de edificios y barracones entre los que sobresale una mole cuadrada en la que abundan las escalinatas y las columnas. Pero todo eso queda aún lejos, tras un inmenso patio salpicado de estatuas de hierro negro. Ante nosotros hay una primera puerta sencilla, un arco desnudo, sin batientes ni muros a un lado y otro. Está hecho de losas de piedra unidas con cemento. Sus desgastados relieves muestran guerreros en plena batalla, sin casco ni armadura, cubiertos solo por telas o taparrabos y armados con venablos y porras.

—¿No recuerdas este arco? —me pregunta Sorcán.

Niego con la cabeza. Quiro mira con seriedad los relieves cochambrosos mientras dice:

—Es el más importante de Sarlia.

—¿Por qué? —pregunto—. No parece impresionante; es viejo, pequeño, feo y no tiene adornos o metales preciosos.

—Sin embargo, es el más importante —repite Aldel.

El Cuervo me mira con fijeza.

—Según la leyenda, hace muchos miles de furás estas tierras estaban ocupadas por hordas de bárbaros. Uno de los jefes, cuyo nombre se ha perdido en el olvido, reunió a los hombres más fuertes y luchó contra sus enemigos, les venció y les echó de su territorio. Decidió levantar una empalizada que protegiera las chozas de su gente de los ataques exteriores.

»Fue el germen de Sarlia.

—Supongo que sus descendientes levantaron este arco en memoria de ese primer triunfo —digo.

—Este arco lo levantó ese mismo jefe vencedor, con sus propias manos y las de sus fieles. Fue el primer sigra de Sarlia y este es el primer arco de la victoria de nuestra ciudad. A pesar de las inclemencias del tiempo aún se sostiene en pie. Quienes entran en la Casa de la Guerra deben cruzarlo y comprender que, una vez se pasa bajo la sombra de este arco, sus vidas no les pertenecen ya a ellos, sino a la ciudad.

Miro el arco pequeño, gris y ruinoso. De pronto, me parece más impresionante que todos aquellos que le han seguido, construidos en granito y adornados con oro, bronce y mármol. Hay más fuerza y solemnidad en este porque en él están contenidos los demás. Es la esencia de todos ellos.

Me estremezco al comprender que las palabras son inútiles para describir el poder de los símbolos.

—Entremos —dice Tebá.

Echan a andar y yo también paso bajo la sombra del primer arco de la victoria de Sarlia.

Llegamos a los jardines que preceden a los edificios de las Casas de la Guerras. Los setos están cortados con orden y vigilados por estatuas negras de hierro, efigies de generales famosos. Hay centinelas en los caminos de baldosas y se cuadran al vernos llegar. Algunos altos mandos, y también soldados, se acercan con curiosidad y cierta timidez. Los oficiales me saludan con las fórmulas de rigor y no logran disimular su alegría al verme de nuevo entre ellos. Hablan de manera animada con el Cuervo, Quiro, Sorcán, Tebá y Aldel. Son gentes rudas, muchos han vivido el espanto y el sufrimiento del combate real. Trato de contestarles con cierta desenvoltura, pero sus maneras me intimidan.

A pesar de todo, continúan maravillándome las muestras de arte guerrero, su majestuosidad y poderío. Los grandes edificios de este cuartel general se suceden con un estricto orden: primero están los destinados a los altos estrategas y sus subordinados inmediatamente inferiores. En ellos abundan los frisos que muestran escenas de combate y tampoco faltan las estatuas de bestias: el orgo, una especie de lobo gigantesco de las Negai; la esteana, un ave parecida al águila terrestre, pero cubierta por un vello suave y denso en lugar de plumas; y el talo, un reptil con la longitud y el grosor de la boa, pero dotado de cuatro brazos cerca de la cabeza, cada uno con tres dedos acabados en uñas afiladas. Las columnas parecen aún más gruesas e imponentes y en sus arcadas hacen guardia los centinelas, como estatuas de carne y hueso cubiertas por la armadura y la túnica.

El Cuervo quiere que vea el complejo de las Casas de la Guerra, según dice para que las imágenes enciendan la luz apagada del recuerdo, así que continuamos el recorrido.

Tras pasar los imponentes edificios de los estrategos llegamos a la zona de los barracones de la tropa. Son edificios cuadrados, más bajos y toscos, cada uno con capacidad para unos mil hombres. Dentro, comen y duermen los guerreros de Sarlia.

Entre estas cajas de cemento y piedra hay patios vastísimos, con centenares de hombres que visten la túnica escarlata y practican el manejo de la lanza y la espada, bajo la mirada severa de sus mandos de tropa, armados con sus varas de fibra vegetal, siempre dispuestas a caer sobre la espalda y los hombros del que muestra cansancio, torpeza o falta de empeño. Debido a su flexibilidad esta caña no parte huesos y su grosor impide que corte la carne; su golpe produce un chasquido agudo y un dolor vibrante en el castigado, que le recorre el cuerpo de manera insoportable y le obliga a aplicarse con el doble de interés en su tarea.

No obstante, la mayoría de los patios están reservados para la instrucción en bloque. Los cuadros de decenas de guerreros evolucionan de manera ordenada, sin cesar, bajo los gritos de los instructores. Es aquí donde se forja la disciplina de los ejércitos sarlios. Practican los movimientos en grupo durante incontables clepsidras, bajo Croaga, la lluvia o el viento cortante, haga calor asfixiante o frío helador. En la batalla es necesario que todo el ejército se mueva al unísono y la rotura de un eslabón en el bloque de escudos y lanzas supone la destrucción de toda la cadena.

—El secreto para ganar la guerra —me comenta Aldel, acariciándose su larga barba— es que la rutina del soldado sea tan dura como la propia lucha real.

—O más aun —contesta Tebá.

—Pero falta la sangre —dice Quiro.

—Cierto. —Tebá se rasca la cabeza—. Deberíamos hacer que los muchachos se enzarzaran en serio de vez en cuando, así esto sería un poco menos aburrido.

—Entonces se matarían entre ellos y ya no nos quedarían soldados, pedazo de animal —le amonesta Sorcán.

—¿Por qué no dejáis de gruñir? —se queja el Cuervo.

Todos ríen, incluso algunos de los oficiales que nos acompañan. Sonrío a duras penas, maravillándome por la crueldad de sus bromas.

En un momento dado en uno de los grandes patios de instrucción entra una tropa dispuesta en cuadros. Se unen por los costados hasta formar una sola línea de diez hombres de profundidad. Visten las mejores galas y el Cuervo me explica que se trata de mi propio cuerpo de élite: la Guardia del Ornai. Su número sube hasta los dos mil

hombres, todos guerreros selectos, los más duros. Tanto el Cuervo como Quiro, Tebá, Sorcán y Aldel pertenecen a esta agrupación. Su cometido es protegerme en cualquier momento. El Cuervo comenta con amargura que el fallido intento de asesinato contra mí supone una mancha que tarde o temprano habrán de lavar.

Veo desfilar ante mí a la Guardia del Ornai. A pesar de mi poco gusto por la sangre y la violencia, lo grandioso de las imágenes me abruma. Resulta extraño pensar que todos y cada uno de estos hombres fuertes y orgullosos darían su vida por mí, sin vacilar.

Después, el Cuervo sigue mostrándome diferentes aspectos de las Casas de la Guerra.

Me dice que el ejército sarlio cuenta en total con unas quince mil lanzas. La distribución es sencilla: en la propia ciudad hay cinco mil guerreros; otros cinco millares están distribuidos por los fuertes y pequeñas ciudades satélite, así como en los amplios terrenos de labranza que rodean la capital, y los cinco mil restantes se encuentran en el Cinturón, preparados para formar un primer bloque defensivo ante cualquier posible embestida alai. Hay un servicio de comunicaciones eficaz en todo el territorio sarlio y las tropas deben llevar a cabo cada cierto tiempo una serie de marchas rápidas, así que no es difícil imaginar un envío veloz y ordenado de regimientos a cualquier zona donde se produzca un ataque por sorpresa.

Si tenemos en cuenta que todos los civiles varones, libres y capaces de empuñar un arma reciben cada cierto número de furás una instrucción forzosa en las Casas de la Guerra, en caso extremo el ejército sarlio de la capital se vería incrementado en veinticinco mil lanzas más. Sin embargo, resulta evidente que en la batalla cada guerrero profesional equivale a tres civiles. El cálculo de soldados disponibles en las zonas rurales en torno a la capital es más difícil, pues la exactitud del censo varía de unas aldeas y villorrios a otros. Es interesante notar que, de los cinco mil soldados de la capital, dos mil pertenecen a la Guardia del Ornai y por tanto en la ciudad este tiene casi tanto poder personal como el propio sigra. Sin embargo, en estos momentos los sacerdotes del Culto —y simpatizantes del sigra— llegan a los dos mil, lo cual asegura al sigra el poder militar en la propia urbe. De no estar sujetos por una recia disciplina, tal vez los sacerdotes del Culto y la Guardia del Ornai se enzarzarán en un sangriento combate, calle por calle. Esto obligaría a intervenir al resto del ejército para poner orden y podría ser el comienzo de una guerra civil.

El Cuervo también me muestra los campos en los cuales los civiles reciben su periódico y obligatorio adiestramiento en las armas. Compruebo que no se les trata con menos rudeza que a los regulares del ejército.

Por último, me lleva a las zonas de adiestramiento primario, en las cuales se instruye a los niños y adolescentes que acaban de ingresar en las Casas de la Guerra. Ellos serán los futuros soldados. También corren, saltan, se esfuerzan, luchan y compiten, y también reciben varazos cuando hacen las cosas con torpeza o lentitud.

Mis ojos se agrandan al descubrir una escena lejana, en un rincón del patio. Echó a andar hacia allí y la comitiva que me ha acompañado me sigue, con extrañeza. Cuando paso ante ellos, los chicos y sus instructores se apresuran a humillar la cabeza.

Llego hasta el lugar donde cuatro muchachos de unos doce años estaban dando puñetazos y patadas a un chico más pequeño, que se refugia en sí mismo, hecho un ovillo sobre la tierra. Todo esto ocurría ante la mirada satisfecha del instructor. La paliza termina en cuanto ven mi llegada y todos inclinan la cabeza ante mí, menos el niño del suelo, demasiado débil como para moverse.

—¡Presenta tus respetos al ornai! —le grita el instructor.

Pero el pequeño tiene el rostro hinchado y amoratado, chorrea sangre por la nariz y la boca y muestra hematomas en todo el cuerpo. Parece mareado, a punto de perder el conocimiento. El hombre levanta la vara para golpearle. Suelto un alarido y me lanzo sobre él, agarrándole del cuello y la muñeca alzada. Le levanto hasta que sus pies no tocan el suelo y lo arrojo contra la tierra. Queda allí quieto, sin osar moverse, mirándome con terror. Tomo la vara, la rompo contra mi pierna y le tiro los restos a la cara.

Me arrodillo junto al niño golpeado.

—¡Atendedle! —ordeno.

Al levantarme, veo rostros incrédulos y ojos que parpadean. Nadie en el patio se mueve. Todos los chicos y sus instructores han abandonado sus quehaceres y ahora contemplan la escena con asombro. El silencio es tan espeso que podría cortarse con un cuchillo.

—¿No me habéis oído? —les grito—. ¡Este chico necesita cuidados! ¡Lleváoslo y curadlo! Queda bajo la protección del ornai, así que procurad que no le ocurra nada.

Un mando de la tropa infantil corre a obedecer: toma en sus brazos al muchacho vapuleado y se lo lleva. Me vuelvo hacia el instructor al que arrojé al suelo. Aún está en él, recuperándose de la costalada. También dirijo una mirada cortante a los chicos que le estaban dando la paliza a su compañero. Los niños retroceden un paso, llenos de temor.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —les pregunto—. ¿Por qué pegabais a ese chico? ¿Y por qué nadie hizo nada para detenerles?

Nadie me contesta.

Me doy la vuelta al oír la voz del Cuervo:

—No los culpes, señor. Esos chicos y ese instructor cumplían con su

deber al pegar al muchacho.

—¿Cumplían con… su deber? —pregunto, anonadado—. ¡Explícate!

La cara del Cuervo está impasible, al igual que la de quienes nos rodean. Me encuentro rodeado por un muro circular de rostros carentes de emoción.

—Todos los nuevos reciben una paliza nada más entrar en las Casas de la Guerra.

Miro a mi alrededor.

—¿Todos los niños?

—Sí, mi ornai. En su primer alaga sufren el ataque despiadado de los chicos mayores. También esos que le pegaban pasaron en su época por el mismo trance. Después de esta primera paliza el chico ha perdido cualquier vestigio de orgullo e inocencia que pudiera traer del exterior. Conoce el dolor y la humillación de la derrota, de esa primera derrota. Comprende, pues, que a partir de este momento su vida no será un juego en el que dé igual ganar o perder. Ha probado, aunque disminuido, lo mismo que le espera si fracasa en el combate real…, ante el enemigo real. Y por tanto se esforzará con todas sus fuerzas para no cometer errores. Ni uno solo.

»Cuando pase el tiempo también él le dará una paliza a los que vayan llegando.

Jadeo y miro hacia el suelo. Me vuelvo hacia los demás, sofocado por la ira y el asco.

—¿Pero qué clase de barbarie impera en… en este mundo? ¡Aquí, la norma es maltratar incluso a los niños!

—No se trata de algo continuo, sino de una sola vez, cuando el chico llega a las Casas de la Guerra —explica el Cuervo—. Era una costumbre arcaica que durante un tiempo fue abolida, pero hubo quienes protestaron, argumentando que si empezábamos a ablandarnos nuestros guerreros perderían la calidad que les caracteriza. Así pues, hubo quienes dieron la orden de volver a instaurar esta norma de la paliza que se le da a los novatos. Todos lo aceptan. A nadie le preocupa.

No consigo hablar. Me miran como si me hubiera vuelto loco. Pero los locos sanguinarios son ellos. ¡Ellos, no yo!

—¿Quién fue el malnacido que devolvió esa norma? Le haré azotar cincuenta veces y así probará una dosis de su propia medicina. ¿Quién demonios fue?

—Fuiste tú, ornai.

Guardo silencio, alucinado. Pero aparto la vista y miro al suelo.

—Vámonos de aquí —consigo decir—. Quiero volver al Palacio.

El Cuervo asiente, mirándome con gravedad. Tebá abre la boca para decir algo, pero Sorcán le da un codazo y le lanza una mirada de

advertencia, así que el pequeño general cierra la boca y aprieta los labios.

Se dan las órdenes pertinentes y echo a caminar, acompañado por mi séquito de fieles.

A mis espaldas, la tropa reanuda los ejercicios.

6

En cuanto volví al Palacio del Poder me anunciaron que el sigra, Amáer Atur, mi supuesto padre en este mundo demencial, acababa de entrar en Sarlia. Debió ocurrir mientras yo estaba visitando las Casas de la Guerra. Llevaba prisa, así que prescindió del protocolo y de los honores que se le dispensarían de ordinario tras la vuelta de cualquier viaje lejos de la ciudad. Según me dijo el Cuervo, Amáer siempre ha sido un hombre sencillo e impaciente hasta parecer vulgar y tosco, alguien ajeno a las formalidades y las ceremonias. La vuelta del sigra estuvo llena de rumores, pues el propio Amáer se encerró en sus aposentos para conversar con Nigur, su consejero favorito. Entre las habladurías que acompañaron su impetuosa llegada no era la menos importante el hecho de que hubiera traído a un alai, un prisionero de las tierras allende las Negai, metido en una jaula. El bárbaro fue encerrado en lo profundo de las mazmorras del palacio y nadie sabe qué desea Amáer de él.

Así pues, apenas llegué al Palacio, después de mi visita a las Casas de la Guerra, recibí un mensaje del sigra, ordenándome quedarme en mis aposentos, pues me iba a visitar en menos de una clepsidra.

Ahora, ese plazo casi ha expirado y le espero sentado en una sólida butaca de madera de mi lujosa habitación. He despedido al Cuervo, pues quiero enfrentarme yo solo a Amáer Atur, el que se supone que es mi padre.

Mis ojos siguen pendientes de la puerta, pero los pensamientos vuelan lejos.

Durante el retorno al palacio estuve silencioso, sin prestar atención a los comentarios de Tebá y Quiro, que intentaban sacarme el malhumor de encima. Sorcán, Aldel y el Cuervo me miraban de vez en cuando, pero guardaban silencio. Yo no sentía deseos de hablar con nadie.

Soy demasiado distinto de todos ellos. Soy un extranjero procedente de otro mundo, con otras normas.

No puedo quitarme de la cabeza la visión de aquel chico sangrante, siendo golpeado mientras todos miraban, sin que nadie hiciese nada para evitarlo.

Sí, soy un extranjero en esta tierra. Y prefiero seguir siéndolo.

Pienso en el sigra Amáer Atur.

Según los relatos acerca de su persona, antaño fue un gran guerrero, pero ahora se dedica más a consultar a Nigur y los otros sacerdotes que a adiestrarse con las armas. Le pedí al Cuervo una pintura, un retrato, una imagen de Amáer. Hizo traer a mi habitación un busto de bronce. Representa a un hombre corpulento, de mirada severa. Es agraciado, con ese tipo de atractivo tosco y salvaje que a

ciertas mujeres fascina y a otras repele. La barba y el cabello leoninos y los gruesos tendones del cuello aumentan la sensación de fuerza animal.

A los cuatro años murieron mis padres en un accidente de tráfico. Los recuerdos que tengo de ellos son lejanos y confusos. A veces he tratado de aferrarme a ellos para no perderles del todo y en otras ocasiones no me ha importado que se diluyeran en el fondo de la mente. Es un vacío con el que aprendí a convivir, una herida ya cicatrizada, un dolor que he asimilado y minimizado hasta hacerlo desaparecer.

Sin embargo, mientras la mirada va desde esa puerta al busto de mi supuesto padre, noto un nudo de nervios en el estómago.

Las batientes se abren con estruendo, como empujadas con violencia.

Entra un hombre vestido con una túnica blanca, ribeteada de plata y oro. No lleva los pies desnudos, como la mayor parte de los guerreros, sino calzados con sandalias de cuero fino. Tiene anillos en los dedos, collares en la garganta y aros en los antebrazos, todo ello caro y brillante, aunque también grosero y chabacano.

Qué poco queda del busto en este hombre que ha entrado sin llamar… Los rasgos varoniles han sufrido la invasión de la grasa y las mejillas están teñidas de ese rojo oscuro y enfermizo, producto de incontables borracheras. Aún conserva las cejas pobladas y la barba y el cabello salvajes, pero ya hay entradas de calvicie sobre la frente y las canas blanquean los mechones desgreñados. Sus ojos de color castaño oscuro transmiten impaciencia y energía, pero también hay en ellos algo demasiado parecido al miedo. La papada tapa esos tendones gruesos que mostraba el busto. La tripa se ve inflada, a punto de hacer estallar la tela de la túnica. Los brazos parecen tubos gruesos y las piernas son columnas de carne dura y musculosa. Amáer ha ganado demasiado volumen, pero al menos su espalda enorme y los hombros redondeados aún le hacen parecer temible, como un oso viejo, todavía capaz de asestar un zarpazo letal.

Se planta y me mira sin decir nada, con los puños en las caderas.

—Veo que has despertado —me saluda, con una voz gruesa, cargada de excesos. No puede ni quiere ocultar su animadversión—. Elegiste un buen momento para echarte a dormir.

—Saludos…, padre.

Me levanto y echo a andar hacia él, pero al segundo paso me detengo. Un rayo de extrañeza cruza por sus ojos. Doy gracias a que ni siquiera imagina que había estado a punto de abrazarle.

Soy un estúpido.

Vuelve a echarme un vistazo y sonríe sin alegría. Se dirige hacia una nueva mesa que sustituye a la que ayer rompí de un puñetazo. En

ella hay vasos y una jarra con vino. Comienza a servirse.

—Al menos, compruebo que el golpe metió un poco de vergüenza en esa cabezota tuya. —Se bebe toda la copa de un solo trago. No había mezclado el vino crudo con agua. Vuelve a servirse otro vaso, mientras limpia el churrete oscuro de la barbilla con el dorso de la mano—. Estás empezando a dejarte crecer la barba y aún pareces un pervertido con el culo roto, pero al menos ya no me da asco mirarte esa cara rasurada que tenías. Déjate crecer las greñas del rostro como un hombre, ¡como yo, por ejemplo! Ojalá me hagas caso de una maldita vez.

Se bebe la segunda copa y se sirve una tercera. Bebe la mitad y vuelve a echar más líquido oscuro, hasta los bordes. Agarra jarra y copa y se sienta en una butaca, derramando vino y manchándose la mano, sin que al parecer le preocupe.

—Sírvete un trago, anda, y cierra la puerta. No quiero que las putas y los castrados de este sitio de mierda se enteren de cuanto vamos a hablar aquí.

Asiento en silencio y cierro la puerta.

—Siéntate ahí y bebe algo —me dice.

—No me apetece beber.

—Pues coge una copa, aunque no tragues nada. No soporto hablar con alguien que no me acompañe con la bebida. ¡Y siéntate de una vez!

Toma un sorbo largo y vuelve a limpiarse con la muñeca y los dedos. Como tiene la jarra a mano, llena el recipiente a medida que se le va acabando. Me doy cuenta de que bebe vino como si fuera agua. Sus ojos están enrojecidos, inyectados en sangre. Su hígado debe apestar a alcohol y no creo que le queden muchos furás de vida.

—Tenemos que hablar, Dargor.

Echa varias ojeadas hacia los rincones del cuarto, como si hubiera espías tras cada armario y cortina. En verdad, en él ya no queda nada del busto. Veo el temor en sus ojos… Miedo a la traición, a la derrota, a los enemigos que le acechan por todas partes. En algún punto del camino aquel líder victorioso perdió la seguridad en sí mismo; por eso se refugia en el vino y sus modales agresivos, como el luchador que se encoge a la sombra del escudo cuando le llueven los golpes. Su huida es hacia delante, pues tiene que demostrarse a sí mismo y al mundo entero que todavía sigue siendo el que era. No obstante, debe sospechar que los demás también notan sus flaquezas y sin duda se siente enfurecido y humillado en el fondo de su ser, así que ha de mostrarse aún más iracundo e impertinente. Es un círculo vicioso.

Tales son mis impresiones mientras le observo. O tal vez he elegido, de entre todas las opiniones que sobre él pudiera forjarme, aquella que mejor puedo entender y manejar.

—¿Qué demonios te pasó? —me pregunta, y da un trago sin dejar de mirarme.

—Según me han contado, tuve un accidente de caza y sufrí un golpe en el cráneo. No desperté hasta muchos alagas después.

—Eso ya lo sé, idiota. Te estoy preguntando qué demonios te ocurre ahora.

—Al parecer, no recuerdo nada de mi vida antes de ese accidente.

—¿No recuerdas nada? ¿Nada… de nada?

—Así es. O mejor dicho, sí recuerdo cosas…

—¿Qué cosas?

—No tienen importancia. Para los efectos, mi mente está en blanco. El Cuervo se ha encargado de explicármelo todo.

—El Cuervo… ¡Ja! Ese viejo putero. ¿Sabes qué? Él tiene más o menos mi edad. Pues bien, cuando éramos tan jóvenes como tú, una mañana le reté a una pelea de puñetazos. ¿Y sabes qué? ¿Sabes qué?

—No. No lo sé.

—Lo tumbé. Le destrocé la cara a golpes. Le aplané el pico. ¡Ja, le aplané el pico! ¡Jajajajá! ¡Le aplané el pico! ¡Qué gracia! ¿Lo captas?

—Sí.

—Ja, ja… Bah. Volvamos a lo principal. Así pues, no recuerdas nada. Qué bien. —Menea la cabeza, disgustado—. Siempre me he preguntado por qué me lie con esa puta que era tu madre. Me dio un solo hijo, un vástago que no obedece mis órdenes pero que es capaz de perder la memoria en un accidente de caza. He visto de todo en la guerra y en la paz y sin embargo jamás había contemplado algo parecido. Y ha de pasarme a mí, maldita sea…

—No te ha pasado a ti, sino a mí.

—No me repliques, muchacho, ¿me has oído? ¡No me repliques! ¡Estoy harto de que me lleves la contraria y hagas siempre lo contrario de lo que te digo! ¡Así que cierra la boca cuando hablo!

Cae el silencio en la estancia.

Amáer se lleva la copa a los labios, pero está vacía. Disgustado, la tira al suelo y bebe de la jarra.

—¿Todo ha ido bien por aquí en mi ausencia? —pregunta.

—Sí. La única novedad es que alguien intentó asesinarme, el mismo alaga que desperté del largo sueño.

—No te pases de gracioso conmigo, ¿eh? La verdad, no me extraña que te hayan querido matar. Vas por ahí insultando a mucha gente, a los del Culto, sin ir más lejos. No se debe estar a mal con los emisarios de la divinidad, no, no, no… El Vigilante lo observa todo.

—¿De verdad crees eso?

—Claro que sí. Tú no tienes ni idea. Eres joven y tienes la cabeza llena de pájaros. Pero yo te digo que hay mucho más de lo que vemos, oímos y tocamos. El Vigilante… Siempre ha estado ahí,

observándonos. No es bueno estar a mal con él. No, por supuesto que no.

—Ni con el Culto, claro está.

—Te dije antes que no te pasaras de listo, así que guárdate las ironías. El Culto tiene muchos defectos, pero es el eslabón entre Sarlia y la Morada del Vigilante, así que hay que tratarlo con respeto. Me señala con un índice gordo y acusador—. Frecuentas la compañía de esos imbéciles de la Casa del Pensamiento, esos vagos que no hacen nada salvo hablar y hablar y calentar la cabeza a quienes los escuchan. Criticáis al Culto e incluso al Vigilante hasta que os salen espumarajos por la boca. ¿Consecuencias? Has perdido la memoria y un loco intentó asesinarte.

—Dudo que fuera un loco.

—Sí, quizás estaba cuerdo, demasiado cuerdo… Los enemigos están en todas partes, donde menos lo esperas. Hay que mantener el ojo avizor y no perder la cautela, no, no, no…

»Muchacho, no debes olvidar que siempre hay alguien más fuerte que tú. El Vigilante ha estado ahí durante miles de furás. Ni tú ni yo podremos con él, así que lo más conveniente es mantener la boca cerrada y no irritarle.

—Creo que debe haber una explicación racional para el Vigilante y su morada en los cielos. Y deseo encontrarla.

—¿Deseas encontrarla? ¿Tú qué sabrás…? Vas a condenarte. No tienes respeto por nada. Los pensadores te han vuelto la cabeza del revés.

Decido no contestar. Entrecierra un ojo y vuelve a señalarme con el índice.

—De veras que te encuentro cambiado… No eres el mismo de antes.

—¿No? ¿Cómo me ves ahora?

—No sé… Más tranquilo. Has perdido el ímpetu, la arrogancia.

—Yo, sin embargo, no recuerdo cómo eras tú. Solo tengo esta primera impresión. Esta conversación contigo.

—Pues toma nota de cuanto te digo y aprenderás lecciones muy valiosas.

Tomo aire y busco el valor para decirlo:

—Yo… Espero que las cosas sean mejores.

—¿Mejores? ¿En qué sentido?

—Mejores, entre tú y yo.

—No te entiendo.

—Quisiera conocerte mejor y que tú me conocieras. Que habláramos… como… como padre e hijo.

Me observa inmóvil, con la jarra alzada y los labios entreabiertos. Decido lanzarme a fondo:

—Por lo que sé, siempre nos hemos llevado mal. Pero todo puede cambiar a partir de ahora. Quisiera que al menos fuésemos amigos, que pudiéramos comunicarnos.

Abre mucho los ojos y sonríe, incrédulo. Vuelve a beber.

—Te refieres a la convivencia entre padre e hijo, ¿verdad? Amor, respeto, confianza…

—Sí. Así es.

—Escúchame, Dargor. Hay muchas cosas de las que me arrepiento en esta vida. He cometido demasiados errores. Pero hay uno en especial que me ha atormentado la cabeza durante muchos furás…

—Puedes contármelo, si quieres.

Su mirada se endurece.

—Me arrepiento, sobre todo, de no haberte estrangulado nada más nacer.

Permanezco inmóvil, mientras algo se rompe en mi interior.

—Tuve esa debilidad —sigue hablando— porque hubo una época en que quise a tu madre, antes de comprobar lo muy puta que era. Sí, tuve esa debilidad. Yo era… Soy un hombre muy rico y sé que los hijos solo aspiran a verte morir, a quitarte de en medio para quedárselo todo… ¡Todo! Y tú no eres mejor que los demás. Ahora ya es tarde, ahora me haces sombra y pretendes arrebatarme el trono de sigra en las próximas elecciones. Vas a presentarte candidato, no lo niegues. Eres el ornai, el Señor de los Ejércitos, y debo contar contigo, ser tu aliado para que el orden de nuestra ciudad no se desmorone. Pero no te confundas. Jamás te he amado y jamás te amaré. No somos amigos, ni siquiera compañeros… Ojalá tu madre me hubiera dado otro niño, alguien a quien poder dominar… Y querer. En cuanto a ti, no somos un padre y un hijo. Somos el sigra y el ornai de Sarlia. Nada más. ¿Te ha quedado claro?

—Desde luego. No lo olvidaré.

—Así me gusta. Vaya, se ha acabado el vino. —Tira al suelo la jarra y se levanta, algo inseguro—. Eso quiere decir que no tiene lógica seguir en estos aposentos. Ven conmigo, seguiremos charlando en otros lugares.

—¿Dónde?

—En las mazmorras del Palacio del Poder.

El palo golpea los barrotes y la criatura retrocede rugiendo y bufando, mostrando sus colmillos filosos. Le han cortado la lengua, así que solo puede emitir sonidos ininteligibles, a un volumen brutal, multiplicado por el eco de la estancia.

Miro alrededor.

Es, tal vez, la sala más profunda del palacio. Estamos en el fondo

de la zona de las mazmorras. Amáer me ha llevado hasta aquí a través de corredores y escaleras de roca oscura y fría, alumbrados por la luz fantasmal de las antorchas. Entonces, pasé ante las celdas en las que se consumen los enemigos de Sarlia. Ya ni siquiera tienen fuerza para moverse y se limitan a esperar el fin. Los pocos guardias se inclinaron a nuestro paso, pero Amáer los despidió de mala manera, le quitó su bastón de mando a un oficial y agarró una antorcha de la pared. Yo tomé otra, para ahuyentar las sombras que se arremolinaban en torno a nosotros y que huyeron ante la luz amarillenta de las llamas. Amáer y yo entramos en un cuarto protegido por un guardián y una puerta acorazada…

La misma estancia amplia y desnuda en la que nos hallamos ahora.

En el centro hay una jaula cúbica de barrotes metálicos, de dos tornes de lado. La criatura sin lengua de su interior nos mira con odio fulminante. Se lanza sobre los barrotes y sisea y ruge, y yo no puedo evitar retroceder un paso. Amáer sigue firme como una roca, sonriendo con crueldad. Acerca la llama a la jaula para cegar al ser y descarga un varapalo tremendo en los barrotes, cuyo estallido reverbera durante algún tiempo. El monstruo retrocede, impotente y enrabiado.

—Ah, si pudiera, este malnacido nos haría pedazos —dice Amáer, sonriendo con maldad—. Tu cabeza abollada tal vez no lo recuerde, pero los sarlios hemos matado a miles y miles de los suyos, durante cientos de furás. El problema de estos seres es que tienen mucho ímpetu, pero en el momento del combate retroceden ante una resistencia firme. Tras la primera embestida se desinflan y echan a correr. Entonces hay que perseguirlos y reventarlos sin compasión. Es la única forma de meterles la cordura en sus cerebros de mierda.

Contemplo a la criatura. Parece casi un ser humano, delgado y fibroso. Está cubierto con pieles y abalorios, ropa bárbara y tosca, mugrienta. Debe sacarme media cabeza; sé que los de su especie son más altos que los durbanos, así que no se trata de un individuo excepcional en este sentido. La barba y los cabellos tienen un color rojo, así como las cejas espesas, que se unen en una sola banda peluda sobre el ceño. Sí, podría ser un humano… Excepto por la palidez espectral de su piel, que es en realidad una trama de diminutas escamas blanquecinas. La boca es enorme, de labios finos y azulados, y sus colmillos negros y picudos parecen los de una alimaña. No tiene nariz y los dos agujeros respiratorios se abren directamente al exterior en el centro de su rostro alargado, convirtiéndolo casi en una calavera dotada de vida. Tiene ojos grandes y azules —un color habitual entre los suyos, así como el verde claro o el gris—, pero el blanco aparece cubierto de una red de vasos que enrojecen los globos de manera espeluznante.

Es un bárbaro alai.

Se repliega en un rincón de la jaula y nos mira por entre los mechones grasientos de cabello.

—Lo cogieron cerca de Peñagrís, en el Cinturón —dice Amáer, observándole con los ojos entrecerrados.

Recuerdo las explicaciones del Cuervo. Las seis fortalezas del Cinturón son, de oeste a este, Peñafuerte, Peñaclara, Peñanegra, Peñagrís, Peñablanca y Peña de los Pesares. Estos castillos están siempre elevados sobre montañas suaves. Es una línea de cuarteles que sirven como escudo ante cualquier ejército proveniente del norte.

—Eso está demasiado al sur de sus bosques —digo—. Los alais no deberían cruzar el Paso y mucho menos el Amitas.

—Ajá. Pero este sí lo hizo. Deambulaba entre las rocas y las arboledas, vigilando las guarniciones que entraban y salían de Peñagrís. ¿Sabes lo que significa eso? Un espía.

—¿Un espía? Los alais parecen demasiado atrasados para mandar espías. No es su estilo.

—Pues deben haber cambiado de estilo. ¿Qué haría si no un bárbaro, solo y tan lejos de su tribu? Una vez que lo atraparon me enviaron un mensaje urgente desde Peñagrís y por eso viajé hasta el Cinturón. Por supuesto, ordené que del resto de las fortalezas partieran cazadores en busca de más espías alais. Si hemos cogido uno en Peñagrís es muy posible que haya otros en las cercanías de cada fuerte.

—¿Y…?

—No encontraron más. Pero sí hallaron rastros sospechosos, que probaban el merodeo de otros bárbaros por los alrededores… Deben ser individuos más escurridizos y astutos que la media alai.

»Tras estas cacerías infructuosas hice reforzar la vigilancia en todo el Cinturón. —Hace una ligera señal con la cabeza hacia la jaula—. Me hubiera gustado sacarle a este alguna información de utilidad.

—Entonces, ¿por qué le has cortado la lengua? Hubiera confesado todo en el interrogatorio.

—¿Quién te ha dicho que yo ordené dejarle mudo, muchacho? ¡No fui yo, demonios!

—No lo entiendo —respondo.

—Fueron ellos, sus amos, los alais que le enviaron a espiar, quienes le rebanaron la lengua. Supongo que no querían que, de ser capturado, confesara la naturaleza de sus intenciones, o tal vez los planes de sus líderes. Hemos aplicado los hierros al rojo sobre este ser y sabemos que desconoce nuestra lengua durbana. No es más que un par de ojos que alguien ha mandado al sur para seguir nuestros movimientos. Después, volvería más allá de las Negai, a transmitir esa información a sus amos mediante signos, o algún tipo de escritura arcaica alai.

Se me corta el aliento y miro a la criatura enjaulada. El ser sigue quieto, escrutándonos.

Amáer también le mira, pensativo.

—Me preocupa mucho este asunto. Muchísimo. En toda Sarlia contamos con un ejército de quince mil lanzas y podríamos mandar a los civiles también a luchar, lo cual engrosaría las filas, pero aun así desconocemos el número exacto de alais al norte del Amitas y del Paso. En sus países boscosos puede haber muchas decenas de miles de guerreros… Tal vez cientos de miles. Nadie lo sabe con certeza.

»Hasta ahora, nuestra fuerza ha sido su desunión, su simplicidad, su incapacidad para la estrategia y la política a gran escala.

—¿Qué estás insinuando? —pregunto.

—Imagina que hubiera surgido un líder fuerte e inteligente entre ellos, un caudillo que pudiera elevarse sobre las disputas mezquinas e internas de su raza, alguien capaz de enviar espías para contemplar nuestros movimientos, alguien que impone una disciplina brutal entre los suyos, que les corta la lengua y aun así continúan obedeciendo. ¿No podría, con el tiempo, lanzarse más allá del Amitas y del Cinturón para conquistar Sarlia y después el resto de Durba? ¿Por qué, si no, ha enviado espías hasta las Peñas?

Enfurecido, arroja el palo a la jaula. El bastón rebota con mucho ruido contra los barrotes y el alai nos muestra los dientes.

—¡Espías! —brama Amáer—. ¡Espías alais! Parece un chiste… Pero no lo es. Si los bárbaros del norte aprenden a usar el cerebro, estamos perdidos.

—¿Qué se va a hacer?

—Por lo pronto, hay que aumentar las dotaciones del Cinturón con más hombres. Dentro de diez alagas partirás con tu querida Guardia del Ornai para reforzar ese punto.

—¿Qué?

—No pongas esa cara de idiota, que has oído bien. Yo me quedaré aquí, en la capital, atendiendo a los asuntos del Estado, y tú partirás al Cinturón en un plazo de diez alagas, con esos dos mil guerreros de tu guardia. Allí te harás cargo de todo. Vigilarás y mantendrás afilados a los guerreros, los tendrás siempre dispuestos para repeler cualquier agresión. Llévate al Cuervo, él sabe cómo hacer las cosas. Si se produce una incursión alai quiero que la cortes de raíz. En el pasado, con cinco mil hombres nos hemos bastado para romperles las piernas, pero si ahora son más y no puedes con todos no hagas locuras; envía mensajeros de inmediato al sur y espera hasta recibir refuerzos.

Digiero sus palabras y siento un escalofrío que recorre mi espinazo.

—Estás muy pálido, ornai —me dice, mirándome con extrañeza—. Tú siempre has buscado la gloria en la batalla y todas esas tonterías, así que ahora tienes una nueva oportunidad. Además, en los últimos

tiempos te quejabas de que la paz tenía un sabor muy soso. Bien, ahora te ofrezco un poco de diversión… Si es que al final hay guerra, porque quizás todo acabe en nada. Pero un exceso de precaución nunca viene mal, sino todo lo contrario.

»Venga, vámonos. Ya hemos hablado mucho por hoy y además en estas mazmorras no hay vino. Tengo la boca seca. Necesito un trago.

Se vuelve hacia la puerta.

Aún estoy petrificado, mirando hacia la criatura salvaje de la jaula. Pienso que dentro de diez alagas o no mucho después puedo hallarme frente a todo un ejército de ellos. Frente a la muerte.

El miedo me invade.

—¡Vámonos de una vez! —ordena Amáer, mientras abre la puerta.

Parpadeo, como saliendo de una ensoñación.

—¿Y qué ocurrirá con el alai prisionero? —pregunto.

—Ah, eso… Esta noche hay una fiesta para celebrar mi vuelta a la capital. Lo coceremos o lo despellejaremos vivo para divertir a los que asistan. Por cierto, quiero verte allí, no te escabullas como sueles hacer. Andando.

Se aleja y se pierde en el pasillo oscuro. Le sigo, anonadado, con el corazón volando en mi pecho.

A nuestras espaldas, el alai nos grita con su voz sin sentido.

En efecto, en la celebración Amáer ordenó cocer vivo al alai, dentro de una marmita llena de agua hirviente. La criatura, encadenada a los bordes de la inmensa olla, gritó de un modo escalofriante hasta que se quedó sin voz y solo pudo emitir largos jadeos roncos. Ya por entonces la mayor parte de los invitados estaban por completo borrachos y se habían olvidado de este divertimento. El prisionero, por fin, quedó inmóvil y hundió la cabeza en el líquido caliente. Quizás su corazón no pudo soportar tanto dolor y reventó de una vez por todas. Me alegré por él cuando expiró. No había probado nada de vino en toda la noche y tuve que esforzarme para reprimir las náuseas de mis tripas y el horror que invadía mi cerebro.

Ahora, sigo contemplando a los invitados. El espanto y el asco han dejado paso a una especie de fascinación que atonta los sentidos, como si me hubiera convertido en un par de ojos separados del cuerpo, incapaces de hacer otra cosa que asimilar las imágenes de cuanto sucede a mi alrededor.

La fiesta empezó como un banquete, una gran cena, pero se ha ido convirtiendo en una bacanal desenfrenada. Los sarlios de posición boyante están acostumbrados a las jaranas y las orgías más depravadas suceden por costumbre en los salones de Amáer Atur. Es un hombre de apetitos insaciables, con un gusto desmesurado por la bebida, el sexo y la crueldad. Me di cuenta de ello mientras cocían vivo al alai: casi la mitad de los presentes torcieron el gesto y se refugiaron en la copa para alejarse del espanto de aquella tortura, pero Amáer y sus allegados reían a carcajadas y comentaban entre bromas los aspavientos del cautivo.

A estas alturas de la noche ya se han perdido todos los frenos. Los hombres y las mujeres se persiguen entre risas histéricas, resbalando sobre los charcos de vino. Los guerreros tiran al suelo las bandejas con viandas, tumban a las esclavas sobre las mesas y las montan con frenesí. Hay peleas entre gentes que casi no se sostienen en pie, dando pie a espectáculos de torpeza y bochorno. Los músicos tocan melodías vertiginosas que obligan a los cuerpos ebrios a danzar y girar, a caer y volver a levantarse. Por todas partes se oyen carcajadas groseras. Una mujer se tambalea y vomita, provocando la risa de los cercanos. Un anciano ha hundido la cabeza en un plato con tartas y dulces pegajosos y empieza a roncar con fuerza. El vino sigue corriendo en abundancia, soso o especiado, frío o caliente, crudo o mezclado con agua.

En la fiesta no faltan los sacerdotes del Culto, todos rapados y vistiendo sus túnicas largas y oscuras. Disfrutan de la bacanal, tan borrachos como el resto.

Pero la excepción es Nigur, el sumo sacerdote. Él y yo somos los únicos que mantenemos la serenidad y la cordura. Se mantiene cerca de Amáer y de vez en cuando le comenta algo o le ríe las gracias.

Es un hombre alto, delgado, pero de hombros anchos, con un rostro anguloso de líneas duras. En varias ocasiones ha cruzado unas palabras de educación conmigo, pero no hemos intentado entablar conversación. No ha probado apenas el vino y ha comido poco. En su boca de labios finos y en sus ojos de color castaño oscuro, firmes y penetrantes, hay cierta paciencia bondadosa, como si los presentes fueran unos niños traviesos a los que a fin de cuentas hubiese que perdonar.

Sin duda alguna, es el hombre más peligroso del salón.

A la celebración no han venido el Cuervo ni mis cuatro jóvenes generales, ni tampoco ningún pensador, ni guerreros notables de la Guardia del Ornai. Todos ellos se han posicionado en el bando ideológico y político contrario al del sigra y el Culto y no hubieran asistido ni aunque les hubiesen invitado. Mejor que no estén, porque si estuvieran el vino acabaría con el control, saldrían a la luz las tensiones reprimidas y estallaría la violencia. No sería el primer banquete sarlio en el cual los asistentes acabaran a cuchilladas.

Tala, mi amante, deambuló a mi alrededor ejecutando su papel; pero tras contemplar la agonía del alai yo no estaba de humor para juegos. Ella lo entendió enseguida y se marchó de la sala con cualquier excusa. Es una mujer inteligente y tampoco le gustan estas fiestas groseras. Uno de los borrachos intentó abordarla, pero ella le empujó con una fuerza sorprendente y le hizo caer sobre una mesa baja. El imbécil humillado no osó responderle, ni mucho menos golpearla: ella es la favorita del ornai Dargor y la muerte de ese tipo no hubiera sido rápida ni agradable. Tala se marchó sin mirar hacia atrás, arreglándose el pelo y meneando con impertinencia las caderas.

Amáer domina la escena desde su trono de sigra, como un dios de los excesos y la locura. Bebe sin cesar y acaricia a sus concubinas favoritas, tan borrachas como él. A veces farfulla y se le va la mirada, otras veces se levanta y ruge con voz tronadora. Todos le ríen sus bromas babosas, incluso Nigur. En este momento Amáer llama a gritos a uno de sus generales, Tirián Gala. El aludido se le acerca, tambaleándose.

Amáer desenvaina su espada ceremonial, con puño de oro y gemas.

—¡Arrodíllate ante tu sigra, Tirián! —brama, con voz alta pero insegura.

El aludido ríe, como si hubiera escuchado una gracia. Amáer monta en cólera y señala el suelo a sus pies con la punta del acero.

—¡Arrodíllate! —ruge—. ¡Se va a celebrar la Ceremonia de la Muerte o el Gran Honor!

Poco a poco va cayendo el silencio en la sala. Los músicos dejan de tocar y los juerguistas se callan y concentran su atención en las escalinatas y el trono. Los murmullos han desaparecido. Muchas mujeres no entienden qué ocurre, pero los guerreros se han quedado blancos. A alguno se le cae la copa de los dedos.

La saliva pasa con dificultad por mi garganta.

El Cuervo me ha contado acerca de esta costumbre… En Sarlia, cada sigra, ornai o general notable tiene su propio séquito de fieles, que han jurado entregarle la vida si fuera menester. En cualquier momento su señor puede exigirles que demuestren su devoción postrándose ante ellos y doblando la cabeza bajo su espada. Si el acero toca con suavidad el hombro derecho del arrodillado se le conceden honores, riquezas y premios, pero en cambio, si el señor lo juzga conveniente, clavará la espada en las vértebras de la nuca, acabando con la vida del subordinado. Los códigos de las Casas de la Guerra admiten esta segunda posibilidad y nadie protestará ni se le echará nada en cara al superior, pues estaba en su derecho de premiar o matar a ese fiel que le juró obediencia total.

Los ojos de Tirián se agrandan y una de sus manos comienza a temblar. Siempre ha sido un leal seguidor de Amáer, pero hay rumores de que en los últimos tiempos ha soltado en público fuertes críticas hacia el enorme poder que estaba ganando el Culto y la excesiva influencia del sumo sacerdote sobre el sigra.

Agarro con fuerza los brazos de mi butaca mientras contemplo el rostro sonriente, plácido y sereno de Nigur.

—Señor… ¿Acaso os he ofen…? —empieza a decir Tirián.

—¡Arrodíllate de una vez! —grita Amáer—. ¿Es que no vas a obedecer a tu sigra? —Suelta una risa profunda y la maldad brilla en sus ojos—. Vamos, Tirián, ¡no tienes nada que temer! ¡Vas a recibir el justo premio a todos tus servicios!

El general cierra los ojos y respira con fuerza. Los abre y comienza a arrodillarse con una lentitud extrema. Sus jadeos restallan como latigazos metálicos en el silencio del salón. La calva y el rostro están empapados de sudor y brillan de un modo repugnante.

El rostro encarnado de Amáer también está sudoroso, hinchado de sangre. En sus ojos resplandece el rencor enfermizo y tenaz de los alcohólicos. Se tambalea. Resopla. Mira al resto de la sala. A su vez todos le miran, inmóviles y horrorizados.

—¡Yo, Amáer Atur, Sigra de… de Sarlia la Gloriosa, el Escudo del Norte…! ¡Voy a premiar a Tirián Gala, general de mi séquito de fieles…! Voy a premiarle con la muerte… o con el honor de convertirle en el primer consejero de mi corte. ¡Este acero ejecutará la voluntad de la mano que lo empuña! ¡Humilla la cabeza, Tirián Gala!

Levanta la espada, agarrándola como un puñal, con la punta

orientada hacia el suelo. Su túnica está empapada de sudor, vino y grasa. Su pecho y su barriga se alzan y bajan al ritmo de su violenta respiración. El rostro se endurece en una mueca rabiosa y cruel y profiere un alarido ronco.

Las mujeres chillan y tuercen la cabeza y los hombres se quedan rígidos.

Tirián rueda por los escalones, atravesado desde la nuca a la nuez, chorreando una sangre que se mezcla con el vino derramado. Los esclavos sujetan a Amáer, que ha estado también a punto de caerse por la inercia del golpe. Con fascinación horrenda veo los dedos de Tirián Gala temblar durante un latido o dos, antes de quedar por fin quietos.

El sumo sacerdote Nigur mira hacia el fondo de la sala, impasible, con aire pensativo. Se fija en una arruga de la falda de su túnica y la alisa con la palma de la mano.

—¡Que continúe la fiesta! —ruge Amáer—. ¡Vamos, músicos y bailarines! ¡Seguid divirtiéndoos! ¡Traedme más vino, hijos de puta! ¡Más vino!

Me levanto de mi asiento y bajo por la escalinata. Echo a andar hacia una de las puertas del salón, por la cual entran y salen sirvientes cargados con ánforas y jarras llenas de caldo oscuro y con bandejas cargadas de dulces y estofados.

—¡Eh, tú! —oigo a mis espaldas—. ¡Dargor! ¡Vuelve aquí! ¡Te lo ordena tu sigra! ¡Haz caso a tu padre!

Sigo andando hacia la salida. Me vuelvo y veo a Amáer, acercándose a mí, vociferando como un loco, pero tropieza con sus propios pies y cae al suelo, donde yace tirado cuan largo es. Queda tumbado boca abajo, meneando la cabeza, resoplando y mugiendo incoherencias, con la mente a tres mundos de distancia del cuerpo. Los esclavos corren a ayudarle.

Nigur continúa sentado en su butaca. Me observa con serena tranquilidad.

Doy la vuelta y salgo por fin, dejando atrás toda esta maldita locura. Aun siento las tripas revueltas y necesito respirar aire fresco.

Debido a mis prisas choco con una sirvienta que lleva una jarra de vino. El recipiente cae y tintinea contra el suelo y el líquido oscuro se esparce sobre las baldosas. Ella jadea y retrocede asustada al ver que se encuentra ante el ornai.

—¡Lo siento, mi ornai! ¡Te imploro perdón! ¡No hagas que me azoten, te lo ruego!

—No te asustes, no tiene importancia, muchacha. Un momento, yo te conozco… ¿Quién eres?

Sigue helada de espanto. ¿Qué clase de monstruo sería el dueño de este cuerpo que ocupo para inspirar ese terror en sus sirvientes?

Abro mucho los ojos porque al fin reconozco a esta joven hermosa. Es una de las tres muchachas que prepararon mi baño, alagas atrás. Es, precisamente, la que consiguió captar mi interés.

Y de nuevo lo consigue.

Baja la cabeza, asustada.

—Señor, déjame ir, te lo ruego. Aún tengo mucho que hacer en la fiesta y el jefe de cocinas puede castigarme si no cumplo mis deberes.

—Nadie va a castigarte. ¿Cuál es tu nombre?

—Irla, señor.

—Mírame, Irla.

Ella lo hace. De nuevo contemplo su maravilloso cabello castaño oscuro, sedoso y espeso, liso, que cae hasta la mitad de su espalda, y esos ojos brillantes, aunque tristes.

—No entiendo cómo no me fijé en ti durante la fiesta —murmuro.

—No debería estar sirviendo en ella porque no está entre mis cometidos, señor, pero varias chicas estaban ocupadas agasajando a los comensales, así que el jefe de cocinas envió a buscar unas cuantas muchachas al harén del ornai. Yo, entre ellas.

—Comprendo. Ven, Irla. Me gustaría estar contigo.

Me mira con aprensión. De pronto, su tristeza aumenta y sus hombros caen.

—Como quieras, mi ornai —susurra, en voz baja.

Noto una punzada de dolor. Esta mujer me está hechizando.

—No es lo que piensas. Solo quiero hablar. Solo hablar. Por favor.

Me observa, desconfiada y confusa. Asiente en silencio.

Caminamos hasta un jardín, lejos de las risas y los gritos. La brisa es fragante y mueve las hojas de los setos. En el cielo negro brillan constelaciones desconocidas en la Tierra. Irla se sienta en un extremo de un banco de mármol, con las piernas juntas y la cabeza baja. Me parece un ser frágil y distante, un refugio para toda la locura y el miedo que llenan mi vida.

Me siento a su lado.

—¿De dónde eres, Irla?

—De Atis, señor.

—Atis está lejos.

En sus ojos brilla cierto enojo pasajero, como si le hubiera gastado una broma cruel.

—Me tomaron prisionera durante la última guerra entre Atis y Sarlia.

—Lo lamento.

Se vuelve hacia mí, frunciendo el ceño, confundida, pero no dice nada.

—¿Sabes de dónde soy yo? —le pregunto.

Está claro que no entiende nada de lo que estoy hablando, pero su

expresión me parece encantadora.

Sonrío sin alegría y miro hacia las estrellas.

—Vengo de un lugar lejano, en otro planeta o quizás otro universo…, en fin, un sitio tan diferente de este como lo son el aceite y el agua. Un mundo con normas distintas.

»El mío es un mundo de gentes que saben perdonar y ser tolerantes, pero que no aman los edificios en los que viven, un mundo en el que la vida humana se considera sagrada y se busca el orden y la convivencia pacífica, pero en el cual las pasiones y las sensaciones resultan de una intensidad muy inferior, un mundo en el que no existe la esclavitud y el honor ha desaparecido porque allí ya no tiene ninguna utilidad práctica.

»Un mundo, en definitiva, muy diferente a este.

Irla parpadea sorprendida. Mira hacia otro lado.

—Sé que no me entiendes —digo—. Quizá pienses que me he vuelto loco.

—¡No, señor, jamás osaría imaginar tal cosa! —se apresura a responder—. Conozco tu lesión en la cabeza y quizá estás aún… conmocionado.

—Puede ser. Es mejor que vosotros me veáis como un loco, pues jamás podríais creer mis palabras. No os lo reprocho: si en mi mundo cualquiera de los vuestros apareciera de pronto, tampoco nadie le creería.

»Me he preguntado muchas veces por qué he venido hasta aquí. —Le tomo de la barbilla con suavidad y admiro sus rasgos finos y hermosos. Ella baja la mirada y respira con fuerza—. Pero ahora, en este momento, sé el porqué. Todo cobra sentido.

»He venido porque debía conocerte.

Me acerco a ella y la beso. Se deja abrazar, sin pasión ni resistencia.

No me importa su docilidad y su indiferencia porque, sea como sea, la necesito.

—¿Qué has dicho? —grita Amáer, mirándome con furia. Tira al suelo la copa y el vino mancha las baldosas. Su rostro muestra la devastación de los excesos de la noche pasada, pero hay cierta lucidez en esos ojos inyectados en sangre—. ¡Repite eso que has dicho! ¡Repítelo si tienes agallas!

Tomo aire y lo digo de nuevo, sin mirarle:

—No iré al norte, a esa guerra contra los alais.

Amáer me mira atónito, sin creerse lo que acaba de oír. Se vuelve hacia Nigur, aún enfundado en sus ropajes negros. El sumo sacerdote me observa curioso e interesado, aunque sin perder la serenidad que siempre le acompaña.

También se encuentra el Cuervo en la estancia. Nos mira con cierta cautela, aunque sus ojos demuestran una sorpresa parecida a la del sigra tras oír mis palabras. Pero no abre la boca.

Es la clepsidra decimosegunda de este alaga. Si por mí fuera hubiese pasado el día entero con Irla, pero el Cuervo entró en mis aposentos temprano, cuando ella y yo aún estábamos durmiendo en el lecho. El viejo general empleó todas sus tenaces dotes de persuasión para convencerme de que tenía que seguir instruyéndome sobre los asuntos de gobierno del ornai, así como en las armas. Según él, mi mente todavía es un lienzo en blanco que hay que llenar con los colores y líneas pertinentes. Con gran disgusto despedí a Irla, esperando volver a encontrarme con ella esta tarde.

De la noche a la mañana me he convertido en un idiota enamorado, así que no presté mucha atención a las lecciones de hoy.

No hace más de media clepsidra, se presentaron en mi despacho Amáer y Nigur, así que el Cuervo y yo debimos apartar por el momento los legajos y mapas en que estábamos enfrascados. El sigra y su máximo consejero deseaban hablarme sobre la posible e inminente guerra contra los alais.

Y sin pensármelo dos veces, les contesté que no estaba dispuesto a ir al Cinturón.

—¿Le habéis oído? —grita Amáer, todavía incrédulo—. ¡No quiere ir a defender nuestras tierras del ataque de los bárbaros! ¡Simplemente, no quiere!

—Creo que mi puesto está aquí, en la ciudad —contesto, sin atreverme aún a mirarle—. Debo seguir aprendiendo las enseñanzas del Cuervo.

—¿Enseñanzas? ¿Qué enseñanzas? —Amáer se acerca a la mesa llena de pergaminos y el Cuervo se aparta un paso, siempre cauteloso. El sigra agarra el tablero y tira de él hacia arriba, derribando la mesa con un estruendo de mil demonios. Le miro con horror. Agarra un

mapa y lo estruja dentro de su puño enorme y redondo—. ¿A esto lo llamas tú enseñanza? ¡Esto es una mierda! ¡Es nada! —Hace pedazos el pergamino y los arroja al aire. Desenvaina la espada—. ¡Esta es la mejor enseñanza para un gobernante! ¡El acero! ¡La espada te enseñará todo cuanto debes saber! ¡Si no recuerdas nada ve a la guerra, ve adonde los hombres luchan y mueren y aprenderás en un solo alaga más que en cien furás de estudio entre papeluchos!

No oso responderle, aunque ahora sí le miro sin pestañear. Bufa como un argo y se vuelve hacia el Cuervo.

—¿Y tú? —grita—. ¿Qué tienes que decir a todo esto? No me vendrás ahora con que estás de acuerdo con su estúpida decisión…

—No, mi señor —responde el Cuervo, mirándome lúgubre—. Como tú, desconocía la intención del ornai de faltar a esta cita de guerra con los alais.

—¡Menos mal! Al menos, alguien de esta sala conserva la cordura. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. ¿Lo has oído? Como jefe de los ejércitos de Sarlia es tu deber ir al norte para vigilar a los bárbaros y pararles los pies si intentan cualquier movimiento sospechoso.

Frunzo el ceño y siento que una ola de tozudez se apodera de mí.

—No iré —repito.

Amáer abre mucho los ojos y el rostro se le pone blanco de cólera. Luego adquiere un rojo fascinante y después se vuelve casi púrpura. Tiembla, presa de la ira. Nigur y el Cuervo le miran con inquietud.

—Señor, tranquilízate… —empieza a decir el sumo sacerdote.

—¡Cállate! —El sigra me apunta con la espada, que tiembla entre sus dedos—. Tú… Siempre dándome disgustos… Como la puta de tu madre. Sois iguales, los dos. Sois…

Abre la boca y suelta una especie de gañido. La espada resbala de entre sus dedos, se lleva la mano derecha al pecho y lo estruja. Cae de rodillas y trata de respirar, con un rictus de dolor en el rostro redondo y abotargado.

—¡Padre! —exclamo. Corro hasta él.

—Es el corazón —dice Nigur, mientras saca de algún lugar entre sus vestiduras una bolsita de cuero.

El Cuervo y yo intentamos levantar al sigra tirando de sus brazos, pero sería más fácil mover una montaña. Sigue jadeando y agarrándose el pecho, como si se lo estuvieran atravesando con una espada invisible.

—Dejadme, he de darle la droga. —Nigur nos aparta y ni el Cuervo ni yo intentamos detenerle. Se arrodilla ante Amáer con un puñado de polvo naranja sobre el dorso de la mano. Lo pone junto a la nariz del sigra—. Aspira, señor. El dolor remitirá con el calmante. Vamos, señor, vamos.

Con dificultad, Amáer hace lo que le dicen. El Cuervo y yo le

miramos con angustia.

—¿Va a morir? —pregunto.

Nigur no contesta. Se limita a mirarme sin expresión y después vuelve la vista hacia el sigra.

—Aspira —ordena Nigur—. ¡Aspíralo todo, mi señor!

Amáer lo hace de manera ruidosa y empieza a toser con violencia. Sigue jadeando, pero el sufrimiento ha desaparecido de su rostro. Se pasa una manaza por el rostro rubicundo, manchado de sudor y de polvo anaranjado, y nos mira con ojos cansados y enrojecidos. Es muy triste contemplar la patética decadencia de quien antaño fuera poderoso y aún se esfuerza, en vano, por conservar su antigua apariencia. Amáer Atur mató ayer noche a un hombre inocente, con su propia espada, y habrá cometido muchas otras maldades; es mezquino, grosero, cruel, egoísta y tiránico, pero al verle así, derrotado y humillado por sus excesos con la bebida, veo a un hombre viejo, débil y asustado y solo puedo sentir piedad. Él lo sabe, lo cual resulta peor. Los durbanos suelen decir que la compasión mancha al que la provoca.

De nuevo nos acercamos para ayudarle a levantarse, pero nos aparta con manotazos torpes.

—Dejadme… —gruñe, con voz ronca e insegura—. Dejadme en paz, hijos de puta… Soy el sigra… Largo, fuera. Soy el sigra… de Sarlia.

Agarra la espada, que ahora parece un palo estúpido en su mano. Consigue levantarse a duras penas y se deja caer sobre una butaca que cruje bajo su peso. Está bañado en sudor. Sus jadeos van haciéndose menos rápidos. Al tercer intento consigue meter la espada en la vaina.

Me mira y me señala con el índice. Tose con fuerza, carraspea y recupera la voz.

—Escúchame bien, pequeño idiota. Dentro de nueve alagas. Nueve. Ni uno más. Te veré partir de Sarlia rumbo al Cinturón, acompañado de tu guardia. Es mi última palabra.

Esta vez aprieto los labios y no contesto.

Amáer se levanta con dificultad.

—¿Te ayudo, señor? —pregunta Nigur, solícito.

—No necesito ayuda de nadie, maldita sea, así que no te me acerques, calvo malnacido. Quédate aquí y métele un poco de sentido común en la cabeza a mi… al ornai. Tú sabes hablar. Convéncele.

Nigur asiente en silencio.

Amáer arrastra los pies y aún jadea y tose cuando llega a la puerta. La abre de un tirón y cierra dando un portazo.

Nigur, el Cuervo y yo nos miramos en silencio.

—Como el sigra bien ha dicho, eres el jefe de los ejércitos de Sarlia —empieza el viejo guerrero, en tono conciliador. Ya está al tanto,

porque se lo conté, del asunto de los espías alais y de la sospecha de que puedan cruzar el Paso y el Amitas en cualquier momento—. Debes ir al norte. Sin duda no lo recuerdas, pero siempre fuiste un buen líder en el campo de batalla. Los hombres confían en ti y te respetan; es más, te adoran. No temas por el futuro. El miedo es algo ajeno para ti, pues en el momento decisivo lucharás como el más valiente y vencerás. Siempre ha ocurrido así. Eso, en caso de que haya un combate, ya que tal vez ni siquiera se produzca el conflicto. Así pues, mi señor… ¿A qué viene ahora esta negativa?

Guardo silencio.

¿Qué puedo contestarle? ¿Que no deseo enzarzarme en una guerra que no es la mía, por una ciudad que no es la mía, en un mundo que no es el mío? ¿Que tengo miedo de morir, ahora que estoy enamorado y me sobran razones para seguir con vida?

No, estas cosas no las entendería el Cuervo, y por tanto le respondo lo siguiente:

—He de pensarlo. Quizás… Tal vez dentro de unos alagas sea distinto. Pero por ahora, déjame reflexionar.

—Como quieras. Estoy seguro de que entrarás en razón. No olvides que para cualquier guerrero, incluido el ornai, el deber está por encima de todo.

—Meditaré sobre ello. Ahora déjame, Cuervo. Quiero hablar con Nigur a solas.

El sumo sacerdote del culto al Vigilante permanece tan sereno e inalterable como una estatua.

—Será un placer para mí conversar con el ornai —responde con su voz suave.

—¿Estás seguro, señor? —El Cuervo me lanza una advertencia con su mirada.

—Sí. Por favor, sal. Será poco tiempo.

El Cuervo asiente, sale, cierra la puerta y Nigur y yo quedamos solos.

9

Miro con detenimiento a Nigur, sumo sacerdote del culto al Vigilante.

Quisiera traspasar esa máscara de tranquilidad que siempre lleva encima.

Aunque tal vez sea su auténtica naturaleza… Quizás me haya equivocado en mis percepciones y Nigur sea una persona bienintencionada que ha encontrado la paz mediante una religión de virtudes. Puede que no se trate de un arribista ambicioso, astuto e implacable, capaz de enmascarar sus emociones bajo una fachada de bondadosa serenidad. Tal vez no se haya ganado al pueblo y hasta al propio sigra, a un sigra envejecido y débil, mediante la explotación de las supersticiones y los espectáculos místicos y esotéricos. Puede que lo haya juzgado mal desde el principio y que Nigur sea tan solo un hombre sencillo y bueno.

Es una posibilidad.

Le señalo una butaca.

—Toma asiento, por favor, y sírvete un trago de cualquiera de esas jarras con vino.

Sonríe y se acomoda en la silla. Yo también lo hago en la mía, frente a él.

—Gracias, mi señor, pero no bebo.

—Yo intento no hacerlo, aunque se espere lo contrario de mí.

—Si me permites decirlo, antes de tu accidente eras un gran aficionado a los vinos.

—Las cosas han cambiado, como puedes comprobar.

—En efecto, mi ornai. Han cambiado. —Me mira con atención—. Te noto… distinto. Y quiero ayudarte, si me dejas.

Decido cambiar los derroteros de la conversación porque resultaría demasiado peligroso dejarme seducir por su voz amable.

—Ayer te vi en la fiesta, Nigur. No probaste apenas el vino, como tampoco lo haces ahora, ni buscaste ninguna mujer, y tampoco te excediste con la comida. Por lo que veo, desprecias los placeres mundanos. ¿Cuáles son, por tanto, tus auténticos gustos?

—Anhelo alcanzar el equilibrio y la virtud.

—¿Y qué me dices del poder?

Sonríe por un lado, con tristeza.

—Supongo que te han hablado mal de mí. No sé por qué, pero me he creado muchos enemigos desde que soy el consejero principal del sigra. He de aclararte que no lo elegí yo, pues fue él quien me colocó en el puesto.

—Según me han dicho, el sigra cree de veras en las enseñanzas del Culto.

Su rostro se vuelve grave, como si ahora pasáramos a asuntos

trascendentes.

—Perdona lo directo de mis palabras, pero por muchos defectos que tenga Amáer Atur, en el fondo es un buen hombre y aspira, como todos, a la felicidad.

—¿La que proporciona tu religión?

—El Culto ayuda al individuo, pero es él mismo quien ha de realizar el auténtico esfuerzo.

—Háblame más acerca de vuestro credo. Como sabes, he perdido la memoria. Imagina que desearas instruirme en tus creencias.

Me mira durante muchos latidos y, aunque no encuentro ningún cambio de expresión en sus facciones tranquilas, noto que me está calibrando y eligiendo entre varias estrategias.

Suspira y asiente, muy serio.

—El Vigilante siempre ha estado en el cielo, quizá desde antes de la formación de Sarlia. Es lo más parecido a un auténtico dios que podemos encontrar en este mundo.

—¿Lo más parecido a un dios? ¿Acaso no sostenéis vosotros, con toda firmeza, que el Vigilante es un dios de verdad, el más poderoso?

Nigur levanta las cejas y sonríe con humildad.

—Señor, deben haberte contado relatos exagerados sobre nuestra doctrina. En realidad, no sabemos qué o quién es el Vigilante y es probable que nunca lo sepamos con certeza.

No logro ocultar mi sorpresa y curiosidad. De pronto, sus palabras me parecen interesantes.

—¿Esperabas que intentara hipnotizarte con relatos legendarios? —me pregunta, un tanto socarrón—. No, mi ornai. Los seguidores del Culto desconocemos la auténtica naturaleza del Vigilante y tal vez nadie consiga descifrarla. —Clava sus ojos en mí—. Pero hay algo en lo que todos estamos de acuerdo: en todo momento pende una roca sobre nuestras cabezas, una isla de piedra que desafía las leyes naturales y que permanece inmóvil en el aire. Nos es imposible llegar hasta ella y no sabemos cuál es su origen. Desde el principio estuvo allí y nada ni nadie puede alterar su presencia… La inmutable y rotunda seguridad de su presencia.

Se recuesta en la butaca y junta las yemas de ambas manos, mirando hacia el frente con aire pensativo.

—Ningún sabio, ningún pensador, ningún místico puede dar una respuesta lógica y racional al enigma de ese pedazo de roca que flota en el vacío. Solo alcanzamos a ver algunas torres y cúpulas allá arriba, así que debe haber una casa, un castillo o un templo, lo cual sugiere a su vez que la isla aérea está habitada. Y si se encuentra en las cercanías de Sarlia es probable que ese alguien que vive allí, el mismo que diseñó y construyó esos edificios, nos esté observando… ¿Por qué? ¿Qué quiere?

Cae el silencio en la sala. Reconozco para mis adentros que su voz y sus palabras me han sojuzgado, pues muchas veces yo me he preguntado lo mismo.

—¿Crees en el orden, mi señor? —me lanza, a bocajarro.

—¿A qué te refieres?

—Perdona mi brusquedad, pero… ¿Piensas que todo en este universo ha de tener una razón, un sentido, o al menos ha de provenir de algo que pueda ser entendido y razonado? ¿Algo que, además, provoque consecuencias comprensibles para nosotros?

—El universo parece estar regido por una cantidad suficiente de orden como para no convertirse en un caos inenarrable. Aun así, también existe otra cantidad necesaria de azar y desorden aleatorio.

—Es una opción respetable, mi ornai, pero en el Culto opinamos que todo en el universo tiene un orden, un sentido y una razón última. El azar no existe, o bien es solo una pequeña alteración del orden, y además promovida por el propio orden. Digamos que a veces el orden introduce pequeñas trampas en su propio juego, por algún motivo trascendente que se nos escapa; pero sea como sea, a la larga el orden siempre gana la partida. No puede perder contra sí mismo.

—Un tema interesante, pero estamos alejándonos del principal: el culto al Vigilante.

—Perdóname, señor, tiendo a divagar. Intentaré ir al centro de la cuestión. El Culto no admite el desorden en el universo, no admite el ciego azar. Por tanto, debe haber un sentido en el problema del Vigilante y su morada flotante. Una razón.

—Eso sí lo entiendo.

—Exploremos otro concepto. Cada cosa y cada suceso tiene dos vertientes, una física y otra espiritual, y tampoco ninguna de ellas puede escapar a ese orden del que hablaba antes. No conseguimos hallar razones físicas para la existencia de la isla flotante y por otro lado ha de haber una vertiente espiritual y una enseñanza moral en todo ello. Así pues, hasta que podamos encontrar la primera el Culto debe ocuparse de analizar la segunda.

»Tras muchos estudios, reflexiones y discusiones que ahora sería arduo y tedioso explicarte, y que han ocupado a los nuestros durante cientos de furás, hemos llegado a la conclusión de que el sentido espiritual de esa roca consiste en una metáfora del alma humana… El hombre tiene altas y bajas pasiones, defectos y virtudes. Somos al mismo tiempo dioses y bestias. El ejemplo del Vigilante nos enseña que debemos alcanzar los cielos, elevarnos por encima del terruño que nos vio nacer y mirar hacia arriba para intentar descifrar el enigma de la existencia. De modo parejo, en el plano físico queremos también descifrar la incógnita de la roca aérea. La Morada del Vigilante representa las altas virtudes y la tierra que pisamos representaría las

pasiones más bajas y groseras. Su morada es inaccesible. Sospechamos en ella un poder supremo, capaz de doblegar las leyes que actúan sobre nosotros. En nuestra contrapartida espiritual, la Morada del Vigilante sería la felicidad del equilibrio interior, allá hacia donde debemos volar, por mucho que deseemos disfrutar de los placeres de la tierra a la que estamos anclados, esos placeres malignos que provienen de la lujuria, el egoísmo, la vanidad, la mentira…

»El Vigilante puede tomarse como un símbolo que representa nuestra propia conciencia, nuestro sentido del deber, necesario para escudriñar nuestros actos y palabras. Nosotros mismos hemos de vigilarnos como él lo hace desde el cielo, para no caer en las tentaciones de la bajeza.

»Y claro está, tras esta vida nos espera un juicio; no el juicio de divinidades ajenas y temibles, sino nuestro propio juicio interior, el de nuestra conciencia, a la que no se le escapa nada… Y a la que no se puede engañar. Ella será la que dicte el destino del alma: volver a este mundo grosero y torpe o bien ascender un peldaño más, en la escalera hacia la perfección.

Silencio.

Sus ojos brillan y sonríe con aire plácido.

Parpadeo, como saliendo de un ensueño. Sus palabras han conseguido atraparme. No ha sido, desde luego, la diatriba fanática que esperaba. Puedo o no estar de acuerdo con su doctrina, pero al menos tiene lógica y hasta solidez.

—Creo haber entendido vuestros principios —digo—, pero… ¿cuáles son esas virtudes de las que hablas? ¿Cómo se llega al estado de felicidad y equilibrio que buscáis?

—Ah, mi señor, las virtudes más altas del ser humano son la honestidad, la lealtad, el control de las pasiones y la serenidad por encima de todo. Debemos perseguir un estado de paz interna y para hallarlo hay que alejarse de los bajos instintos.

—Sin embargo, es conocido que te rodeas de una cuadrilla de hombres violentos. Los sacerdotes han ganado mucho poder en poco tiempo y se muestran agresivos y arrogantes.

La tristeza arruga su frente.

—Cierto, señor, cierto, pero es mejor que sean los individuos más bajos y peligrosos quienes se encuentren entre mis filas, para que así al final adopten nuestras enseñanzas.

—Parece toda una contradicción con vuestro interés por las almas reposadas y pacíficas.

—¡No, mi señor, muy al contrario! Quiero que todos los seres violentos y atormentados vengan a mí, quiero tenerles cerca porque es mi deber ayudarles a cambiar su carácter. Se trata de un desafío. Un bien social.

—No entiendo del todo tu argumento, pero lo dejaremos por ahora. ¿Qué me dices del sacrificio humano que hace vuestro culto? Me han hablado de esa ceremonia, durante la cual dos hombres vuelan hasta las alturas, hasta esa roca flotante, para después desaparecer para siempre.

—Es una costumbre antigua que viene de los primeros tiempos del Culto. Fue abolida durante muchos furás, pero ahora la hemos revivido por el bien de la comunidad sarlia. Esa noche, un criminal y un virtuoso son elevados hasta la Roca, sin que nadie pueda impedirlo; ni siquiera ellos mismos pueden evitarlo. Y no se les volverá a ver jamás. Este sacrificio representa el poder supremo del Vigilante sobre los humanos, pero también simboliza, en un nivel más profundo, el dominio de nuestra propia conciencia, que nos castiga o premia según sean nuestros actos y pensamientos.

—¿Qué ocurre con las dos víctimas sacrificiales? ¿Ni siquiera vosotros lo sabéis?

—Señor, en realidad no se trata de víctimas; quizá su destino resulte feliz, incluso para aquel de los dos que hubiera llevado una vida depravada.

—¿Acaso desconocéis lo que les pasará? Tenía entendido que en el Culto se describían de manera detallada los gozos del virtuoso y los tormentos del criminal, una vez estuvieran en la roca flotante.

—Lo que nosotros hacemos es interpretar la realidad ofreciendo una parábola, una fábula moral que puedan entender todos, desde el físico al labriego. Las enseñanzas que sacamos del hecho de la ofrenda al Vigilante son asimiladas por cada sarlio, que a su vez las aplicará en su vida cotidiana para mejorarla y mejorarse por tanto a sí mismo. El propio hecho de que dos sujetos vuelen hacia la Morada del Vigilante implica un poder descomunal, más allá de nuestro entendimiento. Pero nosotros debemos interpretarlo y esa es la labor del Culto.

»Por otro lado, también podemos pensar que el Vigilante se enojaría si no les fueran entregados de manera puntual dos seres humanos, uno virtuoso y otro malvado.

—Así pues, resulta necesario y conveniente para Sarlia prescindir de esos dos individuos porque el Vigilante no ha de montar en cólera.

—Es una posibilidad. Si queremos vivir tranquilos, si no deseamos cambios en Sarlia, hay que perpetuar la tradición. No es un precio muy grande, al fin y al cabo.

—Compruebo que te interesa el bien de la ciudad.

—Claro. Como todo ciudadano sarlio, soy un patriota.

—En tal caso, no veo inconveniente en que te ofrezcas tú mismo para el próximo sacrificio al Vigilante.

Nigur queda callado y me mira con firmeza. Su expresión pierde durante un instante la serenidad y la placidez. Un solo instante. Se

recompone y sonríe.

—Te agradezco el honor, ornai, pero yo no soy digno. Además, me debo a mis obligaciones hacia el Culto y sus creyentes.

—Estoy seguro de que tu subordinado inmediatamente inferior aceptaría gustoso el puesto que ocupas, una vez que hubieras volado hasta la roca del Vigilante. Al fin y al cabo, eres un hombre virtuoso y limpio y, por tanto, ¿qué puedes temer? Según vuestra propia doctrina, al individuo justo le espera una felicidad sin límites en la Morada del Vigilante. Solo el malvado debería recelar y sentir miedo.

—De nuevo te digo, y con gran pesar, mi señor, que me debo a mis tareas. No puedo desatender las actividades que lleva a cabo el Culto. Hay muchos sarlios a los que instruir en la verdad.

Suspiro.

—Es una lástima que no puedas ser tú uno de los dos ofrendados, sumo sacerdote Nigur. Eres un hombre virtuoso y habrías disfrutado de una eternidad feliz en la Roca del Vigilante.

Me mira con dureza, pero sonríe.

—Tus halagos me abruman, señor. Sin embargo, ya está bien de hablar sobre mí, pues soy un individuo de escasa importancia. El sigra me ordenó convencerte de que debes partir hacia el Cinturón, dentro de nueve alagas. Creo que es un plan juicioso, dada la situación creada por esos espías alais, y además teniendo en cuenta la posibilidad de una invasión.

—Conoces bien los asuntos de la seguridad de Sarlia.

Se encoge de hombros y sonríe.

—Soy el consejero principal del sigra, señor. Amáer me lo cuenta todo y yo intento ayudarle con mis opiniones.

—Ajá. También se dice de ti que eres un diestro espada. Uno de los mejores de la ciudad.

—Tan solo habladurías, señor. Para desentumecer el cuerpo y tonificarlo de vez en cuando practico un poco la esgrima. Poca cosa.

—Eres humilde.

—Gracias. Por favor, volvamos al tema de los alais. Debes entender que tu padre lleva razón al pretender reforzar el Cinturón con más lanzas. Es la última barrera que nos separa de los bárbaros.

—No lo dudo, pero puede ir otro en mi lugar. Yo he de seguir tomando lecciones sobre todo lo que he olvidado. Además, deberíamos pensarlo dos veces antes de entrar en guerra con los alais.

—Siempre han sido nuestros enemigos naturales.

—Eso tengo entendido, pero tal vez Sarlia no ha seguido la estrategia correcta con ellos.

Me mira entrecerrando un ojo. Reprimo la tentación de morderme los labios, pues he hablado en exceso.

—Por favor, explícame este último comentario —me pide—. No lo

he entendido.

—Olvídalo. A veces no sé ni lo que digo. Debe ser por culpa del golpe en mi cabeza.

Se frota la barbilla, pensativo, y sonríe con aire bondadoso.

—Resulta curioso que hayas puesto en duda, aunque de pasada, la política sarlia respecto a los alais.

—Ahora soy yo quien te pide que hables claro.

Toma aire, como reuniendo valor.

—Verás, señor… Los durbanos somos muy superiores a los alais. Sin embargo, no veo por qué no podemos llegar a algún tipo de paz con ellos, como ocurre con los nómadas bárbaros del Mar de Hierbas, quienes nos cambian sus argos por armas, telas y cereales.

Le miro con interés. Él espera, sabiendo que ha captado mi atención.

—Continúa —le ordeno.

—Durante colabas, los sarlios y los alais hemos peleado los unos contra los otros. Lo cierto es que ellos han sido quienes intentaron rebasar en varias ocasiones la frontera del Amitas e incluso el Cinturón para conquistar nuestras tierras norteñas, pero no hay que olvidar que los sarlios les hemos tratado siempre como a bestias salvajes, dándoles caza cuando se alejaban demasiado de las Negai, incluso atacando sus poblados del Paso para esclavizar a sus habitantes. Nuestra cultura es superior a la suya, sí, pero a veces me pregunto si no sería mejor tratar de suavizar estas relaciones tan conflictivas.

—¿Hacer la paz con los alais?

—Eso es. Se podría intercambiar presentes entre los dos pueblos e intentar acabar de una vez por todas con esta guerra. No se trata de claudicar ni de mezclarse con ellos, sino simplemente de que los sarlios y los alais no acabemos siempre a golpes. Tiene que haber una forma de conseguirlo.

Es la primera vez que escucho este planteamiento pacifista en boca de un sarlio. Me parecía casi imposible que un durbano pudiera siquiera imaginar no estar en guerra contra los alais y verlos como algo más que como a objetivos a abatir. La idea, insoportable para la mayoría de los sarlios, me resulta atractiva. ¿Sería posible evitar tanto inútil derramamiento de sangre? ¿Podría convertirse esto en la semilla de un espíritu de paz y convivencia que se esparciera por el resto de las ciudades-estado de Durba?

—La paz es buena no solo por motivos altruistas —continúa Nigur, como si me estuviera leyendo la mente—. Nuestra economía se vería muy beneficiada si lográramos mantener unas buenas relaciones con los alais. Podríamos conseguir con comodidad diversos metales y maderas que escasean al sur del Paso. Además, descendería la carga

monetaria que supone la barrera militar del Cinturón.

—Tus iniciativas parecen revolucionarias. No creo que le hagan mucha gracia al sigra.

—Oh, nuestro señor Amáer está hecho a la vieja usanza. Cree en el poder de la espada por encima de todo lo demás. Pienso que tal fuerza puede coexistir con la magia de las palabras, la diplomacia y los tratados. Durba ha sido devastada no solo por el conflicto con los alais, sino por las continuas guerras entre las ciudades-estado, y muchos tenemos ya hambre de paz y prosperidad.

—¿Le has comentado a él tus ideas respecto a los alais?

Me mira con gravedad y tristeza.

—Ambos sabemos, ornai, que el sigra jamás las escucharía; me echaría a patadas de su lado en cuanto se las expusiera. Pero cada vez veo con más claridad que hemos de intentar llegar a la paz con los alais. Quién sabe si algún día no podremos contenerlos ni siquiera por las malas; por tanto, deberíamos intentar controlarlos de otros modos.

—¿Y por qué me cuentas todo esto a mí? Al fin y al cabo, Amáer tiene la última palabra en el gobierno sarlio.

—Mientras sea sigra —dice Nigur.

Sonrío, pues ahora comprendo hacia dónde nos dirigíamos.

Nigur se ha puesto muy serio.

—Voy a hablarte con franqueza, señor. Amáer ha castigado demasiado su cuerpo, a fuerza de tantísimas borracheras y comilonas. Lo has visto hoy, aquí. Su corazón estuvo a punto de reventar en medio de un ataque de furia. Yo intento apartarlo de la mala vida, pero él es demasiado tozudo. Le doy medicinas que calman sus dolores, pero a larga todo resultará inútil porque no quiere hacerme caso y se empeña en seguir unos hábitos destructivos. Me apena decirlo, pero no hay que engañarse con falsas ilusiones. Si Amáer continúa con este estilo de vida no aguantará más de uno o dos furás más.

Hace una pausa y sus ojos no se separan de los míos.

—Habla claro —le ordeno.

—Tú serás el próximo sigra, señor. O vences en las próximas elecciones o bien conseguirás el máximo cargo cuando Amáer, el Vigilante no lo quiera, fallezca, pues eres su único hijo. Tendrás en tus manos las riendas de Sarlia y entonces podrás buscar una paz con los alais, unos acuerdos capaces de impedir tanta violencia irracional.

—¿Y por qué crees que a mí me interesaría aplicar esa estrategia? Como sabrás, soy guerrero antes que nada, un general victorioso que ama la gloria. Por tanto, debería rehusar esa política de alianzas con el enemigo.

—Señor, yo también imaginaba que preferirías la guerra y no la paz… Hasta que despertaste de la convalecencia.

—Explícate.

—No quiero ser ofensivo, pero no solo tu memoria ha resultado modificada, sino también… tu carácter. Ya no eres el mismo. Parece que hubieras cambiado, que no fueras el ornai Dargor de siempre.

Guardo silencio, mirándole con atención. Nigur me escudriña, como intentando leerme los pensamientos. Asiente con lentitud.

—Vi tu expresión de horror cuando en el banquete de anoche el sigra mató a Tirián Gala. El antiguo Dargor no hubiera mostrado esa repugnancia porque la sangre no le es desconocida y no teme verla caer, ni tampoco derramarla. Hoy, la primera vez que hablamos a solas tras tu accidente, te he abierto mi alma y te he contado los secretos de la doctrina del Culto. El otro Dargor ni siquiera me hubiera escuchado, pero tú sí has prestado atención, estés o no de acuerdo con mis palabras. Por tanto, me arriesgué a proponerte una política de paz con los bárbaros.

—No he dicho que sí.

—Pero sé que al menos pensarás en ello. Antaño te mostrabas duro e inflexible y te parecías más al sigra Amáer, pero ahora noto una sutileza, una prudencia y una flexibilidad de criterio que antes no estaban ahí. No me malinterpretes si te digo que no ha sido del todo mala tu convalecencia.

—Cuidado con lo que dices, Nigur. Recuerda que sigo siendo tu ornai.

Baja la mirada con aire avergonzado.

—Pido perdón si me he propasado. —Vuelve a mirarme—. Pero por favor, piensa en cuanto te he dicho. La paz con los bárbaros es posible. Te ayudaré en todo lo que pueda, intentando convencer al sigra mientras estés en el Cinturón.

—Continúas pensando que debo ir, tal como ha ordenado Amáer.

—En efecto, señor.

—Mandar dos mil lanzas al norte no cuadra con tu teoría de acuerdos pacíficos con los bárbaros.

—No soy ingenuo, señor, y sé que la amenaza de la fuerza es siempre útil a la hora de negociar. No te pido que vayas para combatir, sino para estudiar el comportamiento de los alais y, si es posible, mantener un primer contacto con sus líderes. Intentar un acercamiento. Sería un hecho revolucionario, el principio de una nueva Sarlia que busque la paz y no la guerra.

Permanezco en silencio, digiriendo sus palabras.

—Gracias por tu consejo, Nigur. Ahora he de tomar una decisión. No serás el último en conocerla, te lo aseguro. Te pido que me dejes por el momento.

—Ve al norte, señor. Eres el único que puede evitar un nuevo baño de sangre. Tus generales no entienden de pactos ni acuerdos, pero tú

sí. Buscar la paz no es una falta de patriotismo.

—Está bien. Lo pensaré.

—Una última cosa, ornai. Has de saber que me tendrás siempre a tu lado cuando necesites mi consejo, mi compañía y mi humilde opinión. Me gustaría contarte más cosas acerca del Culto. No te pido que sigas mis creencias, solo que intentes entenderlas y después, solo si lo deseas de verdad, te unas a ellas. Recuerda que el Vigilante todo lo sabe y que tiene la respuesta para cualquier pregunta. Además, yo podría ayudarte a recuperar la memoria perdida. No me dejes aparte, señor. Quiero ser tu aliado. Tu buen amigo.

Sonrío.

—Desde luego, Nigur. Ahora parece haber cambiado todo entre nosotros. Espero y deseo que nuestra relación sea más cordial y fructífera.

—Gracias, señor. No sabes cuánto me alegra oír eso. Ya me marcho, no quiero importunarte más. Llámame cuando quieras, ornai.

—No dudaré en hacerlo. Adiós, Nigur.

El sumo sacerdote se levanta, inclina la cabeza con respeto y se va.

Después de que se ha ido y cerrado la puerta, mantengo la mirada clavada en las batientes.

No he de perder de vista a Nigur, ese hombre implacable e inteligente. Ese enemigo formidable.

Sin embargo, por mucho que me disguste reconocerlo, algunos de sus argumentos coinciden con los que he empezado a formarme sobre este mundo sumido en conflictos sangrientos. Es el primer sarlio al que he oído hablar acerca de una posible solución pacífica con los bárbaros alais. La opinión generalizada es que los durbanos deben exterminar a cualquier alai que se les cruce en el camino y, si no se les mata, al menos hay que reducirlos a la esclavitud. Me disgustan las ideas racistas de esta tierra, por muy avanzada que sea su civilización, y quisiera hacer algo por cambiar este orden de cosas. Alguien debería promover un esfuerzo para acabar con estas guerras terribles, no solo por razones económicas, sino también humanitarias.

Aun así, no estoy dispuesto a ser yo quien vaya al Cinturón para establecer un principio de acuerdo o tregua con los alais, o al menos para evitar el rutinario baño de sangre cuando durbanos y bárbaros se encuentren. Mis problemas en este mundo no son los de sus habitantes, aquí soy un extranjero y deben resolverlos ellos, no yo. Además, no pienso poner mi vida en peligro, ahora que he encontrado a Irla. Y aunque no estuviera ella tampoco me lanzaría como un inconsciente a ninguna empresa arriesgada.

Además, y por mucho que me entretuvieran los libros de estrategia militar allá en la Tierra, mi experiencia en la guerra es nula y como general sería más un estorbo que una ayuda, en caso de producirse la

batalla entre los sarlios y los alais. Es mejor que envíe a Quiro, Sorcán, Aldel, Tebá o cualquiera otro de esos líderes militares, curtidos en diferentes conflictos. Así pues, voy a oponerme con todas mis fuerzas a esa orden del sigra de marchar al norte. Y espero que el Cuervo se quede aquí conmigo, para explicarme más aspectos de este mundo.

Entre todas estas reflexiones se cuela una que se repite con firmeza y suavidad; no logro olvidar las palabras de Nigur: *Recuerda que el Vigilante todo lo sabe. Él tiene las respuestas a todas las preguntas…*

¿Pudiera ser así? No creo que el Vigilante sea un dios en el sentido literal de la palabra, ya que desconfío de las religiones y los esoterismos para explicar los misterios de la Naturaleza. Pero quizá se trate de un ente o criatura de poderes asombrosos, capaz de mantener en el aire una isla de roca y atraer hacia él a los dos hombres que cada cierto tiempo se le ofrecen en sacrificio. Tal vez su cerebro haya desarrollado una telequinesis monstruosa, de la que hasta hace poco siempre desconfié, o quizás tenga máquinas capaces de anular la fuerza de la gravedad. Una criatura capaz de tales cosas podría, tal vez, ofrecerme la respuesta al enigma de mi llegada a este mundo.

He intentado abordar este misterio de un modo racional para no caer en la desesperación o perder la cordura y al final he dividido la explicación en tres ramas, de las cuales a su vez surgen otras.

La primera de las explicaciones es que todo lo que me rodea y lo que percibo no tiene lugar más allá de mi cabeza. En tal caso debo encontrarme quizás en la cama de mi hospital de Madrid, mientras mi cerebro construye este universo artificial. Estaría viviendo una alucinación compleja y rotunda y por tanto me habría vuelto loco. Pero esta locura no es perfecta porque planteármela implica de por sí que una parte de mí aún está cuerda y sospecha del delirio que vivo. También podría ocurrir que esté dormido y soñando, pero jamás he experimentado tal grado de realismo y perfección en sueño alguno y por tanto esta explicación me parece imposible. No parece casual que me encuentre en un mundo con una ambientación tan parecida a los libros que más me han gustado siempre: la Antigüedad y la Grecia clásica, con pinceladas de fantasía o tal vez ciencia ficción. Quizás mi subconsciente ha creado un universo al que pueda huir y así alejarme de mi deprimente cama de hospital, un lugar en el que no soy un muchacho enfermizo, sino un guerrero admirado y temido por los hombres y rodeado de mujeres hermosas. ¿Hasta dónde llegará entonces mi imaginación? ¿Despertaré de esta locura alguna vez, quizás cuando me alcance la muerte?

He hecho esfuerzos conscientes por volver a la Tierra, a Madrid, al hospital, a mi cama; me he concentrado para, de algún modo, reaparecer allí, pero todo ha sido inútil. Parece que solo cuando mi yo profundo lo desee, cuando el cerebro lo decida por sí mismo, será

cuando todo esto termine.

Esta hipótesis de la alucinación es la que me parece más lógica y sólida.

La segunda explicación es que mi estancia en este universo no sea inventada, sino real.

Esto implicaría que de veras existe este planeta, alumbrado por Croaga, una estrella distinta al sol terrestre. Quizá se encuentre en el mismo Cosmos, pero a años luz de la Vía Láctea. Podría ocurrir que, de las incontables oportunidades de desarrollo de un mundo, este planeta hubiera nacido y crecido de manera semejante a la Tierra, hasta el extremo de poder albergar vida inteligente.

Pero ahí no acabarían los paralelismos; lo fabuloso es que en este planeta alienígena las condiciones de habitabilidad han producido también al hombre como especie superior y que el desarrollo de la Humanidad es parejo al que ha tenido en la Tierra, pues en este momento y lugar hay algo parecido a la Antigüedad terrestre. Quizás, por tanto, pueda predecirse el futuro de estos humanos no terráqueos, hasta el extremo de que en algún lugar del futuro habrá una civilización industrializada y tecnológica, un equivalente a España, mi país, a Madrid, mi ciudad, e incluso un gemelo mío moribundo en un hospital. ¿Habrá otro Carlos Alonso Juárez en el porvenir de este planeta, languideciendo por una enfermedad incurable?

Pero más difícil sería imaginar cómo he llegado hasta este planeta desde la Tierra. ¿Qué vehículo utilizó mi yo, mi mente o mi alma? ¿Quizás una proyección astral o algún otro tipo de viaje esotérico? ¿Pueden las mentes escapar de su jaula física e invadir otras? Cabría pensar que ha sido un intercambio mutuo y por tanto que el auténtico Dargor haya saltado desde esta carcasa de carne hasta el cuerpo de Carlos Alonso Juárez. Si así ha ocurrido su furia, su frustración y su miseria, al verse de pronto atrapado en un organismo débil y moribundo, deben resultar indescriptibles. Tal vez el error cósmico que ha producido este cambio de cuerpos acabe en cualquier momento, que en un parpadeo yo vuelva a mi antigua carcasa y Dargor recupere esta.

Y la tercera gran explicación es la más sencilla y a la vez espeluznante:

Puede que yo esté muerto.

En tal caso debería encontrarme en algún tipo de Más Allá, un cielo o un infierno, si es que aceptamos la dualidad de algunas grandes religiones. Otra opción es que, según reza la tradición oriental, me encuentre en el siguiente eslabón de la cadena de reencarnaciones de mi alma, viviendo otra vida después de que la mía —la de Carlos Alonso Juárez— haya acabado por fin. Sin embargo, sea como sea, aún puedo recordar mi existencia anterior y me agarro a ella con más

fuerza que a esta y por tanto ha de haber algún error en la trama cósmica para que un ser, un alma, una mente, siga aferrada a su existencia anterior.

Estas tres posibilidades: la alucinación, la realidad física y la muerte, son las que barajo con frecuencia para explicar lo que me ha ocurrido. Me parecen las más lógicas y consistentes, al margen de que haya otras más confusas. Pero debería incluir un cuarto apartado, donde estarían las explicaciones que desconozco, las que ni siquiera puedo llegar a imaginar. No obstante, si ni siquiera mi mente puede concebirlas, tampoco tiene sentido que las tenga en cuenta.

La razón y la lógica son las únicas armas con las que mantengo a raya la histeria y el miedo más absolutos; son las antorchas que me iluminan, aunque con pobreza, en este océano de dudas. Mi tabla de náufrago. Si dejo de lado el orden racional sin duda mi mente acabará hecha pedazos por la confusión.

Pero hay algo aún más fuerte dentro de mí que me sustenta para no derrumbarme y es la necesidad de comprender, la curiosidad salvaje, el deseo de encontrar la explicación para tanta incógnita…

Porque estoy seguro de que debe haber un motivo para que yo, Carlos Alonso Juárez, viva dentro del cuerpo de Dargor Atur, en Sarlia, Durba, en un planeta sin nombre que gira en torno a la estrella Croaga. Sea todo real o imaginado, he de encontrar el porqué de mi llegada a este mundo.

Y de algún modo que no puedo explicar, sospecho que esa razón se encuentra en la roca aérea, en la Morada del Vigilante.

Recuerda que el Vigilante todo lo sabe. Él tiene las respuestas a todas las preguntas…

Algún día, me propongo, encontraré la forma de llegar a su morada y comprobaré si tal aseveración es cierta.

Mientras estoy sumido en tales reflexiones oigo un revuelo de voces airadas, al otro lado de la puerta. Una de ellas es femenina y la reconozco. Las batientes se abren de golpe y entran el Cuervo, el centinela que había apostado en la entrada de mis aposentos y Tala. Me levanto de la silla.

—¡Ahora no es momento para tus celos, mujer! —exclama el Cuervo—. El ornai acaba de tener una seria conversación con el sigra. Debe meditar…

—¡Cierra el pico, pajarraco! —contesta ella, sin volverse siquiera hacia el hombre que la sigue.

El centinela se queda en la entrada, sin saber muy bien qué hacer, como un muñeco grande que alguien hubiera colocado allí y que ya está fuera de lugar. Recuerda su instrucción, decide inhibirse de la escena y por tanto se pone firme, igual que una estatua.

Tala se coloca ante mí con las manos en las caderas, mirándome fuerte. La intensidad de sus ojos color de miel casi podría atravesarme y he de hacer un esfuerzo para no retroceder un paso. Va vestida con una túnica de seda roja, en varias capas que revolean con cada uno de sus movimientos. La prenda llega hasta varios dedos por encima de sus rodillas, está ceñida a la cadera por una tira de óvalos dorados, a modo de cinto, y está sujeta a uno de los hombros por un broche de plata. El otro brazo queda al desnudo. Hay collares preciosos en su garganta y aros en sus orejas y muñecas. Lleva zapatillas finas, también rojas. El pelo castaño claro está suelto y cae en cascada sobre la espalda, lo que le da un aire leonino.

—He oído que has dormido con otra —dice, con voz serena pero cargada de malos deseos.

—El ornai puede acostarse con quien le plazca —contesta el Cuervo —. No tiene que justificarse ante ninguna furcia de su harén.

Ella le dirige una mirada breve y despectiva y después vuelve a fijarse en mí. Cruza los brazos, realzando así sus pechos llenos y hermosos.

—Déjanos, Cuervo —digo—. Quiero hablar con Tala.

El veterano me mira, y luego a ella.

—Cuidado con esta mujer, señor —dice malhumorado, antes de volverse y echar a caminar hacia la salida. Ladra una orden al centinela y los dos abandonan el cuarto, cerrándolo después.

Tala y yo quedamos solos.

—¿Es cierto que has estado con otra? —me pregunta de nuevo, cortante.

Tomo aire.

—Sí.

Entrecierra los ojos y respira fuerte. Descruza los brazos y empieza a caminar por la estancia, hasta llegar cerca de una mesa maciza y lujosa. Durante un instante pienso que va a estallar de rabia. Coge una jarra de cerámica fina y la arroja contra el suelo, haciéndola añicos.

Se vuelve hacia mí y me mira.

—Quiero que dejes de verla, Dargor. Es una estupidez. Tú debes ser mío y solo mío.

Vuelve a cruzar los brazos y pasear por la habitación, tranquilizándose a medida que habla:

—Debes prometerme que no vas a volver a verla, ni a esa ni a ninguna otra. Tú ya me tienes a mí. ¿Para qué quieres a más? Estoy dispuesta a olvidarlo; al fin y al cabo, ese golpe debe haberte trastornado y… Bien, vamos a dejar eso aparte. Pero no vuelvas a hacerme este desprecio jamás. Ni se te ocurra.

No sé qué decir. Me limito a mirarla, y ella a mí. Al final aparto la vista, intimidado.

—Lo siento, Tala, pero no puedo prometerte lo que me pides.

Ella queda inmóvil y sus ojos se abren hasta el punto de que parecen a punto de salirse del rostro.

—¿Qué quieres decir? ¡Qué estás diciendo!

Me vuelvo hacia ella. Qué hermosa es… Pero no puedo flaquear.

—Seguiré viendo a esa mujer, Tala.

—¿Y qué pasa conmigo? ¡Con nosotros! ¡Tú eres mío y yo soy tuya! ¡Nos lo prometimos! ¿Es que no lo recuerdas?

Niego despacio con la cabeza.

—No, no lo recuerdo. Ahora soy otro, Tala. Después de ese golpe y ese periodo de convalecencia, soy… Me he convertido en otro.

—¡No eres otro! ¡No puedes ser otro! Te estoy viendo ahí y eres el mismo Dargor de siempre, el que decía que me quería. Escúchame, amor, lo único que ocurre es que te encuentras confuso y enfermo. —Se acerca y me acaricia el rostro, mirándome a los ojos. Su voz se dulcifica—: Te ayudaré a recordar y a salir de las dudas. Tú me adoras, Dargor. Me amas con toda tu alma. Eres mío.

Retrocedo dos pasos.

—Lo siento, Tala, pero ya no. No puede ser.

Llego hasta la butaca y me siento. Ella sigue en pie durante un rato interminable, sin moverse.

Se acerca a mí y se arrodilla junto a mí, mirándome, cogiéndome de las manos. Su cuerpo y su perfume me turban. Sus ojos suplicantes parecen llenar el mundo entero.

—¿Por qué me haces esto, Dargor? —gime—. ¿Por qué? ¿Es que quieres martirizarme?

—¡No! Yo nunca…

—¿Entonces qué te ocurre, amor mío?

Se levanta y se sienta sobre mis rodillas, enroscándose en mi cuerpo como una serpiente. Siento sus besos en el rostro, en el cuello, en la oreja, y noto que estoy perdiendo el control mientras escucho su voz enloquecedora:

—No me eches de tu lado, mi vida. Vayamos al lecho. Deja que te dé placer. Entonces todo te parecerá más claro, se acabarán las dudas y volverás a quererme y yo te querré a ti, como siempre.

Me encuentro besándola, atrapando y lamiendo y sorbiendo esos labios maravillosos, hipnotizado por el calor de su carne y el sonido de sus suspiros y sus jadeos.

Pero por mi cabeza pasa la imagen de Irla y la aparto, casi empujándola. Ella vuelve a sentarse sobre mí.

—¡No! —grito—. ¡No puede ser, Tala! Lo siento, pero ya no te amo. Ya no…

Me mira a través de las mechas brillantes de su cabello, que caen sobre el rostro. Se lo echa hacia atrás con un movimiento de la mano, ladeando la cabeza.

—Así que ya no me quieres a tu lado, ¿eh? Te has buscado a otra.

—Perdóname, Tala, pero no puedo seguir contigo. Es mejor…

Se transforma por completo. Me agarra del rostro con una mano, hundiendo las uñas en mis mejillas.

—Escúchame, pequeño imbécil… —sisea, con voz peligrosa y afilada—. Si crees que cualquier asquerosa me va a quitar todos mis privilegios es que estás loco. Seguiré siendo la primera del palacio. La mejor.

Agarro su muñeca y la aparto.

—Nadie te quitará tus privilegios, Tala.

—¿Seguiré teniendo mis aposentos particulares, mi palacete, mi renta y mis joyas?

Sonrío con amargura.

—Sí, Tala. Seguirás teniéndolo todo. Incluso doblaré las riquezas que ya recibes.

Sus ojos brillan de placer.

—Pero no me tendrás a mí —replico—. Ahora soy de otra.

Se encoge de hombros y sonríe, alzando la mitad de la boca y una ceja.

—Podré soportarlo. —Me da un beso en la mejilla enrojecida por sus uñas—. Adiós, cariño. Que lo pases bien con esa muchachita. Pero recuerda que yo soy la mejor. Y no intentes jamás quitarme lo que me he ganado, lo que es mío.

Asiento, lúgubre.

Se levanta y se arregla el pelo y el traje con aire ausente. Ha desaparecido toda la pasión y todo el amor de sus gestos. Me dirige una última mirada fría y despectiva. Después echa a andar hacia la

puerta, meneando con suavidad las caderas, y cierra las batientes.

Quedo solo, sentado en la butaca, con la vista clavada en la puerta, durante muchos latidos.

Después me levanto para llamar al Cuervo. He de seguir aprendiendo cosas sobre este mundo maravilloso y terrible durante una clepsidra o dos más.

Después, haré venir a Irla.

11

Durante los alagas siguientes sigo conociendo más aspectos de la vida del ornai sarlio.

Ya he hecho pública mi decisión de no ir al norte, al Cinturón. La excusa, hasta que se me ocurra otra mejor o encuentre la manera de alejarme por completo de los asuntos de la guerra, es que aún no estoy del todo recuperado. Por ahora esto ha dado frutos y me ha servido además para inhibirme de las sesiones de la Casa del Poder, en las cuales los distintos vocales de cada estamento social sarlio dirimen sus diferencias y conciben la política a seguir. Aunque no he participado en ellas, sí los he visto desde las gradas, sin atreverme nunca a tomar la palabra, a pesar de que soy el principal vocal de los guerreros. Todos parecen deseosos de que yo vaya al norte para detener en seco cualquier posible ataque alai. Eso es lo que se espera de mí, de Dargor Atur, ese general osado y victorioso.

Todos transigen ante mis repetidas negativas, aunque a regañadientes. Incluso los aliados del auténtico Dargor me miran con el ceño fruncido, enojados y entristecidos por el cambio de carácter del joven ornai.

Uno de ellos sobresale por encima de todos. Es el vocal primero de los pensadores, un anciano de hombros anchos, ciego, cuyos discursos me han sorprendido por su dureza y brillantez. Se llama Orblad y todos me dicen que ha sido siempre mi más sincero aliado en las luchas dialécticas que el ornai mantenía contra el Culto y Nigur.

Tras mi negativa de ir a la guerra, Orblad parece decidido a no dirigirme siquiera la palabra. Intuyo en este hombre ciego y viejo, siempre apoyado en su bastón grueso y macizo y vestido con una túnica blanca e inmaculada, un orgullo y una firmeza más propias de un guerrero que de un filósofo. Pero empiezo a aceptar ya sin sorpresa las contradicciones de este mundo.

En alguna otra ocasión Nigur intentó conversar conmigo, pero no confío en este hombre astuto, capaz de hipnotizarme con sus argumentos. Tal vez sea en realidad una buena persona, el único pacifista en esta sociedad cruel, pero no me atrevo a creerlo; un instinto profundo me lleva a recelar de él. Así que le he evitado con unas cuantas excusas educadas.

El sigra ha optado por un silencio rencoroso y por el juego de miradas cargadas de ira. Bebe aún más que antes; todos saben que su propio hijo se ha atrevido a no obedecerle y este hecho le humilla ante sí mismo y ante los demás, así que se refugia en el vino y en sus bacanales cada vez más salvajes, en las que ya no falta algún muerto. No he vuelto a ir a ninguna de ellas, ni tampoco va un solo simpatizante del bando político en el que estoy integrado.

He decidido, como jefe de los ejércitos sarlios, que Aldel y Tebá acudan al Cinturón en mi lugar. Aldel parece más serio y circunspecto que Tebá, siempre bravo e impulsivo. Si sucede la crisis estoy seguro de que ambos se compensarán y así cada uno anulará los defectos del otro. El Cuervo seguirá a mi lado, pues ha demostrado ser un consejero leal y eficiente, y le necesito.

También se quedarán en la ciudad Quiro y Sorcán. El primero tiene un carácter irónico y burlón que me agrada, aunque tal vez la cicatriz espantosa que deforma su rostro tenga mucho que ver con su cinismo. Y en cuanto a Sorcán, hay algo en él que me intriga, ya que su seriedad le convierte en un hombre más maduro que el resto de mis compañeros. Envidio su firmeza en los comportamientos y los gestos, su saber estar y la seriedad con la que trata todos los temas. Es uno de esos hombres que mira con serenidad y fuerza, sin pestañear, y una vez que toma una decisión la sigue hasta sus últimas consecuencias. Pero no me parece un hombre testarudo, sino dotado de criterio, inteligencia y la flexibilidad justa y necesaria.

Aunque Quiro y Tebá han de llevar a cabo los preparativos para la partida militar hacia el norte, sacan tiempo para acompañar al Cuervo, Aldel y Sorcán en mis frecuentes visitas a las Casas de la Guerra…

Porque el Cuervo se ha empeñado en que conozca a fondo todos los aspectos de mi cargo como jefe de los ejércitos. Sospecho que tal vez intenta refrescarme la memoria para que cambie mi decisión de no ir al Cinturón bajo las Negai.

Por tanto, durante las mañanas visito las Casas de la Guerra.

Allí me adiestro en el manejo de la lanza y la espada y en la lucha sin armas. También hablo con el Cuervo acerca de la estructura de los ejércitos sarlios y sus estrategias de combate, mientras repasamos las batallas más célebres en que nuestra ciudad-estado participó.

Lo que más me gusta son las competiciones físicas, con o sin armas. En la Tierra siempre temí los deportes y en general cualquier tipo de ejercicio, ya que era una persona torpe y débil. Pero el cuerpo que ocupo en estos momentos me sorprende alaga tras alaga. Ya el Cuervo me había hablado de mis proezas, tanto en el adiestramiento como en la batalla.

Con el fornido Tebá me adiestro en la llamada *lucha*, a secas, una disciplina adecuada para los jóvenes porque fortalece los músculos y favorece la resistencia cardiaca. Pocas cosas hay tan duras como bregar con un buen contrincante en el suelo de tierra. Esta disciplina es muy parecida a la tradicional lucha grecorromana olímpica de la Tierra, aunque la cantidad de proyecciones y llaves son menores que en mi mundo. Los participantes están desnudos y sus cuerpos están cubiertos de aceite para que puedan resbalar uno sobre el otro. Vence

el que consiga mantener la espalda del contrincante más de diez latidos —o segundos terrestres— pegada al suelo. También se gana cuando uno de los dos competidores expulsa al otro del círculo de acción. Si uno de los dos queda inconsciente también se acaba la prueba. O bien puede rendirse, gritando o dando palmadas en el suelo. No existen límites de tiempo para cada lucha, ni descansos, y solo acaba cuando uno gana y el otro pierde. Para evitar que los contrincantes bajen el ritmo el árbitro puede azotarles con su vara si estima que han perdido acometividad. Los golpes les devolverán el vigor.

Otra modalidad es la lucha de puños, el equivalente arcaico del boxeo terrestre. Los durbanos se golpean con los nudillos desnudos, aunque a veces envuelven las manos en tiras de cuero. En la modalidad más cruel se pegan cabezas de tachuelas metálicas a estas bandas, pero entonces solo participan esclavos, en ciudades como Uriana, o bien cuando se trata de duelos de honor, ya que el combate suele acabar con serias lesiones en la cabeza o, cosa muy probable, con la muerte de uno de los competidores. Las luchas de puños no tienen asaltos ni límite de tiempo y terminan cuando uno de los contendientes cae sin sentido o muerto, o se rinde. Los puños solo pueden impactar desde el ombligo para arriba, pero está permitido atacar al contrario cuando se encuentra de rodillas o agachado e incluso golpearle en la nuca. También se pueden unir los dos puños en uno solo y golpear al contrario de tal manera. Está prohibido separarse del rival y retroceder para rehuir el cuerpo a cuerpo; si un luchador evita al contrario el árbitro le azota con su vara por falta de valor. También se fustiga a los contendientes cuando se traban en un abrazo, para que de inmediato se separen y vuelvan a luchar. No hay categorías de peso en la lucha de puños y por tanto los grandes campeones son siempre tipos corpulentos y enormes, con los rostros deformados de manera espantosa. Los durbanos les tienen en mucha estima y respeto porque representan la fuerza, la brutalidad y el coraje. Estos titanes causarían repugnancia en mi mundo civilizado, pero aquí se les considera unos héroes.

La última modalidad de combate a manos desnudas es la llamada *lucha total*, en la cual todo está permitido: proyecciones, luxaciones, puñetazos, patadas, cabezazos, rodillazos e incluso mordiscos. Es un espectáculo sangriento y espeluznante que no se celebra en los juegos de la mayoría de las ciudades-estado durbanas, pues acaba casi siempre con la muerte de uno de los dos combatientes, a veces incluso los dos. Como en las otras modalidades de lucha, los participantes pelean desnudos y untados de aceite. No se permite la dilación ni las dudas y la vara del árbitro se encarga de mantener siempre alto el espíritu combativo.

Quiro es un excelente corredor y con él suelo competir en esta disciplina. Las carreras siempre se llevan a cabo sobre tierra cruda, a veces salpicada de guijarros y piedrecitas. Por supuesto, se corre descalzo. La novedad es que valen los puñetazos, empujones, patadas y zancadillas, pero no está permitido golpear o ensañarse con el caído y por tanto solo se puede atacar a quienes están en pie y corriendo. Los guerreros suelen competir en esta disciplina a su peculiar manera, llevando a la espalda una mochila cargada de piedras, sobre pistas que incluyen charcos, barrizales y muros bajos que superar.

El Cuervo y Aldel son especialistas en el manejo de la lanza. Cuando estoy con ellos en las Casas de la Guerra nos adiestramos en los diferentes movimientos, siempre con el escudo; pero usamos lanzas sin filo. También se lleva el casco puesto porque, aun sin punta metálica, un varapalo con el astil puede abrir el cráneo y producir una seria conmoción e incluso la muerte.

El Cuervo también es bueno con la espada y encuentro placer mientras peleamos con espadas de madera, cubiertos también por el casco y a veces llevando el escudo.

El taciturno Sorcán suele adiestrarse en solitario, peleando contra enemigos invisibles a los que atraviesa y corta en rodajas una y otra vez. Su velocidad y su estilo elevan la esgrima casi a la categoría de arte. En su puño la espada vuela y canta con vida propia.

Se dice que los tres mejores espadachines de Sarlia somos Nigur, Sorcán y yo.

Recuerdo que en una ocasión, picado en mi amor propio, me acerqué a Sorcán. Él luchaba contra sus rivales imaginarios, manejando una espada y una daga.

—¿Por qué siempre te adiestras solo? —le pregunté.

Me lanzó una mirada fulminante que me sorprendió. Estocó y la espada quedó varios latidos clavada en el aire, como el arma de una estatua. Luego se volvió hacia mí, manteniendo bajo el acero. Su rostro sudoroso y brillante estaba lleno de ira y los ojos ardían furiosos bajo los rayos de Croaga. Pero su voz era fría y controlada:

—No acepto manejar aceros embotados y si me adiestrara con un compañero podría matarle. La espada es algo serio.

—Sin duda lograrías contenerte en el último momento.

Ni siquiera me contestó y se limitó a mirarme con odio.

Aldel y Tebá se habían acercado. También ellos llevaban espadas.

—Déjale, Dargor —dijo Tebá, sonriendo—. Cuando saca el arma se transforma y se vuelve más insoportable que de costumbre.

—Cierra la boca, enano —respondió Sorcán, cortante.

Tebá y Aldel se miraron.

—Uf. —Aldel meneó la cabeza—. Está enfadado. Mucho peor que de costumbre.

Sorcán se volvió hacia él, atravesándole con la mirada.
—Seguid con vuestros juegos —dijo, con desprecio.
Nos dio la espalda y ejecutó una lluvia de golpes rabiosos, a velocidad fulgurante.
—¿Pero qué le ocurre? —preguntó Tebá.
Aldel se encogió de hombros.
—Olvidaos de él. Ya se le pasará. Busquemos al viejo Cuervo; con él sí se puede practicar la esgrima.
—Yo prefiero la lucha o el levantamiento de pesos.
—Lógico, porque no eres más que un bruto sin seso.
—Maldito trebio loco, puedo arrancarte la barba a tirones.
—Vamos, vamos, amiguito, no te excites, es malo para tu pequeña salud. Además, no…
—Sorcán —llamé, atajando las pullas divertidas y burlonas de mis dos compañeros—. Luchemos. Con una espada sin embotar, si así lo quieres.
Sorcán se detuvo, pero siguió dándome la espalda durante muchos latidos. Se volvió con el rostro impasible e inspiró fuerte.
—¿Estás seguro, ornai? ¿De veras quieres pelear contra mí?
—Se trata de un adiestramiento —contesté—. Solo eso. Quiero medir mi acero con el tuyo.
—Está bien. En esa mesa hay espadas de verdad. Coge la que quieras. Te espero aquí.
—Un momento —intervino Tebá—. Vamos a llamar al Cuervo, así podremos meternos un poco con él y ya veréis cómo dentro de poco todos nos volvemos a reír.
Pero su sonrisa era forzada porque tanto Aldel como él estaban preocupados.
—No hay por qué temer —dije—. Se trata solo de un ejercicio.
Me acerqué a la mesa, sopesé algunas espadas y elegí un arma equilibrada, capaz de abrir la carne hasta el hueso al primer roce. Hasta ahora no había pensado en ello, pero Sorcán no llevaba encima ni la coraza ni el casco y solo vestía la túnica con su cinto. Debía advertírselo, pero su tono me había soliviantado, así que yo también me despojé de mis propias protecciones.
Sorcán me miró sin decir ni expresar nada. Una serenidad glacial se había apoderado de sus rasgos. Solo se trataba de un ejercicio, así que no debía preocuparme de nada, pero mi corazón había empezado a latir fuerte y sentí un escalofrío subiendo por mi espalda.
—Cuando quieras —dijo Sorcán.
Aldel y Tebá seguían muy quietos. Tebá estuvo a punto de decir algo, pero el comentario se le atascó en la garganta y cerró la boca.
Sorcán y yo nos acercamos con lentitud. Bajo nuestros pies desnudos la tierra ardía. Croaga lanzaba sus rayos de fuego y el sudor

empapaba los cabellos y teñía de oscuro las ropas. Nos encontrábamos en un rincón del gran patio de adiestramiento y oíamos, lejano, como el sonido de un mar cuyas olas suben y bajan, el griterío de los instructores y los guerreros que practicaban sus ejercicios. También nos llegaba el tañido débil de sus aceros.

—¿Estás preparado, ornai?

De nuevo me desagradó su tono.

—Sí, general.

Asintió.

Se lanzó de pronto y paré su ataque de manera automática. Sentí la vibración del golpe reptando por mi hombro y mi cráneo. Retrocedí, abrumado por una lluvia de golpes ejecutados a velocidad pasmosa y con fuerza brutal. Mi rival no me dejaba pensar y solo conseguía parar los trallazos secos; eso era todo lo que yo podía hacer. A través del torbellino brillante y confuso captaba jirones de su rostro, crispado en una máscara de rabia letal. El miedo me invadió al comprender que esto ya no era ningún simulacro y que tenía ante mí a un asesino implacable cuya ira me aturdía. Seguí retrocediendo, deteniendo y esquivando, mientras él seguía avanzando y no me daba tregua. De pronto, el ojo brillante y cegador de Croaga estaba frente a mí y parpadeé y trastabillé. Grité con terror; ¡no podía ver nada! Hubo un golpe brutal, cuya vibración persistió de manera dolorosa en mis oídos. No tenía arma en la mano, mi espada había escapado volando.

Caí sobre las nalgas y quedé tirado en el suelo, apoyado en los codos, boca arriba. Croaga seguía cegándome, pero ahora ante mí también había un gigante, un titán sombrío. Sentí algo punzante bajo mi nuez. Un simple impulso de su codo y Sorcán me atravesaría desde la garganta hasta la nuca. Contra la luz de Croaga vi su rostro, como cincelado en hierro negro. Los ojos brillaban con un esplendor demoníaco. Respiraba con fuerza. Noté todo su cuerpo tenso, preparado para actuar.

Iba a hacerlo.

—No me mates —gemí, con un hilo de voz—. Por favor, no me mates.

Inspiró de manera ruidosa y sus ojos se abrieron un poco más. La intensidad de su odio me tenía hipnotizado.

—¡Sorcán! —gritó Tebá—. ¿Te has vuelto loco?

—Por todos los dioses, le va a ensartar… —oí musitar a Aldel.

—Deteneos o acabo con vosotros dos —les advirtió Sorcán.

Algo en su voz les obligó a obedecer y quedarse quietos.

—No me mates, Sorcán —imploré, notando la frialdad de la muerte en mi garganta.

Algo de cordura entró en sus ojos. Apartó el arma, pareció relajarse y retrocedió. Sentí su desprecio como un puñetazo en la boca del

estómago.

—No eres más que un cobarde —dictaminó.

Lanzó la espada al suelo, clavándola en la tierra hasta la mitad de la hoja. Se volvió y se fue sin mirarnos.

Tebá me ayudó a levantarme. Yo aún temblaba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Menudo imbécil… —gruñó Aldel, mirando la figura de Sorcán, que se alejaba más y más—. Debemos decírselo al Cuervo. Se ha vuelto loco. ¡Casi mata al ornai!

—¡No! —me apresuré a exclamar, aún con voz insegura—. Sobre todo, que no lo sepa el Cuervo. Juradme que no le contaréis nada de esto a nadie.

Se miraron y comprendieron que no podían humillarme de tal modo. La vergüenza me asfixiaba y me ahogaba de una manera casi física.

—Lo juramos —dijeron.

—Vámonos —susurré—. Quiero volver al palacio.

—Te acompañaremos, Dargor —dijo Aldel.

Asentí, sin fuerzas para llevarle la contraria. No quería mirarlos a la cara para no descubrir en ellos el mismo desprecio que yo sentía por mí mismo.

Tras este incidente, no he vuelto a practicar esgrima con Sorcán.

Por otro lado, y dejando aparte las enseñanzas del Cuervo y el adiestramiento en el patio de armas, dedico las tardes a Irla.

Aunque las mañanas son excitantes debido a la competición y el ejercicio físico de las Casas de la Guerra, mis momentos más felices transcurren junto a ella.

Cada alaga que pasa estoy más enamorado.

Me encanta pasear a su lado en el crepúsculo, por los jardines del Palacio del Poder, entre los macizos de flores y las altas columnas de mármol. Entonces, la ciudad se despliega ante nosotros bajo un Croaga agonizante que baña el mundo entero con sus rayos de rojo y miel. Veo el rostro de Irla, de perfil contra la claridad menguante, y siento el hechizo que me encoge el corazón ante su belleza.

Es una mujer silenciosa y me cuesta sacarla de sus vacíos y de la tristeza que siempre la acompaña, como si fuera su sombra. Quisiera poder leer su mente y saber qué piensa de verdad sobre mí.

—Dargor, yo te amo —me responde cuando le pregunto, con voz tenue.

Estas palabras me llenan de gloria, pero tengo miedo de preguntarme si son ciertas o no, si de verdad me quiere a su melancólica manera o tan solo tiene miedo de contrariarme, pues soy el ornai y por tanto tengo el poder de la vida y la muerte sobre ella, como lo tengo sobre tantos otros súbditos. Y prefiero no indagar. Sé

que vivo en un sueño, en una nube, y aunque me asustan estos sentimientos, tampoco puedo evitarlos. En el fondo sé que quiero caer en ellos. Tal vez siempre sea así o solo ocurra esto durante el primer amor. Me basta con mirarla y beber de sus ojos oscuros, pasar los dedos sobre su cabello sedoso u oírla hablar con su voz delicada. Es inteligente y aguda y su conversación no resulta torpe, pero se cuida de no hacer ninguna crítica que pueda incomodar al ornai, a pesar de que yo le aseguro que en mi presencia puede hablar con toda libertad.

En cuanto a Tala, no le preocupa mi abandono. Es dueña de aposentos lujosos en los que celebra fiestas exóticas y escandalosas. Me cuentan que tiene otros amantes, aunque son ellos ahora los que están a sus órdenes.

No me importa. A mí me basta con Irla, que se ha convertido en la única mujer de mi existencia.

Por las noches me hundo en la suavidad y el calor de su cuerpo y mis manos recorren todas sus curvas, cada palmo de su piel suave y tersa. Caigo en el fondo de sus ojos oscuros y brillantes y devoro sus labios húmedos como si fueran una fruta prohibida y ansiada.

En ocasiones la he contemplado mientras duerme. Esta visión siempre me tranquiliza y consigue hacerme olvidar la locura en que se ha convertido mi vida y toda la violencia que me rodea. Incluso consigue ahuyentar mis temores e inseguridades acerca del futuro.

Quiero tenerla siempre junto a mí. Quizás no me ame ahora, pero sé que el tiempo la irá cambiando. Algún día me querrá como yo la quiero a ella.

Es todo lo que pido a los dioses de este mundo.

Camino sobre el mármol frío y brillante del Salón de los Discursos de la Casa del Pensamiento.

Este salón es un circulo amplio, de color crema y surcado de vetas azuladas. Está bordeado por gradas de granito, divididas en diez niveles, con capacidad para unos doscientos oyentes. Tras la grada más alta se elevan las columnas, también de mármol, que sostienen la cúpula blanca y brillante, una cúpula que puede verse desde cualquier punto de la ciudad. El Salón de los Discursos no tiene muros ni puertas y por entre las columnas uno puede contemplar toda Sarlia, pues está situado sobre el gran bloque majestuoso que es la Casa del Pensamiento. Varias escalinatas sobre la fachada misma del edificio, entre niveles de terrazas adornadas con plantas de un verde brillante, comunican el suelo con la cúspide. Es una de las construcciones más altas de toda Sarlia.

Esto último no es casual. Algunos pensadores sostienen que solo en los lugares elevados la mente puede liberarse de las mezquindades humanas y acceder a los pensamientos más puros. Estos mismos sujetos suelen buscar montes y picos y les gusta meditar en sus cumbres barridas por vientos cortantes, contemplando la tierra como si fueran dioses.

En un extremo del Salón de Discursos hay una estatua de granito, la efigie de un hombre cubierto con una túnica larga hasta los pies y una toga encima de ella. Esta es la vestimenta habitual de los pensadores. La figura es el doble de alta que cualquier típico varón durbano. Está en pie, mirando hacia lo alto, en actitud serena y majestuosa. Tiene rasgos rectos, sus facciones reflejan tranquilidad y sabiduría, y también cierta severidad. Los ojos parecen mirar este mundo sin ira ni miedo, como si entendiera y dominara cuanto sucediese a su alrededor.

La estatua está dedicada al Primer Pensador, el hombre que, cientos o tal vez miles de furás en el pasado, edificó la primera casa del pensamiento, ayudado por unos pocos seguidores. Sobre ese pequeño edificio original se construyó el palacio en el que me encuentro.

Hace poco que se marcharon los oradores, tras la reunión de esta mañana. Les observé desde las gradas. En el centro del gran círculo de mármol hablaban uno o dos vocales, lanzando sus discursos con claridad y fuerza. A veces sus compañeros les hacían preguntas desde los asientos de granito, quizás buscando errores en sus argumentos. Disertaron acerca de problemas complejos, buscando la auténtica naturaleza de los fenómenos que contemplamos y sentimos. Trataron de hallar diferentes explicaciones, la mayor parte de ellas filosóficas y abstractas, pero en ocasiones bastante aproximadas a las bases

científicas que imperan en mi mundo natal. Intenté seguir sus razonamientos, con gran placer e interés por mi parte. Algunos eran lo bastante sencillos como para entenderlos enseguida, pero otros precisaban conocimientos complejos sobre ciertas disciplinas de estudio que los pensadores sarlios dominan, pero no el resto de los ciudadanos comunes; en estos casos capté algunas facetas y otras no las pude ver.

El ornai es uno de los personajes más poderosos de toda Sarlia, pero los pensadores no parecían fijarse en mí. Tenían su atención puesta en los razonamientos que hoy y aquí estaban siendo expuestos. Su actividad mental e ilustrada repele a una clase de individuos, que la considera poco más que una cháchara de gallinero intelectual, un juego pretencioso e inútil. Otros, sin embargo, se sienten fascinados y quieren aprender de sus palabras.

En cierto modo sí podría decirse que la disciplina del Pensamiento no sirve de nada a efectos prácticos, pero tampoco producen riquezas ni bienestar material el arte o el juego y sin embargo sin ellos la vida sería para todos nosotros un infierno maquinal y estúpido. De hecho, podríamos decir que las cosas más valiosas de la vida son las más inútiles desde un punto de vista material, cosas como el honor o el amor.

Por tanto, la labor de los pensadores sarlios en absoluto me parece carente de sentido.

Muchos otros piensan como yo: ricos mercaderes e incluso grandes generales, que donan una parte importante de sus fortunas a cambio de la compañía selecta e inteligente —a veces también sarcástica— de ciertos pensadores.

No obstante, pocos pueden asistir a las sesiones de la Casa del Pensamiento. De hecho, algunos grandes hombres pagarían mucho por estar donde yo estoy ahora, en las gradas del Salón de Discursos. Los pensadores se muestran en general arrogantes con el resto de los ciudadanos y les prohíben acceder a su santuario; quizás fuera de él se conviertan en mercenarios de la dialéctica, pero nunca en su interior.

Ayer, cuando faltaban cuatro alagas para la marcha del ejército hacia el Cinturón, recibí en el Palacio del Poder una sobria invitación para asistir a una de las tertulias de los pensadores. Por eso me encuentro aquí, ahora. El ornai Dargor siempre favoreció a los pensadores y a veces se le permitió la entrada a su casa. Esta es una de ellas.

Los discursos han terminado y los oradores se han ido. Permanezco solo en este hemiciclo de granito y mármol, contemplando la estatua del Primer Pensador, demorando la vista en su frente despejada y sus ojos de mirada aguileña.

—¿Aun sigues aquí, ornai?

Me vuelvo y encuentro a uno de los pensadores, bajando las escaleras de las gradas. Es un individuo alto y de hombros anchos, pero delgado, un anciano que camina con decisión a pesar de que la edad ha comenzado a humillar su espalda. Se apoya en un bastón enorme, un báculo de madera maciza, sin dibujos ni adornos.

Se trata de Orblad, el vocal más importante de los pensadores y también quizás el más viejo. Me fijo en su rostro cubierto por las arrugas, con una barba blanquecina y cortada con esmero. Unas pocas hilachas de pelo plateado caen sobre sus orejas. Sus ojos ciegos y lechosos siempre orientan la mirada muerta hacia el frente y algo arriba. Tiene una nariz ganchuda y gruesa y unos labios finos, curvados hacia arriba solo por el lado derecho. Esta sonrisa congelada puede parecer irónica, cruel, amarga o sorprendida, según le convenga.

Baja los escalones sin titubeos, pues conoce el lugar como la palma de su vieja mano.

—Fuiste tú quien me envió el mensaje, ¿verdad? —le pregunto.

Llega hasta el círculo central del salón y se me acerca. Al susurro de la brisa se añaden el murmullo de su toga y sus sandalias y el golpe regular del cayado contra el suelo.

Se detiene a dos tornes de mí y gira el cuerpo hacia la estatua.

—Sospecho que estás mirando la estatua del Primer Pensador —dice.

—Así es —respondo.

Asiente y apunta el bastón hacia ella.

—No hay referencias sobre cómo era físicamente… Tal vez se tratara de un hombrecillo gordo y torpe, o bien alguien larguirucho, con el rostro de una rata. —Ríe con su voz cascada y profunda—. Puede que fuese patizambo o que tuviese cabeza de pepino, ¿por qué no? Pero el escultor debía representar no la presencia, sino la esencia, así que le dio un semblante austero, grave y majestuoso. Intentó captar la sabiduría del primer maestro. Quería que la piedra cantase para nosotros, que nos hablara, que nos transmitiera lo que significa ser un pensador. Su sentido profundo. ¿Tú crees que el escultor logró su meta?

Miro la estatua.

—Sí.

—Te equivocas —responde—. Nadie podría atrapar con palabras ni imágenes la esencia de una idea. De cualquier idea. Ni siquiera la naturaleza lo consigue. Lo más que logramos, tras una vida de esfuerzos y sufrimientos, es acercarnos de manera torpe y lejana a la auténtica esencia de las cosas. Pero cada idea encierra en sí misma la perfección y la infinitud. Nosotros, seres imperfectos y mortales, hemos sido, somos y seremos incapaces de explicarlas y entenderlas en

su totalidad.

Levanta de nuevo el cayado hacia la imagen que no puede ver.

—El Primer Pensador vislumbró los límites del ser humano. Dijo: *Si pudiéramos alcanzar y sentir la totalidad de cualquier idea, seríamos destruidos de inmediato*. El mayor anhelo del pensador es fundirse con sus ideas, aun sabiendo que su carácter, todo su ser, será aniquilado y reconstruido después por ellas.

Quedamos en silencio ante la estatua.

—Es un pensamiento trágico y hermoso —digo.

—No hay nada más trágico y hermoso que dar la vida por una causa. Pero incluso eso es torpe e imperfecto. Todo lo que nos rodea lo es.

Le miro.

—Entonces, ¿cómo buscar la perfección? —pregunto—. ¿Por qué aspirar a ella si resulta imposible de alcanzar?

—La perfección es una ilusión, pues solo el ser imperfecto tiene sentido de su imperfección. El ser perfecto ni siquiera sabe que lo es. Una hormiga, un pájaro, un reptil… Ellos sí son perfectos, pues cada uno de sus actos resulta perfecto en sí mismo. ¿Por qué? Porque nunca han oído hablar de la perfección o de la imperfección. Jamás verás a un animal compadecerse de sí mismo, ni preguntarse por el sentido de su existencia. Simplemente, *es* en toda su plenitud, dentro de sus propios límites.

»He llegado a pensar, a veces, que los hombres más felices jamás podrían explicar por qué lo son. Quizá ni siquiera saben que lo son, ni tampoco les importa. Son los infelices quienes más se preocupan por tales asuntos. La felicidad, como la perfección, desaparece como concepto posible cuando es alcanzada.

—Pero antes has dicho que cuanto nos rodea es imperfecto y que por tanto la perfección es imposible.

—Solo es posible o imposible para quien no la tiene, pues es consciente de que la perfección existe. El ser perfecto, repito, no es consciente de que lo es. Si la idea de la perfección entrara en su horizonte mental dejaría de serlo. Hay hombres que, al igual que los trebios o los dulos, han alcanzado su cota máxima de pensamiento y se conforman con lo que su cerebro puede alcanzar y producir. Por tanto, deben ser tratados y usados poco más que como bestias de tiro, ya que si se espera otra cosa de ellos les confundirías y sacarías de su propia perfección, de su propio molde.

»Pero hay quienes alcanzamos un nivel de abstracciones superior. Cuanto mayor es ese nivel, más lejana vemos la perfección. Si notamos acercarse la perfección es porque nos estamos aproximando al trebio y al dulo. Es la gran paradoja cómica y trágica. Escalamos más y más para llegar a la cumbre, pero siempre deseamos alcanzar cumbres aún

más altas.

—¿Y dónde está el límite?

—No lo hay. El límite es el mundo de las ideas, al cual podemos mirar de lejos y de soslayo, pero sin alcanzarlo jamás. Si alcanzáramos el mundo de las ideas seríamos destruidos por él. Nos engulliría, nos perderíamos a nosotros mismo.

—Comprendo. En ese mundo de las ideas es donde se encuentran las esencias de las que hablabas antes.

—Empiezas a entender.

»Hay un mundo que podemos interpretar con los sentidos, un mundo tosco de materia y energía, pero este universo práctico no es más que un reflejo ínfimo y miserable del mundo de las ideas, que es la gran realidad. El Primer Pensador llegó a la conclusión de que todas las ideas de todos los hombres se encuentran en ese mundo de las ideas. Todas las fantasías, todas las cosas imaginadas o por imaginar, todos los universos posibles se desarrollan sin freno en él, y a nosotros nos llega solo un pálido reflejo, un destello lejano.

»La mayor parte de los humanos ni siquiera sospecha su existencia. Las gentes creen que el mundo de los sentidos es el único real, pero se equivocan.

»Los pensadores buscamos con afán ese mundo de las ideas, queremos sumergirnos en él mediante la abstracción, mediante el puro placer de ejercitar y desarrollar el poder de la mente. Logramos acercarnos más que el resto de los humanos, pero no entrar en él. Nadie puede.

Su sonrisa se ensancha y se hace pensativa.

—Y sin embargo, merece la pena.

—¿Qué ocurrió con el Primer Pensador? —pregunto.

—Murió, aunque su final exacto resulta confuso: enfermedad, vejez, un accidente… ¿Quién sabe? Todo ello pertenece a la conjetura y al mito.

»Él creó la primera casa del pensamiento y sobre ese pequeño edificio fueron edificándose muchos otros, hasta llegar a ser este palacio en el cual ahora nos encontramos tú y yo.

»Tras su muerte aparecieron las primeras escuelas de pensamiento y abstracción, que lucharon entre sí por el privilegio de ser los únicos guardianes de sus enseñanzas. Entre tantos seguidores nacieron diferentes versiones que ayudaron a crear la leyenda… Los relatos más espectaculares cuentan que al fin alcanzó ese mundo de las ideas y su cuerpo se desintegró, incapaz de albergar una mente tan poderosa. Ciertas crónicas sostienen que accedió a mecanismos profundos y temibles del cerebro, posibles para todos los humanos pero solo dominados por unos pocos. De tal modo, él era capaz de leer las mentes del resto de los hombres y proyectar sus propios pensamientos

en ellas, hasta el extremo de esclavizarlas y moldearlas a su capricho.

»En fin, hay muchas teorías sobre su persona y sus poderes.

—¿Y qué crees tú?

Orblad se acerca a la estatua tanteando en el suelo con el bastón y pasa su vieja mano sobre el bloque de granito que la sustenta.

—No siempre fui ciego; cuando era joven tuve la oportunidad de contemplar esta efigie y aún recuerdo que estaba llena de fuerza, sabiduría y belleza; pero la estatua en sí no es más que la imagen que había en la mente de un escultor.

—No has contestado a mi pregunta, Orblad.

—Sí que lo he hecho, ornai Dargor, pero no sabes escuchar. La leyenda y el mito no son más que estatuas que nuestra imaginación levanta para dotar de presencia a la esencia. Lo importante no es el granito, sino lo que evoca. Por tanto…, ¿qué me importa a mí cómo vivió o murió el Primer Pensador? Dejemos que los cerebros calenturientos levanten sus propias y grandilocuentes representaciones. Lo único importante es que existió un primer pensador y por tanto un principio, una simiente que ha dado como frutos este lugar y este momento determinados.

—Entiendo —digo.

Ambos permanecemos en silencio durante muchos latidos. Vuelvo a mirar la estatua, mientras la brisa suave y los rayos de Croaga pasan entre las columnas de mármol.

Al fin, decide contestar a mi primera pregunta:

—Sí, fui yo quien te envió esa nota, citándote aquí.

Parece haber perdido el aire pensativo y se muestra más sobrio y mundano. Asesta un fuerte golpe con la base del cayado en el suelo y empieza a andar hacia las gradas.

—Ven conmigo. Sentémonos y charlemos sobre los asuntos de este mundo tosco, feo y práctico, pero inevitable.

—Me parece bien.

Le sigo, reprimiendo el impulso de tomarle del brazo y guiarle. Puede ser ciego, pero se maneja a la perfección en esta sala que tal vez sea su auténtico hogar y su vida entera. Tomamos asiento en la grada más baja. Mira sin ver hacia el frente, con las manos agarrando el grueso bastón. Parece rumiar sus pensamientos hasta que al fin, sin volverse hacia mí, dice:

—Hay rumores acerca de que no piensas ir al norte, al Cinturón.

Suspiro con fuerza y él sonríe.

—Noto que este tema te incomoda —afirma.

—No, no. Puedo hablar de él con libertad.

—Ajá. Eso es lo que deseo. He oído que no recuerdas nada desde que despertaste de tu convalecencia.

—Así es. Como si hubiera nacido otra vez.

—Una experiencia así debe resultar interesante… Pero estoy seguro de que el Cuervo, el fiel Cuervo, que es un buen servidor, te habrá puesto al corriente de los asuntos de Sarlia y del papel que juegas en ellos.

—Lo ha hecho, sí. Al menos, me ha dado su versión.

Levanta el labio y muestra un colmillo amarillento.

—Su versión. Creo que Nigur también te ha dado su versión, ¿verdad? Me han dicho que deseaba verte y hablar contigo.

—Lo ha hecho. También quiere que vaya al Cinturón, aunque por diferentes motivos a los que el sigra y el Cuervo esgrimieron. Estos dos piensan que debo vigilar a los alais y cortar de raíz, con rapidez y brutalidad, cualquier posible ataque de los bárbaros.

—Tales motivos no se prestan a confusión. Pero… ¿cuáles son los de Nigur?

Vacilo durante unos latidos.

—Puedes negarte a contestar si lo deseas —murmura Orblad, siempre mirando sin ver hacia el frente—. Sin embargo, en el pasado buscaste muchas veces mis consejos. Los apreciabas. No creo mostrarme presuntuoso si digo que algunos incluso te fueron útiles.

—Nigur cree que debo acercarme a los alais no para castigarles si levantan la cabeza, sino para intentar, dentro de lo posible, establecer las bases de una paz justa con ellos. Un acuerdo entre nuestros dos pueblos.

Orblad levanta las cejas y abre la boca. Su sonrisa se ensancha. Pega un bastonazo en el suelo y lanza una carcajada seca y ronca.

—¡Magnífico! ¡Qué gran hombre, ese Nigur! ¡De veras que lo respeto como enemigo! ¿Realmente dijo eso? Es una criatura ambiciosa y audaz. ¿Y tú le crees?

—No. Al menos, no creo que esos sean sus verdaderos motivos para que yo vaya al norte con un ejército.

—Compruebo que el golpe no te ha dejado idiota del todo. A Nigur le interesaría que murieras en una batalla contra los alais. Sé que un asesino intentó acabar contigo en cuanto despertaste del largo sueño. No sería extraño que ese magnicida le rezase cada noche al Vigilante.

Recuerdo al asesino que estuvo a punto de matarme y siento una gran vergüenza, al rememorar mi cobarde reacción. No respondo a su comentario.

Orblad asiente despacio, ahora más serio.

—Los silencios dicen tanto como las palabras —afirma.

—Conoces todo lo que ocurrió, ¿verdad?

—Sí. Y estoy seguro de que ese asesino fue enviado por Nigur.

»Nigur, Nigur, Nigur… Él y yo somos enemigos naturales. Entes contrarios. Yo busco la verdad, la fría y cruda verdad, por muy terrible que sea, y mis armas son la razón, la intuición y la lógica. Soy

un ser de luz hiriente y cegadora. Pero él es otra clase de animal; pertenece a una casta diferente. Se alimenta de las sombras, las supersticiones, los miedos populares y lo esotérico. Vive entre tinieblas y sus armas son la doctrina, los ritos, la parafernalia religiosa, el temor y el dominio del populacho supersticioso… Ambos nos conocemos y nos odiamos. Pero también le admiro, porque es ambicioso, audaz e inteligente.

Vacilo un instante, antes de preguntar:

—¿También soy yo una de tus armas en esa lucha de los pensadores contra Nigur y el culto del Vigilante?

—Por supuesto. Y para completar la simetría, el sigra Amáer Atur ha elegido el otro bando. En realidad lo que mueve a Nigur es el poder, un deseo desmesurado de poder.

—También he llegado a la misma conclusión.

—Ambos parecemos de acuerdo en cuanto a Nigur, así que hablemos ahora de ti. ¿Por qué no quieres ir al norte?

—¿Quieres la verdad?

Sonríe, irónico.

—Espero poder soportarla, así que no temas por mí.

—Te la daré.

»Yo no soy Dargor Atur. No soy el ornai que todos veis en mí. Me siento y pienso de manera diferente. Y, aunque desconfíe de los motivos de Nigur, opino como él: es necesario que Sarlia busque la paz y no el enfrentamiento con los alais y en general con cualquier otro pueblo, ya sea bárbaro o civilizado.

Se limita a permanecer quieto, el rostro encarado hacia el frente.

—He sabido que no eras el mismo Dargor que he conocido siempre desde la primera palabra que te oí pronunciar. Has cambiado mucho, desde luego.

—No he cambiado porque te repito que no soy Dargor. Soy otro ser con otra mente distinta, que se ha visto atrapado en este cuerpo.

—No lo creo. Pienso que sí eres Dargor Atur, pero el golpe en la cabeza te trastornó hasta el punto de transformar de modo momentáneo tu forma de pensar. Percibo que el viejo y querido ornai aún sigue dentro, en alguna parte de ti.

—Siento desilusionarte, Orblad, lo siento de veras, pero no soy el ornai que todos estáis buscando. Y tampoco estoy preparado para sobrellevar las tareas que son responsabilidad de Dargor Atur. No me veo preparado para ir al norte a luchar y por tanto no pienso hacerlo.

—Sin embargo, compruebo que sí te sientes preparado para disfrutar del cortejo de amantes privado del ornai, de los manjares y vinos del ornai, del poder del ornai y de, en fin, todas las comodidades que acompañan al cargo del ornai. Pero no lo estás, por contra, para enfrentarte a los deberes sagrados del ornai, como son luchar e incluso

morir por su ciudad.

Permanezco callado.

Orblad sonríe y continúa:

—Tengo grandes esperanzas puestas en ti, *No-Dargor*, puesto que te aplicas a tus labores de ornai con ahínco… O al menos, las que resultan más placenteras. —Señala con el bastón hacia delante y lo deja caer luego con suavidad—. Allá lejos, a sorcoras de la ciudad, hay un labriego que cultiva sus campos.

Frunzo el ceño, sorprendido ante el giro de su conversación.

—Trabaja unas tierras que son de su propiedad —continúa Orblad —, pero que están dentro del territorio sarlio. Imagínalo en estos momentos, bregando con el terreno, vestido con una túnica manchada por el sudor, luchando contra la naturaleza, domándola para que produzca frutos que le alimenten a él y a su familia y además satisfagan el impuesto estatal. Ese hombre es tosco y tiene las manos encallecidas y deformes de tanto manejar el azadón. No sabe leer ni escribir, pero dentro de su cabaña se comporta como un sigra. Padece sufrimientos, pero también goza del orgullo de pertenecer a Sarlia. Sabe que en algún lugar del norte, tras las Negai, hay tribus bárbaras que quieren apoderarse de su fértil terruño y no experimenta temor porque confía en que aquí, en la ciudad, hay un ornai que le defenderá si la invasión al final ocurriese. Conoce la fama de Dargor Atur, tu fama, y no experimenta dudas acerca de cuál será el comportamiento del hijo del sigra.

»Ahora bien, si ese campesino supiera que el ornai disfruta de todos los lujos de su cargo, pero no quiere defenderle, sentiría furia. De serle posible, destrozaría con sus propias manos al ornai que vive de su sudor, mas no le protege. Espero que entiendas que se trata de un punto de vista lógico y comprensible.

»Si de veras tú no te sientes como un ornai y no deseas llevar ese cargo, eres libre de renunciar a él, abandonar el Palacio del Poder y hasta la misma Sarlia. Eres libre de salir al mundo exterior, donde no hay guardias que te protejan, ni lechos suaves, ni comida siempre en el plato; eres libre de buscar tu propio lugar en este mundo. Tu propio destino.

Miro hacia el suelo, soportando sus palabras. Sigue sonriendo con su aire afable mientras continúa:

—Otra opción es que decidas perpetuar tu situación actual, mostrándote selectivo con tus privilegios y deberes, eligiendo unos y evitando los otros usando diferentes criterios. Pero recuerda a ese campesino enfurecido, capaz de partirte el espinazo con sus manos enormes y callosas. Su imagen personifica a toda Sarlia. Nuestra ciudad-estado puede mirar hacia otra parte una, dos o tres veces. Pero cuando brota la llama de su ira, ni siquiera un ornai se librará de ella.

Respiró con fuerza, enojado.

—Yo no pedí despertar en el cuerpo del ornai Dargor.

—Los necios se quejan de su mala suerte. No hacen más que llorar y lamentarse. Son patéticos. Pero al hábil y fuerte no le parecen injustas las desgracias de este universo. Ni siquiera las más terribles. Todo lo acepta, lo bueno y lo malo, todo está dentro de los límites del caos y el orden, todo es necesario y ha de transcurrir de ese preciso modo y no de otro, así que no pierde el tiempo en compadecerse y concentra sus energías en adaptarse lo mejor posible a cada nueva situación.

»Deberías empezar a decidir a cuál de estos dos tipos de personas perteneces.

—¿Qué ocurre entonces con los que no son hábiles y fuertes? ¿Qué ocurre con los que han nacido débiles y torpes?

—La coyuntura natural y social en que se encuentran es su constante prueba de fuego. Si consiguen adaptarse sobreviven y medran; si no, serán aplastados, destruidos y por último olvidados. Eso es lo justo.

—Es cruel.

—¿Y quién ha dicho que la justicia haya de ser bondadosa y amigable, sonriente y comprensiva? La justicia, como la verdad, puede ser cruel, brutal y casi intolerable. Por eso la mayor parte de las personas prefieren lo injusto y lo falso.

—Y tú no eres como ellos.

Se vuelve hacia mí y su sonrisa se torna más cálida y divertida.

—Empiezas a conocerme, No-Dargor. Compruebo que quieres llevar la conversación a niveles más profundos, pero te lo advierto: puede no gustarte lo que oigas de mis labios. Quizás hiera tu fina y sensible piel.

La ira calienta mi cara y me alegro de que este anciano sarcástico no pueda verme enrojecer.

—No temo tus palabras. De hecho, me complace conversar e incluso discutir contigo.

—Lo celebro. Una vez todo advertido, puedo hablar sin tapujos sobre la verdad. Sobre tus verdades.

—¿Crees conocerme?

—Te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo, ornai.

—Empieza, entonces.

Se encoge de hombros y alza las cejas.

—Bien, comenzaré diciendo que estás lleno de miedos y dudas. Aún no has sufrido ninguna prueba que te revele de qué material estás hecho, si de barro o de metal. Mientras, vives en mundos imaginarios a los que te agarras con fuerza. Si yo no lograse que cambiaras a mejor sería conveniente para todos que abandonaras el cargo de ornai

y te dejaras destrozar por ese campesino furibundo… Por una Sarlia que se siente engañada. No se perdería mucho.

—Disiento de tu opinión, Orblad. Pienso que no ejecutaría del todo mal mi cargo como ornai de Sarlia.

—¿Qué harías? ¿Buscar la paz y la amistad de los alais?

—Por ejemplo. Intentaría acabar con las guerras y querría que los sarlios vivieran en armonía, prosperidad y tolerancia con el resto de los pueblos. Esta sociedad goza de muchas virtudes, pero tiene también lacras espantosas. Una de ellas es el gusto por la crueldad, la sangre y la lucha, un gozo maligno y enfermizo que fomentan sus propios dirigentes.

—Los gobernantes no son los culpables de la dureza y el deseo de enfrentamiento y victoria de los sarlios. Los propios ciudadanos eligieron de manera libre tales enfoques para su existencia. Sarlia es una democracia y por tanto es el ciudadano, en definitiva, quien con su voto elige al sigra que le va a gobernar.

»Ha habido individuos que intentaron suavizar a Sarlia, vocales de los diferentes estamentos que apoyaban la alianza con los bárbaros y con otras ciudades, y la paz por encima de todo. Pero no ganaron las elecciones de sus propios estamentos, a pesar de todos esos discursos bienintencionados.

Respiro con fuerza. Respondo:

—Los ciudadanos sarlios desconocen las virtudes de una cultura pacífica. De otro modo darían sus votos a líderes más moderados y racionales.

Orblad lanza una carcajada que se me antoja insoportable. Le miro con rabia. Gorjea y niega con la cabeza. Después clava sus ojos muertos en algún punto frente a él.

—Sabes muy poco acerca de los hombres y menos aun sobre los hombres sarlios. Nosotros tenemos algo que valoramos por encima de todas las comodidades: el orgullo. El orgullo de la victoria y de la superioridad. Intenta quitarle eso a cualquier sarlio y te hará pedazos.

Le miro, atónito. Es el pensador más brillante, el hombre más culto y refinado de toda Sarlia, pero en mi mundo sus ideas serían tachadas de retrógradas y dictatoriales, escandalizarían a todos los seres bien pensantes y provocarían abucheos y un ostracismo más o menos evidente.

Continúa:

—El sarlio, y por ende cualquier durbano, es un ser de naturaleza fiera y de instintos predadores. Quiere que el Estado que le representa le encumbre por encima de sus enemigos. Desea sentirse un héroe. Sarlia le proporciona tal sensación a cualquiera de sus ciudadanos libres, desde el más tosco al más refinado. Pocos son los que una vez que han probado este placer embriagador estén dispuestos a dejárselo

arrebatar. No le hables de paz a un sarlio, pues no te entendería. Háblale de conquistas y de gloria.

—Es fácil desear el triunfo cuando son los guerreros quienes sangran y luchan por ti en el campo de batalla.

—Así lo parece a primera vista, pero en realidad no es tan injusto, ya que con tu propio trabajo estás pagando la creación de un ejército fuerte. Si este pierde en la guerra el ciudadano medio acabará esclavizado o ejecutado por los invasores. Así pues, resulta lógico que cada ciudadano quiera sentirse realizado en la victoria, aunque no sea él mismo quien empuñe la espada.

»Por otro lado, debe tenerse en cuenta que todos los varones libres están obligados a realizar cierto periodo de instrucción con las armas. Hubo épocas en que incluso el artesano abandonó su torno y el constructor sus planos y ambos tomaron la lanza y el escudo para defender la patria. Estoy seguro de que la mayor parte de los sarlios no guerreros protegerían nuestras murallas en caso de una agresión, aun a riesgo de perder sus vidas.

—Creo con todas mis fuerzas que también ha de haber quienes, en el fondo de su corazón, deploran este orden de cosas.

—Puede ser, no lo niego, pero la gran masa está de acuerdo con nuestro sistema y en democracia manda la masa. Así lo han decidido al votar en las elecciones. Los individuos que están en contra del enfoque imperante deben acatarlo y adaptarse lo mejor posible a él, o perecer de una vez por todas.

—Eres incapaz de mostrar compasión.

—Sospecho que tú tampoco —responde, y yo le miro sorprendido —. Imagina tu sociedad perfecta, un mundo en el que estén siempre presentes tus normas más queridas y tus deseos más placenteros, todo ello mantenido por el gobierno que más te plazca. Si apareciera alguien que deseara echarlo abajo intentarías relegarlo a un lado y evitar que su visión acabara con la tuya. Cuanto más poder ganara él con mayor fuerza le atacarías tú.

—Pero no lo destruiría físicamente.

—Porque las propias normas de tu sociedad perfecta no te lo permitirían, pero intentarías socavar por completo la influencia del enemigo y si él se rindiera y se retirara brindarías con alegría. El grado comparativo de compasión que demostrarías hacia tu rival sería tan alto como el mío.

Intento sobreponerme al escándalo que me producen las palabras de este anciano ciego.

—De algún modo, sería bueno suavizar muchos aspectos de esta sociedad sarlia.

—Pon un ejemplo.

—El primer día que entré en las Casas de la Guerra vi cómo le

daban una paliza a un muchacho, casi un niño.

—Ajá. Te contaré un relato, si me lo permites.

—Siempre logras sorprenderme.

—Gracias. —Sonríe—. Escúchame, por favor. Esa historia cuenta que había dos amigos que vivían en el campo. Cada uno tenía su propia cabaña y cada uno se compró un cachorro de perro, hijos ambos de la misma hembra. Uno de los hombres alimentó con abundancia a su animalito, lo trató con bondad y ternura y jamás le dio un solo golpe. El otro, en cambio, enseñó al suyo a morder y a atacar. Le daba patadas y le alimentaba con sobras. Jamás le dirigió una sola palabra de cariño y, muy al contrario, le gritaba e insultaba... Llegó una época en que el territorio se llenó de bandidos y entonces ambos decidieron dar uso a sus propios animales, atándolos junto a la puerta para avisarles si se acercaban los ladrones. Por la noche, unos asaltadores intentaron colarse en la primera cabaña, pero su perro guardián se lanzó al cuello del primer malhechor y le desgarró la garganta con sus colmillos, dándole muerte y haciendo huir a sus compinches. Otro criminal llegó a la segunda cabaña y el perro que estaba de guardia se dejó acariciar. El ladrón aprovechó para degollarlo y después entrar en la casa. Mató al dueño mientras dormía y se llevó todo lo que había de valor.

»Supongo que habrás adivinado ya qué perro cuidaba de cada una de las dos cabañas.

—Entiendo.

—A Sarlia no le faltan enemigos, pero nosotros adiestramos bien a nuestros perros de la guerra, desde que son cachorros, y por tanto la cabaña está bien guardada.

—Comprendo que la dureza como instrumento de enseñanza obedece a un fin práctico, pero... ¿qué ocurre con el propio perro? ¿Alguien se ocupa de indagar si es feliz o no? Una sociedad sana debería esforzarse por lograr el bienestar de cada uno de sus componentes y al mismo tiempo conseguir la prosperidad del conjunto.

—¿Piensas que el perro endurecido por un adiestramiento brutal no puede ser feliz? —me pregunta.

—Lo dudo.

—Confundes felicidad con comodidad y por tanto te equivocas. *Felicidad* es un término pueril para nombrar el fin último al que aspira cada individuo. Prefiero decir que todos los seres, humanos o no, se sienten más realizados cuanto más seguros están de sí mismos, cuantas menos dudas y sufrimiento mental experimentan, cuanto más amplio es el radio de acción que alcanza su capacidad de dominio.

»Uno de los dos cachorros fue privado y apartado de las dificultades y los sufrimientos inherentes a la vida. Vivió una

existencia falsa y artificial en la cual todos sus deseos materiales estaban resueltos y no debía adaptarse ni fortalecerse para conseguirlos por sí mismo. Por tanto, cuando se le arrojó a la auténtica vida, la que bulle de peligros y obstáculos, no supo reaccionar de manera adecuada y murió.

»El segundo cachorro recibió un duro trato. Su amo le hizo comprender de la manera más terrible la naturaleza auténtica, bárbara, de la vida. Al mismo tiempo, y como lógica adaptación, el perro sintió crecer su fuerza, su sensación de seguridad y poderío ante las adversidades con que hubiera de enfrentarse en el futuro. Cuando estas llegaron reaccionó de manera perfecta.

—Según tú, se sintió realizado al matar al ladrón.

—En efecto. Cuando le desgarró el cuello con sus colmillos debió experimentar la suprema confirmación de su poder. Ese acto le daría una sensación de plenitud, o de felicidad si quieres llamarlo así, que difícilmente llegaría a conocer su congénere de vida fácil.

—Es triste que se deba matar para alcanzar la plenitud.

—No es triste ni alegre. Es natural. Todo lo que está vivo mata y consume vida para seguir viviendo.

Respiro con fuerza.

—Los hombres no deberían matarse entre sí. No es necesario. La vida humana debería ser sagrada.

Orblad lanza una carcajada seca.

—Considero muchas cosas sagradas, pero la vida humana en sí no me lo parece. ¿Por qué es más sagrado el ser humano que el argo y el dulo que sacrificamos para después comérnoslo?

»Dentro de la especie humana hay una jerarquía de seres que luchan por conseguir poder y bienestar. Se producen conflictos y los hombres pelean entre sí. Los más aptos, por tanto, ascienden sobre los cadáveres de quienes se les han opuesto. Llegan hasta la cúspide de tal jerarquía e imponen su criterio por la espada. Quienes están debajo han de esforzarse por complacerles para no sufrir su cólera, o bien unirse e intentar echarles abajo. Me parece un sistema lógico y justo y para que ello suceda alguien debe vencer y alguien debe morir. Todo esto, como se entiende, elimina el dogma de que la vida humana es sagrada.

Niego con la cabeza, apretando los labios.

—Tendría que existir un mundo en el cual los humanos convivieran en paz, sin conflictos, en el que no hubiera amos ni esclavos y todos fuésemos iguales.

Orblad alza las cejas y sonríe de modo sarcástico.

—Es una hipótesis interesante. Explorémosla.

»En ese mundo los humanos deberían renunciar a todos sus sentimientos de conquista y poder. Los individuos enérgicos tendrían

que anestesiarse a sí mismos con ideas tales como la contención o el arrepentimiento. Habrían de sentirse culpables incluso si albergaran la mera idea de someter a quienes ven como inferiores. Las energías reprimidas, destinadas a dominar y organizar, se volverían contra ellos y su lucha sería interna y no externa. La neurosis y los complejos estarían siempre bullendo bajo la piel. La lucha entre aspirantes al poder debería suprimirse y el poder tendría que repartirse entre todos, sin ningún órgano de gobierno o ley, ya que para que se mantenga una ley debe haber una espada tras ella, una espada dispuesta a caer con fuerza sobre quien incumpla la norma; pero esto supone un acto de violencia y la violencia se considera mala en sí, y por tanto en justicia nadie debería obligar a nadie cumplir las leyes, lo cual desemboca en que no existan leyes. También habría que eliminar las pasiones de cualquier tipo, pues desestabilizarían la armonía. Los individuos serían hipersensibles, no tolerarían el más mínimo ataque contra ellos o contra cualquier otra cosa. Sentimientos tales como la supremacía, el patriotismo o el orgullo estarían prohibidos y serían calificados como perversos. Pero… ¿quién los prohibiría, si todos somos iguales y además nadie tiene derecho a imponer nada a los demás?

»La experiencia demuestra que hay humanos aptos y torpes, fuertes y débiles. ¿Cómo conseguir que todos se sientan iguales, que el laborioso se ponga al mismo nivel que el vago y que el inteligente comparta su puesto con el lento?

»No me parece una sociedad justa ni sana la que propones. Si fuéramos espigas de trigo o piedras y no hombres, sí la aceptaría, pero no es así y por tanto me opongo a tu hipótesis con todas mis fuerzas.

—Has llevado mi idea al extremo. Debería encontrarse un punto medio.

—¡Ah, se me olvidaba…! El extremo también tiene que ser considerado un concepto hiriente y agresivo. Habría que huir de los pensamientos radicales, de los éxtasis, y adormecerse con ideas diluidas y mezcladas, capaces de alegrar a unos y otros, aunque sin satisfacer a nadie por completo. Y todo ello para evitar cualquier conflicto.

—¿No consideras el conflicto en sí mismo como algo que debe ser evitado? Compruebo con sorpresa que te pones del lado de las pasiones más bajas: la violencia, el egoísmo y el deseo de poder por encima de todo…

—Las consideras bajas solo porque las dotas de una dimensión moral. Si juzgaras con criterio imparcial y objetivo comprenderías que las ansias de conquista y rapiña, el odio, la sed de sangre, la envidia, la capacidad de intrigar y engañar… Todo ello ha contribuido al avance de la especie humana mil veces más que cualesquiera otros

sentimientos y pasiones. No fue la solidaridad, la paz y la bondad lo que arrojó al primer hombre fuera de su caverna, para explorar territorios nuevos y dominarlos… Fueron las ganas de enriquecerse, de tener más comida y más comodidad, de explotar los recursos naturales, de dominar a sus semejantes con mejores armas y herramientas. El deseo de estar por encima del resto, de mandar y ser obedecido, llevó a los hombres lúcidos a organizar de manera efectiva a sus semejantes. Las ganas de ser más que los otros, de enorgullecerse por considerarse superior, condujeron a los hábiles a construir mejores instrumentos de labranza y a controlar mejor a las bestias. Las ciudades alzaron sus murallas para defenderse de los ejércitos enemigos. La propia actividad guerrera ha introducido grandes mejoras y ha fomentado la idea del Estado mucho más que cualquier deseo de paz a cualquier precio. Los mercaderes ofrecen más productos, de mayor calidad y más baratos, no por altruismo, sino para que sus rivales del gremio no los superen con ofertas mejores. Gracias a esta competencia nos beneficiamos quienes compramos, porque así podemos elegir entre varios productos, y no solo uno. Los constructores rivalizan entre sí por hacer mejores edificios, para que sus nombres sean recordados con gloria. Gracias a esta vanidad gozamos de una ciudad mejor, alaga tras alaga. Los agricultores y ganaderos producen más para enriquecerse ellos mismos, y al mismo tiempo, con la parte correspondiente de sus impuestos, enriquecen al Estado y por tanto a la sociedad en su conjunto.

»Todo lo que se mueve, respira, camina o se arrastra desea imponer su propia voluntad e incluso su ideología y su pensamiento. Los musculosos lo hacen por la fuerza y los pequeños intentarán conseguirlo de maneras más sutiles, mediante la dialéctica o la adulación. Unos vencerán y otros convencerán, pero al fin y al cabo todo se reduce a lo mismo: extenderse, fortalecerse, dominar, conquistar tanto la materia como las mentes, hacerse más ricos, más seguros de sí mismos, más hábiles, seguir en la memoria de los demás, ganar su confianza, su amor, hacer el negocio, conseguir el beneficio, el trato o el pacto anhelado, o bien derrotar al contrario, y si es posible humillándolo para satisfacer el ego.

Calla, quizás esperando mi reacción. Pero no puedo hablar porque me siento escandalizado.

—Tu visión de la Humanidad es aterradora —le digo.

Suelta otra carcajada.

—Al contrario. Amo a la especie humana tal como es y no deseo cambiarla.

»Tú admiras la tolerancia, la solidaridad, el perdón, la capacidad de igualarse al resto y de ayudarles… Pero todo eso es tan solo otra forma de egoísmo. Ni siquiera los seres más bondadosos escapan de él.

He conocido a algunos de esta especie, pues los hay también en Sarlia. Se creen moralmente superiores, pero aunque no lo sepan o no lo quieran reconocer los mueve la misma motivación. El que ayuda a los demás obtiene un placer espiritual, un bien para sí mismo, y de alguna manera nota que su ser se eleva por encima de los males del mundo, se limpia, se purifica, y todo ello le hace sentirse mejor. Y esta elevación es mayor cuanto más sufrimientos físicos y humillaciones reciba por aliviar los del resto. Cabe preguntarse, por tanto, si esa persona practica la bondad para ayudar a todo el mundo o más bien por ayudarse a sí misma, para alcanzar su propia perfección moral y espiritual.

—Entiendo. No obstante, esa lucha de mentes y voluntades de la que hablas debe mantenerse en planos que no incumban la violencia y la sangre.

Niega con la cabeza.

—No lo veo así. El músculo, la fuerza física, es otra arma que puede ser usada por quien la tenga. Los muchachos sanos suelen contener un exceso de energías y Sarlia les proporciona la oportunidad de descargarlas sobre sus enemigos.

—Precisamente alguien como tú debería reprochar un mundo que se sustenta en la agresión armada y la guerra.

Al instante me arrepiento de lo que he dicho.

—Lo dices porque soy ciego, ¿verdad?

—Lo siento. Olvídalo. Ha sido un golpe sucio.

Para mi sorpresa, su sonrisa se ensancha con placer.

—No te disculpes. Al fin noto un poco de espíritu de lucha en esta discusión. Continúa con tu razonamiento.

—No, por favor. Te pido que sigamos generalizando y no personalicemos.

Asiente, despacio.

Entre nosotros flota un silencio pesado e incómodo.

Orblad respira con lentitud y se relaja. Parece haber perdido la energía y la socarronería de antes y le noto cansado. Vuelvo a arrepentirme por haberme aprovechado de su ceguera en la discusión.

—Muchacho, tú eres joven. —En su voz flotan el desencanto y la amargura—. Hay cosas que ya ni recuerdo. A veces me pregunto si he encontrado la auténtica verdad o solo digo tonterías… También yo sospecho que mi existencia transcurre en mundos apartados de la realidad.

Se vuelve hacia mí y acerca su mano a mi cara.

—Hace tiempo fui también hermoso y las mujeres se me acercaban. Ahora solo me quedan unas pocas teorías abstractas que no interesan a nadie. Son mi único consuelo.

Me acerco a él, pues intuyo que desea tocar mejor mi rostro.

Acaricia con torpeza mis rasgos.

—Noto en ti fuerza, pero también bondad… —murmura—. Y eso es algo a lo que di la espalda hace ya demasiado tiempo.

—Nunca es tarde, Orblad.

—Quizás lleves razón, hijo…

Su mano se desvanece. Está en mi garganta y de pronto la cierra con fuerza. Siento su dedo pulgar clavado bajo mi nuez.

La voz de Orblad cambia y se vuelve cortante y dura:

—Una simple tensión de los músculos de mi antebrazo y te rompería el cuello, muchacho.

Agarro la muñeca, pero noto su cuerpo tan duro como la piedra. Me mira sin ver y su sonrisa se transforma en una mueca cruel. La energía de este hombre viejo y ciego es terrible. Aprieta poco a poco mi garganta. ¿Es que pretende ahogarme?

Aparta la mano y se aleja un poco de mí, aunque sin abandonar el asiento de la grada.

—¡Estás loco! —grito, frotándome la garganta enrojecida.

Orblad continúa sonriendo de manera burlona e hiriente.

—¿Sigues pensando que un viejo ciego no encaja en esta sociedad implacable? Hubiera podido matarte, chico.

Siento ganas de golpearle, pero me contengo sin saber por qué.

—¿Qué habrías ganado? —casi grito—. Te hubieran dado una muerte lenta por asesinar al ornai.

—No es un mal precio si uno consigue demostrar su propia teoría.

—¡Me engañaste!

—Claro que sí. Me acerqué a ti con mentiras. Pensaste que me había ablandado y dejaste que te tocara. Si hubiera llevado un pequeño cuchillo en la manga te lo habría podido clavar.

»No solo sobreviven los más fuertes físicamente, Dargor. Todos tenemos nuestras armas y quien las sabe usar mejor es el que gana, con músculos o sin ellos. Has visto que un invidente puede matar a un guerrero. ¿Piensas que un niño o una mujer no podrían acabar contigo, aunque no sean tan grandes? Cuando la decisión es fuerte no hay obstáculo insalvable ni problema irresoluble.

Permanezco quieto y confundido. A pesar de mi animadversión hacia este hombre astuto y burlón, deseo seguir escuchando sus palabras.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho —dice, cortante—. No me has prestado auténtica atención. No puedo verte, pero tu voz y tus silencios me informan de manera perfecta. Desde que hemos empezado a conversar has sentido compasión por un anciano impedido. Te has sentido desde el principio superior a mí, pero has tratado por todos los medios de no herirme ni incomodarme. Ni siquiera has discutido con todas tus fuerzas y te limitaste a

concederme la razón con paciencia, como si yo fuera una criatura digna de lástima. He tenido que demostrarte de forma física, amenazándote de muerte, tu propia debilidad ante mí. Tu manifiesta inferioridad en todos los sentidos menos en uno: el físico.

»Y hasta en ese campo has salido derrotado.

»Ahora ya no soy el pobre ancianito invidente, ¿verdad? Ahora me he convertido en un ser peligroso y artero del que no te puedes fiar. Ahora es cuando empiezas a escucharme de veras. —Sus rasgos se endurecen—. Así pues, cierra la boca y atiende a lo que te digo, si es que deseas sacar algo en claro de esta reunión.

La severidad de su voz me ha infundido demasiado respeto y le obedezco. Su rostro parece petrificarse, como congelado. Se relaja y suelta el aire en un largo suspiro. La sonrisa perenne se ha convertido en una mueca agria.

—Voy a contarte otra historia… Una vez hubo un joven tan lleno de vigor y de estupidez como la mayoría; deseaba probarse ante sí mismo y ante el mundo, así que se convirtió en guerrero. Buscaba sensaciones fuertes y las consiguió cuando su ejército peleó contra los bárbaros alais. Fue una batalla espantosa, terrible, en la cual nuestro joven luchador luchó como un valiente. Pero el sector del ejército en el que se encontraba quedó aislado y, aunque los sarlios ganaron el combate, él y muchos otros fueron capturados por los bárbaros que poco después huyeron del campo de batalla.

»Esa misma noche lo torturaron, cegaron sus dos ojos con un hierro incandescente y le dejaron tirado en la llanura, medio muerto, para después continuar escapando de los sarlios que les perseguían. Estos le encontraron, curaron sus heridas y le llevaron al puesto fronterizo más cercano, donde fue tratado por los físicos y consiguió sobrevivir, aunque ciego.

»Cuando estuvo recuperado volvió a la capital y el Estado le procuró un trabajo en el gremio de alfareros para que pudiera comer.

»Sin embargo el joven no terminaba de adaptarse. Aún estaba lleno de energías, pero su ceguera le impedía realizar ningún acto de valor. Ya no podría volver con los guerreros, no podría jamás sentir de nuevo la vida en campaña y el choque de las espadas. Todo su ímpetu se convirtió en rabia y amargura y empezó a beber. Se volvió vago e intratable y al final le echaron de su trabajo. Iba de un oficio a otro, pero era solo un borracho desastroso y pendenciero. Sus compañeros de trabajo no tomaban en serio su malhumor ni sus impertinencias, pues nadie pelea contra un ciego, lo cual le humillaba todavía más, e intentaba olvidarlo todo mediante el alcohol. Era un círculo vicioso.

»Acabó sirviendo a un pensador que se había enriquecido impartiendo sus enseñanzas a algunos hombres poderosos de la ciudad. Cuando el chico empezó a mostrarse insufrible su nuevo

dueño le castigó. Esto sorprendió al muchacho, pues normalmente se lo perdonaban todo por su ceguera. Volvió a las andadas y el amo se preocupó de que le encargaran los trabajos más duros, sucios y humillantes y de que nadie le mostrara ni un ápice de compasión. Sería tratado como el resto de los sirvientes de la casa y por tanto recibiría el mismo castigo si se comportaba de mala manera.

»Al joven ciego se le bajaron los humos. Se había creído un dios, el centro del universo. Había echado las culpas de su mal a todos menos a sí mismo. No podía comprender que el destino le hubiera arrebatado una vida plena y satisfactoria y le hubiera convertido en alguien que no podía valerse por sí mismo; además, sus semejantes siempre le habían tratado con compasión, perdonándole todas sus faltas, y por tanto era como si en verdad él llevara razón y la sociedad tuviera que expiar los sufrimientos de su ceguera.

»Ahora, sin embargo, su amo pensador dejó orden estricta a todos los de la casa de que debían tratarle como al más miserable de los sirvientes, castigando cualquiera de sus faltas al instante y con severidad. Nadie le daba un trato de favor. Era uno más.

»Poco a poco entendió que solo él tuvo la culpa de lo ocurrido. Como todos los jóvenes, pensó que la espada jamás le alcanzaría y que el enemigo nunca le tomaría prisionero. Solo vio la gloria, no el dolor, y ahora empezaba a comprender que tanto una como el otro son reales y por tanto han de ser aceptados. La amargura, la rabia y la vanidad se diluyeron con una rapidez que logró asombrarle. Ahora trabajaba en silencio y con ganas y ayudaba en lo posible a los demás. Sus compañeros, entonces, empezaron a ser amables con él y a tratarle con respeto.

»Un día pidió ver a su amo y le rogó que le mostrara las enseñanzas de los pensadores. El señor aceptó y, con el paso de los furás, aplicándose a sus nuevos estudios con todas sus fuerzas, aquel joven sirviente llegó a dominar los secretos de la Casa del Pensamiento.

Permanecemos en silencio durante un largo rato.

—He escuchado tu historia con atención, Orblad.

—Ahora sí.

Suspira, negando con la cabeza, apoyadas las dos manos en el bastón.

—Tu mente se ha borrado, Dargor, y luego se ha llenado de fantasías e ilusiones. Como el muchacho de la historia, debes bajar hasta la realidad y fundirte con ella. Solo después te verás capaz de levantar tu propio edificio de creencias y convicciones. El auténtico.

—Lo intentaré.

Orblad se levanta, cansado.

—Por hoy ya hemos hablado suficiente. Recuerda tus deberes como ornai. Debes ir al norte a defender tu patria de sus enemigos. Hazlo o

abandona el manto del poder.

—Meditaré sobre ello.

—Es poco, pero al menos parece un comienzo.

—¿Podré venir a verte otro alaga?

Camina hacia una de las escaleras que llevan al exterior. La brisa agita sus cabellos blancos y los rayos de Croaga caen sobre su figura.

—Quizás en el futuro, mas por ahora, no. Hoy se ha dicho todo lo necesario y yo odio repetir los mismos argumentos, una y otra vez. Digiere lo que has escuchado y deja que tu mente lo asimile, antes de volver a verme.

Me pongo en pie.

—Está bien. —Froto mi cuello y sonrío—. La próxima vez no me cogerás desprevenido. No me extraña tu fuerza, habiendo sido de los guerreros.

—Nunca he sido de los guerreros. Si tengo fuerza es porque de manera regular levanto pesos en el patio de mi casa. El ejercicio físico no viene mal de vez en cuando, ayuda a crear apetito y a dormir mejor.

Me sorprendo.

—¿No estuviste con los guerreros? Dijiste antes que los alais te cegaron.

Sigue caminando mientras habla, sin volverse.

—Jamás he peleado contra los alais.

—¿Y el relato que me contaste?

Se vuelve. Su media sonrisa parece burlona y pícara.

—Nací en el seno de una familia adinerada y desde joven me interesé por la Casa del Pensamiento. Solo mucho después de convertirme en pensador perdí la vista debido a una enfermedad.

—¿Entonces tú no eres el joven guerrero, el protagonista de esa historia?

—No. En realidad, me la inventé.

Me quedo helado. La sonrisa de Orblad crece.

—No era una mala historia, ¿verdad?

Al final yo también sonrío.

—No, no lo era —respondo.

—Adiós, Dargor.

—Adiós, Orblad.

Le sigo con la mirada mientras se aleja caminando despacio, apoyado en el bastón. Su cayado produce un golpeteo regular contra el suelo de mármol. Me da la impresión de que su figura vestida de blanco es otra estatua que se escapó de su pedestal y que ahora vuelve a él, petrificándose poco a poco, paso a paso, para al fin recuperar su quietud imperecedera.

Pero la figura vestida de blanco sigue moviéndose sin prisa ni

pausa, hasta que desaparece del Salón de Discursos de la Casa del Pensamiento.

Dejo pasar muchos y reflexivos latidos, antes de irme yo también.

Me paso una mano por los cabellos, desordenándolos. Noto la cara caliente y perlada por el sudor. Quizás he bebido demasiado vino… ¿Y qué importa? Ya se sabe que el vino es el agua de los guerreros y yo soy un guerrero, ¿no? ¿O tal vez soy un insecto humano, metido en una cama de hospital, que delira mientras espera la muerte?

Según Orblad, he de hacer frente a mis obligaciones como ornai. Pero yo prefiero, al menos por el momento, disfrutar del buen vino de Sarlia. También el Cuervo opina como el viejo pensador. El fiel Cuervo, siempre cuidando de mí…

Recuerdo que esta mañana parecía lúgubre y tenso. Me miraba cada dos por tres mientras revisábamos estrategias de famosas batallas sarlias, en las Casas de la Guerra. Parecía estudiarme y dudaba, decidiendo quizá si debía o no tratar sobre algún tema en concreto. Al fin, se decidió:

—He de hablar contigo —me dijo.

Estábamos solos en el cuarto de mapas y pergaminos y comprendí que íbamos a hablar sobre algún asunto espinoso y desagradable…

Sí, eso ocurrió esta mañana.

Me levanto y durante un latido la sala oscila. El mareo pasa. Agarro la jarra y bebo directamente del borde, sintiendo el calor que inunda mi garganta, mi estómago y mi mente.

—Señor, me mandaste llamar.

Es Irla, en la entrada de mis aposentos.

Viste un traje largo y claro, sedoso. Lleva suelto su pelo brillante y oscuro, esa cabellera que parece una cortina espesa y suave que acaricia sus hombros desnudos. Todo en ella es elegancia; hay personas con clase, que derrochan encanto de manera involuntaria, incluso cuando se rascan la nariz. Irla pertenece a esta categoría.

—Pasa —le digo. Dejo la jarra en la mesa y me limpio los labios con el dorso de la mano.

Ella mira el recipiente y después me mira a mí. Entra y noto cierta tensión en sus movimientos. Cierra la puerta.

—Señor, parece que has bebido.

—¿Cuántas veces he de decirte que no me llames *señor*?

Aprieta los labios y suspira. Asiente.

—Perdóname, Dargor. A veces lo olvido.

—Claro. Debe resultar difícil tratar con dos personas al mismo tiempo: un hombre de carne y hueso y el ornai de Sarlia. Dos por el precio de uno.

Frunce un poco el ceño y yo sonrío sin alegría.

—No te entiendo —dice.

Me encojo de hombros y tomo un nuevo trago. Ella no aparta la

vista. Hay firmeza en sus ojos.

—Creo que deberías dejar de beber, Dargor. Aún no ha empezado la fiesta y ya has tomado mucho vino.

—¿Insinúas que estoy borracho? —pregunto.

—Aún no lo estás, pero te falta poco.

Cojo la jarra y me acerco a ella. Su cuerpo muestra esa flojedad que he visto tantas veces. Su rostro sigue impasible, pero sus ojos están llenos de una tristeza que no sabe ocultar.

—Mi dulce Irla… —le digo, mientras acaricio sus cabellos. Ella entrecierra los ojos y ladea un tanto la cabeza. Paso mi mano por su garganta—. Cuidas tanto de mí… Siempre has dicho que me amas, pero a veces he llegado a dudarlo.

Me lanza una mirada fugaz y desvía otra vez la vista. Levanta la cabeza, quizás desafiante. Sigo acariciando su barbilla y su cuello perfectos.

—No tienes por qué dudar de mí. —Levanta sus manos y me acaricia a su vez el rostro, con las palmas—. Te quiero.

Cierro los ojos y suspiro.

—No sabes lo que significa oírte decir eso, hermosa mía —respondo—. Dímelo otra vez, por favor. Deja que tu corazón hable.

Mi mano se va cerrando en su garganta y noto que ella se tensa.

—Me estás haciendo daño, Dargor —se queja.

Escapa de mi mano y se aleja de mí, frotándose el cuello. Me mira con disgusto. Aún no ha llegado el miedo a sus ojos.

—Deja de beber, por favor. No estás acostumbrado al vino.

—Eres tan bella… Está bien. Dejaré de beber si me contestas a una sola pregunta.

Parpadea. No entiende qué ocurre. El aire está llenándose de tensión, como si la sala, los muebles y nosotros dos fuésemos parte de un paño húmedo que un gigante estuviera retorciendo entre sus manos.

—¿Qué pregunta?

—Has de decirme la verdad y solo la verdad, así que piénsalo bien antes de darme la respuesta.

Toma aire y sus ojos se abren mucho. De pronto, el rostro se vuelve blanco. Abre la boca y trata de componer una sonrisa, pero solo aparece una mueca extraña.

—No bebas más. Por favor.

—Solo tienes que contestarme a esa pregunta y después dejaré la jarra en la mesa. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes? —pregunta, con voz tenue.

Noto que ha empezado a jadear, aunque no de manera escandalosa.

—Sí, te lo prometo. Escúchame, amor mío, la pregunta es esta: ¿me amas? ¿Me amas de verdad?

Ella suelta el aire en un largo suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Mis esperanzas caen en un pozo sin fondo. En realidad no hace falta que hable porque ya me ha respondido.

Se me acerca sonriendo, toma mi rostro entre sus manos frías y húmedas y me besa.

—Sí, Dargor —susurra—. Te quiero. De veras que te amo. Lo eres todo para mí.

Ahora soy yo quien retrocedo. Irla sigue sonriendo y yo también, aunque ambos de distinta manera. Entiende que hoy hay algo raro en mí y continúa pensando que la culpa de todo la tiene el vino.

Doy una alegre palmada.

—¿Lo ves, cariño? Ha sido fácil, ¿verdad? Te he hecho una pregunta, has contestado y yo dejo de beber. Ojalá todo fuera tan sencillo en esta vida.

—Sí, claro. Vamos, amor mío, prepárate para la fiesta. Tus generales te esperan.

Me coge de las manos.

—Dejemos que esperen —contesto.

La abrazo y la aprieto contra mí. Ella se deja coger. Levanto su barbilla y acerco mi rostro al suyo. Nuestras narices casi se tocan y la suya se arruga en una mueca de disgusto.

—Hueles demasiado a vino, Dargor. Deberías tomar un poco de agua.

—¿Y qué problema hay? Los guerreros debemos beber vino. Tú debes saberlo bien. En el vino está la verdad, dicen algunos.

—Dargor, estás muy extraño esta noche.

La aprieto más contra mí y ella pone las manos en mi pecho e intenta separarse.

—No, querida, no seas tan escurridiza.

La agarro por las muñecas y las llevo a su espalda, obligándola a seguir pegada a mí. Nuestros rostros siguen cercanos, pero sus manos ya no se interponen de ningún modo.

—Suéltame —dice, enfadada, intentado alejar su cabeza. Pero no se lo permito—. Suéltame, por favor.

—¿Te niegas a servir a tu ornai? —pregunto.

Jadea enfurecida, pero el miedo empieza a penetrar en su mente y se deshace la tensión de sus músculos.

—No, señor, nunca me negaría —responde, con un hilo de voz.

—Así me gusta. Me agrada tenerte cerca, muy cerca de mí. —Le acaricio el rostro con mi nariz y mis labios y ella queda quieta, rígida —. Hoy he estado hablando con el Cuervo sobre temas muy interesantes.

—No son asuntos que me atañan, señor. La guerra y los soldados no…

—No, amor mío. —Separo mi rostro del suyo y ambos nos miramos a los ojos—. Me ha dicho que te has estado viendo con otro hombre en los últimos alagas.

Sus ojos empiezan a abrirse más y más. Veo la pupila dilatarse, hasta que engulle al castaño oscuro casi por completo. El blanco crece y los globos parecen a punto de salir volando de la cara. Las pequeñas aletas de la nariz se expanden y la tez se vuelve blanca, casi azul. Noto su cuerpo rígido contra mí, pero después parece flojear, como si hubiera perdido las energías. Imagino que se va a desmayar de un momento a otro, pero sigue en pie, quieta.

Nos miramos durante muchos latidos, tan cerca uno del otro que podemos intercambiar nuestras respiraciones. Ella aparta la vista en un movimiento convulso de la cabeza, acompañado de un jadeo. La suelto y retrocede, llevándose una mano a la garganta. Encuentra la cama y se deja caer en ella, quedando sentada, con los muslos juntos y los tobillos separados. Parece entregarse a alguna especie de desesperación serena y deja caer la mano que tenía en el cuello. Apoya la frente en sus manos y los codos en las rodillas. Pero no la oigo llorar.

Levanta la cabeza, muy despacio, y se quita el cabello del rostro con una mano temblorosa. Sus ojos están enrojecidos y tiene el rostro tan blanco que casi parece azul. No me mira. Pregunta, con una voz sin inflexiones:

—¿Me vas a matar?

Incluso ahora siento deseos de lanzarme a sus pies y abrazarla. He hecho bien en tomar vino para embrutecerme. Sin la bebida me sería muy difícil vencer la tentación de echarme a llorar y humillarme ante ella.

—No lo sé —contesto—. He de pensarlo.

Ella asiente con aire miserable.

—¿Lo has sabido durante todo el tiempo que… que hemos estado juntos?

—No, Irla, lo he conocido hoy. El Cuervo sabía que me había vuelto loco por ti y estaba preocupado. Es como un padre, un hermano y un amigo, todo ello mezclado y multiplicado por diez. Te hizo vigilar y descubrió que te encontrabas en secreto con otro hombre, mientras yo estaba ocupado en mis propios asuntos de ornai.

Ella me mira con angustia.

—¿Sabes quién es él?

—¿Y eso qué importa?

Se levanta y entrelaza sus dedos.

—No le hagas daño, por favor. Él no tiene la culpa. Solo la tengo yo, ¡yo! Yo he sido quien te ha engañado.

Sus palabras se me clavan en el pecho y me hieren como puñales.

Ella no suplica por su propia vida, pero sí por la de su amante. Eso me demuestra que no soy nada para ella. Nunca lo fui.

—Le quieres, ¿verdad?

Ella asiente.

—Sí —murmura, con voz casi ininteligible—. Le quiero.

—Le quieres más que a mí. Venga, dilo.

—Dargor, por favor…

—¡Dilo! —rujo.

Deja caer las manos a los costados y mira hacia el suelo.

—Sí.

Me acerco a ella y la agarro de los hombros. Siento la furia crecer en mí. Irla no se resiste.

—¡Mírame! —grito. Lo hace, con ojos cada vez más rojos y húmedos. Mi voz empieza a quebrarse enseguida, pero la recompongo—: Ahora voy a hacerte de nuevo esa sencilla pregunta que te hice antes: ¿me amas de veras, Irla?

Su rostro se vuelve impasible, pero descubro en él enojo, un enfado creciente que se convierte en ira cruda. Esto me atraviesa el corazón, pues en lugar de gritarle deseo abrazarla y pedirle disculpas, pues soy un necio y un estúpido y continúo enamorado de ella, a pesar de su traición. Pero me aferro a mi orgullo y a mi herida.

—¿Me matarás, Dargor?

—¿Cómo puedes sospechar eso de mí? ¡Yo sí te quiero con toda mi alma!

—Hubo una muchacha a la que mataste.

Parpadeo, sorprendido, y ella sigue hablando, con una voz sin inflexiones:

—Ocurrió hace dos furás. Todas tus amantes conocen esa historia. Una chica se atrevió a decirte que no te amaba y tú la mandaste torturar y ejecutar.

Me quedo helado.

Su rostro se endurece mientras continúa hablando, con esa voz glacial y espantosa:

—Ocurrió, Dargor, aunque no lo recuerdes. Esa chica no te complació y sufrió una muerte terrible. Por eso cualquiera de tus mujeres te diría y te juraría mil y una veces que te ama con todo su ser.

—¿Qué clase de monstruo era… yo? —logro decir.

—Así pues, si mi ornai me pregunta si le quiero siempre le responderé de manera afirmativa y trataré además de convencerle con mis actos, a la perfección.

—Entiendo. Yo… no lo sabía.

Sus ojos se convierten en puntas de un diamante oscuro, rodeadas de un blanco enrojecido y húmedo.

—Sí, mi querido ornai. Yo te amo. Todas te amamos.

Retrocedo.

—Por favor, no… Perdóname, Irla. Yo…

No puedo acabar la frase. Simplemente, me limito a mirarla. Ambos nos observamos. La contemplo con adoración y me odio a mí mismo por ser tan débil. Ella me traspasa con sus duros ojos. Pero su mirada se ablanda y en ella se mezclan la tristeza y el desprecio, como si observara a un ser patético y digno de lástima.

—Ahora te lo pregunto no como tu ornai, sino como hombre. Dime si me quieres, Irla. Necesito saber la verdad.

—¡La verdad! —Clava sus ojos en mí—. ¿De veras quieres oír la verdad?

—Sí, solo eso. Olvídate de que soy el ornai.

Ella suelta el aire con un bufido.

—¡Como si eso fuera posible…! Pero de todos modos ya estoy muerta. —Al pensar en ello se aprieta la boca con una mano para reprimir un sollozo. Tiembla y parece que va a estallar por fin, pero al fin parece controlarse. Levanta la cabeza. Su mirada me da miedo—. Está bien, te diré lo que siento por ti.

—Dímelo. Te lo suplico.

—En realidad me das asco.

—Irla…

—¡Me das asco! ¡Siento repulsión hacia ti! ¡Eso es lo que siento!

Guardo silencio y bajo la mirada. Ella compone una máscara de furia y amargura y gesticula con las manos mientras escupe las palabras:

—Si solo fuera un rato de placer… ¡Pero además he de fingir que te quiero! ¡Que te quiero! No puedo soportarlo más… ¡No puedo! Me asquean tu indecisión, tus dudas, tus vacilaciones… Siempre encima de mí, ahogándome con tus halagos, no dejándome ni respirar. Me asfixias, me siento como aplastada por algo viscoso, soportando tus palabras untuosas de amor, a las que yo además he de corresponder. Tu cuerpo es el de un hombre, pero tu carácter… ¡Tu carácter no sé de quién es! Parece como si no estuvieras formado, como si tuviera que hacer el amor con un niño… ¡Con un niño!

Me atrevo a mirarla. Sus ojos se llenan de ira, de una rabia contenida durante mucho tiempo. Su odio me golpea como un puñetazo en la cara.

—Repugnancia, eso es lo que siento hacia ti. Asco.

Se vuelve hacia un lado, jadeando. De pronto, se tapa la cara con las manos y comienza a llorar, abriendo al fin las compuertas de sus ojos enrojecidos. Se estremece y pronto le recorren las convulsiones. Vuelve a la cama y se sienta. Allí continúa llorando, ya sin control alguno, como una niña sumergida en su rabieta.

Permanezco de pie, aturdido, entumecido. Me siento muy cansado, como si me hubieran molido el cuerpo a golpes o hubiera caminado sin parar durante un alaga entero. Y no me puedo mover. No puedo hacer otra cosa salvo mirarla.

Pasan eternidades, mientras cada uno permanece en su sitio, sufriendo su propia devastación.

Irla parece haberse serenado. Ahora solo tiembla un poco, tumbada de lado en la cama, con las manos en la cara y las piernas dobladas, casi en posición fetal. Se incorpora hasta sentarse, con la falda del vestido arrugada y levantada casi hasta la cadera. De manera torpe se la coloca y se quita el cabello del rostro, colocándoselo tras una oreja. Tiene la cara húmeda y hay manchas oscuras bajo sus ojos, que miran en torno a ella como si acabara de despertar. Se da cuenta de que sigo allí.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —me pregunta. Tose y sorbe por la nariz. Mira hacia algún punto del suelo, como si contemplara un espectáculo terrible—. ¿Vas a matarme?

—No —contesto, con voz ronca—. No voy a hacer nada. Eres libre.

Me mira, sin comprender. Parpadea varias veces. Reúno valor para hacer lo más difícil que he hecho hasta ahora en toda mi vida.

—Vete, Irla. No quiero volver a verte jamás.

No comprende.

—¿Se trata de algún tipo de tortura?

Le doy la espalda y me apoyo en la mesa. Tomo la jarra y la llevo hacia mi cara. Pero me reprimo y no bebo. La dejo en su sitio.

—No. Eres libre. Llamaré a un escriba para que haga legal tu nuevo estatus. Tendrás además una compensación económica y una casa, si quieres. Pero no quiero volver a verte. Vete. Por favor.

Oigo el susurro de su vestido. Se me acerca, está detrás de mí. No oso volverme para contemplar su rostro otra vez. Si lo hiciera mi decisión flaquearía. Sería tan fácil obligarla a ser mía… Adorarla noche tras noche, a pesar de su desprecio y su odio…

—Libre… —dice, como si no pudiera creerlo—. ¿Es cierto, Dargor? ¿Seré libre?

—Sí. —Me vuelvo y la miro—. Te lo juro.

Me contempla con cierta ternura. ¿Es que no comprende lo que me está haciendo? ¿Por qué no se va de una vez por todas, antes de que me derrumbe?

—Cuánto has cambiado, Dargor… —dice, mirándome triste y pensativa—. Eres distinto. Eres… otro.

—Sí, soy otro —afirmo—. Pero aún tengo el cargo de ornai. Por tanto, te ordeno que te vayas de este palacio.

Miro hacia otro lado y después hacia arriba para que no se me caigan las lágrimas, como un mal actor de una telenovela romántica.

Creo que si pudiera contemplar esta escena desde fuera sin duda me parecería patética, tan patética…

—Lo siento —susurra Irla—. Siento tanto haberte dicho todo eso… Perdóname. Estaba furiosa. No creas esas palabras, por favor.

—Dijiste la verdad, Irla. Todo está aclarado. Vete, y que nunca vuelva a verte. Si quieres puedes reunirte y vivir con él, con tu amante. Pero fuera de mi vista.

Los ojos de ella brillan esperanzados al contemplar su nuevo futuro. Y después vuelve esa mirada de ternura que me despedaza. Es la que le da la chica de la película al buen amigo que se sacrifica para que el otro, el guapo, el protagonista, se quede con ella. El compañero fiel, el buen chico, el que a todo el mundo le cae de maravilla, el que pone cara de idiota y vuelve solo a su casa.

Irla levanta una mano como para acariciarme la cara, pero se detiene antes de tocarme y la deja caer.

—Adiós, Dargor. Ojalá seas feliz.

—Adiós, Irla.

Ambos sabemos que las palabras sobran. Ya se ha dicho todo lo que se tenía que decir y no tenemos fuerzas para continuar hiriéndonos o pidiéndonos perdón.

Se vuelve y empieza a andar hacia la puerta.

Cuando ha salido de la estancia aprieto los dientes para contener el llanto, a pesar de que ya se me han escapado unas pocas lágrimas.

Agarro la jarra y empiezo a beber con ansia, buscando emborracharme hasta caer redondo.

Recuerdo que hoy se celebra una fiesta, una auténtica orgía. Debo acudir a ella.

Necesito olvidar.

Lanzo una carcajada mientras veo a los saltimbanquis realizar sus piruetas ridículas, en el centro del gran salón; caen unos sobre otros, formando un barullo indescriptible de brazos y piernas. Los comensales, mis ilustres invitados, también ríen. Casi todos estamos ya bastante borrachos y este es el mejor momento, cuando el vino alegra la mente; ya vendrá el instante en que la hunda en la desesperación y después en el negro sueño, pero por ahora es mejor divertirse.

Llevo la copa a mis labios y bebo hasta que el líquido oscuro se escapa en dos pequeños chorros por la comisura de los labios, manchando mi túnica de ornai. Intento dejar el recipiente en una mesita cercana, a la derecha de mi trono, pero cae al suelo, derramando su contenido; ¿qué más da? Siempre hay algún sirviente que se da prisa por llenar las copas.

Hay más de doscientas personas en este gigantesco salón. La mayoría son guerreros, altos mandos simpatizantes del ornai; entre ellos están, por ejemplo, Aldel, Tebá y Quiro, cercanos a mi trono. También el Cuervo se encuentra en las proximidades, abrazado a una belleza medio desnuda. Hay además ricos mercaderes, prestigiosos constructores y otros hombres ilustres que gozan de la simpatía del ornai. Las mujeres, libres o esclavas, bellas o feas, jóvenes o maduras, beben algo menos que los varones, pero también se prestan a los juegos amatorios, a las carcajadas y a la conversación chispeante.

Tras la cena se retiró la gran mesa cuadrada que rodeaba las paredes del salón y los sirvientes trajeron cojines enormes, formando un círculo alrededor del centro de la estancia. Sobre ellos permanecen ahora, sentados o medio tumbados, los fiesteros. Una nube de esclavos atiende a quienes les llaman a gritos para que les llenen las copas. A estas alturas ya hay charcos de vino por todas partes y los mozos se afanan por limpiarlos. Algunos muchachos o muchachas de la servidumbre han sido atrapados por mis queridos comensales y se han visto obligados a complacerles, pues al fin y al cabo les está prohibido negarse. Varios músicos, en un extremo de la estancia, tocan sus instrumentos de cuerda y viento, componiendo vivarachas melodías. A ratos actúan grupos de bailarines, tragafuegos y malabaristas.

Es una fiesta muy animada.

Prefiero que no estén aquí Irla, ni Sorcán, ni tampoco Orblad; una parte de mí no quiere que me vean en este estado de embriaguez.

Pero odio esa parte de mí y la aplasto, ya que soy el ornai y no ha de importarme lo que piensen los demás; no tengo que dar explicaciones ni sentir vergüenza ante nadie; esta es mi fiesta y me ahogaré en alcohol si ese es mi deseo.

Doy un puñetazo en la mesa.

—¡Quiero más vino! —grito.

Se acerca corriendo una chica delgada y nerviosa. Tebá, echado en su cojín, le da un puntapié cuando pasa por su lado.

—¡Vamos, deprisa, tonta! —gruñe, con la voz ronca por los excesos —. ¡Estás haciendo esperar al ornai!

—¡Perdóname, señor! —se excusa la chica, mientras me llena la copa.

—¡Largo! —le pongo la mano en un hombro y la empujo mientras me levanto.

La joven casi tropieza, pero recupera enseguida el equilibrio. Aldel, bastante bebido, le amenaza con el hueso de dulo que ha estado mordisqueando y la muchacha gime y escapa a la carrera, provocando las carcajadas de los más cercanos.

Levanto la copa y la música se detiene. Poco a poco, los murmullos van cayendo.

—¡Brindemos! —grito—. ¡Por Quiro y Tebá, los héroes que van al norte, a defender nuestra patria!

Hay una ovación estrepitosa mientras las gentes alzan sus vasos. Quiro sonríe, tirado en su cojín. Sus ojos castaños chispean por culpa del alcohol y la cicatriz que le deforma la cara, un mar embravecido de ondas de carne, brilla como si estuviera cubierta por una película de cera húmeda. Tebá levanta los brazos, frunce el ceño y suelta un mugido victorioso; me parece una imagen muy divertida y abro mucho los ojos y vomito una carcajada. Algunos ríen, pero otros no parecen haber captado la alegría del momento, y eso me enfurece.

—¡Reíd, hijos de puta! —les ordeno con voz insegura, tambaleándome sobre el trono—. ¡Reíd como ríe vuestro ornai!

Me obedecen, primero con sonrisas débiles y después arrebatados por una hilaridad incontenible. La sala parece una jauría de fieras que rugen su alegría: rostros enrojecidos y sudorosos, barrigas temblorosas, pechos que suben y bajan desafiando el escote del vestido, ojos desorbitados o cerrados con fuerza, dientes, lenguas, labios húmedos; vino, lujuria y carne. Mientras bebo sangre de uva, les contemplo extasiado. Se me antoja que soy un dios de los excesos; todos tienen que adorarme.

Llevo mi mano a la espada y la desenvaino. Me siento y pongo el acero sobre mis muslos, sin soltar la empuñadura.

Lo han visto y las risas van descendiendo, casi hasta desaparecer, volviéndose jadeos y toses. Les miro, sonriendo y apretando los dientes. Mis ojos se demoran en cada uno de ellos. Saben que puedo ordenarles venir al trono para clavar esta espada en su nuca. Algunos, como el Cuervo, Aldel, Tebá o Quiro, tienen hierro en sus ojos, pero otros, sin embargo, empiezan a sentirse invadidos por la angustia, o por el miedo crudo y puro.

El silencio se espesa más y más.

—¡Reíd! —les ordeno, con los ojos muy abiertos—. ¡Vamos, reíd!

Para dar ejemplo, vocifero una carcajada salvaje.

Y vuelven a imitarme, y otra vez las risas inundan la estancia, pero esta vez el regocijo suena artificial: las mandíbulas están apretadas y los músculos faciales se tensan en un rictus que parece una mueca más de dolor que de alegría.

Sin embargo, mi placer sí es verdadero. Me encanta saber que soy dueño y señor de todos ellos.

Ya que no puedo tener amor, tendré poder.

Me levanto y agito la espada, complacido al ver que su miedo es mayor, aunque nunca dejen de reír. Algunos han empezado a llorar, a pesar de seguir curvando sus labios hacia arriba.

Entonces guardo la espada y se oye un gran suspiro de alivio. El rictus de risa crispada desaparece.

—¡Música! ¡Bailarines! ¡Danzad y divertíos, amigos míos!

Agarro la copa y trago el vino como si fuera agua. Todo se bambolea a mi alrededor. Cierro los ojos y los abro algún tiempo después, cuando ya la orgía está avanzada. Los amantes se revuelcan sin pudor alguno sobre los cojines y esa visión de hombres y mujeres convertidos en alimañas asquerosas me agrada. En contraste, muchos otros fiesteros están ya dormidos, con la mente devastada por el alcohol. La música truena en mi cabeza y las bailarinas giran y ejecutan danzas exóticas, como llamas de carne. Busco desesperado una copa de vino y alguien me la pone en la mano. Bebo.

—¡Todos te quieren, Dargor! —chilla Tebá, desde su cojín, no muy lejos; no logra mantener abiertos los ojos y se tambalea, a punto de desplomarse.

Veo al Cuervo boca arriba, roncando de manera estrepitosa. Quiro y Aldel están tumbados uno frente al otro, echando un pulso.

—Todos… te quie… —La voz de Tebá desaparece, dejo de oírla aunque él sigue moviendo los labios.

—Cierra la boca —digo—. No sois más que un hatajo de necios.

Quiro se vuelve hacia mí.

—Cálmate, mi ornai —me dice, con voz insegura.

Aldel aprovecha para estrellar el puño del rival contra el suelo.

—¡Te vencí! —grita.

—¡Ha sido trampa!

—Eres un bicho deforme y asqueroso —le digo a Quiro. Mis palabras se arrastran y serpentean una detrás de otra, como lagartijas perezosas—. Deforme. Asqueroso.

Quiro me mira. El tejido cicatricial parece perder color y se vuelve amarillento. En sus ojos la borrachera empieza a ceder. Intenta sonreír, pero le sale una mueca extraña.

—Ya sé que no soy el más guapo de aquí, pero…

—No te hagas el gracioso —contesto—. Mírate en un espejo: ¡das pena! Las mujeres vomitan después de besarte. Eres un engendro.

El rostro de Quiro queda impasible. Su pecho empieza a subir y bajar con rapidez y los músculos, bajo la carne deforme, se tensan. Tebá y Aldel nos miran en silencio. La música sigue sonando y los amantes y los bailarines continúan entrelazados en sus respectivas danzas. Aquí y allá la gente ríe y charla, pero en torno a nosotros cuatro solo hay silencio y tensión.

Sospecho que Quiro va a intentar golpearme. Bien. Es lo que estoy deseando. Un poco de sangre no vendrá mal para amenizar la velada.

Se levanta, respirando con furia y apretando los labios, pero de pronto se relaja, como si hubiera tomado una decisión; da la vuelta y atraviesa la enorme estancia, empujando a un par de borrachos, hasta la salida.

Sonrío como una alimaña y me llevo la copa a los labios.

—Te has excedido, Dargor —me dice Aldel.

Tebá resopla y aparta la mirada: no quiere inmiscuirse.

—Hago lo que me viene en gana —contesto, mirando al frente con tozudez.

—Solo porque eres el ornai.

—Tú lo has dicho.

Me mira durante muchos latidos, compone una extraña mueca, se encoge de hombros y empieza a alejarse, acariciando su barba. Cuando miro hacia mi derecha, Tebá tampoco está.

El único que sigue cerca de mi trono es el Cuervo. Aún ronca.

Todos mis amigos se marchan. Me abandonan.

Es lógico porque yo no soy de aquí; no soy uno de ellos; me siento un estúpido y un niño ante estas gentes implacables; ellos me temen, pero no me admiran.

Bebo un trago más, notando cómo la alegría se va esfumando poco a poco de mi corazón.

Si fuera uno de ellos no habría perdido a la mujer que amo. La habría tratado con crueldad, la habría mantenido a la fuerza junto a mí, como un objeto y una muñeca; ella me odiaría noche tras noche, pero me pertenecería solo a mí; ningunas otras manos la tocarían y nadie más que yo la besaría… Pero la he dejado irse, se ha escapado tras insultarme y despreciarme… ¡A mí, que soy poderoso y puedo llenarla de joyas y riquezas! ¡A mí! Puta traidora…

Miro a los guerreros borrachos. Son hombres arrogantes y crueles y yo me considero mejor que ellos; pienso que mis ideales son más elevados y quiero aborrecerlos, como si fueran bestias salvajes. Pero en el fondo yo no soy mejor: he insultado a Quiro y he provocado el miedo en los asistentes a esta fiesta… Y me ha gustado. No, no soy

como ellos, pero en el fondo querría serlo, desearía tener su seguridad, su firmeza y su valor. Son unos bastardos egoístas, pero ellos no temblarían ante la muerte como he hecho yo, de manera vergonzosa, una y otra vez; ellos se enfrentarían a sus rivales cara a cara y si fuera preciso morirían bajo los aceros, insultando entre espumarajos de sangre a sus asesinos. En contraste, yo sollozaría y pediría clemencia a mi enemigo, escuchando sus risas de desprecio y burla.

Me he creído superior solo porque toda mi vida he vivido sin peligros a la vista, gozando de mil comodidades, pero cuando la muerte se acerca ya no caben las hipocresías, ni las utopías, ni los ideales elevados; cuando la muerte se acerca solo cabe apretar los dientes y actuar con decisión. Justo lo contrario de lo que suelo hacer.

Bebo de la copa hasta acabar todo el vino. Aprieto los labios. Llamo al jefe de sirvientes con una mano y él se apresura a venir.

—Escúchame bien —le digo, con voz serena—. Manda a todos tus esclavos a buscar a la sirvienta Irla y también al general Sorcán, que prefirió no asistir a mi fiesta. Tráelos cuanto antes. Si tu tardanza me desagrada te cortaré yo mismo la cabeza, en este mismo lugar. ¿Hace falta repetirlo?

—¡No, señor!

—Corre.

Veloz, empieza a reunir a sus gentes.

Sonrío. Puedo ser como ellos si me lo propongo. Puedo serlo.

Sigo bebiendo, ahora de manera pausada, haciendo durar cada trago. A veces caigo en una especie de sopor en el cual el delirio y la realidad se confunden en un caos espantoso. Mi razón da vueltas dentro de mi cabeza o bien es eclipsada por nubes de locura espesa y tenebrosa.

Una mano me zarandea.

—Hice lo que me ordenaste, señor: el general Sorcán ya está aquí, y también esa esclava, Irla.

—Bien.

Reúno fuerzas y me levanto. La decisión vuelve a mí.

—¡Que venga a mi presencia mi fiel general Sorcán! —bramo.

Las voces de los que aún están despiertos mueren; la música se detiene.

De entre la muchedumbre sale una figura que conozco.

Sorcán viste la túnica roja del guerrero, incongruente en esta celebración, y lleva la espada al cinto. Quizá se estuviera ejercitando con las armas cuando lo hice llamar…, aunque lo dudo. Me mira. Ahora no hay tanta hostilidad en sus ojos, sino tristeza, y no por él, sino por mí.

—¡Acércate, Sorcán!

—¿Qué quieres de mí, ornai? —pregunta.

Consigo no tambalearme y señalo el suelo ante mis pies.

—Arrodíllate y humilla la cabeza —ordeno, pronunciando con fuerza cada palabra.

Una corriente de angustia recorre el gentío, pero nadie abre la boca. Sorcán abre mucho sus ojos y el pesar desaparece de ellos, relevado por una ira enorme, un odio que me aturde; son los mismos ojos que vi mientras me apuntaba a la garganta con su acero, en las Casas de la Guerra, la misma fiereza contenida a duras penas.

Pero ahora se las ve no con un compañero de adiestramiento, sino con su ornai, y el deber le obliga a obedecer.

Desenvaino mi espada con lentitud. Oigo gritos sofocados.

—Esta noche llevaré a cabo la Ceremonia de la Muerte o el Gran Honor —anuncio, empuñando con fuerza el arma—. El general Sorcán recibirá de mí el justo castigo para sus faltas o bien la merecida recompensa por sus buenos servicios.

Le veo arrodillado, levantando la cabeza. Los dos nos miramos mientras agarro la espada como un puñal y la levanto, preparado para clavarla en la carne y el hueso.

—No lo hagas, Dargor.

Me vuelvo, sin cambiar mi postura. Es el Cuervo. Ha despertado y ya no hay signos de alcohol en su rostro.

—¿Recuerdas quién soy, Cuervo?

Agacha la cabeza.

—Perdóname, ornai.

Asiento en silencio, complacido. Miro alrededor, hasta hallarla.

Irla se apoya en una columna; sus ojos están muy abiertos y llora sin poder contenerse; parece a punto de sufrir una conmoción y perder el sentido. Sigue despierta, bonita. Quiero que lo veas.

Miro hacia abajo y encuentro de nuevo los ojos de Sorcán.

Voy a matarlo por dos razones.

La primera es que me amenazó de muerte hace varios alagas, durante el transcurso de una pelea amistosa con las espadas; él me humilló y eso es algo que un ornai no puede tolerar.

La segunda razón —y la más importante— es que me ha quitado a la mujer que quiero, ya que él es el amante secreto de Irla, como me reveló el Cuervo esta misma mañana.

Sorcán también la quiere y por tanto no es extraño que estuviese a punto de clavar su espada en mi garganta cuando tuvo ocasión, deteniéndose solo gracias a un gran esfuerzo de voluntad: sabía que yo tenía a su amada cada noche, a mi merced, y él no podía evitarlo porque yo soy el ornai y ella era solo una de mis sirvientas.

Ahora va a morir e Irla será mía de nuevo, sin competidores. Me odiará siempre, pero mi orgullo se verá satisfecho.

—Hazlo de una vez —me gruñe Sorcán, como un perro que

muestra los dientes.

—Muestra la nuca.

Baja la cabeza, con lentitud.

Agarro con fuerza la espada y tomo aire.

Recuerdo que no hace mucho vi al sigra Amáer Atur haciendo lo mismo que yo voy a hacer esta noche; entonces me pareció un acto miserable y cobarde, cierto, pero hoy seré yo quien también lo lleve a cabo.

Qué horrible simetría.

Aprieto aún más los dedos en torno a la empuñadura y clavo la mirada en su piel tensa, en la que se marcan las vértebras del cuello. Solo un empujón y el acero entrará suave y partirá el espinazo.

No me muevo. Busco las energías, pero me han abandonado.

No puedo hacerlo.

No… puedo.

Bajo la espada con lentitud y toco su hombro derecho con ella.

—Te concedo no la muerte, sino el honor —me oigo decir, como si fuera otro el que hablara por mis labios—. Serás el segundo General en Jefe de los Ejércitos de Sarlia. Lo mereces, Sorcán.

Levanta la cabeza y me contempla con los ojos desorbitados, empotrados en un rostro tan pálido que parece azul.

—Vamos, levántate —le digo.

La gente suspira de alivio. Unos pocos empiezan dando palmas y al cabo de poco todo son aplausos y se oyen vítores hacia Sorcán y hacia el ornai. Veo a Irla junto a la columna, apretándose los labios con los puños; llora, pero el horror ha pasado y el suyo es un llanto sano que descarga tensiones casi insoportables. El hombre que ama no ha muerto.

Sorcán me mira, intentando entender. Yo también le miro, mientras guardo la espada. Se levanta; sus ojos se llenan de comprensión y luego de respeto.

—Siempre que me necesites, acudiré —promete, con voz grave—. Lo juro.

—Lárgate —respondo.

—Eres un buen hombre, Dargor. No lo olvides jamás.

—Vete y déjame en paz.

Asiente, en silencio.

Le veo alejarse.

Una mujer que era esclava y ahora es libre, una mujer a la que tuve en mis brazos, una mujer a la que amé con toda el alma, se abre paso entre el gentío y le abraza con fuerza. Sorcán la levanta entre sus brazos y ambos se besan con pasión. Después, muy unidos, entrelazados por la cintura, pasan entre los fiesteros que aclaman al general Sorcán, el segundo General en Jefe de los ejércitos sarlios. La

pareja, a pesar de las atenciones de sus múltiples admiradores, sale por uno de los grandes umbrales de este magnífico salón de banquetes, besándose, bebiendo de los labios del amante que a punto han estado de perder.

Aparto la vista.

Mi cuerpo se derrumba sobre el trono. A miles de sorcoras de distancia los súbditos aclaman a Dargor el Temible, Dargor el Fuerte, Dargor el Poderoso; aplauden la generosidad de su señor. Los veo confusos y lejanos a través de las brumas del vino y del pesar, como si fueran un cúmulo de bultos de carne y tela que gesticulan y sonríen y alzan sus copas. Compongo una sonrisa sin alegría y levanto la mano derecha, en un vago gesto de saludo, y los músicos vuelven a tocar los instrumentos, los danzarines bailan, los amantes se unen, los borrachos tragan caldos oscuros; la fiesta renace, a pesar de que cada vez son menos los que todavía están despiertos.

Noto unos dedos fuertes en el hombro; su contacto es sólido y transmite calor.

—Hiciste bien —me dice el Cuervo, muy serio.

Le miro durante unos latidos y luego aparto la vista. Clavo mis ojos en algún punto del suelo de mármol.

—No. Hice lo contrario de lo que me había propuesto. Debí haberlo matado; de tal modo, después la tendría solo para mí. No di satisfacción a mi orgullo y mi rabia. En definitiva, fui débil.

—Confundes la debilidad con la honradez.

Me agarro el rostro con las manos. Siento la cabeza demasiado pesada.

—Dame más vino.

—Has bebido suficiente por hoy, Dargor —advierte el Cuervo—. Deberías dejar este salón y volver a tus aposentos.

Aun así, un esclavo se apresura a llenarme la copa.

—Déjame en paz, Cuervo. Tú no eres mi padre ni mi hermano; acechas en los rincones y espías a mis amantes; haces honor a tu apodo.

—Tus insultos no me afectan, Dargor, porque estás muy borracho. Ve a dormir. Mañana debes estar presente cuando el destacamento de guerreros parta de Sarlia, hacia al norte.

—Los guerreros… —Llevo la copa a mis labios, pero me detengo, y contemplo mi reflejo en el vino oscuro, descubriendo un rostro tenebroso y demacrado que las ondas deforman.

—¿De veras crees que hice lo correcto, Cuervo?

—Sí, sin duda alguna.

Hago un esfuerzo para que no me tiemble la mano y la superficie del vino deja de ondular. Ahora veo mi rostro preñado de sombras, pero dibujado a la perfección: nítido.

Resisto la tentación de beber; aparto la copa de mis labios y la dejo en la mesa.

—Mañana partiré con mis hombres —me oigo decir, con voz firme y clara—. Iré con ellos al norte, al Cinturón; haré frente a la amenaza de los alais y, en caso de que ataquen, los aplastaré sin contemplaciones.

—¿Estás seguro?

—Lo juro —respondo—. Y también juro que no volveré a titubear. No volveré a sentir compasión por mí mismo. Jamás.

El rostro del Cuervo palidece y veo sus ojos abrirse con asombro.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

—¡Has vuelto! De nuevo eres tú, mi señor Dargor: tu expresión…, tu mirada…, ¡todo ello me lo confirma!

—Vete, Cuervo.

—Señor, debes acostarte si quieres estar preparado para viajar mañana.

—He dicho que te vayas. Yo presido esta fiesta y la abandonaré por mi propio pie, cuando me parezca mejor.

—Como ordenes. Me alegro de que de nuevo seas tú. —Parece titubear, pero al final añade—: Te hemos recuperado.

Se equivoca: no soy Dargor Atur y nunca lo he sido; pero sí es cierto que esta noche he cambiado, he tocado fondo, he llegado a algún tipo de límite y a partir de ahora solo puedo avanzar en la otra dirección.

—Márchate y déjame en paz de una vez.

—Como desees, señor. Mandaré a un sirviente a tus aposentos y te despertará con el tiempo suficiente para que puedas prepararte para el viaje.

—Correcto. Adiós.

El Cuervo asiente; parece feliz y satisfecho cuando me echa su última mirada; después, se vuelve y camina hacia una de las salidas del salón.

Ante mí, la fiesta continúa. Abundan los durmientes, pues ya solo la mitad de mis invitados siguen despiertos; no obstante, sus movimientos y palabras son torpes y cansinos; les falta poco para que los excesos acaben de mandarles al reino de los sueños.

Permanezco sentado en mi trono. Un hombre fuerte, solitario y triste. La copa continúa en la mesilla a mi derecha, llamándome, pero no la tomo. Ya basta de alcohol por hoy.

Un mercader rico, ahora tambaleante, enrojecido y sudoroso, se me acerca.

—¡Larga vida a nuestro ornai! —farfulla.

No contesto.

Me mira con más atención y sus ojos brillantes por los excesos se

abren mucho y parpadean, incrédulos.

—Señor, estás… ¡Estás llorando!

—No lo creo —contesto.

—Pero yo… yo mismo… lo estoy… viendo. Las lágrimas… caen de tus… tus ojos…

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! ¡No hay duda alguna!

Llevo mi mano a la empuñadura de la espada y empiezo a sacarla de la funda.

—¿Sigues estando seguro?

Queda un momento inmóvil, mientras contempla el metal salir de la vaina, como una serpiente brillante y afilada que se desprendiera de su piel.

—¡No! ¡Me equivoqué! ¡No estás llorando! ¿Cómo se me ocurrió pensar que… que el ornai podía…?

—Largo.

Asiente con fuerza y se aleja, tropezando, cayendo, levantándose, corriendo y volviendo a trastabillar, hasta salir de la estancia. Devuelvo el arma a su funda y me paso el dorso de las manos por el rostro, limpiándolo.

—Estás triste, mi ornai.

Reconozco esa voz que sabe a dulce y aguardiente, a veneno y a placer. Tala se sienta sobre mis rodillas y me pasa los brazos alrededor del cuello. Viste una túnica gaseosa y oscura, como una nube de seda que le envolviera el cuerpo desnudo. Los collares, ajorcas y pendientes resplandecen contra su piel suave y aceitunada, y lleva suelta su melena castaña y ondulante. Casi había olvidado lo hermosa que es, el embrujo de sus ojos dorados y la sonrisa cautivadora y temible de sus labios rojos y llenos. Irla es un ser sencillo y sin dobleces, todo lo contrario que Tala, que tiene una ambición desmedida y un talento innato para envolver, hechizar y sacar ventaja. Las dos son muy bellas, pero poseen distintos tipos de atractivo.

Sonrío, apretando las mandíbulas, y le ciño el talle con mis brazos. Sus dedos juguetean con los bucles de mi cabello y los rizos de la barba y me mira desde muy cerca, sonriendo de manera suave y a la vez calculadora.

—No estoy triste, ahora que vuelves a mi lado —contesto.

Su sonrisa se ensancha.

—Tengo esa virtud; mi presencia alegra el corazón de los hombres. —Levanta una ceja y frunce un poco los labios, pensativa—. Irla no te convenía. Es demasiado sencilla. Pueril.

—Las noticias corren veloces por los pasillos del palacio.

—Las noticias no corren, Dargor; vuelan. Pero algunas escenas cuentan más que mil palabras, escenas como la de antes, en la fiesta.

Sorcán no se fue mal acompañado, ¿verdad?

Suelto el aire con fuerza.

—Ten cuidado, Tala. Puedo tomarme a mal tus bromas.

Compone una expresión de inocencia angelical.

—Lo siento. Me propasé. No volverá a ocurrir. Pero sabes que llevo razón; Irla no está hecha para ti; es demasiado tibia y transparente y te hubieras acabado aburriendo de ella.

—Necesito otro néctar, ¿verdad?

—Claro, me necesitas a mí. —Sus ojos se endurecen—. Irla es una segundona. Yo soy la mejor. Soy la que te conviene, amor mío. Una vez me amaste con fiereza; puedes volver a hacerlo.

—Ya no te amo, Tala. En realidad, sospecho que mi capacidad de amar a nadie, y menos a mí mismo, quedará muy menguada tras esta noche.

Levanta las cejas y deja de juguetear con mi pelo. Noto que tras su fachada dulce y melosa se encuentra la dureza del hierro, y esa fuerza empieza a salir.

—Pero me gustas, Tala, me gustas mucho. —Parece relajarse y entrecierra los ojos con placer—. Eres una auténtica puta, pero al menos tú no me puedes engañar ni herir.

Suelta una alegre carcajada y después sonríe de lado, cruel.

—También tú tienes trapos sucios en el cofre, mi querido ornai.

—Es verdad. Esta noche he descubierto que no soy tan bueno como pensaba. Hay bastante mugre en mi interior.

Me acaricia el rostro con dos dedos.

—Así pues, cariño, no somos tan distintos. Podemos pasarlo muy bien juntos, como en los buenos y viejos tiempos.

—No voy a envenenarme contigo; eres demasiado dura y pareces no temer a nada ni a nadie.

Acerca su rostro y me acaricia con sus labios el lóbulo de la oreja.

—Te voy a confesar que sí hay algo a lo que temo —susurra, con dulzura.

—¿Y qué es?

Me mira a los ojos, seria y pensativa. Nuestras narices casi se tocan e intercambiamos nuestras respiraciones calientes.

—Solo hay dos cosas a las que temo en este mundo: la pobreza y la vejez.

Se toca el collar de oro y lo admira, pensativa. Sus ojos brillan como llamas.

—Puedes estar tranquila en cuanto al primero de tus dos miedos —contesto—, pero… ¿y el segundo?

Suelta el collar y parece contemplar algo lejano, más allá de mi cabeza.

—Ha de llegar un momento en que mi piel se cubra de arrugas y mi

pellejo caiga flácido. Llegará un día en el cual miraré al espejo y no veré a una diosa, sino una carcasa decrépita; las piernas no podrán sostenerme y tendré que utilizar bastones; quizás pierda la memoria; ya no seré ágil, ni rápida, ni fuerte.

—¿Y qué harás entonces? —pregunto.

—Antes de que todo eso ocurra pondré fin a mi existencia. Todo acabará con un veneno indoloro que me alejará de los sufrimientos de este mundo, para dormir por siempre un sueño plácido e inacabable.

Asiento un par de veces, despacio.

—Lo tienes todo pensado.

—En efecto. —Me besa en los labios con lentitud abrasadora y luego se separa—. Pero hasta que llegue ese momento quedan muchos placeres por probar, mi querido ornai.

Sonrío y la agarro con fuerza, ella jadea y nos besamos con lascivia. Todo esto me agrada porque no hay amor de por medio y los dos lo sabemos; así es mejor.

Me levanto cogiéndola en brazos, ella lanza un grito sorprendido y ríe. La dejo en pie y seguimos besándonos, como animales encelados. Echamos a andar hacia una de las salidas, en busca de un lecho cómodo y caliente. Mientras salimos compruebo que solo uno o dos invitados siguen en pie; no se oyen música ni conversaciones y los amantes yacen unos en brazos de otros, roncando; aquí y allá hay cuerpos sin sentido, como cadáveres tras una batalla, y entre ellos, los sirvientes limpian y recogen.

La celebración ha muerto.

Hoy visto la túnica roja, ceñida por un cinto grueso de cuero negro, y sobre ella está la coraza, en cuyo bronce dorado han sido marcados los músculos del pecho y el abdomen. Por encima de la armadura un tahalí cruza mi cuerpo, desde el hombro derecho a la cadera izquierda; sostiene la funda con la espada corta. En la parta inferior de mis piernas llevo grebas. Mis pies, por supuesto, están descalzos. La capa abrochada sobre un hombro me cubre desde el cuello a las rodillas y queda abierta por el costado derecho; es una prenda útil para combatir el frío y los soldados pueden utilizarla además como manta en las noches heladas; pero cuando Croaga golpea con fuerza los guerreros desplazan el broche y el manto cae por encima de los hombros, hacia atrás, dejando al aire el pecho, los brazos, el abdomen y las rodillas, y si la temperatura sube aún más se quitarán la capa y la doblarán hasta convertirla en una especie de bufanda ancha, que enrollan desde un hombro a la cadera contraria. El casco está cerrado por los lados, pero tiene una abertura frontal que sube hasta la nariz y se agranda en dos huecos almendrados que forman sendos ojos de bronce con expresión colérica; un nasal rectangular baja hasta el bigote. Mi mano izquierda empuña la lanza y el brazo derecho sostiene el enorme escudo redondo.

Así es como visten todos los guerreros sarlios, estos son sus atavíos habituales. Sin embargo, hay pequeñas diferencias que separan a los mandos de los subordinados, como por ejemplo las rayas de pintura sobre el casco, que van desde la nuca a la frente; en mi caso tengo tres, paralelas y blancas, que denotan el rango de ornai. Además, mi capa es de color blanco, a diferencia de las granates de los soldados. Los generales tienen las rayas del casco azules y las capas del mismo color que la tropa. Se utilizan otros colores para diferenciar a los mandos de cada cuadro de lanzas, porque en el caos de la batalla los infantes deben reconocer a quienes los guían. Otra diferencia más respecto a los superiores es que los soldados llevan, sujeto al cinto, un cuchillo envainado; es más una herramienta cotidiana que un arma para pelear y suele utilizarse como cubierto a la hora del rancho; los durbanos desconocen el tenedor y para pinchar la carne usan el mismo cuchillo con el que la cortan. A la hora de combatir el guerrero usa su lanza en distancias largas y cuando el combate se vuelve cerrado y confuso la abandona por resultar aparatosa y desenvaina la espada corta, ideal para estos lances.

Casi todos los soldados tienen conocimientos rudimentarios en cuanto a la cura de heridas, así que suelen guardar en una bolsita de cuero, colgante del cinturón, agujas e hilo de sutura. Los que saben de cirugía pueden llevar también bisturís, lancetas, pinzas y más

instrumental, pero por comodidad suelen dejar todo esto en alguno de los carros de impedimenta que siguen al ejército.

Un tema interesante es la decoración de los escudos: por su cara externa los escudos sarlios son todos de color rojo, llevan una banda dorada sobre el borde circular y un círculo central escarlata con la letra inicial de la palabra *Sarlia*. En español, mi idioma natal, la grafía sería la de la letra *S,* pero el equivalente durbano es una especie de *A* mayúscula, pero sin la línea central y con dos puntos a cada lado del ángulo superior. En la banda dorada exterior cada guerrero puede grabar su propia leyenda; estas frases están escritas en primera persona, como si el arma tuviera vida propia: *Pertenezco a Arión Laxa Teryán. Mi piel le protege de la lanza y la espada, como un padre a su hijo*, o *Mi amo avanza y yo arrollo. Sea mi amo maldito si alguna vez retrocede*. También la lanza lleva su propio mensaje en la madera, del tipo *Mantén la mirada recta y el brazo fuerte* o *Mi sed nunca se agota*. También hay lemas en la hoja de la espada y casi todos aluden al valor y al coraje; por ejemplo, el auténtico Dargor, el verdadero dueño del cuerpo que ocupo, ordenó grabar en el acero que hoy llevo envainado en la cintura el lema: *Quien ose, que me empuñe*.

Si bien las espadas y las lanzas son parecidas en casi todas las ciudades-estado de Durba, los escudos se diferencian en los colores y las letras que muestran. Esto es fundamental para distinguir en el campo de la lucha, entre el polvo que miles de pies levantan, al compañero del enemigo. Con los bárbaros alais no hay confusión posible porque llevan poco más que pieles sin curtir, sus armaduras son pobres —casi todas de cuero endurecido— y sus escudos son meros discos de madera basta y negruzca, sobre un alma de metal.

Todas estas impresiones cruzan como un rayo mi mente mientras contemplo las líneas de guerreros de la Guardia del Ornai, distribuidas en perfecto orden, en cuadros de cascos, escudos, cascos y puntas de lanza; hoy llevan la capa echada hacia atrás, como si fueran grandes señores y no simples soldados.

Levanto mi lanza y la apunto hacia el frente.

—¡Adelante! —grito—. ¡Marchad!

La muchedumbre agolpada en las murallas cercanas a la Puerta Norte estalla en vítores y palmadas cuando la arrolladora maquinaria bélica sarlia se pone en movimiento. Los dos mil guerreros de la Guardia del Ornai echan a andar al unísono, como un solo ser, un solo cuerpo, un erizo gigante con una epidermis de metales, con las púas erizadas. La orquesta, bajo el palco de honor cercano a las altas batientes de la Puerta Norte, hace sonar sus tubas y trompas, sus címbalos, sus platillos y bombos, y da a luz himnos bárbaros y majestuosos. Como si fueran un instrumento más, miles de gargantas de los ciudadanos sarlios arrojan voces efusivas a sus guerreros.

Algunos incluso lanzan flores y tiras de seda coloreada sobre los soldados, que siguen avanzando como autómatas, indiferentes, sin hacer caso de nada; pero el público no parece molesto por tal desaire, sino todo lo contrario: cualquier cosa se le perdona a quienes tal vez caminen hacia la muerte. Al final, el valor lo redime todo.

—¡Marchad! —grito.

Camino delante del ejército. Unos pasos detrás de mí están el Cuervo, Tebá y Quiro, y después de ellos camina la muchedumbre armada, la tropa. Tras ella se mueve una línea de diez carros enormes, tirados por los poderosos y lentos argos; los vehículos llevan raciones de campaña y diversos útiles y herramientas. La carga de intendencia es pequeña porque vamos a cruzar territorio sarlio hasta el Cinturón y en cada aldea y villa nos darán todo lo que necesitemos.

Ante mí, las batientes de la Puerta Norte se abren aún más cuando los esclavos musculosos empujan sus ruedas y engranajes, bajo el mordisco del látigo.

En el palco de honor hay gentes poderosas. El sigra está allí, muy digno, lejos del vino solo hasta que termine este acto de despedida. Quizás esté sorprendido de que por último, y de manera inesperada, yo haya accedido a ir hacia la frontera liderando este ejército; si así es, no lo demuestra; una máscara impenetrable oculta sus sentimientos. Viste ropas militares, como si fuese él quien dirigiese las tropas.

A su lado se encuentra, cómo no, Nigur, con sus eternos ropajes sacerdotales. Su sonrisa pretende ser amable pero me produce escalofríos; la calva contribuye a imaginármelo como un enorme buitre que se prepara en silencio para el banquete, con los ojos puestos en un buen montón de carroña.

Distingo a Aldel, con su larga barba, muy estirado. También está allí Sorcán, impasible y recio como una estatua. Aparto la mirada de él; no deseo verle. No muy lejos se halla Orblad, el viejo pensador ciego, apoyado en su bastón; su sonrisa perenne se me antoja la de una bestia peligrosa, satisfecha tras la pitanza.

No veo por ninguna parte a Irla ni a Tala. Lo prefiero.

Las batientes ya están abiertas del todo. El estruendo marcial de la orquesta llena mis oídos.

Todavía no sé por qué me encuentro aquí.

Sin embargo, esto es lo que quiero hacer y no deseo hacerme más preguntas. Quizás mi naturaleza sea contradictoria y mis decisiones poco fiables, pero ya no me importa; todo parece sólido y correcto y necesario en este momento, mientras atravieso la Puerta Norte de Sarlia, rumbo hacia el Cinturón, al mando de un contingente armado, para comprobar si se prepara o no una invasión de los bárbaros, y detenerla de raíz en caso afirmativo.

Salimos a los campos de Sarlia, bajo Croaga esplendoroso. Marcho el primero, pisando con mis pies desnudos y callosos el camino de tierra.

Nos vamos alejando de las murallas y pasamos ante las últimas casas y barracones de los arrabales que rodean la ciudad. A nuestras espaldas Sarlia parece estirar hacia el cielo sus brillantes torres y cúpulas, como si no quisiera perdernos de vista mientras nos alejamos de ella.

Cuando los últimos carros ya han salido los esclavos vuelven a tirar de la rueda y los dos batientes de la Puerta Norte, de manera lenta y esforzada, empiezan a cerrarse una vez más.

Los alagas van transcurriendo sin prisa ni pausa mientras proseguimos la marcha hacia el Cinturón.

Los guerreros de Sarlia están acostumbrados a las largas caminatas, así que nadie se queja, a pesar de que a veces Croaga golpea fuerte en el cráneo. Paramos tres veces cada alaga para realizar las pertinentes comidas y por la noche dormimos al raso, bajo las estrellas. Las gentes de las aldeas nos miran con mayor o menor cariño, pero siempre con respeto. La disciplina impide cualquier tipo de saqueo o violencia contra los civiles: el soldado sabe que estos actos se castigan con una muerte que no es rápida ni indolora. Tampoco hay tiempo ni ganas para divertirse, pues las muchas clepsidras de marcha obligan a los hombres a comer lo máximo posible y aprovechar a fondo los momentos de descanso; no hay casi trifulcas y tampoco se celebran las competiciones normales en cualquier soldadesca inmovilizada y privada de acción.

En cuanto a mí, me he ido acostumbrando a esta empresa, tanto en el plano físico como en el mental.

Tras la primera jornada de marcha sentí los músculos ardientes y pesados; es un cansancio que invade poco a poco y no se siente mientras uno continúa moviéndose, pero al detenerse el agotamiento golpea fuerte cada miembro y uno teme el momento de levantarse y volver a caminar. Sin embargo, ya en la tercera jornada mi cuerpo empezaba a acostumbrarse a esta rutina, y en la cuarta sentí que me embargaba una extraña euforia, una sensación de plenitud física; cada paso no era ya una tortura y sentía, antes que pisar el suelo, flotar sobre él. Empecé a cogerle el gusto a este esfuerzo físico y al final he entendido que el hombre no es solo un ser pensante, sino también un animal con músculos que se siente feliz al usarlos y fortalecerlos.

En cuanto a mis emociones, también he ido acostumbrándome poco a poco a ellas, hasta controlarlas. Durante el primer alaga de viaje se apoderaron de mí las dudas y, sobre todo, el miedo a la muerte: estaba

caminando hacia una más que posible guerra y no resultaría difícil que al final de este camino hallara un puñal o una lanza clavados en mi pecho. Había leído muchas historias de guerreros, pero ahora yo era el protagonista. Descubrí entonces que no había nada de excitante en lo que estaba haciendo; ningún espíritu aventurero o épico me embargaba; más bien, no podía quitarme de la cabeza la posibilidad real y auténtica de tener que pelear con salvajismo por mi vida y quizás perderla en algún triste campo sembrado de cadáveres. Me había dejado llevar por una decisión repentina y estúpida y ahora anhelaba volver a la seguridad del Palacio del Poder de Sarlia. Podría haber ordenado la vuelta del ejército o al menos intentar escabullirme de este viaje, pretextando cualquier excusa para abandonar este contingente armado y regresar a mi seguro Palacio del Poder… Pero habría sido demasiado humillante: sentiría dos mil pares de ojos despreciativos clavados en mí y no habría forma de ocultar mi cobardía.

Llevado por un loco orgullo, seguí caminando.

En el segundo alaga el miedo se intensificó y clavó sus garras como garfios dentro de mi mente; congelaba mis pensamientos y casi no atinaba a decir nada sensato. Para disimularlo me escondí tras una fachada impasible y hosca, pero sospechaba que el Cuervo y algunos otros, tal vez, descubrían mis temores. Si fue así, no dijeron nada. Según pasaban las clepsidras era más difícil ocultar el temblor de mis manos; transpiraba un sudor frío y pegajoso que empapaba mi espalda y mi cabeza; a veces notaba el corazón desbocado y tenía dificultades incluso para tragar aire. Cuando llegó la noche de este segundo alaga me eché sobre mi capa y quedé rígido, mientras la idea de la nada infinita, la disolución final, crecía y crecía en mi mente. Una vez sentí la muerte muy cerca, en la cama de un hospital, y entonces la acepté, y hasta la esperaba con ganas, pero ahora ya no estaba atrapado en un cuerpo marchito, sino en otro lleno de vida y vigor, y en torno a mí había un mundo terrible y magnífico que disfrutar, una existencia que beber hasta la última gota. Ahora, tenía demasiado que perder. Sentí que el miedo se transformaba en pánico; la angustia era casi intolerable. Por primera vez en mi vida aprendí a luchar con desesperación contra mi propia mente.

Pero sin saber de dónde, saqué fuerzas y resistí.

En el tercer alaga el miedo empezó a caer. Me estaba acostumbrando a él, de modo parejo a como mi cuerpo se habituaba a la dureza de las caminatas; los temores se tornaban llevaderos y me iba insensibilizando. Cercana la noche, dejé de sentir terror. El miedo estaba ahí, siempre agazapado, dispuesto a saltarme al cuello y hacerme trizas, pero comprendí que lo había domado, ya podía controlarlo y mantenerlo quieto en su jaula, por mucho que mordiera

con rabia los barrotes y me rugiera su ira y su odio.

En algún momento indeterminado empecé a sonreír más y más, hasta lanzar una carcajada estruendosa. Tebá y Quiro no caminaban muy lejos y me observaron con curiosidad, y el pequeño general incluso lanzó alguna broma que relacionaba mi poca cordura con mi falta de virilidad. El Cuervo me miró con aire enigmático y no dijo nada; es perro viejo y tal vez sabía de qué trataba el asunto.

En los alagas sucesivos empecé a interesarme de nuevo por cuanto veía. Estábamos atravesando las tierras septentrionales de Sarlia, así que el terreno iba cambiando. Las llanuras agrícolas ganaban aspereza, la tierra se endurecía y menudeaban los pedregales, las rocas y los montes pelados o cubiertos de oscura vegetación. Las frondas crecían aquí y allá y en el horizonte aparecían charcos verdosos, compuestos por árboles parecidos a los pinos, pero más altos y gruesos, con el tronco marrón y amarillento y las hojas casi negras. A veces debíamos cruzar riachuelos de poca profundidad y corriente rápida; son pequeños ramales de otros ríos, a su vez afluentes del Amitas, que baja desde las mismísimas Negai. En estos territorios encontramos poblachos desperdigados y algunos incluso parecían colgar del borde de los montes. Sus habitantes viven sobre todo del pastoreo de trebios, abundantes en estas alturas, y de la crianza de dulos.

Según nos acercábamos más al Cinturón, mi curiosidad sobre los asuntos sarlios volvió a invadirme, así que el Cuervo me explicaba otra vez acerca de las costumbres y estrategias de los alais. También intercambié bastantes bromas con Tebá.

Pero Quiro está sumido en su mutismo y me evita con helada cortesía; quizás aún esté ofendido por la burla cruel que hice de su rostro deforme, durante el banquete de despedida. Es evidente que tardará mucho tiempo en olvidarlo… Si es que lo consigue.

Sí, han pasado ya muchos alagas de marcha, nueve en total.

En este, el décimo, al fin podemos contemplar, lejana, la cordillera de las Negai. Es un muro grisáceo y rocoso que se alza con orgullo sobre el horizonte. Hay un punto en el que la línea pétrea se corta, un vacío en la pared: el Paso. La mirada lo atraviesa y descubre otras franjas montañosas, aunque más suaves, cubiertas por una alfombra verde; es el mar de bosques umbríos que conforma el gran país de los bárbaros alais.

Nos acercamos a una zona pedregosa y arisca donde el viento sopla cortante. Del suelo brotan las lomas con bosques pequeños. Las torrenteras circulan por las gargantas. Entre los cerros hay llanos de tierra dura, salpicados de rocas y cantos de formas caprichosas.

Es en estos lugares donde se levantan las seis fortalezas que forman el Cinturón, la última barrera entre la civilización sarlia y la barbarie

alai. Cada una de ellas es un castillo resistente y elevado, y sus nombres son: Peñafuerte, Peñaclara, Peñanegra, Peñagrís, Peñablanca y Peña de los Pesares. Nosotros nos dirigimos hacia la central, Peñanegra, donde nos esperan los generales al mando del Cinturón. Hay menos de un alaga de camino entre cada dos fortalezas consecutivas, así que las tropas pueden viajar de unas a otras con rapidez para socorrer a cualquier fortaleza en caso de quedar rodeada por los enemigos.

Más allá del Cinturón hay varios sorcoras de terreno pedregoso, en el cual se alternan llanuras y altozanos, hasta alcanzar el tempestuoso río Amitas, que nace en lo profundo de las Negai y cruza de manera casi longitudinal el Paso. Hay allí tres puentes de roca y cemento, casi indestructibles, cuyos pilares se hunden en las aguas rápidas y profundas; los tres puentes se llaman Arcor, Bravo y Lengua de Piedra. Son el paso obligado entre Sarlia y las Negai.

A media mañana nos sale al paso una embajada desde Peñanegra, para darnos la bienvenida y escoltarnos hasta las puertas del castillo. El grupo está liderado por un tal Sotram, un líder de cien, que a su vez representa al general Urbá, el dirigente máximo de las tropas del Cinturón. Tras los saludos protocolarios le interrogo acerca de la situación en el Paso, pero me dice que es el propio Urbá quien prefiere ponerme al corriente de todo, ya que desea hablar conmigo antes de que caiga la noche. El Cuervo parece extrañado, al igual que Quiro, y Tebá empieza a protestar por este hermetismo ante el ornai; pero les tranquilizo y acepto las condiciones del embajador, quien, al fin y al cabo, no tiene la culpa de estar cumpliendo una orden. Por lo demás, se muestra cortés y se interesa por los últimos acontecimientos de Sarlia. Sin embargo, noto tensión y preocupación bajo esta fachada de aparente normalidad.

Sospecho que las malas noticias rondan el Cinturón.

Cuando Croaga llega al cenit distinguimos al fin la figura de Peñanegra.

Es un castillo cuadrado y feo, difícil de tomar por la solidez y altura de sus murallas y por encontrarse en la cúspide de un oscuro otero de piedra. Por el oeste aún puede verse la figura de Peñaclara, otra fortaleza, sobre una línea de montes grisáceos. Y más allá hay un punto oscuro que es Peñafuerte. Por el este alcanzo a ver Peñagrís y, con mucha dificultad, Peñablanca. Todas ellas están encima de montes escarpados, a veces salpicados de pequeños bosques. Mi vista no alcanza a descubrir Peña de los Pesares, el más oriental de todos los castillos del Cinturón.

Más hacia el norte, y a veces tapada por altozanos, descubro una llanura pedregosa, salpicada de vegetación y rocas oscuras. Termina en un hilo finísimo y plateado, el Amitas. Una vez pasado el río la

vista se enfrenta con un horizonte gris y confuso, con el agujero vastísimo del Paso, una brecha en esa muralla majestuosa y gigantesca, oscura en sus faldas y blanca y nubosa en las cumbres: las montañas Negai.

Mientras subimos por el tortuoso camino entre rocas y taludes que lleva a la entrada sur de Peñanegra pienso que la vida en estos parajes no debe ser agradable. En Sarlia las cosas parecen seguras, pero sobre el Cinturón se cierne de continuo la amenaza de una invasión alai. Además, no hay apenas diversiones para los soldados de estos castillos, ni por supuesto mujeres; pasan las jornadas adiestrándose con la espada y la lanza y los mandos les obligan a ejercitarse con dureza en el patio de armas para impedir que el tedio provoque peleas y falta de disciplina. Al menos, las tropas que defienden el Cinturón no son permanentes, sino que sus soldados van rotando, así que todo guerrero pasa un tercio del furá en el Cinturón y el resto en la capital u otros destinos.

Oigo rechinar las cadenas del rastrillo y gemir las batientes, al abrirse la entrada sureña de Peñanegra. Nos metemos en sus fauces de roca y la sombra helada de sus muros cae sobre nosotros.

Urbá, el general en jefe del Cinturón, es un hombre alto y de hombros macizos. Aún hay energía en sus movimientos, pero ha empezado a criar tripa. El rostro de cejas, barba y bigote espesos está lleno de profundas arrugas de preocupación. Sus ojos oscuros y acerados me miran y luego se sirve un vaso de vino.

Nos encontramos en su habitación particular, hecha con piedra unida con mortero, un lugar oscuro y frío, como cualquier otra estancia de la fortaleza. La iluminación proviene de hachones de sebo y de una chimenea en la que arden y crujen gruesos troncos. No hay apenas decoración. Sobre la mesa yacen los platos con los restos del estofado que el Cuervo, Quiro, Tebá y yo acabamos de devorar. Hemos preferido ir enseguida a hablar con Urbá, sin detenernos siquiera para quitarnos el polvo del camino.

Ha pasado ya la charla formal, así que dejo mi copa sobre la mesa cuadrada ante la que estamos todos sentados y miro a mi anfitrión.

—Sotram no ha querido informarnos acerca de la situación en el Paso. Hazlo tú.

Urbá me devuelve la mirada y veo desasosiego en su expresión. Mueve los ojos, aprieta los labios y asiente en silencio. Se sienta en la mesa, frente a nosotros.

—Señor, seré franco: creo que se prepara una invasión alai.

Permanecemos callados durante muchos latidos.

—¿Crees? —se extraña Quiro—. Explícate, Urbá.

—¿Qué quieres decir? —explota Tebá—. ¿Cuántos son?

El Cuervo no dice nada, pero su rostro se torna lúgubre.

Levanto una mano para calmar a Tebá y a Quiro. Urbá habla de nuevo:

—Por lo común, señor, establecemos grupos de centinelas y batidores más allá del Amitas; son hombres solitarios y experimentados, escurridizos, que informan acerca de los posibles movimientos de las tribus más sureñas de los alais.

»Deberían haber vuelto ayer, pero no lo han hecho.

—¿Cuántos son? —pregunto.

—Ocho hombres. Todos de mi entera confianza.

—¿Y qué conclusión sacas?

Urbá levanta las cejas y sopla entre dientes.

—Deben haber sido eliminados.

—¿Los alais? —pregunta Tebá, siempre impulsivo—. No lo creo. Tal vez hayan sido atacados por las fieras.

—No, eso no, seguro —replica Urbá—. Esos montaraces no se dejarían atrapar por los animales salvajes, a pesar de que las bestias abundan al otro lado del Amitas. Sospecho que han caído presos de

avanzadillas alais.

—General Urbá —interviene el Cuervo—, tengo entendido que a veces se producen escaramuzas entre los batidores sarlios del Cinturón y algunos grupos avanzados de bárbaros que se adentran con osadía más allá del Paso. Puede que tus batidores fuesen cazados por algunos de estos hatajos de alais dispersos. Su desaparición no implica con necesidad una invasión.

—A veces he perdido hombres en ese tipo de enfrentamientos, uno, dos y hasta tres, pero nunca ocho, que además actuaban por separado y sobre una amplia franja de terreno. Todo esto sugiere no una casualidad, sino una acción planeada de antemano.

Asiento, pensativo.

—Entiendo; como si los bárbaros hubieran determinado quitar de en medio, y al mismo tiempo, a todos nuestros espías e informadores del Paso.

—Has llegado a la misma conclusión que yo, ornai —dice Urbá—. Imagino que habrá sido una enorme batida, para rodear y atrapar a esos ocho hombres. De este modo nos quedamos sin ojos ni oídos para saber qué está ocurriendo más allá del río Amitas. ¿Y por qué? Porque se prepara algo grande, algo que nosotros no debemos conocer, hasta que ya sea irreversible.

—Una invasión —colige el Cuervo.

—Un momento, un momento —protesta Tebá—. Estamos hablando de los alais, que siempre se han mostrado indisciplinados e incapaces de llevar a cabo algo más que ataques desorganizados. Lo que propones indica cierta capacidad estratégica y no casa con ellos.

—Hasta el momento ha sido como dices. —Quiro se frota la barbilla, sombrío—. Hasta el momento.

—¿Por qué habrían de cambiar? —dice Tebá—. Llevan el desorden y la estupidez en la sangre; la experiencia lo demuestra.

El Cuervo toma un trago y luego deja la copa en la mesa.

—Había una vez un dulo que vivía en una granja. Su dueño le alimentaba con generosidad, le cuidaba y le dejaba dormir cuanto quisiera. El dulo no tenía que trabajar como el resto de los animales y pensaba que su amo le quería más que a todos, de ahí que recibiera el trato de favor. Una mañana, este dulo gordo y sonrosado vio que su amo se le acercaba empuñando un gran cuchillo, pero imaginó que iba a darle de comer cuanto quisiera, como de costumbre. El granjero lo degolló para hacer filetes y embutidos.

»No seas como el dulo, Tebá, fiándote solo de la experiencia. Usa el cerebro.

Tebá enrojece. Quiro sonríe, deformando aún más el tejido cicatricial de su rostro. El Cuervo continúa:

—Hasta ahora los alais no han sido capaces de hacer otra cosa que

aullar y saltar hacia nuestras lanzas, para después huir y meterse de nuevo en sus bosques; pero las cosas pueden haber cambiado.

—En efecto. —Urbá entrecierra un ojo—. Quizás haya una inteligencia y una decisión nuevas tras todos estos sucesos. Todo parece indicarlo.

—Explícanos que quiere decir ese *todo* —le digo.

—Señor, sabes que el sigra estuvo aquí hace algún tiempo. Por ese entonces se capturaron espías alais que rondaban el Cinturón; una circunstancia extraordinaria. Tu padre se marchó con la promesa de que nos mandaría refuerzos para contener cualquier posible ataque.

—Y aquí estamos nosotros —digo.

—Ajá. Pero han sucedido más cosas en el ínterin. Mientras os esperábamos recibimos un último informe de uno de esos batidores, antes de que desapareciera: el montaraz aseguraba haber visto a unos diez guerreros de diferentes tribus del Paso, juntos, viajando hacia el norte. Por sus atavíos, parecían líderes de distintas tribus.

—¿Y eso qué indica? —pregunta Quiro—. Tal vez se reunieron como amigos.

—Eso es lo raro. Desde siempre, los alais han luchado unos contra otros y parecen incapaces de unirse en pos de un objetivo común; pero allí había líderes de diferentes clanes, y en concordia. Puede que los bárbaros estén empezando a unirse en una sola fuerza.

Aprieto mis dedos sobre la copa. Digo:

—Una sola fuerza capaz de enviar espías hasta el Cinturón, capaz de acabar con nuestros batidores para que no sepamos qué están haciendo y capaz de cruzar el Paso y el Amitas en forma de gran ejército disciplinado, dispuesto a invadir Sarlia de una vez por todas.

—Quizá sea obra de un líder inteligente y decidido —dice el Cuervo, mientras dibuja un círculo de vino en la mesa, con un punto en el centro—, un jefe capaz de dar a su pueblo desunido una conciencia de nación. No hay nada que una más a las diferentes partes del conjunto que la agresión contra un enemigo histórico común a todos los elementos; por tanto, no sería raro que el primer paso de ese líder fuese lanzar a sus gentes contra los sarlios. Hay suficientes riquezas en nuestra tierra como para justificar la federación de unas tribus hasta ahora enemigas.

—Los bárbaros son torpes y orgullosos —interviene Quiro—; me parece imposible que alguien consiga acabar con sus interminables rencillas y odios de clan.

—Si alguien lo consiguiera —digo—, eso hablaría mucho en favor de su capacidad para convencer y organizar. No estaríamos ante un rival cualquiera. Recordad que el espía alai capturado tenía la lengua cortada; aun así, obedeció las órdenes que le impusieron.

Urbá me mira con el ceño fruncido.

—No, señor. Ese espía bárbaro capturado no tenía la lengua cortada. Al menos, no la tenía cortada antes de que se lo llevaran.

—Debes equivocarte —contesto—. El sigra me contó que los hombres de Peñagrís lo encontraron ya mudo: no tenía lengua.

—Es extraño; juraría que me dijeron que sí la tenía.

—Yo lo vi sin lengua, en las mazmorras del Palacio del Poder de Sarlia, así que debes estar equivocado.

—Si tú mismo lo has visto debes llevar razón, ornai; no estaba yo delante cuando le cogieron en Peñagrís, así que puede haber ocurrido como cuentas.

El Cuervo se muestra impaciente:

—Vayamos a lo importante de este asunto. Si las innumerables tribus alais se unen para formar un solo pueblo, Sarlia está perdida.

—Estamos especulando, nada más —dice Tebá—. No hay pruebas, solo indicios.

—Es mejor plantear el peor de los escenarios posibles —contesta Quiro—, y si después el problema no es tan grave siempre tendremos tiempo de reírnos al recordar todo esto.

—Debemos resolver el problema cuanto antes —atajo—. Considero mejor enfrentarse a los alais y cortar de raíz cualquier futura invasión.

—¿Quieres que vayamos a por ellos? —pregunta Quiro.

—Quiero que nos preparemos para la lucha. No podemos dejarnos amedrentar. Por encima de todo, no hay que mostrarles miedo. Deberíamos tratar de forzar una batalla lo antes posible.

—Señor, solo hay siete mil lanzas en el Cinturón, contando con los dos mil hombres que habéis traído —dice Urbá—. Creí que tu padre nos enviaría más refuerzos.

—No ha sido así, por tanto debió juzgar mal las circunstancias. Saldrán mensajeros para las guarniciones más cercanas al Cinturón, que han de enviarnos tropas; pero por ahora debemos jugar con las cartas que tenemos.

El Cuervo me mira con suspicacia.

—Dargor, cada guerrero sarlio vale por tres alais, lo cual ha justificado todas nuestras victorias. Pero no sabemos a cuántos enemigos tendríamos que enfrentarnos; si la proporción es de, por ejemplo, cinco a uno, parece difícil que les venzamos.

—No, Cuervo, no se trata de matarlos a todos, sino de destruir el cerebro para que el cuerpo entero caiga sin fuerzas. Los alais son rudos y rinden culto al valor; por tanto, solo seguirán a un líder que les conduzca en persona a la batalla. Ese jefe debe hacerse notar y debe estar con ellos cuando empiece el combate; sospecho que no resultará difícil identificarlo; ha de anunciarse ante los suyos con una armadura brillante o una gran bandera, sus guerreros tienen que verlo y saber que está ahí, con ellos. Si logramos encauzar la batalla para

cogerle y matarle allí mismo, estoy seguro de que la disciplina de su ejército se romperá, y entonces la lucha cambiará a nuestro favor.

»Esa es nuestra única esperanza para acabar con cualquier posible alianza de tribus. El hecho de que no hayan atacado aún Sarlia indica que están en la fase de los preparativos. Si les dejamos consolidar su unión tarde o temprano nos invadirán. El tiempo corre en nuestra contra, así que debemos forzar el enfrentamiento enseguida, incluso antes de que vengan tropas en nuestro auxilio.

—Es osado, pero suena lógico —dice Urbá, pellizcándose la barbilla peluda.

El Cuervo suspira, reflexivo.

—No estoy del todo de acuerdo con esa línea de acción, pero si continuamos por ella provocaríamos a los alais, una vez que las tropas del Cinturón crucen el Amitas y acampen sobre las llanuras más cercanas al Paso. Entonces, al menos averiguaríamos cuán grande es la fuerza del enemigo.

—Cierto. —Urbá sonríe—. Llevar unos seis o siete mil hombres más allá del río supondría un insulto intolerable para los alais, que consideran suya esa tierra.

—Urbá, llevas mucho tiempo aquí —le digo—. ¿De verdad crees que eso forzaría un ataque alai?

—Sin duda. Ningún líder podría convencerlos de quedarse quietos en las faldas de las montañas, estando nosotros a la vista.

—Entonces lo haremos. —Froto los nudillos de una mano contra la palma de la otra—. Hay que acabar con este asunto cuanto antes. Deseo tener ante mí a ese líder, ver cómo es. Urbá, saca los mapas. Debemos planificar todos los movimientos.

Parpadea, sorprendido.

—Aún no has descansado, señor.

—Ni lo haré hasta que todo esto acabe. Haz traer comida, pues pasaremos la noche aquí, creando estrategias.

—Me parece perfecto, ornai. —Sonríe y le noto más vivo, ahora que puede enfrentarse a sus preocupaciones con un plan determinado.

Tomo un trago más de mi copa y siento una mano con fuerza, sobre mi hombro.

—Por fin has vuelto, Dargor —dice Tebá—. Otra vez eres el de antes.

La mirada que le dirijo no es simpática, así que retrocede un tanto sorprendido. Levanto la copa para beber, pero no llega a mis labios. Será una noche larga y parece mejor conservar la mente despierta. Dejo a un lado el vino y clavo la vista en el fuego del hogar.

Ante nosotros hay una planicie de un sorcora aproximado de distancia. No es del todo horizontal, sino que tiene una suave inclinación. Es una llanura de tierra seca y piedras, salpicada de arbustos bajos y amarillentos. El lugar parece desbastado y allanado por la mano de un dios. Es una más de las muchas explanadas antes de que el terreno empiece a alzarse de manera primero paulatina y luego espectacular, para formar los primeros montes a la sombra de las Negai.

La cordillera es un muro que quita la respiración por su enormidad y altura… Como si el mundo hubiera sido acotado por una barrera infranqueable de cimas blancas que se pierden entre nubes de algodón helado.

Pero esta pared titánica tiene un gran corte, una brecha irregular, llamada por los hombres y los alais como *el Paso*. Por entre sus dos bordes puede atisbarse el frondoso país de los alais.

Frente a nosotros, y tras la explanada de tierra y cantos, a la sombra de todo este magnífico panorama, se encuentra el ejército de los bárbaros.

Sus hordas hace poco que bajaron desde los primeros montes del Paso y ya están agrupándose en la llanura. Calculo que debe haber allí unos diez mil guerreros.

Los alais son criaturas antropomorfas, pero no humanas. Su piel es blanca y escamosa y en vez de nariz tienen dos orificios nasales con forma de triángulo, lo que le da a su rostro un aire cadavérico. Además, la boca no tiene labios y está bordeada por afilados colmillos negruzcos. Son casi todos más altos que los humanos y son delgados y fibrosos. Sus movimientos son rápidos y desgarbados y en la lucha les invade una cólera repentina, desprovista de razón. En general, son criaturas más instintivas que racionales. Sus ojos suelen ser de un color azul que a veces casi parece lechoso, o verdes, o grises, siempre en tonos claros; el iris está rodeado por una red de vasos que enrojecen el globo ocular, volviendo oscuro lo que debería ser blanco. Se dejan crecer largas barbas y melenas, doradas o rojizas, adornándolas a veces con abalorios de cuerno y hueso o con piedrecillas coloreadas. Visten grandes harapos de cuero, capas de pellejo y jubones y túnicas de tela gruesa. Los individuos más brutales incluso llevan camisolas hechas con la piel arrancada a sus enemigos. Los cascos son de bronce, sencillos y abiertos en la cara y a los lados, algo puntiagudos en la coronilla. Sus escudos son círculos de planchas de madera con un alma de metal. Solo los más ricos o poderosos llevan corazas y grebas de bronce; lo más frecuente es que se cubran el torso con chalecos de cuero endurecido o fibra vegetal. La mayoría,

sin embargo, no llevan otra protección que el escudo, y algunos, ni eso.

En cuanto a su armamento, es tan heterogéneo como la vestimenta: clavas de madera, hachas de una sola hoja cuadrada, espadas largas de doble filo, mazas con la cabeza sembrada de púas, martillos, cadenas, cuchillos de todos los tamaños y, sobre todo, lanzas con puntas de bronce, acero u obsidiana.

Esta masa abigarrada parece una mancha bulliciosa sobre la planicie. Nos aúllan sus amenazas e insultos y golpean el suelo con las armas. El clamor invade la llanura, como el rumor de un mar al comienzo de la tormenta.

Por el contrario, nosotros, el ejército sarlio, a tan solo un sorcora de distancia, estamos ordenados y en silencio.

La mañana siguiente a mi llegada a Peñanegra se enviaron mensajeros a las otras fortalezas del Cinturón, así como a los cuarteles más próximos del sur. Por la tarde los preparativos estaban ya avanzados: habíamos logrado reunir unos seis mil quinientos hombres, entre los cuales estaban los dos mil de la Guardia del Ornai venidos desde la capital. Las fortalezas del Cinturón habían quedado casi vacías, protegidas en total por unos quinientos guerreros. Nuestra decisión de buscar el combate era tan fuerte que se confundía con la locura, pero tal es la disciplina en los soldados de Sarlia que ninguno se extrañó siquiera cuando a la mañana siguiente esta fuerza se ponía en marcha hacia el Amitas.

Antes del anochecer lo cruzamos por el Puente Bravo:

Recuerdo las aguas blancas y brillantes que rugían unos ocho tornes bajo nosotros. El Bravo hunde sus pilares de piedra en ese caudal ancho y desbocado que es el río Amitas; podrían cruzarlo con comodidad tres carros, puestos lado contra lado; sus barandas llegan hasta la cintura y parecen más bien muros, adornados con gárgolas y demonios de piedra.

Una vez que dejamos atrás el río Amitas y el impresionante Puente Bravo, hicimos noche en esta misma llanura, dejando un espacio de dos sorcoras entre nuestra posición y el río, que aún murmuraba a nuestras espaldas, como seguirá haciéndolo cuando todos nosotros estemos muertos. Se distribuyeron centinelas y fueron encendidas todas las fogatas que la provisión de ramajes nos permitía. Queríamos que los bárbaros nos vieran.

Durante tres alagas han ido saliendo por el Paso, como pegotes de gentuza armada.

Las sospechas que nos han traído hasta aquí han sido confirmadas por completo: es imposible ver a tantos bárbaros juntos sin que haya de por medio una unión de tribus y clanes. La concentración en esta planicie de diez mil bárbaros supone que estaban ya en las cercanías

de las Negai, preparados para atacar el Cinturón. Quizá hemos frustrado los planes de engrosar este ejército, forzando su salida…, o tal vez no. En cualquier caso, nuestra decisión de venir a esta zona para averiguar qué demonios traman los bárbaros parece ya del todo justificada.

Los alais fueron disponiéndose sobre la llanura en grupos heterogéneos. Algunos parecían muy dispuestos a marchar enseguida contra nosotros, pero solo eran bravatas y enseguida recularon. Descubrimos en algunos lugares peleas entre guerreros de tribus diferentes, que con dificultad pudieron ser sofocadas. No faltaron las celebraciones nocturnas, en las que muchos bebían hasta caer dormidos.

Mientras tanto, el Cuervo, Urbá, Tebá, Quiro y yo estudiábamos de manera concienzuda la táctica que íbamos a seguir. Los físicos prepararon en sus barriles el llamado *vino de la guerra*, la droga que proviene de mezclar ciertos polvos con agua: un bebedizo capaz de aumentar la agresividad de nuestros hombres. Teníamos cerca el Amitas, así que agua no nos faltaría.

Hoy, en el día del combate, los soldados beberán a largos tragos el vino de la guerra, poco antes de marchar a la batalla.

Hemos dispuesto nuestras fuerzas en una larga línea compuesta por ciento ocho cuadros, unidos sin fisuras por los costados.

En el centro está la Guardia del Ornai: cuarenta cuadros, cada uno con diez hombres de frente y cinco de profundidad. El mando de este grupo se encuentra en mis manos y en las del Cuervo, Tebá y Quiro. Yo mismo estoy metido en el cuadro central y, dentro de él, ocupo un puesto en la segunda línea. Visto como un soldado y llevo plegada dentro del escudo la capa del ornai, pues no deseo que el ejército enemigo me reconozca y dirija todas sus fuerzas contra mi posición. Más tarde, cuando me ponga la capa, los hombres la seguirán sin dudar un solo instante, como se les ha ordenado hacer. Pero eso, sospecho, ocurrirá en un momento avanzado de la batalla, no al principio.

A cada costado de la Guardia del Ornai hay treinta y un cuadros, cada uno con nueve lanzas de frente y ocho de profundidad. Mi ejército, por tanto, tiene una longitud de unos novecientos sesenta escudos. El centro es menos grueso porque deseo que allí haya una mayor movilidad; de hecho, esta capacidad dinámica de la Guardia será fundamental para conseguir el éxito. En los costados los cuadros son más profundos, para contrarrestar las posibles maniobras de envolvimiento enemigas, de las cuales también quiero aprovecharme.

Ya teníamos formada una clara idea sobre la estrategia a seguir, y quedó confirmada nada más ver el orden de batalla enemigo. Los alais se han dispuesto en una franja gruesa y desordenada, con las

muchedumbres preparadas para salir corriendo, todos a la vez, en nuestra búsqueda. Como de costumbre, no se distribuyen en líneas, columnas ni cuadros. Basan su triunfo en el avance arrollador y la superioridad numérica. No parecen desencaminados, pues al fin y al cabo son diez mil contra seis mil quinientos.

A pesar de este aspecto caótico del ejército alai, respeto a su líder. Mantener unidas a estas gentes combativas no debe resultar tarea fácil.

No erré en mis predicciones: sobre la vanguardia del ejército bárbaro, en la parte central, hace tiempo que destaca una figura enorme e imperiosa. Es un alai muy alto, debe sacarme una cabeza, y también es corpulento. Lleva puestas una coraza plateada y grebas de bronce, y una capa tosca y majestuosa de color oscuro. Tiene un casco en forma de tubo que le cubre toda la cabeza, incluida la cara. El brazo derecho sostiene un escudo forrado de placas metálicas, brillante bajo Croaga. La mano zurda empuña una lanza con tiras rojas y verdes. Sin duda como signos de fasto y poder, le acompañan tres portaestandartes, llevando cada uno un pendón triangular con rayas de diferentes colores.

Este líder camina con firmeza ante su vanguardia y sus guerreros le contemplan, quietos y silenciosos; debe estar arengando a las tropas con un discurso capaz de inflamar la sangre y por tanto no ha de quedarnos mucho tiempo antes de que se lancen contra nosotros.

El señor de los bárbaros termina de gritarles su discurso y los guerreros alzan las armas y sueltan ovaciones y rugidos de furia. El líder también levanta su lanza. Después, da la vuelta y se une a las gentes de la primera línea. Un grupo de bárbaros muy altos se dispone a su alrededor. Debe ser su guardia personal. Los estandartes también quedan en la primera y segunda líneas, señalando la posición del líder, para que a sus huestes no les quede ninguna duda de que es un caudillo valiente que peleará junto a sus guerreros. Los alais jamás tolerarían a nadie que se refugiara en la retaguardia.

Clavo la mirada en los tres grandes estandartes: son mi objetivo.

Siento la mano del Cuervo en el hombro. Está a mi derecha. Tampoco lleva sus atavíos de general y parece un soldado cualquiera, como yo, y como Quiro y Tebá, unos diez escudos a mi izquierda.

—Todo sucede como esperábamos —dice.

—Así es. Que ningún hombre se aparte del plan.

—Responderán a la perfección. —Sus ojos, tras el casco, se endurecen—. Ornai, se acerca el vino de la guerra.

Me estremezco al pensar en esta droga, preparada por los físicos del ejército sarlio, y cuya fórmula es secreta. Un solo trago dispara la agresividad de cualquier hombre, incluso el más pacífico. Al volverme distingo un ligero movimiento entre el bosque de escudos, cascos y

lanzas.

—Se acerca el vino de la guerra —murmura un soldado detrás de mí, con nerviosismo.

—Se acerca —repite otro, a mi lado.

El movimiento de lanza y escudo se transmite por las columnas, como una reacción en cadena, de atrás hacia delante, a medida que cada compañero va pasando el ánfora al siguiente. El guerrero a mi espalda la toma y bebe un sorbo; veo su nuez subir y bajar; resopla, como si hubiera tragado un líquido hirviente. Me da el ánfora y miro por la boquilla oscura. El olor es fuerte y dulzón y por un momento imagino que en realidad voy a beber sangre.

—Toma el vino de la guerra, ornai —dice el Cuervo.

—No quiero perder la cordura —respondo.

—Solo perderás el miedo. Bebe.

Respiro con fuerza y obedezco.

Es como si un fuego abrasara mi garganta. Toso y los ojos se me humedecen. Noto el calor bajando por el pecho y después invadiendo mis tripas. Agito la cabeza para controlar el mareo.

A mi lado, el Cuervo agarra el ánfora de su respectiva columna y toma un largo sorbo. Tensa el cuerpo, gruñe con voz cavernosa y pasa el recipiente al que está delante. Cuando ya toda la vanguardia ha bebido los soldados derraman los posos en el suelo, para que también el propio campo de batalla beba. Luego, las ánforas vuelven a la intendencia, pasando otra vez de soldado en soldado, ahora hacia atrás.

Algunos hombres dan patadas en la tierra. Oigo susurros violentos. Alguien pide a los dioses un enemigo al que degollar. Escucho una risa loca y ahogada. Las lanzas se agitan. No lejos, un hombre tiembla y se golpea el casco contra el borde del escudo, una y otra vez, de manera rítmica, enloquecedora. Intento luchar contra la sensación, pero siento la furia crecer e inundarme, destrozando cualquier tipo de incertidumbre. Siento que mis puños podrían romper montañas y mis piernas conseguirían lanzarme sobre las copas de los árboles, pero lo más maravilloso es que conservo intacta la razón: la ira salvaje que me domina no empaña la mente y puedo recordar con claridad los objetivos y las estrategias.

—Míralos, ornai —dice el Cuervo, señalando hacia delante—. Ha dado comienzo.

Los bárbaros se agitan; aunque no han bebido ningún vino de la guerra, las masas parecen inquietas y anhelantes y dibujan ondas, como la piel de un monstruo gigantesco que se debatiera en brazos de una pesadilla.

Comienzan a moverse a paso rápido. En la vanguardia avanza el trío de estandartes, rodeado por un compacto grupo de fieles.

—¡Adelante! —grito—. ¡Marchad!

Los seis mil cuatrocientos sesenta y cuatro guerreros sarlios echamos a andar como un solo cuerpo, a paso rápido pero sostenido. Los escudos suben hasta la altura del rostro y las lanzas bajan uno o dos palmos, hasta una posición diagonal, apuntando hacia Croaga. Ante mí, la primera línea del ejército sube y baja con cada zancada. No hablamos; es un silencio extraño, casi irreal, acompañado por el susurro de las túnicas, el tintineo de las armas y el crujir de los pies desnudos al aplastar la tierra. Los soldados respiran con fuerza y tragan saliva mientras caminan hacia la sangre y la muerte. Pero nadie dice nada.

También los enemigos avanzan, como una ola negruzca, compuesta de rostros desencajados, pieles, cascos, lanzas y escudos.

El ejército bárbaro vomita un solo grito de batalla abrumador, que se mete hasta los huesos y tensa los músculos del abdomen. Se acercan a paso rápido o a la carrera, invadiendo la llanura, expandiéndose como el fuego en el trigo seco. Ya casi podemos distinguir los rostros cadavéricos, rodeados de melenas y barbas, los ojos desorbitados y los dientes afilados que chasquean y muerden el aire.

Mi mirada sigue clavada en los tres estandartes, rodeados por una masa de unos cien alais, la escolta personal del líder bárbaro. Se encuentran en la vanguardia, casi frente a mi posición.

Hasta ahora, siempre que han luchado los alais y los sarlios, estos se limitaron a aguantar, como una muralla de escudos, la embestida de la muchedumbre norteña; los civilizados empujaban y empujaban, sin romper su formación, arrollando a las hordas de bárbaros bulliciosos, primero haciéndoles retroceder y luego persiguiéndolos de forma disciplinada, hasta destruirlos por completo u obligarlos a huir del campo de batalla. Hoy, los alais sin duda creen que no cambiaremos de táctica.

Se equivocan.

—¡Guardia del Ornai! —grito—. ¡Avanzad!

Saco la capa blanca del hueco en el escudo y me la pongo. El Cuervo, Tebá y Quiro hacen lo mismo con sus mantos de general. Los hombres están ya informados de lo que han de hacer, pero deben ver a sus líderes lanzarse los primeros, antes de seguirles sin dudar.

Los soldados ante mí se abren y camino rápido hasta la vanguardia.

—¡Corred! —grito.

Echamos a trotar, separándonos del cuerpo principal del ejército sarlio. Mientras los bloques de los costados sigan avanzando a la misma velocidad, nosotros, la Guardia del Ornai, iremos en busca del centro enemigo. Nuestro objetivo es el líder de los bárbaros.

Ellos no han sospechado que nuestra línea se iba a romper; no esperaban ver a nuestros dos mil hombres del centro dividirse en

cuarenta cuadros, separarse del resto y moverse a mayor velocidad.

—¡Tirad los escudos y corred aún más rápido! —grito.

En el caos estruendoso mi voz pasa inadvertida, pero no mi ejemplo: saco el brazo de las sujeciones y arrojo el pesado escudo. A partir de ahora solo cuento con la armadura, la espada y la lanza para protegerme. Los soldados de la Guardia ya conocen las órdenes y me imitarán, a pesar de ser esta una maniobra tan revolucionaria que raya la locura. Los dos mil de la Guardia del Ornai avanzaremos más rápido sin los escudos, correremos con las lanzas apuntadas hacia el frente y, dotados de mayor agilidad e ímpetu, nos introduciremos como una cuña en la vanguardia enemiga, abriéndola hasta llegar a los estandartes y el líder enemigo. Los costados de nuestro ejército conservarán los escudos y también seguirán avanzando, aunque más despacio, y se cerrarán sobre el centro para cubrir el hueco que hemos dejado nosotros. Mi esperanza es que la sorpresa y la rapidez jueguen a nuestro favor y los dos mil que nos estamos despojando ahora del escudo lleguemos a los estandartes y el líder antes de que la enorme masa alai tenga tiempo de cerrarse a su alrededor y protegerle. Este jefe ostentoso es el pegamento que une a todos los bárbaros aquí reunidos; si lo matamos enseguida y echamos abajo sus estandartes espero provocar una falta de decisión generalizada en nuestros rivales y quizás una desbandada en masa, lo que decantaría de inmediato la batalla a nuestro favor.

Pero si los cálculos o la suerte nos son adversos, lo que sucederá en esta llanura será la aniquilación de todas nuestras fuerzas.

Veo acercarse la ola de seres mugrientos, greñudos, vestidos con cueros y pieles. Tras ellos se encuentran los estandartes. Muchos sarlios se esfuerzan por adelantarme y cubrirme.

—¡Pasad sobre ellos! —rujo.

Un alai pálido, muy alto, vestido con telas bastas, se me acerca como una masa confusa de piernas, brazos y acero. Siento un chorro de energía dentro del pecho, me agacho mientras zumba la espada sobre mi casco y me levanto avanzando, clavando la lanza en el costado del enemigo. Oigo un grito ensordecedor junto a mi oreja derecha, empujo el cuerpo de mi rival, caigo sobre él, ruedo y me levanto para continuar corriendo. Cerca, un soldado sarlio detiene con el asta de su lanza un mazazo; el alai chilla y cierra contra él, tirándolo al suelo, pero cinco de la Guardia avanzan como un peine cuyas cerdas fueran lanzas, ensartando a este y a otros dos bárbaros más. Se forma un caos de cuerpos humanos y alais, todos enzarzados en un combate brutal y primitivo. Con un giro de mi lanza le corto el rostro a un bárbaro; veo su sangre saltar brillante en el aire y oigo su grito; le empujo, clavo el codo en otro rival, un escudo me golpea el costado del casco y voy al suelo. Siento pies sobre mí, entreveo una

confusión de piernas y túnicas y un brazo vigoroso me levanta. Creo distinguir al Cuervo entre varios cuerpos oscuros, clavando su lanza y volviéndola a clavar. La polvareda levantada vuelve confusos los cuerpos, como si fueran una tormenta de sombras alocadas. Mi lanza se hunde en la rodilla de un bárbaro, el hueso suelta un chasquido y se parte. Tropiezo con él, o quizás con otro, no puedo saberlo. Una mano pálida me agarra y me vuelvo con un alarido y un codazo que deforma la boca sin labios. Desde el suelo, el alai herido me hace un corte en el muslo. Un cuerpo se me acerca por detrás y le hunde la lanza en el pecho, echando todo el peso sobre la lanza, que atraviesa los pulmones y se hunde en la tierra. Mientras muere, la criatura sufre espasmos y se desgañita en sonidos indescriptibles. Busco con la vista… ¡Los estandartes! Sigo avanzando entre la maraña de cuerpos que se debaten, caen, corren, se detienen y se enzarzan en luchas salvajes. La sangre que empapa mi pierna derecha es un sueño, todo lo borran la locura y la brutalidad infernal de la batalla. Aquí y allá, algunos alais huyen. El polvo es tan denso que se mete en los ojos, la nariz y la boca. Hay charcos de fango oscuro en los que se puede resbalar. Tierra y sangre. Cuerpos tirados, abiertos en heridas aterradoras, con los miembros rotos y los huesos astillados emergiendo por entre la piel desgarrada. Seres que se mueven y son pisoteados o alanceados. Intento clavar la lanza en un nuevo enemigo, pero el astil está roto y le falta el acero, quizás hundido en el cuerpo de algún bárbaro moribundo. El alai la esquiva, pero dos lanzas le atraviesan al instante, una desde la nuca a la garganta y otra entre las costillas. Las empuñan sarlios que gruñen y aprietan los dientes y retuercen los aceros en las heridas. Tiro el arma rota, cojeo y mi pie resbala sobre la coraza enrojecida de un hombre al que le falta la cabeza. La mirada se me va y el caos de sangre y suciedad que me rodea parece oscilar de un lado a otro. Alguien me sujeta para no caerme, desenvaino la espada, gruño y sigo caminando, enloquecido por la visión de los estandartes. Corro, paso entre cuerpos bárbaros heridos a los que doy tajos o estocadas, sin apenas detenerme, pisando fuerte, intentando no dislocarme los tobillos en este suelo encharcado. Avanzo junto a mis hombres, sumergiéndonos aún más en la polvareda, dentro de la cual bulle un mar gigantesco y embravecido de pieles, espadas y lanzas. Jadeo, lucho, ardo de rabia, todo parece suceder dentro de un sueño, las emociones explotan en el pecho y la cabeza, enrojecen la visión. Distingo los estandartes, sus puntas altas se alzan sobre la suciedad y la locura, quedan recortadas contra el cielo brillante: ¡ya están cerca!

Hay un muro de alais y nosotros los sarlios luchamos para romperlo, clavando las lanzas y las espadas a dos manos, impulsándolas hacia delante con todo el peso del cuerpo. Las hojas

entran y salen de sus vainas de carne y el combate es aquí denso, cerrado, majestuoso en su horror. Los bárbaros tratan de proteger al líder: son los elegidos, su guardia personal. Llevan armas cortantes o romas, pero siempre pesadas; descargan golpes brutales que levantan chispas y un estruendo vibrante en los cascos y las corazas; parten brazos o abren los muslos hasta el hueso; la sangre salta entre ellos en goterones e hilachas que dibujan curvas caprichosas. Pero los sarlios somos tenaces y además hemos bebido el vino de la guerra. Continuamos avanzando, abriendo brecha en el muro viviente, alanceando desde la altura de la cadera o de arriba a abajo, o bien lanzando tajos con la espada. Mi capa está raída y sucia, pero aún se distingue el blanco del ornai y mi guardia me sigue muy de cerca. Mi espada se mueve describiendo giros veloces y cae un bárbaro a mis pies. Otro le reemplaza y me golpea con el borde del escudo en la cara, abriéndome el pómulo. Caigo al suelo y su figura, encima de mí, parece la de un titán entre brumas de polvo. Mi hoja detiene su hacha y noto la vibración dolorosa del golpe incluso en mis dientes. Ruedo mientras golpeo, cortando su pierna por la tibia. Me levanto metiendo el arma hasta la empuñadura, y empujando hacia delante. A mi lado una lanza atraviesa a un bárbaro y lo levanta de la tierra; el Cuervo resopla por el esfuerzo y aparta el cadáver. Un salvaje le golpea en el casco con un martillo y cae sobre una rodilla. Desaparece entre el bullicio de cuerpos.

Me levanto y vuelvo a enfrentarme a más enemigos. Descubro uno de los tres portaestandartes, un alai de greñas oscuras y rostro blancuzco, con los hombros voluminosos por tener que sostener durante clepsidras la pesada banderola. Voy por él y deja caer el mástil para aplastarme la cabeza. Me lanzo a un costado y hacia delante, esquivando el golpe, y le clavo la espada en la ingle. Agarra mi casco y mete la mano por la hendidura de los ojos. Sus uñas negras y afiladas arañan la piel de la ceja, buscando el globo para aplastarlo; noto la yema sobre el párpado, empujando hacia abajo, grito de espanto y rabia y me revuelvo y clavo aún más la espada, que le ensarta desde la entrepierna hasta los pulmones. La sangre chorrea sobre mi antebrazo y los dos caemos. Me arrastro, siento un trallazo doloroso en la espalda y ruedo sobre un costado. Giro para contemplar a mi nuevo enemigo, esperando ver a un bárbaro enloquecido más.

Pero es un sarlio quien me ataca. Tras la hendidura del casco descubro facciones crispadas en una mueca de rabia asesina. Me aparto y su lanza se hunde en el suelo. Con un movimiento difícil y desesperado le golpeo en una de sus piernas. Cae sobre mí y rodamos uno sobre el otro. Ha perdido la lanza, pero noto un puñal arañando mi coraza, buscando el borde superior para hundirlo en el cuello desprotegido. Me retuerzo y encuentro su muñeca. Tengo los dedos

pegajosos y húmedos y debo apretar con fuerza para que no se me escape. El filo del puñal abre mi antebrazo, del cual chorrea más sangre. Su mano libre busca mi garganta. Mi diestra aún tiene la espada, que hundo en su muslo, retorciendo el acero en la herida. Grita y luego se desvanece. Mis dedos húmedos pierden el puño de la espada. Con dificultades, consigo quitarle el casco.

Veo un rostro deforme, cubierto de montes y valles de tejido hinchado. Quiro.

Alucinado, me pongo de rodillas. Alguien me coge por las axilas y me levanta. Hombres armados con escudos pasan por mis costados, con paso firme y zancadas largas.

—¡Señor! —grita una voz recia, medio quebrada por la locura del combate—. ¡Señor!

Se me acerca alguien vestido con la capa de general. Urbá.

—¡Hemos vencido, ornai! —ruge con alegría.

Cerca y lejos, los guerreros armados con escudos siguen avanzando.

Urbá sigue hablándome con su vozarrón, pero no entiendo lo que dice; los sonidos van y vienen y yo quizás me haya quedado medio sordo a causa de algún golpe en la cabeza. Los supervivientes de la Guardia se me acercan, al comprender que esta figura sucia es su ornai. El sonido vuelve a mi cerebro, como una ola dolorosa que arrolla y machaca.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, con voz ronca—. ¿Y el líder alai?

Un hombre corpulento se abre paso entre los soldados. Tiene la armadura abollada en mil lugares distintos y su pierna izquierda, manchada de rojo, cojea al caminar. Se quita el casco y veo el rostro brillante de sudor, lívido, del Cuervo. Sus ojos están llenos de una vida y una locura que empieza a calmarse. Su voz suena ronca y aún tiembla un poco:

—Señor, tu plan dio resultado: el líder de los bárbaros huyó al vernos tan cerca y la desbandada se ha transmitido por todo su ejército; los alais están retirándose del campo y los nuestros les persiguen.

—Aún quedan lugares donde los enemigos permanecen firmes —interviene Urbá—, pero los míos se dirigen hacia allí para hacerles pedazos.

Asiento. De pronto, todo el cansancio acumulado en la batalla se me echa encima, como el peso de cien años extenuantes. He de hacer un esfuerzo para no caer sobre las rodillas. Y aun así, noto una paz y un orgullo enormes. Hemos vencido.

—Urbá, encárgate de perseguirlos, pero sin perder el orden —digo—. Sobre todo, no abandonéis esta llanura; no os internéis en el Paso. Matad a todos los que se rindan o caigan prisioneros y dejad sus cadáveres a la vista. Recoged a nuestros heridos. Después, retroceded.

—Entendido. Debes descansar, señor.

—No. Ahora solo necesito vendas y vino fuerte; ya dormiré cuando todo esto acabe.

—Es Quiro —dice el Cuervo, agachado junto al hombre que yace junto a mí—. Aún está vivo.

—Intentó matarme —digo.

—¿Qué? —Me mira como si me hubiera vuelvo loco—. ¿Quiro?

—Sí, Quiro. Que se lo lleven y lo curen. Ha de sobrevivir para que pueda interrogarle.

El Cuervo me mira, perplejo, y luego mira al general de rostro quemado. Da las órdenes pertinentes y dos soldados se llevan el cuerpo de quien yo había considerado mi amigo.

Han pasado muchas clepsidras desde el fin de la batalla. La oscuridad va haciéndose dueña y señora de esta llanura, sobre la cual unos han muerto y otros han ganado prestigio y gloria. Aun siento la cabeza pesada y caliente y los miembros recorridos por un cansancio que la comida abundante, el vino y el agua de la cena han logrado hacer llevadero. Los físicos limpiaron las heridas de mi antebrazo y mi muslo; son cortes superficiales, aunque aparatosos, y cerrarán en poco tiempo. Por otro lado, tengo el cuerpo salpicado de contusiones y hematomas de baja gravedad, lo cual, para un guerrero tras una batalla campal, es irrelevante.

Tras el recuento de muertos me comunican que en esta planicie han quedado casi un millar de sarlios. Es una cifra baja, teniendo en cuenta que nos enfrentábamos a un enemigo que nos superaba con creces. Los sarlios más perjudicados han sido, cosa lógica, la Guardia del Ornai, que protagonizó el audaz y rápido ataque por sorpresa al centro de la vanguardia alai; seiscientos guardianes del ornai perdieron la vida en esta lucha.

La acción no nos llevó más de unos pocos orlas, pero entonces me pareció que duraba clepsidras enteras. Según las crónicas más fiables, al principio el líder bárbaro resistió la embestida, pero cuando vio demasiado cerca el peligro escapó hacia la retaguardia; entonces, la noticia se transmitió con rapidez y provocó la huida de muchos. Como suele suceder en estos hechos masivos y caóticos, una gran cantidad de bárbaros debieron pensar al principio que su jefe había muerto, provocando el pánico y la indecisión lógicos en estos casos. Quizás, el fantasma de la superioridad militar sarlia, basada en la disciplina por encima de todo, volvió a sus mentes de manera automática. En combate, tanto el pánico como el ímpetu se transmiten con rapidez en las masas, provocando una respuesta generalizada, con independencia de lo que sienta cada individuo por separado. Así pues, el ejército bárbaro quedó desgarrado y la mayor parte de sus guerreros se dieron a la fuga, de vuelta a la seguridad de sus montañas y bosques; otros, sin embargo, continuaron a pie firme en el campo de batalla, por no conocer la huida de su general o bien por fidelidad a su primera intención de luchar y vencer, pasara lo que pasara.

Una vez desunido el rival, la infantería pesada sarlia, llevando aún los escudos, fue conducida por sus mandos a los núcleos del conflicto. Los cuadros de lanzas barrieron a los bárbaros que aún combatían, provocando más mortandad y huidas. Los supervivientes de la Guardia del Ornai también se unieron a esta última etapa de la lucha y contribuyeron por tanto a la consolidación de la victoria.

En menos de una clepsidra la batalla quedó terminada. Habíamos

visto superadas con creces nuestras mejores previsiones. Al perder la cohesión y el orden los alais fueron diezmados con facilidad. No se hicieron prisioneros, por orden expresa del ornai.

Debido a la propia lucha o a la ejecución posterior de todos los heridos y los que se rindieron, ahora hay cinco mil bárbaros muertos en el campo de batalla. Pero la otra mitad de su ejército consiguió huir. Hemos dejado los cadáveres en la llanura, para que se pudran. Hace pocos alagas albergaba sentimientos de paz hacia los alais, pero ahora las cosas son distintas; he probado el sabor de la sangre y la victoria y entiendo que hay que tratar a esta chusma con dureza, para que no vuelvan a salir de sus bosques e intenten invadirnos. Los ancianos aseguran que el miedo guarda la villa. Es un dicho muy sabio.

Tras la ejecución de los prisioneros enemigos, mi ejército cruzó de vuelta el Amitas por el Puente Bravo y montamos un campamento a cuatro sorcoras del barranco y sus aguas. Ahora descansamos, nos lamemos las heridas y comprendemos cuán cerca estuvimos de morir.

Sí, la batalla ha ido bien.

Pero no estoy satisfecho, por dos razones:

Una: el líder bárbaro escapó. Le será difícil unir de nuevo a los suyos para invadir Sarlia, pero sin duda volverá a intentarlo una y otra vez. Solo dormiré tranquilo cuando vea su cabeza clavada en una pica.

Dos: Quiro, a quien consideraba un hombre de confianza, un amigo, intentó matarme.

A través de la oscuridad que impera en el campamento, camino hacia el pabellón en el que Quiro se encuentra, para someterle a interrogatorio.

Atravieso la raja en la lona que hace las veces de puerta. Dentro, dos lámparas de aceite esparcen una luz huidiza y amarillenta que vuelve los rostros ominosos y profundos y dibuja sobre las paredes un torbellino de sombras.

Veo al Cuervo, a Tebá y a Urbá. No me saludan. Hay tensión y pesadumbre en sus caras.

Quiro yace en el suelo y está medio cubierto por una manta. Asoma la pierna derecha, vendada hasta la rodilla. En el aire flota una peste dulzona. El muslo herido está hinchado de forma escandalosa; está lleno de sangre podrida.

—Debió entrar suciedad en el tajo —me dice el Cuervo.

—¿No hay solución? —pregunto.

Durante muchos latidos solo me responde el silencio. Al fin, Tebá toma la palabra:

—El físico hizo todo lo que pudo, pero le heriste en lo alto del muslo y no ha habido manera de parar la infección. Amputarle la

pierna, tan cerca de la cintura, provocaría su muerte. Le queda poco. Tal vez no dure más de una clepsidra.

Asiento, mirando a Quiro.

El sudor le empapa el cabello y vuelve brillante su piel. El rostro arrasado por las quemaduras muestra un tono ceniciento, casi azul. Las sombras huidizas de este pabellón corretean sobre las crestas y valles de su tejido cicatricial. Jadea y tiembla. Consigue abrir los ojos y empieza a volverse hacia mí, girando la cabeza. Tiene los globos brillantes y húmedos a causa de la fiebre, pero me reconoce.

Me acerco y me agacho junto a él.

—¿Por qué? —pregunto, lleno de rabia y de tristeza—. ¿Por qué intentaste matarme? ¿Fue por dinero? ¿O acaso por el poder?

Abre la boca para tomar aire y casi parece sonreír, de manera amarga y dificultosa.

—Dame la mano… Dargor —gime, con voz ronca y quebrada.

Así lo hago, sintiendo su palma y sus dedos sudorosos y helados, todavía vibrantes a causa de los ramalazos de energía nerviosa.

—Dime la razón, Quiro. Necesito saberla. Vas a morir, pero antes debo saberla.

—Quieres la causa, Dargor…

Vuelve hacia mí la cabeza. Su mirada se mueve despacio hacia el techo. Abre mucho los ojos y el negro se come casi por completo al iris. Parece estar mirando algo fascinante.

—Dargor… De nuevo estamos allí. Hemos viajado en el tiempo. Allí. Allí…

—Estás delirando.

—Es esa taberna de la Vía de los Curtidores… Sí… Bebemos y cantamos y bailamos. Tebá… Sorcán, también. Y Aldel… Y tú, Dargor. Están friendo carne… Sacan de las sartenes los tasajos crujientes y humeantes… Los metemos en vino tibio, quemándonos los dedos, y luego nos los comemos. Hay una chica sobre tus rodillas, Dargor. Es una moza de taberna, una mujer fácil, si tienes dinero…

Hace una pausa y sus ojos se cierran un poco, con algo parecido a la ira ardiendo en ellos. Siento su apretón más fuerte. Su voz me recuerda al fuego de una hoguera, pues cruje y quema con cada palabra.

—Bromeamos acerca de quién tiene más éxito con las mujeres… Sí, bromeamos… Tebá es demasiado bajo y feo; Sorcán, muy serio; la barba de Aldel… las espanta. Yo digo que soy el más apuesto de todos. A… ellas les gusta mi cara, sí, les gusta. Pero tú, Dargor… Tú… tú te niegas a reconocerlo… Y discutimos.

El apretón se hace más fuerte y siento la tensión creciente de su cuerpo.

—Entonces le preguntamos a la chica. Venga, vamos… Pregúntale,

hombre, sin miedo… Tú nunca tienes miedo, Dargor… ¡Ja! ¡Dargor el Cobarde! Que… Que decida la muchacha… quién es más atractivo. Y ella… riéndose… zalamera… te abandona y viene conmigo, asegurando que soy más… más apuesto. Yo me río, río a carcajadas… ¡Río y río! ¿Lo ves, Dargor? ¡No eres el mejor en todo! ¡No lo eres! Ella también ríe, y Aldel, y Tebá, e incluso Sorcán, todos en la taberna se carcajean… Aunque desconocen el motivo, la risa es contagiosa… ¡La risa es un don de los dioses! ¡Reíd conmigo!

»Pero tú… Tú no ríes, Dargor… No has comprendido… No has entendido que es todo un juego. Veo tu rostro hinchándose de sangre… Hay locura en tus ojos. Y esa mueca feroz, horrible… Miras a la izquierda… Miras a la derecha… Y sí, por fin sonríes… ¿Lo ves, Dargor? Al final, has reconocido tu derrota. ¡Es muy fácil! ¡Alguna vez tenías que perder! Sonríes más y más, aunque sin alegría. Me espanto… Todos nos asustamos… Te veo agarrar dos paños y tomar la olla de frituras. La chica grita y se aleja, pero yo estoy petrificado. ¿Qué haces? ¿Qué haces, Dargor? ¡Qué vas a hacer!

»Aún recuerdo esas palabras, las que dijiste antes de lanzarme el aceite caliente a la cara: *¡No serás tan guapo, Quiro! ¡No volverás a ser tan guapo!* ¡El dolor! ¡Dioses, el dolor! ¡Me abraso! ¡Socorro! ¡Ayudadme!

Tebá me ayuda a agarrar el cuerpo convulso de Quiro, que se retuerce entre espasmos, intentando llevar sus manos al rostro para arrancarse, en su delirio, la máscara de carne sudorosa y quemada que lo cubre. Sus ojos parecen a punto de saltar y su boca es un agujero oscuro que vomita alaridos.

Poco a poco, se va calmando. Jadea, tragándose su propio sudor. Al fin, su mirada queda inmóvil, fija en un ángulo de la estancia. Sigue quieto durante muchos latidos, entrecerrando los ojos.

En el silencio insoportable su respiración restalla contra las paredes de lona.

—Nunca me pediste perdón, Dargor —susurra—. Nunca. ¿Por qué? ¿Tan difícil era? Lo hubiera entendido; todos estábamos borrachos. Lo habría olvidado con una sola palabra de lamento…, solo conque hubieras reconocido, de la manera más pasajera, el daño que me habías hecho.

Me aprieta con una fuerza brutal, pero no aparto la mano. Se vuelve hacia mí y comprendo que la imagen real de mi rostro se ha fundido con la cara que ve en sus recuerdos.

—No, Dargor… Tú no puedes disculparte jamás… Me habías convertido en un monstruo y no te importaba lo más mínimo. Lo olvidaste. Simplemente, te olvidaste de ello.

El rostro queda quieto durante un instante, muy pálido, perlado por el sudor.

—¡Hijo de puta! —grita, desgarrando y partiendo el silencio, como si la tensión de aquella estancia alumbrada por el fuego fuera un hueso que su voz rompiera en pedazos—. ¡Malnacido! ¡Bastardo! ¿Por qué? ¡Por qué!

Se agita de nuevo y Tebá y yo hemos de volver a sujetarle. Ha perdido tantas energías que ahora no resulta difícil mantenerlo quieto. Un llanto estremecedor sube desde sus entrañas y le hace temblar todo el cuerpo, en espasmos suaves. El moco le cae de la nariz y se mezcla con el sudor. Abre la boca, como buscando aire, y exhala unos gemidos largos y escalofriantes en los que vibra un eco infantil. Tebá aprieta los labios y agacha la cabeza. El Cuervo y Urbá siguen en pie, pero dirigen la vista hacia el suelo. Es duro ver a un hombre hecho y derecho deshacerse en lágrimas.

Quiro casi ha adoptado una posición fetal, aún llorando, liberando su propio dolor secreto, un infierno enjaulado durante largos furás en las cárceles más profundas del corazón.

Dejo caer mi cabeza, hasta que la frente toca su hombro. Intento hablar, pero no me salen las palabras, como si el hedor, la rabia y la tristeza que emanaran de Quiro tomasen constancia física y cerrasen mi boca.

—Yo te admiraba, Dargor… —Su voz suena más tranquila y limpia después de las lágrimas, pero todavía está cargada de dolor—. Eras el mejor en todo, eras audaz hasta la locura, fuerte, diestro, inteligente… Te quería como a un hermano. Pero en el fondo… también te odiaba.

Siento un nudo en el estómago, tensándose más y más, a punto de saltar en pedazos, y aprieto los dientes.

—Yo te quería, Dargor, sí que te quería…

»Pero a veces… A veces también deseaba verte alanceado por un enemigo… No obstante, siempre sobrevivías. Siempre ganabas… El mejor en todo. Cuántas veces acaricié el puño de mi cuchillo… Nunca sabrás cuántas… Lograba controlarme, perdonándote y tratando de olvidar, de engañarme a mí mismo. Pero… ¿Cómo se puede odiar al que es tu amigo y tu señor?

»Sin embargo, todo cambió la noche de la fiesta…

Clavo la mirada en sus ojos alucinados.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta. Fue la noche anterior a que nos marcháramos de Sarlia; el banquete de despedida de los bravos que partiríamos hacia el Cinturón… —Sonríe amargado, arrugando aún más esa cara erizada de crestas de piel retorcida—. Los bravos… Sí, somos todos unos bravos, Dargor, ¿no te parece?

El corazón se me dispara.

—¿Qué ocurrió en esa fiesta, Quiro?

—Tú siempre te olvidas de todo, Dargor… ¡Siempre!

—Esa noche pasaron muchas cosas; me gustaría olvidarlas todas, o casi todas.

Su mirada vidriosa me taladra el cráneo.

—Busca bien en tu memoria. Durante aquella fiesta te reíste de mí con saña. Me llamaste *engendro*… ¡*Monstruo*! Dijiste que las mujeres vomitan después de besarme.

Es cierto. Lo hice. Estaba borracho y herido tras conocer los auténticos sentimientos de una mujer a la que amaba. Pero esto no sirve de excusa.

—Llevas razón —admito—. Te insulté de manera injustificada.

—Sí, amado ornai… Me hiciste hervir la sangre, que ya estaba caliente a causa del vino. Estuve a punto de hacerlo, a punto de matarte allí mismo, ante todos, pero me contuve… ¿Cobardía? No lo sé. Al final, me fui.

Guardo silencio, sin atreverme a mirarle, clavando la vista en su mano sudorosa y cruzada de venas, que aún aferra la mía. Sus palabras me golpean como el martillo al yunque:

—Esa noche deambulé de aquí para allá, bebiendo en las tabernas, en los tugurios más bajos… Sentía renacer ese odio que nunca muere, esa ira, esa rabia, la sentía crecer y expandirse como una suciedad imparable. Tenía que ahogarla en alcohol, tenía que olvidar que deseaba con toda mi alma matarte, hacerte pedazos. Yo… Debía preservar mi honor. No podía atacar al ornai, por mucho que lo deseara, pues le había jurado lealtad.

Sus visiones parecen perderse en las profundidades del techo envuelto en sombras. Levanto la cabeza y Tebá y yo cruzamos una mirada. En sus ojos descubro un rencor que se apresura a tapar, no por miedo, sino porque él también me juró fidelidad. Aparto la vista, sin culparle de nada. Tampoco yo sería capaz de mirarme a mí mismo con afecto.

—Creo que perdí el sentido, no lo sé… —La voz de Quiro se vuelve monótona y lejana—: Estaba hablando con un hombre calvo, en una taberna. Él se hallaba al otro lado de la mesa. Sus ojos parecían piedras preciosas en el fondo de un lago. Su voz era amable, susurraba al hablar… Él me entendía. Le conté todo… Todo. Necesitaba descargarme y él había sido puesto allí para escuchar mis miserias.

—¿Quién era? —pregunto.

—Era Nigur, el sumo sacerdote del culto del Vigilante.

La garganta se me seca. Mi corazón salta dentro del pecho.

Quiro prosigue:

—No debí sincerarme con él, pero ya no me importaba nada. Su voz… Su voz era como un bálsamo… Le escuché con atención… Le dije que mi mayor deseo era matar al ornai… Sí, sí, eso es. Pero no puedo hacerlo, mancharía mi reputación, mi honor… No te preocupes,

Quiro, siempre hay una solución para todo. Debes acabar con el ornai para limpiar tu alma. Pero… ¡me deshonraré! Además, es mi amigo… No puedo… Quiro, cálmate. Sí puedes hacerlo. No es tu amigo. Deformó tu rostro, se burla de ti y… ¡Ese hijo de puta lo hizo en la fiesta! ¡Me llamó engendró! ¡Y fue él quien me convirtió en esto que soy! Calma, calma, Quiro, escúchame… Durante la batalla, en el calor de la lucha, acércate y clávale tu espada. Nadie lo notará, nadie se dará cuenta… Habrás satisfecho tu mayor anhelo y tu honor seguirá limpio. No… ¡No! ¡No puedo! ¿Qué estás insinuando? En la campaña del norte, Quiro… Espera, sé paciente, y cuando llegue el momento… ¡Actúa! ¡Actúa con decisión! Dargor debe morir porque destruyó tu vida y, como me has contado, nunca te pidió perdón… Nunca, no, ¡ni una sola vez! ¡Es cierto! Si lo hubiera hecho… Si lo hubiera hecho…

Quiro calla durante unos pocos instantes. Sigue mirando hacia las alturas. Sus pupilas se mueven con vida propia, como si contemplara figuras extrañas en la lona tenebrosa. Sonríe, con una mueca de maldad y alivio.

—Está bien. Lo haré. Bien, Quiro, no te arrepentirás. Piensa en la satisfacción por cumplir esa justa venganza. Piensa en todos los furás desperdiciados, en tu rostro deforme, piensa en ello, Quiro, y te darás cuenta de que no tienes elección. Espera el momen… ¡Sí, actuaré! Esperaré y actuaré. Lo haré. Estoy harto de sentir odio. Voy a reventar, ya no puedo seguir fingiendo. Lo mataré durante la próxima batalla… Es cierto. Nadie lo notará… Nadie… Nadie lo…

Su respiración se normaliza. Empieza a cerrar los ojos, pero los párpados no caen del todo.

Aprieto la mandíbula, notando cómo se endurecen e hinchan los tendones de mi cuello a causa de la furia. Nigur. Primero dominó al sigra Amáer, mi padre. Después, Quiro.

Nigur.

Nadie se mueve en la estancia. Todos estamos quietos, como helados, bañados por la luz espectral del fuego. Quiro bisbisea incoherencias entre dientes, con los párpados medio caídos; a veces, un leve temblor hace vibrar su cabeza o su brazo.

Nigur.

Me vuelvo hacia los demás y aclaro mi voz para que se me oiga bien:

—Nadie oyó nada de los labios de Quiro esta noche, antes de que muriera. Si alguno de los presentes transmite otra historia, el más leve rumor… Pagará con su vida. ¿Entendido?

Asienten. Sigo hablándoles:

—Quiro morirá por culpa de la herida que le infligió un alai. Luchó como un valiente en la batalla, sirviendo a su patria y a su señor con total lealtad, y se le dará un funeral con honores.

No hace falta ya mostrar acuerdo; todos deseamos enterrar en el olvido más absoluto lo que hemos escuchado. No nos costará servir a la mentira. A veces la verdad es hedionda y escuece al tacto; entonces, parece necesario sepultarla bajo una pesada losa e intentar olvidarse de ella.

Agarro con fuerza la mano del convaleciente.

—Quiro, escúchame, por favor. Soy Dargor.

Abre los ojos febriles y parpadea, como despertando de un sueño inquieto.

—Dargor… Ah, estás aquí…

—¿Me oyes? ¿Puedes entenderme?

—Sí. Intenté matarte, pero creo que me han herido. Hace calor aquí… Voy a morir, ¿no es cierto? ¿Qué vas a decirle a este traidor moribundo?

—Déjame hablar. Solo quiero decirte una cosa, una última cosa: no me intentaste matar. No lo hiciste. Luchaste como un bravo en la batalla y me protegiste de los enemigos.

—No, no es cierto… Me deshonré y…

—Son alucinaciones, Quiro. Estás confuso por culpa de la herida infectada. En realidad me salvaste la vida varias veces, a mí, a tu ornai.

Parpadea, aturdido.

El Cuervo se acerca y se agacha a mi lado.

—¡Es verdad, Quiro! ¡Yo también lo vi! ¡Y allí estaba Tebá! ¡Que te lo cuente él!

Tebá nos mira sorprendido, pero el Cuervo le lanza una mirada severa y le llama con un ademán enérgico.

—Así fue… —dice Tebá—. ¡Así fue, sí! ¡Peleaste como el mejor! ¡Eres el orgullo de todos nosotros!

—No, no… ¿Cómo puede ser? Yo recuerdo otra cosa…

—Confundes la realidad con la ficción por culpa de la fiebre —le explico—. Nunca desearía tener a otro a mi lado; nadie como tú puede proteger a su ornai.

Parpadea varias veces más y comienza a sonreír. Sus ojos se empañan.

—¿Es cierto? ¿No estáis mintiendo? ¿Fue así como pasó?

—¡Claro! —El Cuervo también sonríe—. ¿Por qué íbamos a engañarte? Estábamos todos allí para verlo. No se habla de otra cosa en todo el ejército.

—Yo… creía que había intentado… matarte, Dargor.

—¿Qué? Estás delirando, muchacho. Te portaste como un valiente. Peleaste con honor y bravura.

—Con honor… Sí... Debió ser así… Sí… ¡Sí, así fue!

Sus ojos brillan y algo se transforma en su cara, como si una

extraña luz interior se derramara sobre sus facciones. Suspira, como si se hubiera quitado un peso insoportable de los hombros, mientras abraza con fuerza la mentira, hasta creérsela por completo, pues, ¿acaso importan la verdad o la mentira cuando se aprieta la mano de un moribundo?

—Y hay algo más, Quiro…

—¿Qué, mi ornai?

—Perdóname por todo lo que te hice. Por todo.

Permanece muy quieto.

Se relaja y mira hacia arriba. Sus pupilas crecen y parece abandonarse a una extraña paz, que cae sobre él como un bálsamo.

Abro mucho los ojos y reprimo un grito, porque ahora su rostro se me aparece libre de cicatrices, perfecto, una cara joven, varonil y grave, curtida por la vida pero llena de energía y aplomo. Su auténtica faz.

La ilusión cae y de nuevo estoy viendo al Quiro de siempre, desgarrado por las cicatrices. Sus ojos brillan como soles oscuros.

Bajo la cabeza hasta su pecho, dejando que las lágrimas rueden hasta la barbilla.

—Perdóname, por favor —sollozo en voz baja—. No te vayas sin perdonarme. Te lo suplico… Por favor… ¡Por favor…!

—Te perdono, mi ornai —contesta, con voz serena—. Mi amigo.

Su mirada empieza a quedar vidriada. Ha esperado hasta este momento; hacerlo realidad era lo único que le mantenía con vida. ¿Lo sabía? ¿Acaso en el fondo de su mente esperaba o sabía que iba a obtener el triunfo y la plenitud final y por eso se aferró a la existencia hasta haberlo conseguido?

Empieza a alejarse de nosotros.

—¡Deprisa, hay que ponerle una espada en la mano! —grita el Cuervo—. ¡Es de los guerreros!

Tebá y él empiezan a desenvainar.

—Alto —ordeno, con voz quebrada.

Me limpio la humedad de los ojos, saco mi propio acero y cierro sus dedos en torno a la empuñadura, que descansa ahora sobre su pecho. Es la misma espada con la que he luchado hoy, la misma que reza lo siguiente: *Quien ose, que me empuñe*.

Con ella en la mano, Quiro muere.

Seguimos contemplándole durante mucho tiempo, como si hubiera caído sobre nosotros un hechizo que mantuviera clavadas en él nuestras miradas.

Al fin, el Cuervo se levanta.

—Vámonos. Nada más se puede hacer por él. Se le recordará con honor.

Asentimos y no osamos hablar, intimidados por nuestro propio

silencio.

Los sonidos y las imágenes que nos rodean cobran de nuevo realidad. Las llamas tiemblan y crujen, esparciendo su manto de luces y sombras sobre el cadáver que empuña la espada.

Salimos del pabellón en el que ha muerto Quiro, sumidos en un profundo silencio.

Alrededor de nosotros hay un mundo oscuro en el que se levantan las sombras aún más profundas de algunas tiendas, mezcladas con los contornos de los carros y los bultos confusos que son los hombres dormidos. Hay hogueras dispersas y alejadas, como luciérnagas amarillentas, y en torno a ellas brillan con luz huidiza los rostros macilentos de los soldados, mientras rememoran, consigo mismos o con sus compañeros, la lucha de esta mañana.

El Cuervo me coge del brazo.

—Vamos a un lugar tranquilo y alejado, Dargor. Debemos hablar.

Estoy cansado, pero la mirada de sus ojos no admite réplicas.

—Como quieras. Podemos hacerlo en mi propio pabellón.

—Tebá debe venir, pero nadie más.

—¿Qué ocurre, Cuervo? —pregunta Tebá.

—Aquí no. Vamos al pabellón del ornai.

Al cabo de poco nos encontramos de nuevo entre lonas, alumbrados por la luz de las candelas. Los rostros de Tebá y el Cuervo están pálidos y demacrados y sus ojos se ven enrojecidos por el cansancio; sin duda, mi propia cara no ofrecerá mejor aspecto.

Observo a mis dos compañeros. Estoy seguro de que Tebá no me traicionaría, ni tampoco el Cuervo, pero también pensaba lo mismo respecto a Quiro y las intrigas de Nigur lograron conquistarle… ¿Puedo confiar en ellos? ¿Acaso tengo elección?

—Habla, Cuervo —digo—. Si son malas noticias, que vengan cuanto antes. No tenemos ya ánimo para esperar.

—Lo son, ornai —contesta—. Lo son.

Toma aire y suspira.

—Esta mañana, mientras daba órdenes a los capitanes de las tropas respecto a la batalla, tuve ocasión de hablar con uno de los mandos principales de Peñagrís.

»Ese hombre era el superior de la patrulla que capturó al espía alai, el que tu padre llevó a Sarlia.

—Lo recuerdo —contesto—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Eso, eso… —interviene Tebá, impaciente, pues lo suyo es la acción, no las palabras.

—El espía no tenía lengua —dice el Cuervo.

—En efecto —confirmo—. Sus jefes alais se la cortaron para evitar que nos transmitiera sus conocimientos.

—No le dejaron mudo los alais. Ese capitán de Peñagrís que he mencionado antes me contó esta mañana que cuando le capturaron aún tenía lengua.

Parpadeo, confundido.

—Debe estar equivocado. El sigra me dijo que cuando le vio ya era mudo.

El Cuervo niega con la cabeza, lúgubre y reflexivo.

—Según el hombre con el que hablé esta mañana, el sigra Amáer Atur ordenó que le entregaran al espía para interrogarle en privado, junto a uno o dos hombres de su confianza. Antes de ese interrogatorio el espía tenía lengua. Después, ya no la tenía.

—No entiendo nada —dice Tebá, sacudiendo la cabeza—. Estamos perdiendo el tiempo con necedades; ¿qué más da que durante la tortura deslenguaran al alai?

—También pensé al principio que era una tontería —contesta el Cuervo—, pero después de lo de Quiro no creo en las casualidades. Acabo de verlo todo claro, hace pocos momentos. Demasiado claro.

Abro mucho los ojos y sonrío con amargura y rabia. El Cuervo lo nota y asiente mientras clava sus ojos en mí. Tebá sigue sin entender nada.

—Ha sido una trampa —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. El sigra quería que muriéramos todos aquí, a manos de los alais.

—¿Qué estáis ladrando? —exclama Tebá—. ¿Cómo va a querer el sigra la muerte de su propio hijo?

—En las próximas elecciones al cargo de sigra Dargor podría ganarle —responde el Cuervo—; no sería inconveniente para Amáer Atur que el ornai muriera aquí, en el Cinturón, porque se quitaría de encima al más peligroso pretendiente al trono. Después, él vendría con un ejército poderoso y vencería a los alais, vengando así a su propio hijo; ante todos quedaría como un líder honorable, el justo sigra que merece Sarlia. Y después, ¿quién se atrevería a no votarle?

—¡Un momento! —exclama Tebá—. ¿Qué tiene todo eso que ver con un espía al que le falta la lengua?

—Es muy sencillo —respondo—. Lo que debió ocurrir fue lo siguiente: cuando el espía alai fue capturado cerca de Peñagrís aún podía hablar, pero el sigra ordenó que se lo dejaran solo a él, y quizás también a uno o dos torturadores de confianza, para interrogarle. Le sacó la información de que se acercaba un fuerte ejército de alais al Cinturón e incluso quizás consiguiera la fecha aproximada del ataque. Después le cortó la lengua para que nadie más conociera el dato.

»Cuando me vio, alagas más tarde, en el Palacio del Poder, no me dijo nada sobre ese ataque y me envió hasta aquí con fuerzas reducidas, con la orden de investigar. Sabía que iba a haber una invasión y que yo no tendría más remedio que tratar de cortarla, pero con las pocas tropas de que disponíamos él pensó que sería posible una victoria alai, lo cual provocaría mi muerte. Así se desharía de mí.

Después, vendría hasta el norte con un ejército mucho mayor para acabar de una vez por todas con los enemigos.

—Sus cálculos se han visto truncados —interviene el Cuervo— porque ideaste una estrategia revolucionaria en el combate de hoy. Si hubiéramos peleado al estilo tradicional sarlio estaríamos quizá muertos.

Tebá abre mucho sus ojos.

—Estáis sacando conclusiones malignas y apresuradas acerca del sigra, que es nuestro señor, basándoos solo en una lengua de más o de menos.

—Si lo de la lengua es un detalle insustancial —digo—, ¿por qué me mintió el sigra? ¿Por qué dijo que se la habían cortado los alais cuando fue él quien lo hizo?

Tebá frunce el ceño, pensativo. Poco a poco se va haciendo la luz en su mente y su rostro se llena también de amargura y preocupación. Dice:

—Primero Quiro y ahora… ¿el sigra? ¿Cómo se puede luchar contra quienes se supone que son tus amigos? Estamos rodeados de traidores y…

Calla, de pronto. Nos miramos los tres, iluminados por los candiles de luz amarillenta y huidiza. Hay un silencio tenso y sostenido. Tebá clava sus ojos en mí.

—Dargor… Tú confías en mí, ¿verdad? Yo jamás te apuñalaría por la espalda.

—Sí, confío en ti —respondo, con voz neutra.

Mis palabras no logran calmarle, lo veo en su rostro, pero no añade nada. El Cuervo también permanece callado.

—Tal vez sea solo un malentendido —dice Tebá, intentando componer sin éxito una sonrisa—. Quizás el sigra tuviera una razón inocente para lo del espía… Deberíamos darle el margen de la duda, al menos.

—Me esfuerzo por concedérselo —respondo—; pero no os quepa duda de que cuando regrese a Sarlia le expondré este tema directamente a él.

—Ten cuidado —me advierte el Cuervo—. Amáer puede excederse con el alcohol, pero es astuto. Esta estratagema de enviarte hasta aquí lo prueba.

—Percibo que en todo este asunto hay una sombra tras él… Un ser más hábil y tenaz.

—Nigur —dice el Cuervo.

—Sí. Nigur.

—No estaba con el sigra cuando cogieron al espía alai, en Peñagrís. Amáer tuvo que planear solo la jugada.

—No me refiero a eso, se trata de algo más profundo… —Se me

antoja que las sombras de las paredes de esta tienda forman el sereno rostro del sumo sacerdote del culto del Vigilante. Le noto aquí y allá, flotando, alargándose y contrayéndose, vigilándonos—. Nigur ha actuado durante mucho tiempo sobre la mente de mi… del sigra, envenenándola, metiendo en ella el miedo, el rencor y el odio hacia mí. Refuerza ese dominio mediante sus drogas, con la excusa de proteger la salud de Amáer; no sería raro que aliente en secreto, de manera sutil, el gusto del sigra por el vino y las comilonas. Amáer vio la oportunidad de quitarme de en medio y la aprovechó, pero estoy seguro de que esa motivación no es solo cosa suya.

—Puede ser —reconoce el Cuervo—. Y por cierto, Nigur también actuó sobre Quiro y lo dominó en cuanto vio la oportunidad.

El silencio se espesa al recordar a nuestro compañero muerto.

Aprieto los nudillos contra la palma de mi mano y cierro el puño con lentitud, haciéndolos crujir.

—Algún alaga le haré pagar caro a Nigur todo esto —prometo.

—Eso pertenece al futuro —dice el Cuervo—. Ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Es cierto, debemos pensar en ello —interviene Tebá, pálido y sudoroso—. Podríamos volver a Sarlia; ya hemos ganado a los bárbaros.

Le miro y él retrocede un poco, intimidado por la fuerza y la ira que ve en mí.

—¿Ganado? —pregunto—. ¿Qué hemos ganado? ¡Nada! ¡Polvo y aire, eso es lo que tenemos! El líder alai ha escapado con vida; yo quería su cabeza en una lanza, quería llevarla hasta el Amitas y dejarla clavada en el suelo para que los bárbaros comprendieran. Pero no lo he conseguido y dentro de un loraga o un furá ese caudillo volverá a las andadas y reunirá un nuevo ejército. Hay que destruirle ahora. Nos quedaremos aquí.

—¿Quedarnos? —pregunta Tebá, con extrañeza.

—No solo eso; avanzaremos hacia el Amitas, hacia el norte, y les provocaremos una vez más. El líder bárbaro deberá reunir a sus últimos fieles y presentar batalla o bien huir de una vez por todas, de vuelta a sus bosques impenetrables. Si ocurre lo primero tendremos una posibilidad de atraparle y matarle. Si sucede la otra opción, su escarnio y su vergüenza serán conocidas entre los suyos, los alais le considerarán un cobarde y es posible que nunca vuelvan a seguirle. Los líderes débiles no suelen durar mucho, ni entre durbanos ni entre alais, así que quizás incluso alguien le dé muerte.

—Ya le hemos asestado un duro golpe —protesta Tebá.

—Eso no me basta. Quiero verle sin vida, o humillado por completo. —Me vuelvo hacia el Cuervo—. ¿De cuántos hombres disponemos para luchar?

El veterano guerrero levanta las cejas, inspira y echa el aire con fuerza por la nariz.

—Bien, murieron unos mil en la batalla, así que, quitando a los heridos, tenemos unas cuatro mil lanzas preparadas para ponerse en movimiento.

—Escaparon unos cinco mil bárbaros con vida —dice Tebá.

—Pues que se nos enfrenten —contesto—. Estoy seguro de que nuestro misterioso enemigo no conseguirá reunir a más; la confianza que le prestaban antes de hoy tiene que haber disminuido. Si es un individuo de honor intentará recuperarla, o morir en el intento.

—Huyó esta mañana. No lo olvides.

Recuerdo que yo mismo me mostré cobarde ante la muerte, el alaga que desperté en este mundo, cuando un asesino entró en mi alcoba. También sentí un miedo paralizante al notar la hoja de Sorcán apoyada en mi garganta, aquel alaga, cuando le reté a un combate amistoso.

—La gente cambia —respondo. El Cuervo frunce el ceño, así que decido dirigir la conversación hacia un nivel más superficial—: Los hombres descansarán lo que queda de esta noche y unas clepsidras más, tras el amanecer; pero al medio alaga todos estarán preparados y nos pondremos en marcha de nuevo hacia el norte. Llegaremos hasta el Amitas, si hace falta, y lo cruzaremos de nuevo. Nos expondremos otra vez ante los bárbaros. Si les queda algo de orgullo y combatividad vendrán por nosotros. De no ocurrir esto podemos dar por concluido este intento de invasión.

—Espero que no te equivoques —dice el Cuervo.

Tebá parece más animado cuando hay un plan concreto y cuando tiene la perspectiva de la acción a la vista.

—Nuestro ornai siempre se mostró astuto y decidido para conseguir la victoria.

El Cuervo me mira.

—Lo único que espero es que tu decisión sea fría y que en ella no arda la cólera. Esta noche han pasado demasiadas cosas. Duerme, señor, y deja que la mente recapacite en su oscuridad.

Una nube de ira sube por mis mejillas, calentándolas, pero controlo mi voz:

—Mis decisiones son lógicas, sólidas y razonables. Si creéis que hay otras alternativas no tendré inconveniente en escucharlas y discutirlas.

El Cuervo suspira, como si echara furás y no simple aire por la nariz.

—Está bien, señor. Por ahora no me opongo.

—Será mejor que nos vayamos a descansar. Mañana tendremos otro largo alaga por delante.

Las circunstancias han superado mis previsiones.

A pesar de haber huido en la jornada de ayer, hoy el líder bárbaro parece dispuesto a lavar su honor y jugárselo todo en la última baza de esta partida sangrienta que es la guerra.

Al amanecer me despertaron y me comunicaron que un nuevo ejército de bárbaros se acercaba por el norte. Tomé con rapidez la primera comida, mientras me ponía la armadura. El Cuervo y Tebá vinieron a buscarme, ambos ya ataviados para el combate. Se les veía ojerosos y pálidos, como yo, pero también firmes y decididos.

—Subestimé al caudillo alai —me dijo el Cuervo—. No ha esperado nuestro próximo movimiento, sino que vuelve hacia nosotros.

—¿Cuántos son? —pregunté.

—Unos cinco mil, según nuestros batidores —contestó Tebá—. Nosotros tenemos unas cuatro mil novecientas lanzas, descontando a los heridos de ayer, todavía incapaces de pelear.

—Las fuerzas están parejas —murmuré, con una sonrisa feroz—. Podremos con ellos.

—Parecen dispuestos a todo. Han cruzado ya el Amitas.

Le miré con espanto.

—¿Qué has dicho?

—Lo que acabas de oír, ornai —respondió el Cuervo—. Repito: subestimé a su caudillo. Ha sido capaz de reunir a los supervivientes, han aprovechado la noche para avanzar y han cruzado el puente Bravo. Ya están de este lado del río.

—Es un líder impresionante —dije—. Alabo su capacidad de recuperación. Si ha pasado el Bravo estará determinado a triunfar o morir.

—Sabe que si vuelve vencido a sus tierras no habrá futuro para él.

—Él necesita mi cabeza y yo necesito la suya. Me gusta.

—Cuidado, Dargor. —El Cuervo me agarró de un hombro. Vi sus ojos cansados y graves tras las ranuras del casco—. Un enemigo que ataca a la desesperada es el doble de peligroso.

—Llevas razón. Seremos precavidos. Vamos fuera.

Esto ocurrió hace apenas media clepsidra.

Ahora, Croaga aún no ha salido del todo y la oscuridad se vuelve diáfana y vulnerable, como una bruma que se disipara en rachas de un azul cada vez menos tenebroso. El mundo parece fresco y limpio, envuelto por el rumor del Amitas, a dos sorcoras de nuestra posición. Los primeros rayos de luz superan los picos más altos de las Negai, bañándolo todo con una claridad tímida que va fortaleciéndose, volviéndose más gruesa y dorada por momentos.

Los bárbaros, como una muchedumbre abigarrada, siguen

avanzando hacia nosotros, manteniendo un paso firme. Es cierto que su líder se lo quiere jugar todo en esta baza, de manera casi suicida. Hay personas que tras digerir su propia cobardía reaccionan de manera enérgica y redoblan sus fuerzas; lavar su mancha se les antoja más importante que todo lo demás y no se soportarán en su propio pellejo hasta que no lo consigan; su objetivo no es la ganancia que puedan obtener de sus actos, sino el simple hecho de entregarse al coraje. Su victoria es el valor en sí mismo, ganen o pierdan, sobrevivan o mueran.

Los bárbaros han avanzado durante las clepsidras de oscuridad, sin apenas descansar, quizás llevando a los heridos de la lucha de ayer. Deben saber que en igualdad numérica los alais no tienen nada que hacer contra la táctica y la disciplina durbanas; más que combatir, parecen dispuestos a inmolarse por su fracaso. Eso me preocupa. Hoy nos enfrentamos a un nuevo tipo de alai, un bárbaro que no busca la ganancia, sino morir de forma honorable, matando a cuantos pueda antes de perecer.

Esta vez no quiero complicaciones ni riesgos innecesarios y nuestras tropas lucharán al viejo estilo de Durba. Nuestro orden de batalla consiste en una franja horizontal compuesta de unos sesenta y nueve cuadros, cada uno formado a su vez por nueve hombres de frente y ocho de profundidad. Son bloques compactos y resistentes, contra los que los enemigos se estrellarán, siendo repelidos por los escudos y ensartados en las puntas de las lanzas. Avanzaremos como un rodillo y pasaremos por encima de los heridos y los cadáveres, aplastando a vivos y muertos. Tras ellos se encuentra el Amitas y por tanto su única vía de escape es el Puente Bravo. Esto supone su única ventaja —si es que saben aprovecharla—: en el puente sobre el bullicioso Amitas solo caben uno o dos cuadros durbanos, así que yo debería romper nuestra formación para perseguirlos y entre las barandas de piedra los bárbaros podrían resistir algún tiempo, antes de que les obligáramos a retroceder hasta la orilla norte del río.

Ya circulan entre las filas las ánforas del vino de la guerra. Estoy orgulloso de mis hombres, por su capacidad para formarse en orden de combate en un tiempo tan corto. Se encuentran cansados después de la lucha de ayer, pero están dispuestos, una vez más, a pelear hasta la victoria o la muerte.

Visto la capa y la túnica del ornai. Quiero que mis gentes me vean con claridad. Además, un loco capricho me hace desear que también el caudillo rival me reconozca. Confío en que ambos lleguemos a encontrarnos durante la lucha.

Los alais se han detenido. Entre los bárbaros y nosotros se extiende un terreno más o menos llano de casi un sorcora de distancia. Hay menos de otro sorcora entre ellos y el Puente Bravo. Parecen de nuevo

una masa abigarrada, oscura y deforme. Detengo el ánfora cuando toca mis labios, pues noto el silencio: hoy, nuestros enemigos no gritan, no cantan ni silban, ni se pelean entre ellos, ni nos insultan. Están sumidos en una quietud extraña. No me gusta.

Distingo al líder. Aún lleva la armadura plateada y la capa oscura de ayer. El casco tubular no me permite ver su rostro. El escudo redondo parece el mismo, pero hoy empuña un hacha de una sola hoja y largo astil, un arma contundente que maneja con un solo brazo, en lugar de la lanza con cintas. No hay estandartes, no hay fasto ni ostentación. El caudillo se pasea ante las huestes apretadas, bajo los haces del alba. Su armadura brilla, en contraste con el fondo oscuro de sus hordas. Les grita y el viento nos trae trozos de palabras desconocidas, en tono ronco, llenas de ira cortante.

Se quita el escudo y levanta las dos manos. Lleva la hoja del hacha hasta la zurda. Comprendo que se ha rajado la palma. Cierra el puño, grita aún más fuerte y sus hombres se revuelven. Advierto que en las primeras filas los guerreros también están hiriéndose a sí mismos, en la mano o el antebrazo. Creo que han hecho algún juramento, sobre su propia sangre.

Pretendo convencerme de que solo es un gesto teatral, pero un escalofrío hiela mi columna, desde la rabadilla hasta el cráneo. Hay algo atávico y religioso en toda esta escena. Quizás, hoy vamos a descubrir a la vez lo mejor y lo peor de los alais, sus honduras más profundas.

He demorado demasiado el trago, así que bebo del ánfora, dejando que el calor invada mis tripas y mi cerebro. Basta de elucubraciones. Hoy hemos venido aquí a luchar y a ganar. Hay trabajo por hacer.

Suena un estruendo bestial, formado por los alaridos de los alais, que echan a andar hacia nosotros a paso rápido, agarrando con fuerza sus armas contundentes y sus escudos de diversas formas.

—¡Avanzad! —grito.

La orden es transmitida y nosotros también nos ponemos en movimiento, como un solo cuerpo.

Croaga sale en todo su esplendor, inundando de luz el campo de batalla. Bajo sus rayos los dos ejércitos seguimos acercándonos. Me encuentro en la tercera fila, dentro del cuadro central de nuestro orden de batalla. Quería luchar en primera línea, pero el tenaz Cuervo me convenció de que era un riesgo innecesario, pues al fin y al cabo los hombres ya saben que estoy con ellos. Delante de mí, atrás y a los lados hay lanzas y escudos subiendo y bajando. Nuestra marcha provoca un rumor de metales, ahogado por la barahúnda enemiga. Imponiéndose sobre todo ello se alza el fragor omnipresente del Amitas.

Los alais se nos acercan más y más, como una ola mugrienta. Los

primeros llegan corriendo, abriendo mucho la boca, mostrando los colmillos y desorbitando sus ojos inyectados en sangre. Las melenas saltan al ritmo de sus zancadas y las armas que empuñan tiemblan, como si se les hubiera contagiado la furia de sus amos.

—¡Lanzas al frente! —grita alguien desde la primera fila.

Los sarlios de vanguardia suben los escudos y entre ellos sobresalen los astiles de madera y las puntas de metal afilado, brillante bajo Croaga.

—¡Ya llegan! —vocifera alguien.

—¡Firmeza! —responde otro—. ¡Resistid!

La onda de rostros, pieles, cabelleras, ojos, colmillos, hachas, espadas, mazas, martillos, lanzas y escudos se nos echa encima y choca con la primera fila.

El caos de gritos se vuelve indescriptible y a todo ello hay que añadir el estrellarse y rechinar de los metales. A través del bosque de cascos y lanzas y tras la muralla de escudos redondos distingo de manera confusa una locura de cuerpos y aceros. La onda del choque llega hasta mi posición y la presión alai nos comprime unos contra otros.

—¡Hacia delante! —rujo.

Mi voz es engullida por el caos generalizado. Clavamos los empeines en el suelo y lanzamos el cuerpo hacia delante, empujando al compañero que nos da la espalda.

En la primera fila los sarlios aguantan como pueden y alancean cualquier cuerpo que esté al alcance de sus armas. Los escudos soportan el mordisco de las hachas, que caen sobre las placas de acero y metal, cortándolas y hundiéndolas. Algunos bárbaros levantan la lanza y golpean por encima de la muralla enemiga, acertando tal vez en un hombro, un brazo o incluso la ranura ocular del yelmo. Los pies de la vanguardia pisan sobre cadáveres y moribundos. Estos primeros guerreros avanzan como pueden, atravesando a los salvajes que se estrellan contra el muro, como ha ocurrido siempre entre los sarlios y los alais…

Pero hoy las cosas son distintas. Los alais no huyen, sino que mantienen el ímpetu tras el primer encontronazo. Incluso yo, entre el barullo casi insoportable de cuerpos, lanzas y escudos apelotonados, siento que esta vez los bárbaros están dispuestos a ganar o morir.

Arremeten una vez y otra, pasando por encima de sus muertos. Aquí y allá logran meterse entre los escudos. Estos audaces se desgañitan en alaridos y golpean con furia inhumana antes de ser atravesados. El golpe de un cuerpo que se arroja con todas sus fuerzas, de un hacha, de una maza o de una espada de hoja enorme, hace retroceder a los sarlios de las primeras filas e incluso rompe su unidad.

En algunos puntos la línea de vanguardia comienza a romperse y

por los huecos entran en tromba cuñas de bárbaros sucios y enloquecidos. Algunos sueltan risotadas mientras reparten tajos y golpes, antes de ser destrozados. Comienzo a sentir miedo; el famoso muro de escudos sarlio está empezando a quebrarse.

—¡No dejéis que entren! —vocifero, lleno de rabia—. ¡Resistid!

Trato de abrirme paso, pero los fieles de mi Guardia se interponen entre los bárbaros y yo. Los alais han roto nuestra línea en decenas de puntos. Dotados de un ímpetu como jamás se había visto antes en ellos, penetran en nuestro cuerpo de ejército hasta una profundidad de incluso cinco líneas y la lucha se convierte en una confusión de combatientes. En distancias tan cortas la lanza entorpece la acción de nuestros luchadores, por lo que ya algunos la desechan y empiezan a desenvainar la espada.

Les imito y levanto mi propio acero, para que mis allegados lo vean.

—¡Luchad con espadas! —grito—. ¡Sacad las espadas!

La orden es transmitida y los guerreros la cumplen sin siquiera preguntarse el porqué. Un soldado no debe pensar, sino obedecer en el acto. Los sarlios tiramos las lanzas y desenvainamos hojas brillantes, cortas y puntiagudas.

Un alai alto y huesudo asesta un mazazo y aplasta el yelmo del sarlio que se encuentra ante mí, lanzándolo al suelo por la violencia del golpe. Suelto un rugido y cargo, su arma golpea mi escudo y rebota, le empujo y casi caigo sobre él. Me revuelvo, detengo la espada de otro bárbaro y el restallar del acero truena en mis tímpanos. Mi hoja gira y rechina contra el filo contrario, pasa bajo su brazo y se hunde en la garganta, abriendo la piel blanca y escamosa. Empujo hacia arriba, hasta que la punta rompe el paladar y llega al cerebro. Me aparto, dejando caer el cadáver por mi costado izquierdo. El de la maza se ha levantado, pero un compatriota le hunde el borde del escudo en la boca, rompiéndole todos los dientes. Giro y detengo un hacha con el escudo. Trastabillo sobre el suelo incierto, mi enemigo vuelve a golpear y yo a detener. Sus ojos rojizos brillan en el rostro cadavérico, las greñas rubias y sucias ondean y se recortan con nitidez fascinante contra el barullo de cuerpos a su espalda. El hacha restalla contra el borde de mi escudo y queda encallada en él. Lo dejo en alto, me agacho y avanzo un paso, clavando en su estómago, rajándole el vientre y manchándome de sangre el antebrazo y el casco. Le empujo con el hombro y la cabeza y mi arma sale de él mientras se derrumba encima de un sarlio moribundo.

Consigo levantarme. Alrededor, los componentes de la Guardia del Ornai me rodean, formando un circulo defensivo, impidiendo que los bárbaros lleguen a mi persona. Giran y sus espadas levantan centelleos, hilachas de sangre y trozos de piel. Gracias a mis

defensores cuento con varios latidos de descanso. Intento sobreponerme a la locura de la batalla, al frenesí del vino de la guerra. Trato de obtener una visión de conjunto del combate, pero la fuerza de las imágenes me arrebata la concentración…

…Y contemplo a dos alais lanzarse sobre un durbano y acuchillarlo con saña. A su vez, los compañeros del muerto arrollan con sus escudos a los bárbaros, les patean la cara y les rajan con sus aceros. Veo el martillo de un alai impactar con fuerza atroz en la barbilla de un sarlio, bajo el borde del yelmo; la cabeza vapuleada gira hacia atrás y con ella se mueve el resto del cuerpo, cuyos pies abandonan la tierra; todo este conjunto cae de espaldas sobre las piedras, el polvo y la sangre. El alai se le acerca levantando el martillo, rugiendo y desorbitando los ojos, babeando espumarajos por entre el bigote y la barba, pero dos hombres se mueven al unísono, parando y golpeando con sus espadas, y me ocultan el final de esta escena. Un alai avanza casi a cuatro patas; le falta la mano derecha y el muñón chorrea un líquido oscuro. Descubro en sus ojos locura y dolor. El borde de un escudo sarlio le golpea en la nuca y el mutilado se retuerce en el suelo. Su atacante cae sobre él, hundiéndole la espada en el surco lumbar. El bárbaro sufre convulsiones y sus dedos se agitan igual que las patas de una enorme araña…

…Consigo sobreponerme a toda esta fascinación horrenda que ha cruzado mi cerebro entre latidos y contemplo la batalla con cierta perspectiva. Se ha convertido en un conjunto de miles de combates, compuestos cada uno por dos, tres y hasta cinco enemigos. Hoy, la táctica sarlia del muro de escudos ha fracasado. La lucha se vuelve individual y personalizada y, por tanto, heroica.

Le veo: un punto lejano entre la maraña de combatientes. Le tapan, pero vuelve a aparecer. Aun maneja el hacha y conserva el escudo. No ha perdido su casco tubular. La armadura plateada brilla entre toda esta inmundicia, como un faro capaz de guiarme a través de la tormenta. La batalla nos ha llevado a todos muy cerca del Puente Bravo y ni siquiera nos hemos dado cuenta de ello, pero el fragor de las aguas aún se impone al caos de los gritos y los golpes. El caudillo bárbaro se encuentra a menos de veinte tornes del puente. Podría darse la vuelta y huir, cruzar el Amitas y volver a sus bosques umbríos, pero sigue luchando, también acompañado de una guardia de leales.

Sonrío, apretando los dientes.

—¡Seguidme, guerreros de Sarlia! —grito—. ¡Seguidme!

Echo a correr, clavando la vista en mi gran enemigo. La Guardia se apresura a cubrirme y los más veloces se me adelantan, deteniendo y arrollando a los bárbaros que se interponen en nuestro camino.

—¡Avanzad! —rujo.

Practico con el ejemplo. Esquivo la lanza de un salvaje, que rechina y resbala sobre mi escudo, mi espada encuentra su ingle y la rajo hasta el hueso de la cadera. Uno de la Guardia se echa encima del herido y le rompe la cara con el borde de su escudo. Sigo corriendo, trastabillando y resoplando. Estoy ya cerca del puente de piedra, que se levanta en una curva suave y elegante sobre el borde de la barranca que contiene al Amitas; el río furioso ha ido socavando la tierra durante miles de furás y su cauce se hunde entre dos paredes empinadas de tierra y rocas. Veo guerreros en ellas, intentando mantenerse en pie, o siendo derribados y rodando al fin, entre nubes de polvo y guijarros. Otros son lanzados por sus enemigos desde el borde de la cuesta y vuelan entre alaridos, hasta estrellarse contra las piedras oscuras del fondo, bañadas por la espuma brillante.

En la entrada del puente hay unos doscientos alais, en lucha contra los sarlios que tratan de tomar el Bravo. Las gárgolas alzadas sobre las gruesas barandas de piedra parecen ajenas a toda esta sangría, como dioses grises y aburridos que volvieran la espalda al enjambre de insectos humanos a sus pies.

Sigo avanzando, y conmigo la Guardia. Varios cientos de sarlios se enfrentan a los alais del puente. La lucha es encarnizada y salvaje, nuestra presión les desborda y conseguimos que retrocedan. Entre el caos de cuerpos y armas logro abrirme paso, siempre rodeado de fieles. En mi mente no cabe otro deseo que obtener la cabeza enemiga: la locura de la caza se ha apoderado de mí.

Sobre el empedrado del puente hay ya muchos guerreros muertos, pero son más los que viven y siguen en pie, peleando. En la vorágine de la tormenta de aceros, el caudillo alai hunde su hacha en uno de mis hombres, partiendo el brazo a la altura del codo. Uno de sus fieles remata al herido. El líder debe sacarme una cabeza de altura y su corpulencia se ve aumentada por la coraza plateada, tiznada ya de oscuro, y la capa gruesa que cuelga del cuello y un hombro. Ha soltado el escudo y agarra el hacha a dos manos. Espera hasta que algún enemigo supere el círculo de sus guardianes y entonces acaba con él.

Busco sus ojos, dentro del yelmo. Nos encontramos.

Avanza hacia mí, empujando y apartando a los suyos, y yo me abro paso a empellones. Los de mi Guardia y sus fieles vuelven a enzarzarse, tratando de separarnos. Noto que algo superior nos guía a ambos; es una sensación horrenda y fascinante al mismo tiempo.

El líder alai aparta a uno de sus soldados con su manaza derecha y levanta el hacha. Me cubro con el escudo y siento vibrar la mandíbula por la fuerza del impacto. Retrocede y me patea, pero su bota da también en el escudo. Le empujo con el escudo y su espalda choca contra la baranda del puente. Allá abajo, el negro del agua contrasta

con la espuma de sus rápidos. Alrededor de nosotros, un círculo de guerreros alais y sarlios pelean con salvajismo, esforzándose para proteger a sus respectivos señores, en un equilibrio de fuerzas. Con un gruñido cavernoso saca el hacha de la tajadura y yo intento devolverle el golpe, pero su arma cae de nuevo, acompañada de un mugido. El escudo cruje cuando la hoja atraviesa su borde, las placas de madera se quiebran y el metal rechina. Me empuja con el costado de su cuerpo, de tal modo que no tengo espacio para acuchillarle con la espada. Saca la hoja y lanza un golpe casi horizontal que abre el alma del escudo. Trastabillo y casi caigo, mi casco da contra la piedra de la baranda y veo durante un latido la cabeza demoníaca e impasible de una gárgola, sobre nosotros dos. Vuelve con un golpe de revés que da en mi espada; el arma está empapada en sangre, resbaladiza, escapa por entre mis dedos y vuela hacia el río. El hacha sube y me lanzo hacia delante, hundiendo el casco en su estómago. Es como golpear un muro. Se limita a retroceder un paso y soltar el aire con un bufido. Levanto el escudo y el borde le golpea en la garganta. Vuelvo a hacerlo y esta vez consigo levantar un poco su casco. Cierra contra mí con un golpe de hacha que abre aún más el escudo. Se arranca el yelmo, como si le estorbara, y descubro su rostro pálido, brillante y cadavérico, cubierto por una melena y una barba suaves y blanquecinas. Sus ojos azules y sangrientos, desorbitados, brillan como dos estrellas de furia. Su boca se abre, dejando ver los colmillos afilados y amarillos. Está gritando, pero las aguas ahogan su voz. El hacha cae, da en el borde de mi maltrecho escudo y lo raja casi hasta el centro. Me patea el cráneo y durante unos latidos todo ennegrece. Noto unos dedos de hierro en mi garganta, su brazo me levanta y me coloca encima de la baranda de piedra. Va a partirme en dos de un hachazo. Arriba, muy lejos, el Amitas parece llamarme con su voz cavernosa. Resbalo, caigo y quedo colgando con una sola mano en la baranda de piedra. La otra aún sostiene el escudo destrozado. Lo levanto para protegerme del hacha y la vibración del golpe casi me arroja de la baranda. El hacha vuelve a alzarse. Me incorporo, casi a horcajadas sobre la balaustrada, y le golpeo en la cara con el borde agrietado del escudo. Aun así, su arma cae. Consigo esquivarla, pero pierdo el equilibrio. Braceo y mi mano encuentra su cabeza y se agarra a ella, cogiéndola por la cabellera. Me impulso hacia atrás sin soltarle, arrojándome hacia el Amitas, y nuestros ojos se encuentran de nuevo.

Tú vendrás conmigo al infierno, hijo de puta.

El peso de mi cuerpo tira de él, su abdomen pasa por encima de la baranda y ambos subimos y volamos hacia las aguas oscuras y salvajes. Suelto las correas del escudo, que se pierde en algún lugar del vacío.

Hay un golpe húmedo y ya estamos hundiéndonos uno junto al otro, sumidos en un mundo oscuro y fantasmal. El peso de nuestras armaduras nos lleva hacia abajo y seguimos cayendo con lentitud, envueltos en una nube de furiosas burbujas. Chocamos con un fondo de piedras ovaladas y de arena que se levanta en una bruma suave. Nuestras manos se buscan y la lucha bajo el agua se vuelve desesperada y torpe. Ha soltado el hacha y con los dedos agarra mi cuello. Busco en mi cinto, desenvaino la daga y la clavo en su garganta una, dos, tres veces. Su sangre salta como alguna especie de vapor malsano. Su mano no suelta mi garganta y comienzo a sentir miedo. Le acuchillo en las muñecas y los antebrazos, pero la presión no cede. Noto las primeras punzadas en los pulmones. Su rostro aún está contraído en un rictus agresivo y la oscuridad de las aguas y de la sangre lo vuelve confuso, pero aún distingo el brillo lejano de sus ojos.

Parece relajarse y sus dedos me sueltan.

Me impulso hacia arriba con los pies, pero el peso de la armadura me estorba para subir. Temblando, consigo soltar las traíllas de la coraza y las grebas, me saco el yelmo y suelto el cinto y la daga; vuelo rodeado de burbujas, atrapado por la garra de la asfixia, que araña con sus uñas afiladas mis ardientes pulmones. La cabeza se me nubla y siento que algo dentro de mi pecho va a estallar. Levanto la mano buscando la luz y la vida.

Al salir abro la boca y trago aire. Las olas me zarandean y ya no soy dueño de mis movimientos; he de relajarme y dejarme llevar por la corriente, pues no tiene sentido luchar contra ella. El mundo se ha convertido en una eternidad fugaz de olas y frío, de aguas que rugen hasta hundir al universo en un silencio inexpugnable. Veo subir y bajar las grandes rocas, junto a una orilla de guijarros. Las piedras se me acercan, mis rodillas dan contra el fondo y gateo sobre los cantos redondos y pulidos, jadeando, apretando las manos contra la superficie resbaladiza, pero sólida. La espuma me golpea la cara, trago agua, toso y jadeo; me arrastro sobre el suelo húmedo y crujiente; siento cada inspiración como una cuchillada. Si al menos cayera sobre mí la fuerza de Croaga… Pero las sombras del cañón me cubren por completo.

Mis ojos buscan el Puente Bravo, sin éxito. El frío es espantoso y se mezcla con un cansancio atroz, como jamás creí poder experimentar. Quedo tumbado sobre el suelo de tierra mojada y guijarros, tosiendo y vomitando bocanadas de agua. El mundo gira despacio, muy despacio, y empieza a oscurecer…

Siento algo duro en mis labios, pero me resisto a abrir los ojos: estoy aún demasiado cansado y solo quiero dormir, perdido en esta oscuridad.

—¡Bebe! —grita una voz masculina, ronca y autoritaria.

—No desperdicies el aguardiente —gruñe alguien—. Está más muerto que vivo.

Oigo crujidos, el siseo constante del agua, gritos lejanos, alguna risa, el murmullo de una conversación…

—Te digo que no, el bastardo es fuerte y sacaremos un buen dinero por él. ¡Bebe esto, hijo de puta!

Noto una presión horrible en mis mejillas, abro la boca y siento el líquido caer por mi garganta. Toso y jadeo, un fuego helado recorre todo mi ser, pero lucho y me revuelvo porque solo quiero dormir. ¿Por qué no me dejan en paz?

Siento un golpe en la espalda y gimo, dolorido.

—¿Por qué le has pegado? —pregunta la voz ronca.

—Quiero ver si sigue vivo, si le quedan energías.

El bebedizo me las ha dado, así que me despierto de una vez por todas, furioso, y descubro que estoy tumbado en alguna superficie plana y que mis manos están atadas a mi espalda. Lanzo una patada, noto resistencia y oigo un grito.

—¡Ja! ¡Ahí lo tienes! ¡Vaya si está vivo!

—Casi me rompe una pierna… ¡Es fuerte como un argo!

Intento hablar, pero solo consigo emitir un gañido ininteligible. Todavía me resisto a abrir los ojos. El cansancio me invade otra vez, y también el frío.

—Más… —gimoteo—. Beber… más…

—¡Aquí tienes una ración de palo, dulo asqueroso!

Me llueven golpes en la espalda, brazos y hombros, y yo me revuelvo y me encojo, intentando escapar de la paliza.

—¡Para! ¡Vas a matarlo, idiota!

—¿No lo has visto? ¡Es una bestia, una alimaña!

—Servirá para los juegos de esclavos. Es un buen ejemplar. Te dije que este bruto nos daría algún dinero.

—¡Estás loco! ¡Quédate con él y dómalo tú, si puedes!

Debilitado por los golpes, continúo tirado, con las rodillas cerca de la barbilla, queriendo hacerme más pequeño, desaparecer, volver a la oscuridad protectora.

Unos dedos fuertes tiran de mis cabellos y me obligan a levantar la cabeza. Siento de nuevo la boquilla en mis labios; trago con ansia, hasta que el ardor me da nuevas energías.

—Así, animal, sí, traga todo este aguardiente. Sobrevivirás, desde

luego. Voy a obtener un alto precio por ti.

El instinto de conservación me dicta no rebelarme todavía; por ahora debo dormir y fortalecerme. Dormir… Dormir… Dormir.

Un golpe en las costillas. Despierto, revolviéndome. Mi espalda encuentra una fila de barrotes negros y metálicos. Jadeo con violencia. Estoy en el interior de una jaula cúbica de un torne de lado, con suelo de madera, cubierto de paja. La luz de Croaga me ciega y entrecierro los ojos, protegiéndolos con una mano.

Hay otras jaulas, a izquierda y derecha y detrás de mí. Contienen fieras salvajes: pelo denso, garras, colmillos y ojos rasgados y fogosos que me miran con hostilidad.

Fuera de la jaula, ante mí, hay un hombre de hombros anchos y estómago prominente. Viste una túnica sin mangas y lleva un cinto del cual pende un largo cuchillo envainado. Calza sandalias gruesas, con las tiras rodeando las pantorrillas. Bandas de cuero crudo rodean sus muñecas. Es ropa sencilla, sucia por el uso. Su dueño tiene la tez clara y el pelo y los ojos oscuros, como la mayoría de los durbanos. Hay dureza en su mirada y sus facciones. Empuña un palo de madera de punta roma y parece saber manejarlo. Me mira con atención, sonriendo de lado, sin alegría, calibrándome.

Dejo de estudiarle para obtener una visión más amplia del lugar: el revoltijo de las jaulas, llenas con alimañas de diferentes especies animales y un solo ser humano, yo, se encuentra sobre una plataforma de madera elevada y cubierta de paja seca, el propio suelo de cada prisión; y la plataforma se encuentra a su vez elevada medio torne sobre la cubierta de una barcaza ancha y fea, casi una almadía.

Esta embarcación es impulsada por las pértigas de unos diez hombres, parecidos al del palo, y la balsa surca un río enorme. La corriente hace la mayor parte de la tarea y los remeros se encargan solo de efectuar pequeñas variaciones en la trayectoria de la barcaza para esquivar los bajíos y las piedras que a veces asoman sobre la superficie. En la popa veo a un timonel que mantiene estable el rumbo. Al fijarme en los hombres de los costados de la balsa me doy cuenta de que no reman con sus pértigas, sino que las hunden en el agua y empujan hacia abajo, con mano experta; esto quiere decir que no debe haber mucha profundidad. Por otro lado, la corriente no es veloz, sino suave, lo que me hace pensar que estamos en una etapa avanzada del cauce del Amitas. Resulta impresionante la anchura del río, quizás de unos treinta tornes. Navegamos por el centro, lejos de unas orillas plagadas de juncos y cuestas de tierra dura y rocas. Más allá, el terreno se dobla en ondulaciones suaves, cubiertas por bosques bajos y achaparrados, y también veo llanuras de tierra seca y herbosa.

Hay a lo lejos una línea de montes romos. No encuentro las Negai por ninguna parte, lo cual me alarma.

—¿Dónde estamos? —pregunto con voz ronca; aún me encuentro débil, pero ya no quiero dormir.

El hombre del palo señala alrededor con un vago gesto.

—En un río. ¿No lo ves?

—El Amitas.

—Eso parece.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, en esta jaula?

—Entre barrotes, solo un alaga, pero antes pasó otro, durante el cual te mantuve atado, en el centro de mi embarcación. No estabas del todo consciente, pero te di aguardiente y caldos de pescado y cuando me pareció que estabas lo bastante recuperado te metí en una jaula. No quería que hicieras daño a mis hombres o que te lo hicieras a ti mismo; es mejor que estés encerrado, como las fieras.

Me vuelvo y veo una criatura parecida a un tejón, pero grande como un dulo, arrojándose sobre los barrotes y rugiendo al hombre del palo. Él se limita a sonreír a la bestia; la mueca sigue ahí, pero se petrifica y endurece; no mueve el cuerpo, solo el brazo, y el palo vuela en una estocada que alcanza el hocico del ser. La alimaña retrocede, gimoteando y lamiéndose el morro dolorido.

—¿Lo ves? —me dice—. Sé manejar a las fieras. Tenlo presente.

—No soy una fiera, sino un hombre.

—Ambas cosas no son muy distintas. Mi trabajo es cazar animales salvajes y llevárselos a las gentes poderosas de Sorgote o Uriana. Pagan bien por sus pieles, pero también me los compran si los llevo vivos. Además, tengo en mi barco tejidos y productos exóticos de los diferentes pueblos de la ribera del Amitas. Soy un mercader.

Siento deseos de contestarle que él y lo suyos más bien parecen bandidos y proscritos, pero decido contenerme.

—Escúchame, merca…

—Me llamo Boro.

—Boro. Hubo una batalla en el alto Amitas, cerca del Puente Bravo, y en ella lucharon los sarlios contra los bárbaros alais; yo participé en ese combate, pero caí al río y no sé cómo acabó la cosa. ¿Quién ganó al final?

—Los sarlios, claro está. Siempre han vencido a los alais.

Suspiro aliviado.

—Aunque se rumorea que el ornai, el hijo del sigra de Sarlia, murió en la lucha —añade—. Así pues, a los sarlios les salió caro el triunfo.

Deduzco, por su forma de referir los hechos, que no pertenece a Sarlia. He de tener cuidado: este territorio debe formar parte de Sorgote o Uriana y por lo tanto aquí soy un enemigo. Pero antes de poder contenerme, digo:

—El ornai de Sarlia no murió. Soy yo.

Levanta las cejas y comienza a reír, en forma de carcajadas cortas y ásperas.

—¡Llevas unas prendas poco adecuadas para tu estatus, gran señor!

Me miro a mí mismo: la túnica de tela lujosa está desgarrada en una docena de sitios y tan sucia que está casi negra.

—Aunque vista harapos, soy el ornai. Harías bien liberándome porque puedes conseguir una buena recompensa si me devuelves a mi ciudad. Yo te lo garantizo.

—Se dice que el ornai de Sarlia se afeitaba el rostro, pero cuando te encontramos llevabas barba.

—Es cierto, cambié mis costumbres no hace mucho, pero eso ya no tiene importancia. Tienes ante ti al segundo hombre más poderoso de Sarlia; ¿no crees que sería conveniente tratar de devolverme a cambio de un fuerte rescate, en lugar de encerrarme en esta jaula?

—O estás loco o me tomas a mí por loco; o por tonto, lo cual sería aun peor. No había signos de lujo en tu cuerpo y tampoco llevabas puestos un casco y una coraza propios de un ornai.

—Me los quité para alcanzar la superficie, ya que pesaban demasiado. Había caído al Amitas desde el Puente Bravo, tras pelear contra el líder del ejército alai; en realidad, le agarré del pelo y tiré de él para que viniera conmigo en la zambullida. Luchamos bajo las aguas, lo maté a cuchilladas y me quité la armadura para subir a la superficie.

Por la expresión de su rostro comprendo que la historia juega en contra mía, así que me detengo, cauteloso.

—No me crees —digo.

—Desde luego que no. Más bien pareces un simple soldado que se cayó del puente durante la lucha y al cual las aguas arrastraron lejos. Pero he de reconocer que tienes mucha imaginación… ¡El ornai de Sarlia! ¡Es una ocurrencia magnífica!

Me trago la ira. Sospecho que si continúo proclamando mi condición de ornai solo conseguiré acabar con su paciencia y entonces se alejará de mí. Debo sonsacarle.

—¿Qué hacíais vosotros allí?

—A veces, el río arrastra muertos que llevan objetos de valor.

—¡Carroñeros! —Me es imposible controlarme y agarro los barrotes con fuerza—. Ya me han hablado acerca de los de vuestra calaña: os apostáis en las cercanías de la batalla para robar a los cadáveres abandonados.

Noto un leve temblor en el brazo que sujeta el palo y retrocedo al fondo de la jaula, de un salto; pero la vara no se ha movido. Boro sonríe solo por un lado y asiente, despacio.

—Vas aprendiendo. Buenos reflejos… No me equivoqué. Servirás

para las luchas de esclavos de Uriana.

—Eres de allí —sospecho.

La sonrisa cruel desaparece y ya solo queda la dureza.

—No.

—Tal vez de Sorgote, o incluso Esquigana. —Contesta negando con la cabeza—. ¿Sarlia?

—No pertenezco a ninguna de esas ciudades.

—Así pues, eres un proscrito. —Señalo con un movimiento de la cabeza a los otros hombres de la balsa—. Sois una banda de proscritos.

El rostro sigue impasible, pero las arrugas en torno a sus ojos se me hacen más patentes, como si hubiera sufrido el picotazo de un dolor melancólico, capaz de hacerle envejecer con rapidez.

—Hablas demasiado, esclavo.

—No lo soy. Y aunque lo fuera, no deberías sentirte tan superior a mí.

Los dos sabemos que para la mayoría de los durbanos los proscritos —entre quienes se cuentan los bandidos y los vagabundos— son considerados como los hombres más miserables. El hecho de no pertenecer a ningún lugar concreto supone en Durba una merma de la identidad, como si a una persona le despojaran en un solo instante de su nombre y apellidos. El sentimiento de unión espiritual de los durbanos a sus terrenos y ciudades resultaría difícil de entender en mi mundo de origen.

Sus rasgos se endurecen aún más y su rostro parece quedar petrificado. Le he ofendido, pero controla su ira y se mantiene sereno, lo cual me demuestra que sería un enemigo peligroso.

—No soy ningún proscrito. Tengo mi patria.

—¿Y cuál es tu patria?

En sus ojos hay un destello de orgullo y levanta los brazos en un movimiento que trata de abarcar cuanto le rodea.

—El río. Soy un hijo del Amitas. Cazo en los bosques de sus orillas, pesco en sus aguas y comercio en las ciudades que toca. El Amitas me alimenta y algún día espero alimentarle yo a él.

Su respuesta me sorprende. Empiezo a respetarle, a verle como a un auténtico hombre y no como a un simple animal que nació dentro de la especie humana.

Dice:

—Las noticias vuelan en las riberas del Amitas y supe que se preparaba una batalla cerca del Puente Bravo. Esperé escondido en las cercanías, con cautela, y hubo pesca. Es justo que aproveche los cuerpos que flotan en estas aguas, sean de campesinos o de soldados.

—No es justo para Sarlia y para muchas otras ciudades.

—No estamos en Sarlia, ni tampoco en territorio controlado por

cualquier otro estado durbano. Nos hallamos sobre el gran Amitas. Imperan otras voluntades entre sus dos riberas.

—La voluntad de Sarlia impera dentro del radio de acción de cualquiera de sus espadas, estén lejos o cerca de la ciudad.

—No hay espadas en tu jaula, esclavo que pretendes ser ornai.

—Dame una y seguiremos discutiendo de otra manera.

—Es divertido hablar contigo, pero no hagas que deje de serlo, porque entonces me iré y solo podrás charlar con este. —Señala con el palo al monstruo peludo, de dientes afilados y ojos inyectados en sangre, de la jaula a mi derecha—. O con ese. —La vara señala un dulo salvaje con la piel forrada de gruesas cerdas, que hociquea en la paja y luego hace rechinar sus colmillos contra los barrotes—. No parecen buenos conversadores.

Respiro con fuerza. A pesar de todo, lleva razón: Boro es mi única fuente de noticias del mundo más allá de mi jaula y no puedo perderle por culpa de unas bravatas que no conducen a nada. Debo tratarle con cuidado. En realidad, sigue aquí solo porque le parece interesante charlar conmigo, como si hubiera capturado una fiera que de pronto pudiera comunicarle sus pensamientos. Pero no hay que olvidar quién tiene la llave de la jaula; y si la criatura le gruñe o ladra dejará de parecerle un animal digno de atención y se marchará.

Hago un ademán con la cabeza, señalando más allá de mi prisión, hacia los hombres que se afanan en las distintas tareas de la balsa.

—¿Y esos? ¿También se sienten hijos del río?

Su sonrisa triste se curva hacia abajo y encoge los hombros, como si hubiéramos tocado un asunto poco interesante por su evidencia.

—No tengo muchas esperanzas en cuanto a sus ideales y sentimientos y me conformo con que obedezcan con prontitud y eficacia. Es fácil controlarlos: al que me ofende de palabra le corto la lengua, al que roba le corto un dedo, dos o la mano entera, y al que llega a molestarme de verdad lo mato delante de todos. Es lo mejor para que no se hagan ideas raras sobre la autoridad en esta balsa. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, pues eres de los guerreros.

—¿No hay aspirantes a tu puesto?

—Alguno hubo, pero luchamos y yo gané. Aquí solo puede haber un líder.

—¿Atrapaste a otros guerreros de Sarlia, o alais, tras la batalla del Puente Bravo?

—La mayoría se ahogaron y pocos pudieron volver al Bravo por su propio pie. Solo uno quedó con vida e inconsciente, para ser enjaulado y después vendido: tú.

—Imagina durante un instante que mi historia fuese cierta y que soy el ornai de Sarlia; solo piénsalo, Boro, porque ganarías mucho dinero devolviéndome a mi hogar. ¿No crees que esa posible riqueza

bien vale el peso de la duda?

Se cruza de brazos y frota su barbilla rasposa con dos dedos, entrecerrando un ojo.

—Está bien. Imaginemos que eres el ornai de Sarlia. Entonces, te mandaré a la ciudad.

—Serás bien recompensado por los míos.

—¿Quién ha hablado de Sarlia? Me refería a Uriana o Sorgote. Incluso podría hablar con los mercaderes de las poderosas y lejanas Atis o Sumana, cuya rivalidad con tu ciudad resulta famosa; estarían encantados de tener como prisionero al ornai de la arrogante Sarlia. Estamos en tregua, pero los viejos odios no se olvidan con facilidad. A sus sigras les encantaría mostrarte encadenado y humillado en público, para delicia de sus ciudadanos.

—Atis y Sumana están lejos y Sarlia se encuentra cerca y es más rica. Doblará cualquier otra oferta.

—Quizás yo mismo odie tanto a Sarlia como para rechazar un grado de riqueza más alto y prefiera, por tanto, entregarte a tus enemigos.

Callo.

Dice:

—Incluso pudiera ocurrir que el encanto de tener a un auténtico ornai dentro de una jaula me haga olvidar el oro.

—No hablas como un mercader y tampoco pareces del todo un esclavista; más bien creo que eres, o fuiste, de los guerreros.

Su mirada se agrava. El pasado le escuece.

—No resulta imposible, pero el tema no es de tu incumbencia.

—¿Qué pretendes hacer conmigo?

—El esclavo no ha de mostrarse curioso. No es bueno para su salud física, ni mental.

La sangre se me agolpa en la cara, pero me controlo a duras penas.

—Antes hablaste de las luchas de esclavos de Uriana.

—Sí. Serías apto para los Juegos de Esclavos de esta ciudad. Pareces fuerte y rápido y hay inteligencia en tus ojos. Es la clase de luchador que a los urianos les gusta ver pelear hasta la muerte.

—¿Cómo pueden los esclavos participar en los Juegos de Uriana? Eso es solo para hombres libres.

—Allí, los Juegos cuentan con un apartado para que los esclavos y los delincuentes se enfrenten entre sí, hasta la muerte. A las masas les gustan estos espectáculos, más sangrientos que las competiciones habituales entre hombres libres.

—¿Y por qué luchar, si de todos modos acabarás muerto?

—Hay una posibilidad: de entre todos los esclavos, el único que sobreviva ganará la libertad y se le dejará irse libre.

—Todo eso es una degeneración de los Juegos y me parece propio

de Uriana, pues sus gobernantes tienen fama de corruptos e innobles; en el pasado violaron casi sus tratados; en toda Durba los urianos tienen fama de carecer de honor.

Al oírme, el rostro de Boro ha ido cambiando: los ojos han perdido el brillo y los rasgos se han vuelto grises y pétreos, pero la sonrisa sigue ahí, transformada en una mueca extraña que se me antoja repugnante. Le he perdido, pero me agrada contemplar su ira y su dolor.

Ahora soy yo el que sonríe.

—Creo que eres de Uriana, Boro. Incluso en esa ciudad depravada hay individuos especialmente detestables a los que se les expulsa sin contemplaciones. ¿Por eso decidiste tomar el río como patria? ¿Para vivir una ilusión que pudieras soportar? ¿Para no reconocer ante ti mismo tu propia mancha, tu proscripción?

Permanece muy quieto, mirándome, como si la vida hubiera abandonado su cuerpo hasta quedar convertido en una estatua.

Alrededor de nosotros las fieras enjauladas se revuelven, comenzando a sentir la desesperación sorda y constante del cautiverio. El río sisea contra los bordes de la balsa y corre una brisa suave. Oigo el murmullo lejano de dos hombres que conversan, y una carcajada. La luz es decadente y tiñe de púrpura las riberas.

Boro sigue mirándome.

—Te traerán agua y comida. Debes fortalecerte. Tus nuevos dueños pagarán por un luchador poderoso.

Me lanzo contra los barrotes, alargando la mano, abierta en una garra, como si quisiera aferrar su cuello.

—¡Pelea conmigo! —grito—. ¡No hay valor en tus entrañas!

No veo el movimiento del palo, pero noto el dolor fugaz y eléctrico en la punta de los dedos. Retrocedo, metiendo la mano golpeada bajo la axila. Jadeo y gruño, mostrando los dientes, mas no oso volver a atacarle.

—Puede que lleves razón en todo eso —dice, con voz suave—. Pero sé tratar a las fieras. Adiós, esclavo.

Le miro mientras se aleja.

Cuánto desearía matar a este hombre extraño llamado Boro…

A mi derecha, la bestia peluda de colmillos agudos gimotea y me lanza miradas huidizas, moviendo la cabeza de manera rápida y errática. Quizá su mente de sombras y nieblas ha intuido que ambos somos hermanos de casta, metidos entre rejas y golpeados por el hombre del palo cuando le mostramos los colmillos. Su visión me deprime, así que vuelvo la cabeza. Me siento y decido descansar.

La noche va cayendo y las gentes de la balsa también reposan. Oigo su charla y sus risas mientras comen. También yo mastiqué y tragué la comida que me trajeron en un cuenco, no hace mucho.

Miro los barrotes. Más allá de ellos se extiende el manto de las estrellas, tan lejano.

Los hombres de la balsa no se ocupan de mí; ni siquiera me miran; han olvidado mi presencia, pues no deben tenerse en cuenta los sentimientos de un prisionero. Las otras criaturas enjauladas gimotean y aúllan, o bien sufren su tristeza animal en silencio, tiradas en la paja, observando cuanto les rodea con una curiosidad teñida de pena. Ya comprenden que han perdido la libertad. Nunca volverán a correr ni a cazar en la espesura o el llano. Es el fin de las sensaciones fuertes, de los viejos placeres.

En cuanto a mí, noto que el tiempo se deshace con una lentitud infernal. Los pensamientos se deslizan en mi cabeza unos sobre otros, como serpientes. Mi respiración se vuelve violenta. Los barrotes no se mueven, pero los siento acercarse. Me van a aplastar. Soy conducido hacia algún lugar donde estaré también encerrado, y si me dejan salir será solo para sufrir y al final morir de manera indigna y humillante, para entretener al público. Ante los ojos de mi mente se despliega un futuro triste y amargo. En mi mundo natal cualquiera puede encontrar mil y una razones que excusen una derrota, pero aquí el fracaso significa la muerte o la esclavitud y nadie prestará atención a ningún pretexto, ni tampoco a las quejas basadas en un hipotético sentido universal de la justicia o la injusticia. Los hechos pierden su dimensión moral y quedan reducidos a una serie de simples acciones y reacciones. Nadie llorará por el que muerda el polvo. Es mejor olvidarle.

Casi puedo notar el acero contra mi mejilla, presionándola. Me asfixio, busco aire en esta jaula que me agobia y enloquece. Siento deseos de gritar y revolverme como una mujer histérica. ¿Escucharán las estrellas mi llanto? No, ellas también tienen asuntos propios que atender. Cuando caes, solo te oye tu propia soledad.

Trato de frenar la desesperación concentrándome en el fiel Cuervo, en Aldel, en Tebá, en el traicionero y muerto Quiro… En Irla, de la que me enamoré, y que ahora estará en brazos de Sorcán, ambos ajenos a todos mis pesares. También recuerdo a Tala, esa mujer magnífica y ambiciosa que solo podría amarse a sí misma. Se me aparece Amáer Atur, un padre vencido por el alcohol, capaz de vender a su hijo a los bárbaros solo para seguir en el poder…

Pero quien domina al sigra es su consejero Nigur, siempre astuto y siempre implacable. Comprendo que si me han dado por muerto en Sarlia ya nadie podrá hacerle sombra a Amáer Atur en las siguientes elecciones, pues no logro imaginar un candidato capaz de sustituirme y apartarle del trono. Tal vez entonces Nigur podría envenenar de manera solapada al sigra y entonces él hallaría la manera de subir al trono. Nigur es un animal político hasta la médula, así que no dudo de

su capacidad para mantenerse en el poder durante muchos furás.

Bajo el gobierno de Nigur el culto del Vigilante ganará la batalla secreta contra sus principales enemigos, los pensadores. El sumo sacerdote no dudará ni un instante en promover leyes que destruyan la Casa del Pensamiento o que la releguen a un segundo…, a un último plano. Es la clase de hombre que no perdona cuando está en posición de hacerlo, así que parece muy posible que haya una represión legal —complementada con otra clandestina de asesinatos y coacción violenta— sobre sus rivales. Imagino que uno de los primeros encarcelados o ajusticiados será Orblad, el líder de los pensadores, ese anciano ciego con el que una vez discutí.

¡Nigur, el nuevo sigra de Sarlia!

Las torres y las cúpulas de Sarlia, sus palacios, sus calles, su ejército, sus gremios y su boyante economía, su preponderancia en el marco durbano, su orgullo conquistador y su gloria… Todo ello estará en manos de Nigur, amable y sereno por fuera y acerado y temible por dentro, amante de los cultos esotéricos que hipnotizan al populacho, enemigo de la lógica y la frialdad encarnadas en la Casa del Pensamiento.

La idea me arrasa, me encoleriza hasta límites que llegan a sorprenderme.

Resulta extraño que mi propio destino como esclavo me enfurezca menos que el futuro de Sarlia. ¿Por qué? No soy de este mundo y debería darme igual lo que les ocurriera a sus gentes orgullosas y desalmadas. La razón puede ser que ahora veo a Sarlia como un foco de brillo y civilización en el seno de un tapiz oscuro y tosco.

En algún punto de este camino de aceros que estoy recorriendo he adoptado a Sarlia como mi ciudad, como mi segunda pero auténtica casa.

Por mucho que no lo entendiera en el pasado, los hombres de guerra necesitan el patriotismo, pues sangran y sufren y mueren, y si todo ello fuera solo por un sueldo se volverían locos. Necesitan una bandera, un color, un pedazo de identidad irrenunciable por la cual pelear y morir. ¿Acaso me he convertido yo en uno de esos guerreros durbanos? ¿Me he transformado por completo en un sarlio?

Lo único que parece claro es que Sarlia me necesita y que yo la necesito a ella. Quiero contemplar una vez más su grandeza, su colorido y su estampa impresionante, su orgullo sangriento, su belleza y su poder. Lo haya pedido o no, soy su ornai y no voy a permitir que nadie me la arrebate.

Tomada la decisión, el cautiverio no me parece el final del camino, sino otro obstáculo a superar.

Una calma y una frialdad sorprendentes me invaden. Hay asuntos que requieren mi presencia en Sarlia y por tanto escaparé y volveré

allí. La oportunidad llegará y entonces deberé encontrarme preparado, en la plenitud de mis capacidades mentales y físicas. Por esta noche no queda otra cosa que hacer sino descansar. Dormir.

Me echo en el suelo, oyendo los aullidos lastimeros de los animales enjaulados.

Cierro los ojos.

Continuamos viajando en la balsa de Boro, río abajo, internándonos más y más en el suroeste de Durba.

Estamos ya lejos del Orión, el brazo secundario del Amitas. El Orión baja casi en vertical, hacia tierras meridionales, y baña la ciudad de Esquigana, para después morir en una serie de pequeños pantanos.

El Amitas supone la vía de comunicación más rápida del occidente durbano. A medida que se introduce en el suroeste pierde más fuerza, pero aun así la barcaza recorre mucha más distancia, en el mismo tiempo, que el caminante sobre las riberas. La mayor parte de los viajeros entre las dos grandes ciudades de sus orillas, Sorgote y Uriana, recorren en sus naves, arriba o abajo, este gran río.

Sorgote se encuentra más al norte que Uriana. Aunque en el pasado hubo tensiones por la posesión de determinados puntos del río y sus respectivos contornos, ambas ciudades gozan ahora de una relativa paz, favorecedora del comercio. Los mercaderes sorgóteos y urianos llevan salvoconductos para visitar la respectiva población rival. Desde Sorgote fluyen los metales y las maderas, productos propios de las tierras norteñas a la sombra de las Negai, y los urianos llevan en sus barcas los cereales que a su vez compran a los bárbaros de Ocrai, el Mar de Hierbas.

Debe comentarse que Uriana es la ciudad-estado más próxima a Ocrai, ese territorio compuesto por vastas planicies, donde abundan el balo —el trigo durbano— y otros cereales, como el cutralo, el bomo o el sibo.

En estas llanuras inmensas el fuerte y pacífico argo de enormes cuernos pasta con libertad, agrupado en rebaños interminables. Los habitantes del Mar de Hierbas son bárbaros cuya organización social y política dista mucho de las imperantes en las ciudades-estado durbanas. Los ocraios son nómadas y sus caravanas de carretas tiradas por argos se desplazan a lo largo y ancho del Mar de Hierbas. Viven sobre todo de la carne del propio argo y, en menor medida, de los cereales, tan abundantes en sus predios. Se organizan en tribus regidas por leyes salvajes y es conocido que en diferentes ocasiones hubo guerras entre las diferentes hordas. Tras bañar el costado de Uriana el Amitas se introduce en Ocrai para perderse en las ignotas regiones del oeste, rumbo hacia alguna costa lejana y desconocida.

Las relaciones entre los urianos y los ocraios más orientales no son entrañables, aunque tampoco resultan conflictivas. Los nómadas desprecian a los durbanos —y el sentimiento es recíproco—, pero eso no les impide comerciar e intercambiar sus productos con los hombres civilizados. Gracias a ello los mercaderes urianos pueden llevar hacia

el norte, a lo largo del gran río, los cargamentos de semilla de cereal ocraio, que venden con fuertes ganancias a los comerciantes de Sorgote. No lejos de las riberas pueden verse a veces rebaños inmensos de argos; fueron comprados a bajo precio a los ocraios y ahora, conducidos por pastores y ganaderos urianos, llegarán también hasta Sorgote, y de allí pasarán a Sarlia, Tarlate y otras ciudades del norte y el noreste; en ellas se come sobre todo carne de dulo, pero el asado de argo occidental es un plato caro y exquisito, muy demandado por las gentes adineradas.

En este trayecto Amitas abajo he visto desde el interior de mi jaula a Boro y los suyos cargar en la balsa telas, abalorios y artesanías que compraban en las pequeñas aldeas durbanas de las orillas del gran río.

También metieron en la almadía esclavos de ambos sexos. Eran delincuentes, sujetos empobrecidos, gentes contrarias al poder en cada pueblo, o prisioneros capturados en las luchas contra vecinos hostiles. Estos cautivos fueron enjaulados o bien se les ató con fuerza a unos pocos postes verticales, dispuestos solo para esta función. Los hombres de Boro abusaron de las prisioneras atractivas y después las encerraron, todas juntas, en una jaula cercana a la mía. Sus llantos amargos, bajo las estrellas y la oscuridad del cielo durbano, me recordaron ese lamento de las fieras que oí durante la primera noche de cautiverio en esta balsa. Pero sus problemas no son los míos y me las saqué de la cabeza. Habrán de acostumbrarse a su nueva vida, como lo han hecho mis vecinos animales, que ya se limitan a tumbarse y dormitar cada anochecer, tristes pero serenos.

En cuanto a los hombres esclavizados, le pregunté a uno de ellos si les habían ofrecido la libertad o la muerte —en Durba, a cada varón apresado se le da a elegir entre una ejecución rápida y digna, o la esclavitud—. Me contestaron que en efecto prefirieron una vida degradada a la muerte honorable.

A mí, en cambio, nadie me ha preguntado al respecto. Quizás Boro sospeche que prefiero el cuchillo en mi corazón a la cadena en mi cuello y no desee por tanto perder a un prisionero que puede reportarle importantes beneficios en el mercado de luchadores de Uriana. Esclavizar a un durbano sin su consentimiento supone romper uno de los principales códigos no escritos que afectan a todas las ciudades-estado. Pero a veces el dinero es más fuerte que la ética y no parece imposible que a muchos sirvientes durbanos no les hubiera sido concedido el derecho a la muerte honorable, a pesar de exigirlo. Opino que, para la tranquilidad del amo, parece más conveniente dejar morir a quien lo desee y tomar solo a quienes aman más la vida que el orgullo. Individuos de este último jaez nunca faltan y son más fáciles de atrapar. El buen sirviente debe ser una criatura aplastada y vencida por sí misma, alguien que haya aceptado en su corazón la

decisión de vivir encadenado durante el resto de sus días. Por el contrario, un esclavo que no se siente como tal deseará siempre vengar su afrenta con sangre, a poder ser la de su propio amo, antes de escapar o suicidarse. Ese es su deber, como reza otro código no escrito que impera en toda Durba.

Boro tiene intención de venderme en Uriana para que luche hasta la muerte contra otros cautivos. No le interesa por tanto un individuo dócil, sino belicoso y salvaje. Así pues, sigo siendo libre, pero estoy enjaulado, rumiando mi rabia, fortaleciéndome con la comida y el sueño abundantes. Cuando salga de esta caja de metal descargaré mi furia sobre los otros combatientes, para divertimento del público. Boro es un gran conocedor de la naturaleza humana y sabe manejar a sus cautivos; eso he de reconocerlo.

Los otros hombres enjaulados sí han aceptado su esclavitud, antes que la muerte. Al principio les interrogué sobre aquellos asuntos que pudieran serme de utilidad y después aparté la vista, disgustado. Se han convertido por propia decisión en individuos mansos, resignados, cabizbajos y tristes. He visto en su mirada el ansia de agradarme y el anhelo de que yo les trate como a semejantes. Desean sobre todo que les respete, pues ven en mí lo que han perdido. Pero… ¿No se han dado cuenta de que entre ellos y yo hay ya un abismo insalvable? Su compañerismo me degradaría. Poco a poco han ido entendiendo lo que aceptaron al preferir la vida de esclavo y se sientan y permanecen silenciosos, dentro de sus respectivas jaulas. Alguno aún llora por la noche, hasta que los demás le ordenan que deje de hacer ruido para dejarles dormir en paz.

Durante este viaje en balsa he tenido oportunidad de ver la ciudad de Sorgote, un punto de paso obligado en el transcurso por el Amitas.

Ocurrió hace solo dos alagas. Entonces, mis captores dejaron la balsa en uno de los atracaderos comerciales de dicha ciudad-estado. La nave quedó custodiada por algunos hombres de Boro mientras él se dirigía a los mercados del puerto, para ocuparse de sus negocios. En Sorgote vendió a todos los esclavos —masculinos y femeninos—, así como telas y abalorios de las aldeas ribereñas del norte y unas cuantas de las fieras enjauladas. Boro parece inteligente y hábil, así que sospecho que obtuvo fuertes beneficios. Al menos, parecía satisfecho cuando volvió a la balsa, por la noche. Había hecho algunos canjes y traía especias, perfumes y sedas atrayentes para las damas de Uriana, ya que Sorgote es famosa por sus tintes y cosméticos.

Boro volvió a marcharse con sus secuaces, para celebrar en alguna taberna su estancia en Sorgote. En la balsa quedamos tres centinelas, que conversaban al calor de una jarra de vino, cinco animales enjaulados y yo.

Esa noche, bajo la luz de los fanales del atracadero, contemplé la

estampa de la ciudad. El puerto era grande y bullicioso y estaba saturado de botes, almadías e incluso barcazas dotadas de mástil y una vela triangular. La zona en que se encontraba nuestra balsa estaba destinada al comercio, así que abundaban las lonjas y mercadillos, oscuros y sosegados durante esas clepsidras tardías. El contraste lo ponían las tabernas, siempre iluminadas y bulliciosas.

Lejos, en los límites del puerto, distinguí trirremes dotadas de espolón y un solo mástil, con la vela doblada. La flota de guerra sorgótea. El número resultaba considerable, pero no parecían naves de gran tamaño. El Amitas es un río muy ancho, mas al fin y al cabo no se trata del mar, donde pueden producirse gigantescos encuentros navales; aquí, en cambio, las naves deben maniobrar con rapidez entre las dos riberas, por lo cual no tienen mucha longitud ni peso.

Las otras dos ciudades que poseen flotas son Uriana y Esquigana. Esquigana se encuentra junto al Orión, un brazo secundario del Amitas. Para que sus barcos atacaran Sorgote deberían remontar el afluente, hasta la conjunción de ambos caudales, y luego torcer Amitas abajo. Sería un trayecto demasiado largo y costoso, así que parece más conveniente que en caso de guerra los esquiganos crucen a pie el territorio entre ambas ciudades. Además, la flota esquigana no es ni la mitad de poderosa que la sorgótea. Uriana, en cambio, sí tiene un impresionante conjunto de barcos de guerra. En el pasado hubo conflictos armados entre ambas ciudades. El Amitas es lo bastante profundo como para tragarse una nave entera, así que en su fondo duermen no pocos barcos destrozados por un espolón enemigo.

En estos momentos hay paz entre las dos capitales del Amitas y sus trirremes duermen en los puertos, soñando con los antiguos tiempos de gloria.

Aquella noche Sorgote me pareció una ciudad espléndida, adornada con el brillo de miles de faros y candelas colocados en las ventanas y terrazas de sus edificios. Sobre una base de casas bajas sobresalían los templos dedicados a los Dioses Antiguos, las cúpulas de las Casas del Gobierno y del Pensamiento y las torres de las gentes poderosas. Como en cualquier otra ciudad durbana, había pendones y banderas por doquier, y también cintas de colores que los propios ciudadanos colgaban de las fachadas, para embellecer cada construcción. Desde mi jaula alcanzaba a distinguir unas pocas avenidas amplias, que salían del puerto y llegaban a las murallas protectoras del interior sorgóteo. Es casi imposible dejar de admirar el interés de los durbanos por embellecer sus propias ciudades y hacerlas majestuosas, y así hacerlas competir en grandeza con todas las demás.

La memoria me devolvió entonces a Sarlia. Si Sorgote era una pequeña joya, Sarlia era una corona de oro y plata con engaste de piedras preciosas. Al calor del recuerdo mi ciudad me parecía más

grande y majestuosa, más imponente, teñida por el lustre de sus glorias; pues, mal que le pese al resto de los durbanos, Sarlia continúa siendo la ciudad más rica e importante y la que tiene más fuerza militar.

Aquellos pensamientos me llevaron al deseo de recuperar el gobierno de Sarlia, arrebatado tal vez por Nigur, en cuyas manos el sigra era una marioneta.

Me lancé sobre los barrotes sin poder contenerme, los agarré y tiré de ellos con furia. Al final quedé quieto, con la mirada clavada en el puerto bullicioso. Volví a sentarme, haciendo un esfuerzo por recobrar la calma. La sombra de Sorgote, densa y pesada a pesar de sus innumerables lucecitas, caía sobre mí como si deseara aplastarme. Una o dos fieras habían levantado la cabeza al notar mi enojo inútil y ya volvían a acomodarla sobre las patas, para seguir durmiendo.

Tragué amargura y rabia, me eché sobre un costado y cerré los ojos.

Ahora, aparto todos esos recuerdos y decido descansar.

Hoy, siete alagas después de la batalla durante la cual caí al Amitas desde el Puente Bravo, la balsa ha llegado al puerto de Uriana.

En este nivel las aguas ya no bajan rápidas, sino que discurren con dulce lentitud. El terreno que las rodea ha dejado hace mucho de ser arisco y parece más bien un mantel amarillento, en el cual comienzan a verdear las extensiones de hierbas altas. He visto también arboledas oscuras y aisladas, pero en general el panorama se convierte en una gran planicie cremosa y sucia, rota en la lejanía por algún monte negro y romo.

Esta regularidad es engañosa, pues más allá del río, al sureste, se yergue una masa vegetal enorme, llamada el Bosque Negro, compuesta por muchos miles de árboles bajos. Los urianos construyen sus barcas aprovechando la madera de esta pequeña selva.

En sus límites meridionales, el Bosque Negro se deshace en pequeñas arboledas que ascienden sobre altiplanos y cañadas. El terreno se hace aún más escarpado cuanto más sureño, dando paso al Laberinto, el cúmulo caótico de montañas afiladas y gargantas profundas cuyo interior alberga la ciudad-estado de Etria, gobernada por mujeres guerreras. Por el oeste, el Laberinto se introduce incluso dentro de Ocrai, como un gigantesco cuchillo de piedra abriendo el tapiz amarillento y verdoso.

Al oeste de Uriana la llanura de vegetales bajos se hace cada vez más feraz, hasta convertirse en Ocrai, el Mar de Hierbas, donde viven los bárbaros nómadas que pastorean rebaños de argos. Por allí continúa el Amitas su rumbo tranquilo, para morir en alguna costa

remota.

Uriana es un poco más grande que Sorgote, pero sus edificios blancos y sus torres cremosas también se alzan con orgullo y sus cintas de colores igualmente ondean al viento. Por todas partes se ve el pendón verde cruzado de rayas azules horizontales, la bandera uriana. Parece un lugar bien protegido, pues hay muchos trirremes en el puerto. No faltan soldados en los muelles, lo cual indica que aquí se toman en serio la seguridad.

Sonrío, porque a pesar de la arrogancia que desprenden los urianos, el dicho general en toda Durba es que esta ciudad carece de honor. Los gobernantes de Uriana son los que más veces han roto sus pactos con las diferentes ciudades-estado, aunque ellos lo nieguen con obstinación. Se dice que en estas calles, a la sombra de los pendones barrados en verde y azul, la corrupción impera y afecta a todos los hombres, desde el tendero hasta el sigra.

Pero tal vez sean solo habladurías…

Tal vez.

El puerto comercial está lleno de embarcaciones de diferentes tamaños y los estibadores cargan o desalojan las mercancías. Los puestos de venta de pescado, carne, esclavos, animales y otros diversos productos se levantan casi al borde de los muelles, volviéndolos coloridos y bulliciosos. Funcionarios altaneros, acompañados de parejas de soldados, deambulan de un lado para otro, cobrando tributos e inspeccionando mercancías. En nuestro caso, veo a Boro hablar con uno y entregarle cierta cantidad de monedas. Después, se le permite descargar sus géneros. Bajan las jaulas con las fieras, las telas y los abalorios, pero a mí me dejan en la balsa.

Boro se me acerca, acompañado por un hombre grueso pero musculoso, de ademanes enérgicos y mirada sombría. Por su respiración rápida, sus labios apretados y la anchura de sus orificios nasales intuyo que su carácter es violento y dominante; pero ha aprendido a domarse a sí mismo. Viste una túnica sin mangas, limpia, aunque no lujosa. Viene acompañado por otros tres hombres fuertes cuyas prendas sencillas están manchadas; se trata de esclavistas, entrenados en el manejo de sus varas para acabar de manera fulminante con la resistencia de un prisionero rebelde, aunque sin llegar a matarlo o incapacitarlo.

—Ahí lo tienes, Fano. —Boro me señala—. Es una auténtica bestia. Servirá para las luchas.

El otro no demuestra emoción al mirarme. Continúo sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y los puños sobre las rodillas, sin apartar la vista de sus ojos oscuros y amenazadores.

—Está bien —responde el tal Fano—. Me lo quedo. Decidamos el precio.

Se entabla el típico regateo, tan propio de los mercaderes. Al cabo de un rato parecen llegar al acuerdo y las monedas cambian de manos. He sido vendido.

—En pie, esclavo —me dice Fano—. Vendrás con nosotros.

—No soy un esclavo —respondo—. Nadie me preguntó si deseo serlo o morir libre.

—Ni te lo preguntarán. Lo único que debes hacer es obedecer. ¡En pie, esclavo!

—Voy a luchar en los Juegos de Sarlia —le digo.

—Podemos ablandarle aquí mismo, Fano —interviene uno de sus matones.

Su jefe levanta una mano para acallarle, sin separar la vista de mí.

—No debe suavizarse con una paliza a ningún luchador, idiota, a menos que sea del todo imprescindible. Tiene que llegar a la arena con su orgullo y sus energías intactas. Y tú, esclavo… Sí, vas a luchar en los Juegos de Sarlia. Mañana. Te enfrentarás a otros competidores en pruebas mortales y uno, solo uno, el vencedor de todas ellas, saldrá con vida del estadio. Y se le concederá la libertad.

—¿Libertad completa?

—En efecto. De vencer en los Juegos de Esclavos podrás incluso marcharte de Uriana, si tal es tu deseo.

Me pongo en pie.

—Iré contigo, esclavista.

—Deberíamos darle un buen escarmiento, Fano —insiste el matón —. Es demasiado orgulloso.

—Viene de Sarlia —interviene Boro.

—Eso lo explica todo —contesta Fano, sonriendo sin alegría.

Otro de los matones da golpes con su vara en la palma de la mano.

—Ahora sí que tengo ganas de administrarle un pequeño castigo.

—No —responde Fano—. Ya se encargarán sus compañeros, en la arena, de tratarle como se merece. Los sarlios no son muy queridos por estas tierras.

Me limito a permanecer en silencio.

Fano sigue quieto, con sus ojos clavados en mí, como un reptil alto y gordo, dispuesto a lanzarse sobre su presa.

—He de informarte, esclavo: los Juegos de Esclavos se celebran en Uriana desde hace más de ocho furás y, como ya dije, las normas conceden la libertad al único superviviente. Escucha esto con atención: hasta ahora todos murieron peleando unos contra otros. No ha habido nunca supervivientes. Ni uno solo.

—Seré el primero —respondo.

Los matones ríen, pero Fano se limita a sonreír solo por un lado de la boca; en el resto de la cara no encuentro ni un ápice de diversión.

—Ya se verá —contesta. La tenue sonrisa también desaparece—.

Sal de ahí y acompáñanos.

Asiento y obedezco.

Me encuentro ya fuera de esta jaula, dentro de la cual he pasado seis alagas. Estiro los brazos y sonrío con fiereza. Ahora, Sarlia está más próxima.

—Si intentas escapar te haremos pedazos —me amenaza uno de los matones.

—No creo que intente nada —le responde Fano, mirándome—. Es listo. Aun así… Esclavo, ten prudencia. Los audaces no sobreviven mucho tiempo en Uriana.

—No debes preocuparte por mí, esclavista. Tan solo llévame al estadio.

—Perfecto. Vámonos. Adiós, Boro. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—Lleva cuidado con él. Tiene algo… Lleva cuidado. Adiós, Fano. Y adiós a ti también, esclavo.

No respondo y además le doy la espalda de forma deliberada, mientras camino hacia el extremo de la balsa.

—¡Responde a un hombre libre, esclavo! —grita uno de los matones.

Me encojo de hombros.

—Un proscrito no merece respuesta.

Estoy seguro de que Boro ha oído mi comentario, pero no me vuelvo para observar su rostro, que sin duda está furioso, pues… ¿qué me importa a mí? Solo es un miserable proscrito que se cree algo más.

A mi lado, Fano sonríe con crueldad.

Bajo de la embarcación y piso el suelo de Uriana.

Sigo caminando, cerca de Fano y sus tres matones, internándome más y más en Uriana.

El esclavista no me ha atado las manos ni los pies; ambos sabemos que no tendría escapatoria si intentara correr. En toda Durba las personas libres rehúsan ayudar a un esclavo a huir e incluso harán todo lo posible para que las autoridades lo atrapen. Si el sirviente es útil, cuando es devuelto a su amo basta con azotarlo o dejarle sin comida durante el tiempo suficiente; y la segunda vez que intente fugarse la pena será capital, lo quiera o no el dueño. No tengo prisa alguna por recibir veinticinco o cincuenta azotes, o peor aún, menguar en una cabeza mi altura; dado que procedo de Sarlia, este espectáculo causaría el regocijo de no pocos urianos.

Fano no se digna a mirarme, pero sí me vigilan sus tres sicarios. Caminamos en silencio, atravesando las calles abarrotadas del puerto comercial. Debido al largo cautiverio en la jaula me agrada oír los gritos de los mercaderes, voceando las excelencias de sus productos, el murmullo de los regateos entre compradores y vendedores y las conversaciones de los transeúntes. También me gusta el colorido de los tenderetes, la belleza de las esclavas expuestas para la venta en las tarimas públicas, el aroma de los platos cocinados en sus ollas y cazos de barro, las risas de las damas que cuchichean y revuelven con sus dedos las telas y perfumes de cada puesto, y el brillo de Croaga sobre las armas en venta.

No escasean los bárbaros occidentales procedentes de Ocrai, el Mar de Hierbas; son más bajos que la media durbana, delgados, pero fuertes y fibrosos, con túnicas de tejido vegetal y capas de cuero de argo. Tienen barbas largas y trenzadas y de ellas cuelgan cantos de río y abalorios hechos con cuerno de argo. Su pelo está recogido en complicados moños y coletas, brillantes a causa del aceite. A diferencia de los alais del norte, son por completo humanos. Su tez es morena, sus rasgos toscos y sus ojos pardos o negros. Se arman con lanzas y espadas de hoja curva, caminan altivos y llevan aros de hierro o bronce en los tobillos y las muñecas. Creen aparentar distinción —según sus propios cánones, claro está—, pero en el seno de este mercado del puerto comercial uriano todo su orgullo deviene algo patético, incapaz de esconder su rudeza y su incultura. Sin embargo, ellos no parecen notarlo. Se mueven en grupos de cuatro o cinco, cargados siempre con pieles de argo; algunos incluso traen sus propios animales, que causan gran revuelo entre la muchedumbre. El argo es una especie de toro pelirrojo, muy musculoso, de cuernos altos y agudos; pero toda su fortaleza se diluye en una timidez y docilidad naturales, lo cual les hace perfectos para la ganadería. Los bárbaros

ocraios van de puesto en puesto ofreciendo sus productos; sospecho que se trata de individuos brutos pero honestos, y que deben obtener pocos beneficios en sus negocios con los astutos urianos.

Dejamos atrás el puerto y llegamos a las murallas de la propia ciudad.

La Puerta del Sur está abierta, pero hemos de esperar una larga cola, pues hay muchos que desean entrar en la urbe. Lo consiguen solo quienes pueden pagar el precio estipulado en la tarifa oficial…, y quizás también el soborno pertinente, destinado a los centinelas que controlan el paso. Que yo sepa, no existe otra ciudad en toda Durba donde haya que pagar por entrar, lo cual refuerza mi mala opinión sobre los urianos. Paralela a la de entrada, una larga fila sale de la urbe, en dirección al puerto.

Después de que Fano haya satisfecho el pago, pasamos al interior de Uriana.

Vuelvo a ver, más de cerca, sus edificios imponentes, por encima de una base de casas bajas, blancas y ajardinadas. Por todas partes ondea la bandera de barras verdes y azules. Hay muchas parejas de soldados, quizá con funciones de guardia urbana. En este momento del alaga las vías se ven concurridas. Me sorprendo de la cantidad de tabernas y lupanares que encontramos en nuestro camino, pero Fano no se desvía para tomar una copa o descansar, así que nos internamos aún más en el centro de la urbe.

En una ocasión veo un extraño grupo compuesto por diez personas, hombres, mujeres y hasta niños, cubiertos con mantas y capas raídas. Caminan descalzos y su piel está cubierta de pústulas y costras. Gimen y lloriquean, como presos de un dolor constante, cojean y se apoyan unos en otros. Arrastran los pies, cojean, tropiezan. En la frente llevan pintado un círculo que rodea a un punto.

—¡Dadnos de comer! —suplican—. ¡Tenemos hambre!

—¡Apartaos! —les increpan las gentes—. ¡Estáis malditos y nos pegaréis vuestra enfermedad!

Pero son los transeúntes quienes les esquivan, como si pudieran contagiarse del mal de todos esos miserables. Incluso Fano y sus matones se aplastan contra una fachada cuando la pequeña muchedumbre fétida pasa cerca de nosotros. Me apresuro a esquivarles yo también.

—¡Deberían matarlos a todos! —grita una mujer, apretando a su bebé contra el pecho con afán protector—. ¡Acabarán por contagiarnos la pestilencia!

—Dame de comer, buena señora… —suplica una mujer enferma y miserable, que lleva de la mano a un niño sucio y macilento, con la cara marcada por las ampollas.

—¡Soldados! —aúlla la dama, asustada—. ¡Socorredme!

Llega un grupo de cinco guerreros y apuntan sus lanzas contra los apestados; pero tampoco osan acercarse mucho a ellos.

—¡Fuera! —ordenan—. ¡Idos a vuestras cavernas y catacumbas!

—Queremos comer… —suplica un anciano calvo, un esqueleto andante, con el círculo y el punto negros pintados en la frente rugosa —. Ya no podemos seguir alimentándonos de ratas y hierbajos. ¡A vosotros os sobra el alimento! ¡Dadnos un poco!

Tanto las personas sanas, como esta especie de leprosos urianos, gritan y parlotean, formando un caos insoportable. Los guerreros no osan echarles de una vez por todas, a pesar de las exhortaciones de los ciudadanos respetables, que desean ver sus calles limpias de parias.

Un soldado agarra un gran pan de un puesto cercano y se lo arroja a los mendigos. Los miserables se arrojan sobre el alimento como una jauría de fieras enloquecidas por el hambre, se convierten en una tormenta de capas mugrientas y pieles sarmentosas, todos peleando por un trozo de miga o corteza que llevarse a la boca.

Para mi horror y mi estupefacción, las personas sanas, los observadores, ríen encantados.

—¡Dadles más pan! —grita la dama que lleva la criatura entre sus brazos—. ¡Mirad a las ratas humanas! ¡Miradlas comer!

Los soldados, los comerciantes, todos los caminantes de la vía, se burlan y divierten contemplando este espectáculo que se me antoja patético y nauseabundo. Incluso Fano suelta sus roncas carcajadas. Si hubiera nacido y vivido aquí toda mi vida tal vez comprendiera este regocijo y me uniera a él, pero no soy de Uriana, así que mi repulsión hacia sus habitantes crece aún más.

Por fin, los soldados reúnen un poco de valor y pinchan a los leprosos con sus lanzas. Pero muestran mayor iniciativa los ciudadanos, que agarran piedras y todo tipo de proyectiles groseros y los arrojan con fuerza. Bajo esta severa lluvia los parias se marchan a la carrera, yéndose por donde vinieron.

El tumulto se va calmando poco a poco y las gentes vuelven a sus quehaceres, comentando con alegría el suceso.

—¿Quiénes eran esos mendigos? —pregunto a Fano.

—Les llamamos *ratas humanas*, esclavo. Algunos afirman que han sido maldecidos por los dioses y otros aseguran que han contraído una extraña enfermedad. De cualquier manera, su mal es contagioso y puede propagarse mediante el tacto, así que viven en cuevas y pasadizos bajo la ciudad. De vez en cuando salen para mendigar comida. Entonces, es mejor apartarse de ellos.

—Si son nocivos para los ciudadanos, ¿por qué el sigra uriano no ordena una cacería, para exterminarlos de una vez por todas o bien expulsarlos de la ciudad?

—Ah, esclavo, desconoces nuestras costumbres y nuestro modo de

pensar… Muchos aseguran que los apestados han sido tocados por los Dioses Antiguos y que si se les expulsara caería un castigo aún mayor sobre toda Uriana. No es que yo crea esta historia, claro, pero la mayor parte del pueblo es supersticioso. ¿Por qué arriesgarse, cuando los parias tampoco causan grandes daños? Solo se contagian quienes tienen tratos con ellos, y por tanto se lo merecen.

Podría discutir con este hombre, decirle que si algún día esos apestados tomaran conciencia de grupo y se unieran para atacarles, la ciudad sufriría un duro golpe; no estaría de más criticar a los urianos por permitir esa amenaza, basándose solo en la superstición; pero soltar estas cosas en voz alta no me reportaría ningún beneficio y, por el contrario, quizás enfureciera a mis captores. Así pues, me limitó a sonreír con ironía y brindo en mi fuero interno por la estupidez de los seres humanos.

Seguimos recorriendo las vivarachas calles de Uriana, sin provocar mucho interés entre los viandantes; un esclavo conducido por sus captores no es noticia. Nos acercamos al centro de la ciudad y ya puedo contemplar los principales edificios de poder, como por ejemplo la Casa del Pensamiento y las Casas de la Guerra. Por todas partes ondea la bandera a rayas horizontales azules y verdes, movida por un viento que llega del oeste.

Nuestro viaje termina en la fachada de la Casa de los Juegos, rodeada por un enjambre de enseñas y banderines. Como en todas las ciudades durbanas, se trata del edificio más grande y su forma es rectangular, con las esquinas romas. Jardines de estatuas, representando a los campeones más famosos, rodean sus muros. En las cornisas se asoman efigies de piedra que soplan sus cuernos de granito o levantan el mástil de una bandera. Grandes cortinas y lienzos cuelgan desde lo más alto, como si al edificio le hubieran puesto un manto gigantesco, deshilachado y multicolor.

Hay muchos aficionados y observadores en torno a las grandes puertas de hierro negro. Los Juegos de Esclavos no empiezan hasta mañana, pero ya hay ciudadanos que se acercan para curiosear y conversar con los amigos. Fano aparta sin rudeza a la muchedumbre que desea contemplarme. Les veo mirarme con impertinencia y hacer comentarios indiferentes, como si yo fuera un animal. Saltar sobre ellos sería poco inteligente, así que hago esfuerzos para controlarme.

Me ordenan entrar por una poterna secundaria, vigilada por cuatro soldados, y pasamos a un corredor ancho y fresco, sostenido por columnas.

Se nos acerca un hombre alto y corpulento, con aspecto de luchador veterano. Viste una túnica gris y sencilla, con las mangas cortas, sujeta por una tira de cuero en la cintura. De ella cuelga una espada corta, como la usada por los guerreros. Observando su porte y

maneras, no me parece imposible que pertenezca a dicha casta. Además, lleva los pies descalzos, cosa común entre muchos soldados comunes. Está casi calvo y en su rostro tranquilo la dureza de las facciones lucha contra la flojedad de la madurez. Su barba es blanquecina, igual que sus cejas. Los ojos oscuros parecen no concentrarse en nada concreto, pero sé que lo miran todo con atención. Es la mirada propia del luchador, que no se fija en un solo lugar de la escena, sino en todo el conjunto. Hay tristeza y fuerza en él, y serenidad. Su cara me parece conocida, de manera vaga e imprecisa, pero no logro encontrarle en mi memoria. Su voz suena gruesa e inflexible; es la de alguien acostumbrado a imponerse, de un modo u otro:

—¿Qué me traes, Fano?

—Carne para la arena, Uraqui.

Se acerca a mí, pero no me toca.

—Puede servir.

—¡Claro que puede servir! —protesta Fano—. Mira sus brazos, sus piernas y su espalda. Podría levantarnos a ti o a mí y lanzarnos contra la pared.

Uraqui sonríe por un lado y mira de reojo a Fano.

—Lo dudo. —Vuelve a observarme, entrecerrando los ojos—. No me interesa su corpulencia, sino su espíritu. Fíjate en sus puños, Fano.

—¿Qué ocurre?

—Los cierra con tanta fuerza que se le han puesto blancos. Tiene ganas de golpear. Está lleno de odio. Hará un buen papel en la arena.

Abro las manos y aprieto los labios.

—Has de pagar bien por él, Uraqui —dice Fano.

Empiezan a discutir sobre precios, pero el tal Uraqui no sirve para regatear, sus palabras son cortantes y, aunque el precio se mantiene dentro de un nivel razonable, sospecho que Fano gana más de lo que esperó en un principio.

—¡Hasta pronto, Uraqui! —se despide el esclavista—. ¡Cuídate de él! ¡Es un mal bicho!

Sus matones me insultan y me desean una muerte horrible, pero no les hago caso.

Cuando se han ido, Uraqui me dice:

—Soy el supervisor de los esclavos luchadores y soy un hombre libre. Deberás obedecerme en todo lo que diga, y con rapidez.

—No llevas látigo —le digo.

Se frota la barbilla y me doy cuenta de lo ancha y musculosa que es su muñeca, y de que tiene los nudillos pálidos y rocosos, deformes a causa de innumerables golpes y fracturas. Hay algo monstruoso en esa mano.

—No me hacen falta los látigos —responde, en tono tranquilo, casi

melancólico—. Sígueme.

Obedezco.

Uraqui me lleva a través de escaleras y túneles que transcurren bajo el nivel del suelo de la ciudad. Son pasillos rocosos, fríos y oscuros, iluminados por la luz de hachones sujetos a las paredes por asas de hierro. Hay puertas de aspecto resistente, con planchas que son más bien bloques de madera. A veces oigo murmullos, o gemidos, que provienen del interior de las estancias cerradas; o tal vez sea solo mi imaginación. En una ocasión me estremezco cuando suena el rugido profundo y escalofriante de una fiera y el arañar furioso de unas garras contra la madera y la roca. Uraqui no se inmuta, pero agradezco que nos alejemos de allí.

Llegamos al final del recorrido. Sobre el muro se alza una puerta doble, con las batientes cerradas. Ante ella hay un grupo de unos veinticinco hombres vestidos con túnicas amarillas, armados con bastones de esclavista y grandes cuchillos metidos en sus vainas. Llevan sandalias, por lo que no creo que sean guerreros, sino guardias o matones contratados para vigilar estas dependencias. Saludan a Uraqui con murmullos en los que flota el respeto y mi anfitrión levanta una mano de forma imperativa. Dos de los centinelas tiran de las batientes, que crujen y chirrían y giran sobre su recorrido.

—Pasa dentro y no des problemas —ordena Uraqui.

Entro en la estancia, también iluminada con antorchas. Es cuadrada, muy alta y espaciosa, y en cada esquina hay un grupo de cinco guardias más, sin duda deseando repartir golpes con sus varas de madera.

Aparte de ellos, veo a unos cuarenta hombres, repartidos aquí y allá, sin orden, sentados sobre montones de paja o en el desnudo suelo rocoso. Casi todos visten harapos o bien sus ropas están rotas y sucias. Las mías no parecen mejores, por cierto. Les estudio mientras camino entre ellos. Los hay de mirada huidiza o desafiante, corpulentos o delgados, altos o bajos, serenos o nerviosos. También descubro el miedo en aquellos que tiemblan, y el falso valor en los que sacan pecho, pavoneándose ante los demás. Los hay que tienen la nariz o las orejas cortadas o bien les faltan uno o dos dedos, o tienen el símbolo del ladrón marcado en el cuello o en la frente. Algunos llevan la sangre y el asesinato pintados en sus rostros lúgubres y otros parecen inofensivos. Uno o dos conversan, pero casi nadie tiene ganas de hablar y en la estancia reina un silencio hosco y resignado. Mientras observo sus caras me pregunto contra quiénes de entre ellos habré de enfrentarme en la arena.

—¡Esclavos! —grita Uraqui—. Aquí tenéis un nuevo compañero. Tratadle con vuestra habitual y entrañable camaradería, a pesar de que procede de Sarlia.

Muchas cabezas se levantan y me miran con desprecio y hostilidad. En Durba se dice que los sarlios son engreídos y por ello nunca caen bien cuando están fuera de su tierra. Es probable que los sarlios muestren cierto orgullo —algo propio de cualquier durbano—, pero no parece menos cierto que en todo esto hay bastante envidia encubierta, puesto que el mayor poder económico y militar se encuentra en mi ciudad de adopción.

—Busca un lugar donde acomodarte, esclavo —ordena Uraqui—. Te traeremos comida y agua, como a los demás. Queremos que estés fuerte para los espectáculos, que empezarán en pocas clepsidras, así que ahora descansa.

Le dirijo una última mirada y asiento con la cabeza, despacio.

Me dirijo hacia un hueco libre, cerca del muro derecho. Siento las miradas afiladas de muchos pares de ojos. Noto un movimiento en uno de los hombres sentados cuando paso junto a él; pretende trabar con su empeine el mío para hacerme la zancadilla, pero me adelanto y de un pisotón clavo mi talón en su tobillo. Chilla y se pone en pie. Es un tipo alto y huesudo, pelirrojo, con los lóbulos de las orejas amputados por su condición de ladrón. Retrocedo, dispuesto para pelear. Se alza un vocerío tremendo; el blanco de las iras generales soy yo, por supuesto. El pelirrojo me ataca y nos trabamos en una presa que nos hace rodar por los suelos, entre jadeos y gruñidos. Siento manos que me agarran y me separan de mi enemigo, y de inmediato me relajo y levanto las manos, pidiendo paz; aun así, los guardianes me dan dos o tres golpes de vara en la espalda y el abdomen, que me hacen caer de rodillas y toser y jadear, buscando aire. El pelirrojo no es muy inteligente, pues se revuelve con furia entre los centinelas, que le agarran con manos expertas, y su rebeldía le cuesta una granizada de palos en los brazos, los muslos y la espalda. No son golpes que incapaciten de modo serio, pero aturden y hacen el cuerpo arder de dolor. En menos de una clepsidra se encontrará bien, pero por ahora no puede hacer otra cosa que encogerse bajo el castigo, suplicando y gritando.

Los otros centinelas mantienen a raya a los demás, levantando sus varas y haciéndolas zumbar en el aire. El gentío retrocede, achantado, y empieza a calmarse.

Encuentro a Uraqui ante mí, con los puños en las caderas y la severidad en los ojos. Menea la cabeza con lentitud.

—¿No puedes permanecer ni un solo instante sin armar jarana?

Ya estoy en pie, recuperando el resuello.

—Trató de hacerme una zancadilla.

—Podías haberte limitado a esquivarle para luego buscar un rincón tranquilo en el que perderte.

Sonrío, mordaz.

—También podría haberle pateado la cabeza en lugar del pie, y quizás entonces tendrías un esclavo menos para llevar a tu preciosa arena.

Su rostro se relaja y parece perder la sangre en las mejillas, marcándose con claridad los huesos de los pómulos. Los ojos cobran dureza mientras domina la cólera.

—Eres demasiado insolente, sarlio.

—Sea insolente o humilde, solo por venir de una ciudad concreta ya tengo vuestro odio; así pues, ¿qué importa? Prefiero la insolencia.

El silencio crece en torno a nosotros y se extiende hasta los últimos rincones de la sala. Ya no se trata de una pelea entre esclavos, sino de un desafío a la autoridad.

—No estás en Sarlia, así que será mejor que cierres la boca y te metas en un lugar oscuro y lejano, donde no pueda verte.

—Te escudas en tus guardias. Si no estuvieran tú y yo continuaríamos la discusión, pero sin palabras.

Levanta las cejas y sonríe, divertido. Empiezo a arrepentirme de mis constantes arranques de ira.

—¡Guardias! —llama Uraqui—. Si me vence, liberadlo.

Hay un murmullo apagado en la estancia y yo abro mucho los ojos, incrédulo.

—¿Cómo lo prefieres? —me pregunta Uraqui.

—A manos desnudas —contesto. Me invade la euforia, ya que solo el Cuervo lograba vencerme en las luchas de los patios de adiestramiento de las Casas de la Guerra, allá en Sarlia—. ¿Respetarás tu palabra?

—Esa pregunta me ofende.

—Eres de Uriana, y existe una diferencia entre Uriana y Sarlia.

—¿Cuál es? —pregunta Uraqui.

—En Sarlia hay honor.

Se oyen gritos de rabia e indignación entre los esclavos y los guardias, pero no he logrado mi objetivo, que era hacer perder la calma a Uraqui, y eso no me gusta nada. Suelta sin prisas la espada del cinto y entrega el arma a un centinela, sin dejar de mirarme con tranquilidad. Mueve cuatro dedos de la mano derecha, incitándome a atacarle.

Voy contra él, pero las cosas no suceden como yo quería y aterrizo con una brutal costalada que me quita la respiración. Atónito, oigo las carcajadas y los aullidos de placer de la concurrencia.

Vuelvo a atacarle dos veces más y en ambas ocasiones acabo por los suelos, mareado, vapuleado y confuso. Como suele suceder cuando te han dado una paliza, no sé ni qué demonios ha ocurrido.

—¿Quieres seguir? —pregunta Uraqui, en pie, separado uno o dos pasos de mí, con el rostro pálido y sudoroso.

—No —contesto, entre jadeos—. Peleas… demasiado… bien.

—Vuelve a tu sitio y no des más problemas.

Asiento, mientras a mi alrededor el público ríe y me insulta.

—Imponed orden —ordena Uraqui.

Los guardianes levantan los palos y la muchedumbre calla y se amansa. Veo a Uraqui alejarse, sujetando de nuevo al cinto la espada envainada. Sale de la estancia y las batientes vuelven a cerrarse.

Me siento con la espalda apoyada en una pared, frotándome un hombro dolorido. Un guardián pone ante mí una jarra llena de agua y un cazo con legumbres cocidas.

—Come y bebe —ordena el matón.

Debo fortalecerme, así que ya estoy masticando con ganas y tomando largos tragos. No hago caso de las constantes burlas hacia Sarlia y hacia mí, pues sería una estupidez buscarme más problemas. Los ataques son solo verbales, así que sigo quieto, con la vista clavada en el vacío. Al cabo de un rato los graciosos se cansan del juego y me olvidan. Me he convertido en uno más, dentro de esta muchedumbre de andrajosos.

El tiempo transcurre con lentitud. Han traído a tres condenados más, así que ahora somos cincuenta los futuros luchadores. Los estudio para intentar reconocer a los más peligrosos. Por ejemplo, no pierdo de vista al pelirrojo que intentó hacerme la zancadilla; ojalá me enfrente a él en la arena. Resulta difícil saber quién puede dar más problemas a la hora de luchar, puesto que casi todos tienen un aire abatido. Unos pocos mantienen, no obstante, la cabeza alta; sus rostros parecen cincelados en metal y en sus ojos hay rabia, además de tristeza. Comprendo que han asumido la certeza de su muerte y hacen acopio de orgullo para al menos acabar con dignidad. Es lo único que les queda.

El individuo más extraño resulta este que se sienta a mi derecha, con la espalda pegada al muro. Si los otros parecen gentes curtidas y acostumbradas a la violencia, él es un hombrecillo pequeño y delgado y tiene unas manos suaves que jamás han debido conocer el pico o la lanza. Viste una túnica que tiempo atrás debió ser elegante y costosa; pero ahora, sucia y arrugada, no desentona con los harapos que llevamos todos. Ya ha dejado atrás la madurez y comienza a bucear en el ocaso. Su frente es ancha y sus rasgos angulosos son blandos y están cubiertos de arrugas. En los ojos de color castaño claro hay una amargura que se ha vuelto serena, densa, ineludible, como un manto invisible del cual no pudiera deshacerse. También descubro inteligencia en su mirada; no es la astucia animal que nace de la lucha cotidiana por la supervivencia, sino el entendimiento minucioso de quien acostumbra a abstraerse en pensamientos que no tienen que ver con lo inmediato. Debe tratarse de un escriba, un político o algún tipo

de intelectual. Ha tenido muy mala suerte, yendo a parar a los Juegos de Esclavos.

No responde a mi mirada, así que le dejo con su soledad.

Hay otro hombre que atrae mi atención, a pesar de que no desentona con el panorama general. Está cerca y por tanto puedo oír sus palabras. Se ha convertido en el centro de un corrillo de tipos decaídos y lúgubres que se limitan a escuchar, con la mirada clavada en el suelo, y que a veces asienten con lentitud. En el silencio su voz suena alta y monótona, como el zumbido de un gran insecto:

—Estamos todos condenados. No hay escapatoria posible. Somos la hez de esta sociedad que nos ha marcado. Vamos a luchar para el contento de los espectadores, nos destrozaremos unos a otros y el público reirá y nos jaleará, hasta que ninguno quede en pie. Malditos sean… Malditos sean todos.

—Quizás haya al menos uno que sí logre sobrevivir —interviene otro sujeto, con timidez; no está seguro de lo que dice y espera que el sonido de sus palabras le preste convicción—. Ya sabéis las normas: el que venza en todas las pruebas será perdonado. Tal vez…

—¡Qué iluso eres! Los Juegos de Esclavos se han celebrado ya ocho veces, ¿y sabes cuántos han sobrevivido? ¿Lo sabes? ¡Ninguno! ¡Ni uno solo salió con vida! Siempre se mataron unos a otros, hasta el último.

Cae el silencio. El hombre que ha hablado sonríe con crueldad y vuelve a la carga.

—Estamos muertos, todos nosotros… ¡Muertos!

Los que le escuchan apartan la vista y quedan callados y cabizbajos. Yo aún miro al vocinglero.

—¿Qué estás mirando, sarlio? —me pregunta, rabioso.

—Un cadáver.

Durante un momento queda callado, con la boca abierta. Entrecierra un ojo.

—Te crees superior a nosotros, sarlio, pero hoy has bajado hasta nuestro nivel. La vida de los miserables es un camino de tristezas y amarguras y no hay escapatoria. La muerte es el único alivio.

—Entonces quítate la vida de una vez —respondo—. De tal modo, saldrías ganando. No entiendo por qué aún no lo has hecho, por qué continúas sufriendo. Vamos, hazlo, hombre: mátate y deja de sufrir.

Oigo una respiración fuerte, como si alguien reprimiera una risa. Mi interlocutor vuelve a quedar en silencio durante varios instantes. De pronto, su cara se convierte en una máscara de alegría maligna.

—Tú también morirás, sarlio. Nadie ha sobrevivido jamás a los Juegos de Esclavos. ¿Acaso tú eres especial? ¿Es que crees que vas a vencer?

—Sí.

Suelta una carcajada.

—¿Y por qué tú sí, mientras que durante ocho furás nadie lo ha conseguido?

—Porque he tomado la decisión de hacerlo. Y lo haré.

—¿Solo por eso?

—Solo por eso.

Parpadea, sorprendido.

—Eres un loco o bien un estúpido engreído. ¡Sigue soñando, loco!

—Y tú sigue muriendo. Yo prefiero vivir.

—¡Loco soñador!

Me encojo de hombros y no le contesto; al fin y al cabo, ¿para qué discutir con un cadáver? Prefiero guardar mis energías para lo que importa.

Además, me conviene que alguien esparza el pesimismo sobre todos estos esclavos, ya que serán mis futuros adversarios y es mejor que su moral esté baja. Sí, es mejor dejar que hable cuanto quiera.

En todo caso, ya se ha olvidado de mí y sigue farfullando aquí y allá, cada vez más amargado.

—Has hecho bien al no seguir discutiendo, sarlio. Es un necio.

Me vuelvo hacia la derecha y encuentro la mirada inteligente y entristecida del pequeño anciano.

—¿Eres un pensador? —le pregunto.

Aparece un amago de sonrisa, que de inmediato borra.

—Sí, lo era. Lo soy.

—No sabía que en Uriana hubiera pensadores.

Desvía la mirada y aprieta los labios.

—Puede decirse que soy el último. El resto dicen serlo, pero en realidad solo admiten y defienden lo que agrada al sigra.

—Ahora entiendo por qué estás entre nosotros.

Asiente, sonriendo sin alegría.

—Desde pequeño, mi tozudez me ha impedido mantenerme callado. Y tampoco callé incluso mientras veía cómo mis compañeros pensadores guardaban silencio sobre lo que no les gustaba… O eran silenciados. Hoy, la Casa del Pensamiento de Uriana se ha convertido en un prostíbulo de rameras intelectuales. Hay demasiado miedo.

—Pero uno, al menos, sigue yendo por libre.

—Por poco tiempo, al parecer. He molestado demasiado a los gobernantes de Uriana, así que decidieron dar un buen escarmiento en mi persona. Así, ningún otro trebio escapará del redil.

Mira alrededor con angustia.

—Fui demasiado lento. Debí haber tomado veneno, antes de que vinieran a buscarme los soldados. —Su mirada vuela sobre los esclavos y la cara se le arruga en una mueca de repulsión, como si le hubiera subido bilis a la garganta—. Es demasiado… bajo, el permitir

que me mate la chusma, para regocijo del público. Ni siquiera me dejarán morir con un poco de dignidad.

—Nadie puede dártela porque ya la tienes.

Me mira.

—Eres extraño, sarlio. No hablas como un ladrón, ni un esclavo, ni un simple guerrero.

—Porque no lo soy. He conocido a otros pensadores.

—Supongo que en Sarlia las cosas ocurren de manera distinta.

—Todos los lugares tienen su cuota de mentiras y suciedad, pero… Sí, las cosas son distintas en Sarlia.

—Antes diste a entender que en Uriana no quedaba honor.

—Así fue.

Me mira con dureza, pero comprendo que su enojo no está destinado a mí. Parece contemplar algún objeto que estuviera más allá de mi cabeza.

—Estabas en lo cierto —responde.

Suena un chirrido de cerrojos y todos nos volvemos para ver cómo se abren las batientes. Uraqui ha entrado, acompañado de una cuadrilla de guerreros.

—¡En pie, esclavos! —grita, dando palmadas—. ¡Los Juegos van a dar comienzo!

Los dos hombres se lanzan uno contra el otro, bufando y gruñendo. Intentan agarrarse de las axilas o la entrepierna para empujar o efectuar una proyección que mande al contrario al suelo. Dan manotazos, tratando de apartar los dedos del rival, y algún golpe con la palma llega a la cara enemiga, haciendo saltar la sangre de la nariz o los labios. La arena vuela entre sus pies y se pega a la piel mojada, formando una costra fina y oscura. Llevan puesto un pañuelo de tela blanca, anudado en torno a la cintura y la entrepierna, a modo de taparrabos; por lo demás, están desnudos. Los encontronazos y los dedos han dibujado marcas rojizas sobre los brazos, los hombros, los muslos y la espalda.

Uno consigue atrapar al otro, apresando su cuello, y su barbilla queda sobre el hueco del codo. No ha bajado la cabeza a tiempo, por lo que está perdido. Su enemigo le empuja hacia atrás e intenta meter la pierna tras la rodilla para hacerle una zancadilla. Son sujetos corpulentos y el acicate de no ser derrotado multiplica sus energías, pues la lucha es a muerte. El más agresivo consigue al fin meter la pierna de forma correcta y hace girar la cadera, pero el contrario afirma sus pies en el último momento y no cae. Durante un instante quedan quietos, uno junto el otro, respirando rápido, sin apenas resuello. El público de las gradas grita su enojo. El juez de la pelea, que siempre les rodea estudiando sus movimientos, levanta la vara fina y flexible y descarga golpes sobre las espaldas de los luchadores, ordenándoles que no se detengan. No están permitidos los descansos ni la falta de acometividad.

Azuzados por el dolor de los fustazos, redoblan sus esfuerzos. Las piernas siguen intentando hacer la zancadilla. Los dos se tambalean y gruñen. El que lleva la iniciativa cierra aún más la presa y su víctima gime y gruñe mientras el rostro se le llena de sangre, tornándose violáceo. Cierra el puño y asesta un golpe en las costillas de su rival. El juez le azota en la cara, pues en esta modalidad de lucha no están permitidos los golpes con las manos o los pies, aunque sí las luxaciones, las presas, las proyecciones y la asfixia. El otro contendiente resopla a causa del puñetazo, pero lanza un grito vibrante y ronco y consigue al fin proyectar al enemigo, de tal modo que este cae sobre la espalda. El público de las gradas se levanta y chilla, encantado.

Ha sido un golpe terrible que le ha quitado todas las energías. La víctima intenta escapar, pero el contrario se le echa encima, sin soltarle el cuello, y busca con la otra mano agarrarle un brazo. Están tan sucios, brillantes y enrojecidos bajo los rayos incendiarios de Croaga que me recuerdan a dos cangrejos gigantescos, enloquecidos

por algún tipo de odio animal. Las aclamaciones de la multitud se alzan como un solo alarido salvaje. El apresado abre la boca, pero el rugido de los espectadores me impide oír su chillido. Ha perdido el control de sí mismo, el terror le impide pensar o reaccionar de manera coherente y por tanto está sentenciado. Su rival le retuerce la cabeza hasta que el cráneo alcanza una posición imposible. Hay una convulsión y luego llega la quietud.

El ganador se levanta, tembloroso y jadeante, y mira alrededor, confundido. El juez levanta su brazo derecho en señal de victoria y el público le aclama. Dos mozos vienen por el muerto y el juez ordena al ganador que vaya hacia un lugar concreto de los vomitorios. El esclavo campeón echa a andar, arrastrando los pies. Se abre una batiente de hierro en el muro circular del estadio, la Puerta de los Supervivientes, y desaparece por el umbral oscuro.

El público se sienta, comentando con divertimento esta nueva lucha.

Aparto la vista de la arena.

Me encuentro en una gran sala de piedra, bajo las gradas, donde esperamos los que aún no hemos salido a luchar. Hay suficientes ventanas enrejadas como para que podamos contemplar los espectáculos. Todos estamos silenciosos y hoscos. La mayoría ha visto las peleas a través de los barrotes y solo unos pocos —entre ellos el viejo pensador— permanecen en algún rincón oscuro, sumidos en su lúgubre soledad.

Vuelvo a mirar hacia el exterior.

El gran patio del estadio tiene numerosos escenarios, donde se celebran los Juegos. Hay tres círculos de arena, de unos dos tornes de diámetro, donde tienen lugar las peleas entre parejas; uno de ellos es el que acaban de ocupar los dos esclavos luchadores. También hay otro círculo más grande, de quince tornes de diámetro, en el cual suceden las luchas en grupo, aunque en ocasiones también se deja allí a los cautivos para que sean devorados por las fieras; entonces, son alzadas redes de acero en torno al círculo y los condenados no puedan escapar de los animales salvajes.

En un extremo del estadio hay una pista de carreras. Es una ancha banda de tierra, de unos sesenta y tres tornes de largo. En cada extremo hay una gruesa columna. No hay calles para cada competidor, sino que el recorrido parte de una columna, llega hasta la otra, gira alrededor de ella y vuelve hasta la primera. Eso constituye una vuelta. Al no existir calles son frecuentes los empujones, pisotones y hasta puñetazos, todo ello permitido. Lo peor llega al doblar cada columna, pues entonces los corredores deben juntarse aún más y por tanto la violencia es superior.

Hay círculos de arena con grandes piedras cuadradas, para ser

levantadas y arrojadas en las competiciones de fuerza, y rectángulos donde se ejecutan los saltos de longitud y de altura. Lo más sorprendente es una gran piscina circular, con fondo de baldosas blancas, ahora vacía. Sirve para las carreras de natación, las luchas en el agua, o bien pueden traerse a ella fieras de río, a las que arrojar a los condenados a muerte para que las devoren ante los ojos de este público cruel.

En las gradas hay miles de espectadores, todos hombres, ya que a las mujeres se les tiene prohibida la entrada a estos eventos. No hay casi asientos libres y reina una gran agitación de túnicas y cabezas. Por todas partes ondean las banderas de Sarlia, a rayas verdes y azules.

Uraqui nos ha explicado las pruebas a las que debemos someternos los esclavos:

La primera eliminatoria consiste en la lucha a manos desnudas. Mediante sorteo —esa es la razón de que nos hayan pintado un número sobre el hombro derecho— van saliendo las parejas de luchadores, y también el azar decide qué tipo de combate será. En el primer tipo solo se permiten agarres, abrazos, proyecciones, luxaciones y asfixia; en el segundo solo son lícitos los golpes con los puños, los pies, los codos, las rodillas y la cabeza; el tercero es una mezcla de los dos anteriores y vale todo. Siempre se pelea hasta que uno de los dos —o los dos— queda muerto o inconsciente. En este último caso el juez remata al caído con un cuchillo fino, clavándolo en la nuca. Al principio compiten cincuenta esclavos, pero tras esta primera eliminatoria solo quedarán, como mucho, veinticinco con vida.

La segunda eliminatoria es la carrera. Los cuatro primeros en llegar a la meta serán perdonados, pero los diecinueve restantes morirán bajo las armas de los guerreros.

La tercera eliminatoria consiste en la lucha con espadas; aquí, los cuatro supervivientes de la carrera pelearán, dos a dos. Los vencedores de cada combate serán los dos últimos luchadores, que se enfrentarán en una pelea definitiva, también con los aceros, y el que se lleve la victoria será el ganador supremo de los Juegos de Esclavos y recibirá el indulto y la libertad.

Pero desde que se celebraron por primera vez, hace ocho furás, nadie ha salido vivo de estos Juegos de Esclavos. El terrible desgaste físico de las pruebas, las contusiones y la pérdida de sangre hacen posible un balance tan negativo.

Nunca se celebran dos pruebas a la vez y por tanto los Juegos de Esclavos duran un alaga entero. Son en realidad la antesala y el aperitivo de los verdaderos Juegos de Uriana, protagonizados por hombres libres. En estos no mueren tantos participantes, pues las

condiciones no son tan duras, y se lucha por el honor y la gloria; los esclavos no tienen derecho a estas virtudes tan elevadas y compiten solo para sobrevivir, como si fueran animales. Los Juegos de Esclavos se consideran una degradación de las competiciones sagradas de Durba, pero al vulgo le encantan estos espectáculos sangrientos. En ellos sale a relucir, tanto en el público como en los competidores, lo peor de la especie humana. La prueba de su bajeza es que se debe pagar por verlos y se puede apostar a favor o en contra de determinados esclavos; estas dos cosas están prohibidas de manera terminante cuando compiten los hombres libres, pues la intervención del dinero mancharía algo que debe ser puro y honorable.

Hasta el momento ha habido ocho combates a manos desnudas. Cuatro hombres han muerto y otros cuatro, cansados y sudorosos, cruzaron la Puerta de los Supervivientes.

Rechinan los goznes y gira la plancha de acero que nos separa de los vomitorios. En el umbral está Uraqui.

—¡Quince y Cuarenta y Dos!

Se pone en pie un gigantón de tripa ancha y hombros descomunales. Su rostro refleja la estupidez y la brutalidad de su carácter.

—Soy Quince —afirma, con voz cavernosa.

El viejo pensador deja su rincón oscuro.

—Soy Cuarenta y Dos.

Uraqui les mira con rostro impasible.

—Habéis sido elegidos para pelear sin normas. En vuestro combate valdrá todo.

El barrigudo le echa una mirada despectiva a su contrincante, que parece el doble de pequeño a su lado. Representan los extremos, si tenemos en cuenta la corpulencia media de los aquí reunidos. Será un espectáculo casi cómico verlos pelear. Camino hacia la puerta.

—¡Uraqui! Déjame pelear a mí contra Cuarenta y Dos.

—No. Las normas no se pueden quebrantar. Luchadores, salid.

Cuarenta y Dos lo hace, levantando la cabeza y apretando los labios y los puños para que nadie note sus temblores.

Antes de que Quince salga, le pongo una mano en el hombro y me mira con desconcierto y enfado. Uraqui se limita a observarnos con curiosidad.

—Quítame la mano de encima —gruñe Quince.

—Dale un final limpio y rápido —le digo.

Divertido, levanta sus anchas cejas.

—¿Por qué?

—Solo es un pobre viejo, ¿es que no lo ves? No sabe ni pelear y no te supondrá ninguna amenaza. Acaba con él con rapidez y podrás salir pronto de la arena.

—Hoy mismo puedo morir. Quiero oír las aclamaciones del público.

—No tiene ningún mérito hacer sufrir a un anciano.

—¿Y qué? La gente desea espectáculo y yo se lo voy a dar.

Aprieto con más fuerza su hombro y veo dolor en sus rasgos.

—Si no lo matas con rapidez, reza a tus dioses para no tener que vértelas hoy conmigo.

Pone sus dedos gordos en mi mano, pero no logra quitársela de encima.

—¡Déjame en paz! —exclama.

—¡Treinta y Cinco! —interviene Uraqui—. ¡Vuelve a tu lugar! ¡Ahora!

Dejo libre a Quince, que me dirige una última mirada asesina, y sale de la estancia.

—Vuelve a tu sitio —ordena Uraqui—. Si quieres otra paliza, te…

—Está todo amañado, ¿verdad? —le interrumpo—. Uno grande y el otro pequeño para que la gente se divierta. Los sorteos son un fraude y tú lo sabes.

Durante un instante su mirada vacila y abre un poco la boca, pero la cierra con fuerza, recuperando la decisión. Los ojos se vuelven amenazadores y la voz sale contenida, por entre los dientes:

—Estás creando demasiados problemas, sarlio. Me pareces más agradable cuando pasas desapercibido.

—¿Quién me tocará a mí, Uraqui? Sin duda el más rápido y fuerte, para que los urianos de ahí fuera tengan la ilusión de que, por una vez, su ciudad ha vencido a la mía.

Uraqui ladea un tanto la cabeza, como un felino que empezara a enfurecerse.

—Vuelve a tu sitio, Treinta y Cinco. No lo repetiré.

Le miro con asco y durante otro instante su mirada vacila, pero a continuación se vuelve impersonal. Es otra vez el sicario sin escrúpulos, obediente.

Me marcho hasta las ventanas cegadas por barrotes. Oigo la puerta cerrarse, al otro lado de la estancia de piedra.

Fuera, los dos nuevos luchadores ya han sido introducidos en el círculo. El público suelta sus carcajadas y comentarios burlones.

El grande comienza a jugar con el pequeño y el enfrentamiento se convierte en algo patético y cruel que despierta el regocijo en las gradas. A pesar de todo, el pensador se levanta tras cada golpe y cada empujón. Aguanta en pie, tambaleándose, debilitado y aturdido, chorreando sangre. Una y otra vez. No rehúye la lucha a pesar de que siempre pierde.

La paliza se alarga hasta que el público comienza a aburrirse y el juez da un aviso a Quince, pues quedan muchos otros combates y no

debe perderse demasiado tiempo en este. Un último y brutal puñetazo y el viejo cae sin vida a la arena. La gente aplaude, ríe y lanza bromas al vencedor, que sale muy ufano del círculo, mientras dos mozos se llevan el cadáver.

Suelto mis manos agarrotadas de los barrotes, pero no consigo apartar la vista de ese animal acéfalo, compuesto por miles de insectos bulliciosos, que se extiende sobre las gradas del estadio.

Tras un descanso de orlas, de nuevo las puertas de nuestra cámara de roca se abren.

—¡Treinta y Cinco! —llama Uraqui.

Nos miramos y no descubro expresión alguna en su semblante.

—¡Ocho! —grita.

Se nos acerca un hombre de estatura baja; al menos le saco media cabeza. No obstante, tiene la espalda ancha y la cintura estrecha, el tipo corporal más adecuado para alguien rápido y fuerte. Sus músculos son densos y compactos y se marcan sobre la piel sucia con cada movimiento, como un puñado de culebras nerviosas. Casi no tiene cuello y su cabeza se encaja sobre los hombros como una bola cubierta de pelambre oscura. El rostro ajado revela penalidades sin cuento, la mandíbula es cuadrada y los pómulos sobresalen angulosos por entre la barba y el bigote oscuros y poblados. Tiene la nariz rota y los ojos pequeños y juntos, inquisitivos, sobre cejas densas. Me mira durante un instante y después se limita a asentir hacia Uraqui.

—El sorteo ha decidido que la pelea será con los puños y los pies —ordena el custodio de los esclavos.

Observo a mi contrincante.

—¿Qué tiene de especial? —le pregunto a Uraqui—. No es alto y, aunque fuerte, los hay más corpulentos.

Mi competidor no dice nada y comprendo que es hombre de pocas palabras; pero sus ojos no reflejan estupidez, lo cual me inquieta.

—Tú y tus necedades, Treinta y Cinco… —contesta Uraqui—. El azar os ha elegido y no hay más que decir.

—Sigo sin entenderlo.

—Ese es un problema que solo te incumbe a ti. —Durante un instante vacila y, como dejándose llevar por un capricho, se le curva la boca en una mueca irónica—. No obstante… Te informo que Ocho ha sido adiestrado como esclavo luchador por varias casas honorables de nuestra ciudad y se le obligó a enfrentarse a otros sirvientes en peleas domésticas, para divertimento de los amos. Es una práctica habitual aquí, en Uriana. Ocho ha sido campeón en repetidas ocasiones y sus puños resultan célebres. Lástima que tuviera vocación de ladrón… Alguien le acusó de haberse llevado unas baratijas y por eso está aquí.

La mirada de Ocho se apaga, con la vista fija en la pared, y mantiene el semblante impasible. No mostrar emociones parece su

forma de soportar que se hable de él. Abre y cierra los puños y suelta los brazos.

También yo sonrío, irónico.

—Así que es un campeón de la lucha con los puños… Ahora entiendo por qué voy a pelear contra él.

—Se te ha elegido en un sorteo del todo transparente, Treinta y Cinco —afirma Uraqui, todavía un poco divertido—. No pienses que en ello tiene que ver que procedas de Sarlia.

—Claro —respondo—. Todo se debe al azar. He sido un necio por albergar la más mínima sospecha de lo contrario.

—En Uriana procedemos con rectitud.

—Eso es del todo evidente.

La sonrisa de Uraqui desaparece.

—Ya está bien de charla. ¡Seguidme de una vez!

Ocho y yo asentimos. A los ojos de mi contrincante vuelve el brillo de la vida y le veo sonreír. Este es su único momento de felicidad; las emociones que proporciona la arena son capaces de borrar cualquier recuerdo y tristeza, como si solo al calor de la sangre y la violencia comenzara la auténtica vida y todo lo demás fuera un jirón confuso y borroso que transcurriera con lentitud.

Caminamos por los pasillos profundos de los vomitorios, acompañados por cuatro soldados que nos apuntan con sus lanzas. Entramos en una sala pequeña donde nos espera el juez, con su rostro severo y su vara fina y flexible, salpicada de ocre seco. Nos cubren los puños y los antebrazos con tiras de cuero, de tal modo que no podamos abrir las manos. Así, se evita en lo posible que nos fracturemos los dedos o los nudillos. Esto no tiene que ver con evitarnos sufrimientos, sino con otra cosa: el que sobreviva deberá soportar otras pruebas y el espectáculo desmerecería si no pudiera utilizar una o las dos manos. A pesar de estas precauciones, el mayor riesgo para los novatos en las peleas con los puños es fracturarse la muñeca en un golpe desafortunado. Por fortuna, en las Casas de la Guerra pasé largas clepsidras practicando este tipo de lucha con el Cuervo, Sorcán y Aldel. Hay quien dice que el ornai Dargor es uno de los mejores luchadores de Sarlia. Yo solo ocupo su cuerpo, pero confío en hacer un buen papel contra este campeón de los esclavos al que me voy a enfrentar. Debo ganar y ganaré.

El juez nos explica unas normas que ambos ya conocemos. Podremos utilizar —además de los puños— los pies, los codos, las rodillas y la cabeza. Los abrazos, las zancadillas, las proyecciones y las presas están prohibidas. Todo acabará cuando uno de los dos se rinda o quede muerto o inconsciente en la arena. Si aún existe vida en el caído, será rematado por el estilete del juez.

—Afuera —ordena el juez.

Suenan los goznes, la puerta se abre y salimos.

Nos golpean los rayos blancos y calientes de Croaga. La multitud se agita alrededor de nosotros como un paño gigantesco y multicolor. Comienzo a oír los primeros insultos hacia Sarlia; ha debido correrse la voz de mi procedencia y por tanto tendré al público en contra. Noto la excitación de la gente: tras el patético combate entre el pensador y su voluminoso contrario quieren ver una riña cerrada y cruenta.

Llegamos al círculo de arena y Ocho y yo nos miramos en silencio. Cuando empiece la lucha no habrá tiempo para nada más que para lanzarse al combate enconado, así que solo tenemos estos momentos para estudiarnos uno al otro.

—Combatid con valor —ordena el juez. Levanta su vara—. Estaré ahí para cuidar de ello, os lo aseguro.

—Empecemos —dice Ocho, con voz ronca.

Es la única palabra que ha pronunciado hasta el momento.

—¡Luchad! —grita el juez, mientras retrocede un paso y levanta las dos manos.

Me he preocupado de mostrar los puños lacios, como si no tuviera ningún tipo de experiencia, para dar una falsa impresión de ignorancia. Ocho se lanza con las manos adelantadas en la típica guardia durbana y le recibo con una patada lateral, proyectada mediante un giro de cadera, que da en su hombro y logra hacerle tambalearse. De inmediato lanzo el otro pie hacia el frente, lo hago pasar entre sus puños y el empeine le alcanza en la cara, partiendo los labios. Retrocede solo un paso y yo avanzo con otra patada lateral, pero él da un saltito hacia atrás, esquivándola, y pierdo un instante en recuperar el equilibrio.

—¡No huyas! —le ordena el juez, levantando la vara.

Vuelve con pasos largos. Intento darle un rodillazo, pero ya lo tengo encima y me lanza una andanada de puñetazos que mis antebrazos paran. Saco los codos para que se rompa algún nudillo contra ellos, pero no cae en la treta. También lanzo yo mis golpes, pero los suyos son más rápidos. Los puños de ambos resbalan sobre el sudor de brazos y hombros y al final él consigue empotrar sus nudillos en mi costado. Suelto el aire de golpe y le asesto un rodillazo en un hombro, consiguiendo que retroceda. Por fortuna su golpe no dio en mis costillas, pero noto arder la zona vapuleada.

El juez levanta la vara y nos lanzamos de nuevo el uno contra el otro, oyendo al público rugir y chillar. Cae otra lluvia de golpes y me da un rodillazo en un muslo que casi me hace caer. Su puño sube y golpea en mi barbilla. Siento un chasquido en el cráneo y durante un latido todo ennegrece. Al volver en mí, estoy asestando furiosos puñetazos; incrusto los nudillos en su sien y su cabeza enrojecida se

bambolea. Sus gruñidos y los míos se entremezclan en un rumor profundo y violento. Logro meter el codo por encima de su hombro y le doy en la mejilla. Siento un trallazo vibrante en los labios y los dientes y retrocedo, mareado. La boca se me llena de sangre y la escupo. Está encima de mí y algo pesado impacta sobre mi ojo izquierdo. Casi caigo, pero cierro contra él, levantando los puños y agachando la cabeza. Mi cráneo y el suyo chocan con un crujido, le empujo con las dos manos y consigo que retroceda. Me resulta imposible abrir el ojo golpeado; lo siento palpitar y calentarse y rezuma un líquido pegajoso que cae por mi mejilla. Su rostro se ha convertido en algo confuso y oscuro. Le veo tambalearse. Durante un instante no osamos volver al combate cerrado. Paso una mano por mi ojo izquierdo, enterrado bajo una bola de carne que continúa sangrando. Cada jadeo es como una puñalada en el fondo del pecho. Los brazos son mi armadura y han recibido la mayor parte de los puñetazos, así que los noto hinchados y rígidos. Me cuesta levantarlos, es como si estuvieran rellenos de plomo en lugar de carne. La vara cae sobre mi espalda y el dolor eléctrico me obliga a avanzar, arrastrando los pies. Ocho también parece mareado y débil, pero suelta un gruñido y clava su puño en mi abdomen. Me doblo sin aliento y caigo sobre él. Ambos vamos al suelo y logro que mi codo aterrice sobre su cara, provocando un ligero chasquido y un gemido apagado.

—¡Levantaos, cobardes! —grita el árbitro—. ¡Luchad! ¡Separaos y seguid peleando!

Lo único que tengo presente son los fustazos en los hombros y la espalda; el dolor me enerva y, sin saber cómo he podido hacerlo, estoy de nuevo en pie, sostenido sobre dos piernas que se empiezan a doblar. Levanto una de ellas y las dos tibias chocan, ya que mi rival pretendía patearme los genitales. Empujo hacia delante el pie que traba el suyo y casi le hago tropezar. Vomito un gruñido ronco y profundo mientras avanzo, solo por el mero acto de dejarme caer hacia delante. Él está mareado y durante un solo y preciso latido veo el hueco en su guardia. De inmediato se encuentra allí mi puño, lanzado con toda la fuerza de la espalda y el giro de la cadera. Suena un chasquido seco, su cabeza se revuelve y noto que pierde las energías. Se apaga como una vela.

Ambos caemos, yo de rodillas y él sobre la espalda.

Estoy a cuatro patas, mientras a mi alrededor Croaga, el público y el juez giran en un remolino que me provoca náuseas. Veo las gotas de sangre y saliva mojando la tierra removida, veo mis manos envueltas en tiras de cuero desgarrado, cubierto por una costra de arena. Concentro todas mis energías en el angustioso ejercicio de meter aire en los pulmones.

La mano del juez me agarra del pelo y levanta mi cabeza de un

tirón. Me inspecciona el rostro.

—¿Estás bien? Sí, ¿verdad? Levántate, sarlio. Has ganado.

Sacando fuerzas de algún oscuro agujero del alma, consigo izar el tronco, apoyando las manos en las rodillas y los muslos. Permanezco en pie, vacilante, como un árbol talado que no se decidiera a caer. Croaga hace arder mi cabeza y casi puedo imaginar llamas en mi cuero cabelludo. El juez está examinando a mi contrincante, tirado aún en el suelo. Se levanta y corta el aire con los brazos, dando a entender que el combate ha terminado. Oigo abucheos entre el público, pero también aplausos y ovaciones. El juez saca su cuchillo fino y puntiagudo del cinto, se agacha de nuevo junto a mi rival, aparta el pelo de la nuca y clava allí el arma, rematándolo con mano experta. Hay una convulsión en Ocho y luego la inmovilidad.

—Vamos, ve a la Puerta de los Supervivientes —me dice el juez—. ¿Puedes andar?

Intento ordenar mis pensamientos. Asiento. Arrastrando un pie tras otro, llego hasta este umbral maldito. Un hombre vestido con la túnica blanca de los físicos, ahora salpicada de oscuro, me coge de un brazo.

—Siéntate ahí, esclavo, y apoya la espalda en la pared. Vamos a ver qué tal estás.

Obedezco. Es una sala fresca, con muros de piedra. Tras el azote de Croaga agradezco esta oscuridad. Veo otros esclavos, acostados o sentados en el suelo. Guardan un perfecto silencio, ya que están demasiado cansados como para hablar. Además, los labios partidos e inflamados no favorecen la comunicación.

—Agua… —suplico—. Agua....

—Estate quieto, esclavo. Traed el cubo y la esponja.

Un soldado le obedece. Me limpia la cara con un líquido incoloro, de sabor salado y repugnante. Grito a causa del escozor, pero alguien sujeta mis brazos y estoy demasiado cansado como para rebelarme. El físico aplica una pomada aceitosa sobre los cortes ya limpios de las mejillas, los labios y el párpado izquierdo, tan hinchado que sigo sin poder ver por ese ojo.

—Esto te cerrará las heridas. Ahora beberás, pero a tragos pequeños.

Siento la cara hincharse y arder, como a punto de explotar. Jadeo por el dolor, pero me ponen una calabaza en los labios y bebo hasta que me la quitan de golpe. Me entran ganas de llorar, ya que daría el alma por seguir bebiendo. Otro trago, y otro.

—Quitadle las tiras de cuero. Bebe esto, esclavo, es leche de argo mezclada con miel. Te dará energías.

Bebo de otra calabaza que ponen en mis labios. Esta vez no me la arrebatan y trago hasta que mi estómago se infla. Veo mis manos libres de las protecciones de cuero. Están hinchadas, violáceas y

brillantes a causa del deficiente riego sanguíneo. Me hormiguea la piel y he de hacer un esfuerzo para abrir los dedos. Hay numerosas manchas de un negro profundo en los brazos y las piernas, hematomas llenos de sangre apelmazada, allí donde recibí los golpes más fuertes.

—Sobrevivirás, esclavo, igual que todos estos que ves por aquí —me dice el físico—. Trata de descansar y reunir energías. En dos clepsidras habrás de participar en la prueba de la carrera.

No encuentro fuerzas para contestar mientras le veo alejarse. Mecido por el dolor, me limito a existir. Es un alivio no tener que moverme, ni luchar, ni siquiera pensar. Cierro el ojo sano, pero me encuentro tan dolorido y cansado que ni siquiera logro caer dormido.

Esperamos en la línea de salida, flexionando una pierna, preparados para salir disparados hacia delante y correr por nuestra supervivencia. La competición dará comienzo cuando el juez baje la mano.

Frente a mí, y después de sesenta y tres tornes de tierra alisada, se alza una gruesa columna de granito blanco. Un torne a nuestra espalda hay otra, su gemela. Deberemos llegar hasta aquella columna, dar la vuelta, volver y rodear también esta que se encuentra detrás de nosotros. Entonces habremos completado una vuelta del circuito. La carrera consta de cinco.

No hay calles en esta pista y por tanto sospecho que los participantes formaremos un pelotón más o menos apretado que a su vez se dividirá en otros grupos menores y por último en unos pocos escapados, los primeros en cruzar la meta. Los empujones, pisotones, zancadillas, puñetazos y en general todo tipo de violencia está permitido. Quizás lo peor sea el momento de doblar cada columna, ya que los corredores estaremos más próximos unos a otros y por tanto crecerá el peligro de ser derribado o incluso lesionado.

A mi izquierda y a mi derecha se encuentran mis adversarios. En total sumamos veinticinco, los campeones de las luchas en parejas. Hemos tenido dos clepsidras para descansar después del combate y los cuerpos están aún rígidos y doloridos. Uno o dos cojean y no creo que aguanten más de cuatro o cinco zancadas. No tengo nada roto, pero aún siento latir cada hematoma con un dolor que empieza a volverse soportable. Noto la cara inflada y caliente y todavía me es imposible abrir el ojo izquierdo. De cualquier modo, tendré que correr con energía y ser astuto para esquivar el ataque de mis competidores, si no quiero convertirme en simple carne para la lanza. Los cuatro primeros en dar las cinco vueltas sobrevivirán y el resto serán ejecutados por los soldados. De tal manera, solo quedarán dos parejas tras esta segunda eliminatoria. Se enfrentarán dos a dos, manejando las espadas, y el par de supervivientes protagonizarán el duelo final con

los aceros.

Me propongo estar en esa última lucha y vencerla. Estos Juegos se interponen entre Sarlia y yo, así que voy a obtener la victoria.

—¡Corred! —grita el juez, mientras baja el brazo y su mano corta el aire.

El público se levanta y comienza a gritar.

Los competidores salimos proyectados hacia delante, entre codazos y empujones. Los pies desnudos levantan la arena por los aires.

Como es de esperar, el ritmo se acelera desde el principio y aparece ya un pelotón de cabeza, en el cual están los más bravos y enérgicos. Me quedo un poco alejado de ellos, siguiéndolos e intentando que nadie se acerque demasiado a mí. No quiero gastar mis energías de manera inútil en ese grupo de cabeza, donde es más fácil que te empujen o te hagan la zancadilla y vayas al suelo. Prefiero vigilarlos desde atrás y empezar a competir con ganas a partir de la cuarta vuelta.

Trato de llevar un ritmo regular y de acompasar la respiración con las zancadas. El cuerpo me grita, dolorido: quiere parar y recuperarse de todos los golpes soportados durante el combate contra Ocho; pero he de aguantar porque sé que tras una o dos vueltas más me acostumbraré a estas incomodidades. En cuanto rompa a sudar todo irá mejor.

El grupo de cabeza está compuesto por unos diez individuos y ya dobla la columna, formando un barullo confuso. Uno cae al suelo, levantando arena, y el clamor del público asciende.

Los nueve restantes nos hemos separado de los primeros escapados. Vigilo que nadie se me acerque. Miro hacia atrás y veo a los últimos de la carrera. Son los más lentos debido a su volumen, a la torpeza o a las lesiones en los pies. Uno de ellos es Quince, el cual peleó contra el viejo pensador. Poco antes del combate le pedí que no alargara la agonía de aquel anciano indefenso, pero Quince se negó.

No pienso perderle de vista.

Rodeo la columna, procurando no acercarme demasiado a nadie, y vigilando que ningún otro intente aproximarse a mí.

Los rayos de Croaga nos golpean con fuerza y ya noto el sudor empapando mi frente y chorreando por la cara. El cuerpo se ha calentado, los músculos están llenos de sangre, las piernas se mueven con soltura y la cabeza empieza a olvidar el dolor de los moretones. A pesar de todo, experimento la satisfacción animal del ejercicio físico intenso.

Alguien se me acerca por la espalda, me vuelvo y veo un rostro que baja y sube. Me aparto a un lado y le dejo pasar; que sean los de cabeza quienes soporten su ímpetu.

Doblamos la otra columna y suena el golpe de campana que marca

el fin de la primera vuelta.

Un corredor ha sido golpeado contra el granito por un contrincante y rueda por el suelo, mientras la multitud grita complacida. Dos más se enzarzan y empujan, casi perdiendo el equilibrio, pero siguen corriendo. Cuando paso cerca del que está en el suelo le pateo la cara, mandándolo de nuevo a tierra.

Un par del grupo de cabeza se retrasan. Se tomaron la primera vuelta demasiado en serio y ahora les falta aire para continuar en la vanguardia. Un hombre se acerca al más rezagado de ellos, por detrás, y le empuja con las dos manos y con todas sus fuerzas, haciéndole caer como un muñeco desmadejado; le veo precipitarse hacia delante y aterrizar sobre las palmas, casi saliéndose de la pista. Quien le ha mandado al suelo es el pelirrojo alto, aquel que trató de hacerme la zancadilla cuando entré en la sala de roca donde esperaban los esclavos, antes de los Juegos.

Los más avanzados ya no se atacan tanto y han disminuido la velocidad. El primer pelotón se divide en varios grupos pequeños mientras doblan la columna. Inmediatamente después quedamos unos pocos, en la parte media de la serpiente humana, y al final trotan los más lentos, resoplando y moviéndose con dificultad.

Unos tornes ante mí, el pelirrojo agarra de un hombro a otro corredor y le empuja con todas sus fuerzas, haciéndole trastabillar. Comprendo que su juego es deshacerse de los que han perdido ya las energías y no pueden ni defenderse.

Rodeo la columna, casi rozando el granito con el hombro, y me acerco un poco más al grupo de cabeza, que acaba de terminar la segunda vuelta.

Al comienzo de la tercera empezamos a doblar a los últimos corredores. Arrastran los pies y hacen muecas de sufrimiento con el rostro enrojecido, pues no parecen acostumbrados a correr. Uno cae al suelo, queda de rodillas y vomita sobre la arena.

Los competidores pasan a izquierda y derecha de Quince, el corpulento Quince, que no atendió a mis amenazas antes de que luchara contra el viejo pensador. Se limita a andar arrastrando un pie tras otro, apretando los dientes, mareado por el calor y el agotamiento. Al acercarme a él tomo aire, levanto la rodilla, lanzo la pierna en una patada, con todas mis fuerzas, y le incrusto el talón derecho unos dedos por encima de la cadera, a la altura del hígado. Lanza un alarido agónico y se desploma sobre las rodillas.

Continúo corriendo.

El ritmo de los de cabeza sigue disminuyendo y por tanto también lo hace el mío. Ya hay solo cinco en la vanguardia y les sigue de cerca el pelirrojo. Adelanto a unos cuantos que pretendieron soportar el tirón desde el principio. Reduzco mi velocidad para doblar solo la

columna.

El público nos vocifera ánimos e insultos, se ha convertido en algo confuso que sube y baja y sus gritos quedan eclipsados por el tronar de nuestros propios jadeos.

Doblamos la primera columna y da comienzo la cuarta vuelta. Al unísono, como si hubieran oído alguna señal, los seis de cabeza ganan velocidad y se empujan unos a otros. Yo también alargo la zancada, unos cinco tornes tras ellos. Miro hacia atrás y veo a un hombre bajo y delgado, calvo, de barba pajiza, que no muestra síntomas de cansancio. Sigue la misma estrategia que he adoptado yo: mantenerse a distancia hasta la última vuelta para entonces esforzarse por completo. No le he había descubierto hasta ahora, lo cual me inquieta.

Empiezo a notar el cansancio. Alguien, delante, cae al suelo, y el pelirrojo le da una patada en la boca.

Me acerco de nuevo a Quince, que se agarra el costado donde le pateé y se arrastra de manera patética. Puede que le haya provocado una lesión en el hígado o las costillas; desde luego, esa era mi intención. Reprimo la tentación de volver a golpearle, pues a partir de ahora no puedo perder ni un solo momento.

Los de cabeza doblan la segunda columna y les seguimos, primero yo y después el calvo, acortando distancias. No me gusta tenerle detrás de mí, pero se resiste a adelantarme y tampoco yo puedo frenar mi ritmo.

Delante hay un rezagado y cinco escapados. Seguimos doblando a los lentos, que se mueven sin ganas, agachando la cabeza. Ya noto las punzadas en el costado y aprieto los dientes. Las piernas me duelen, el sudor me escuece en el ojo hinchado y se cuela dentro del otro, obligándome a parpadear casi de continuo. He de reunir fuerzas, pues acabamos de doblar la segunda columna.

Comienza la quinta y última vuelta.

Los seis de cabeza, el calvo y yo incrementamos la velocidad, apretando los dientes y haciendo saltar la arena por los aires, gruñendo y jadeando.

Gano uno o dos tornes respecto al grupo de escapados y sigo acercándome. El más rezagado se vuelve y cuando me ve abre mucho los ojos, pero es demasiado tarde, pues ya estoy a su lado y logro darle con el canto de la mano en el costado del cuello. Sin la estabilidad de los dos pies en el suelo no es posible asestar buenos golpes, pero queda aturdido y pierde la ventaja.

Aumento la velocidad. No puedo perder a los de cabeza.

La columna se me acerca y la doblo junto a ellos, mientras se empujan y dan puñetazos sin demasiado vigor a causa de no poder afirmar los pies. Uno de ellos trastabilla, me abalanzo por su espalda y le agarro de las greñas; antes de que pueda volverse le empujo, lo

estrello contra el granito y me aparto mientras va al suelo, no cayendo encima de él casi de milagro. Noto unas manos en un hombro y lanzo el codo derecho hacia atrás, encontrando solo aire. El corredor calvo pasa por mi derecha, empujándome sin fuerza, y me adelanta. ¡Hijo de puta!

Hay seis delante de mí cuando iniciamos la recta final. Adelanto el pie en cada zancada, reúno energías y respiro con dificultad, entre jadeos, notando el corazón martilleando implacable en mi cuello y mis sienes. Veo dos por delante de mí, enzarzados a manotazos, sin dejar de correr. Los otros cuatro se encuentran a solo uno o dos tornes de ventaja sobre ellos. Ya nos encontramos todos muy cerca unos de otros: un grupo cerrado de piernas que van adelante y atrás, como pistones de un motor enloquecido. Noto la cabeza a punto de explotar mientras obligo a mis pies a moverse más rápido. Empujo con todas mis fuerzas a un contrario, haciéndole tropezar y rodar.

Soy el quinto.

Me acerco a los primeros, entre nubes rojizas de dolor y esfuerzo, ira y sacrificio. El público ruge y se levanta y se agita. Los rayos de Croaga se nos clavan como cuchillas al rojo vivo. Tres sobrepasan la meta, entre ellos el pelirrojo y el calvo. El cuarto y yo corremos como si nos persiguieran todos los demonios de los abismos. He de ganar, he de rebasarle si quiero superar esta prueba. Él o yo. Sarlia me espera tras esa columna. Sarlia… ¡Sarlia!

Con un último esfuerzo consigo adelantarle y cruzo la línea de meta, una franja de tela blanca en el suelo, colocada por los jueces. Sigo trotando, disminuyendo la velocidad poco a poco, temiendo que de un momento a otro se me salgan las tripas por la boca. Meto aire en los pulmones, entre toses. Me derrumbo de rodillas.

—¡Tú, Sarlio! —Es un juez, acompañado por dos soldados—. Levántate y ve a la Puerta de la Supervivencia. ¡Vamos! ¡Rápido!

Me incorporo y echo a andar. Veo a los otros tres ganadores de la prueba. Ya avanzan hacia la salvación, con un aspecto tan cansado y miserable como el mío. Sin embargo, experimento un ramalazo de alegría salvaje: sigo vivo.

Giro cuando oigo los primeros gritos. Los soldados, con la armadura y el escudo y empuñando lanzas, se abalanzan sobre los diecinueve perdedores, aún desperdigados sobre la pista. Algunos yacen sin fuerzas en el suelo y se dejan matar, tan agotados que dan la bienvenida al descanso de la muerte, pero otros intentan protegerse e incluso devolver el ataque, sin ningún éxito porque no tienen casi energías para combatir. Por el contrario, sus enemigos les superan en número, están frescos y pertrechados para la guerra. El público vitorea a los guerreros mientras ejecutan de manera fría y sistemática a los perdedores.

Me vuelvo y sigo trotando hacia la Puerta de los Supervivientes.

—¡Luchad! —ordena el juez, dando comienzo a la pelea.

Mi contrincante y yo hemos vuelto a ocupar uno de esos círculos de arena en los que ya combatimos esta misma mañana. Pero ahora la pelea no es a manos libres, sino con los aceros.

No llevamos más que el taparrabos de tela blanca, desgarrado y manchado tras las pruebas de la lucha y la carrera. Está prohibida cualquier tipo de protección, excepto la propia espada que empuñamos, la espada corta durbana, brillante bajo Croaga.

Hemos tenido dos clepsidras para recuperarnos de la prueba de la carrera. Los músculos aún están rígidos y cansados, pero volvemos a jugarnos la vida, así que la mente sofoca como puede los dolores y obliga al cuerpo a actuar con decisión y habilidad.

Cuando se trata de manejar las espadas, el juez no prohíbe a los contendientes separarse y descansar entre los embates. Así pues, nos rodeamos uno al otro, estudiándonos, mientras el público chilla y gesticula, deseoso de que nos enfrentemos de una vez por todas.

Mi enemigo, el pelirrojo, es casi tan alto como yo. Por el modo en que toma el arma comprendo que no ha sido adiestrado en las Casas de la Guerra, sino más bien en la dura escuela de los callejones oscuros y los tugurios infestados de malhechores. Parece ducho en el manejo del puñal y otros aceros pequeños, pero no debo confiarme, pues hay cuchillos casi tan grandes como la propia espada corta durbana.

Da varios pasos hacia mí, amagando. Detengo los golpes sin dificultad y los metales truenan y rechinan. Se aleja rápido, pues solo era un tanteo. Continúo soltando los músculos de los brazos, sin perderle de vista. Giramos uno en torno al otro, despacio, a pesar de la ira del público, que nos pide acción y sangre.

Vuelve a atacar y detengo su golpe con un revés. Las espadas giran veloces y chocan una vez y otra. Brillan y vuelan entre nosotros dos, como jirones plateados. Es rápido, así que actúo por instinto, sin pensar. Avanzo a pasos cortos, ofreciéndole solo un costado, golpeando arriba y abajo, sin atreverme a entrar a fondo. Detiene y se escapa. Algo en su movimiento me advierte de que todo es un engaño y no le persigo.

Otra vez separados, me sonríe de mala manera. Pienso durante estos pocos latidos de descanso… Sus golpes no son contundentes, busca más bien cortar de refilón y pinchar, antes que abrir al adversario desde el cuello al estómago. No vendrá a buscarme, su juego es la contra. Debo ser yo quien tome la iniciativa.

Cierro con una lluvia de trallazos, que él para o esquiva. La pelea

pide un nivel más profundo, así que avanzo con mayor ímpetu y las armas se convierten en avispas fugaces que el ojo trata de seguir y a cuyos vuelos el cuerpo ha de responder entre latido y latido. Gruño y jadeo, buscándole con saña, golpeando rápido y duro. Esta vez hay sinceridad en su retroceso. Me elude dando pasos laterales que sacan su cuerpo de mi línea de ataque, y yo también he de girar para encontrarle. Se agacha y corta mi ímpetu, cogiéndome por sorpresa; de milagro paro con mi hoja un acero que iba dirigido a la ingle. Giro dando un paso hacia atrás, pero está ya sobre mí. Los aceros chocan y rechinan y nos agarramos por las muñecas, con las armas por encima de nuestros cráneos. Nuestros pechos llegan a tocarse; forcejeamos; levanto una pierna y detengo un rodillazo hacia mis genitales. El público ruge encantado mientras nos empujamos y trastabillamos, como argos trabados por los cuernos. Con un giro de cadera le volteo sobre un muslo, doblando sus brazos con un codo. Cae en la arena y, ya liberadas mis manos, clavo la espada.

Pero él ha rodado sobre su espalda y mi hoja se hunde en el suelo. La saco a tiempo para parar una cuchillada, al mismo tiempo que se pone en pie. Me aparto y le dejo pasar, pero me busca entre gruñidos y jadeos. Abre el puño y hay arena en mi cara. Siego el aire de manera veloz, con los ojos cerrados, mientras retrocedo y me limpio con la mano. Al abrirlos le veo avanzar. Me agacho poniendo una rodilla en tierra, mientras golpeo con la punta hacia arriba y adelante.

Su espada pasó un palmo sobre mi cráneo. La mía está clavada en su pecho y su propio movimiento hacia delante ha permitido que le ensarte hasta la empuñadura. La hoja sale roja, junto a un omóplato.

Me aparto porque ya cae encima de mí, aún golpeando, aunque sin precisión.

Se arrastra de modo patético sobre la arena, como un pez fuera del agua. Jadea rápido, buscando el precioso aire para su pulmón herido y encharcado. El pelo color fuego se le ha llenado de tierra y le cae sobre la frente, dándole un aspecto primitivo, animal. Echa sangre por la nariz y la boca. Veo sus dedos acariciar dos veces la tierra, casi con dulzura. Después, quedan inmóviles.

El juez levanta mi brazo: soy el ganador. Entre el público, unos me abuchean y otros me aclaman. Pero tal vez sea todo una ilusión, quizás estoy interpretando a mi modo las intraducibles convulsiones de la masa trémula y colorida.

—Ve a la Puerta de los Supervivientes y descansa —ordena el juez.

Asiento y obedezco, sin alegría alguna por esta nueva victoria.

Tras mi combate, sucede el de los otros dos clasificados en la carrera. Uno de ellos es aquel hombre calvo y bajo, el competidor astuto y decidido que logró engañarme y casi me echó de la pista. Su adversario es delgado y alto, de aspecto huesudo, con unos puños tan gruesos como mazacotes de piedra.

Los veo combatir desde mi celda de los vomitorios, la Cámara de los Supervivientes. El único luchador de la sala soy yo, pero hay varios soldados aquí dentro, vigilándome. En un rincón está sentado Uraqui, que me mira lúgubre y pensativo. No le presto atención.

En la arena las espadas chocan, provocando los gritos del público. El alto no es rival para su enemigo, pues agarra la espada como si fuera un palo y parece que estuviera golpeando una estera llena de polvo. Por el contrario, el hombre pequeño y calvo maneja el acero con soltura y decisión. Su estilo es directo, sin florituras. Estoy casi seguro de que ha sido guerrero y por tanto ha recibido una correcta instrucción en el manejo de la espada.

No transcurre mucho tiempo antes de que uno de los dos caiga a tierra, con una mancha oscura en el pecho.

La Puerta de la Supervivencia se abre y entra el hombre calvo, ya sin la espada. Todavía respira con cierta agitación.

Los dos nos miramos durante unos instantes. No hay hostilidad ni odio en nuestros ojos, sino un frío y largo escrutinio. Cada uno sabe que para salir con vida de este estadio tendrá que pasar por encima del cadáver del otro. Resulta conveniente conocer al enemigo, fijarse en sus movimientos, sus gestos, en todas esas pequeñas impresiones que forman una opinión general. Hay que imaginar cómo piensa y buscar el agujero en la muralla que es su voluntad.

Se sienta casi frente a mí. Nos volvemos hacia Uraqui, pues el guardián de los esclavos está levantándose con lentitud, casi a desgana.

—Habréis de esperar aquí hasta que se os llame. La última pelea de los Juegos requiere ciertos preparativos que necesitan de algún tiempo.

Se acerca a los ventanucos con parsimonia y va cegándolos con planchas de madera, uno tras otro, para que no podamos ver lo que pasa en el exterior.

—¿Cuáles son esos preparativos? —pregunto—. Pensaba que se trataba de otra lucha de espadas.

Se vuelve poco a poco y clava su mirada en mí. Tiene el rostro pesado y los ojos medio abiertos.

—En efecto, lucharéis con las espadas.

—Entonces, ¿por qué esperar? ¿Qué ocurre?

—Un esclavo no tiene derecho a preguntar ni a discutir una orden.

Respiro con fuerza y me trago la ira.

—Aguardad hasta que se os llame. —Uraqui echa a caminar hacia la salida. Mira a los guardianes y hace un ademán con la cabeza, hacia nosotros—. Vigiladles.

—Sí, señor —responden los tres soldados.

Cuando sale de la estancia, cae el silencio.

Mi enemigo y yo permanecemos sentados y tranquilos, sin hablar. Desde fuera, amortiguado por la pared de roca y las planchas de los ventanucos, nos llega un murmullo débil y confuso. Resulta imposible averiguar qué está ocurriendo. Me vuelvo hacia mi adversario.

—¿Eres de los guerreros? —pregunto.

Sus ojos oscuros y brillantes, recelosos e inteligentes, se clavan en mí.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te vi manejar la espada.

Asiente, despacio.

—Fui guerrero de Uriana.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque robé.

—Comprendo.

Su mirada cobra intensidad y sus rasgos se endurecen. Sin duda espera mi crítica, mi reproche, y todo su organismo se tensa para recibir el ataque verbal y responder con fuerza, como tantas otras veces habrá ocurrido en el pasado. Pero sigo callado. Como la mayoría de los criminales, podía haberme contado mil y una historias, pero no le ha echado la culpa de su situación a nadie más que a sí mismo. Eso requiere cierto tipo de honradez, incluso para un ladrón.

Guardamos silencio, sumidos en nuestras propias reflexiones. Me tranquilizo pensando que esta espera tiene por objetivo crispar nuestros nervios. Si así es, no quiero darles ese gusto a nuestros captores. Lo que haya de ser, será.

Uraqui entra en la estancia.

—El momento ha llegado. Salid.

Los dos contendientes nos miramos una última vez y después seguimos al jefe de los esclavos. Detrás de nosotros marchan los tres guerreros, con las lanzas apuntadas hacia nuestras espaldas. Aunque pudiéramos desembarazarnos de ellos y de Uraqui, sería difícil escapar con vida de Uriana: la última prueba de estos Juegos de Esclavos consistiría en la caza de dos fugitivos y en ella participarían los respetables ciudadanos de esta urbe, y todo terminaría con nuestros cuerpos empalados o ahorcados, expuestos en algún lugar público,

como aviso para cualquier otro posible esclavo díscolo.

Se abren las batientes y salimos de nuevo al exterior. La multitud se levanta para vernos con mayor claridad y los murmullos cobran fuerza.

—Seguidme —dice Uraqui.

Intrigados, así lo hacemos, hasta llegar a las cercanías de la piscina circular.

La han llenado de agua y en el centro flota una almadía, una plancha redonda, concéntrica al borde de la piscina. En el centro de la balsa hay dos espadas clavadas en el suelo de madera. Un pequeño paso de pontones, sujeto con cadenas a las argollas del borde de la piscina y de la almadía, une el suelo que pisamos con la balsa.

—¿Qué significa esto? —le pregunto a Uraqui.

—Pelearéis en el centro de esa plataforma.

—¿Por qué? —pregunta mi contrincante, también alarmado.

El rostro de Uraqui se endurece. El hombre calvo y yo vemos que están llegando varios grupos de soldados, armados con lanza y escudo. Nuestra inquietud crece.

—Escuchadme bien, esclavos estúpidos —dice Uraqui, con voz lenta y amenazadora—: vais a pasar a la balsa circular por este puente y una vez allí estaréis quietos mientras os informo de las normas del combate. Si no obedecéis estos guerreros os ensartarán. No lo repetiré.

Miro alrededor, alarmado; no era esto lo que esperaba ver. Pero los guerreros levantan sus lanzas y sé que Uraqui dará la orden si lo considera preciso. El público vocea indignado, pidiendo que luchemos o que nos maten de una vez por todas.

—Mejor hagamos lo que nos ordenan —dice mi rival.

—Está bien.

Empezamos a andar sobre las tablas del puente. Calculo que debe haber unos cinco tornes desde el borde de baldosas a la almadía. A su vez, la balsa tiene un diámetro aproximado de otros cinco tornes. El agua está sucia, como si la hubieran traído desde las orillas del puerto; aun así, descubro una cadena que baja desde el centro de la balsa hasta el fondo de la piscina. De este modo, la enorme plancha circular permanece anclada e inmóvil.

—¿Qué es eso del agua? —grita mi rival, señalando la superficie.

Siento un escalofrío y un golpe de pánico cuando veo en las profundidades algo alargado, grueso y sinuoso que pasa con rapidez. Un poco más lejos, bajo la sombra de la almadía, descubro otra forma que culebrea en torno a la cadena.

—¿Qué ocurre aquí? —grito.

—Tened cuidado y no caigáis al agua —advierte Uraqui.

Mis ojos se abren como platos al descubrir otra sombra en las profundidades, que se pierde bajo la capa de suciedad flotante.

—¡Seguid andando hasta la almadía! —aúlla Uraqui, furioso.

Dos soldados se adelantan, dispuestos a arrojarnos sus lanzas, y obedecemos, ahora con mucha prisa, pues las tablas del puente crujen bajo nosotros y nos aterra la posibilidad de que caigamos al agua… O de que las sombras de las profundidades suban hasta nosotros.

Saltamos a la balsa y nos alejamos lo más posible de su borde. Tomamos las espadas, pero no para empezar a pelear, sino para defendernos de un hipotético ataque de las criaturas acuáticas.

—Ahora, soltad las cadenas del puente —ordena Uraqui.

—¡No! —grito—. Si las soltamos os llevaréis el puente y quedaremos aislados dentro de la balsa. Nuestra única forma de salir de ella sería nadar hasta el borde de la piscina, enfrentándonos a… a esos animales.

—Has acertado, esclavo.

»Pero fíjate en estos guerreros. ¿Crees que no son capaces de arrojar su lanza y darte en un brazo o una pierna? Te aseguro que son certeros. Han sido bien adiestrados. Seguirías vivo, pero sufrirías una lenta agonía; eso, si tu rival no lo aprovecha para matarte con rapidez.

En los ojos y los brazos de los soldados hay decisión mientras levantan sus armas. Un lanzazo puede desgarrar por ejemplo un hombro, arrancándolo de cuajo, o atravesar un muslo. Yo mismo lo vi durante mis dos batallas contra los alais. Aunque no toquen puntos vitales, los destrozos de la hoja de acero producen casi siempre una muerte más o menos rápida, pero casi por completo segura. El público continúa gritando enfurecido y pide nuestra muerte inmediata o bien que comencemos la lucha. Nadie va a reprochar a esos guerreros el que nos ensarten de una vez por todas.

—No hay opción, sarlio —dice mi contrincante, mirando a Uraqui y a sus sicarios—. Ambos lo sabemos.

Aprieto los labios y asiento.

—Iremos los dos juntos hasta las argollas. Espero que no intentes empujarme al agua y a esos monstruos.

—Yo también espero que no intentes jugármela.

Nos acercamos al borde y alcanzo a ver, abajo y lejos, algo que dibuja curvas y elipses antes de desaparecer en las profundidades sombrías. Parece una serpiente y es tan gruesa como mi propio cuello. No he podido determinar su longitud, pero no debe ser menos de un torne.

Sacamos los últimos eslabones de las estacas en que estaban ensartados, los guerreros halan y vemos irse la pasarela, más y más lejos. Bajo ella culebrean al menos dos cuerpos curvilíneos. Me estremezco.

Sacan el puente de tablas del agua y se lo llevan lejos del borde. El

público comienza a calmarse, pues las cosas parecen salir según el programa oficial…, sea cual sea. Mi rival y yo estamos aislados en una balsa de cinco tornes de diámetro, y rodeados por otros cinco tornes de un agua sucia en la que se agitan criaturas misteriosas. Volvemos hacia el interior de la almadía, haciendo crujir sus tablas bajo nuestros pies desnudos.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Uraqui.

Hace una seña a un guerrero que lleva un saco.

—Observad con atención —contesta Uraqui.

Una mirada y un gesto de la cabeza, y el guerrero se acerca al borde de la piscina y arroja el contenido del saco al agua, retrocediendo enseguida con un salto. Trozos de carnaza sanguinolenta rompen la superficie y al instante varias formas culebrean bajo la costra oscura y el líquido salta y chapotea. Adivino cuerpos oscuros, alargados y brillantes que parecen luchar entre sí por el alimento. Se lo llevan al fondo, donde los animales aún forcejean, lanzando burbujas a la superficie. De los tasajos arrojados al agua ya no queda nada.

Las criaturas suben de nuevo y se asoman a la superficie, dando vueltas cerca del borde, buscando más comida, y puedo verlas con cierta claridad. Son tres serpientes, o bien gusanos, de color negro y aspecto escamoso, con una cabeza esférica en la que se abren tres orificios oscuros y brillantes: los ojos. Cada bestia ha de medir al menos un torne y medio y su grosor es mayor a un palmo.

Vuelven a las profundidades al comprobar que ya no hay más carne.

Parpadeo. Oigo en mis oídos el murmullo creciente del público; estaba tan fascinado y horrorizado por las criaturas que mi cerebro se desconectó del resto de la realidad. Me limpio el sudor de la frente y miró hacia Uraqui, quien nos contempla a su vez, impasible. Alrededor de la piscina siguen quietos los guerreros, empuñando con fuerza sus lanzas y echando miradas desconfiadas al estanque.

—Se llaman esfiras y viven en ciertos trechos del Amitas —explica Uraqui—. Algunos pescadores han conseguido apoderarse de unas cuantas con vida y las han traído a Uriana. En los sótanos del Palacio del Poder hay cisternas donde se las alimenta, para que puedan procrear. Su carne es tolerable, pero su auténtico valor radica en su uso para los Juegos… Aunque también se les arrojan los enemigos del sigra, vivos. Se enroscan alrededor de su presa, apretando hasta romperle las costillas, y se la llevan al fondo, donde la víctima se ahoga. Eso, si antes los colmillos no han desgarrado ya la garganta de la presa. No se sabe de nadie que haya podido vencer a una esfira bajo el agua, ni siquiera armado con una espada o un cuchillo.

Atónito, miro hacia la superficie líquida.

Uraqui sigue hablando:

—Estas de aquí han sido privadas de alimento durante dos alagas y por tanto están enloquecidas por el hambre; si uno de vosotros cae al agua lo atraparán de inmediato y no quedarán ni los huesos.

El hombre calvo señala con la espada el puente extraído del agua, tan lejos de nosotros.

—Supongo que debemos pelear y al ganador se le tenderá de nuevo la pasarela, para que pueda llegar sano y salvo hasta vosotros.

Uraqui niega con la cabeza, despacio. Otra vez siento un asqueroso escalofrío en mi columna vertebral.

—No, esclavo —responde Uraqui—. Deberéis luchar, sí, pero el que gane tendrá que nadar hasta la orilla, desafiando a las esfiras.

—¡Pero esas cosas devorarán al vencedor! —grito, enfurecido y asustado—. ¡No hay posibilidad de sobrevivir! ¡Tú mismo has dicho que nadie ha conseguido vencerlas!

Uraqui se encoge de hombros.

—Quizás uno de vosotros sea la excepción. Recordad esto: el vencedor del combate tendrá que saltar al agua o los guerreros le arrojarán sus lanzas.

Mi enemigo y yo quedamos callados mientras engullimos sus explicaciones. Lúgubres y rabiosos, contemplamos el agua. Siento que sube por mi garganta una carcajada llena de amargura, pero la reprimo, convirtiéndola en una sonrisa desprovista de alegría.

—¡Ahora entiendo por qué ningún luchador salió vivo jamás de los Juegos de Esclavos!

—No fueron lo bastante buenos —contesta Uraqui, con el rostro sombrío.

—Una vez lo dije y ahora lo repito: ¡no existe el honor en Uriana!

Las mandíbulas del jefe de esclavos se aprietan y baja un poco los párpados. Me parece un reptil enorme, sereno y amenazador, inmóvil bajo los rayos de Croaga.

—Luchad o seréis ejecutados —es su respuesta. Levanta los brazos —. ¡El combate da comienzo!

El público interpreta la señal, se pone en pie y brama su regocijo. Una vez que las muchedumbres se abandonan al deseo de sangre, es difícil saciar su sed.

Miro a mi adversario y retrocedo un paso, haciendo giros de muñeca y dando tajos en el aire para familiarizarme con mi espada. Su peso parece el correcto y tiene un perfecto equilibrio. Es un buen acero.

Él también me observa. Se vuelve después hacia las aguas oscuras, sobre las que se refleja la luz de Croaga. Parece haber tomado una decisión.

—Escúchame, sarlio: si cada uno se lanza al agua en direcciones

distintas dividiremos a las esfiras y por tanto habremos de enfrentarnos a menos. Es la única posibilidad de que alguno de los dos llegue a la orilla de esta piscina y salga vivo de ella.

—No —contesto—. Lucha.

—¿Estás loco? Si peleamos no tendremos ninguna oportunidad de salir vivos de aquí. ¡Juntos, quizá escapemos!

—Tú eres el loco.

Voy por él y lanzo una primera andanada de tajos. Los para con rapidez y destreza, se aparta de mi línea de ataque y retrocede. Le sigo andando despacio y él continúa huyendo. Nuestro movimiento consiste en un círculo, pegados siempre al borde de la enorme balsa. Una sombra escurridiza pasa no muy lejos de nuestros pies.

—¡Necio! —me grita, furioso—. ¿Por qué quieres darle ese placer al público? ¡Nos hacen pelear y morir para su diversión! ¿Por qué luchar uno contra el otro si de todos modos vamos a morir? ¡Unámonos!

Vuelvo a atacar, intentando romper su defensa. Noto que se esfuerza, pero logra contenerme y contraataca. Las espadas gritan su voz de acero, rechinan al resbalar una sobre la otra y brillan bajo Croaga. Nuestras sombras caen en el líquido y una cabeza con tres ojos se asoma durante un parpadeo, para sumergirse otra vez.

Mi enemigo retrocede. Le persigo más despacio, estudiándolo. Ambos jadeamos y hemos roto a sudar.

—Pelea —le digo.

Arruga la nariz y la frente, como una bestia que mostrara sus colmillos.

—¡Sea! —exclama.

Ahora es él quien ataca con energía. Su estilo es directo, eficaz, práctico: golpes rápidos y fuertes, como un muro de músculos y metal que avanzara hacia mí. Pero yo también puedo ser pared, así que le recibo conteniendo y esquivando, girando sobre mi cadera para eludirlo cuando se acerca mucho. Los trallazos metálicos nos ensordecen y eclipsan el rugido de la multitud. Mi enemigo intenta ponerme contra el sol, pero no caigo en la añagaza y avanzo con una estocada baja a la rodilla. Cuando la para subo con un revés en el que pongo todo el peso de mi cuerpo, obligándole a salir de mi línea de ataque. Reanuda sus intentos, gruñendo con cada golpe; están cargados de fuerza y noto mi hombro derecho tembloroso y cansado por culpa de las vibraciones.

Ambos nos separamos y nos estudiamos. El sudor brilla sobre la piel y los músculos se marcan con cada respiración. Todavía me resulta difícil abrir el ojo izquierdo y siento latidos dolorosos y calientes en el bulto de carne, como si fuera a estallar de un momento a otro. Supongo que él no se sentirá mejor.

Viene por mí con un grito salvaje y detengo con dificultad el golpe.

Retrocedo mientras acomete, deteniendo sus tajos y estocadas. Intento escapar, pero la lluvia de golpes arrecia y de nuevo lo tengo encima. Mi tobillo toca aire y veo detrás de mí el agua y algo que culebrea en la superficie. De un salto lateral me alejo del borde. Vuelve a perseguirme, con pasos decididos. Detengo un golpe descendente, hago resbalar mi hoja en la suya, giro la muñeca y le corto el antebrazo, haciendo saltar la sangre, que se cuela por entre los tablones y llega al agua. Notamos vibraciones y golpeteos en la madera, cuando las esfiras se arraciman bajo la balsa para tragar el líquido vital.

A pesar de la herida, me ataca otra vez. La sangre vuela entre ambos con cada golpe. Estoco y esquiva, salto hacia atrás y su acero pasa a un palmo de mi abdomen. Da un paso y de pronto queda quieto, como sorprendido. Retrocede. Abre mucho los ojos y parpadea, como si no entendiera qué está ocurriendo. Cae de rodillas y su cara se estrella contra el suelo.

Me acerco, cauteloso. Aparto su espada con un pie y me arrodillo con cuidado. Le doy la vuelta y encuentro solo un cadáver que mira las nubes. Bajo la balsa, las esfiras muerden la madera, pues la sangre sigue cayendo del antebrazo herido y se desliza por entre los tablones. No hay otros tajos letales, pero tampoco hicieron falta: el corte que le hice en el antebrazo llegó a la muñeca y le segó las arterias. A veces, son estos lances accidentales los que deciden un combate y no las estocadas o los tajos espectaculares y enérgicos.

Me levanto. Oigo a la muchedumbre gritar cosas que no puedo entender.

He vencido.

—¡Aún tienes que llegar hasta aquí, sarlio! —exclama Uraqui—. ¡Si no te lanzas al agua mis hombres te arrojarán sus aceros!

Tiro la espada, pues ya no me sirve para nada. Me limpio las manos en los restos de mi taparrabos y agarro al muerto por una muñeca y un tobillo. Empiezo a girar sobre mí mismo, gruñendo a causa del esfuerzo.

—¿Qué haces? —oigo gritar a Uraqui—. ¿Estás loco?

Sigo girando. Trato de recordar cómo se lanzaba el disco, cuando practicaba en las Casas de la Guerra. Ahora, se trata de arrojar un cadáver. El mundo da vueltas a mi alrededor y el muerto adquiere mayor velocidad. Grito por el esfuerzo, doy tres pasos hacia el borde de la balsa, sin dejar de voltear mi proyectil humano, y lo suelto con un alarido. El cadáver vuela durante un torne y medio y cae al agua con estruendo. Me desplomo de rodillas, mareado.

Pero no puedo vacilar. Mi estrategia requiere ahora de toda mi rapidez y mi energía. Me levanto y miro el agua, mientras el mundo en torno a mí comienza a estabilizarse. Hay chapoteos rojizos, pues las

tres esfiras clavan sus dientes en el cadáver y se enrollan en él para llevárselo al fondo.

Echo a correr en dirección contraria, hasta llegar al borde de madera, y salto estirando el cuerpo y los brazos.

Durante un latido el plan cruza mi mente como un rayo: si el instinto de satisfacer su hambre es mayor que el instinto de cazar, las tres esfiras dudarán antes de abandonar su captura, ahora que están ocupadas en comérsela, aunque perciban que otra presa está en el agua. Eso ha de proporcionarme los pocos y preciosos instantes necesarios para llegar a nado hasta la orilla. Pero si he juzgado mal a estas bestias, alguna se desenrollará de su alimento en cuanto note mi presencia en el líquido y me alcanzará antes de que pueda dar dos brazadas. Les he dado un bocado en el que ocuparse mientras nado hasta el borde de la piscina; ojalá no lo suelten para perseguirme a mí.

El latido y el razonamiento pasan y me zambullo en el agua sucia, buceo y me impulso con las piernas. Saco la cabeza y empiezo a nadar entre jadeos, esperando sentir de pronto un roce viscoso, un cuerpo fuerte y tubular que atrape mis pies, suba por los muslos y la espalda, y unos colmillos que atraviesen mi cuello y me arranquen la tráquea. El terror se apodera de mí, el pánico atroz, mientras nado los últimos tornes, haciendo saltar el agua por los aires, hasta agarrar el borde e impulsarme hacia arriba con los brazos.

Ruedo, alejándome del agua. Me pongo de rodillas sobre suelo firme, me levanto y sigo retrocediendo, con los ojos clavados en la superficie. No veo a las esfiras; sin duda, continúan devorando a mi competidor, o lo que quede de él. Ya no les importaba yo, una vez que tenían la comida segura. En el pasado quizás nadie intentó esta estratagema de entretener a las tres a un tiempo mientras nadaba hasta la orilla; o tal vez sí, pero no tuvo tanta suerte como yo.

De cualquier modo, sigo vivo.

Los guerreros se me acercan mirándome con asombro, como si fuera un dios renacido de las aguas. Uraqui abre la boca. La cierra. Parpadea, sin saber qué decir.

—He vencido —digo, mientras el agua sigue chorreando de mis manos y mi barbilla.

Uraqui frunce el ceño y respira con fuerza. Aprieta los labios. Los guerreros levantan las lanzas para darme la muerte. Esperan su señal. Hay un rumor de perplejidad que se arrastra sobre el público. El silencio conmovido y asombrado se tensa más y más y se retuerce, a punto de saltar en mil pedazos.

La multitud estalla de pronto en una ovación tronadora, como el grito involuntario de dolor o de placer de un amante.

—Sí —dice Uraqui—. Por primera vez, alguien ha sobrevivido a todas las pruebas. ¡Bajad las armas!

Los guerreros obedecen.

—Ve a la Puerta de la Supervivencia y espérame allí. Te indicaré el modo de salir del estadio. Y de Uriana. —Vacila un instante, antes de continuar—: Es lo justo.

Asiento. Echo a andar hacia las batientes lejanas. No me detengo ante los soldados y ellos se apartan para dejarme paso.

Cuando me acerco al muro interior del estadio me vuelvo hacia arriba y veo cientos de rostros que me aclaman o me insultan. No puedo entender el significado de sus palabras, ni quiero. Algunos agitan las banderas en señal de aprobación. Me lanzan paños y veo volar uno, pintado con las rayas horizontales, azules y verdes. La bandera de Uriana. Sigo caminando sin que me importe pisarla y oigo rugidos de furia y escándalo.

Sigo avanzando hacia la Puerta de los Supervivientes y cruzo el umbral. Desde fuera, los soldados hacen girar las batientes y echan los cerrojos. Las tinieblas de la estancia rocosa me refrescan. Ya no hay competidores aquí dentro, esperando su próxima prueba, su próxima lucha y su próxima muerte.

Ahora, estoy solo.

Me siento en uno de los bancos para esperar a Uraqui.

La puerta interior se abre y me levanto del banco de piedra.

—Has tardado, Uraqui —digo.

Conté casi media clepsidra, desde que penetré por última vez en esta Sala de los Supervivientes. Fuera, el público ya ha abandonado las gradas y los esclavos del estadio limpian la arena y preparan el lugar para los auténticos Juegos, los protagonizados por hombres libres, que se celebrarán mañana.

La figura sombría pasa adentro y corre la tranca. Viste una coraza, brazales, grebas y un yelmo. En la mano izquierda empuña una espada corta y en la derecha una maza de cabeza esférica, salpicada de tachones de hierro.

En claro contraste, yo estoy casi desnudo, cubierto solo por el taparrabos desgarrado y ruinoso.

—Saludos, esclavo —me dice Uraqui, desde el interior de su casco. Su voz suena fría, impersonal.

Le miro durante muchos latidos, en silencio. La roca de los muros parece querer lanzarse sobre mí y aplastarme. Consigo controlar mi respiración, a pesar de la ira y la amargura.

—No tengo armas —digo.

—En la última prueba el esclavo lucha sin armas contra un guerrero libre.

Bufo, reprimiendo a duras penas una carcajada sarcástica.

—¿Prueba? ¿Deseas revestir con un manto honorable un asesinato vil, como si fuera parte de la competición?

—Los jueces de los Juegos de Esclavos decretaron esta prueba, la última. Si consigues matarme eres libre de irte. La lucha es a muerte.

Una vez me enfrenté a Uraqui con las manos libres y me venció sin demasiado esfuerzo; por tanto, sé que no tengo ni una sola y miserable oportunidad, estando yo desarmado y él pertrechado para la guerra. Aun así, pregunto:

—¿Eres bueno con la espada y la maza?

—Sí.

—Y si te venzo, ¿cuántas pruebas definitivas más me esperan?

—Ninguna más.

—Sabes tan bien como yo que eso es falso. Siempre habrá otra prueba. El esclavo tiene que morir. Ninguno puede quedar libre.

Uraqui calla. Casi puedo oír su largo suspiro. Dice:

—Te confesaré que no me gusta, pero he de obedecer. Si fuera por mí te dejaría salir, ya que en justicia has ganado la libertad. Nunca lo había conseguido nadie, pero tú lo has logrado. Fue solo decisión de los jueces de los Juegos, no mía, la de este último combate. Tienes mi respeto y mi admiración.

Parece solidificarse aún más, como si se transformara poco a poco en piedra.

—Pero también te diré otra cosa: no voy a vacilar en luchar para matarte, tal y como se me ha ordenado hacer. He de obedecer esos mandatos, aunque provengan… Aunque provengan de gente mezquina y miserable.

—Entiendo. Y tú tienes el valor de llamarme a mí esclavo.

No contesta. Corta el aire con la espada, una vez, dos veces, y hace zumbar la maza. No me equivoqué: es un experto en su manejo.

—Si no avanzas tú lo haré yo. Cuanto antes empiece, antes acabará.

—Apártate, Uraqui, y déjame salir de aquí. Pero antes dime el camino más rápido y seguro para irme de Uriana. No te lo estoy pidiendo, ni mucho menos suplicando. Te lo estoy ordenando.

—No estás en situación de ordenar nada.

—He jugado limpio y he vencido. Ahora te toca jugar limpio a ti. Hay asuntos que me requieren en Sarlia. ¡Apártate!

—Prefiero que plantees resistencia. Me resultará menos desagradable matarte.

—¡Quítate de en medio, bastardo uriano!

Empieza a avanzar, pero yo no retrocedo, y él se detiene. Me limito a clavar mis ojos en los suyos.

—Apártate, Uraqui —le ordeno otra vez.

—Lucha…, guerrero —apremia, mientras levanta la maza, dispuesto a hacerme pedazos—. ¡Lucha, maldita sea!

—Fuera de mi camino —le respondo, tan quieto como una estatua. Se acerca más y levanta el brazo. Sobre mí está la sombra de la maza. Sigo inmóvil, mirándole a los ojos encerrados en el yelmo—. En Uriana no hay honor. No os queda nada de dignidad, ni un ápice. Lo sabe toda Durba y esta es la prueba. Tú no eres mejor que tus amos, te limitas a obedecer y así acallas tu conciencia. Si la tuvieras me dejarías partir, pero no la tienes. Eres mezquino y miserable. Eres como ellos, exactamente igual que ellos.

Sus ojos se abren mucho. Tiembla de furia y de rabia. La maza cae, pero no me golpea a mí, sino al suelo. Suelta un grito estrangulado y me empuja, haciéndome retroceder. Respira con fuerza y me señala con la espada.

—Tú… tú no tienes idea… ¡No sabes nada de mí! ¡Nada! ¡No me juzgues! ¡No oses juzgarme!

—Tus actos hablan por sí mismos.

Retrocede, negando con la cabeza. Mira hacia el suelo.

—No sabes nada de mí… —Levanta la cabeza. Su mirada aún tiene dolor y dureza, pero parece más limpia, y hay menos rigidez en su cuerpo, más soltura, como si hubiera caído una máscara, un manto invisible que le protegiese y alejase del mundo real—. Crees que soy

un mal nacido y crees que no me importa nada… ¡Pero yo también tuve un pasado!

Permanezco en silencio, mientras sus hombros caen poco a poco. Mira algún punto del suelo y la voz le sale átona, como si fluyera de su boca sin prisa ni pausa, libre de cualquier control consciente:

—Hace tiempo yo también creía en todas esas cosas… El honor…. La pureza… Siempre quise estar con los guerreros. Valor, grandeza, orgullo… Y me aceptaron porque era bueno con las armas; incluso participé en varias luchas contra los sorgóteos. Ascendí y ocupé un cargo de cierta consideración. Había hombres bajo mi responsabilidad.

»Pero el telón fue cayendo poco a poco… Desde mis nuevas alturas empecé a ver las cosas con cierta perspectiva. —Me mira con rabia auténtica, sangrante, pero su ira no va dirigida contra mí—. ¿Sabes lo que se siente al intentar mantener los códigos y las normas cuando alrededor solo hay corrupción, cuando todo aquello en lo que crees es retorcido y acaba por desmoronarse en pedazos? Yo veía a los incompetentes con amistades poderosas subir, y veía aplastados a los fieles y los valerosos, ¡aplastados y después olvidados! También contemplé muchos delitos increíbles y miserables, ocultos, permitidos por la mano de una ley domada por cada asqueroso gobernante de turno, mientras que los honestos y trabajadores eran apartados a un lado, o simplemente desaparecían.

»En una ocasión, hace muchos furás, me rebelé. Intenté luchar, quise pararle los pies a cierto individuo poderoso; me esforcé porque quería que hubiera un poco de justicia a mi alrededor. Tan solo un poco…

»Ese sujeto movió ciertos hilos y fui acusado de cargos falsos. Hubo un juicio estúpido y se me apartó de mi puesto.

Levanta la cabeza para mirarme y pronuncia las palabras con lentitud:

—Me expulsaron de las Casas de la Guerra y me convirtieron en jefe de esclavos. En un torturador.

Parece caer otra coraza invisible y su cuerpo se relaja aún más, como si hubiera expulsado muchos furás de golpe. Mira alrededor, confundido. Echa a andar hasta sentarse con pesadez en un banco de piedra. Sus manos sostienen flojas unas armas que tocan el suelo.

—No sé por qué estoy contándole esto a un esclavo…

—Porque necesitas contárselo a alguien y yo estoy aquí, o quizás porque necesitabas contártelo a ti mismo y no te atrevías a hacerlo; puede que yo solo sea una excusa.

Me mira durante unos instantes. Vuelve la cabeza muy despacio, hasta concentrar la vista en el vacío frente a él. Pasa así algún tiempo, quieto. En el silencio casi puedo oír su respiración lenta y pesada, como la de un anciano que esperase la muerte con resignación.

Comprendo de pronto que se ha olvidado de mí. Ahora está solo. A solas con sus brillos y su oscuridad.

—Aprendí la lección. Ya no volví a desafiar jamás al poder. Comprendí que había sido otro tonto más que creía en mil idealismos, un tonto al que le habían dado su merecido.

»Durante furás he reventado de manera lenta y agónica, o bien rápida, a incontables desgraciados como tú. Al principio todo esto me daba náuseas y no me soportaba en mi propia piel. Después… Uno se acostumbra a todo; la herida se seca y se cubre de cicatriz, y llega un momento en el cual deja de importarte cuanto ocurre a tu alrededor; te limitas a obedecer y a causar sufrimientos, a oír sin pena ni alegría los gritos desgarrados de tus víctimas; te es indiferente si se trata de un hombre, una mujer o incluso un niño… Si es culpable o inocente. Todo pasa, todo se olvida.

»Lo podía soportar.

Se quita el casco y lo deja caer al suelo. Su rostro está pálido, casi azul, y hay gotas de sudor en las mejillas y la frente. Su nuez sube y baja mientras los ojos se entrecierran, como si intentara asir alguna idea escurridiza.

—Pero todo está cambiando y empiezo a tener miedo. Tengo miedo porque pierdo poco a poco el control. Antes, lo que hacía me resultaba indiferente. Ahora, ya no es así.

—Ahora te repugna aún más —le digo.

Me mira. En su cara no hay expresión alguna, pero algo en sus ojos me causa un escalofrío.

—No. Ahora es cuando me empieza a gustar.

Ambos guardamos silencio. Al fin, él prosigue:

—Voy a perderme a mí mismo. Del todo.

Vuelve a mirar hacia el suelo.

—Te encuentras en un pozo —le digo—. Y cuando uno se halla en el pozo todo parece oscuro y no acierta a ver la salida. Pero siempre hay una salida. Aún puedes redimirte.

Se pasa los puños por la cabeza, de la frente a la nuca, sin soltar las armas.

—No quiero redimirme. Solo quiero poder soportar lo que hago.

—Cuando se hace algo horrendo empieza por repugnarte, pero después te acostumbras y te inmunizas. Al final, acaba por gustarte: lo adoras. Así, la mente se adapta y no salta en pedazos. Es imposible que no cambies.

—Entonces no hay escapatoria. Debo seguir.

—Existen dos opciones para ti, Uraqui: continuar en tu puesto de jefe de esclavos y entregarte en cuerpo y alma a él… O rebelarte y luchar.

Suelta una risa irónica.

—¿Rebelarme? —Se levanta y me apunta con la maza, iracundo—. ¿Es que no has entendido nada? ¡No hay rebelión posible! ¡Me degradaron cuando lo intenté! ¡Esta vez me matarían! ¿Y qué iba a cambiar? ¿Crees que las cosas marcharían mejor en esta maldita ciudad? ¡Hay depredadores que gobiernan y ellos no tienen escrúpulos! ¡Nada cambiaría! ¡Nada!

—Cambiarías tú. Si quieres que las cosas alrededor de ti cambien, primero has de cambiar tú.

Queda en silencio. Vuelvo a hablar:

—Fuiste de los guerreros e hiciste ciertos votos. ¿Acaso no estarías dispuesto a morir en el campo de batalla, luchando contra los enemigos de tu patria?

—Esa pregunta es ofensiva. Claro que moriría; es mi deber.

—Ahora estás de nuevo en el campo de batalla, otro campo de batalla, distinto al que siempre habías imaginado. Y si tienes que morir por defender tu ciudad, por limpiar su nombre en la medida de tus capacidades, aunque destruyan tu reputación y la retuerzan y la pasen por el barro, aunque nadie más que tú lo sepa, aunque todos tus esfuerzos y sacrificios caigan en el negro olvido… Tu deber es hacerlo.

De nuevo el silencio.

—Eres bueno con las palabras, sarlio. Te gustan los discursos altisonantes.

—Debajo de las grandes palabras hay siempre alguna verdad. Puedes darte la vuelta o puedes enfrentarte a ella. Pero si no logras soportarte en tu propia piel, no le eches la culpa a nadie más que a ti mismo.

Levanto la barbilla y le digo:

—Has de elegir.

Aprieta los labios y respira fuerte. Señala la pequeña puerta.

—Todo esto lo dices para que te deje salir, ¿verdad? No te falta astucia.

—En efecto, es para que me dejes salir, ¡porque lo merezco! He sufrido y he luchado y he pagado vuestro precio y ahora tenéis que darme mi justa recompensa. Lo repetiré: hay asuntos que me requieren en Sarlia y voy a cruzar esa puerta. Nada ni nadie va a detenerme. Ni siquiera tú.

—Tengo armas.

—Si deseas volver a ser un hombre y no solo una alimaña domada por unos señores a los que odias, debes dejar que me vaya. Y luego tendrás que empezar a subir la escalera que te aleje de la degradación, peldaño a peldaño, aunque te cueste la vida. Si no das este primer paso no lo darás jamás. Yo también tengo armas. Y mi mejor arma es tu conciencia.

—Estás loco, sarlio.

—Apártate de mi camino, Uraqui.

Me mira, asombrado.

—Hablas en serio. ¿De veras crees que vas a irte de aquí?

—Sí.

No sé qué está cruzando en estos momentos por su cabeza. Al fin, dice:

—Me recuerdas a mi hermano pequeño.

No digo nada.

—Era un muchacho con muchos pájaros en la cabeza: honor, dignidad, y tantas otras cosas. También fue de los guerreros y también vio la podredumbre de Uriana. Parecía igual de tozudo que tú.

—¿Y qué le ocurrió? ¿Le degradaron, como a ti?

—No. Boro se fue de esta ciudad y se convirtió en un proscrito. Durante mucho tiempo le odié, pero al fin y al cabo creo que obró de manera más inteligente que yo.

—¿Boro? ¿Has dicho Boro?

Ahora comprendo por qué la primera vez que vi a Uraqui hubo algo en él que me resultó familiar.

—¿Le conoces?

—Sí. Fue el que me capturó. Lleva una balsa que navega el Amitas. Apresa hombres y fieras y los vende en las diferentes ciudades. Me doy cuenta de que os parecéis mucho. —Sonrío sin alegría—. El mundo es pequeño.

—¿Se encuentra bien? ¿Cómo…?

Uraqui recuerda que su hermano es un proscrito, y en Durba la proscripción es lo más bajo, así que calla.

—Él huyó —se limita a decir.

—Él sigue su propia ley. Es un sigra entre sus hombres.

Uraqui me mira con los ojos brillantes e inspira fuerte.

—Sí, ahora lo comprendo. Fue más inteligente.

—No, Uraqui, no lo fue. Ambos habéis huido, él fuera de su ciudad y tú hacia una prisión interior. Os habéis escondido de lo que os rodea en lugar de luchar contra ello.

Mira hacia el suelo. Poco a poco, levanta la vista; hay cierta ansiedad en su expresión.

—Boro… ¿Dijiste que era un sigra entre los suyos? ¿Le respetan?

—Sí.

Asiente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Vuelve a sentarse en el banco de piedra, con pesadez.

—Me he preguntado tantas veces por él, en todos estos furás…

Aprieta los labios, obligándose a guardar silencio. Levanta la cabeza, pero no me mira a mí, sino al vacío. Sus ojos parecen más limpios y hay menos tensión en su rostro. La relajación se extiende sobre su cara, borrando las arrugas de su frente y soltando los

músculos y tendones del cuello.

—Márchate, esclavo. Te lo has ganado.

El silencio se espesa entre ambos. Sigue sin volverse hacia mí y su expresión, bajo la luz de las antorchas, parece reflexiva y lejana.

—Solo tienes que correr la tranca y salir a un pasillo ancho. Coge la primera puerta a tu derecha. En esa sala hay una rejilla en el suelo; conduce a los conductos de desagüe.

»Esta ciudad se construyó sobre otra más antigua, así que hay calles bajo ella; allí viven los parias y los indigentes. Debes arreglártelas por ti mismo para llegar a una de las grandes puertas de la muralla que guardan la urbe y salir por fin de Uriana. Te resultará casi imposible por tu aspecto, ya que pareces un esclavo fugado y cualquier ciudadano respetable llamará a los guerreros en cuanto ponga la vista encima de ti.

»Pero ese es tu problema. Más, no puedo hacer.

—Lo conseguiré. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Me servirá alguno de los cadáveres de los esclavos que participaron en los Juegos: los hay que tienen parecida complexión a la tuya, así que cogeré uno, le deformaré la cara a golpes para que nadie sospeche y lo presentaré a los jueces como si fueras tú. Me creerán. No esperarían otra cosa de mí.

—No me refiero solo a eso, Uraqui. ¿Qué harás contigo en el futuro?

Apoya la coronilla en la pared. Está cansado y parece muy viejo, pero sus ojos no tienen ya tanta amargura ni desesperación.

—Hoy, vuelvo a ser un tonto y un idealista. Mañana… No lo sé. Vete, antes de que me arrepienta. Largo.

Llego a la puerta y corro la viga. Me vuelvo por última vez.

—Adiós, Uraqui.

No responde. Está sumido en su propio mundo de dudas, temores, suciedades, recuerdos y —tal vez— esperanza.

Salgo a un pasillo desierto y llego hasta la primera puerta en el muro de la derecha.

La rata se alza de manos y olisquea en mi dirección, inquisitiva. Es casi tan voluminosa como mi propia cabeza. Un ser húmedo y rápido. Sus ojos brillan en la penumbra del pasadizo. Arruga el hocico, me enseña los largos y curvos dientes frontales y emite un chirrido silbante. Sospecho que me va a atacar. Las ratas son animales valientes.

Avanzo y doy un pisotón en el suelo. El roedor grita una vez más y después se aleja a la carrera, perdiéndose en las sombras.

Entre los cascotes, las paredes destrozadas y los charcos de agua y barro percibo otros cuerpos sinuosos, peludos y brillantes, que se revuelven y se alejan, trepando sobre los muros agrietados y las vigas desnudas. Son animales pequeños, pero no se me pasa que la unión hace la fuerza. Algún lejano alaga, tal vez, las ratas y las cucarachas heredarán el mundo.

Pero hasta entonces han de huir de nosotros los hombres, que a nuestro modo también somos alimañas tenaces.

Por si acaso, empuño en mi diestra un palo de madera que encontré unas tres galerías atrás, y en la zurda llevo un mazacote de piedra que puedo arrojar contra cualquier enemigo.

Hay poca iluminación en este submundo; mis ojos se han ido acostumbrando a la oscuridad y mi nariz a su hedor majestuoso.

Sigo avanzando, con la esperanza de no perderme en el laberinto de túneles desiertos.

Me detengo al escuchar toses y gemidos ininteligibles.

Avanzo con sigilo, acercándome a un resplandor amarillento. Una hoguera. Junto a ella hay un hombre sentado, un ser asqueroso, medio cubierto con una manta. Lo que asoma de su piel está cubierto por una costra de suciedad. Una de sus zarpas agarra un saco de estameña, mete la otra mano en él, saca granos de algún tipo de cereal, se los introduce a puñados en la boca y los mastica con fuerza. Puede que lo haya robado de algún granero y ahora disfruta su oasis de felicidad, devorando su tesoro a dos carrillos. Las ratas se le acercan golosas, pero las hace huir con aspavientos de las manos y con gritos que el eco magnifica.

Me acerco poco a poco a él. El fuego alza su sombra sobre el muro y la agranda, transformándolo en un dios deforme y tembloroso.

Salgo de mi escondite blandiendo el palo y levanto la piedra, haciendo ademán de lanzársela. Se pone en pie de un salto y profiere un alarido de terror. Hay locura en esos ojos y comprendo que su mente se ha fracturado, en el seno de este mundo subterráneo.

—¡Dame la comida y el sayo! —ordeno—. ¡Dámelo o lanzo la piedra!

Suelta otro grito inconexo, seguido de algunos mugidos entrecortados. Echa a correr, pero soy más rápido, así que dejo caer la piedra y le agarro por la nuca. Mis dedos resbalan sobre su carne grasienta y él se agita de manera espasmódica. Me quedo con la manta que le cubría. Se me ha escurrido y ya se aleja chillando incoherencias, tragado por la oscuridad. Imposible atraparle.

Perdió el saco con los granos de cereal y las ratas se lanzan ávidas sobre el tesoro, pero doy pisotones y provoco su huida; algunas han tenido suerte, pues se alejan con un grano en cada carrillo. Me cubro el cuerpo medio desnudo con la enorme manta y sigo andando mientras mastico el cereal, sin prestar atención a los chillidos de protesta de los roedores.

Estoy en otra gran caverna, una especie de plaza subterránea con una fuente derruida en su centro. Desde mi escondite, tras un muro agujereado como un colador, observo a la comunidad.

Son al menos cincuenta y están sentados en el suelo, al calor de las hogueras. Hombres, mujeres, niños, ancianos… La enfermedad ha picado sus rostros y sus manos y los ha marcado con pústulas, así que agradezco que se cubran casi todo el cuerpo con grandes mantos oscuros. En la frente llevan pintado el círculo con un punto en el centro. Es el símbolo de las ratas humanas, los apestados, los leprosos de Uriana, como aquellos que contemplé cuando me llevaban preso hacia el estadio.

Un silencio pesado flota sobre ellos, tan solo roto en ocasiones por algún gemido doliente y el murmullo de una conversación. Supuran una tristeza y una desesperación que impregnan mi ser y lo vuelven pesado. Siento un escalofrío, pues me parece contemplar un pueblo de espectros, de sombras entre hogueras, de moribundos que no acaban de perecer y que esperan, callados, el final.

Me vuelvo reprimiendo un grito: ante mí hay uno de estos seres: ¡me han descubierto! Parece un hombre, pero no podría determinar su edad; joven o anciano, me mira con un rostro sobre el que se extienden las manchas oscuras de la enfermedad. Siento deslizarme a través de esos ojos que nadan en una demencia profunda, hipnótica.

Jadeo. Han llegado más. Sombras que salen de sombras aún más espesas y se detienen ante mí. Rostros macilentos y descascarillados cuyas bocas se abren y cierran, como pozos de oscuridad sin fondo. Uno de ellos, al cual le faltan la nariz y los labios, empieza a andar hacia mí. Aprieto la espalda contra la pared y noto el pánico corretear sobre las vértebras. El ser emite un mugido apagado, como si soltara poco a poco el aire de sus pulmones podridos. Los espectros de carne infectada siguen acercándose. Me rodean. La calavera animada levanta

su mano abierta hacia mí. Veo el pellejo colgar desde los huesos de los dedos.

El horror sigue helando mi mente. No importa que sea un guerrero y que haya vencido a otros hombres armados y peligrosos; la caverna, la oscuridad, los moribundos descarnados, la locura enfermiza que desprenden… Todo ello está apoderándose de mí.

Sigue acercando su mano y comprendo que en realidad está pidiéndome algo. Suplicando. Le doy el saco con lo que queda de los cereales. Con lentitud se lo acerca a la cara y hunde su rostro en él. Procede a masticar de manera pausada y tenaz. Los otros se le acercan, mugiendo palabras incoherentes. Se han olvidado de mí.

Echo a correr, apartando a dos o tres a empujones. Sigo huyendo, vencido por el terror y la vergüenza, y me alejo de la comunidad de espectros.

—¡Es un apestado! —grita un comerciante, señalándome con el dedo.

—¡Alejaos de él! —chilla una anciana, casi lanzando al aire la bandeja con panes que llevaba sobre la cabeza—. ¡Puede contagiaros su maldición!

Un niño me lanza una piedra y luego se esconde tras una esquina. No tenía la suficiente fuerza como para que el impacto me doliese.

Las gentes de esta calle pequeña, alejada del centro de la ciudad, se apartan a mi paso con rapidez, lanzándome improperios.

—¡Guardias! —grita alguien, desde una ventana—. ¡Llamad a los guerreros!

Continúo andando rápido, cubierto casi por completo con el manto, fingiendo cojera, agachándome para disminuir mi corpulencia y así parecer un monstruo deforme.

—¡Tened piedad de mí! —aúllo, con voz quejumbrosa—. ¡Ayuda!

Oigo tintineos de armas y voces de alivio.

La pareja de guerreros debía estar haciendo la ronda por este barrio. Los pocos transeúntes que no han echado a correr vuelven a señalarme.

—¡Es un maldito apestado! —exclama una muchacha, agarrando con fuerza el brazo de uno de los dos guerreros—. ¡Matadlo! ¡Está ensuciando nuestro distrito!

Los soldados me apuntan con sus lanzas temblorosas. No sería difícil acercarme de costado a uno de ellos y agarrar el arma por el astil; mediante un giro rápido de brazos y muñecas se la arrebataría de las manos y es posible que clavara la contera en su cuello. Después me haría cargo de su camarada. La sorpresa jugaría a mi favor, así que dudo que pudieran salir con vida del lance.

Pero eso no me ayudaría a salir vivo de Uriana.

—¿Es… estáis seguros de que es una rata humana? —pregunta el más joven de los dos soldados.

—¡Claro! —responde un muchacho imberbe—. ¡Tiene la marca de la infección en su frente! ¿Acaso no la ves?

Está en lo cierto. No hace más de media clepsidra encontré por fin un túnel que llevaba al exterior, pues desembocaba en una casa derruida de este mismo barrio. Antes, había cogido un tizón negruzco de una hoguera apagada, en los subterráneos, y con él pinté en mi frente la marca de la peste. Salí fingiendo cojera, avanzando a trompicones, agachado, cubierto por la manta de la cabeza a los pies. Mi rostro hinchado, violáceo por los golpes recibidos esta mañana, durante los Juegos, ayudaba a aumentar la imagen enfermiza que me esforzaba por transmitir. Además, me había manchado las manos y los pies con barro seco y polvo rojo de teja y parecían cubiertos de llagas. Croaga empieza a hundirse en el horizonte y la luz moribunda ayuda también a falsear mis rasgos.

—¡Matadlo, soldados! —apremia un hombre tripudo, desde el umbral de su casa—. ¡Libradnos de esta alimaña!

Los guerreros vacilan, con asco supersticioso.

—¡No manchéis vuestras armas con mi sangre pútrida, nobles señores! —les imploro, enronqueciendo la voz.

—¡Cállate! —grita el más veterano de la pareja.

—Solo quiero irme de la ciudad, amos. Mostradme el camino y no os molestaré. Deseo librar a Uriana de mi corrupción.

—¡Ensártalo en la lanza! —aúlla la muchacha, escondiéndose tras la espalda del guerrero—. ¿A qué esperas?

—¡Señores! ¡No me matéis! ¡Si lo hacéis mi espíritu rondará vuestras casas e infectará este barrio y a todos sus buenos habitantes!

La anciana de los panes echa a correr, agarrándose las faldas y gritando con voz aguda. El hombre tripudo abre la boca y se queda así, inmóvil, cada vez más pálido.

—¡No se os ocurra matarlo aquí, guerreros! —grita ahora la muchacha—. ¡Lleváoslo lejos! ¡Lo más lejos posible!

El niño me lanza otra piedra.

Me acerco un paso a los guerreros, abriendo mucho el ojo derecho; sin duda, el bulto hinchado del izquierdo debe parecerles horroroso y fascinante.

—Nobles soldados… También caerá la maldición sobre vosotros si mancháis vuestras lanzas con mi sangre corrupta.

—¡Vete! —grita el más joven—. ¡Lárgate!

—No sé salir de la ciudad, señores. Indicadme el camino, os lo ruego.

—¡Eso es! —vocifera el tripudo—. ¿No lo habéis oído? ¡Echadle de la ciudad y que no vuelva! ¡Ojalá todos los apestados sigan su

ejemplo!

—¡Camina delante de nosotros, basura! —me ordena el veterano—. ¡Te llevaremos hasta la Puerta Norte, la más cercana! ¡Vamos!

—Gracias, nobles señores… Gracias.

—¡No vuelvas jamás! —me grita el centinela de la Puerta Norte.

Sus compañeros me mandan mensajes parecidos, cargados de insultos y de desprecio.

—¡Os suplico el perdón, amos! ¡Gloria para Uriana!

Oigo risas y comentarios sarcásticos entre el grupo de soldados. Echo a correr, fingiendo torpeza y cojera. Puede que a alguno se le ocurra practicar su puntería conmigo, así que no debo entretenerme.

Me detengo cuando las murallas están lejos y la noche ha caído, convirtiendo la ciudad en un mazacote de negrura insondable.

Yergo el cuerpo y levanto la cabeza.

—Muerte para Uriana —digo, con voz clara y potente.

Me vuelvo y echo a andar.

Es una noche sin nubes, así que las estrellas iluminan la llanura inacabable ante mí, un campo gris en estos momentos, pero amarillento durante la mañana, cubierto por cereales y por una maleza que sube hasta la cintura. En la gigantesca explanada se alzan, aquí y allá, montes suaves y pequeños bosques. He salido de Uriana por el lado contrario al que entré, así que me hallo frente al país de Ocrai, la tierra de los argos y sus pastores, los nómadas bárbaros del Mar de Hierbas.

Mi idea es viajar en paralelo al Amitas, hacia el noreste, hasta llegar a Sarlia. No queda otro remedio que hacerlo a pie, y además procurando no acercarse a las riberas. Soy un proscrito, un vagabundo, me he convertido en un enemigo de los pobladores de Uriana y sus cercanías y por tanto no dudarán en darme caza nada más verme, para acto seguido esclavizarme o simplemente ejecutarme. Los únicos hombres que pueden viajar entre las ciudades-estado son los guerreros en tiempo de paz, los comerciantes y los diplomáticos, y con mi aspecto nadie creería que yo pertenezco a una de esas tres clases. Las orillas del río están salpicadas de aldeas de pescadores y tampoco puedo esperar ayuda de las barcazas que navegan el grueso caudal, a favor o en contra de la corriente. Mi única esperanza es llegar a pie hasta territorio sarlio, amparándome siempre en las sombras de la espesura.

Cuando vine a Uriana este mismo viaje me llevó unos cinco alagas, pero en sentido contrario y montado en la balsa de Boro. A pie, y lejos de las rutas comerciales, hay que multiplicar esa cantidad al menos por tres. Además, están los bárbaros de Ocrai, que pueden patrullar

estos territorios fronterizos con la civilización. También hay alimañas y fieras salvajes. Eso, sin contar a los posibles durbanos de Uriana o Sorgote que pueda encontrar por razones más o menos casuales.

Superado todo esto, una vez en Sarlia debería demostrar que este harapiento es el ornai Dargor Atur. Tendría que convencer de ello al primer sarlio que me viese, antes de que me ensartara en una lanza.

Y por si todo ello fuera poco, no sé cuál es ahora la situación política en mi ciudad. Una vez que el ornai ha sido dado por muerto, ¿el sigra y su consejero Nigur me recibirán con los brazos abiertos o intentarán hacerme desaparecer de inmediato, antes de que mis simpatizantes conozcan mi sorprendente vuelta?

La magnitud de la empresa que tengo por delante me abruma. En la noche de este mundo fantástico y cruel, rodeado por un mar de hierbas que la brisa mece, me siento solo y perdido y siento que mi resolución vacila. ¿Quién soy yo para desafiar todos los peligros que me acechan? Soy solo un extranjero, alguien sin raíces en esta tierra, en este mundo, un recién llegado que ha cosechado unas cuantas victorias. Ojalá sintiera de nuevo la determinación que mostré ante Boro y Uraqui; la busco, pero no la encuentro.

Y quedo quieto, sin atreverme a dar un paso, mientras las dudas y el temor van abriéndose camino en mi mente. Paso mucho tiempo así, reflexionando con amargura acerca de mi mala situación.

Capto algo que se mueve, cerca, y me vuelvo dispuesto para golpear. Hay una sombra pequeña y peluda entre la maleza y sus ojos me observan con detenimiento. El animalito se aleja a saltos, quizá más asustado que yo.

Suelto el aire con alivio y miro mi puño, una negrura en la que se marca el contorno de los nudillos. Cuando hubo una amenaza y un peligro actué sin vacilar. Quizás el auténtico enemigo no sean los hombres ni los animales, sino el propio miedo, hijo de la duda y amigo de la pasividad. A estos tres monstruos se les mata de una sola manera: actuando.

Echo a andar hacia el noroeste, un paso tras otro, cada vez con más ganas. Noto que ese enemigo, el miedo, empieza a encogerse dentro de mí, hasta que puedo volver a controlarlo.

He de concentrarme en lo más urgente: descubrir algún lugar donde echarme para dormir y recuperarme de todos los esfuerzos de este alaga. Entre los cereales hay arbustos con frutos secos. Comeré y descansaré.

Al amanecer, he de reanudar la marcha.

Fiel a mi plan, he caminado a través de la planicie, buscando siempre los lugares donde las hierbas alcanzaban más altura, por ofrecer mejor protección ante los posibles moradores de estas tierras. Por el suroeste brilla la línea gruesa que es el Amitas. En ocasiones he descubierto puntos oscuros en sus riberas; son aldeas lejanas, que he de evitar a toda costa.

Alimentarse no es problema, pues en este mar amarillento no faltan concentraciones de tolas, unos arbustos leñosos que producen racimos de frutos secos, los tolases, parecidos a las bellotas de mi mundo natal; pero los tolases no saben tan amargos, sino que más bien resultan insípidos; pero son bocados densos y algo aceitosos, capaces de dar el vigor que los músculos necesitan para la caminata.

La planta imperante es el balo, parecido al trigo de la Tierra, que se esparce por doquier, dando cuerpo y color a estos parajes. Hay otras plantas parecidas, como el bomo, el silo y el cutralo; algunas incluso muestran al aire sus frutos, que podría coger con mis manos e incluso comer sin necesidad de cocinarlas, pero el aporte calórico de los tolases es mayor, así que estos constituyen la base de mi dieta silvestre.

En la lejanía he visto manchas parduscas, rebaños de argos salvajes. Estos animales son muy abundantes en Ocrai y suelen agruparse en manadas. Los nómadas los cazan para alimentarse de su carne o bien para convertirlos en bestias de tiro.

Por el este y el norte, el Mar de Hierbas se vuelve denso e indomable. Sobre su manto pardusco y amarillento asoman montes gibosos y rojizos, y algunos picos grises de punta filosa.

Ahora, en el amanecer de este segundo alaga de viaje en paralelo al Amitas, me siento lleno de energía. Ayer encontré una gran charca de agua en la que pude bañarme y quitarme por fin la mugre que cubría mis ropas y mi cuerpo. La limpieza, el descanso y la alimentación me han hecho recobrar las fuerzas y la decisión de llegar a Sarlia, cueste lo que cueste. He arrancado de una tola un grueso tallo y lo he desbastado con una piedra para que me sirviera como clava improvisada. No me atrevo a encender fuego por miedo a descubrir mi posición, así que no está endurecida al calor de la hoguera; pero empuñar un arma, aunque sea tan tosca, resulta tranquilizador.

En esta mañana limpia y clara contemplo la llanura amarilla que me rodea, interrumpida tan solo por las líneas de montes rojizos del este y la franja plateada que es el Amitas, al sur. Dentro de pocas clepsidras Croaga estará en el cenit y el calor castigará estas planicies y a las criaturas que las habitan, pero aún queda cierto frescor en el aire y la brisa dobla con suavidad los tallos de los balos. Inspiro con

fuerza. Poco a poco, todo mi ser se está llenando del espíritu arrollador de este mundo, que empiezo a considerar como mío. Es una sensación embriagadora.

El zumbido se acerca veloz y antes de que pueda saltar para esquivarlo siento el golpe del proyectil, que da en mi cuello y se enrolla en él, ahogándome. Toso de manera agónica mientras ruedo, agarrándome la garganta lacerada, intentando aflojar la tensión insoportable del cordel que enrojece mi carne. Oigo gritos excitados que provienen de varias direcciones. Se acercaron sin que me percatara y me han rodeado.

Consigo levantarme y echo a correr, tratando aún de quitarme del cuello el objeto que me arrojaron. La vista se me nubla y noto la sangre caliente bajando desde la coronilla, allí donde una de las dos cabezas de la boleadora me golpeó.

Veo a un salvaje que sale de entre las hierbas, a unos cinco tornes de mi posición. Hace girar otra boleadora sobre su cabeza. Estas armas resultan temibles: una vez arrojadas, aporrean con sus dos o tres cabezas esféricas y sólidas, aturdiendo a la víctima, a veces incluso matándola. Y si se conoce bien su manejo el cable puede enrollarse en las piernas, los brazos, el torso o —como en mi caso— el cuello, para debilitar aún más a la presa. Le veo bajar el brazo y me arrojo al suelo y hacia la derecha. El proyectil no me alcanza de lleno, pero una de las esferas golpea de refilón mi hombro izquierdo. Siento un ramalazo de dolor, pero no me alarmo. Las cabezas de estas boleadoras son pequeños sacos llenos de tierra; si fuesen piedras me habrían abierto el cráneo hasta el cerebro en lugar de hacerme una simple brecha, y este segundo impacto habría hecho pedazos la articulación del hombro. Al parecer, quieren atraparme vivo.

Caigo al suelo y quedo en él unos instantes, tapado por hierbas altas y doradas. Las voces ganan fuerza. No entiendo su idioma. Son al menos tres hombres, pero se les están uniendo más. Las ideas cruzan mi mente como rayos: tal vez hayan dispuesto dos círculos concéntricos de cazadores, separados uno del otro por cierta distancia; así, si escapase al primero todavía quedaría el segundo. Logro quitarme al fin la boleadora del cuello, a pesar del sofoco y las toses agónicas. Empiezo a sentir la ira del combate, más fuerte que el miedo.

Me levanto y echó a correr hacia la voz más cercana. Veo sus ojos abrirse; sin duda no esperaba que me recuperase tan pronto del golpe. No obstante, saca un cuchillo de la vaina en la cintura. Le arrojo la boleadora; no me ha dado tiempo de hacerla girar para que su vuelo ganara estabilidad y rapidez, pero las cabezas le golpean en el pecho y la cara y le confunden durante unos latidos, que aprovecho para embestirle con el hombro y lanzarle por el aire. Salto por encima de su

cuerpo y sigo corriendo, jadeando, tosiendo, quitándome con la mano la sangre que cae sobre mis ojos. Veo a otros hombres acercándose entre la espesura, con lentitud. Son solo sombras fugaces a causa de mi veloz huida, pero comprendo que están rodeándome. Suenan otras voces, un poco más lejanas. Algo zumba a mi espalda y me golpea en la zona lumbar, quitándome la respiración. Me doblo en dos, aturdido. Hay otro murmullo cortante, levanto la mano para protegerme y los saquitos de tierra impactan en la frente y el mentón y se enrollan en el antebrazo. Caigo. Detecto una sombra humana detrás de mí y hacia allí me levanto, golpeando con la clava, que alcanza un rostro y provoca una sacudida de melenas y barbas y un chasquido seco.

Cerca, hay dos hombres más. Se acercan andando, clavando sus ojos oscuros en mí, apretando las mandíbulas, haciendo girar las boleadoras sobre ellos y provocando un coro de zumbidos profundos. Intento hacer frente a uno, pero los golpes me han quitado las energías y siento que las hierbas suben y bajan y que el suelo se convierte en algo inclinado y resbaladizo. Alguien vocifera algo incomprensible y el salvaje mueve el brazo, golpeándome con las cabezas de la boleadora, sin necesidad de soltarla. Siento los trallazos secos en el costado del cráneo y caigo hacia un fondo de hierbas que de pronto se convierte en un océano de oscuridad.

La caravana está compuesta por unos ochenta carromatos de forma cuadrada, como enormes cajas de madera. Cinco parejas de argos tiran de cada uno. A medida que nos acercamos a ellos me parecen cabañas sobre ruedas antes que simples vehículos de transporte; en sus costados hay ventanas y en la parte posterior una puerta, y algunos incluso tienen un techo de tejas de barro cocido, del cual nace el tubo de piedra que hace las veces de chimenea, siempre vomitando lenguas de humo. Cada carro está pintado de diferentes colores, en tonos vivaces o sobrios, y sus tablas han sido decoradas con símbolos geométricos y fantásticos. Las fachadas de estas casas rodantes llevan, quizás también como adorno, cueros y calaveras de argo, y tapices y cortinas hechas con fibra vegetal entrelazada. Sin duda las gentes nómadas viven dentro de esos carros.

Sobre el pescante no faltan nunca los conductores, que fustigan el aire sobre los argos cuando desean que avancen más rápido. Afuera, y a pie, marchan hombres y mujeres que comentan de manera animada sus propios asuntos de la vida cotidiana. Hay además muchos grupos de niños, saltando y jugando alrededor de cada carro, envueltos en una nube de risas infantiles.

En Uriana ya tuve la oportunidad de ver a unos cuantos bárbaros del Mar de Hierbas, y estos de aquí son muy parecidos: tienen la tez

más morena que el durbano medio, con rasgos regulares y los ojos y el pelo muy oscuros. Se les ve, sin embargo, más bajos y delgados; pero estos cuerpos entecos inducen a error: enseguida se ve que no hay grasa en ellos y que los músculos resecos están entrelazados como tiras de cuero duro, dando una impresión de nervio y de fuerza. La vida pobre y miserable de estos nómadas no les permite ser corpulentos, pero a la vez acaba con la blandura de las gentes prósperas y sedentarias.

Los hombres llevan túnicas de tejido vegetal y capas de cuero de argo. Tienen barbas largas y trenzadas que adornan con cantos de río y abalorios de hueso. El pelo está recogido en complicados moños y coletas, y los más presumidos lo untan de grasa o aceite para que brille. Sujeto al cinto llevan un cuchillo largo y pesado, de un solo filo, y las tradicionales boleadoras, cuyas cabezas cuelgan a la altura del muslo. Algunos empuñan lanzas, pero no parecen muy amigos de esta arma, tan popular entre los guerreros civilizados. Otra diferencia es la presencia del arco compuesto, que por sus dimensiones parece más efectivo para la caza que para la guerra. Se dice que cuando pelean entre sí los ocraios primero arrojan sobre los enemigos las boleadoras y les disparan lluvias de flechas, y luego entran en el cuerpo a cuerpo blandiendo sus grandes cuchillos. No llevan escudos ni protecciones corporales, lo cual dice mucho en favor de su coraje…, o estupidez.

Las mujeres visten trajes largos de tela y estameña, y si los hombres parecen delgados ellas sin embargo sí muestran cierta corpulencia, cuando no auténtica obesidad. En Durba se adora la esbeltez de las muchachas, pero al parecer el canon de belleza femenino de estos bárbaros es el opuesto, y tanto los varones como las mujeres de la horda parecen muy contentos con sus propios baremos de hermosura. Incluso las niñas son más gruesas que los chiquillos. Al contrario que sus compañeros, las ocraias llevan la melena suelta, muy lisa, tan larga que toca sus amplias caderas. De las orejas cuelgan pequeñas construcciones metálicas hechas con tubitos y platillos que tintinean al moverse; el peso de estos adornos alarga los lóbulos hasta la deformidad, e imagino que también estos objetos deben ser aderezos propios de la belleza femenina ocraia.

Junto a los carros caminan esclavos de ambos sexos, acarreando leña u otras materias, desnudos y unidos a cada armatoste por una correa o una cadena que rodea sus cuellos.

Mis ocho captores visten túnicas de fibra vegetal de colores amarillentos y verdosos, para mimetizarse con el panorama. Tras capturarme me despertaron a bofetadas, me ataron las muñecas tras la nuca y a su vez las enlazaron también al cuello. Esta es una posición incómoda que hace recaer el peso de los brazos sobre la cabeza y que a la larga obliga a doblar el espinazo, minando así las energías del

cautivo. También hace incómoda la respiración incluso al andar, y si el prisionero echa a correr puede quedar sin resuello en cuestión de orlas.

Otra cuerda unía mi cuello a la muñeca del más corpulento de mis aprehensores. En varias ocasiones, cuando me demoré al caminar, o por simple capricho, tiró de mí, apretando el lazo de mi garganta, ahogándome y haciéndome caer sobre las rodillas y después el pecho. Tuve que apresurarme en ponerme de pie y seguir caminando para no morir asfixiado, pues mi captor continuaba tirando con fuerza del cable. Comprendí por sus risas, sus miradas y el tono de sus voces que sabían dominar y manejar a un hombre apresado; eran cazadores, sí, pero no solo de animales.

Ahora, tras varias clepsidras de caminata infernal, llego a la fila de carros. Las mujeres saludan con risas a los cazadores y me miran con curiosidad, como si estudiaran a una alimaña exótica. Los niños me lanzan bolas de tierra, jaleados por sus mayores. Los esclavos se limitan a observarme durante unos pocos latidos con aire hosco y resignado y luego vuelven a sus tareas. Los hombres libres saludan de manera alegre y bulliciosa a la partida de caza y unos y otros comentan los pormenores de la captura. Algunos se acercan y parecen opinar sobre mí. Sigo sin entenderles, pues aquí nadie habla el durbano.

Paso entre muchas otras carretas, escoltado siempre por dos de mis captores. Al fin, atan la cuerda de mi cuello a la parte trasera de un carromato de tamaño considerable, que supongo debe pertenecer al líder de los cazadores, aquel que ha estado tirando de mí durante todo este tiempo. El vehículo no para de moverse, así que yo tampoco puedo dejar de andar; si lo hiciera me vería arrastrado por el gaznate, como diversión para los niños y no pocos adultos.

El cazador sube de un salto al pescante, se mete dentro por una puerta y al salir trae una escudilla llena de agua y un palo puntiagudo en el que hay pinchado, a modo de espetón, un tasajo de carne de argo asada, aunque fría. Me pone la escudilla en los labios y la inclina, y me ladra órdenes con voz seca, en su lengua ininteligible. Bebo hasta que al agua se agota. Luego sujeta el palo con la carne al borde posterior del carro, hasta que la comida queda a la altura de mi cabeza. Vuelve a gritarme algo, varias veces. No es difícil entender el sentido de sus palabras, así que muerdo la carne, desgarrándola y arrancándola con los dientes. Luego sube otra vez al carro y se mete en él. Por fortuna, los argos que tiran del vehículo marchan con tranquilidad, así que no me es difícil devorar la comida, incluso sin usar las manos.

Esta caravana y su nuevo prisionero marchan hacia el sureste, en dirección contraria a la que me había propuesto tomar. Me estoy

alejando cada vez más de mi destino, las torres gloriosas de Sarlia; muy al contrario, me adentro en el salvaje país de Ocrai, el Mar de Hierbas.

Recuerdo al hombre de rostro cuadrado, barba castaña y trenzada en decenas de bucles, y ojos oscuros, duros como el hierro.

Vestía una túnica de piel de argo, llevaba abalorios de bronce y hueso y tenía en la mano un cuerno lleno de aguardiente de sibo. Yo me encontraba debajo del carro, intentando dormir a pesar de la algarabía de la fiesta. Él estaba en cuclillas y me miraba a los ojos.

—Mañana habrás de probar tu valía durante la caza —me dijo con voz grave y serena, en lengua durbana, con un acento brusco y seco.

Salí de mi escondite y quise acercarme a él para interrogarle, pero la cuerda en mi cuello me lo impidió. Intenté arrancármela con los dedos, sin éxito, pues los nudos eran demasiado fuertes.

—¿Qué pretendéis hacer conmigo? —grité—. ¡Habla! ¡Dímelo!

Se puso en pie y se limitó a mirarme. En su rostro, la oscuridad de la noche peleaba contra la luz de las antorchas y las hogueras.

Era la primera vez que alguien de esta caravana me hablaba en durbano. Tras un alaga entero de viaje sin que nadie se dignara a dirigirme la palabra, al fin encontraba a una persona de la cual tal vez pudiera obtener información.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¡Cuéntame hacia dónde nos dirigimos!

—Al amanecer lo sabrás —contestó—. Antes de la caza.

—¿La caza? ¿Acaso he de cazar para vosotros?

—No. Seremos nosotros quienes te cacemos a ti.

Quedé callado y confuso.

En el silencio resonaban las melodías profundas y bárbaras que acostumbran a cantar estos nómadas, mezcladas con el farfullar de los borrachos, los gemidos de placer de los amantes, las risas de los bailarines y las palmadas de los ancianos.

El hombre de la barba castaña y trenzada en decenas de bucles, que tenía ojos de hierro oscuro, abrió la boca una vez más, pero pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir y la cerró. Se fue andando con parsimonia, a pesar de que le grité, insultándole y ordenándole que volviera para informarme, pues yo era el ornai de Sarlia y todos los salvajes como él debían inclinarse ante mí. Pero los nudos en mi cuello eran demasiado gruesos, así que sufrí mi ira y mi frustración primero entre gruñidos y luego en silencio… Esta cólera inútil me agotó y al final me tumbé otra vez debajo del carro y caí en brazos del sueño.

Ahora, mientras recuerdo estos hechos de la noche, Croaga despunta por el horizonte, bañando la pradera de oro y sangre. A pesar de todo, he dormido bien y me siento lúcido y lleno de energía.

La brisa es suave y aún no hace mucho calor, pero a medida que

pase el tiempo el alaga se irá volviendo tórrido y seco. Los fiesteros se despiertan con resaca, malhumorados, y caminan arrastrando los pies. Algunos hombres meten la cabeza en los abrevaderos de las bestias y la sacan alzando nubes de gotas brillantes.

Ahora recuerdo al hombre que ayer noche me habló en lengua durbana, porque ahora ese mismo hombre se me acerca, acompañado de tres bárbaros más.

—No te resistas, durbano —dice—. Síguenos.

—¿Va a comenzar la caza?

Sonríe, aunque solo con la mitad de la boca.

—Así es.

Salgo de debajo del carro. Un hombre se dispone a cortar mis cuerdas con su cuchillo y me tenso cuando la hoja roza mi carne.

Ando junto a ellos, a través de un campamento en el que humean los rescoldos de las fogatas. Veo cuerpos tirados por todas partes, masculinos y femeninos, muchos de ellos medio desnudos, desparramados unos sobre otros. Hay salvajes que se arrastran o levantan con dificultad, gimiendo y agarrándose la cabeza. Sufro la extraña impresión de encontrarme en un campo de batalla sembrado de muertos y heridos, pero la ilusión pasa y vuelvo a estar entre una chusma de borrachos que luchan por sacarse de encima la niebla que cubre sus mentes.

El bárbaro que conoce la lengua durbana da patadas a los hombres todavía dormidos, logrando que se levanten con rapidez. Sin duda es uno de los líderes de la horda. Sus compinches sueltan alaridos en las orejas de los inconscientes, provocando saltos, convulsiones, ojos desorbitados y muchas risas. Poco a poco se nos unen más personas, sobre todo hombres. El clima deja de ser festivo y se vuelve grave, como si estuviéramos a punto de asistir a algún tipo de ceremonia religiosa o de reunión política de mucha importancia.

Nos detenemos junto a una carreta gigantesca, la mayor de toda la caravana. Hay diez parejas de argos uncidos a los yugos; los animales mascan hierba con parsimonia. El carro muestra muchos y variados adornos en su fachada: armas, cueros cabelludos, abalorios, joyas, telas, terciopelos… En los tablones han pintado un fondo de estrellas, y también representaciones de Croaga saliendo por oriente, reinando entre las nubes y desapareciendo por poniente.

Debe ser una especie de asamblea, ya que rodeando al carro hay más de quinientos varones ocraios, a los que se van sumando otros, poco a poco. Muchos están sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, bebiendo de los cuernos; otros se suben a los pescantes y hasta a los tejados de los carros —pero nunca al más grande de todos —; otros siguen en pie y unos cuantos están montados a horcajadas sobre argos liberados de sus yugos. Llegan también mujeres y niños.

La multitud se dispone en forma de círculo, como un bosque de cabezas, trenzas, abalorios y túnicas de cuero de argo y tejido vegetal. Los pequeños se abren paso entre las rodillas de sus mayores; sus ojos curiosos se abren mucho y brillan con mil fuegos, destacando como lucernas oscuras entre la mugre de la cara.

En el centro de este círculo viviente nos encontramos el bárbaro que conoce el durbano, dos de sus sicarios y yo. Las gentes me miran con curiosidad e interés y por todas partes hay rumores y conversaciones.

En la carreta gigantesca se abre una puerta trasera y por allí salen tres hombres, que saltan a la tierra. De inmediato cae el silencio.

Uno del trío es joven, bajo y ancho de hombros. La cara casi no se ve entre tanta barba, de la que cuelgan huesecillos coloreados. Se le acerca el ocraio que sabe hablar la lengua durbana y noto el parecido físico de los dos; quizá sean hermanos. Se abrazan y el público murmura y ríe con alegría. Entre los dos sacan una escalera de un hueco bajo la puerta del carro. En el umbral de la puerta aparece una nueva figura.

El silencio impera de nuevo, ahora más profundo.

Se trata de un hombre viejo, o quizás solo avejentado, ya que baja los escalones sin temblar ni dar muestra de achaques. Rechaza la ayuda que le ofrecen los dos hermanos y se sienta en el primero de los escalones, el más cercano al suelo. Me mira, pensativo. Su rostro es como una piedra plana y redonda, sobre la que algún cruel escultor hubiera cincelado ríos y cordilleras, una trama de arrugas profundas, el legado de una vida larga y difícil. En el mapa de ese rostro puedo adivinar hambrunas, calores y fríos extremos, severidad, sabiduría aprendida de la manera más dura y el peso de una responsabilidad que nunca se toma a la ligera. Sus ojos oscuros, a los lados de una nariz ancha y granítica, me calibran. En ellos hay calma y astucia animal. La inmovilidad absoluta de su cuerpo, su mirada recta y penetrante y la línea pesada del mentón denotan una voluntad de acero.

No hay duda alguna: es el líder de toda la horda. Pero no descubro ostentación en sus ropas ni en los adornos de sus barbas y melenas blanquecinas; su autoridad es sencilla e inexorable y no necesita de pompa ni artificio.

Se vuelve despacio hacia la gente y levanta una mano que no tiembla. Sonríe como un viejo pícaro, el público responde con un estruendo ensordecedor y el líder asiente con la cabeza, una sola vez. La mano va bajando, ahogando el clamor, y el silencio vuelve a extenderse sobre la comunidad.

Sin levantarse de su asiento, habla a la multitud. No entiendo una maldita palabra, pero sin duda su mensaje trata sobre tradiciones y

asuntos importantes que todos ellos conocen y respetan. La voz es firme, grave, ronca. Sospecho que este bárbaro viejo y arrugado aún es capaz de partir en dos a cualquiera con el cuchillo enorme de los ocraios, y sin mucho esfuerzo.

En algún momento comprendo que su discurso trata sobre mí, debido a las miradas que todos me echan, a sus comentarios en voz baja, a la curiosidad y el interés que muestra este rebaño humano. Suelta lo que imagino una broma, pues el gentío estalla en carcajadas. Esto me demuestra que no solo es un líder severo, sino que además tiene cierto sentido del humor, lo cual le acerca a la gente. Pienso que incluso los salvajes pueden ser buenos políticos, pues los hombres son siempre hombres, en la ciudad o en la pradera.

Le ordena algo al ocraio que conoce mi lengua y este me habla:

—¡Durbano! Otrago Mag, el seigar del pueblo Lun Ogaya, quiere que conozcas las reglas de la caza.

Espera mi respuesta, pero no abro la boca. El anciano me mira, ladeando la cabeza y metiendo la uña entre dos dientes. A pesar de su aparente desinterés, comprendo que sigue estudiándome.

El bárbaro vuelve a utilizar la lengua durbana, eligiendo a veces las palabras, destrozándolas con su acento brusco y gutural:

—Nosotros, los ocraios de Lun Ogaya, amamos cazar. No solo buscamos presas animales, sino también humanas. A veces utilizamos a criminales: ladrones, asesinos y gente nociva para el pueblo. Pero si un extranjero pisa nuestras tierras, también sirve.

Cruzo los brazos sobre el pecho y levanto la barbilla.

—Los ocraios de Lun Ogaya sois todos unos cobardes despreciables —digo.

No mueve un músculo. Al final, parpadea.

—Traduce —le pido.

Asiente despacio, lo hace, y estalla un clamor brutal e indignado. Los hombres sacan los cuchillos y algunos hacen girar las boleadoras sobre sus cabezas. El hermano del traductor vomita palabras en su lengua incomprensible y parece a punto de caminar hacia mí.

—¡Quiero hablar! —grito.

El viejo líder, que ha seguido inmóvil, se levanta, alza las manos y grita. La muchedumbre comienza a calmarse. El anciano vuelve a aullar y sus subordinados le imitan. Una calma iracunda sustituye a la cólera estruendosa. El líder llama a voces al joven que ya había sacado el cuchillo; este había echado ya andar hacia mí, pero se detiene y aprieta las mandíbulas. Retrocede sin darme la espalda, escupiéndome palabras que sin duda no son de amistad.

Se me hace claro de pronto: los dos jóvenes, el traductor y este otro, más impulsivo, son hijos del viejo líder.

Hay un intercambio de palabras entre el anciano y el salvaje que

conoce mi lengua.

—Habla, extranjero —me dice este.

—He dicho que sois cobardes porque aún no me habéis ofrecido un campeón contra el que luchar. El más fuerte de entre vosotros, que pelee conmigo. Uno contra uno, no uno contra mil. ¿O es que ya no quedan valientes en el Mar de Hierbas?

El bárbaro traduce y comienzan a moverse los guerreros, gritándome, ofreciéndose a pelear contra mí para lavar con sangre el insulto. Veo en el rostro del viejo una sonrisa de inteligencia y eso me preocupa. Habla con el intérprete y este me responde:

—No se hará como lo deseas, extranjero; solo dos ocraios pueden enfrentarse en combate tradicional y como tú eres de fuera sirves únicamente para la caza.

Si hubiera peleado contra un campeón habría pedido como premio la libertad. El líder no mordió el anzuelo y comprendo que no servirá de nada seguir por este camino.

—¿Hay premio si consigo eludir a los cazadores? —pregunto.

Se traducen mis palabras y oigo carcajadas burlonas. El viejo entrecierra los ojos y se frota la nuez con aire reflexivo.

—En efecto —responde—. Tu vida y tu libertad.

—¿Cuáles son las condiciones?

El joven bárbaro señala con su dedo hacia el sur, hacia algún punto lejano más allá de los cráneos melenudos y los techos de las carretas.

—Por allí se encuentra el Amitas. Si consigues llegar hasta sus riberas te dejaremos cruzarlo y salir de nuestros territorios.

»Solo tendrás una clepsidra de ventaja. Después, iremos en tu busca.

—¿Cuánta distancia hay desde aquí hasta el río?

—A paso rápido y en línea recta, no más de ocho clepsidras.

—¿Cuántos cazadores irán tras de mí?

—Todos los que quieran unirse al rastreo. Puedes pelear contra ellos si quieres, aunque te aconsejo que no pierdas tiempo en luchas individuales y que aproveches la clepsidra de ventaja para avanzar lo más posible hasta el río.

—No son unas condiciones muy equitativas: uno contra toda la tribu.

El bárbaro levanta las cejas y sonríe.

—¿Quién te dijo que esto era un combate? Se trata de una partida de caza. Has dejado de ser un hombre para convertirte en una pieza a abatir. Un trofeo.

Aprieto los labios y respiro con fuerza, intentando ahogar el miedo y la rabia. Debo mantener la cabeza fría. Siento que el público está impacientándose, se hartan de escucharnos hablar en una lengua que desconocen y juguetean con las boleadoras y los cuchillos; quieren

acción.

—¿Qué ocurre si mato a alguien y después llego al río? ¿También me dejaréis escapar?

El traductor empieza a sonreír, pero ahonda en mis ojos, en mi rostro, y la sonrisa desaparece.

—Todo se te perdonará si alcanzas con vida la orilla del Amitas.

El viejo líder le dice unas palabras y el joven bárbaro asiente y traduce:

—Según la costumbre, la presa puede elegir dos objetos para llevar consigo: armas, utensilios, lo que quiera. Pero solo pueden ser dos.

Miro hacia los lados y luego arriba y abajo. La brisa de la mañana se ha convertido en un viento caluroso. Incluso en estas clepsidras tempranas las temperaturas son altas.

—Quiero un arco con su carga de treinta flechas, y un buen cuchillo.

—Pides tres cosas, pero tomaré el arco y las flechas como una sola. Treinta saetas son muchas, ¿no crees?

—Treinta.

—Está bien. Da lo mismo treinta que cien. Además, saber que la presa puede hacer daño hará más interesante la caza.

Traduce mi petición y hay más comentarios entre el público. Su hermano, aquel que quería pelear contra mí, ladra órdenes y alguien trae de inmediato un pequeño arco de caza ocraio y un estuche tubular de madera y cuero, con su cordel de sujeción. Lo abro y compruebo que hay al menos veinticinco flechas de punta de acero y cola emplumada. El hermano beligerante me arroja un cuchillo envainado, atado a una tira de cuero para que se ajuste a mi cintura. Lo envía lejos a propósito para obligarme a moverme y agacharme al cogerlo, y sonríe, con los brazos cruzados; le gustan estos juegos estúpidos de poder. La hoja es ancha y pesada, tan larga como mi antebrazo, con un solo filo. Vuelvo a meterlo en su funda. Alguien grita algo y vuelven las carcajadas. El viejo líder sonríe a medias, para no contrariar a sus gentes. No aparto la vista de sus ojos.

Su hijo más agresivo me escupe otra andanada verbal.

—¿Qué ha dicho? —pregunto.

—Que será él mismo quien raje tu cuello y cuelgue tu cráneo de su carreta.

—No sois más que un puñado de bestias que intentan parecer humanas. Tradúcelo si quieres. Cuéntaselo a tu caudillo.

—No hará falta —responde el anciano, con voz profunda—. Conozco tu lengua, durbano.

Parpadeo, muy sorprendido. El viejo me mira con rostro impenetrable. Las gentes murmuran disgustadas, pero no osan alzar la voz.

—¿A qué viene todo esto? —le pregunto.

—No me gusta tu idioma y por eso prefiero utilizar un intérprete.

El bárbaro que amenazaba con apoderarse de mi cráneo vuelve a gritar, pero enseguida es silenciado cuando se levanta una mano llena de arrugas, aunque nada temblorosa.

El viejo se acomoda en los escalones de madera que le sirven de trono y sonríe sin alegría mientras me contempla. Habla despacio, sopesando las palabras y las reflexiones, como acostumbran a hacer las personas de cierta edad:

—Escúchame, durbano. Soy Otrago Mag, el seigar de los Lun Ogaya. Tengo dos hijos, dos vástagos. Son lo que más quiero en este mundo. Algún día heredarán mi poder y mantendrán a estas gentes unidas y disciplinadas.

Señala al joven que no cesaba de amenazarme en su idioma.

—Este es Arane. Es fuerte e impetuoso, no conoce otra vida que el Mar de Hierbas y se entrega a ella con pasión.

El muchacho sonríe satisfecho cuando su hermano traduce.

—Mi otro hijo es el mayor y el más juicioso. Se llama Lúndrag.

»Conozco algunos mercaderes y gentes de provecho en Sorgote y Uriana y de ellos aprendí tu lengua.

»Cuando Lúndrag superó su décimo invierno lo envié a Uriana, bajo el cuidado de esas gentes influyentes, para que aprendiera los usos de la civilización. Allí vivió durante los siguientes diez inviernos.

»Acabado el plazo, me reuní de nuevo con él. Vestía como un durbano, hablaba vuestra lengua y se comportaba con cierta corrección; pero en cuanto le propuse volver con nosotros lloró de alegría, se despojó de las finas túnicas de seda y vistió otra vez la estameña y el cuero de argo. Podría haberse quedado a vivir bajo techo, con todas las comodidades, en una de vuestras casas sin ruedas. Sin embargo, prefirió volver a las penurias del hombre nómada. Ahora es libre para marcharse en cualquier momento. Mis amigos mercaderes le darían empleo y alojo y nada le faltaría.

»Pero sigue aquí, entre los que vosotros llamáis *bárbaros*.

—He visto dos mundos y prefiero este —dice Lúndrag.

—También yo he visto dos mundos y a este lo repudio —contesto.

—Eso es algo que puedo comprender —dice el anciano, titubeando a veces, hasta encontrar la palabra adecuada—. Eres de Durba y quieres volver a tu tierra.

Su mirada y su voz ganan filo.

—Sin embargo, no eres quién para llamarnos a nosotros *animales*. Puede que no llevemos sedas y puede que olamos peor que los durbanos; tal vez no nos ocupemos de pensamientos complejos y nuestro comportamiento sea tosco y bullicioso… Pero un durbano no

debería apresurarse a llamar *animales* a los ocraios.

»En vuestras ciudades he visto que tras el oro y el mármol se esconden el odio, la lujuria, la traición, la crueldad, la ambición desmedida y la envidia. La piel cambia, pero el animal no. En la ciudad o en el campo el animal es el mismo y se llama *hombre*.

Lleva toda la razón, pero jamás le daré el gusto de reconocérselo. Parece entender lo que pasa por mi mente y se limita a estirar un poco las comisuras de sus labios despellejados. Vuelve a hablar:

—Mi tribu se dirige al Ayagán Arai, una importante reunión de clanes y hordas. Hemos hecho este alto en el camino para celebrar una fiesta nocturna y además tenemos a un extranjero que violó nuestro territorio. Las leyes de la tribu ordenan que debe ser cazado para nuestro divertimento. Es parte de la celebración.

—Ya lo dije antes: no es justo.

—Durbano, en tus ciudades nos miran como a alimañas y procuran engañarnos y robarnos siempre que les vendemos pieles y carne. Se burlan de nosotros y nos insultan, a veces de manera abierta. Si contestamos a estos agravios todas vuestras leyes se alzan y luego bajan como un puño, para destruirnos. Lo comprendo y no me parece incorrecto, pues en vuestras ciudades nosotros somos los extraños. Por ello, solo envío a negociar a mis gentes más astutas y pacientes, aquellas que mejor pueden soportar todas estas cosas.

»Lo justo es que te pliegues a nuestras normas o bien seas destruido por ellas, pues ahora eres tú el extraño. Podríamos encadenarte a un carro y torturarte, o darte ciertas hierbas que aniquilarían tu mente y te convertirían en un demente baboso, o encerrarte en una jaula y dejarte morir de hambre y de sed… ¿Es que no lo entiendes? Aquí no eres nada. Tu única condición es la que nos parezca bien otorgarte, basándonos en las leyes de la tribu. Ellas mandan que corras y te cacemos. Es la tradición y ni tú, ni yo, ni nadie, puede luchar contra ella.

Parece agradarle este sermón: se siente a gusto en su papel. Los otros bárbaros —excepto Lúndrag— le escuchan sin entender nada, ya que ha utilizado el durbano, pero quedan subyugados por el sonido, que no el significado, del discurso.

—Nadie está por encima de las leyes de la tribu —dice—. Ni siquiera yo. Yo solo soy el encargado de hacerlas cumplir de la mejor manera posible. Nos llamas bárbaros, pero no hay caos ni desorden en esta comunidad. Cada uno tiene su función, su tarea, su puesto, y si escapa a este orden recibe el merecido castigo. De otro modo peligraría la supervivencia de la horda por el capricho del individuo aislado, y eso no es tolerable.

Entiendo lo que dice. La lucha por la supervivencia, en cualquiera de sus estratos, incluso los más alejados del peligro físico, requiere de

jerarquías y normas. Puedo llegar a comprender que se quieran sustituir unas normas por otras, pero en mi mundo natal hay quien aboga por desintegrar cualquier tipo de reglas y de jerarquías: todas. Suelen ser personas que han vivido en una burbuja de comodidades y fantasía y tienen una mente irreal e infantil; o bien, lo que pretenden en realidad es sustituir las leyes antiguas por otras nuevas, sus propias normas. Los más necios ni siquiera se dan cuenta de este cambio y los astutos prefieren enmascararlo. Parece evidente que no durarían mucho en este mundo. Aquí, las circunstancias extremas colocan a cada uno entre la espada y la pared, hacen aflorar la auténtica naturaleza y a cada individuo solo se le permite ser como de verdad, en el fondo y no en la superficie, es.

—Otrago Mag, seigar de la tribu Lun Ogaya —digo—. Escúchame bien. Deja que me vaya ahora o te arrepentirás. Toda tu tribu se arrepentirá.

Lúndrag parpadea sorprendido, como si hubiera oído una serie de ruidos incomprensibles. Pero la gravedad cae poco a poco sobre su cara, como una capa de jalea translúcida.

El viejo no dice nada. Parece haberse convertido en piedra.

—Díselo a todos, hijo mío —ordena, al fin.

Lúndrag obedece y se levanta un alboroto entre el público: carcajadas burlonas y gritos escandalizados.

—No estás en posición de amenazar a nadie —responde el viejo.

—Has oído mi advertencia y por tanto no la repetiré. A partir de ahora, actúa como desees.

Arane grita palabras airadas a su padre y me señala con el dedo. Lúndrag también habla con el caudillo, pero en tono más calmado. Otrago Mag no dice nada. Me mira con mayor atención y sus ojos parecen teñirse de diferentes oscuridades, como si detrás de ellos hubiera sombras profundas, luchando unas contra otras.

—Lúndrag dice que eres demasiado peligroso y que debemos matarte ahora mismo, aquí, en el círculo de carromatos. Arane, por el contrario, está deseando que empiece la cacería.

—Tu hijo mayor es juicioso y será un buen líder. En cuanto al pequeño, solo sirve para que lo mandes a la primera línea de batalla. Ya has escuchado sus opiniones, seigar. ¿Qué piensas tú?

—La ley de la tribu dice que el extranjero debe correr y nosotros salir en su busca para darle caza. Por tanto, lo que yo opine no tiene importancia.

Guardo silencio.

Se vuelve hacia un lado y grita órdenes con voz cortante. La muchedumbre estalla en vítores y risotadas. Varios hombres desaparecen entre el gentío y al cabo de poco se oyen ladridos estridentes, lo cual me pone el vello de punta. Vuelven, frenando

como pueden a una jauría de animales parecidos a enormes perros, sujetos por correas que rodean sus cuellos. Estas criaturas son grandes como dogos y de la coronilla lisa sobresalen un par de pequeños cuernos grises y afilados. Tienen el cuerpo listado a rayas ocres y amarillentas, que sin duda les sirven para ocultarlos en los campos de cereales. Sus dos ojos oscuros brillan con un fuego voraz. Ladran sin descanso, mordiendo el aire con sus largos colmillos.

—Quítate las ropas —me ordena el viejo. Luego dice algo, hacia su derecha.

Se acercan dos bárbaros, pero me apresuro a obedecer antes de que me pongan las manos encima. Tiro al suelo el taparrabos mugriento, que llevé puesto durante las luchas de esclavos de Uriana, y la capa que arrebaté a un pordiosero en los subterráneos de la ciudad. Desnudo a excepción del correaje con el cuchillo y el carcaj que cuelga de un hombro, observo con horror cómo los hombres pasan mis ropas por las cabezas de los animales, restregándoselas por los morros. Las bestias las muerden y destrozan. Sus amos los obligan a retroceder a gritos, tirando de las correas.

—Ahora, los luriagos tienen tu olor —dice Otrago Mag.

—¿Vais a lanzarlos contra mí?

—Solo si te alejas demasiado de nosotros. Los luriagos son más rápidos que el hombre y enseguida te alcanzarían y te harían pedazos.

»La caza ha empezado, extranjero. Corre.

Se levanta y grita con júbilo palabras que desconozco y la multitud ríe y vocifera. Se empujan unos a otros y retroceden, hasta abrir en la misma muchedumbre un enorme pasillo. El corredor humano apunta hacia el sur, hacia el Amitas, mi meta. Recuerdo que solo tengo una clepsidra de ventaja, así que echo a trotar a paso rápido, para regocijo de los que serán mis cazadores.

Me detengo.

Jadeando, cubierto de sudor desde la coronilla a los pies, miro alrededor. El lugar parece el adecuado, ya que es un claro de piedras y tierra en este mar de hierbas altas y amarillas. He preferido no correr para no agotarme, pero aun andando a paso rápido, al cabo de pocos orlas ya había roto a sudar y mi respiración se volvió agitada. Es un alaga caluroso y además el viento que sopla desde el sur no aminora el bochorno, sino que lo intensifica, como si un demonio gigante e invisible estuviera soplando su aliento sobre la pradera. Croaga luce con fuerza en el cielo.

Hacia el sur la llanura se extiende monótona, ondulando de manera suave. Hay algunos pequeños bosques en lontananza, precedidos por árboles oscuros aislados, de copa ancha y globosa. Si fuerzo la vista distingo, aún más lejos, que el terreno se vuelve más irregular: en el lomo del horizonte aparecen chepas y jorobas, montes de roca y tierra dura de colores gris y ocre; algunos son de veras abruptos y parecen cabezas enormes cuyos cuerpos hubieran sido enterrados en la tierra. Estas elevaciones son mi principal referencia, ya que tras ellas debe encontrarse el Amitas.

Por el norte, la pradera transita bajo el azote de la brisa tórrida. Allí hay una gran mancha oscura: el campamento de la tribu Lun Ogaya. Los carromatos parecen un puñado de cajitas dispersas, entre las cuales bullen insectos humanos, y el humo de las chimeneas forma hebras finas de color gris. Por la posición de Croaga y mi propia cuenta mental, no ha transcurrido más de un tercio de clepsidra. Todavía queda algún tiempo antes de que salgan en mi persecución.

He de aprovecharlo.

En este claro de tierra, limpio de rocas un pequeño círculo de unos dos tornes de diámetro. Las tolas, esos arbustos secos y leñosos que dan como fruto una especie de bellotas nutritivas, son por fortuna muy abundantes en esta pradera; con el cuchillo parto el tallo de la más cercana y lo llevo hasta el círculo. Luego, arranco a tirones espigas de balo, tantas como puedo cargar de una sola vez, también las llevo al mismo lugar y pongo la tola arrancada encima de ellas para que el viento no se las lleve. Busco entre las piedras, cojo una, luego otra, y las golpeo con el borde romo de la hoja del cuchillo, de refilón. Tuve la tentación de pedirles pedernal en lugar del cuchillo, pero eso les hubiera puesto sobre aviso. Tras muchos golpes de prueba encuentro al fin una piedra de la que brotan chispas con facilidad. Corto trozos muy pequeños de leña de tola, arranco con el cuchillo y las uñas pedacitos de corteza, y retuerzo, troncho y doblo algunos tallos de balo hasta hacer con ellos una especie de pequeñas pelotas

quebradizas. Ya tengo la yesca. Amontono piedras hasta formar una pequeña muralla que lo proteja todo del viento.

Saco las flechas y enrollo en sus puntas las fibrosas y finas espigas de balo, hasta que los triángulos de acero quedan forrados de vegetal seco y amarillento. Las coloco, ordenadas, alrededor del círculo de tierra.

Miro hacia la tribu. Aún no han salido, pero todas estas operaciones han hecho que descuide mi cuenta mental, así que no sé cuánto falta para que acabe la clepsidra de ventaja. He de hacer un esfuerzo y controlar el nerviosismo y el miedo. Tengo una sola oportunidad de sobrevivir y para aprovecharla he de mantener la cabeza fría.

Se lo vi hacer a los soldados veteranos durante el viaje hacia el norte, en la campaña contra los alais: se arrodillaban ante la yesca, golpeaban sus cuchillos contra el eslabón o contra una piedra y al cabo de poco aparecían lenguas de humo en el material combustible. Parecía fácil…

Pero ahora, tras golpear una y otra vez el cuchillo contra la piedra y agacharme en incontables ocasiones para soplar sobre la yesca, descubro que media un abismo entre esos veteranos y yo. Las chispas salen, pero mueren antes de llegar al combustible. Muchas veces estoy a punto de maldecir a los dioses y arrojar lo más lejos posible la piedra y el cuchillo, pero algo me obliga a continuar, a pesar de que el sudor chorrea por mi rostro, de que siento la espalda acalambrada y rígida, arrodillado y curvado como estoy, y de que tengo el antebrazo y el puño entumecidos de tanto golpear y rascar con el cuchillo sobre el mazacote.

Al fin, tras una eternidad de chasquidos, veo un punto de luz pegarse a una brizna y esta se contagia y suelta un brillo pequeñísimo. Jadeo y casi me lanzo de bruces, soplando con un cuidado y un cariño dignos de una madre con su criatura. Parece que todo ha sido en vano, hasta que aparece una bendita y fina lengua gris. Sigo soplando, ahora más fuerte, y nacen las primeras llamitas. Coloco encima de la yesca humeante los pequeños trozos de leña de la tola, y más bolitas de corteza y tallo. Al cabo de poco, la madera prende y el fuego gana consistencia. Coloco sobre la lumbre más trozos de leña. Lo hago de manera cuidadosa, dejando espacios para que entre el aire, para que la lumbre no se asfixie.

Mientras la hoguera crece y se desarrolla, arranco más trozos de madera del arbusto leñoso y los echo para que ardan. Si en el campamento no han visto aún el humo lo harán dentro de poco, así que tengo que darme prisa. Todavía no han salido en mi búsqueda, pero desconfío de que respeten las normas de la caza si descubren mi hoguera.

La cabeza de la primera flecha arde en cuanto la acerco al fuego.

Sus llamas no me permiten apuntar con precisión, ni acercar la punta al cuerpo del arco, así que el tiro perderá también potencia; pero espero que pueda enviarla al menos a cuarenta tornes de distancia, quizá más, puesto que el viento aumentará su alcance.

Empiezo a disparar, una tras otra, las flechas incendiarias. No busco hacer blancos, solo apuntar siempre hacia el norte. Los proyectiles describen una curva de humo antes de caer sobre el manto vegetal.

Pasados varios orlas, cada saeta ha desencadenado una pequeña columna de llamas que tanto mis enemigos como yo podemos ver.

He provocado treinta focos de fuego en una línea amplia y curva, entre ellos y yo. Ahora la clave está en que el viento no cambie. Si lo hace el incendio dará la vuelta y me envolverá; pero si mantiene su dirección los muros de llamas correrán hacia el campamento ocraio. No es una zona boscosa, así que el fuego no será fuerte ni estable; además, parece bastante posible que los bárbaros caven líneas de cortafuegos y así detengan las llamas. Pero eso tendrá ocupados a casi todos los cazadores y dispondré de una ventaja de tiempo que quizás sea crucial. Otro punto a mi favor, quizá el más importante, es que el fuego destruirá mi rastro oloroso y los luargos tendrán serias dificultades para seguirme.

Tal vez los ocraios no logren detener el incendio ni escapar a tiempo de su avance, lo cual provocaría que los carros ardieran; entonces, podría haber muertos y heridos. Incluso sin que las llamas lleguen a tocarles, el humo puede resultar todavía más peligroso, pues el viento lo llevaría hasta ellos y su inhalación sería fatal. Y hay mujeres y niños en la tribu.

Pero ellos tampoco tuvieron compasión de mí. Todos, mayores o menores, varones o hembras, celebrarían mi captura y cantarían y danzarían alrededor de mi cadáver, expuesto como un trofeo ante toda la horda. Les advertí que me dejaran en paz, pero ellos eligieron convertirse en mis enemigos y no vacilaré si se trata de escoger entre todas sus vidas, o la mía. Y al infierno con el mundo entero.

Las llamas que brotaron en los diferentes focos ya se están uniendo en un frente enorme, un muro cada vez más grande que avanza inexorable hacia el norte, devorando la llanura seca y herbosa. El brillo del fuego no parece espectacular, pero sí resulta pavorosa la densa cortina de humo que levanta. Consigo detectar un movimiento frenético entre las carretas, pero enseguida el aire empieza a ondularse y tornarse borroso a causa del calor, y el humo termina por taparlo todo.

Cada instante es un lujo y no puedo desaprovecharlo, así que tiro el arco porque ya no tengo más flechas, y conservando el cuchillo echo a andar a paso rápido, hacia el sur.

El rebaño de argos parece una mancha rojiza y oscura, a medio sorcora de distancia de mi posición. Están abandonando la gran charca de la que han bebido. Toda esa alfombra confusa de pelo, cuernos y músculo, envuelta en la niebla del polvo alzado por sus miles de pezuñas, avanza con lentitud hacia el suroeste.

Paso una lengua seca por mis labios. También yo debería llenarme de agua, como esas bestias. No he encontrado ningún abrevadero natural desde la mañana y la posición de Croaga en el cielo me revela que debo haber caminado casi sin descanso durante cuatro o cinco clepsidras. Con este calor, y caminando a un ritmo tan rápido en mi viaje hacia el Amitas, debería beber pronto si no quiero caer sin sentido en una o dos clepsidras más; pero esa charca supondría un desvío de mi itinerario y quizás media clepsidra perdida.

El incendio del norte es solo una línea difusa y gris. Desconfío de que las llamas o el humo hayan acabado con los bárbaros; me parece más probable que estas gentes acostumbradas a sobrevivir en la pradera hayan conseguido salir a tiempo de la trayectoria del incendio, o hayan cavado cortafuegos efectivos. Si han sobrevivido, en cuanto el peligro de las llamas esté lejos se lanzarán en mi busca, y a la excitación de la caza habrá que añadir ahora la cólera y el odio. La pregunta es: ¿cuánto tiempo les he robado?

Estoy sobre una elevación de tierra dura y ocre, listada con franjas de piedra negra y gris. Escalando sus paredes rugosas llegué a la cumbre y desde aquí puedo contemplar con cierta perspectiva el panorama que me rodea. Por el sur el terreno sigue ondulando, forrado de cereales y maleza salvaje, pero hay más claros de tierra. Comienzan a menudear las rocas y los picos de punta suave —como este en que me hallo—, emergiendo abruptos del mismo suelo, como clavos gigantescos. Después de los oteros y los montes se encuentra la cinta brillante que es el Amitas.

Miro de nuevo la manada de argos salvajes. Se alejan de la gran charca. Me vuelvo hacia el norte e intento distinguir, sin éxito, hombrecitos que tiren de las correas de sus luargos; tampoco oigo los gritos y los ladridos propios de una batida. No hay nada, excepto el rumor de la brisa que proviene del sur.

Llego al borde de la elevación y desciendo. Siento la cabeza ardiente, con una pesadez que empieza a alarmarme; he de beber si no quiero caer agotado en una o dos clepsidras.

Al cabo de poco llego hasta la gran charca. En realidad es un lago de cierta amplitud, tal vez una afloración de aguas subterráneas o un cuenco natural, profundo, que recoge las aguas de las lluvia. En las orillas plagadas de juncos descubro animales herbívoros y algún que

otro pequeño depredador, pero todos huyen de mi presencia. También escapa una bandada de pájaros de colores azul y negro; mi corazón da un vuelco, ya que la espantada de las aves debe haberse visto al menos a un sorcora de distancia.

No pierdo tiempo. Rodeo la gran charca, buscando una zona limpia de los excrementos de argo que flotan en la superficie. La zona pisoteada por la manada aparece arrasada y sembrada de bostas enormes, en las que podría hundirme hasta el tobillo, y que despiden aún vapores y un hedor espantoso. Encuentro una zona de la charca que parece limpia y me meto en el líquido para quitarme de encima el sudor y la mugre. Pruebo el agua. No parece contaminada. Me arriesgo a beber hasta llenar el estómago. Si los animales han abrevado quizás mi organismo también pueda aguantarla.

Salgo más fresco, lleno de energías, dispuesto a seguir por el camino.

Hacia el norte, distingo una ola de puntos oscuros que vuelan hacia el cielo. Otra espantada de aves. Quedo inmóvil, con el corazón latiendo salvaje en el pecho. Al fin, tras instantes de tensión insoportable, escucho un rumor: ladridos.

No lejos de mi posición hay una porción de orilla arenosa, como una playa diminuta. Ya en ella, me lanzo al suelo y me revuelco en él. La tierra se pega a la humedad, formando costras de barro que al final caen, una tras otra. Tras el secado de arena revuelvo con las manos mi cabeza y palmeo los miembros para quitarme de encima los últimos pedazos sólidos de tierra. Corro hasta la zona donde los excrementos de argo son más frecuentes. Aprieto las mandíbulas a causa del hedor mareante, reuniendo coraje para vencer al asco. Me tumbo y restriego mi cuerpo con las heces aún calientes y suaves; embadurno mi pelo, mi cara, mi pecho, cada parte del cuerpo, y lo hago rápido, pues escucho cada vez con más claridad los ladridos que vienen del norte. Creo que no hay heridas ni brechas en mi piel; si el excremento se colara en cualquier corte la infección quizás me matara. Latido a latido, el hedor me parece más soportable; sé que al final me acostumbraré a él; no me queda otra opción si quiero sobrevivir.

Al fin, todo mi cuerpo queda cubierto por una capa espesa y resbaladiza de bosta de argo, que el calor va secando y transformando en una costra de barro anaranjado y oscuro. Incluso he untado el puño del cuchillo, la vaina y sus correajes. Echo a correr hacia la enorme senda que la manada de argos abrió en la espesura. Es un camino ancho e irregular de espigas y maleza dobladas y aplastadas. Solo me detengo para agacharme, coger puñados de excrementos y pasármelos por cualquier zona de mi piel que aún está libre de ellos.

Sigo alejándome de la charca, sin salirme jamás del rastro gigantesco dejado por los argos. Cuando estoy a unos seis coras de

distancia del agua los ladridos ya se oyen con perfecta claridad, demasiado cercanos. Salgo del camino de plantas pisoteadas y escalo una suave elevación, coronada por maleza. Allí quedo quieto, tumbado sobre el estómago, vigilando la charca.

Veo los luargos, corriendo y dando vueltas alrededor de las riberas. Sus dueños no están con ellos y comprendo que los soltaron para que pudieran correr a toda velocidad, siguiendo mi rastro oloroso. Si me encontraran me harían pedazos con sus colmillos; no tendría posibilidades ni siquiera contra uno o dos, y ahí veo ahora unos quince. Sus bocas se abren y cierran sin parar, rugiendo y ladrando. Hunden los morros entre las plantas y olisquean. Quizás fue la espantada de pájaros, cuando llegué a la charca, lo que reveló mi posición a los cazadores. Ellos deben estar acercándose a pie, preparándose para recoger lo que quede de mi cadáver, destrozado por sus fieras.

Los luargos deambulan alrededor de la charca, alejándose de las zonas llenas de excrementos de argo. Algunos se meten en la maleza destrozada por el rebaño y toman la dirección que he seguido, y es entonces cuando siento relámpagos de pánico… Pero vuelven hacia atrás; no entienden qué ha pasado con mi rastro oloroso; sus cerebros no pueden imaginar que lo anulé al untarme con las heces apestosas de argo, metiéndome acto seguido en el sendero abierto de la manada. Mi esperanza es que el poderoso olor de esta especie de bueyes de la pradera enmascare mi propio aroma corporal, mucho más débil. Los luargos vuelven a la charca; sus toscos cerebros piensan que su víctima debe hallarse aún entre los juncos de la charca, pero no la encontrarán. Seguirán dando vueltas por allí, confundidos, hasta que en una clepsidra, o aun menos, lleguen sus amos.

Mi treta puede engañar a los animales, pero no a los hombres. Descubrirán en el suelo las huellas de mis pies y leerán en el terreno como si fuera un libro abierto.

Con todo tipo de precauciones, vuelvo a la senda de los argos y sigo andando por ella con rapidez. En el caos de huellas de pezuñas y terreno levantado tal vez los cazadores no descubran las marcas de mis pies, así que continuaré este camino durante unos pocos coras, para después salirme de él y volver a la espesura, siempre en dirección al sur.

El Amitas brilla en el horizonte, como una banda ancha y azul, salpicada de puntos luminosos. En sus orillas hay juncales y pequeños bosques.

Aún se encuentra a unos tres sorcoras de mi posición.

Bajo del último monte que me ha servido de atalaya. Camino

agachado, escondiéndome tras las murallas de balo, y las tolas. No puedo exponerme a la vista y llevo un camino errático; no sigo una línea recta porque en la pradera se abren, como quemaduras en el cuero cabelludo, eriales de tierra, piedra y arbustos bajos. He de esquivarlos para ir siempre por las zonas que ofrezcan mejor cobertura.

Media clepsidra atrás, descubrí un vigía.

Yo había subido a una de las muchas elevaciones terrosas de la zona y le descubrí en la distancia, sobre un otero parecido al mío. Fue un solo instante, antes de que desapareciera tras una roca. Sería un cazador joven o torpe, pues se dejó ver.

Los demás también debían estar buscándome desde las cimas de los montes más altos, escondidos o tumbados sobre el estómago, en el borde de cada pico o meseta; quizás incluso ahora busquen mi figura en estas extensiones salvajes. Si me ven sin duda avisarán, de una manera que yo no pueda detectar, a sus compañeros, los cuales deben encontrarse en una posición más atrasada, mientras siguen buscando mi rastro en la espesura. En tres ocasiones oí el ladrido de los luargos y cada vez me parecían más cercanos. El sudor y el movimiento constante han acabado con mi coraza barrosa de excrementos de argo y me pregunto si los animales podrán encontrar de nuevo mi auténtico olor. En cualquier momento espero ver la jauría corriendo por la llanura y los montes, en busca de mi garganta. Y esta vez no habría forma de eludirlos.

Suena un grito humano. Le acompañan otros y estallan los ladridos. Miro por entre los tallos de tola que componen mi último escondite y veo a un hombre que se levanta en la cima de un mazacote pétreo, a menos de un sorcora de distancia, y que hace aspavientos con los brazos y no se preocupa por disimular; es difícil interpretar con exactitud sus movimientos, pero creo que señala hacia mí.

Me han visto.

Echo a correr, a un ritmo sostenido que sin duda dentro de poco habré de aumentar. Me abro camino por entre las espigas y salgo a campo abierto. No hay tiempo ya para añagazas y el sigilo es innecesario; ahora solo importa la rapidez, la capacidad de mis piernas para llevarme al Amitas antes de que me capturen los enemigos.

A mi espalda oigo más gritos y entre ellos restallan como latigazos los ladridos de los luargos. Me vuelvo, pero todavía no consigo verlos; no obstante, sé que ya corren y avanzan en mi busca.

Delante de mí hay una pequeña llanura, unas dos sorcoras de terreno abierto en el cual se alzan arboledas y alguna que otra espesura de maleza seca. Los campos de balos se van espaciando a medida que el terreno se acerca al río.

Sigo corriendo, tomando el aire y soltándolo de manera controlada. No debo agotarme, he de guardar un fondo de energías para el último sorcora. Miro en todas direcciones, intentando encontrar a mis enemigos. Oigo sus silbidos y sus gritos y en una ocasión veo un hombre a unos siete coras de mi posición, sobre una loma, haciendo aspavientos con los brazos. Sigo corriendo, saltando sobre las dunas de tierra, eludiendo los pedregales, sintiendo el vacío del miedo en el pecho y la garganta.

Me vuelvo al escuchar demasiado cercanos los ladridos y distingo una nubecilla de cuerpos oscuros, medio tapados por las espigas. Los han soltado y se acercan a la carrera. Corro más rápido y aprieto los dientes. El Amitas está muy cerca, ya puedo distinguir con claridad sus riberas vestidas de juncos amarillentos y de tierra ocre. Los ladridos me persiguen y llenan mi cabeza, amenazando con hacerla estallar. Algo zumba a mi lado y veo pasar una masa confusa que se estrella y rebota contra el suelo, alzando una nube de polvo. Boleadoras. Más gritos. Subo por una colina herbosa y me lanzo por el otro lado, casi rodando. Arriba, una flecha atraviesa el aire y se pierde entre la espesura. Me incorporo y sigo corriendo.

Un hombre aparece en mi campo de visión, a la izquierda. Corre y aúlla, señalándome, blandiendo su cuchillo. Hago un quiebro y lo esquivo, dejándolo atrás. Me vuelvo mientras desenvaino el cuchillo; no esperaba mi golpe y la hoja atraviesa su cara y dibuja un arco rojo y brillante en el aire. Trastabilla y se desploma, gimiendo. No tengo tiempo para comprobar si ha muerto, pues ya estoy otra vez en plena carrera.

Veo otros dos bárbaros, a uno o dos sorcoras de distancia. Sus boleadoras giran sobre las cabezas, soltando zumbidos profundos. Llego al borde de una ladera empinada cuyo fondo desemboca en el propio Amitas y me lanzo sin cuidado, cayendo de bruces, girando sobre mí mismo y rodando sobre la tierra y las piedras. Sigo cayendo mientras los luargos ya bajan por la ladera, envueltos en una nube ensordecedora de ladridos.

Llego a los juncales. A cuatro y dos patas avanzo hasta el barro, chapoteo y penetro más y más en el Amitas, que parece abarcar medio mundo. Las aguas se levantan entre mis pantorrillas. El primer luargo se mete en el líquido y se me acerca, mostrando los colmillos. Espero a que esté a la distancia adecuada y lanzo un golpe con el cuchillo que le atraviesa un costado del cuello. Los rugidos se convierten en gemidos de dolor y acuchillo más veces, abriendo su costado. El animal huye, moribundo.

Espero el ataque del siguiente, pero oigo silbidos penetrantes y los luargos se detienen, indecisos entre dejarse llevar por su instinto depredador u obedecer a los amos. Dan vueltas sobre sí mismos,

levantando pequeñas cortinas de agua. Lloran y gimotean. Sus ladridos se hacen lastimeros, como si sufrieran algún tipo de agonía incomprensible para nosotros, los hombres. Al fin, echan a correr ladera arriba, abatidos y desgraciados, mientras sus dueños continúan llamándolos a silbidos.

En la cima de la cuesta veo unos quince bárbaros, entre los cuales ya corretean los luargos. Reconozco a Otrago Mag y a Lúndrag. El viejo seigar grita a sus hombres. Algunos me apuntan con sus flechas. El caudillo barre hacia abajo el aire con los brazos. Su rostro pétreo y arrugado está lleno de ira y sus ojos arden como ascuas.

Poco a poco, sus gentes bajan las armas. Lúndrag me contempla en silencio, como una piedra con formas humanas, vomitada por la llanura. Su mirada podría traspasarme y llegar hasta el fondo del Amitas.

Los ocraios quedan quietos. Oigo los gemidos y los jadeos de los luargos, el chirrido de los pájaros, la brisa sobre los juncos y el rumor del río.

—¡He llegado al río! —grito—. ¡Tenéis que dejarme marchar!

No hay respuesta. Los bárbaros miran hacia Otrago Mag, esperando su decisión. Su cara se vuelve por momentos más y más gris y los huesos luchan por escapar de la prisión de piel. Se me ocurre que no es un hombre, sino un esqueleto con un hálito de vida.

—Prendiste fuego a la pradera —dice con lentitud, en durbano, para que pueda entender su mensaje. Sus palabras se arrastran, como piedras rechinando contra piedras.

—Las normas de la caza no lo prohibían —contesto—. Estaba en mi derecho, para alcanzar mi objetivo y salvarme. ¿Acaso murieron muchos?

—No. Logramos atajar el incendio con zanjas, pero el campamento debió abandonar su sitio y perdimos demasiado tiempo al hacer todas esas cosas. Por eso, solo por eso, has conseguido llegar al río.

—Seigar de los Lun Ogaya, he superado la prueba y por tanto no podéis matarme. Así lo dicta la ley de la tribu. Tú mismo lo dijiste. Nadie está por encima de ella. Ni siquiera tú.

Sus ojos se entrecierran con furia y veo culebrear, bajo el manto arrugado, los músculos de la mandíbula. Parece escandalizado porque un extranjero, un enemigo, utilice sus propios argumentos. Tal vez considera sus costumbres demasiado elevadas, íntimas y hermosas como para que alguien de fuera las invoque.

Pero la ira va pasando poco a poco, sustituida por cierta serenidad, cierta amargura y el peso de los años y las responsabilidades, que aplasta sus hombros y sus facciones. Lanza un suspiro y con él escapa no solo aire, sino también un buen puñado de sentimientos enfrentados.

—Nadie está por encima de la ley de la tribu. Puedes marcharte. Cruza el río.

Asiento, despacio.

Otrago Mag da más órdenes a su gente. Le miran con sorpresa y algunos incluso protestan, pero los silencia con un vozarrón que sorprende por su ferocidad. Los arcos bajan y las boleadoras vuelven al cinto.

Estalla un grito iracundo. Es Arane, el hijo pequeño, el impulsivo. Discute y vocifera con su padre, señalándome varias veces. Otrago Mag le contesta con negativas, cada vez más enojado. Lúndrag también habla, aunque con más calma. Comprendo que ambos intentan —de distintos modos— acallar las protestas del más joven.

No da resultado, porque Arane echa a correr ladera abajo, sacando el cuchillo de la vaina. Viene en mi busca. Su padre le grita con los ojos muy abiertos, pero al ver el rostro del hijo pequeño comprendo que la ira ha quebrado el espinazo de la disciplina y de la razón. Ya no hay tribu para Arane, ni seigar, ni normas, no hay más que un extranjero al que quiere cazar, al que hay que arrancar la cabeza para colgarla de la puerta de su carro. Soy alguien que se ha burlado de ellos, que les dio esquinazo una y otra vez, y no está dispuesto a consentirlo. Por el rabillo del ojo veo a los hombres levantando los arcos, pero no pueden apuntar con precisión, pues Arane ya salta hacia mí, metiéndose en el agua, haciéndola volar en columnas plateadas y brillantes.

Nos cogemos por las muñecas, reteniendo cada uno el cuchillo del otro. Gesticula y gruñe, intentando arrollarme, así que giro y ambos caemos al agua. Entre un caos de burbujas tratamos de darnos cabezazos y patadas. Intentamos liberar el cuchillo, pero los dedos aprietan con fuerza la piel, como intentando traspasar los tendones y los músculos y agarrar el propio hueso. Salimos y seguimos forcejeando. Giro el cuchillo y corto su antebrazo. Retrocedo un paso y su acero pasa a un palmo de mi abdomen. Las armas chocan, pariendo un crujido vibrante. Cierra contra mí, pero el agua dificulta sus movimientos. Esquivo su arma de nuevo, casi de milagro. Embisto, le hago un tajo en el muslo y se agacha de manera involuntaria. Su perdición. Mi hoja entra en el cuello, bajo la barbilla, atravesándole la nuez y la boca. Cuando abre sus labios veo el acero, cortando lengua y paladar. Abre mucho los ojos, en una última expresión donde hay más de incredulidad que de furia. Me separo de él y se desploma sobre la superficie violentada.

Se levanta, chorreando agua y sangre por entre los dientes. Veo hombres cerca de la orilla, con las armas desenvainadas. Algunos apuntan con sus flechas desde la colina de tierra. Sigo retrocediendo, muy cansado. Arane levanta la mano una vez. Es un gesto torpe y

patético, su último movimiento consciente. Sus ojos se vuelven blancos y cae de boca al agua, levantando una plácida sábana de humedad.

Los bárbaros se le acercan y le cogen de las axilas. En el silencio espantoso les veo volverse hacia Otrago Mag, negar con la cabeza y decir algo en su propio idioma.

El viejo seigar está rígido, con los ojos tan abiertos que sospecho que escaparán volando de la cara en cualquier momento. Se tambalea una sola vez y dice algo en voz muy baja. Llega hasta el hombre más cercano y le arrebata el arco y la flecha.

Me apunta, mostrando los dientes, como una alimaña. El resto de los hombres le imitan. Pero todos habrán de esperar, pues ha de ser él quien lance la primera flecha.

De nada me serviría intentar escapar a nado. Antes de la primera brazada mi cuerpo parecería el de un puerco espín.

—Sois animales, ¡nada más que animales! —le grito—. ¿Dónde están ahora las leyes de la tribu?

—¡Cállate! —La voz de Otrago Mag ha perdido algo de firmeza. Respira a jadeos, mientras tensa un poco más la cuerda. Sin mover el cuerpo, su mirada va hacia Arane, cuyo cadáver ya sacan del agua. Durante unos latidos el viejo líder parece no poder creer lo que está viendo. Luego me mira de nuevo, con los ojos preñados de humedad —. Has matado a mi hijo.

—¡Él me atacó! Se lo prohibiste, así que no fue culpa mía. Estaba en mi derecho de defenderme. No he roto ninguna norma. ¡Debéis dejar que me marche porque he superado vuestra maldita caza!

—Mi pequeño. Mi niño.

Continúa en su propia lengua, entre susurros. Casi puedo leer los recuerdos que pasan por su mente, hiriéndole uno tras otro. Vuelve a mirar a Arane, que ya es depositado en el suelo de la orilla, convertido en un fardo húmedo e inerte que aún despide sangre por la garganta destrozada. Las lágrimas brotan al fin de los ojos del padre e intenta componer el rostro, reprimiendo una mueca de dolor. Cuando se vuelve hacia mí, inspira aire y su mirada enloquece.

—¡Está bien, hijo de puta! —grito—. ¡Dispara! ¡Hazlo!

Queda inmóvil. Vuelve a mostrar los dientes y apretar las mandíbulas. Todo su cuerpo se pone rígido, como si fuera una enorme banda de pellejo y huesos que unas manos invisibles estuviesen estirando, más y más. En su faz húmeda aparece una expresión aterrada que va tornándose en desaliento, y luego calma. Una amarga serenidad.

Comienza a destensar la cuerda, para asombro de sus gentes. Mientras me mira me parece que ha dejado de ser un hombre y se ha convertido en una estatua, un dibujo, una caricatura y una majestad,

un ser que está más allá de las bajezas y grandezas de lo humano. Hay dureza y comprensión en sus ojos, y también tristeza, una enorme tristeza.

—No —dice, en durbano—. Sin ley, desaparecerá la tribu. Nadie está por encima de la ley. Nadie.

Le contemplo, admirado y sorprendido. La cima del poder exige un alto precio. Ahora, él lo está pagando.

—Puedes irte —contesta con una voz neutra, llena de pesar y cansancio, pero imposible de romper—. Cruza el Amitas y no vuelvas jamás a pisar nuestra tierra.

»Si volvemos a verte nada ni nadie te protegerá de nuestra ira.

Parpadeo, como si todo esto le hubiera ocurrido a otro y no a mí. El seigar ordena a sus gentes que bajen los arcos y envainen los cuchillos. Los hombres gritan indignados, no entienden nada y alguno hasta osa a increpar a su líder. Incluso los luargos parecen ladrar con enfado.

Solo Lúndrag está tranquilo, lleno de tristeza y comprensión, mientras mira al hermano muerto.

Otrago Mag levanta los brazos y las voces desaparecen. Dice algo sin mirarles. Luego baja las manos y también las cabezas se humillan.

No quiero forzar más mi suerte, así que me vuelvo y camino por el río hasta que el agua llega a mi cintura. Comienzo a nadar hacia la otra orilla.

Camino a través de esta pradera que parece inacabable.

Han pasado ya dos alagas desde que escapé de los ocraios. El Amitas queda al norte y de nuevo he tomado la resolución de viajar en paralelo al gran río, pero distanciado de sus orillas para evitar las aldeas de pescadores, o que los navegantes de cualquier embarcación lleguen a verme. Aún estoy desnudo, no he tenido ocasión de cazar ninguna criatura y el balo y la tola no son plantas con las que pueda hacer tejidos. Todavía queda el peligro de que me atrape otra tribu de ocraios, pero no tengo otra opción que continuar viajando hacia el noreste.

Ahora atravieso una zona aún más agreste que las tierras al norte del Amitas. Entre los campos de hierbas hay grandes espacios de tierra seca, charcas y también arboledas oscuras. El terreno se ondula y abundan un tipo de elevaciones abruptas, tubulares, de colores ocre y negro; se ensanchan por la base, convirtiéndose a veces en auténticas mesetas montañosas, y entre ellas discurren gargantas y cañadas de altos muros.

Todo esto, supongo, no es más que el preludio de esa formación montañosa gigantesca llamada el Laberinto, que debe comenzar en algún punto allende el horizonte sureño. El Laberinto es la última frontera meridional de Durba.

Agarro un buen puñado de tolases de una tola y empiezo a masticarlos. Croaga ya está ocultándose y no parece conveniente dormir al raso, sobre la misma llanura. Como ayer, debo ir a una de esas elevaciones rocosas, capaces de darme cobijo.

Transcurren cerca de dos clepsidras mientras me aproximo a una gran mole rojiza y oscura, de cima tan suave que asemeja una planicie. Su fachada está listada en diferentes tonos de ocre y hay cañadas y pasos que serpentean desde la misma base. Me bastará con encontrar algunas rocas altas con grandes huecos, donde esconderme en la noche.

Cuando la sombra de la montaña me cubre con su frescor oigo un chasquido lejano y me quedo inmóvil, agarrando el cuchillo todavía guardado en la vaina. Busco sobre la inmensa pared, pero no encuentro nada. La naturaleza siempre produce sonidos sospechosos. Quizás me he asustado en exceso.

Vuelvo a oír el chasquido y exploro de nuevo con la vista. Al fin, veo una figura amarillenta y lejana que salta de roca en roca. Es un trebio, aunque no blanco como los de los montes de Sarlia, sino dorado, quizás para camuflarse mejor en este ambiente. Se detiene, como un punto peludo al que le hubieran arrancado de pronto la vida, y suelta un balido que el eco multiplica. Reanuda sus brincos, volando

desde una peña a la siguiente.

Suspiro. Retomo la búsqueda de una buena roca que me proteja para pasar la noche.

Me vuelvo agachándome, con los ojos muy abiertos. Oigo un zumbido tenue y noto un pinchazo en las costillas. Mis dedos encuentran un dardo muy fino de madera, clavado en mi costado derecho. Lo saco de la herida. Es largo como dos manos y tiene una punta triangular de acero y pequeñas plumas en el extremo posterior. Ruedo sobre mí mismo, sin soltarlo, y me escondo tras una enorme piedra. Me llevo el dardo a la nariz y noto un olor acre y punzante.

Echo a correr con todas mis fuerzas, en zigzag, pasando de una roca a otra. Me detengo para tomar aliento y saco la cabeza, buscando en la ladera de piedras, tierra dura y matorrales. Hay cientos de lugares donde el tirador puede estar escondido. Parpadeo, cansado. La visión empieza a nublarse. Salgo de la roca y echo a correr de nuevo, pero al cabo de poco siento los pies torpes, como si estuvieran hechos de madera rígida. Caigo de bruces e intento arrastrarme sobre las manos y el pecho. Me cuesta respirar y tengo la frente perlada de sudor frío.

Solo espero que el veneno no sea mortal.

Los párpados me pesan demasia…

Abro los ojos y los cierro de inmediato, pues un viento furioso me ha golpeado las retinas, provocando el flujo de lágrimas. Es un aire que ruge contra mis oídos, contra todo mi cuerpo, zarandeándolo de manera salvaje.

He captado durante un instante la visión y… ¡no puede ser! Debo estar soñando. Esto es una pesadilla.

Abro los ojos de nuevo y mis temores se hacen realidad. Grito con todas mis fuerzas, vencido por el pánico, pues veo la pradera, las montañas, el suelo…

…A cientos de tornes de distancia.

Estoy volando.

Las imágenes pavorosas deshacen mis pensamientos y no consigo razonar. Me debato, pero encuentro las manos atadas tras mi cintura. También tengo los brazos sujetos al torso por gruesos cabos. Estoy colgado boca abajo a una altura horrenda, viendo cómo el mundo entero cabalga, tan lejos de mí. Me vuelvo hacia arriba y descubro mis pies igualmente atados por los tobillos, sujetos a un cable que sube hasta…

…Hasta la panza de un monstruo alado que mueve con ligereza sus alas, unos dos tornes por encima de mis pies. Me sale un nuevo grito de la garganta, pero tengo la voz tan ronca que el alarido muere en forma de gruñido quejumbroso.

Hago esfuerzos para no perder la cordura, girando sobre mí mismo, atado, colgado de este cable, con el viento rugiendo y levantando mi barba y mi pelo, mientras vuelo sobre las praderas y las montañas de Durba.

Vuelvo a mirar hacia arriba. La cuerda que me une al ser termina en un nudo sobre una gruesa argolla. Esta a su vez se encuentra en el reverso de algo parecido a una extraña silla de montar, la cual rodea el cuerpo del animal alado.

Dicha criatura, una oscuridad contra las nubes y el brillo de Croaga en los cielos, me recuerda, más que a un pájaro, a una gran manta raya de las profundidades de los mares de mi mundo natal. Las dos alas se unen al cuerpo plano y carnoso no como miembros o extremidades, sino como extensiones de sus costados, casi dibujando dos medias circunferencias. Ondean con suavidad y su movimiento resulta en cierto modo hipnótico. Comprendo que no está ganando o perdiendo altura, ni tampoco velocidad. Se limita a planear, dejándose llevar por la inercia. La panza no se ve muy abultada, sino plana. De ella nacen cuatro extremidades, dos anteriores y dos posteriores, de tres articulaciones cada una, dotadas de cuatro dedos con uñas filosas, dobladas y recogidas contra la tripa. Encima del lomo deben caber seis hombres en pie, sin apreturas. El cuerpo del monstruo se estrecha según se acerca a la cola, larga y gruesa, con una enorme aleta perpendicular. Este apéndice tal vez haga las veces de timón o contrapeso respecto al extremo más adelantado del ser. En la parte anterior del cuerpo nace un cuello más grueso y musculoso que la cola, también tubular, pero menos largo. Es allí, cerca de su unión con el lomo, donde se encuentra la extraña silla de monta, con su argolla y el cable que me sujeta. La cabeza tiene forma triangular y aplastada, con una boca que muerde un conjunto de complicados arreos. Los colmillos de la criatura son curvos y cada uno es más grande que una de mis propias manos.

Desde mi posición puedo ver parte del jinete, encaramado sobre la silla de madera y atado a ella por correas de seguridad. Sus pies se afirman en unos estribos, con espuelas parecidas a hojas de guadaña. Al mover las piernas hacia atrás las puntas deben pinchar la panza de la criatura, aguijándola para que vaya más rápido. En la silla hay estuches sujetos con correas, conteniendo quizás un arco y sus proyectiles. También descubro, igualmente atados con traíllas de cuero, una ballesta y su caja de cuadrillos, y un cuchillo largo y curvo, metido en su funda.

El jinete no parece alto, aunque sí delgado. Viste una túnica corta que deja sus blancas piernas al aire y calza sandalias, cuyas tiras cruzadas suben casi hasta la rodilla. Esto es raro en Durba, donde los guerreros van descalzos. Lleva puesta una capa gruesa que le protege

del frío. La enorme prenda escapa sobre sus hombros y bajo sus brazos y ondea al capricho del viento. Todas las ropas son muy oscuras. Tiene manos pequeñas, por lo que me pregunto si no será un muchacho. Desde mi difícil posición no consigo ver su cabeza.

Caigo en la cuenta de que Croaga hace mucho que ha salido. Si me capturó antes de la noche de ayer, quizá llevemos clepsidras volando. Venciendo poco a poco el terror, intento reconocer, sobre el lejano tapiz que es la tierra, el río Amitas, o tal vez alguna ciudad. Pero la pradera ya casi ha desaparecido, siendo relevada por una inmensa costra gris y negra, medio hundida entre ríos de algodón blanco. Una cadena montañosa.

El miedo empieza a remitir y llega la furia. Intento soltar las muñecas, sin éxito, pues me han atado bien. No tengo tampoco el cuchillo. Trato de doblarme y levantar el torso, pero las sacudidas del viento me obligan a girar sobre mí mismo como un pelele. Además, noto cada vez más frío y al deficiente riego de la sangre por culpa de las ataduras se suman el helor y el entumecimiento, que invaden mi organismo de manera lenta y tenaz.

Aun así, encuentro fuerzas para gritarle a mi enemigo, buscando captar su interés.

Me ha oído, porque se inclina hacia un lado, mostrándome la cabeza por entre los pliegues de su capa. Lleva puesto un casco sencillo que se amolda a la forma del cráneo; el casco parece hecho de cuero endurecido o de algún tipo de metal pulido, en tono muy oscuro; cubre la mitad de su cara, bajando casi hasta los labios, y los dos visores anchos y rectangulares me permiten descubrir unos ojos de color verde claro, muy brillantes, que me miran con atención. Sobre la nariz hay un extraño resalte, como si al casco le hubiera nacido un suave pico metálico. El jinete aéreo no tiene barba, su línea de mentón es afilada y sus labios carnosos se curvan en una sonrisa desafiante. El pelo escapa bajo el borde del casco, recogido en una larga coleta de color castaño oscuro.

—¡Bájame a tierra y libérame! —grito, intentando vencer al aullido del viento—. ¡Hijo de puta, bájame!

Los ojos verdes parecen agrandarse, así como la sonrisa, mostrando dos hileras de dientes muy blancos. Tira de las correas y el animal suelta un mugido ronco y profundo. El mundo gira en torno a mí, las nubes voltean hasta convertirse en el suelo y las montañas suben hasta perderse de vista en un fondo lejano y confuso. Oigo una risa diabólica y divertida mientras el animal describe una vuelta más sobre sí mismo. Su dueño vuelve a tirar de las riendas y el vuelo se estabiliza. Tengo el estómago en la boca y mi corazón quiere atravesarme el pecho y salir disparado hacia las alturas. Jadeo, intentando vencer el vértigo que aún golpea mi mente.

—¿Quieres más vueltas? —me pregunta el jinete, con voz alta y clara.

Intento contestar, pero no consigo decir nada comprensible.

—¡Entonces cállate! —me grita.

Y vuelve a reír.

Ya he comprobado que su voz es de mujer.

Recuerdo, por entre las brumas del mareo, que hay una ciudad-estado llamada Etria, en la cordillera del Laberinto, al sur de Ocrai. Ese lugar está gobernado por mujeres guerreras que utilizan animales alados para atacar y saquear las caravanas próximas a las faldas septentrionales de sus montañas.

Todo apunta a que he caído en poder de una de estas saqueadoras y que me lleva con los suyos, hacia algún punto remoto del Laberinto, donde se alzará Etria, su ciudad.

El viaje ha durado un tiempo indefinido, tal vez orlas o tal vez eternidades.

Mientras bajamos, Croaga aún brilla en el cielo. El jinete obliga a su montura a descender con suavidad y las alas se mueven como ondas de carne oscura, frenando la velocidad de su caída. Mi cuerpo toca la tierra y quedo inmóvil, tan agotado por el vuelo que no puedo intentar nada. La criatura desdobla las cuatro patas y las asienta con firmeza. Pliega sus alas, como si fueran enormes sábanas, y las coloca sobre el lomo de formas duras y suaves. La mujer del casco suelta las correas de seguridad de la silla y baja dando un salto.

Echo un vistazo alrededor. Estamos en una especie de claro dentro de un bosque denso, compuesto de árboles afilados y oscuros que recuerdan a los pinos terrestres. Esta vegetación se extiende sobre el terreno descendente y ascendente que nos rodea, puesto que nos hallamos en una más de las muchas estribaciones montañosas que abundan en este territorio: barrancas, rocas, cañones y picos sobre los que se extiende una alfombra parda y verdosa, tocada por nubes perezosas y pinceladas de nieve.

Los pájaros y las criaturas trinan y chirrían. Cierro los ojos, dejando que el calor de Croaga bañe mi cuerpo desnudo, helado, víctima de un defectuoso riego sanguíneo.

Abro los ojos. La criatura alada levanta la cabeza triangular y lanza una especie de berrido muy grave, al parecer sin razón aparente. Se queda quieta y se mordisquea bajo las alas, tal vez para acabar con algún picor.

Su dueña tira de los extremos adecuados del nudo y lo suelta de la argolla. Desata las correas de la silla, que cae cuando el animal agacha dócil la cabeza. La mujer le grita y da palmadas, se mete dos dedos en la boca y emite repetidas veces un silbido característico. El animal se agita, muge y empieza a saltar sobre sus grandes patas. La dueña hace aspavientos con las manos, como ordenándole que se marche, y vuelve a silbar. Al fin, con un gruñido que se va volviendo más y más agudo, la bestia levanta el vuelo aleteando con fuerza, alzando nubes de tierra, de hojas finas como agujas y de frutos caídos de los árboles. Sube majestuoso entre las copas de los árboles, meneando la cola como si fuera una serpiente gigantesca, y se aleja volando.

Dejo caer la cabeza para apoyarla en el suelo. Croaga está acabando con el frío que me hace temblar sin control.

La mujer coloca junto a una roca la silla de monta y toma de ella varios sacos. Se me acerca, aún llevando puestos el casco y esa gran capa que le cubre la espalda y el torso, bajando hasta las rodillas. Se agacha junto a mí, observándome con sus ojos esmeraldinos. Intento

apartarme, pero estoy aún atado y muy débil. Sus manos me agarran el rostro y me obligan a mirarla. Tiene dedos fuertes y firmes. Me palpa el cuello, buscando el riego sanguíneo.

—Sobrevivirás —juzga—. Toma, bebe esto.

Empuja contra mis labios una pequeña cantimplora y trago alguna especie de aguardiente que calienta mis entrañas, disipando el frío y el cansancio. Después de darme a mí, ella toma un largo sorbo.

—Voy a aflojar los nudos, pero no te hagas ideas raras —advierte, con voz algo ronca, pero con un deje de suavidad irónica y femenina —. No podrías escapar, y aunque lo hicieras, conozco bien estos parajes. Te cazaría sin dificultades o mandaría al erco a buscarte, lo cual sería peor para ti. —Sonríe, cruel—. Suelen despedazar a sus presas antes de comérselas.

—El erco es esa criatura alada que montas —digo.

—En efecto. Ahora la he mandado a cazar. Llevo comida en el zurrón, pero solo son tolases y algunos frutos secos. Prefiero la carne. Espero que mi erco traiga una buena pieza, luego haré un buen fuego para cocinarla y pasaremos la noche aquí.

—¿Y si no vuelve?

—Oh, claro que volverá. Está bien enseñado. Nosotras las etrianas les cuidamos y adiestramos desde que nacen.

Mientras estaba hablando, y de manera casual, se ha quitado la capa y el casco. Lleva una túnica de tela gruesa, negra o marrón muy oscuro, un poco más alta que las rodillas, sin mangas. No muestra adornos en su tejido y por tanto debe ser una prenda funcional, para la caza o la guerra. La capa también ocultaba una coraza ligera, de cuero endurecido y de color pardo. Bajo sus bordes inferiores asoma un cinto grueso y sencillo que sujeta una daga curva, envainada. Se quita también la coraza, desenganchando sus hebillas laterales, y la arroja al suelo con gesto de fastidio.

Con las manos en las caderas, me mira. También yo la observo. Aunque delgada, su espalda es ancha. Los finos músculos de los hombros y los brazos se marcan como cables. Sus piernas son fuertes y sus pechos pequeños, aunque sensuales. Las caderas son femeninas y esbeltas y a pesar de sus atuendos marciales, todo su ser desprende una belleza intensa y agresiva. Tiene un rostro hermoso, de líneas rectas y mentón cuadrado, una boca carnosa, propensa a la sonrisa, y una nariz fina y algo respingona. Los ojos atrapan de inmediato la atención, como si fueran agujeros por los que uno estuviera a punto de caerse de un momento a otro. Son grandes y con forma almendrada, algo rasgados, de largas pestañas. El verdor que hay en ellos resulta fascinante. Miran de manera recta y brillan con astucia y crueldad.

Esta mujer no es como ninguna que me haya encontrado antes, ni en la Tierra ni en el seno de este mundo. Hay orgullo y determinación

en cada uno de sus actos, y también cierta aureola de violencia contenida. Según las leyendas, a las etrianas se las adiestra en el manejo de las armas desde la infancia.

—Estoy desnudo —digo, sin humillar el tono—. Dame tu capa.

Sus labios carnosos se curvan un poco más, levanta las cejas y me dirige una larga mirada bajo sus finas pestañas.

—No. Me gustas más así. Además, cuando hayas comido y la hoguera te haya calentado, no necesitarás que te cubran.

Respiro con fuerza, conteniendo la ira. Intento levantarme, pero aún estoy demasiado débil. Ella retrocede, se apoya en un árbol y cruza los brazos, mirándome divertida. Su aire burlón me enfurece aún más. Al fin consigo sentarme, con las piernas cruzadas y la espalda recta, sin intentar taparme, cosa por otro lado imposible, pues aún tengo las manos atadas a la espalda.

—Está bien. ¿Qué pretendes hacer conmigo?

—Te llevaré a Etria y allí decidiré. Lo más probable es que te haga mi sirviente personal. —Vuelve a sonreír—. No estás nada mal.

—No soy un esclavo y nunca lo seré. Y menos de alguien como tú.

—¿Por qué? ¿Porque soy mujer? —Suelta una risotada—. Fuera de Etria, los hombres son orgullosos. —La sonrisa no desaparece, pero sus ojos cobran dureza—. Sin embargo, una vez que se encuentran en nuestra ciudad, aprenden modales. O mueren.

Sería un error explotar, ahora que necesito información, así que me trago la rabia y le pregunto:

—¿Cuánto hace que me capturaste?

—Dos alagas. Dormías profundamente, así que te até a mi erco y volamos hacia el sur. —Ríe de nuevo, de manera estruendosa—. Tenías un aspecto muy divertido cuando despertaste, colgado como un tasajo de carnaza. Gritabas mucho. Ha de reconocerse que tienes buenos pulmones. Supongo que habrás llegado a la conclusión de que fue el dardo. Estaba envenenado.

—Me di cuenta demasiado tarde. Te encontrabas muy lejos de Etria. ¿Qué hacías en Ocrai?

—Tú también estabas lejos de tu casa… Porque no eres un bárbaro del Mar de Hierbas, eso salta a la vista. —Entrecierra los ojos, pensativa—. ¿Uriana? ¿Esquigana?

Guardo silencio. Sigue mirándome con aire astuto, mientras se acaricia con dos dedos la coleta que le cae por encima de un pecho. Al fin, se encoge de hombros.

—No importa. Ya me lo contarás, hermoso fortachón.

»Preguntaste qué hacía yo en Ocrai. —Sonríe, desafiante—. Estaba cazando hombres.

—Cazando hombres.

—Eso es. Prefiero los campos de hierbas cercanos a la falda norteña

del Laberinto, pero en tu caso me alejé todavía más. Hay quien dice que estoy loca, pero me gusta adentrarme todo lo posible en tierras enemigas. Eso hace la caza más excitante.

—¿Sabes lo que le harían los ocraios a una etriana si la cogieran en su territorio?

—Algo peor aun de lo que podría llegar a suceder en mis peores pesadillas; pero también resulta improbable que me cojan, pues mi erco vuela alto y rápido. No obstante, a veces hago pasadas bajas sobre algún grupo de salvajes, incluso por encima de todo un poblado, para verlos correr y gritar. —Suelta una nueva carcajada. Por las constantes arrugas bajo sus ojos, parece una mujer amiga de la risa—. ¡Es muy divertido!

—Llevan razón los que te tachan de loca.

Sonríe hacia abajo y encoge los hombros.

—Las etrianas hemos hecho incursiones fuera del Laberinto desde hace muchos furás. He de mantener viva nuestra reputación.

—¿Cómo te llamas?

—Valia. Si hubieras nacido en el Laberinto no te sería desconocido el nombre de Valia de Etria. ¿Y tú, hermosura? ¿Cuál es tu nombre?

—Dargor de Sarlia.

—¡Sarlia! Sabía que no eras ocraio, pero la todopoderosa Sarlia está muy, muy lejos. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Luché contra los alais en el Alto Amitas, cerca del Paso, en las Negai. Esto ocurrió más de quince alagas atrás. Durante el transcurso de la batalla caí al río y la corriente me llevó hacia el sur. Me atraparon unos proscritos y navegué con ellos hasta Uriana; allí, me obligaron a luchar en los Juegos de Esclavos y fui el vencedor. El premio era la libertad y por tanto me dejaron ir a las praderas que lindan con Ocrai. En el Mar de Hierbas me capturaron los bárbaros y tras muchas dificultades hui de ellos, sin otro remedio que internarme aún más en las praderas del sur. Allí fue donde me atrapaste.

Parpadea varias veces, tras escuchar la historia. Sonríe, soltando el aire por la nariz, y menea la cabeza.

—Es la historia más loca que he oído jamás, pero me gusta; tienes imaginación, sarlio. Podrás cantarme canciones cuando me sirvas, en Etria.

—Pienso que la situación mejoraría si fueras tú quien estuviera desnuda y encadenada a mis pies, Valia de Etria. Puedo imaginarte a la perfección de esa manera. No es imposible que te llegara a gustar.

Abre mucho los ojos verdosos. Su rostro se pone rojo encarnado, luego oscuro y por fin pálido, mientras la ira va ganando terreno. Aprieta las mandíbulas y sonríe, esta vez de manera forzada, ladeando la cabeza.

—Nosotras no somos como vuestras rameras complacientes del

norte. Harías bien en recordarlo, sarlio. Te lo advierto por última vez.

Se me ocurre alguna otra gracia que decirle, pero necesito más información; además, atado de pies y manos, llevaría las de perder.

—¿En qué lugar del Laberinto estamos?

—Descansa, joyita. Te hace falta.

Antes de que pueda responderle se vuelve y comienza a buscar piedras, que dispone en un círculo protector, sobre tierra allanada. En su interior arderá la hoguera. Sus movimientos son cortantes y rápidos y a veces me echa miradas largas y venenosas. Sería inútil continuar preguntando, pues no haría otra cosa que aumentar su mal humor. La he perdido. He de esperar a que recupere el buen talante para sondearla otra vez.

La tarde va cayendo y alarga las sombras de los árboles y las piedras. La brisa susurra entre las ramas, haciendo temblar las hojas con forma de aguja. Hace frío, pero las llamas de la hoguera calientan mi cuerpo, que ya se está recuperando del espantoso viaje de la mañana. Sin embargo, todavía noto débiles e insensibles las manos y los pies, por culpa del defectuoso riego sanguíneo. Valia comprobó las cuerdas un par de veces, aflojándolas solo lo justo. He forcejeado de manera solapada, probando mis sujeciones, pero son firmes, para mi sorpresa y mi disgusto. Cada vez odio y respeto más a esta maldita mujer.

Ella se ha dado cuenta de mis intentos de soltarme, pues comenta:

—No eres el primero que capturo, sarlio. —Echa al fuego otro de los gruesos pedazos de madera, que encontró no hace más de una clepsidra, cuando fue en busca de leña—. He visto a ocraios dar vueltas sobre sí mismos, forcejear, rugir, gruñir, insultarme de mil maneras y maldecir a los dioses. Yo les animaba a intentar liberarse, pero lo único que consiguieron fue un hosco agotamiento. Puedes luchar como ellos y el resultado será el mismo. Sé hacer buenos nudos.

—Eso lo reconozco. ¿A cuántos hombres has cazado?

—A muchos. Pero tú eres mi primer durbano. Los demás eran salvajes ocraios, individuos que se habían alejado demasiado de sus tribus. Suelo esperarles escondida, preparando la ballesta, el arco o la cerbatana. Si hay problemas siempre puedo montar en mi erco y huir a toda velocidad. Pero si la presa se acerca demasiado… —Abre mucho los ojos y sonríe, como un demonio iluminado por las llamas —. ¡Es mía!

»Sí, tú eres mi primer durbano. Un buen trofeo, no cabe duda. Muchas rabiarán de envidia.

—¿Cuándo iremos a Etria? —pregunto.

—¿Acaso tienes prisa por llegar?

—No es lo que estás pensando. Hay otros asuntos en Etria que

quiero atender.

Levanta sus cejas y abre la boca, sorprendida y sarcástica.

—¿Y qué asuntos son esos, si es que te dignas a compartirlos conmigo?

—Deseo hablar con el sigra de Etria.

—Es una sigra.

—Hablaré con ella, en calidad de enviado de Sarlia.

Bufa y luego ríe, negando con la cabeza.

—¡Eres magnífico, sarlio! Nunca conocí a un hombre tan osado. La sigra de Etria jamás se entrevistaría con un esclavo.

—No soy un esclavo, sino un hombre libre. Puedes haberme atrapado con engaños y venenos y haberme atado, pero aún pertenezco y represento a Sarlia. Por eso tengo que hablar con tu sigra, porque hay temas que atañen a las dos ciudades y que deben ser tratados lo antes posible.

—¿Y de qué temas se trata?

—¿Eres tú la sigra de Etria?

—No.

—Entonces no te incumben. Solo hablaré de ellos con tu gobernante.

Se levanta de un salto, con los ojos brillantes y las mandíbulas apretadas.

—¡Ya está bien! ¡No voy a tolerarte más impertinencias! ¡Eres mi prisionero y vas a aprender a comportarte!

Sigue murmurando por lo bajo en tono airado, mientras agarra el látigo que cuelga de la silla de monta. Forcejeo para liberarme de las cuerdas, pero ella tenía razón, los nudos son fuertes y aprietan más cuando se lucha contra ellos.

Valia se me acerca agarrando con fuerza el látigo, que culebrea por el suelo como una serpiente en busca de su sombra. Pero se detiene porque los dos hemos oído un mugido persistente que llega desde lo alto. Una oscuridad impenetrable, ondulante y carnosa baja hacia nosotros. El erco saca las patas dobladas bajo la panza y el movimiento de sus alas levanta la tierra en nubes que nos envuelven a Valia y a mí.

—¡Animal estúpido! —grita su dueña—. ¡Deja de aletear, vas a apagar la hoguera o a provocar un incendio!

El erco vuelve a mugir y en su voz hay un deje dolorido. La criatura se posa al fin y da un par de saltos sobre las patas, meneando la cola y la cabeza. Abre las fauces y cae el cadáver de algún animal grande y peludo, quizás un trebio. Hasta nosotros llega un aroma fétido. Valia se acerca a la presa y le da una patada. El cuerpo se abre, soltando un pequeño enjambre de gusanos. Valia tuerce la cara, asqueada por el hedor, y se enfrenta al erco.

—¿Y pretendías que nos comiéramos eso? ¡Criatura idiota! ¡Perezoso! ¡Holgazán!

—¿Qué ocurre? —pregunto, entre toses.

Valia empuja el cadáver pútrido con el pie, hasta que cae por el borde del claro, despeñándose por la ladera boscosa. Frota su calzado con tierra y hojarasca para limpiarlo de gusanos y roña. Se vuelve hacia mí con el rostro tenso.

—¿Quieres saber lo ocurrido? —Señala con el látigo al erco, que continúa gimiendo y se desploma sobre las patas—. Esta cosa inútil, en lugar de perseguir alguna buena pieza, se limitó a traernos otra ya muerta, pútrida y agusanada. Tal vez ese trebio enfermara antes de morir, pues de otro modo ya hubiera sido devorado por otros depredadores.

Se acerca al erco y le azota la cabeza. La criatura se agacha aún más, retrocediendo dolorida y asustada.

—¡Abre la boca! ¡Muéstrame los dientes!

Le golpea en las fauces. El ser las abre, mostrando los colmillos en un patético amago de agresividad. Pero está bien adiestrado y no morderá la mano de su ama. Valia le obliga a separar más y más las mandíbulas y acerca la cabeza a ellas, separándola enseguida, entre toses y muecas de repugnancia.

—¡Criatura inútil! —Azota al erco, que mete la cabeza bajo la panza, como deseando encogerse sobre sí mismo hasta desaparecer—. ¿Cómo se te ha ocurrió comer de ese animal podrido? ¡Vomita!

Pero el erco sigue gimiendo y gruñendo, tembloroso, estremecido por algún tipo de sollozo propio de su especie.

Valia le da un puntapié y se acerca a la hoguera.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

En su mirada hay preocupación, además de furia.

—Este erco idiota tragó carne de ese cadáver. Si llega a digerirla puede resultar letal. O no. No lo sé. Tendremos que esperar hasta el alba.

—¿Y si el erco no sobrevive?

Valia suspira y se pasa la mano por la frente y el pelo. Sonríe sin alegría.

—Habríamos de caminar durante alagas a través de estos bosques, antes de encontrar a mis compañeras y conseguir otro erco. Reza a tus dioses para que eso no ocurra, sarlio. —Mira en torno a ella y se frota los brazos con las manos—. No me gusta este sitio.

—¿Qué peligros hay aquí?

Se vuelve de improviso hacia mí, haciendo volar su coleta.

—Haces demasiadas preguntas, prisionero. Come unos tolases y luego intenta dormir.

Va hasta el zurrón de la silla, coge unos frutos secos y los arroja al

suelo, junto a mí. Agarra la manta, la ballesta, el estuche con los virotes y la pequeña espada y se sienta, apoyando la espalda contra el tronco de un árbol, mirando pensativa hacia el erco. También, a veces, hacia mí. Come sus tolases.

Mi estómago gruñe casi tan fuerte como el erco enfermo, así que me tumbo sobre el abdomen y tomo con los dientes los frutos secos caídos, maldiciendo mil y una veces a mi captora y a todos sus ancestros.

Los primeros rayos de Croaga pasan como haces rojos por entre los troncos y las ramas y trazan sobre el bosque una red de sombras huidizas y claridades fantasmales. La humedad de las hojas caídas se engancha tozuda a las hierbas, pero enseguida agoniza en forma de finos zarcillos de niebla lechosa. El rocío perla los troncos y los pequeños tallos de los arbustos, resbala sobre las hojas y brilla al ser traspasado por la luz naciente.

—Está muerto —dice Valia.

El erco yace en la tierra, como una roca gigantesca y caprichosa. Un icor acaramelado se ha solidificado entre sus fauces y el suelo, como una estalactita de miel sebosa. La piel se ve pálida bajo los ojos y alrededor de las fauces.

Valia le da un puntapié.

Cuando abrí los ojos, ella seguía recostada en el tronco, dormida. O tal vez vigilaba en silencio, sumida en el extraño estado al borde del sueño que los centinelas adoptan con facilidad y que les permite descansar sin perder nota de cuanto ocurre alrededor. Aún humeaban las brasas de la hoguera moribunda.

Ahora, unos cinco orlas después, la lumbre ha desaparecido del todo y Valia le da otra patada al animal muerto.

—¡Bestia inútil! —exclama, con amargura.

Pone las manos en la cintura y al fin parece tomar una decisión. Llega hasta la silla, agarra un pequeño saco, la ballesta, su estuche de virotes y un juego de cuerdas que coloca bajo la capa, desde el hombro derecho a la cintura izquierda. Coge también la espada envainada y el cuchillo y sujeta ambos al cinturón. No se olvida del látigo con el que fustigaba a su animal.

Se me acerca y se acuclilla ante mí.

—Habremos de caminar —dice—. Extiende los pies, prisionero.

A pesar de tener el cuerpo acalambrado y rígido, así lo hago. Se agacha y agarra mis tobillos. Me mira a los ojos.

—No intentes ninguna estupidez, sarlio. Tendrás los brazos y las manos atadas, así que si echaras a correr no durarías ni medio alaga en este bosque. Seguiría con facilidad tu rastro y te clavaría un virote en la espalda. Eso, o acabarías en el buche de alguna fiera. Por otro lado, si me atacases me vería obligada a practicar mis conocimientos de espada y cuchillo contigo.

—¿Cuánto tiempo habremos de caminar a través del bosque?

Comienza a desatarme, con dificultad debido a lo apretado de los nudos.

—De cinco a ocho alagas. Hace demasiado que no me meto a pie por esta espesura. Espero recordar el camino hasta el primer puesto de

vigilancia etriano.

—Supongo que ese punto marcará la frontera con Etria —colijo.

—No. Mi país es todo el Laberinto, pero hay grandes distancias entre las aldeas y los puestos de vigilancia. Estamos ahora en las faldas más septentrionales de las montañas, un territorio salvaje y deshabitado. Debemos seguir adentrándonos en ellas, hacia el sur.

—Entiendo. ¿Acaso no vamos a comer nada antes de empezar a movernos?

Mira alrededor, pensativa.

—Tomaremos los últimos tolases al hacer el primer alto, dentro de unas clepsidras. Cuando llegue la noche habré recogido suficientes frutos del bosque. No vamos a perder tiempo cazando.

Retrocede, enrollando el cabo suelto en torno a su brazo y sujetándolo después al cinto. Me mira impasible, mientras hago esfuerzos para levantarme. Jamás le pediría ayuda. Cuando lo consigo, sonríe con medio lado de la boca.

—Muy bien. Camina delante de mí, sarlio.

Tropezando, aún débil tras estar atado toda una noche, expuesto además al frío, empiezo a andar, sin humillar en ningún momento la cabeza.

—Cada vez me gustas más, lo reconozco —dice Valia.

—A mí me ocurre exactamente lo contrario —contesto.

Se encoge de hombros.

—Eso ya cambiará, mi lindo prisionero.

—¿Qué dirección tomaremos?

—Iré unos tornes detrás de ti y te señalaré el camino con mi voz. Recuerda que sin mí estás muerto en este bosque.

—¿Hay muchas fieras?

—Están los orgos, las serpientes, las culebras y los grandes ogarayes. Pero los más peligrosos son los nayúes. Hay bastantes probabilidades de que acabemos en la panza de uno de esos bichos si no tenemos cuidado. Los depredadores de la zona se lo pasarán en grande con el cadáver del erco, pero eso no durará mucho. Debemos irnos de aquí, y rápido. Camina.

Me vuelvo hacia ella.

—Supongo que no vas a darme nada con qué cubrirme.

—Supones bien.

—No sé por qué se me ocurrió preguntar.

—Camina de una vez.

—Muérete, etriana —gruño. Pero empiezo a andar.

Ella lanza una alegre carcajada y también se pone en marcha.

A medida que avanza la jornada el terreno se vuelve más abrupto y

encrespado. No obstante, las laderas y las hondonadas dibujan una alfombra de árboles y maleza, así que no tenemos que escalar o saltar entre peñascos y nos limitamos a subir y bajar por los lugares accesibles de tierra dura, caminando entre los troncos y sus raíces, que escapan de la tierra como serpientes gruesas y oscuras. En dos ocasiones resbalé y, al tener las manos atadas, rodé durante unos tornes, provocando la risa de mi captora. Enseguida aprendí a pisar con fuerza y a buscar el mejor apoyo. No he vuelto a perder el equilibrio desde entonces.

Debido al ritmo apresurado de nuestra marcha, apenas hablamos. Además, Valia debe concentrarse en reconocer el territorio para elegir el mejor camino. Prefiero no distraerla, porque si nos perdemos en estos parajes inhóspitos y feraces será casi imposible hallar de nuevo el camino correcto.

A pesar del cansancio, la incertidumbre y todos los golpes y los arañazos de esta marcha accidentada, no he podido dejar de admirar la hermosura de los parajes que estamos atravesando. Cada vez estamos en terreno más elevado; cuando la fronda se abre deja avistar el panorama y uno se encuentra ante grandes montes alfombrados de árboles de color verde brillante. El terreno se zambulle en cañadas profundas y oscuras para enseguida subir hasta cumbres de roca gris, nieves plateadas y nubecillas lechosas que se arrastran con aire perezoso. Las llanas y calientes praderas de Ocrai quedan demasiado lejos, son ya un sueño que se pierde en el olvido. El Laberinto lo llena todo: sus montañas y valles inundan el horizonte y lo cubren de majestad.

También Valia, a pesar de estar más habituada a estos parajes, se detiene a veces con una ligera sonrisa y los ojos entrecerrados, contemplando el panorama…

…Pero el instante de embrujo termina y volvemos a la certidumbre del duro caminar, plantando un pie y luego el otro en este suelo cada vez más inseguro.

Tras una eternidad de camino a través de la espesura, Croaga empieza a desaparecer. Pronto tendremos que detenernos, cuando la oscuridad lo engulla todo. Durante la jornada solo hemos parado un par de veces, para comer y descansar; Valia ha recogido una cantidad considerable de unos frutos dulces parecidos a moras, pero el triple de grandes, que nacen de unos arbustos espinosos y muy frecuentes, y hemos engullido también los últimos tolases que guardaba en el zurrón. El agua no es un problema, ya que resulta fácil encontrar manantiales entre las rocas de las profundas cañadas.

Cuando ya la oscuridad hace valer sus derechos de conquista y el terreno se convierte en un mar de profundidades grises y negras, encontramos un lugar que a Valia le parece correcto para descansar.

Se trata de un claro entre los árboles, con ligera pendiente, bordeado por enormes piedras abombadas. Tras la caminata no tenemos ganas de charla y el silencio se vuelve hosco mientras me siento, con la espalda pegada a un árbol, y la veo preparar una hoguera. Prefiere buscar y acarrear ella sola la leña antes que pedirme ayuda, y no se separa jamás de sus armas y útiles de supervivencia.

Cuando las llamas han perdido la timidez y nos envuelven a los dos con su claridad huidiza, Valia se me acerca y me dice que me levante y me dé la vuelta. Quiere comprobar los nudos de mis ataduras. Lanzándole una mirada asesina, obedezco. Pone un buen puñado de esas enormes moras sobre una roca y yo las agarro con los dientes y empiezo a devorarlas.

Los dos seguimos comiendo en silencio, enfrentados y separados por la hoguera.

Alrededor, el bosque despliega su repertorio de murmullos nocturnos. La brisa es fría, pero el fuego disipa el helor de la montaña.

Tras haber comido los frutos jugosos y dulces siento que la energía vuelve a mis músculos cansados y comienzo a disfrutar de la placidez de la fronda. No obstante, esta serenidad es engañosa, provocada por la luz y la tibieza de la hoguera; más allá de la claridad del fuego las sombras de la espesura se vuelven densas y parecen temblar.

Valia se quita la capa y deja las armas y los útiles de supervivencia junto a una gran roca, al otro lado de la hoguera, lejos de mí; pero en el cinto conserva el cuchillo curvo y largo, aún metido en su funda. También se quita la coraza. Tiene clavados sus ojos verdosos en mí, con una mirada indescifrable en el centro de su rostro anguloso e impasible. Agarra el látigo y se me acerca caminando con lentitud y firmeza, rodeando la hoguera. Yo me encuentro sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol. Sigue aproximándose y sus ojos se entrecierran y sonríe con medio lado de su boca carnosa. A cada paso hace ondular sus caderas, que se pegan a la túnica corta como si la piel intentara, sin éxito, traspasar cada fibra de tejido. Se detiene ante mí, convertida en una sombra contra las llamas a su espalda. En la parte superior de esta figura brillan sus ojos verdosos.

—Eres un buen mozo. Me gustas, prisionero.

Sigo con la espalda pegada al árbol, sin moverme, apretando las mandíbulas. Ella da un paso más y me acaricia el rostro con el látigo. Vuelvo la cara a un lado, rabioso.

—Podemos pasarlo bien, mi bello cautivo, en esta noche fría. Pero habrás de ser dócil. No me gustan las brusquedades. Recuerda quién está atado y quién no.

El rostro cobra seriedad mientras me mira desde lo alto. Tras ella, los troncos crepitan y estallan envueltos en fuego. El látigo culebrea con suavidad sobre mi cuerpo desnudo, como una lengua de cuero. Lo

mueve con lentitud a lo largo de mis pies, piernas, caderas, pecho, cuello y cabellos, sin dejar de mirarme. Sus pequeños pechos suben y bajan con cierta cadencia, empujando la tela de la túnica. Noto la dureza de sus pezones y la pesadez de su respiración. Miro su cara, medio envuelta en sombras, con los labios húmedos y entreabiertos y los dos ojos esmeraldinos brillando igual que un par de piedras preciosas sobre terciopelo anaranjado y oscuro. Es una mujer atractiva y ardiente, pero su arrogancia me enfurece y el enojo ahoga al deseo.

—No me pongas las manos encima —contesto, mirándola a los ojos —. Largo.

Las líneas del rostro se endurecen, luego se suavizan. Sonríe, cruel.

—Tus impertinencias están de más, prisionero. Eres mío por derecho de captura, así que has de complacerme. Me agradará mucho vencer esa resistencia.

Se agacha y se pone en cuclillas, ante mí. Pasa una mano fuerte por mi mejilla y mi cuello. Su índice dibuja la línea de mi nuez y después traza un surco en mi pecho musculoso. Palpa el abdomen y se introduce en la entrepierna, acariciándome, jugueteando conmigo mientras su sonrisa se ensancha y sus ojos se llenan de estrellas verdosas.

—Aléjate —le ordeno, con voz ronca y temblorosa, pero enfurecida.

Se levanta. Me golpea la cara con el látigo enrollado. No he podido esquivarlo porque su movimiento fue demasiado rápido para el ojo. Cae sobre mí, inmovilizando mis muslos con sus tibias y clavando un antebrazo en mi garganta.

—No agotes mi paciencia, prisionero —susurra, mostrando los dientes. Estamos muy cerca uno del otro y puedo sentir su aliento en mi cara—. Es una estupidez pelear cuando podemos llevarnos bien.

Sigue apretando mi nuez con su antebrazo, mientras acerca su cara sonriente y me besa, a pesar de que mantengo apretados los labios. Su lengua juguetea sobre ellos y la mano del látigo llega a mi pecho y acaricia y retuerce un pezón entre sus dedos. Noto sus senos apretándose contra mí y con un suspiro largo y ardiente se deja caer sobre las rodillas, uniendo nuestras caderas. Me muerde la boca y tironea de uno de mis labios. Luego lo absorbe y chupa. Pero mantengo los dientes apretados, luchando para no perder el poco control que aún me queda.

—No te resistas, mi atractivo prisionero —susurra en mi oreja—. Todo tu enojo se transformará en placer cuando seas violado por mí. Siempre le ha ocurrido lo mismo a todos mis amantes.

Empieza a frotarse contra mí, aunque aún no se ha levantado del todo la túnica. Entrecierra los ojos y gime. Aún aprieta mi cuello con su duro antebrazo. Me obliga a levantar la cabeza y desliza su rostro sobre mi pecho. Sus labios y su lengua llegan hasta un pezón. El

cuerpo se me tensa y queda rígido y ella bufa una pequeña risa, complacida por mi reacción.

—Es una lástima que no pueda desatarte las muñecas aún, hermosura —susurra, con una voz capaz de derretir los hielos—. Me gustaría sentir esas fuertes manos a lo largo de todo mi cuerpo, acariciando y explorando. —Se yergue y pega su nariz a la mía—. Pero aún no eres dócil del todo. Te falta un poco de adiestramiento, esclavo mío, pero solo un poco. Voy a disfrutar mucho de ti, lo quieras o no. Haré cuanto me venga en gana contigo. Tu cuerpo será mi juguete, mi instrumento y mi placer. Solo por eso conservas aún la vida, esclavo.

Su mirada de profundo desprecio acaba con el embrujo y la excitación que había empezado a encender en mí, y el fuego de la ira se sobrepone al de la lujuria.

Me revuelvo, apartándola de mí, pero se repone al instante y se levanta. Lanzo mi pierna derecha en un barrido que la derriba de manera fulminante y cae sobre la espalda. El golpe sería tremendo incluso para un hombre. Le ha arrancado el aire y las energías.

Salto para ponerme en pie y me acerco a ella con cierta precaución. Se retuerce y gime, agarrándose la cintura, respirando con fuerza y haciendo muecas de dolor insoportable.

—Mi… espalda…

—Maldita seas, etriana, tú te lo buscaste, desátame y…

Gira sobre sí misma y sin levantarse clava su talón en mi entrepierna. Noto una explosión de dolor que me deja indefenso y retrocedo tosiendo, buscando aire, jadeando. Al fin caigo de rodillas, notando densas oleadas de dolor que me arrasan todo el cuerpo.

El látigo cae sobre mi espalda y me retuerzo.

—¡Animal estúpido! —ruge Valia, caminando alrededor de mí—. ¿Crees que una simple caída puede acabar conmigo? Podríamos haber gozado de una noche agradable, pero aún tienes demasiado orgullo. Yo te lo sacaré a fustazos.

Logro ponerme en pie y retrocedo, agachado. Las sombras, las llamas, los troncos de los árboles y el cielo estrellado…, todo da vueltas en torno a mí. Intento recuperar el control de mi voluntad, pero el dolor aún me aprieta con su garra de hierro. El látigo silba de nuevo y dibuja un verdugón en mi brazo y mi abdomen. Tropiezo y me apoyo en un árbol, jadeante y sudoroso. Alzo la mirada.

Valia aún me mira y las luces y las sombras bailan sobre su cuerpo. Sonríe, apretando los dientes y arrugando la nariz.

—Ahora te voy a domar, esclavo. Creías que era una de esas zorras blandas y delicadas de tu tierra, ¿verdad? ¡Qué equivocado estabas!

Me fustiga en las piernas, haciéndome caer de rodillas. Sabe manejar el látigo y yo aún estoy débil. Pero empiezo a recuperar el

resuello. La observo caminar con arrogancia y decisión. Lanza el brazo sin ningún movimiento previo e intento esquivar el cuero, pero mi cuerpo aún se resiente de la agonía y camino y tropiezo, gritando cuando el látigo restalla contra el cuello y la espalda.

—Muéstrate razonable, sarlio, y dejaré de pegarte —ordena Valia.

—Tienes un látigo y un cuchillo —consigo decir entre jadeos, con voz ronca—. Y yo, nada.

—¿Crees que te temo? —levanta la barbilla y lanza una carcajada burlona—. Podría manejarte sin armas.

—¡Demuéstralo! —rujo.

Sin dejar de sonreír, suelta el cuchillo del cinto y lo tira junto al látigo, lejos, donde están el resto de las armas. Abre mucho los ojos, da una palmada y me apremia con las manos.

—¡Vamos, hermosura! ¡Ven aquí!

—¿Y mis manos?

—¿Crees que soy tonta? Eres el doble o el triple de fuerte que yo, así que para equilibrar las cosas seguirás atado a la espalda. ¡No te quejes porque aún tienes los pies libres!

El dolor y la debilidad todavía culebrean sobre mi cuerpo, robándome una enorme cantidad de energías. Pero sonrío, dispuesto a hacer pedazos a esta puta del demonio. ¡Qué loca en su altivez, al pensar que puede vencer a un consumado luchador de Sarlia!

Grito y me lanzo hacia ella, levantando un pie, dispuesto a clavarlo en su abdomen. No quiero matarla, así que he de frenar mi ímpetu. Valia se echa a un lado, esquivando la patada, y clava el codo en mi estómago, con un giro de cadera. Caigo al suelo, boqueando, notando una punzada aguda a la altura del diafragma. Me retuerzo, me incorporo y retrocedo, impresionado. Ella ríe, frotándose los nudillos.

—Me estoy divirtiendo mucho —afirma.

Me acerco y levanto la rodilla para patearle un costado, pero ella huye de mi línea de ataque y se lanza sobre mí, me agarra bajo la barbilla y la empuja hacia atrás y abajo, con todo el peso de su cuerpo. Su energía y su fuerza son increíbles y me sorprenden. Paso por encima de su muslo derecho y el espaldarazo contra la tierra me arranca el vigor. Ella cae sobre mí con las rodillas por delante y me aparto para que no me clave una en la cara. Gruñe y vuelve a empujarme, haciéndome perder el equilibrio. Sabe que sus puñetazos no me harían mella, así que usa todo el peso de su cuerpo para lanzarme contra el suelo, intentando dejarme agotado y confundido por las fuertes caídas.

Retrocedo, casi saliéndome del círculo de luz. Oigo su grito furioso y esquivo la patada que iba otra vez dirigida hacia la entrepierna. Me lanzo con el hombro por delante, pero ella me elude y me agarra, haciéndome la zancadilla, uniendo al ímpetu de mi ataque el giro de

su cuerpo. Ruedo sobre la tripa y me levanto, resoplando. Mis pies casi tocan las llamas y siento el escozor del fuego. Pero meto el empeine en un montón de cenizas incandescentes y las levanto cuando ella se me acerca. Se tapa la cara y grita. Al siguiente instante ya estoy sobre ella, arrollándola con un hombro. Esta vez no ha tenido tiempo de esquivarme y casi levanto su cuerpo del suelo. Caemos y me preocupo de lanzarme encima de ella, aplastándola. Oigo su bufido, como el de una gata furiosa, y siento las uñas que me desgarran el hombro, el pecho y un costado del cuello. Grito y me aparto de esta bestia salvaje, lanzándole al mismo tiempo un par de patadas. Una le alcanza en el estómago y retrocede, doblada en dos. Me levanto de un salto y disparo el pie hacia su cara, cuando ya comienza a levantarla. Clavo el empeine en una mejilla y toda su cabeza se bambolea, el cuerpo la sigue y la frente choca con un árbol. Valia se desliza sobre la corteza hasta quedar medio arrodillada, en el suelo. El verde de sus ojos resbala hasta desaparecer. Está inmóvil, sin sentido.

La miro, jadeante, cansado, golpeado, ensangrentado. Su cuerpo se ve tan lacio que pienso que está muerta. No voy a comprobarlo, no cometeré el mismo error de nuevo, al menos no con las manos atadas a la espalda. Conteniendo el dolor siempre presente de mi entrepierna, me acerco a las armas abandonadas y me arrodillo y me tumbo de costado para que mis dedos alcancen el cuchillo curvo. No aparto la vista de Valia, que aún parece un cadáver. Tras no pocos esfuerzos, consigo desenvainar el arma y la clavo en la tierra. Con la mitad de la hoja al aire y en posición vertical, retrocedo sobre las nalgas, hasta acercar las cuerdas de las muñecas al arma desnuda. Por fortuna el acero está muy afilado y basta con frotar el cabo con suavidad para que el metal penetre en sus fibras.

Cuando la cuerda cae agarro el cuchillo y corto las vueltas que unían mis brazos al tronco. Ya libre por completo, intento colocarme la coraza, pero es demasiado pequeña para mí, así que me pongo la capa, cubriéndome por fin con algo de ropa. De las muchas cuerdas que Valia tiene tomo un cabo que anudo a modo de cinturón, y en él aseguro el cuchillo. También agarro la ballesta y el estuche con sus virotes.

Por supuesto, no me olvido del látigo.

Me acerco a Valia.

Pongo el cuchillo bajo su cuello mientras observo sus ojos y le toco la arteria. Tiene pulso, pero es débil. Sobre el mentón derecho se empieza a formar una bola oscura y ya hay otro hematoma en su frente. No me cuesta atar sus muñecas a la espalda, los brazos al tronco, y los tobillos. La oigo gemir con suavidad y estremecerse, pero no se despierta. Le hago una lazada rodeando su cuello, unida a su vez a una cuerda de unos dos tornes de longitud. Enrollo y aseguro el otro

extremo de este cabo en mi antebrazo zurdo.

Durante unos instantes siento la tentación de rajar su vestimenta y dejarla totalmente desnuda, en venganza por el interés que se tomó en la contemplación de mi propio cuerpo. No sería desagradable llevar prisionera a Valia de Etria tal y como vino al mundo; pero estas visiones contribuirían a aumentar el atractivo de una mujer que ya es muy hermosa cuando está vestida; Valia ha demostrado ser demasiado astuta y osada y no dudaría en usar sus encantos para engatusarme y quizás atraparme de nuevo. Antes me pondría al alcance de las garras de un orgo que de esta salvaje. Aunque me cueste, he de verla no como a una mujer, sino como un enemigo asexuado al que tratar sin contemplaciones, así que la dejo vestida con su túnica basta y sucia.

Me alejo de ella y me siento junto a las armas y los utensilios de la que es ahora mi prisionera. Me permito descansar, luchando contra el dolor de la ingle, constante, aunque ya soportable. Entrecierro los ojos, cayendo en ese estado de sueño que roza la vigilia, propio de las gentes de armas cuando hacen noche en territorio hostil.

Las primeras luces del alba pasan como cuchillos de luz por entre las ramas y los troncos, encontrando una hoguera moribunda.

Termino de despertarme sacudiendo la cabeza y parpadeando rápido. El dolor se ha convertido en rigidez y entumecimiento y combato ambas cosas levantándome y estirando los brazos y las piernas. El calor de las llamas nos protegió en la noche montañosa, así como también el capote que aún llevo puesto, anudado en la cintura, y que me cubre desde los hombros a las rodillas.

Valia sigue inconsciente donde la dejé, pero se ha aovillado en sueños para vencer el frío. Me acerco a ella, enrollando en mi brazo izquierdo varias vueltas de la cuerda que lo une a su garganta. La zarandeo con un pie, sin suavidad alguna, hasta que empieza a gemir y soltar palabras incoherentes. Levanta los párpados y contrae las facciones en una mueca de dolor. Al ver mis piernas abre los ojos de golpe y se retuerce, dándose cuenta de que está atada de manos y pies. El horror y la ira luchan en su rostro, amoratado en la mejilla izquierda y la frente, donde han nacido sendas bolas de sangre apelmazada y violácea.

—¿Qué me has hecho? —grita, y tose para modular la voz enronquecida.

Retrocedo varios pasos, dejando lacia la cuerda entre los dos.

—¿No lo recuerdas? Tuvimos una pelea, ayer noche.

Sus ojos se mueven de un lado a otro mientras lucha contra el olvido. Me lanza una mirada clara y recta y aprieta los dientes.

—Libérame —sisea.

—No. Ahora, eres tú la cautiva.

Suelta un grito y comienza a retorcerse, luchando contra las cuerdas, sin éxito.

—También yo sé hacer nudos resistentes.

Jadeando, con el rostro arrugado por la furia y los ojos brillando como estrellas verdosas, me chilla:

—¿Cómo te has atrevido a atarme, macho asqueroso? ¡Quítame las cuerdas! ¡Ahora estás en Etria!

—No. Sarlia se encuentra hasta allá donde alcancen mis aceros. Harías bien en calmarte, Valia. No quiero hacerte daño ni causarte ninguna vejación… Siempre que colabores.

Abre mucho los ojos, como si se le hubiera ocurrido una posibilidad que de pronto le pareciera monstruosa. Los entrecierra, destilando odio corrosivo.

—No osarás tocarme, hijo de una puta. Eres tú quien ha de recobrar el sentido. Suéltame y te perdonaré todo esto.

—No pienso desatarte. Mételo en la cabeza. Estamos perdiendo

tiempo, Valia, debemos…

—¡Libérame! —grita.

Me insulta y amenaza de las peores formas posibles. Hasta ahora no hubiera imaginado que nadie, hombre o mujer, pudiera soltar por la boca tales barbaridades.

Tiro con fuerza de la cuerda que une mi brazo izquierdo a su cuello y el nudo corredizo se cierra, ahogándola. Retrocedo, arrastrándola. Boquea y se pone morada, al borde de la asfixia. Cuento hasta cinco antes de disminuir la presión. Valia se retuerce en el suelo, como un pez fuera del agua. Me acerco, inmovilizo su tronco con una rodilla, aplastándola con el peso de mi cuerpo, y meto dos dedos entre su cuello y la cuerda, tironeando y aflojando el nudo corredizo. Hay una marca púrpura en su carne y tardará al menos un alaga en desaparecer.

Suelto más cuerda y la dejo tosiendo de manera agónica, mientras preparo los fardos para la caminata que nos espera.

—¡Dulo! —tose, entre jadeos. Me mira con los ojos destilando ira concentrada, por entre las lágrimas producidas de la asfixia—. ¡Bastardo!

—Serénate y podrás respirar con mayor facilidad. Esto es una demostración de lo que te pasaría si intentaras huir de mí. Estamos unidos por esta cuerda. Recuérdalo.

Se revuelve hasta quedar sentada, observándome, respirando de manera estruendosa.

—Voy a matarte y a hacerte pedazos… ¡No quedará nada de ti, asquerosidad andante! ¿Con quién te crees que estás tratando?

De nuevo sube el tono de sus insultos, hasta que se convierten en gritos que asustan a los pájaros de las cercanías.

—Cállate o tiro de nuevo de la cuerda —advierto.

—No lo harás, bestia repugnante. Me necesitas viva para que te saque de Etria y no te atreverías a ahogarme. ¡Necio! ¿Acaso piensas que te voy a guiar de vuelta a Ocrai?

Me planto en dos pasos ante ella y le coloco un puño bajo la nariz, empujando el rostro hasta que su cabeza queda entre la corteza de un árbol y mis nudillos. Aumento la presión y cierra los ojos con fuerza, mientras la nariz se arruga bajo mi mano cerrada.

—No hará falta tirar de la cuerda, Valia. Si no te callas puedo hacerte otro moretón en tu mejilla izquierda. Hará juego con el que ya tienes.

Mueve los ojos hacia mis nudillos y luego hacia mi cara. Una chispa de astucia cruza por sus pupilas.

—¿Serías capaz de pegarle a una mujer atada?

Casi me sale una carcajada burlona.

—Si se trata de Valia de Etria, ¡desde luego! ¡Así que deja de

chillar!

Se da cuenta de que no estoy bromeando, así que aprieta los labios. Su mirada gana maldad y casi puedo sentir cómo me atraviesa la cabeza. Pero al menos ya no hace tanto ruido. Retrocedo unos pasos.

—Estás equivocada si piensas que quiero salir de Etria.

A pesar de la furia, parpadea con sorpresa.

—No te entiendo. ¿Deseas quedarte en mi patria?

—Desde luego. Y tú me guiarás por ella.

—No podrás esconderte mucho tiempo en estos bosques, antes de que mis compañeras te cacen o alguna bestia dé cuenta de ti.

—¿Quién habla de esconderse? Te dije que quiero ver a tu sigra. Me llevarás a la capital, a la ciudad-estado de Etria, y allí me entrevistaré con ella.

Abre mucho los ojos, sonríe y al fin emite una carcajada burlona.

—Eres un tonto o un loco, sarlio. Si ese es tu deseo te llevaré con mucho gusto hasta la capital. Pero no esperes una bienvenida amigable. En Etria los hombres solo pueden ser esclavos o cadáveres.

—Iré en calidad de embajador de Sarlia y me entrevistaré con tu sigra.

—Lo más probable es que te ensarten en una lanza en las mismas murallas, para que los ercos te desgarren poco a poco. ¡No! Se me ocurre una perspectiva mejor: te convertiré en mi esclavo particular y acabarás suplicándome que de todas maneras te eche a los ercos.

»Sí, será un placer conducirte hasta Etria, extranjero.

—Parece que mi plan te alegra.

—Puedes jurarlo.

—Sin embargo, has olvidado quién llegará atado y quién libre. Pronto se esparcirá en Etria que la orgullosa Valia ha llegado apresada por un… macho asqueroso. Quizá hasta te lleve desnuda, como tú hiciste conmigo. A mí tal vez me ensarten en una lanza, pero creo que tú serás el blanco de las canciones y las chanzas de tus compañeras durante algún tiempo.

La sonrisa se le borra de golpe al caer en la cuenta de ese detalle.

—Libérame. ¡Ahora!

Sonrío, imaginando que alguien tan arrogante y osada como ella se habrá hecho unas cuantas enemigas en su propia ciudad. Sus rivales no tendrían reparos en explotar la humillación de esta cazadora cazada.

—Lo siento, pero por ahora te prefiero atada. No volveré a subestimarte.

—Escúchame, extranjero: si me sueltas te llevaré de buena gana, no intentaré ningún truco e incluso intercederé para que te entrevistes con la sigra.

—¿Lo harías?

—¡Claro que sí! —Sonríe de oreja a oreja—. Tengo un puesto importante en la guarnición de mi ciudad.

No lo dudo. De hecho, estoy sospechando que la importancia de Valia en Etria es más grande de lo que he imaginado hasta ahora.

—Es más —continúa—, si accedes a que sea yo quien te lleve atado lograré que no te ejecuten y que puedas salir de Etria con vida.

—Vaya, es una oferta tentadora.

—Solo te llevaría cautivo cuando estemos cerca de las murallas de Etria. Antes, caminaríamos juntos como personas libres. Debes comprender que no puedo perder mi reputación. Y tú solo eres un…

—Un hombre, ¿verdad?

—Claro, ahora lo vas entendiendo.

—Accederé a ir cautivo de ti, con una condición.

—¡La que quieras!

—Jura por tu honor que cumplirás todas esas condiciones.

La sonrisa desaparece y se convierte en una mueca rara, desconectada del brillo alegre de sus ojos. Ladea un poco la cabeza.

—Yo… No me gusta jurar.

Sonrío, al tiempo que mi respeto hacia Valia crece. Si ella fuera alguien sin honor, alguien que no le concediera ninguna importancia a los códigos o los compromisos, habría jurado de inmediato; su negativa me confirma que hay cosas sagradas e intocables para esta hembra taimada e indómita. Sin embargo, honorable o no, es mi enemiga y no dudaría en torturarla o matarla si fuera necesario.

—No confío en tus palabras si no van acompañadas de un juramento —le digo—, así que prefiero llevarte sujeta por cuerdas. Voy a desatar tus pies, te levantarás y luego empezaremos a caminar. Y vas a guiarme por el camino más rápido y fácil hasta Etria.

—¡Hijo de puta! ¡No durarás nada en mi ciudad!

Tiro un poco de la cuerda y sus ojos se abren mucho, llenos de miedo. Me acerco y ella estira las piernas, apretando los dientes y matándome con la mirada. Desato los nudos y dejo que se levante y después que ande unos pasos, para no tenerla pegada a mí. Por si acaso, desenvaino el cuchillo y agarro con fuerza la cuerda, tras soltar un torne más. Mis precauciones parecen complacer su orgullo de guerrera y sonríe, burlona y cruel.

—Camina —le ordeno.

Altanera, obedece.

A medida que nos adentramos más y más en el Laberinto, los bosques ganan profundidad.

Según ha comentado Valia en más de una ocasión, estas espesuras se extienden en realidad sobre las primeras elevaciones de la franja noroeste del Laberinto; son montes de poca altura y cubiertos de suelo fértil, y constituyen la antesala de las gigantescas moles de piedra que se perfilan hacia el sur, sobre cuyas fachadas cuelgan las ciudades y campamentos de piedra de las etrianas. Allí dentro hay una urbe cuya ubicación es secreta: Etria, la ciudad-estado.

Tras una primera etapa de odio y hosquedad evidentes, Valia parece ya aceptar su situación de prisionera con mejor humor y de nuevo me dirige la palabra, fuera de los insultos con que hasta el momento me había regalado los oídos. Es una mujer despierta y vivaracha. Suele relatarme sus hazañas de valor y destreza en las luchas y competiciones durante las cuales se ha batido, a pie o sobre los ercos, contra otras compatriotas aguerridas. Las etrianas celebran sus propios Juegos, como en el resto de las ciudades durbanas, y mi guía asegura haber ganado no pocos trofeos durante estas justas.

Ellas no combaten en guerra abierta entre sí o contra sus enemigos exteriores, pero se adiestran sin descanso en el ataque desde el aire, con sus fieles ercos. Esta preparación les ha permitido asaltar y masacrar las caravanas que se acercan demasiado a las faldas septentrionales del Laberinto, provocando el odio y también el miedo de los mercaderes y soldados que osan transitar por estas zonas.

Valia también me narra con todo detalle sus múltiples cacerías de varones ocraios solitarios, recreándose en su propia destreza, su astucia y su osadía casi ilimitadas. Estos relatos a veces me hacen sonreír, ya que desde luego la modestia y la humildad no se hallan entre las virtudes de mi prisionera. No obstante, recuerdo que al menos a mí sí me atrapó, y este hecho deshace por completo mi mueca de ironía.

En varias ocasiones me ha preguntado sobre mi pasado y yo he vuelto a contarle la misma odisea, desde la batalla contra los alais en el Alto Amitas, hasta este momento. He omitido mi condición de ornai, presentándome como un simple guerrero sarlio. Y por supuesto, nada le he dicho sobre mi pasado terrestre, que me parece ya lejano y casi irreal, y mi inexplicable llegada a este mundo sangriento y fascinante.

Las tres primeras veces que le conté mi historia se rio de ella, aunque con intensidad decreciente. En la cuarta comenzó a mirarme con el ceño fruncido, la frente llena de arrugas y un ojo medio cerrado. La tentación de empezar a creerme luchaba contra su

escepticismo. Cayó en un silencio extraño, volviéndose cada dos pasos para mirarme de forma penetrante. Me limité a seguir caminando dos tornes tras ella, siempre sujetando la cuerda que va desde mi antebrazo izquierdo a su cuello.

Pero Valia de Etria no es una persona que pueda estar callada durante mucho rato. Cuando no hablamos sobre las generalidades de nuestras propias ciudades-estado —siempre omitiendo cualquier detalle sabroso para un enemigo potencial—, ella canta o silba en tono alegre, mientras atravesamos los bosques oscuros y empinados de su patria. Muchos de los estribillos versan acerca de la ineptitud —también sexual— de los hombres, en contraposición a la superioridad femenina. Al principio esto me irritaba, pero comprendí enseguida que eso era lo que buscaba ella, así que no le di el gusto de enfadarme y me limité a sonreír de medio lado y quitarle cualquier importancia al asunto. Sin embargo, en dos ocasiones llegó a hartarme y di sendos tirones de la cuerda, haciéndola caer, toser y ponerse morada. Esto provocó algunos feroces insultos y le respondí con mi mejor sonrisa. Después, durante un tiempo se terminaron las canciones.

Otro motivo de regocijo para mi prisionera es la enumeración de las vejaciones y las torturas —antes de la ineludible ejecución pública— que sufriré en cuanto llegué a terreno etriano habitado. A todo esto siempre he contestado yo en buen tono, interesándome por cada suplicio, mientras ella me daba pelos y señales. Su reacción iba de la burla a la extrañeza por mi locura, luego al enojo, y de ahí al silencioso hastío. Está segura de que camino hacia la muerte, dejándome guiar hasta su ciudad-estado. Por eso, tal vez, aún no ha intentado huir o volver las tornas y hacerme otra vez su prisionero.

Más me preocupan las fieras de estos bosques.

Hasta el momento, cuando hemos caminado a través de ellos durante más de tres alagas, hemos visto un pequeño y lejano grupo de ogarayes.

El ogaray es un herbívoro del Laberinto parecido al ciervo terrestre, pero tan grande como un caballo, cubierto de pelambre oscura que le cae en largos mechones desde la panza, el cuello y las mandíbulas. Su enrevesada cornamenta se extiende desde el cráneo a la cola, como una excrecencia ósea en forma de cresta que le recorre todo el lomo. Los ogarayes son tímidos y temen al hombre, por lo que se fueron en cuanto nos divisaron.

También descubrimos una pareja de lienos, los osos de este mundo, negros y listados de pardo. Son criaturas poderosas y responden con furia asesina a los ataques, pero si no se les perturba prefieren la soledad, así que no nos causaron problemas.

A veces se percibe, lejos, entre arbustos o asomando de un tronco, la cabeza peluda de un orgo, un ser parecido al lobo de mi mundo

natal, aunque más pequeño y con el hocico puntiagudo y zorruno. Los orgos son astutos pero cobardes; solo atacan en grupos numerosos, cuando su víctima está herida o exhausta.

Aunque parezca extraño, es más seguro el bosque por la noche, pues el fuego de la hoguera espanta a cualquier depredador. Mi temor crece durante el periodo de luz, cuando marchamos a través de la espesura. En una ocasión una banda de diez orgos se acercó a nosotros, pero les asustamos gritando y haciendo aspavientos. No hemos vuelto a ver ninguno más.

La bestia más peligrosa, el sigra de estas honduras, ante la cual incluso el lieno retrocede, es el nayú. Por su culpa siempre llevo a mano la ballesta y dejo abierto el estuche de los cuadrillos.

Pero Valia se burla de mí en tono amargo:

—Eso no te servirá de nada frente al nayú. Su piel es dura como una coraza y el proyectil no penetraría lo suficiente como para matarle. Por ese entonces ya habría saltado sobre ti, pues es rápido y enérgico, y te habría desgarrado la garganta con sus dientes.

En estos momentos nos hallamos sobre una zona alta del bosque, una ladera empinada que baja durante unos diez tornes, hasta el borde de un precipicio. Al fondo de la cañada, una lengua de agua espumosa salta por entre rocas prominentes. Buscamos los lugares menos inclinados del terreno para avanzar. A veces, andar sobre este suelo inseguro parece casi imposible. No me ha quedado otro remedio que desatarle las manos y los brazos a Valia, para que pueda agarrarse a los tallos de los arbustos y a los troncos de los árboles. Pero aún seguimos unidos por la cuerda entre mi brazo y su cuello.

—Dudo que la piel del nayú pueda soportar un tiro de ballesta —digo—. Ni siquiera las armaduras más fuertes de Sarlia conseguirían aguantarlo.

Valia mira más allá de mi posición, hacia arriba. Sus ojos se abren mucho, las líneas de su cara se vuelven grises y luego negruzcas y la piel pierde la sangre que le daba vida.

—Ahora tendrás oportunidad de comprobarlo.

Me vuelvo y los descubro.

Son dos, moviéndose despacio sobre sus patas tubulares, acabadas en largas uñas. Están lejos, pero incluso hasta aquí llegan con claridad sus gruñidos y sus gorgoteos. Valia ya me los había descrito, pero la imaginación es pobre ante la realidad. Los nayúes quizá sean mamíferos, pero sus cuerpos globulares y negros recuerdan al de un escarabajo. Tal vez lo más aproximado en mi mundo sería un armadillo, pero tan grande como un perro dogo. Su epidermis está compuesta de placas sólidas, al modo de una coraza de láminas que abarcan el cuerpo entero; tiene además cuatro gruesas patas, un rabo corto y cónico y una cabeza de hocico perruno, cuyas fauces se abren

para mostrar las cuatro hileras de dientes pequeños y filosos.

La pareja se detiene, avanza unos pasos, nos observa. Poco a poco, siguen acercándose. Sus intenciones parecen obvias. Al contrario que las otras criaturas del bosque, no temen al hombre.

Levanto la ballesta para apuntar al más cercano, a unos seis tornes de distancia. La criatura, una bola brillante entre las hojas de los arbustos, se detiene y me mira con sus ojos pequeños y porcinos.

—No servirá de nada, ya te lo dije —dice Valia, tratando de dominar el terror de su voz. El nerviosismo dispara sus palabras y habla cada vez más rápido—: Solo tienen un punto flaco, la garganta, justo debajo de la boca. Si les acuchillas allí lograrás cortarles las arterias del cuello. Pero para conseguirlo tienes que dejar que se te echen encima.

—Estás loca si crees que voy a permitir que eso se me acerque.

—¡Tú eres el loco! —grita Valia—. Suéltame y dame la daga. Puedes quedarte con el cuchillo. Cazan en parejas, así que uno irá por ti y el otro por mí. Cada uno debemos matar a nuestro respectivo enemigo si queremos sobrevivir, y para encargarme de ese de arriba necesito un acero. ¡Dámelo, maldita sea, o nos harán pedazos!

—No creo que pueda resistir un tiro de ballesta —murmuro, mientras entrecierro los ojos, dejando que una gota de sudor resbale por encima de las pestañas. No me importan los gritos desesperados de Valia, debo concentrarme en matar al primero y después encargarme del otro. No puedo fallar. Es un blanco seguro.

Tiro del gatillo y el proyectil vuela e impacta en la criatura. Suena un chasquido metálico y veo la flecha volar por el aire, tras rebotar en la coraza animal. El monstruo se revuelve mordiendo el aire, provocando una tormenta de rugidos profundos y escalofriantes. Su compañero le secunda en los gritos de rabia, pero ambos continúan quietos. No van a arriesgarse a caer pendiente abajo, sino que calcularán cada paso antes de saltar sobre nosotros.

Siento un terror pegajoso y helado subir por mi columna vertebral.

—¡Te lo dije! —aúlla Valia.

—¡Vámonos de aquí! —exclamo.

Echo a andar, casi resbalando y tropezando, y Valia también avanza como puede. Los dos nayúes nos siguen con agilidad, bufando, agitándose, soltando hilos de baba, mordiendo el aire, hundiendo las uñas enormes en la tierra. Los rayos de Croaga que atraviesan el ramaje levantan brillos en su coraza, negra como el agua de un pozo.

Valia y yo alcanzamos una planicie extensa, una especie de terraza de piedra que emerge de la propia ladera boscosa. Allí nos detenemos, jadeantes, con las pupilas dilatadas por el miedo. Valia me mira, desesperada.

—Escúchame de una vez por todas, sarlio: solo hay una manera de

acabar con ellos.

—¡Dilo!

—Se acercarán hasta quedar a uno o dos tornes de distancia, para asegurarse de que no podamos esquivarlos, y entonces saltarán. La única manera de matarlos es enrollarse las vestimentas en el brazo izquierdo, forrándolo con varias vueltas. Se lo ofreceremos y se lanzarán sobre él, mordiéndolo. Son tozudos y no lo soltarán, así que mientras clavan sus dientes en la ropa, con la otra mano debemos acuchillarles el cuello, hasta cortarles las arterias de la garganta. Es la única forma.

—¿Estás diciendo que dejemos que esas cosas se nos echen encima?

—¡Sí! Ocúpate del grande y yo del pequeño. Es la única oportunidad de sobrevivir que nos queda. Debes soltarme la cuerda del cuello y darme la daga. ¡Vamos, se están acercando!

—No me gusta que tengas un arma. No pienso darte la daga.

—¡Dargor! Solo, no podrás con los dos. Quizá puedas eliminar a uno, pero el segundo te caerá por la espalda, ¡y no quiero que después vengan por mí sin un mísero cuchillo con el que defenderme!

Suena un rugido cavernoso y me vuelvo. El primer nayú, el más grande, está a menos de ocho tornes. Se acerca despacio, calculando cada paso. Sabe que ya no podremos escapar de ellos y no tiene prisa.

Dejo la ballesta y el estuche con los cuadrillos en el suelo, pues ya no me sirven de nada. Saco la daga, pero titubeo.

—Seguro que voy a arrepentirme de esto.

—Si puedes arrepentirte es que estarás vivo, ¡lo cual será toda una alegría! ¡Vamos, pásame el arma!

Se la arrojo y la coge al vuelo, por el mango. Empieza a cortar la cuerda que la une a mí. Agarro el casco y la coraza y se las echo a los pies.

—Póntelos, a mí no me sirven, son muy pequeños.

Me mira sorprendida, pero no dice nada. Se desata el cinto de la túnica y la saca por encima de su cabeza, quedando desnuda. También yo me quito la vestimenta, enrollando la capa en el brazo izquierdo, hasta dejarlo envuelto en un bulto voluminoso e informe. Valia lleva su túnica de forma semejante, en su propio brazo izquierdo, y está cubierta nada más que por la coraza y el casco. Ambos estamos desnudos, pero lo último en que ahora vamos a entretenernos será en admirarnos uno al otro, pues los dos nayúes ya están entrando en la roca plana.

—¡Recuerda: el cuello! —grita Valia, caminando con las piernas algo flexionadas hacia el nayú más pequeño, adelantando el brazo izquierdo y dejando atrasada la daga puntiaguda, como dispuesta para apuñalar.

Hago lo mismo, enfrentándome al nayú corpulento, empuñando el

cuchillo curvo y adelantando la mano izquierda, envuelta en la capa.

—¡Muerde! —grito.

La bestia levanta las láminas que cubren su morro, como si se hubiera puesto un capuchón ajustado de escamas metálicas, y muestra las cuatro hileras de dientes, dos adelantadas y dos más profundas. Exhala un rugido que llega hasta los huesos y los hace vibrar. Oigo el grito de su compañero, pero no me atrevo a perder de vista al mío. Sus garras arañan el suelo de piedra. Se contonea. Los ojos oscuros y pequeños me observan con odio. Sigue acercándose. Por encima de sus gruñidos y del rumor del río al fondo de la garganta, resuena el estruendo de mi corazón. Doy un paso hacia él y le presento el brazo izquierdo de nuevo.

—¡Muerde!

La criatura parece recular, aunque no desplaza las patas, y de pronto una mole negra y brillante se me echa encima, aplastándome con su peso. Siento una presión insoportable en el brazo izquierdo. Los colmillos han atrapado la capa y tironean de ella. Grito de dolor. Creo que el brazo se me va a salir del hombro en cualquier momento. Empiezo a acuchillar mientras la criatura está encima de mí, pero el acero resbala en las placas de su epidermis. Está muy cerca, tanto, que percibo el hedor espantoso de su aliento y su saliva me salpica el rostro. Sus ojos brillan en medio de un caos que se mueve hacia izquierda y derecha. Me agarra el brazo encapotado con las dos extremidades superiores y aprieta más aún los dientes sobre la presa. Su gruñido es como un trueno que no cesa. Busco con la punta del cuchillo y pincho, pero de nuevo el arma resbala. Acuchillo de manera salvaje, le vocifero insultos. Al fin noto que el acero se introduce en una ranura bajo las mandíbulas enormes y se hunde casi hasta el puño. Comienzo a rajar, a revolver el acero, y un chorro caliente sale disparado y me embadurna el pecho, el abdomen y los muslos. El gruñido del nayú se hace más agudo, pero yo grito de rabia y sigo cortando algo que parecen tendones, carne y vasos. Su sangre baña casi todo mi cuerpo y resbalamos y rodamos sobre ella. La fetidez caliente me provoca un vuelco en el estómago. Noto la presión ceder en la capa. La criatura abre las fauces y se aparta de mí.

Anda sobre sus cuatro patas, resbalando y tropezando, errático. Levanta la cabeza, de la que continúa brotando la sangre a chorros humeantes, y suelta un bramido lastimero.

Se derrumba.

Me levanto.

—¡Valia! ¿Dónde estás?

No la veo por ninguna parte, pero descubro un rastro de sangre en la piedra. Llega hasta el borde de la terraza natural.

Camino, me mareo, saco fuerzas de no sé dónde, muevo la cabeza

de mi enemigo muerto y busco en el enorme charco de sangre, hasta agarrar de nuevo el cuchillo. He de empuñarlo con fuerza para que mis dedos no resbalen sobre su mango. Lo saco de la herida. El nayú aún no ha muerto y me gruñe débilmente, en los estertores. Me aparto de él.

—¡Valia!

—¡Aquí!

Corro hasta el borde de la gran roca plana y la veo agarrada a unas enormes raíces, al borde mismo del precipicio, unos diez tornes ladera abajo. Sobre la pendiente de tierra y hojarasca hay un surco, una gruesa línea de suelo removido. Por allá debieron caer Valia y su nayú.

Dejo el cuchillo en el borde de la terraza natural y salto a la ladera. Resbalo, caigo sobre las nalgas y me precipito, aún con la capa enrollada en el brazo izquierdo. Mis plantas desnudas chocan con un tronco y la vibración del golpe llega hasta la mandíbula. Pero al menos el obstáculo detuvo mi bajada. Sigo descendiendo, agarrándome a matojos, arbustos y raíces aéreas, hasta llegar al borde mismo del barranco. Valia está sujeta por un solo brazo, el derecho. En el otro cuelgan los restos de la túnica. El yelmo se le debe haber salido de la cabeza durante la lucha contra el nayú. Le veo la cara arrugada a causa del dolor. Los ojos esmeraldinos brillan, entrecerrados. Relaja las facciones al verme llegar y los ojos se le humedecen. Sospecha que quizás hoy no se la trague la muerte de una vez por todas.

Apoyo los pies en piedras que nacen del suelo inclinado, me desenrollo la capa y la dejo colgando de mi cuello. Agarro a Valia del brazo derecho, con las dos manos, y tiro hacia arriba.

—¡Vamos, sube de una vez, Valia de Etria!

Ella logra pasar una rodilla por encima del borde y después la mitad superior del cuerpo. Lejos, el agua espumosa nos llama, tira de nosotros, nos ordena que caigamos y nos estrellemos contra sus rocas. La tierra bajo nuestras piernas se desliza. Valia consigue por fin ponerse en pie, me abraza y ambos empezamos a gatear y escalar, hasta que logramos apoyarnos en el tronco de un grueso árbol. Nos miramos, jadeantes, cubiertos de sudor y de arañazos, sucios, con los ojos aún enloquecidos.

Y nos limitamos a tragar aire, demasiado cansados como para hacer otra cosa que saborear una vida que hemos estado tan cerca de perder.

Tres clepsidras después estamos en el fondo de la garganta, sobre las rocas que forman la orilla de un remanso del río. Es una especie de pequeño estanque, en el que nos hemos bañado para limpiar las

heridas. Por fortuna no nos hemos roto ningún hueso y a pesar de las contusiones y los arañazos, no hay nada de gravedad. Ambos tenemos aún el brazo izquierdo lastimado y entumecido, morado a causa de los derrames internos, pero no creo que sea algo serio y pronto lo volveremos a utilizar con destreza. Las ropas destrozadas también fueron puestas en remojo y ahora se secan, extendidas sobre rocas planas.

Ambos estamos desnudos de nuevo. Ese parece ser nuestro sino.

No cruzamos muchas palabras en la bajada hasta el río. Cuando el frenesí del peligro y la violencia desaparecieron de los ojos de Valia, comenzó a mirarme de una forma extraña, reflexiva y serena. Perdió la daga en el combate, pero conserva puesta la coraza ligera. No he vuelto a ponerle la cuerda en el cuello.

—¿Sigues aún decidido a llegar hasta Etria, la capital? —me pregunta.

—Sí. Quiero hablar con tu sigra.

—No lo hagas, Dargor —responde, muy seria—. Te matarán.

—Me lo has dicho otras veces.

—Antes no me importaba.

—¿Y ahora?

—Ahora todo ha cambiado. Peleamos juntos y me salvaste la vida.

Le quito importancia con un gesto de la mano.

—Te necesito viva para que me guíes.

Sonríe, enigmática.

—Quizás, pero arriesgaste tu pellejo para sacar el mío del atolladero. —Vuelve a mostrar gravedad—. Podías haberte quedado arriba, en lugar seguro. Y bajaste.

»Escúchame: si desandamos el camino te llevaré hasta el límite del Laberinto y volverás a Ocrai. Allí correrás mucho menos peligro que aquí. Después, ya encontraría la forma de llegar con mi gente.

La miro, atónito.

—¿Pretendes salvarme la vida?

Sus ojos se suavizan y se vuelven dulces, algo que me provoca aún mayor asombro.

—Vete de aquí, Dargor. No vayas a Etria.

—He de ir.

—¿Por qué? ¡Por qué! ¿Es que acaso estás loco? ¡No podrás hablar con la sigra! ¡Ni siquiera llegarás a verla! ¿Sabes cómo tratan allí a los extranjeros?

—Me lo has explicado muchas veces, con todo detalle.

—¡No te entiendo!

—Valia, lo diré una vez más. Iré a Etria. Contigo o sin ti.

Queda silenciosa, mirándome. Al final aparta la vista, malhumorada. Yo también.

Al cabo de mucho tiempo se levanta y se me acerca. También me pongo en pie, agarrando el cuchillo envainado. Parece otra mujer, como si hubiera perdido la fiereza pero hubiera ganado seriedad.

—Está bien. —Asiente, frunciendo el ceño—. No te comprendo, pero te ayudaré en lo que pueda. Te llevaré hasta Etria e intercederé para que hables con la sigra.

—Eso es todo un cambio, Valia.

—Empezamos muy mal, Dargor, pero ahora podemos convertirnos en amigos. En compañeros. No olvido a quienes han luchado junto a mí.

—Pero sí olvidas que eres mi prisionera.

Abre mucho los ojos. Suspira y asiente.

—Comprendo. No confías en mí. ¿Deseas ponerme otra vez la soga al cuello?

—En realidad, prefiero no llevarte como cautiva. Sí, Valia, tú y yo podemos ser amigos.

Sonríe con dulzura y me ofrece el antebrazo. Se lo estrecho. Ambos nos quedamos así, mirándonos durante muchos instantes.

Ella entrecierra los ojos y se me acerca abriendo los labios.

La tomo de la cintura, la atraigo hacia mí, ella me pasa los brazos por encima de los hombros y nos fundimos en un beso largo y profundo. El primero de muchos.

—¡Alto! —grita la muchacha—. ¿Quién eres?

Está vestida con la típica túnica de caza etriana, corta y sin mangas, que oscila entre el gris, el marrón y el negro. En las muñecas lleva bandas de cuero y calza sandalias resistentes, con las tiras subiendo en zigzag hasta la rodilla. De la espalda cuelga la pequeña ballesta y su estuche de proyectiles. En la cintura lleva, envainados, el largo cuchillo curvo y una daga. Se cubre el torso con una coraza ligera y la cabeza con un casco semejante al que llevara Valia cuando la conocí.

Por entre las rocas aparecen una segunda mujer y una tercera, ambas ataviadas y armadas de manera semejante.

Ya hace dos alagas que Valia y yo abandonamos el bosque; durante este intervalo el terreno se ha encrespado más y más y la piedra ha ganado la guerra contra la vegetación; ahora los árboles quedan muy espaciados y los taludes inmensos sobresalen por entre los débiles bosques. Las gargantas y los barrancos ganan profundidad y a veces se convierten en simas espantosas cuyo fondo está siempre hundido en tinieblas.

Empezamos a meternos de lleno en el auténtico Laberinto.

Y sin embargo, aún no hemos alcanzado las montañas inmensas y majestuosas que son lo más crudo y fascinante de esta cordillera. Por el momento aún se puede escalar entre los peñascos, pero si continuamos hacia el sur será casi imposible continuar a pie y tendremos que desplazarnos a lomos de ercos.

—¿Es que acaso no me reconocéis? —les pregunta Valia, con los brazos en jarras, desafiante, aunque también sonriente, mirando hacia los sombríos peñascos por los que asoman las tres mujeres—. ¡Saludad a Valia, capitana de la Guardia de Etria!

—No me dijiste que ocupabas ese cargo —le comento.

Me mira sonriendo, para acto seguido darme un sonoro beso en la mandíbula.

—Lo siento, amor mío, se me debió olvidar.

Le hago una mueca y ella me guiña un ojo. Mis sospechas de que Valia ocupaba un alto puesto en su patria no eran infundadas. De manera recíproca, tampoco le he comentado, en estos dos últimos alagas durante los cuales hemos sido amantes, que soy el ornai de Sarlia.

Las tres guardianas parecen dudar durante unos instantes, pues la mujer que me acompaña tiene el pelo revuelto, aún muestra los arañazos de la lucha contra el nayú y está vestida con una túnica harapienta y desgarrada; en definitiva, no tiene un aspecto muy digno. Pero esta primera impresión resulta errónea, pues ella las mira con

fuerza y no se percibe en su lenguaje corporal la más mínima duda de su poder.

Quizá sea por ello por lo que una de las tres baja con agilidad por las peñas, hasta nosotros.

—Es cierto —dice—. Te reconozco, capitana. Saludos. Pero… ¿qué hace un hombre contigo? —Sus ojos, dentro del casco, se abren mucho —. ¡Está armado!

—No es un prisionero, sino mi invitado, un embajador de Sarlia.

—Capitana, un hombre armado no puede entrar en Etria. Es…

—Yo respondo por él —ataja Valia—. Ha demostrado ser un aliado valioso y leal. Además, aunque es cierto que no pueden penetrar hombres con armas en la capital, nada se ha dicho sobre los puestos de vigía como este y las pequeñas fortificaciones entre las peñas.

Una segunda mujer ha bajado desde arriba. Me mira con desprecio y hosquedad y yo le mantengo la mirada, cosa que parece sorprenderle. Se vuelve hacia Valia.

—¿Has dicho que viene de Sarlia, capitana? Eso está demasiado lejos y…

—Conducidme hasta vuestra cabaña. Estamos hambrientos y cansados. Mañana nos prestaréis un par de ercos e iremos a la capital. Una última cosa: que nadie trate de desarmar ni importune lo más mínimo a este hombre… O se las verá conmigo.

Las guardianas quedan atónitas, sin saber qué decir, mirándome ora a mí, ora a Valia

—¿Interpreto vuestra indecisión como desacato a mi autoridad? —pregunta Valia.

—¡No, capitana! Enseguida te conduciremos a nuestro puesto elevado. Síguenos.

Hace poco, Valia jadeaba y gemía debajo de mí. Ahora duerme a mi lado, sobre el jergón de tela basta, relleno de hojarasca mullida y cubierto por gruesas mantas de lana de trebio.

Me levanto y camino a través de la austera sala de piedra, sumida en la oscuridad de la noche. Hay un ventanuco estrecho y rectangular, en realidad una tronera desde la que se puede disparar una ballesta o un arco. La luz de las estrellas penetra como un chorro azul y fantasmal en el cuartucho.

Durante un instante busco la Luna en el cielo. A veces olvido que no estoy en la Tierra, sino bajo constelaciones desconocidas. Me he hecho a este mundo y he llegado incluso a amarlo, pero no es el mío y pequeños despistes como este lo prueban. Me pregunto si algún alaga podré cortar del todo los lazos mentales que me unen a mi pasado, en otro planeta o quizás otro universo; entonces, morirían todos aquellos recuerdos que ya son nebulosos, mi memoria los eliminaría por

inservibles, como un lastre a desechar.

Bajo la mirada, desde los cielos a la tierra, preocupándome por lo práctico y lo inmediato.

Esta cabaña de piedra se alza sobre una pequeña terraza, a la sombra de un macizo rocoso. Es un puesto elevado, uno de los cientos, tal vez miles, dentro de Etria. Desde ellos las etrianas pueden detectar cualquier anomalía en sus predios, cualquier extranjero, cualquier invasor. Pero… ¿quién osaría meterse en un laberinto, en el Laberinto, un dédalo de muros naturales en el que es tan fácil perderse, habitado además por guerreras capaces de atacar a sus enemigos desde las alturas?

Bajo este muro de la cabaña hay un pequeño corral donde dormitan cinco trebios atados que producen leche y lana para el trío de centinelas. A la izquierda están las jaulas de los ercos. Estas bestias descansan también, como enormes sombras planas. Una de las vigías se halla sobre un pico elevado, en pie, oteando el horizonte. La de estas mujeres es una tarea melancólica y aburrida y por ello cada cinco alagas el trío de centinelas es relevado por otras tantas guerreras que llegan de la capital. Los puestos de vigilancia en toda Etria son rotatorios; de otro modo la eterna soledad volvería locas o tal vez perezosas a las vigías.

Vuelvo al jergón y me meto bajo de la manta. Valia está ya despierta y en la oscuridad descubro el brillo de sus ojos verdes y la línea suave de su mentón. Pongo las manos detrás de mi nuca, miro el techo, y ella se tumba sobre mí, acariciándome con suavidad la cara y observándome pensativa.

—¿Por qué siempre estás tan serio? —musita.

—Debo atender asuntos muy importantes y estoy impaciente.

—La entrevista con nuestra sigra. Ya lo sé, no te preguntaré sobre ello, lo hemos hablado. Eres un testarudo.

—A ti tampoco te gusta dar tu brazo a torcer.

Sonríe.

—Es cierto. Pero no solo se trata de esa locura de hablar con la sigra de Etria, sino de algo más.

»Una mujer, tal vez.

Permanezco en silencio, mirando al techo. Ella me acaricia el pecho y sigue hablando, con una voz dulce y susurrante:

—Supongo que habrá habido otras mujeres, en Sarlia… o en diferentes lugares.

Suspiro.

—Sí, hubo una mujer.

—La querías, ¿verdad?

—En efecto. Hubiera dado cualquier cosa por ella, en aquel momento.

—¿Y ahora?

—No, ahora no. Me rechazó y he conseguido olvidarla. Ya no tiene poder sobre mí.

—¿Acaso no te amaba?

—No. —Sonrío con amargura—. Y me lo expresó en los términos más desagradables posibles.

—Era una boba.

—No, Valia… En realidad el estúpido fui yo. Con el tiempo me he dado cuenta de que no amaba a la mujer real, sino a la imagen que de ella había construido. Una imagen falsa, a la que me aferraba de manera infantil. El tiempo y la realidad se encargaron de sacarme del error.

Valia se aprieta contra mí y siento la suavidad y el calor de su cuerpo. Sus ojos brillantes se entrecierran.

—¿Y ahora? ¿Amas a alguna mujer… ahora?

Le sostengo la mirada.

—No, Valia. Ahora no quiero a nadie. Nadie ocupa mi mente ni mi corazón.

Permanece quieta, observándome durante muchos latidos. Suspira y apoya su cabeza en mi pecho.

—Sin embargo, yo sí te quiero, Dargor. Me gustaste desde el primer momento en que te vi y ahora lo sé. Eres peligroso, demasiado peligroso para mí. Me das miedo.

—¿Por qué?

Levanta la cabeza para mirarme. Sus ojos brillan como carbones ardientes.

—Porque yo antes me burlaba de todas esas tontas que se volvían locas por un hombre. Pensaba que eso jamás me pasaría. Pero… no sé cómo, has barrido mis defensas, te has metido muy dentro de mí y no puedo sacarte… No quiero sacarte. Siento como si estuviera unida a ti por lazos de fuego que me atrapan, que me queman y me impulsan a cantar y a bailar y a besarte y acariciarte en todo momento de luz o de oscuridad. Y lo peor de todo es que ya no me importa si me quieres o no.

Acerca su cara a la mía y siento su aliento mientras cierra poco a poco los ojos.

—Solo me importa que me abraces con fuerza una vez más, antes de que te vayas y me dejes para siempre.

Siento sus labios en los míos y la atraigo, recorriendo con mis manos su cuerpo.

—Hoy no iremos a la capital. Vas a aprender a montar en erco y te enseñaré mi tierra desde las nubes.

—Maldita seas, Valia, bestia tozuda, ¡necesito ver a tu sigra!

—Tranquilízate, muchachito, la sigra seguirá en su trono durante muchos furás. No se va a morir por esperarte durante otro alaga, ¡así que obedece, hombre!

Le doy una palmada con todas mis fuerzas en una nalga, suelta un grito y trata de devolvérmela. Jugueteamos un poco bajo la mirada de los trebios del corral y de las tres mujeres que nos observan desde la puerta de la casa, sin ocultar su animadversión.

—¡Buenos días, bellas damas! —les grito, saludándolas con una mano. Parecen revolverse un poco y una incluso se marcha, con la cabeza alta y el cuerpo tenso. A las otras dos les obsequio mi mejor sonrisa y ellas tuercen la cabeza.

—¡Déjalas! —dice Valia, tirando de mi mano derecha, llevándome hacia las jaulas de los ercos—. ¡Son unas envidiosas! ¡Vamos, ven aquí!

Viste una nueva túnica de guerra, sandalias y cinturón, y lleva envainado el largo cuchillo. Las prendas de las etrianas me están pequeñas, así que con un nuevo capote confeccioné una especie de túnica amplia, sin mangas, ceñida por un cinto de cuero. Como guerrero sarlio, mantengo los pies desnudos. Y llevo un cuchillo envainado.

En algún momento del alba, antes de que me despertara a empujones y gritos, Valia ha debido lavarse el pelo oscuro, que ahora lleva suelto, fino y lacio, muy largo, removido por el viento. Muestra los labios pintados de un rojo suave y bajo los ojos hay una fina línea oscura. Hoy está muy bella y así se lo he dicho, comentario que ha provocado en su rostro una sonrisa de oreja a oreja. Las etrianas pueden ser luchadoras ariscas, pero al fin y al cabo son mujeres y no han olvidado cómo satisfacer, cuando les interesa, su vanidad femenina.

Valia me lleva hasta uno de los ercos y me muestra cómo colocar la silla y las riendas. Estas criaturas son grandes y carnívoras, pero ella asegura que están domadas y obedecen bien las órdenes, siempre que sean transmitidas con decisión. El monstruo abre sus fauces cuando me acerco a él, pero sigo andando y monto en la silla, provocando un aplauso burlón de mi maestra. Los arreos no parecen complicados; hay una rienda para controlar al mismo tiempo el grado de altura y el viraje hacia izquierda y derecha, y otra que sirve de freno. Las espuelas que pinchan la panza obligan al animal a incrementar su velocidad. Con el tiempo, asegura Valia, un buen jinete puede enseñar a su erco a extender las garras y hacer pasadas sobre una presa de caza o un enemigo que camine, corra o escale, atrapándolo sin detener el vuelo. También se adiestra al erco para atacar con sus colmillos e incluso golpear con la cola larga y gruesa, igual que si fuera un látigo

gigante.

Monto en el erco, tiro con suavidad de las riendas, el animal da unos cuantos saltos y de pronto estoy en el suelo, mientras Valia ríe a carcajadas. Afirma que olvidó de manera inocente asegurar la silla al animal, pero ya empiezo a acostumbrarme a su gusto por las bromas y las situaciones chuscas —siempre que no las sufra ella—. Cuando he verificado la silla y todos los demás ajustes, monto de nuevo en la bestia y Valia sube a otro erco. A pequeños saltitos, emergemos de las jaulas.

Valia tira de la rienda de altura y su animal aletea, levantando polvo y alzándose con suavidad, hasta unos cinco tornes de altura.

—¿Lo ves? ¡Es muy fácil! ¡Prueba tú!

Miro al fondo del abismo que se abre unos pasos ante mí, trago saliva y procuro componer una expresión de serenidad.

—Nunca he montado en uno de estos bichos, ni siquiera como acompañante. Tal vez debería practicar un poco más en tierra, antes de alzar vuelo.

Ella abre mucho los ojos y suelta una gran carcajada, oscilando arriba y abajo mientras su erco agita las alas con suavidad.

—No creas que tengo miedo —añado—, es solo que me gusta planificar las cosas antes de hacerlas.

—Está bien, Dargor, quédate ahí si lo deseas. Voy a dar un paseo por las nubes. ¡Qué lástima! ¡Nunca pensé que los de Sarlia fueran tan cobardes!

Antes de que me dé tiempo a contestar hace girar al erco y se aleja poco a poco.

—¿Cobarde? ¡Ahora verás!

Me encomiendo a todos los dioses, pego una patada hacia atrás en los estribos y de pronto me encuentro bajando raudo hacia las nubes. Noto que estoy gritando y cierro la boca. Tiro de las riendas con brusquedad y zigzagueo de manera vertiginosa, mientras las montañas suben y bajan, dan botes, se me acercan y huyen.

—Serénate… —jadeo, entre dientes—. ¡Concéntrate!

Tiro con suavidad de las riendas y noto que empiezo a tomar el control. Abajo, los valles y los riscos forman una gigantesca costra rugosa de negros y grises. El viento me golpea el rostro y ruge en mis oídos. Bajo mis piernas siento la vibración de esta enorme criatura que empieza a obedecerme. Suelto una carcajada de felicidad.

Valia sube hacia mí y deja planear a su criatura.

—¡Has tardado mucho! —Sé que grita a pleno pulmón, pero el viento convierte su voz en un murmullo débil y agudo—. ¡Eres bastante torpe y gracioso cuando montas en erco!

Suelta otra carcajada y respondo con más risas, sin poder evitarlo.

—¡Ahora verás, maldita loca!

Hago girar al erco para acercarme a ella, pero se escapa con elegancia y dibuja un círculo alrededor de mí.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de aprender a volar en un erco? —me grita, una vez que ambos planeamos a la misma velocidad.

—¿Cuál?

—¡Compitiendo! Mira ese risco negro. ¡El que llegue antes, gana!

Su animal sale disparado, moviendo las alas con fuerza. Suelto un juramento y clavo espuelas. El tirón me hubiera arrancado de la silla si no hubiera estado sujeto a ella por las correas de seguridad. Entrecierro los ojos porque se me llenan de lágrimas cuando el viento los golpea. Aprieto los dientes. El universo entero se transforma en un borrón claro y oscuro, me acerco a Valia y llego hasta su posición.

—¡Voy a ganar! —grito.

Ella dice que no con un índice, agacha el cuerpo, pica espuelas y sale de pronto disparada hacia delante. Me había dejado llegar hasta su altura solo para jugar conmigo… ¡Diablo de mujer!

Cuando llego al risco Valia planea en lentos círculos, varios tornes sobre mi cabeza.

—¡Muy mal, guerrero sarlio! —se burla—. He visto trebios que montaban el erco mejor que tú.

—En diez carreras más te ganaré —le prometo, levantando un puño hacia ella—. Después voy a ponerte sobre mis rodillas y te dejaré el trasero tan caliente como un horno.

—¡Qué grosero! ¡Pero acepto la apuesta! Allá hay un bosque, entre esas dos gargantas oscuras. ¡Veamos quien llega antes!

Los dos volamos a toda velocidad, en busca de la meta.

A partir de la séptima carrera ya he dominado el erco lo suficiente como para perder por muy poco. En la novena, juraría que hemos llegado los dos al mismo tiempo… Sin embargo, Valia afirma que ella ganó por dos cabezas de diferencia.

Dejamos descansar a los ercos por unos instantes, sobre una terraza natural en la que nacen, de manera casi heroica, unos pocos árboles. Valia me mira con el ceño fruncido.

—He de reconocer que aprendes demasiado rápido el manejo del erco, sarlio.

Me inclino sonriendo sobre la silla.

—Ve preparando tus lindas nalgas para el castigo, capitana de la Guardia de Etria. Cuando termine contigo quedarán tan planas como el asiento de esta silla.

—¡Ja! Escucha, animalito engreído: al final de este barranco hay un monte con una peña de formas cuadradas; la reconocerás de inmediato. El que antes llegue gana, y entonces… ¡Mira eso!

Me vuelvo hacia atrás, buscando entre los árboles y llevando una mano al puño del cuchillo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué señalas?

—¡No lo ves! —chilla Valia—. ¡Es horrible!

Me vuelvo y desenvaino el acero.

—¡Fíjate bien! ¡Cuidado! ¡Míralo! ¡Está allí!

—¿Qué hay allí? ¿Un nayú?

—¡No! ¡Un árbol!

Durante un latido quedo inmóvil, mirando, en efecto, uno de los árboles de la terraza que ocupamos.

Oigo la risotada y gruño un insulto. Pero ella me ha tomado demasiada ventaja gracias a su engaño. Valia vuela entre las paredes del barranco de forma temeraria, como de costumbre. La sigo de cerca, ambos con los cuerpos agachados sobre la silla. Se vuelve y descubro una sonrisa alocada en su rostro. Ganamos más velocidad y por muy poco es Valia quien llega antes a la roca cuadrada.

—¡Hiciste trampa y por eso ganaste! —aúllo—. ¡Ven aquí, voy a sacudirte de lo lindo!

—¡Ah, nadie dijo que las distracciones no estuvieran permitidas! —protesta—. Cariño mío, no tengo la culpa de que a veces tardes tanto en captar mis pequeñas argucias.

Es imposible enfadarse durante mucho tiempo con esta mujer, así que transijo.

—Bien, digamos que quedamos empatados.

—¡Nada de eso! —grita, escandalizada—. ¡Llegué la primera!

—Eres igual que una niña. Pero no apostaste nada.

—Sí, aunque lo dije tan bajo que no me oíste. O tal vez ni siquiera prestabas atención.

—¿Cuál es tu premio?

—Baja del erco y te lo diré.

Así lo hago y se me acerca, sonriendo zalamera.

—El premio es un beso largo y jugoso.

A mi pesar, también acabo por sonreír.

Cuando separa sus labios de los míos, señala una zona verdosa entre varios montes.

—Mira, allí hay un prado perfecto para revolcarnos como animales en celo.

Hago una mueca burlona.

—Valia, te sorprendería saber que hay mujeres que tratan ciertos asuntos con un mínimo de pudor.

Se encoge de hombros.

—No tengo la culpa de que sean unas tontas. El primero que llegue ganará. ¡Vamos!

Como de costumbre, no transcurre más de un latido entre el momento de anunciar la carrera y el de empezar a volar. La sigo de inmediato, pero Valia llega la primera al prado, desabrocha sus

correas y con un grito alegre salta de la silla a la hierba suave, caliente bajo los rayos de Croaga.

—¡Siempre tan lento, cariño mío!

—Ninguna criatura puede alcanzarte cuando vuelas, hermosa etriana —respondo, con una mueca malhumorada.

Bajo de mi silla y la expresión se me suaviza cuando ella me echa los brazos al cuello y me planta un sonoro beso en la boca.

—No sé qué voy a hacer contigo, mi amor. Haces progresos cuando montas el erco, pero aún te queda mucho por mejorar.

—Espero que no me quede tanto cuando se trata de montar a otras criaturas. A ti, por ejemplo.

Me da un pellizco, pero la agarro de la cintura y la atraigo con fuerza, apretando su cuerpo contra el mío e impidiéndole que se separe. Pasa sus brazos por encima de mis hombros, noto que se funde contra mí, abre sus labios y busca los míos.

—En tales asuntos no presento quejas —me responde, entre besos.

—Creo que sería más interesante continuar con estas disciplinas físicas tumbados, y no de pie —propongo.

—Estoy de acuerdo.

Me agacho para pasar un brazo tras sus rodillas y la levanto en brazos, provocándole un grito de sorpresa. Camino llevándola hasta una zona mullida del prado y me dejo caer de rodillas. Nos convertimos en un amasijo de brazos y piernas rodantes, entre gritos y risas. Fingimos luchar y al final acabamos encajados uno sobre el otro. Al cabo de poco, y de manera misteriosa, nuestras ropas se han separado de nuestros cuerpos y yacen cerca, sobre la hierba caliente y suave. Jugueteo un rato con sus pechos y luego paso a sus orejas. Si pusiera una mano en su garganta estoy seguro de que la sentiría ronronear, como si Valia fuese una gran gata mimosa.

—Estamos en un prado abierto —le digo, tras lamer uno de sus lóbulos— y es posible que tus chicas nos estén viendo desde esos montes.

—Deja a las pobrecillas que se den el espectáculo. Así disfrutarán un poco.

—¿No te importa que te vean retozando con un hombre? ¿Y la disciplina y el sentido del deber de Valia de Etria? Deberías preocuparte de darles ejemplo.

—Ya se lo estoy dando —murmura, con los ojos entrecerrados.

—Comprendo.

—¿Por qué me miras y sonríes de esa manera? —me pregunta.

—Estoy pensando en lo diferente que eras cuando te conocí por primera vez.

—Ya entonces me encendiste el fuego y por eso quise poseerte, aquella primera noche.

—Estaba atado y a tu merced, ¿recuerdas?

Bufa una carcajada.

—Y muy gracioso, por cierto. —Sus ojos verdes cobran malicia, mirándome por entre las largas pestañas—. ¿Acaso te gustó?

—No dejaba de tener su interés.

—Si lo deseas podemos repetirlo.

—No, gracias. Para ser justos, ahora te debería tocar a ti estar atada y a mi merced.

Suelta una carcajada.

—Qué tonterías dices, mi amor. —La sonrisa empieza a desaparecer de sus labios cuando ve que mi expresión no ha cambiado—. Estás de broma, ¿verdad?

—Recuerdo que te quejaste de que mis manos estaban atadas y no podría recorrer tu cuerpo con ellas.

—¡Dargor! —chilla, escandalizada—. ¡Borra esa sonrisa malévola de tu cara!

—Ahora, estas manos ya están libres. —Las muestro ante ella—. Pero las tuyas podrían quedar apresadas, ¡así!

Con mi mano izquierda cojo sus dos muñecas y le obligo a estirar los brazos por encima de su cabeza.

—¡Oh!

—Pero aún queda mi mano derecha libre, como puedes ver.

—Dargor, ¿qué demonios estás haciendo?

Intenta soltarse de mi mano zurda, pero noto que sus esfuerzos no son muy intensos.

—Tienes mucha más fuerza de la que estás utilizando para liberarte de mi presa —le digo—. ¿Es posible que la orgullosa Valia de Etria en el fondo no desee deshacerse de esos dedos?

—Mmm, no sé… ¿Adónde pretendes llegar? —me pregunta, con una sonrisa.

Estoy echado a un lado, junto a ella, sobre un costado. Su largo y desnudo cuerpo se extiende ante mí, tumbado boca arriba, mientras sujeto con fuerza sus dos manos, por las muñecas. Noto que empieza a respirar más fuerte y las mejillas se le encienden.

—Dargor, ¿por qué no me sueltas?

—También recuerdo otras palabras que me dijiste, querida Valia… —Clavo mis ojos en los de ella—. *Haré contigo lo que quiera. Tu cuerpo será mi juguete, mi instrumento y mi placer*.

—¿Estás vengándote de mí? —me pregunta con voz dulce. Su sonrisa se vuelve fiera—. Pues entonces, ¿a qué demonios estás esperando? ¡Véngate ya de una vez!

Pongo mi mano derecha sobre su vientre y ella cierra los ojos y se estremece. Dejo la mano quieta sobre su abdomen, con firmeza, notando el calor de su piel. Intenta mover los brazos, pero los aprieto

contra la hierba. Su mirada se clava en mí.

—¿Qué deseas? —me dice con voz ronca, retorciendo con languidez su cuerpo desnudo sobre la hierba—. ¿Hacer lo que te venga en gana conmigo?

—Es una opción interesante.

—Ven a mí —me responde—. Te quiero dentro, llenándome.

No contesto. Me limito a mirarla, cada fluctuación de su carne suave, cada movimiento de ese cuerpo firme y esbelto, trémulo. De pronto, algo salvaje brilla en sus ojos y echa la cabeza hacia atrás, arquea la espalda, abre las piernas y las dobla ligeramente, realzando las curvas y la belleza de su cuerpo femenino y maravilloso.

Mi mano empieza a moverse, deslizándose sobre su vientre, hacia abajo, más abajo, y entra en ella.

—¡Ahh! —grita—. Ahhh…

Mis manos continúan explorándola, no solo en sus recovecos internos, sino en las piernas, los brazos, los pechos, la garganta, el rostro. Unas veces mi tacto se hace severo y otras es suave y acariciador. Los ritmos se aceleran o frenan, provocando miríadas de sensaciones. No tengo prisa. Me maravillo ante sus respuestas, su dulzura, su fuego. Ella se retuerce y gime mientras mis dedos conquistan este país de calor y tersura. Paso los brazos bajo su espalda, agarro fuerte sus nalgas, meto los dedos entre ellas y continúo explorando. Luego vuelvo al horno húmedo entre sus piernas. Mi ritmo se intensifica y ella se mueve con los ojos cerrados. Al fin estalla, pero no dejo de palparla. No me importaría pasar el resto de mi vida tocando la anatomía de esta mujer.

—Detente, asqueroso pervertido… —susurra entre jadeos, con los ojos entrecerrados—. ¡Me vas a matar!

—¿De veras quieres que me detenga?

Ríe con alegría lujuriosa.

—¡Ni se te ocurra!

Se estira con languidez, ofreciéndome de nuevo su cuerpo. Me echa los brazos al cuello, besándome con fuerza, restregando fuerte su vientre contra el mío.

—Aparta esa sucia mano y méteme otra cosa… —exige.

Siento un ramalazo de deseo incontenible, pongo de nuevo mis manos bajo sus nalgas y las levanto, empujando sus caderas hacia mí mientras la penetro hasta el fondo, sin ninguna dificultad debido a su humedad inmensa. Ella se tensa con un jadeo y quedamos inmóviles durante algunos latidos, ella completamente empalada, los dos intercambiando nuestras respiraciones. Luego nos relajamos y empezamos a movernos al ritmo adecuado, durante mucho tiempo, mientras nos comemos las bocas, esforzándonos por hacerlo durar. Pero poco a poco se nos van acelerando los cuerpos, el movimiento se

hace más violento y cada una de mis embestidas la aplasta contra el suelo y a mí me hace soltar un gruñido explosivo. La siento estallar, mientras me agarra la cabeza y su cuerpo se tensa y se relaja una y otra vez bajo mi piel sudorosa, gimiendo con voz ronca junto a mi oído, mientras un placer devastador recorre su cuerpo de un extremo al otro.

Al final yo también emito un rugido cavernoso, me tenso por completo, jadeo y quedo sin aliento, ella besándome con dulzura la garganta, chupándola. Exploto de una vez por todas. Es… increíble. Me derrumbo sin fuerzas sobre ella y así quedo, vacío y exhausto. Me acaricia el pelo con ternura y yo descanso sobre su cuerpo.

Tras una lánguida eternidad salgo y quedo tumbado junto a ella, boca arriba, con las manos tras la nuca. Ella se acurruca encima de mí, encajando su cabeza entre mi pecho y mi garganta. Le acaricio el cabello y lo beso. Contemplo la marcha perezosa de las nubes. Permanecemos en silencio y el sueño empieza a vencernos. Sobre nosotros Croaga sigue luciendo, calentando nuestro lecho de hierba. Una brisa suave lame nuestra piel y la seca. Las montañas aún duermen. El universo continúa girando a nuestro alrededor.

Una vez que hemos abandonado la pradera entre los montes, Valia me dice que subamos de nuevo a los ercos.

—¿Más carreras? —pregunto, con un gesto de cansancio.

—Después, amor mío. Ahora quiero enseñarte otra cosa. ¡Sígueme!

Volamos hasta una montaña gigantesca, un pico majestuoso, una cuchilla pétrea que ha emergido del tapiz de la tierra, abriéndose paso entre montes más pequeños, casi apartándolos de manera desdeñosa. Nuestros ercos ascienden paralelos a su fachada gris, atravesando cúmulos algodonosos. Cuando miro hacia abajo el fondo me parece oscuro y remoto, entre charcos de nubes.

Al fin, llegamos a una terraza de piedra lo bastante grande como para sostener a los dos ercos. Valia y yo bajamos de las sillas y les permitimos descansar. Se me hace un nudo en el estómago al pensar qué sería de nosotros si los dos animales decidieran de pronto echar a volar y nos abandonaran a nuestra suerte, aquí arriba.

—Vamos a subir hasta la última cima de esta montaña.

—Allí los ercos no podrán sostenerse. Parece un lugar demasiado estrecho y afilado para ellos.

—¿Quién habló de ir volando? ¡Escalaremos!

Miro hacia arriba, descubriendo una torre natural de piedra escarpada y negra, de la que cuelgan chorros de agua helada. El viento cortante silba con enojo al ser hendido por la cima del pico.

—Iré primero —dice Valia—. Conozco el camino adecuado. No temas, la primera vez da mucho miedo, pero en las siguientes vences

al terror y es fácil subir hasta arriba.

—Es un consuelo saberlo, teniendo en cuenta que esta será mi primera vez.

—Si eres cuidadoso y mantienes la sangre fría no resbalarás en el agua helada, ni tropezarás bajo una piedra insegura, ni se te abrirá la grieta bajo los dedos, ni apoyarás mal el pie y…

—¡Calla!

—Ahora en serio, Dargor: lleva cuidado.

Se me ocurre plantear la posibilidad de quedarnos en este lugar, con los ercos. Pero eso supondría que me llamara cobarde y debería soportar sus burlas durante todo el camino de vuelta. Antes que eso, prefiero despeñarme montaña abajo.

—Las damas primero.

Ella asiente y comienza a escalar, buscando con cuidado las hendiduras y los salientes precisos.

—La clave consiste en no mirar nunca hacia abajo —advierte.

De manera milagrosa, no nos caemos pendiente abajo y por fin llegamos hasta la mismísima cima del pico, en la que ambos cabemos, aunque sentados y muy juntos uno al lado del otro. Al mirar hacia abajo me maravillo de que hayamos podido subir por una punta tan afilada y estrecha.

—Dargor, amor mío, estamos en la cumbre del Titán, la montaña más alta del Laberinto.

Agarrándome para que no se me lleve el viento, empiezo a comprender por qué Valia sonríe en éxtasis, con los ojos brillantes, mientras contempla el panorama.

Es como hallarse por encima del mundo entero. Ante nosotros solo hay vacío y nubes y un manto de montañas, como la piel de un saurio inconmensurable, en la que cada grieta y cada pico resaltan con una nitidez fantástica. Por entre todas esas elevaciones hay manchas verdosas y parduscas, y también agujeros de profunda oscuridad. Las nubes avanzan con lentitud, como un rebaño de animales empachados y perezosos. La majestuosidad, la belleza, la hondura de esta escena es incapaz de ser traducida en palabras: solo el ojo puede entenderlo.

Nos miramos y sonreímos como dos tontos. Oigo el chillido de uno de nuestros ercos, un murmullo que se lleva el viento.

Valia separa una mano de la piedra para apartarse el cabello de la cara.

—Cuando era una chiquilla subí por primera vez hasta la cima del Titán. Entonces, experimenté la sensación más intensa y maravillosa de toda mi vida. Jamás he podido olvidarla.

»Muchas etrianas consideran que soy demasiado osada y las hay que me odian de manera abierta por mi forma de ser. Creen que pretendo demostrar algo.

—¿Y no es así?

Me mira.

—No. Lo único que anhelo es volver a experimentar aquella sensación de cuando vine aquí por primera vez. Me paso la vida buscándola.

—¿Y la encuentras a menudo?

—Una de cada mil veces.

—¿Y merece la pena?

—Sí.

Mira de nuevo hacia delante y luego clava sus ojos en mí.

—Nunca le había contado esto a nadie, Dargor de Sarlia. Eres la primera persona que conoce mis secretos.

No contesto. Apoya su cabeza en mi cuello y le paso un brazo alrededor de los hombros.

Nos limitamos a seguir así, quietos a pesar del frío y del viento, admirando el panorama, permitiendo que nos invada y nos inunde.

—¡Hemos llegado a Etria, mi ciudad! —exclama Valia.

El viento me golpea la cabeza mientras me agarro a su cuerpo esbelto y firme, pues viajo como su acompañante. Siento el rumor del cuerpo del erco que ambos montamos y noto que giramos hacia abajo, planeando con suavidad, en círculos.

—¿Puedo quitarme de una maldita vez la venda de los ojos?

—Sí, mi amor, ahora sí.

Lo hago. Con rabia y alivio, lanzo el paño hacia las profundidades.

Durante el viaje hasta la capital, y dada mi condición de extranjero, hube de mantener los ojos tapados. Es difícil que, aun con los ojos abiertos, alguien no versado en las complejidades del Laberinto pueda recordar el camino hasta la capital de las etrianas; con los ojos cerrados es imposible. Estas mujeres son recelosas.

—Dargor, confío en ti lo suficiente como para no taparte los ojos, pero lo hago solo por tu protección. Si mis compatriotas te vieran llegar sin un capuchón o una venda te empalarían de inmediato. Son nuestras costumbres.

—Qué agradables sois —gruño.

Pero mi atención se centra en la propia ciudad, en su fisonomía.

Etria parece colgar de la misma pared de un barranco gigantesco, en cuyo fondo hay un lago no menos impresionante. Sobre la propia fachada de piedra nacen, en diferentes alturas, y unidas por largas escalinatas y rampas, terrazas de un tamaño pasmoso. Sobre cada una hay edificios de piedra y granito, robustos pero elegantes; la mayoría son de color blanco y gris y por encima de los tejados se suceden las cúpulas y las torres de punta cónica y afilada, rodeadas de balcones con balaustres. Sobre las vastas cornisas naturales hay también patios con fuentes, estatuas titánicas y jardines frondosos y coloridos. Incluso pueden verse avenidas y pasarelas al borde del vacío, por las que caminan decenas de ciudadanos que van y vienen de sus labores cotidianas. Veo que en la misma pared de la montaña se abren oquedades, cuevas enormes de las que entran y salen ercos. Algunos llevan cestas y redes colgantes, cargadas con suministros o mercancías destinadas a diferentes puntos de la gran urbe.

Como en todas las capitales durbanas, ondean los estandartes en cada casa, torre, cúpula y palacio. Etria, al estar construida sobre la pared de una montaña, se extiende no de manera horizontal, sino vertical.

—¿Verdad que es hermosa? —dice Valia, mientras permite a nuestra montura planear para que yo pueda contemplar esta impresionante obra arquitectónica—. Lo que estás viendo es solo una parte de Etria, y no la más grande, por cierto. Hay avenidas y plazas y

muchos más edificios dentro de la montaña. Se trata de un pico con suficientes grutas naturales, y a ellas nuestros ancestros les añadieron las cuevas que ellos mismos horadaron.

—No parece un lugar del todo feo —contesto, aparentando indiferencia.

Valia se vuelve para mirarme, indignada, y le doy un tirón suave del cabello.

—Nos vamos a estrellar, ¡ten la vista concentrada al frente!

—Maldito sarlio, me estabas tomando el pelo —exclama, riendo—. Estoy segura de que no has visto un lugar tan bello en toda tu vida.

Me encojo de hombros, pero no puedo evitar sonreír, cosa que a ella le halaga. En verdad, Etria es un espectáculo magnífico y maravilloso… Pero no puedo evitar el recuerdo de Sarlia, de sus majestuosas avenidas y sus altas torres, y sufro una punzada de dolorosa nostalgia.

—Vamos a bajar —anuncia Valia—. Causarás extrañeza y muchas se opondrán a que entres como un invitado en Etria, pero trataré de allanar las dificultades.

—Confío en ti.

—Sobre todo, procura no meterte en problemas, Dargor. Recuerda que eres extranjero y además en Etria los hombres tienen un rango inferior al de las mujeres.

Aprieto los dientes y echo con fuerza el aire por la nariz.

—De acuerdo. No buscaré problemas.

—No puedes ir armado, así que no te devolveré tu cuchillo. Las de la Guardia obedecerán todas mis órdenes y nos escoltarán; sin embargo, la Milicia Etriana… Bien, eso es otra cosa. El futuro dirá.

Valia ya me ha informado acerca de los roces entre la Milicia y la Guardia:

La Milicia vendría a ser lo más parecido al ejército oficial etriano y su campo de actuación es, en general, todo el Laberinto. La Guardia, sin embargo, es una especie de contingente policial que se circunscribe a la propia capital y sus cercanías. Se creó como una especie de fuerza pretoriana para la protección de la propia sigra. Todo esto me lleva a suponer que en el pasado —y tal vez también en el presente— ha existido el peligro de un golpe de estado por parte de generales ambiciosos. La sigra, por tanto, creó la Guardia como un escudo capaz de repeler y hasta aniquilar a cualquier arribista que lanzara sus guerreras contra el Palacio del Poder. La existencia de un contingente armado alternativo a la Milicia supone un elemento fundamental en el equilibrio de poderes, pero también un motivo constante de envidias y recelos que, si el gobernante es incapaz de frenar, estallarán de manera violenta.

Según Valia, las guardianas reciben un mejor adiestramiento, tanto

en la lucha sobre tierra como en el aire. Para contrarrestar, las milicianas superan a sus rivales en número, así que podría decirse que, por calidad frente a cantidad, ambas fuerzas están igualadas. No obstante, he de recordar que la humildad y la contención no son virtudes propias de Valia, así que sus relatos acerca de la superioridad de sus guardianas, frente a las burdas y toscas milicianas, he de pasarlos por un fino colador antes de aceptarlos por completo.

Nuestro animal se acerca a una gran plaza circular, de losas hexagonales y blancas, dotada de altos obeliscos de granito marrón oscuro. Cada uno tiene argollas de metal a las que se pueden atar los ercos. También hay otros aros que salen de las propias baldosas, aquí y allá. Parece una especie pista de aterrizaje y descanso para estas criaturas, que permanecen tranquilas y atadas, purgándose las alas y las patas. Mientras, las guerreras que los han traído hasta aquí se marchan a sus quehaceres y los hombres los cepillan y dan de comer.

Valia ya me ha contado sobre la clara inferioridad social de los hombres en Etria, que llevan a cabo todas las funciones serviles, mientras ellas se dedican al adiestramiento en la caza y la guerra. A los varones también se les prohíbe llevar armas o montar en ercos, así como tomar decisión alguna respecto a la política de la ciudad.

—Por supuesto, a ti no se te tratará como a un macho corriente, yo me ocuparé de ello —me asegura Valia—. Eres un invitado y mi protegido.

—No soy protegido de ninguna mujer —gruño, airado.

—No te ofendas, mi amor. Son nuestras costumbres. Al final te gustará Etria.

—Me gustaría más si invirtiéramos el proceso y encadenáramos desnudas, como esclavas de placer, a todas esas hembras orgullosas que dan tantas órdenes a sus varones.

—Eres un tozudo y te recomiendo que te guardes esos comentarios para ti mismo mientras estemos en Etria. Si no lo haces me resultará difícil impedir que acabes ensartado en una lanza, como un espetón.

—Está bien —respondo, de mala gana.

El erco baja y abandonamos nuestra montura, que Valia entrega a un mozo.

Se nos acercan una decena de guerreras que sin duda estaban a la espera de nuestra venida. Van ataviadas con una túnica roja y una coraza y un casco negros. Llevan lanzas y rodelas y de la cintura penden esas espadas cortas de hoja curva. Sus armas parecen menos pesadas que las de cualquier guerrero varón durbano y he de reprimir una sonrisa burlona; pero recuerdo mi pelea con Valia y recobro la seriedad; no debo subestimar a estas altivas mujeres.

Las diez pertenecen a la Guardia de la Ciudad.

Su lideresa, una mujer de corta estatura, pero fibrosa y ancha de

hombros, se detiene y levanta un poco la lanza.

—Saludos, capitana. Recibimos tu mensaje y hemos venido como escolta. Hay otros grupos de guardianas apostados en el camino hasta el Palacio del Poder.

—¿Habrá problemas? —pregunta Valia.

—El rumor de la llegada de un extranjero ha corrido como el fuego sobre el pasto. —Me echa una mirada impersonal—. Hay bastante expectación. Algunas ciudadanas se han indignado por el hecho de que no lo traigas como prisionero.

—¿Y las milicianas?

—No sabemos cómo se comportarán. Débora ha armado cierto barullo, así como algunas vocales. Quizá encontremos oposición antes de llegar al Palacio.

—¿Quién es esa Débora? —le pregunto a Valia.

Noto la sorpresa de las guardianas, creciente al ver que su capitana no me recrimina esta supuesta falta de respeto; pero ninguna objeta nada, lo cual me demuestra una vez más la autoridad de mi anfitriona sobre sus propias guerreras.

—Es la capitana mayor de la Milicia. Ella y yo nos odiamos desde hace furás. Es mi enemiga.

Asiento, sin decir palabra. Valia se vuelve hacia sus mujeres.

—Andando, entonces. No os amilanéis y sobre todo no dejéis que nadie haga daño a este hombre. Se halla bajo nuestra responsabilidad y llegará indemne al Palacio del Poder.

Las guardianas responden con aire marcial y sin más preámbulos nos ponemos en movimiento, caminando sobre la plaza y bajando por una gran rampa de losas octogonales, pegada a la pared de la montaña. Más allá de la balaustrada de roca hay un vacío aterrador, en cuyo fondo descansan las plácidas aguas del lago natural.

A pesar de la tensa situación en que me veo envuelto, y de la explotación de la población masculina que veo por doquier, siento cierta alegría en mi interior. Siempre me resulta fascinante pasear, descubrir, recorrer las calles de cualquier ciudad durbana. En este mundo salvaje los habitantes de cada capital se aferran a sus muros y sus palacios, ya que estas piedras son su alma, su identidad, su refugio y aquello que están dispuestos a proteger y a engrandecer, empeñando incluso la vida por defenderlas. No habitan monótonos cubos y torres, esas cajas de cemento y ladrillo de mi mundo, por las que nadie siente amor. Para los durbanos la ciudad es un gran animal que respira y siente y sus habitantes son parte integral de su piel y sus huesos. Cualquier atentado contra los edificios es un atentado contra el individuo aislado. Este sentimiento de unión a la urbe es casi imposible de entender para un terrestre, pero aquí resulta palpable, comprensible y subyugador. La mayor deshonra para un durbano es

ser expulsado de su ciudad y muchos prefieren antes la muerte. El proscrito es una alimaña humana a la que debe evitarse, como si portara una enfermedad sucia y contagiosa; el más miserable de los esclavos le supera en dignidad y nobleza.

Mientras recorremos las rampas y las avenidas que unen las terrazas gigantescas y maravillosas de Etria, me fijo en sus costumbres y reglas sociales.

Los hombres de Etria parecen haber perdido gran parte de la sangre que corre por sus venas. Pueden ser altos o bajos, delgados o corpulentos, musculosos o delgados, pero no hay orgullo ni osadía en su comportamiento. Esto presenta un claro contraste respecto al típico varón durbano, tan agresivo, bullicioso y dominante que el hombre terrestre y civilizado se convierte ante él en un pálido monigote. Los varones etrianos no parecen desgraciados del todo, pero están cohibidos ante sus mujeres, a quienes tratan con enorme respeto, dirigiéndoles miradas huidizas y suavizando su voz al hablarles.

En el otro extremo de la balanza, las hembras de Etria son altivas, van armadas y están siempre dispuestas para la gresca y la risa tronadora. El adiestramiento guerrero las ha convertido en mujeres de comportamiento tosco que tratan a sus machos siempre desde un plano de superioridad, con desprecio, indiferencia o quizás con un afecto pasajero. Las hay más hombrunas, burdas y desagradables, pero también quedan otras tantas que no han perdido la feminidad, mezclada con ese aire de mandar y ser obedecidas.

Todo esto me maravilla en extremo. Los hombres, con mayor masa muscular y por tanto más fuertes y rápidos, deben ser guerreros y cazadores. La naturaleza les ha dotado para ello, no hay duda alguna. En un mundo como este, primitivo y violento, desinhibido de cualquier hipocresía social, un mundo en el que imperan las leyes del acero y el puño, los machos humanos acostumbran a matar a sus rivales masculinos y después quedarse con sus mujeres, quienes deben darles placer y servirles en todos los sentidos si no quieren ser golpeadas o incluso ejecutadas. El robo de mujeres queda favorecido por la hostilidad y a veces la guerra abierta entre las ciudades-estado, con múltiples correrías y ataques relámpago en las fronteras de cada territorio. Este orden de cosas, que resultaría intolerable en mi mundo de origen, es aquí lo cotidiano y hasta lo socialmente correcto.

Pero las etrianas han invertido los papeles y son ellas quienes marcan su propia ley del puño y del acero. Sus hombres pueden superarles en corpulencia y capacidad muscular, pero utilizan los brazos en tareas serviles y nunca en la guerra, que es la auténtica política durbana. Me pregunto cómo consiguen estas damas de hierro sojuzgar los instintos agresivos y naturales del hombre, para de inmediato hacerlos suyos. Sin duda, la programación social desde

edades tempranas tiene mucho que ver. Los niños etrianos nacen y crecen en un ambiente de inferioridad en todos los aspectos, mientras que a las niñas se les enseña desde el primer momento a mandar y a castigar si no son obedecidas. Los muchachos deben limitarse a efectuar labores serviles y las chicas han de entrenarse en el manejo de las armas y en tomar las decisiones importantes. Este ambiente monolítico crea demasiadas barreras mentales como para que los hombres desarrollen sus aptitudes de conquista y el subconsciente, simplemente, no se lo permite. No obstante, deben existir varones excepcionales, visionarios, locos y rebeldes, con una carga de energía más elevada de lo común, que desafíen este sistema. Y no me cabe duda de que las madres y tutoras etrianas sabrán detectar a estos sujetos desde la más tierna infancia y ejercer sobre ellos una presión más elevada de lo común, para doblegarlos por completo.

Otro factor que favorece la explotación masculina etriana es el aislamiento que supone el Laberinto. Los varones jamás salen de su lugar de nacimiento, así que son incapaces de ver cómo transcurre la vida en otras tierras; o tal vez conozcan algo del exterior, pero de manera nebulosa. No les está permitido leer ni escribir, ni se les enseña conocimientos elevados de historia, matemáticas o física. Su nivel de aprendizaje es muy limitado y se circunscribe al oficio que deben desempeñar, asignado por el Estado etriano. Por supuesto les está prohibido, so pena de muerte, montar en un erco o manejar una espada o una lanza. Si los hombres aprendieran a empuñar armas y a luchar no tardaría en producirse una rebelión y quizás cambiaran las tornas. En este caso, los varones triunfantes aplicarían una cruel venganza sobre las mujeres que hasta ahora les habían dominado. No resulta extraño, pues, que las etrianas se tomen con tanta severidad su propia preparación para la guerra. Sus dirigentes han de comprender que el enemigo más temible no se halla fuera del Laberinto, sino en su propio hogar: el hombre. Por tanto, no pueden bajar nunca la guardia.

Mientras camino por las anchas avenidas, colgantes del propio abismo, noto que los varones me miran con extrañeza, timidez y cierta envidia. Quizás debiera sentir compasión hacia ellos, ya que han sido criados para servir y desconocen otra función. En la Tierra sin duda motivarían piedad. Pero no aquí. He bebido el vino fuerte de este mundo, apurando la copa hasta las heces, y por tanto los machos etrianos me resultan desagradables y patéticos, algo ante lo que se debe apartar la vista. Son poco más que esclavos y en Durba está mal visto que una persona libre se interese por los sentimientos de un esclavo o de una esclava, igual que tampoco lo haría por los de un animal de tiro.

Pero más enojosos resultan los extranjeros que se han adaptado al modo de vida etriano. Son hombres capturados por las jinetes de ercos

que se aventuran lejos, allende las faldas más septentrionales del Laberinto. Estas asaltadoras atacan las caravanas de mercaderes o bien a los viajeros aislados, y a los prisioneros se les ofrece morir con libertad o vivir como esclavos en Etria. Quienes prefieren la segunda opción no merecen siquiera el esfuerzo de pensar en ellos, así que los saco de mi mente.

Las etrianas que encuentro en las plazas y las avenidas me contemplan con indisimulada hostilidad. Ya se ha corrido la voz de que soy más un embajador que un cautivo y este trato de favor hacia un forastero debe levantar ampollas en su orgullo etriano. Las veo hablar unas con otras, sin duda haciendo comentarios despectivos sobre mí. Una incluso escupe al suelo cuando paso ante ella. Pero también las hay que me observan con cierto interés y detecto sonrisas y guiños provocativos en ciertos rostros de la muchedumbre, así como unos pocos silbidos, risas y comentarios subidos de tono. Las etrianas no tienen inhibiciones al tratar con los hombres y eso se aplica a cualquier asunto de la vida.

Pero estoy rodeado de guardianas, cada vez más, que caminan como autómatas y hacen caso omiso de cuanto pueda decir o gritar la muchedumbre. Valia camina la primera y a pesar de su rostro impasible sé que está preocupada. Ya pueden verse grupos cada vez más grandes de milicianas, ataviadas de igual modo que sus rivales, pero con la túnica de color negro.

Doblamos un recodo de una gran terraza natural, sobre la que se ha construido un jardín enorme y cinco edificios bajos, tocados de torres tubulares con balconadas y cúspide puntiaguda. De entre los macizos de arbustos salen una veintena de milicianas, que avanzan como un bloque, hasta interrumpir nuestro paso.

—¡Alto! —grita la primera, al parecer su lideresa, mostrándonos la palma de la mano—. ¿Dónde lleváis a ese animal?

Decido contenerme, pues la situación está ya de por sí bastante tensa.

—Este hombre está protegido por la Guardia de Etria —responde Valia, en el mismo tono cortante—. Voy a entregárselo a la sigra para que ella decida su destino.

La lideresa de las milicianas me observa y yo le sostengo la mirada. Es una mujer de estatura media y rasgos cuadrados, con el pelo negro y corto, cortado a tazón. Sus ojos oscuros relucen con la dureza del hierro húmedo. Como le ocurre a la mayoría de las etrianas, el continuo adiestramiento con las armas ha moldeado su cuerpo, volviéndolo esbelto y duro. Sus piernas son fuertes y los hombros resaltan contra la túnica, como pequeñas piedras cuadradas.

Me fijo en otra mujer, a su derecha, quizás la segunda al mando. Es más alta y delgada y tiene rostro ovalado y rasgos finos, aunque sin

dulzura. Sus ojos de color miel no se despegan de mí, calibrándome como si yo fuera una presa que quisiera devorar. Lleva el pelo castaño recogido en una larga coleta. Es muy bella, pero su hermosura es la de la espada aceitada, brillante y filosa.

La lideresa deja de mirarme y se encara con Valia, poniendo los puños en las caderas. Su compañera alta y estilizada no despega los ojos de mí, sonriendo con la mitad de la boca. A mi lado, Valia respira de manera acelerada y tensa los músculos.

—Débora, aparta a tus milicianas de este camino —ordena—. Cuando lleguemos al Palacio del Poder será la sigra quien decida.

—¿Desde cuándo debe molestarse a la sigra con una pequeñez como esta? Los extranjeros tienen que llegar a Etria cargados de cadenas y se les ofrece la muerte o la esclavitud. ¿Qué tiene este macho de especial?

—Salta la vista que es una bestia magnífica —dice la miliciana alta y delgada, con voz lenta y grave—. ¿Lo has probado ya, Valia?

Suenan carcajadas. Pero son risas demasiado rápidas; la tensión aumenta a medida que van llegando más milicianas y más guardianas. En este inmenso jardín hay casi cincuenta por cada bando. Las lanzas empiezan a inclinarse y los escudos se acercan poco a poco a la barbilla.

—Eso no es de tu incumbencia, Suri, aunque dudo que puedas pensar en otro asunto que en follar con los machos.

—¿Acaso hay más cosas en la vida? —Me señala con el dedo—. Lo quiero para mí. Me gusta su cuerpo. Me servirá bien.

—Irá al Palacio del Poder —afirma Valia, entrecerrando los ojos—. Y nadie lo impedirá.

—Eso ya lo veremos —contesta Suri, cruzándose de brazos y sacando la cadera hacia un lado, aunque sin dejar de sonreír.

Su compañera de mayor rango interviene:

—Si no quieres aplicar las leyes de esta ciudad, Valia, entréganos al intruso y nosotras mismas lo llevaremos prisionero a las mazmorras del cuartel de milicianas, donde debe estar.

—La ley de Etria protege a los embajadores.

Débora levanta su cara cuadrada hacia el cielo y suelta una carcajada.

—¿Lo habéis oído? ¡Un embajador! Hace colabas que no viene ningún emisario a Etria; ni siquiera se recuerda que alguna vez llegara alguno. Aquí los forasteros entran muertos o atados, ¡y tú quieres romper esa costumbre!

—No romperé ninguna costumbre. Este hombre quiere hablar con la sigra y lo llevaré ante ella. Nuestra dirigente sabrá lo que hacer con él. ¿O es que deseáis contrariarla?

Hay un murmullo agitado entre las milicianas. Al parecer, la idea

de enojar a la sigra de Etria calma sus ánimos.

—Lo que ocurre es que te has encaprichado del extranjero —dice Suri, con descaro—. Lo quieres para ti, deseas protegerlo y disfrutarlo tú sola.

—Suri, eres un auténtico animal. Traer hasta aquí a un hombre parece una extraña forma de protegerle. Me haya encaprichado o no de él, si la sigra quiere darle muerte o tormento ni yo ni nadie conseguiría salvarle.

—Te apresuras al convertirte en emisaria de nuestra sigra —dice Débora—. Deberíamos preguntarle a ella primero si quiere perder el tiempo hablando con un extraño, o tiene otras cosas más importantes que hacer.

—Me parece una idea muy sensata —responde Valia—. Por tanto, lo mejor es que llevemos al extranjero al Palacio del Poder y que allí espere mientras la sigra decide.

—¡Basta! —grita Débora, frunciendo el ceño y señalando a Valia y luego a mí—. ¡El solo hecho de que un hombre de fuera vea a la sigra es una blasfemia y una vergüenza!

—Eso lo decidirá la propia sigra. Que caiga su ira sobre mí si la he ofendido con mis pretensiones. Ahora, Débora, aparta a tus milicianas de mi camino.

—No tengas tanta prisa, muchachita. —Suri se me acerca despacio, sonriendo con picardía. Debe ser un personaje popular, porque muchas milicianas ríen y la jalean a gritos. Veo el rostro de Valia enrojecer de ira cuando Suri se detiene a solo un torne de mí—. En Etria somos nosotras quienes decidimos el destino de los prisioneros.

—Aléjate de él —escupe Valia, entre dientes.

—Una mujer puede hacer lo que se le antoje con un macho, dentro de estas murallas. —Débora sonríe, disfrutando del enojo de Valia.

Suri pone sus dedos en mi brazo y lo agarra. Su tacto es firme, pero hay cierta suavidad en el modo como se mueven sus yemas sobre la piel. Los ojos de largas pestañas se cierran poco a poco y la sonrisa gana profundidad.

—Me gustas, extranjero, así que vendrás conmigo antes de que la insigne capitana de la Guardia te conduzca hasta la sigra. —Mira hacia Valia, cada vez más roja, con los ojos tan abiertos que el blanco rodea por completo al verde—. Supongo que no te importará que me lo quede un rato, ¿verdad, amiga querida? Después puedes tenerlo tú.

—No soy un esclavo, así que quítame las zarpas de encima —le digo a Suri.

Ella levanta las cejas, sorprendida y divertida. Aquí y allá suenan carcajadas y más gritos de ánimo. Por el rabillo del ojo veo la mano de Valia bajar hasta el puño del cuchillo. Lo mismo hacen Débora y sus milicianas. A Suri todo esto parece agradarle mucho; debe encantarle

ser el centro de atención.

—Apártate de mí —repito.

—No puedes darme órdenes, extranjero. Aquí no eres nada. Además, va a gustarte mucho. Soy una de las mujeres más bellas de toda Etria. —Me pone el índice en el pecho y aprieta, mientras su rostro y sus ojos cobran seriedad—. Ven conmigo y una vez que te haya domado con el látigo me lo agradecerás. Quiero disfrutarte, mi lindo esclavo.

Mi puño impacta en el centro de su cara. Retrocede y cae al suelo, sobre las nalgas. Se tapa el rostro cada vez más hinchado, con las dos manos. Sus ojos parpadean, enrojecidos y húmedos. Por las fosas nasales chorrea la sangre.

—¡Me has roto la nariz! —gimotea.

—Ya no serás una de las más guapas de Etria —le digo.

—¡Ha golpeado a una miliciana! —grita Débora, con el rostro congestionado por la ira.

—¡Ella se le acercó sin permiso! —interviene Valia, dando un paso al frente, agresiva.

—¿Permiso de quién? —chilla una miliciana.

Las lanzas de ambos bandos se inclinan cada vez más, los nudillos se vuelven blancos y los antebrazos parecen apretados racimos de culebras. Sigo quieto, pero relajo el cuerpo. Cierro los puños y echo ojeadas rápidas aquí y allá, preparándome para la lucha. Me vienen ganas de quitarle una lanza o un cuchillo a cualquiera de estas guerreras, pero recuerdo que se me tiene prohibido llevar armas, una ley que romperé de inmediato si por fin se desencadena la lucha.

—Este hombre pertenece a la sigra y Suri intentó llevárselo —afirma una guardiana.

—¡Se lo tiene bien merecido, por guarra y puta! —vocifera otra.

Se oye una carcajada, respondida por varios insultos contra la Guardia de Etria.

—¡Débora! —Valia apunta con el índice a su enemiga—. Déjanos pasar y todo quedará en un malentendido.

—¡Nunca!

Suri se pone en pie de un salto. Retraso un pie, dejo caer un poco la espalda y abro las manos, pues ahora se me acerca con el cuchillo desenvainado y los ojos llenos de ira asesina. Tiene la nariz abultada y se la tapa con una mano. La otra maneja el acero.

—¿Estás loca? —grita Valia—. ¡Guarda el cuchillo!

—El hombre la golpeó —tercia Débora—. Tiene derecho a vengarse.

—Lo voy a matar —gruñe Suri, en voz baja y ronca, amenazadora.

—No lo permitiré.

Valia se adelanta, pero la agarro de un brazo y la empujo hacia

atrás.

—Apártate, Valia. Si alguien me busca, que me encuentre. Esto es asunto mío.

Valia me mira atónita.

Pero no hay tiempo para más palabras porque Suri carga contra mí, lanzando una estocada baja. Sabe utilizar el cuchillo y yo estoy desarmado.

—¡Rájalo, Suri! —aúlla una mujer.

—¡Hazle pedazos!

—Ahora sí te encuentro hermosa —le digo, sonriendo—. Ven conmigo, preciosidad.

—¡Hijo de puta!

Como pretendía, mis comentarios la han enfurecido y ataca cegada por la ira. Doy un paso lateral y le hundo el pie en el estómago, doblándola en dos. Retorcida, entre toses, lanza un revés que por poco no me abre de lado a lado. Pero está débil por los golpes en la nariz y el abdomen, así que le pateo un muslo, haciéndole perder el equilibrio. Lanzo un golpe de martillo con el puño, dándole en el brazo derecho. El brazo y el cuchillo caen y la agarro del pelo para que no se desplome. Aún forcejea y lleva sus uñas a mi cara para sacarme los ojos. Doy un tirón de su cabeza hacia atrás y el chillido casi me rompe los tímpanos. Sus dedos me arrancan el pellejo de la mejilla y la sangre se me mete entre los labios, llena de sabor a metal caliente. Se revuelve como una fiera. Le doy un golpe con el canto de la mano en el cuello, quitándole las fuerzas, la agarro de una muñeca y un hombro, estirando su brazo, apoyo mi rodilla en su codo y se lo parto. Suelta un alarido que acaba en sollozo y se desploma de rodillas. El dolor del brazo roto la aplasta y no encuentra fuerzas ni para pensar. Tose, tiembla y lloriquea.

Todo ha transcurrido demasiado rápido, pero ya las mujeres comienzan a reaccionar. Débora empieza a desenvainar su cuchillo y las suyas bajan aún más las puntas de las lanzas, hasta quedar casi paralelas con el suelo.

Tomo el cuchillo caído, me agacho junto a Suri, doy un tirón de su pelo, levantando su cabeza, y pongo el filo de la hoja bajo su garganta.

—Si os movéis la mataré.

Valia, muy seria y pálida, levanta una mano para contener a sus guerreras, también dispuestas a romper hostilidades de una vez por todas.

—¡Escuchadme! —grito, aún tomando por el pelo a Suri. El dolor del brazo partido se ha llevado su consciencia y ahora es un fardo entre mis manos—. Esta guerrera levantó su arma contra mí y por tanto debía defenderme. He ganado en justo combate, así que tengo

derecho a matarla de una vez por todas.

—No la mates —amenaza Débora, con seriedad glacial—. Si lo haces hoy acabarás hecho pedazos. Lo juro.

—Él tenía razones para defenderse —interviene Valia—. Ella lo provocó. Es un embajador, no un prisionero.

Débora le dispara una mirada letal, pero se vuelve otra vez hacia mí.

—Valia, dile que la suelte —pronuncia, escupiendo despacio cada palabra.

Sus ojos parecen haberse hecho aún más duros y pequeños. La piel de su rostro ha retrocedido como si intentara huir o esconderse, apretándose contra los huesos y los tendones. Se la ve tan pálida que parece una gran figura de nácar o de cera.

Siento el silencio. Es el punto de calma absoluta que precede a la violencia. No me hace falta mirar alrededor para darme cuenta de que las milicianas, las guardianas y los muchos espectadores de ambos sexos permanecen inmóviles, a punto de atacar o de correr.

Valia también lo nota. En sus ojos hay preocupación, casi temor, no por su propia vida, sino por lo que en esta mañana puede desencadenarse y por los ríos de sangre que se derivarán de ello en el futuro.

—Suéltala, Dargor —ordena, con la voz tensa—. No la mates.

Le echo una mirada. Respiro con intensidad, intentando deshacerme de la ira y de la inercia de matar. Separo el cuchillo del cuello de mi enemiga y lo tiro al suelo, donde restalla con tono vibrante. Agarro a la inconsciente Suri por los hombros y también la arrojo con fuerza, a los pies de Débora, que ni siquiera pestañea. Hace un leve gesto con la cabeza y dos milicianas se llevan el cuerpo flojo, pero aún vivo, de Suri.

—¡No habéis entendido nada de nada! —les grito—. No soy un esclavo ni un prisionero. He venido en paz para hablar con vuestra sigra. Solo por ello he perdonado la vida de quien intentó quitármela a mí.

—Lo que ha ocurrido aquí transgrede todas nuestras leyes y costumbres —contesta Débora—. Este macho ha levantado su arma contra una mujer y a punto ha estado de matarla. Exijo una retribución.

—Ella le provocó —dice Valia.

—¡Los hechos son graves! —grita Débora.

—¿De veras son graves? —pregunta Valia.

—¡Claro! Son de la máxima importancia. Pocas veces ha ocurrido algo tan terrible dentro de nuestras propias calles.

—Creo que llevas razón, Débora. Esto excede cuanto hemos presenciado hasta ahora. Nunca ha ocurrido algo tan tremendo en

toda nuestra historia. Supera todo lo que conocemos.

Miro a Valia; ¿se ha vuelto loca, dándole la razón a Débora?

—¡Parece que la cordura comienza a entrar en tu cráneo! —chilla Débora—. ¡Debemos castigar a este sujeto!

Valia abre mucho sus ojos, con escándalo.

—¿Nosotras? No, Débora, tú misma has convenido conmigo en que estos sucesos son tan extraordinarios que nos exceden a todas las que estamos aquí. Así pues, deben ser puestos en conocimiento de la sigra, única persona capaz de juzgarlos y de castigar al extranjero, o no, en su justa medida. Tú y yo somos solo guerreras. Jamás le quitarías a la sigra su capacidad de decisión en cuanto a este suceso terrible. ¿O sí lo harías?

Débora parpadea, cogida por sorpresa.

Reprimo una sonrisa.

—No he dicho eso. Has tergiversado mis palabras y…

—¡Será la propia sigra quien juzgue! ¿Alguna desea suplantar a nuestra gran lideresa en sus decisiones? No oigo a nadie. Debemos llevarle al extranjero sin tardanza para que ella tenga conocimiento de los hechos.

—No te lo llevarás, Valia —afirma Débora, aunque con menor convicción.

—Puedes venir conmigo si lo deseas. El forastero ya no es asunto tuyo ni mío, sino de la sigra. Si me obstruyes el paso obstruyes su labor y así se lo haré saber. ¡Apártate!

—Hija de puta… —sisea Débora—. No olvidaré nada de todo esto. No lo olvidaré.

—Apártate.

—Dejad pasar a las furcias de la Guardia, milicianas. Otro día nos cobraremos nuestra deuda.

Valia levanta una mano para tranquilizar a sus mujeres, luego señala hacia delante y empezamos a caminar de nuevo.

La tensión ya no es insoportable, pero está lejos de desaparecer mientras nos alejamos de la plaza ajardinada.

Valia se me acerca y me agarra con fuerza de un brazo.

—¡Te dije que no causaras problemas!

—No los causaré mientras ninguna otra loca armada me moleste. ¿O acaso tú permitirías que en Sarlia te toqueteara cualquier baboso?

—Soy de Etria, así que supongo que no, no lo permitiría.

—Entonces has de comprenderme.

Valia me mira severa, pero aparece una sonrisa maligna en su rostro anguloso.

—A pesar de todo, he de reconocer que esa furcia se merecía un buen puñetazo justo en la nariz. Ya no podrá jactarse más de su belleza.

—Era una mujer ardiente y había que enfriarla.

Me da una fuerte palmada en el brazo.

—¡Dejaste que se te acercara demasiado! Casi parecía que te gustara su contacto.

—No era del todo insatisfactorio.

Me da otro golpe.

—Deberé vigilarte de cerca, eres como un trozo de carne jugosa y hay demasiadas alimañas hambrientas en esta ciudad.

—Si no dejas de decir tonterías te daré un beso delante de todas tus guerreras. ¿Qué iban a pensar de ti?

—¡No! —Se separa de mí, arqueando una ceja. Pero sonríe—. Eres insoportable, Dargor, y aún no sé ni cómo te aguanto. Pero cada vez me gustas más.

—Lo celebro. Vamos, deja de pellizcarme y compórtate de manera ejemplar delante de tus guardianas.

Mira hacia atrás y compone una expresión más digna.

Seguimos caminando hacia el Palacio del Poder de Etria.

Penetro en la Sala de Audiencias Mayor del Palacio del Poder.

Aquí, la sigra escucha los diferentes problemas que afectan a su gobierno, así como las soluciones que sus consejeras y allegadas le proponen. En este lugar se decide la estrategia militar y política de toda Etria. El mármol que piso es el mismo sobre el cual se han tomado las grandes decisiones que afectaron a esta ciudad-estado y, en general, a todo el Laberinto.

Vengo cargado de cadenas y grilletes en las manos y los pies.

Además, dos integrantes de la Guardia, altas y robustas —tanto que de espaldas casi parecen hombres—, me apuntan con sus lanzas. Son inteligentes y no acercan tanto las hojas a mi cuerpo como para darme la opción de volverme de pronto y agarrar un arma por el astil, para tratar de quitársela. Sin embargo, podría usar la vuelta de cadena que une las argollas de mis muñecas para intentar golpear a una de mis guardianas en la cara, en un codo o en las rodillas, pero de cualquier modo los movimientos de mis pies se verían restringidos por sus propios cepos. Y por si todo esto fuera poco, en el salón descubro otras diez guerreras, dispuestas a cierta distancia de mi posición, a intervalos regulares. Sostienen con mano firme sus ballestas, con el cuadrillo en la guía y la cuerda estirada.

Sería una locura intentar escapar. Además, un intento de huida impediría la consecución de mi objetivo principal, que es entrevistarme con la sigra.

Sin embargo, así como el artesano no puede dejar de mirar con ojo crítico cualquier ánfora, el guerrero apresado es incapaz de olvidar la idea de fugarse.

—Alto, prisionero —me ordena una de mis dos guardianas.

Obedezco. Me vuelvo, contemplando la estancia.

Es un lugar muy grande, de planta circular, con las paredes de granito gris, casi blanco. Hay ventanas altas y rectangulares y tienen las planchas abiertas, y los gruesos haces de Croaga caen sobre un suelo compuesto de baldosas de mármol, que dibujan dos grandes círculos concéntricos negros, sobre fondo claro y cremoso. Otro círculo de columnas rodea el muro curvo. Son anchas y gruesas y sostienen un techo que forma una cúpula de la que cuelgan pesadas lámparas de sebo y aceite, ahora apagadas. Las columnas y la pared tubular muestran una trama de líneas casi imperceptible. Forzando la vista, percibo que se trata de rectas y curvas marcadas al cincel, dibujos estilizados que devienen secuencias. Quizás cuenten diferentes periodos de la historia de Etria, o tal vez simples escenas cotidianas, o puede que transmitan cualquier otro tipo de información visual. Sería arduo tratar de entenderlos, desde tan lejos de ellos como estoy. Veo

aquí y allá, con cierto orden, bancos vetustos y sólidos, en los cuales han de tomar asiento las vocales y lideresas más importantes de Etria cuando parlamentan con la sigra.

Bajo un gran ventanal hay una mujer, sentada en un trono alto y ancho.

Viste una túnica sobria, larga y blanca, de tela densa, y una toga del mismo material en tono cremoso, que cubre la mitad de su cuerpo a modo de capote abierto. Es de altura mediana y debió ser esbelta en su juventud, pero el tiempo ha inflado blanduras donde antes había firmeza. La luz de Croaga cae sobre ella y mis ojos siguen estudiándola, descubriendo un rostro anguloso, avejentado por el peso de las amarguras, el temple severo y la soledad. La nariz es fina y algo chata y los ojos oscuros no brillan. Muestran la serenidad pavorosa de quien puede ordenar la muerte de seres humanos sin que le tiemble el pulso. No hay adornos ni cosméticos en su cara, no hay feminidad, solo la dureza de una mandíbula cuadrada y la inteligencia de una frente ancha, bajo ese cabello corto, liso, poblado y blanquecino.

Resulta innecesario que nadie me la presente, pues lleva encima la marca del poder, tan visible como si se la hubieran grabado a fuego en la frente.

—Prisionero. Con tus razones, debes convencerme para que no ordene hoy mismo tu ejecución pública. Habla.

—Te presento mis respetos, Arna, sigra de Etria —saludo—. Y te pido que me despojen de mis cadenas. No son necesarias, ya que estás bien guardada por guerreras que me ensartarían con sus dardos y sus lanzas antes de que pudiera dar un solo paso hacia ti. No deseo causarte ningún mal, solo hablar contigo. Después, podrás hacer conmigo cuanto quieras.

—Ya puedo hacer, ahora y no después de nada, cuanto quiera contigo.

No detecto en su voz tranquila un solo atisbo de maldad o de enojo. Comprendo que me hallo ante un ser que es dueño absoluto de sus emociones. Apoya la espalda en el trono y pone las manos sobre los brazos del sitial, mirándome sin expresión alguna en su rostro, sobre el que se marcan por igual los huesos y las arrugas. Todavía queda un rastro de belleza en él: la hermosura de una estatua desprovista de sentimientos.

Continúa hablando, sin prisa:

—Encadenado o no, supones para mí la misma cantidad de peligro: ninguno. Estas mujeres son la élite de la Guardia y han hecho un juramento de fidelidad aún más extremo que sus otras compañeras. Morirían por mí sin dudarlo. Pero no se llegaría a tal punto, ya que han sido adiestradas para atravesarte con sus armas, del ojo a la nuca o del pecho a la espalda, antes de que puedas entender siquiera qué

ocurrió, o por qué.

»Si llevas cadenas es para resaltar tu condición de prisionero. Los grilletes son solo una etiqueta, un distintivo. Marcan entre tú y yo la debida distancia. ¿Puedes comprenderlo?

—Sí.

—No lo dudo. A pesar de tu osadía suicida, noto que hay inteligencia en ti. Ya me lo comentó Valia, nuestra capitana de la Guardia. Me habló bien de ti. Me contó que dices llamarte Dargor y provenir de Sarlia. Ella es joven y se encuentra en la edad de quedar impresionada por un cuerpo bonito y un carácter fuerte. —Me parece notar un leve endurecimiento en su voz y sus ojos—. En cambio, yo no soy tan joven y pocas cosas logran ya impresionarme, así que no emplees ningún truco conmigo porque lo detectaría al instante. Y no me hagas perder el tiempo, Dargor de Sarlia. Tengo muy poco y tú aún tienes menos.

Durante un instante recuerdo la despedida de Valia, poco antes de que fuera a pedir para mí una audiencia privada con la sigra. No creyó en ningún momento que fuera a sobrevivir a mi encuentro con la gran lideresa de Etria, así que me llevó aparte de sus guardianas, me echó los brazos al cuello, con lágrimas en los ojos, y me dio un beso muy largo y dulce. Tardamos en deshacer el abrazo y se fue sin decirme nada, pues las palabras ya no eran necesarias.

Sin duda pensó que aquella sería la última vez que me vería vivo.

Si es así, se equivoca.

—Quieres escuchar por qué he pedido una audiencia contigo, Arna, sigra de Etria.

—En efecto.

—En primer lugar, he de presentarme como Dargor Atur, hijo de Amáer Atur, el sigra de Sarlia. Soy el ornai de mi ciudad-estado y el Señor de la Guerra de Sarlia.

Permanece impasible.

Continúo:

—Si hasta ahora no revelé mi auténtica identidad fue por temor a que no se me creyera; o porque, de creerme alguna de tus subordinadas, quizá se aprovecharan de mi alta condición en su propio beneficio. Solo podía decírtelo a ti, señora de Etria, porque quiero que hablemos sin segundos ni terceros que se entremetan, sobre temas que afectan a nuestras dos ciudades.

No ha habido dramatismo ni prepotencia en mi tono. Sería innecesario, ya que lo he dicho de corazón.

Callo, esperando sus reacciones. Pero no se produce ninguna. Se limita a permanecer inmóvil, escrutándome. Quizá sus ojos se han entrecerrado, pero no podría asegurarlo. Aguanto su mirada, que encuentro especulativa y un tanto desasosegada, como si tratara de

catalogarme en alguna de sus clasificaciones sobre los seres humanos y encontrara cierta dificultad.

Se levanta y comienza a pasear despacio, con las manos en la espalda, sin mirarme. Sus movimientos son tranquilos y tienen cierta elegancia femenina que esa dureza no logra borrar.

—Vamos a especular con la absurda idea de que no eres un simple vagabundo atrapado por una de mis guerreras, sino quien de veras dices ser. Explícame cómo un ornai de Sarlia puede terminar cargado de cadenas, ante la sigra de Etria.

—Es una larga historia, así que habré de resumirla.

Me hace un ademán con la mano para que empiece.

Le relato, pues, la caída al Amitas durante mi última batalla contra los alais, y las aventuras en Uriana y Ocrai, hasta el momento en que Valia me capturó.

—Es una historia fabulosa e improbable —juzga, en tono casi aburrido.

—Pero no imposible.

Me lanza una mirada directa.

—Tengo entendido que el ornai de Sarlia prefiere afeitarse el rostro. Sin embargo, tú llevas barba.

Es cierto. El auténtico Dargor solía afeitarse, diferenciándose de la moda sarlia masculina. Pero yo, que ocupo su cuerpo, y en un infantil deseo de distanciarme de él, he preferido dejarme barba.

—Últimamente he cambiado algunos de mis hábitos, entre ellos ese. Sé que suena a excusa, pero es así y no tengo otra explicación para ese punto. Permíteme afeitarme de nuevo y tendrás ante ti el rostro oficial del ornai de Sarlia.

—Olvidémoslo por el momento. —Alza la cabeza y las cejas y abre los brazos, para después cerrarlos, juntando las manos y entrelazando los dedos—. Muy bien. Juguemos. Ante mí está el ornai de Sarlia.

»¿Por qué crees que eso mejoraría tus posibilidades de supervivencia en Etria? Mi gente estaría encantada de ensartar no solo a un simple sarlio, sino al líder de los sarlios. Esa noticia llegaría de un extremo a otro de Durba, para vergüenza de tus gentes y regocijo del resto de las ciudades, que, como sabrás, no le guardan mucho cariño a la tuya. Además, la captura y la ejecución del ornai sarlio acrecentaría el prestigio de Etria.

—Tampoco a tu ciudad se le guarda mucho cariño.

—En efecto —contesta, en buen tono—. Por eso devolvemos por triplicado cada golpe que nos dan. Incluso antes de que nos lo den.

—Es una estrategia.

—A nosotras nos funciona y con eso basta.

Se frota la barbilla, pensativa.

—Otra opción sería pedir un rescate, pero la orgullosa Sarlia tal vez

se negara a pagarlo; al fin y al cabo, perdido el honor de su ornai, ¿de qué serviría su vida?

—Aún no he perdido el honor —contesto, en un tono más enojado de lo que deseara.

—Las mujeres de Etria te han capturado, así que para tus compañeros sí lo has perdido.

—El honor no es algo que decidan los demás, sino algo propio. Por tanto, no se pierde hasta que de verdad sientes que lo has perdido.

—¿Y no te parece suficiente deshonra ser capturado por mujeres?

—No.

Queda en silencio, buscando quizás algún asomo de burla o cinismo en mi tono. No lo encuentra porque no lo hay, y eso casi logra sorprenderla.

Le digo:

—Un pensador viejo, ciego y sabio de mi ciudad me enseñó que un niño, una mujer, un anciano o un tullido pueden llegar a matar a un guerrero si tienen la oportunidad y la habilidad.

—Y la decisión.

—En efecto. La decisión tiene su parte de importancia.

—Te equivocas —responde tajante, con el rostro convertido en una máscara de piedra y los ojos brillando como dos puntas de diamante oscuro—. La decisión lo es todo. Crea la habilidad y proporciona la oportunidad.

No contesto.

Parece relajarse y vuelve a pasear despacio, bajo los haces de Croaga que penetran por los ventanales, sin mirar siquiera a las guerreras estatuarias que sostienen las ballestas.

—Nos hemos desviado del punto anterior: ¿por qué habría de impedir la ejecución pública del ornai de la ciudad más odiada en toda Durba?

Levanto la mano derecha y la cierro con fuerza, despacio.

—Porque en mis manos está el poder de Sarlia. Mátame y tendrás solo un cadáver, ya sea de ornai o de vagabundo, pero si me permites vivir y me escuchas tú también puedes acceder a parte de ese poder, el de la ciudad más odiada de toda Durba. Y también la más fuerte.

—¿Pretendes comprarme, ornai vagabundo? —pregunta, sonriendo.

Pero su burla no es tan convincente como quiere aparentar y noto que el interés ha prendido chispas en sus ojos.

—Pretendo ofrecerte la amistad de Sarlia.

Me mira con dureza.

—La amistad no existe, al menos cuando se trata de países y gobiernos. Hay conveniencia, y solo hasta que el viento se la lleve.

—La alianza.

—¿Alianza? —Menea la cabeza, como si hubiera escuchado algo

gracioso—. ¿Qué alianza puede ofrecerme un cautivo encadenado?

—Cautivo y encadenado, sí, pero también ornai de Sarlia.

»Escúchame, Arna, sigra de Etria. Valia te habrá contado que era mi deseo llegar a verte. Podría haber intentado escapar y de hecho tuve la oportunidad de hacerlo; ese sería el comportamiento lógico de un simple aventurero que nada tiene que ganar ni perder, excepto su vida, pero yo deseaba ir hasta Etria, al corazón del peligro, a las fauces de la bestia, y entrevistarme contigo. ¿Acaso te parece eso algo propio de un vagabundo?

—Quizá, si está loco. ¿Quién conoce lo que puede esconderse en tu cerebro?

—Piensa por un momento que si no estuviera loco habría de tener una razón, y es la que acabo de decir: unir a Etria y a Sarlia mediante un tratado, un pacto, una alianza.

—Serías un ornai egoísta si comprometieras a toda tu ciudad solo para salvar tu vida.

—Se trata de salvar a la propia Sarlia.

Hace una pausa en su caminar y me mira a los ojos, entrecerrando los suyos.

—Explícate… Vagabundo.

Dejo pasar el agravio, pues sé que pretende hacerme perder el control.

—Sarlia se encuentra dividida en una lucha interna por el poder: de un lado está el sigra, controlado a su vez por el culto al Vigilante, y en el otro se encuentra el ornai. Pero el ornai ha desaparecido y por tanto su facción ha perdido casi todas las posibilidades de arrancar del trono al sigra en las próximas elecciones…

—Algo he oído sobre todo ello —me interrumpe—. Al fin y al cabo, tratamos con mercaderes de ciudades norteñas y las mezquindades internas de Sarlia son el comadreo de toda Durba. Pero no veo que la desaparición del ornai afecte a la propia existencia de Sarlia: seguiría gobernando el actual sigra, hasta que otro le suceda.

—El problema es que Amáer Atur es un muñeco en manos de Nigur, el sumo sacerdote del culto al Vigilante. Es él quien de veras dirige la ciudad. Se trata de un hombre inteligente, falso e implacable. En sus manos Sarlia quedará mancillada, pues Nigur se opone a muchas de nuestras más viejas y sanas tradiciones. Convertirá mi patria en un nido de supersticiones y esoterismos, los mismos de que se vale para controlar al populacho.

»Y no solo eso: cuando caí al Amitas, luchábamos contra los alais; se habían unido bajo un líder fuerte al que di muerte, pero no parece imposible que vuelvan a unirse.

Arna levanta una mano para detener mis palabras. Me he acalorado, así que inspiro para relajarme.

—Todo eso supone una ristra de problemas para Sarlia —dice la sigra—, pero sospecho que tu visión no es del todo objetiva… De cualquier modo, ¿qué le importan a Etria los problemas de Sarlia? Está muy lejos y sus convulsiones, ya sea por culpa de guerras civiles o de invasiones alais, serían solo un rumor más del que hablar cuando una se aburre.

—Es cierto, a vosotros no os afecta la situación de Sarlia. Te la he explicado para que entiendas mi deseo de volver, pues si el ornai se presentara allí en estos momentos habría de nuevo un contrapeso a la fuerza de Nigur y del actual sigra y más oportunidades de vencerlos de una vez por todas. Sé que puedo hacerlo, puedo convertirme en el próximo sigra de Sarlia.

—Sigamos imaginando que cuanto dices es cierto. Se me ocurre por tanto que tu padre pagaría un generoso rescate por ti. Así, podría eliminarte de una vez por todas.

—Ganarías oro, sí, pero ganarás mucho más si me apoyas a mí y no a él.

—Cuando se trata de negociar siempre he preferido plantear primero qué se espera de mí. Los ofrecimientos de la otra parte suelen ablandar el espíritu crítico y abonar el terreno para concederle cuanto desee. ¿Qué desearías tú de Etria, supuesto ornai?

—Un erco.

Alza las cejas y yo sonrío. Continúo hablando:

—Tardaría demasiado tiempo en llegar a pie hasta territorio sarlio. Debería atravesar predios donde al caminante se le considera un enemigo; los peligros son tantos que casi estoy seguro de no conseguirlo.

»Pero volando a lomos de un erco, calculo que el viaje me llevaría mucho menos, tal vez cuatro o cinco alagas. Nadie me vería desde el suelo y tendría cuidado de reposar en lugares recónditos y deshabitados, donde fuese difícil que me descubrieran.

»Una vez en Sarlia, ya me las arreglaría para encontrar aliados.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿Un erco y provisiones?

—No. Hay más.

»Quiero usar tus tropas: un contingente de cien o doscientas etrianas, capaces de hostigar a mis enemigos desde el aire. Podrían decantar cualquier batalla a mi favor. Quiero que tus mujeres se empleen como mercenarias en Sarlia. Se les trataría con respeto y se les pagaría bien.

Arna parece reflexionar, con gesto lúgubre.

—Uno de los grandes secretos de Etria es la cría y doma de ercos, que nos permiten golpear desde las nubes y después alejarnos con rapidez, así que no entregaría mis ercos a nadie, ni por todas las riquezas del mundo.

—Solo las etrianas manejarían los ercos, nunca lo harían mis hombres. Serían mercenarias que lucharían para mí y después se marcharían de vuelta al Laberinto.

»Y no solo resultarían útiles en el campo de batalla, sino que también podrían efectuar labores de reconocimiento del terreno y de rastreo de tropas enemigas. Una sola etriana descubriría de inmediato cualquier intento de emboscada. Sarlia sería mucho más poderosa si pudiera contar con tus guerreras del aire. Tendría todavía más peso en las decisiones políticas de toda Durba y nadie osaría oponérsele de manera abierta. Utilizar a tus mujeres voladoras es una idea que a nadie se le ha ocurrido. Quiero aprovecharla antes de que otros me la roben.

Arna junta las manos por las puntas de los dedos y agacha la cabeza, pensativa.

—Tus fabulaciones no carecen de interés, pero Sarlia ya es la ciudad más fuerte y por ello la más aborrecida. Ayudarla sería atraer aún más odio hacia Etria.

—Ese es un argumento débil, Arna. Sabes que Etria ya es odiada en toda Durba y que nada de lo que hagáis os ganará el afecto de quienes ahora os detestan. ¿Qué podríais perder? Nada. Una alianza siempre implica la ayuda de unos y la inquina de otros. Puestos a elegir, es más sabio volverse hacia el que tiene más poder.

Me mira. Hay una absoluta calma en sus facciones.

—En toda Durba se nos aborrece por ser mujeres que se han impuesto sobre los hombres. Dudo que los orgullosos varones sarlios no se opongan de inmediato a la sola idea de tenernos cerca, en el campo de batalla. Dicho sea de paso, también resultaría difícil convencer a mis etrianas.

—Al principio habrá una fuerte resistencia, pero el tiempo, la disciplina y los buenos resultados acabarán por barrerla. El soldado obedece al capitán, este al general y este al ornai o al sigra. Soy capaz de imponer mi voluntad a mis hombres, a latigazos si es preciso, y al final acabarán por olvidar el estúpido orgullo y solo verán las evidentes ventajas. Estoy seguro de que a tus mujeres les ocurrirá otro tanto.

Arna sonríe, pensativa.

—En efecto, si me lo propusiera doblegaría también la voluntad de toda Etria…

»Ahora bien, hemos hablado de las cosas que mi gente proporcionaría a Sarlia. Hipotético ornai, ahora es tu turno: ¿qué obtendríamos nosotras a cambio?

—Un pacto entre las dos ciudades, mediante el cual Sarlia se obligaría a defender a Etria de cualquier agresión externa, declarando la guerra a la potencia que intente atacaros en el Laberinto. Esto no es

algo baladí. En el pasado ya hubo tentativas de invasión.

—El Laberinto y nosotras mismas nos encargamos de ellos. Ni siquiera llegaron a divisar nuestra capital.

—Imagina que algún alaga alguien de fuera descubra la forma de llegar al centro de vuestra nación. Si tuvierais que rechazar a esos enemigos, ¿no os convendría tener un aliado poderoso que os ayudara? Por sí solo, el nombre de Sarlia resulta capaz de desmotivar a un rival decidido. Tenemos el mejor ejército de Durba y vosotras, etrianas, podríais contar con él en caso de peligro.

—Sabes hablar, vagabundo, eso sí lo reconozco. ¿Qué más ofrecería Sarlia, aparte de protección en caso de guerra?

—Libre paso y comercio en nuestros territorios y en los de las ciudades que están bajo nuestro dominio. Las etrianas podrán ir hasta las tierras del norte y comprar allí los productos que ahora han de robar aquí, en el sur. Os ahorraríais vidas humanas y a la larga conseguiríais más beneficios. Claro está, tendríais libertad para vender vuestras mercancías en los zocos y las ferias bajo nuestro patrocinio.

»Y si deseáis continuar robando y asaltando caravanas, os apoyaríamos desde tierra. Sarlia tiene diversos rivales políticos y económicos y vosotras acosaríais a sus mercaderes. Se os recompensaría bien y además podríais quedaros con una fuerte parte de lo robado. Haríais lo mismo que hasta este momento, pero de manera organizada, y respaldados por nosotros.

Se cruza de brazos y aspira con fuerza, aún reflexiva.

—Lo que me ofreces no es prioritario para Etria. Podemos arreglárnoslas solas, como siempre hemos hecho.

—Es cierto. Pero os perdéis un campo de acción más amplio. Mi patria domina extensos territorios de Durba y ya no estaríais aisladas política, económica ni militarmente. Vivís en una prisión de piedra de la cual nunca podréis salir, a menos que tengáis amigos en el exterior.

—¿Y acaso tú eres un amigo?

—Como dijiste antes, la amistad depende a veces de la conveniencia. Si ambas ciudades obtienen ventajas dicha amistad será sólida.

Guarda silencio. La veo fruncir los labios y el ceño.

—Si fueras el ornai de Sarlia tendrías que jurar cumplir todas esas condiciones por tu honor, y además firmarlas con sangre.

En Durba, la firma con sangre es un pacto casi sagrado. Va más allá de la vida y del honor y se sabe de pocos gobernantes que hayan roto sus pactos de sangre. Por la misma importancia que se le da, pocos sellaron sus promesas de tal modo, pues los otros juramentos podrían romperlos, pero los de sangre no. Se trata de una de esas tradiciones incomprensibles en la Tierra, pero monolíticas e indubitables aquí, en mi mundo adoptivo.

Durante unos instantes dudo. ¿Y si todos estos planes son locuras irrealizables? ¿Y si no encuentro el valor o la destreza para cumplir con mi parte? Habría firmado ya con sangre, lo cual significaría que no me podría volver atrás.

Tomo aire y respondo:

—Firmaré con sangre.

Arna asiente despacio, en silencio.

—Aún no me he decidido, vagabundo. Puedo creerte o no, pero antes debo reflexionar sobre todo esto. Necesito estar sola para pensar. Mis guardianas te llevarán a un lugar incomunicado, hasta que te haga saber mi veredicto.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando me plazca. No estás en posición de meter prisa.

—De acuerdo. Esperaré cuanto sea necesario.

—Bien. Lleváoslo.

Las dos guerreras que me trajeron a punta de lanza se acercan y una me hace un gesto con la cabeza. Las sigo sin oponer resistencia. Cuando ya abren las batientes, Arna me llama.

—Espera. Olvidé comentarte cierto asunto que tal vez consideres de importancia.

—¿Cuál es?

—Ayer, supe que el sigra de Sarlia, Amáer Atur, ha muerto. Falleció hace diez alagas y el sumo sacerdote del culto al Vigilante, ese tal Nigur, ha ocupado el trono y tomado plenos poderes. Sarlia está al borde de la guerra civil y, por si eso fuera poco, los alais han cruzado de nuevo el Cinturón y se disponen a invadir tu país, aprovechando la crisis por el cambio de gobierno.

Siento que el suelo oscila bajo mis pies, pero sigo firme. Mis ojos parecen a punto de escapar del rostro a medida que la información va asentándose en mi mente. Arna me mira con mucha atención. Comprendo que ha soltado las noticias a bocajarro, cuando más relajado me encontraba, para comprobar qué reacciones causaban en mí. Y yo no he sabido ocultarlas.

—¿Es cierto todo eso? —acierto a pronunciar.

Sonríe, sin bondad y sin maldad.

—Es cierto. Nos lo han transmitido diversos mercaderes que hacen tratos con nosotros. Son gente fiable.

Siento que la ira invade mi pecho, pero controlo mi voz:

—No me lo dijiste. Te lo guardaste hasta el último momento.

Arna mira a una de las mujeres de la sala y todas las ballestas se levantan y me apuntan. Noto el filo de las lanzas en mi garganta y mi nuca.

—No cometas imprudencias, vagabundo —advierte la sigra, con voz suave—. Queda algo más por decir. En toda Durba se extiende la

noticia de que el ornai Dargor quizás no muriera en su última batalla contra los alais. Al parecer, cayó al río Amitas y la corriente se lo llevó. Por ello han partido emisarios desde Sarlia, prometiendo una fuerte recompensa por la cabeza del ornai Dargor. Nigur, el nuevo sigra, quiere asegurarse de que está muerto.

»Esto también lo supe ayer.

Siento que el corazón se me dispara.

—Vas a entregarme para cobrar la recompensa.

—Esta noche dormirás en una celda, vagabundo. Mañana… Mañana será otro alaga.

Siento deseos de correr hacia ella y estrangularla con la cadena, pero noto aún la frialdad cortante de las lanzas en mi cuello.

—Lleváoslo —ordena Arna, sigra de Etria.

Me trago la rabia y salgo de la estancia, custodiado por mis centinelas.

Oigo el crujido del cerrojo y abro los ojos, encontrándome con la oscuridad de la celda. Distingo grises de mayor o menor intensidad: esquinazos, el catre relleno de paja, rocas de contorno suave sobre el suelo de piedra y el cazo que contenía las gachas que devoré ayer, cuando solo había transcurrido un alaga de cautiverio.

Cierro los ojos para que el resplandor de la antorcha no me hiera. Me pongo en pie.

—La sigra quiere verte. Síguenos.

Así lo hago, tapándome a medias la cara. Poco a poco me acostumbro a la luz espectral de las antorchas de mis guardianas. Recorremos los pasillos y las escaleras de este sector de mazmorras, en los sótanos del Palacio del Poder. Entre las cinco guerreras que me escoltan no se encuentra Valia.

Llegamos hasta una habitación fría y funcional, pero limpia. Hay allí una enorme escudilla con agua, el jabón terroso que utilizan los durbanos y toallas limpias. También veo sobre la misma mesa un cuchillo delgado y brillante, muy afilado.

—No te hagas ideas extrañas —advierte una de las guardianas—. Es para afeitarte el rostro. Quítate también la mugre que llevas encima.

Al cabo de no mucho, un desconocido lampiño me observa desde la superficie líquida y sucia de la escudilla.

—Salud, Dargor Atur, ornai de Sarlia —le saludo.

Hay una túnica y un cinto limpios y, ya aseado, me los pongo. La guardiana me indica con un gesto que deje la cuchilla donde la encontré. Le sonrío sin alegría y deposito el instrumento en su sitio, con delicadeza.

Orlas después, me hacen pasar a una nueva sala, mucho más espaciosa. Las paredes están forradas de estanterías con libros de pergamino y hay hojas de vitela en largas mesas de madera oscura. Los candiles que cuelgan del techo esparcen una luz amarillenta y sus hilachas de humo serpentean hasta escapar por entre las vigas renegridas.

Arna está sentada en una enorme butaca sin respaldo. Viste una túnica larga, parecida a la que llevaba la última vez que la vi, de colores muy claros, sencilla, ceñida en la cintura por una tira de tela gruesa. En la dureza de sus ojos hay hoy cierta amargura y cierto alivio, como si se hubiera despojado de algo querido, pero al mismo tiempo pesado. Por lo oscuro de sus ojeras y su piel tirante, sospecho que no ha tenido una noche apacible.

Hay otras dos mujeres maduras que ya se han olvidado de su propia femineidad, avejentadas por los juegos del poder. Llevan túnicas austeras, de un azul oscuro, y en sus manos hay muchas de

esas perennes huellas de tinta, incapaces de desaparecer ni tras mil lavados, propias de los amanuenses. Deben ser escribas de un grado muy alto, las lideresas de su casta, y quizás consejeras de la sigra. Me miran con severidad y cierto rechazo. Les sonrío y les guiño un ojo y ellas ponen cara de escándalo, como si les hubiera dicho que me proponía arrancarles la ropa y violarlas, o algo parecido.

Arna esboza una sonrisa cansada y me hace una seña con los dedos.

—Acércate. Quiero ver tu rostro, ahora que está afeitado.

Así lo hago, dejando que la luz de las lámparas bañe mi cabeza. Arna busca en un bolsillo de su túnica y saca una moneda. La mira y después me observa con atención. Les pasa la moneda a las otras dos mujeres, quienes de igual manera la miran con interés.

Me vuelvo hacia la derecha. Allí hay una guardiana armada con uno de esos cuchillos largos. Veo un hombre arrodillado a sus pies, con la cabeza agachada, vestido con una túnica de estameña sucia y raída en los bordes. Un esclavo.

—El parecido es notable, pero no prueba nada —afirma una de las dos escribas, contemplándome pensativa—. Puede ser una casualidad.

Arna se guarda la moneda. Me mira con fijeza.

—Ahora no te muevas ni hables, prisionero —me ordena—. Traed al esclavo.

La guardiana le da al arrodillado un manotazo en un hombro y él se levanta y se nos acerca, cabizbajo. Parece alto y fuerte, pero la servidumbre le ha quitado cualquier rastro de orgullo y virilidad. Después de otro guantazo, se arrodilla ante mí.

Miro a Arna, frunciendo el ceño, y ella me informa:

—Este hombre fue hace tiempo un guerrero. Escoltaba una caravana que circulaba por terreno atisio. Una banda de proscritos la atacó e hizo muchos prisioneros, entre ellos él. Teníamos trato con esos saqueadores, así que nos lo vendieron.

—¿Por qué lo has traído ante mí?

—Este guerrero procedía de Sarlia. Esa era la nacionalidad de la caravana.

Le miro con dureza, pero él mantiene la cabeza agachada. Arna clava sus ojos en mí y entiendo que no quiere que yo hable.

—Esclavo —llama.

El desgraciado se echa a temblar y la mira, con miedo y resentimiento. El látigo ha aplastado cuanto de bueno quedaba en él y ahora es una criatura que vive en un agujero de temor.

—¿Qué quieres de mí? —gime.

—Levanta la cabeza y contempla a ese hombre que está en pie. Mira su rostro con atención. Fíjate en cada detalle de su cara y busca en tu memoria. Dinos si te parece conocido. Tómate todo el tiempo que necesites; solo te pedimos que te esfuerces por recordar y que seas

sincero. Si nos mientes se te azotará y se te privará de comida durante varios alagas.

Sus ojos se abren mucho, llenos de espanto.

—Vamos —urge la sigra—. Mírale.

El esclavo tuerce la cabeza hacia mí, despacio. Me observa con atención, indagando en mi rostro. Su expresión no denota reconocimiento, pero continúa escrutándome. La concentración dibuja pequeñas serpientes de piel en su frente; de pronto abre mucho los ojos; frunce el ceño, como si hubiera algo que le sorprendiera en extremo, algo que le resultara casi inconcebible.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Arna.

—Yo… Señora, debo haberme equivocado, sin duda es un error, me ha parecido ver en él… No, no puede ser.

—Cuéntanoslo o serás azotado.

Vuelve a mirarme, y luego a Arna. Se concentra en mí otra vez.

—Señora, este hombre… tiene mucho parecido con el ornai de Sarlia. Una vez le vi, hace dos furás, cuando yo era… En… En uno de los cuarteles. Él vino a hacer una inspección de las tropas y yo estaba en primera fila. Nunca olvidaré su rostro. Resaltaba entre todos los otros mandos porque no llevaba barba. Además, su cara aparece en muchas de las monedas forjadas en Sarlia. Sería difícil confundirlo con otro.

Miro hacia el bolsillo de Arna, que guarda cierta moneda.

El esclavo sigue balbuceando:

—Pero no puede ser, es del todo imposible, se trata sin duda de una casualidad.

—Mírame, esclavo —le ordeno.

Mi rostro gana dureza y él se postra aún más, como si empequeñeciera bajo mi sombra.

—Me has reconocido —afirmo—. Soy Dargor Atur, ornai de Sarlia.

Abre la boca y comienza a temblar. Su respiración se hace jadeante y se tapa los labios con una mano. Empieza a negar con la cabeza, pero su mirada sigue agarrada a mi rostro. Suelta un grito ahogado y se postra aún más ante mis pies, pegando la frente al suelo.

—¡Perdóname, mi ornai! ¡Perdóname!

—No soy tu ornai. Fuiste sarlio una vez, pero ahora ya no lo eres, así que no me debes pleitesía. No significas nada para mí y yo nada significo para ti.

Su cuerpo se tensa y luego se convulsiona varias veces, al ritmo de los sollozos.

—¿De verdad fuiste guerrero en Sarlia? —le pregunto.

Asiente con la cabeza. Sus gemidos metálicos resuenan en el silencio sepulcral que nos rodea.

—Mírame.

Él lo hace. Hay agonía en su cara arrasada por las lágrimas.

—Te ofrecieron la esclavitud o la libertad eterna de una muerte digna —le digo— y tú elegiste la esclavitud. ¿Fue así?

Baja la cabeza.

—Sí. No pude… No pude. Fui débil.

Le contemplo, impasible.

Levanta la cabeza, apretando los dientes. Su tristeza y su vergüenza se han convertido en ira.

—¿Por qué todo ha de ser tan cruel? —Mira a las mujeres y su voz se convierte en un grito desgarrador—: ¿Por qué?

—Apartadlo de mi vista —digo.

El que fuera antaño un compatriota y ahora ya no es nada, parece relajarse. Su mente se refugia en un nuevo pozo de tranquila desesperación.

—Llévatelo —ordena la sigra a la guardiana, alzando apenas una mano—. Ya ha cumplido su tarea.

La guerrera le hace un gesto al esclavo y él se levanta con esfuerzo, como si llevara un gran peso sobre los hombros.

—¿Hay que castigarlo? —pregunta la guardiana.

—No —responde Arna—. Por hoy ya tiene suficiente. Que vuelva a sus quehaceres habituales.

Cuando el hombre y la mujer se van, en la sala quedamos de nuevo las cinco guardianas que me condujeron hasta aquí, Arna, sus dos escribas y yo. El silencio vuelve a espesarse entre nosotros, como una niebla pegajosa e invisible. La sigra se pasa una mano por la frente y aprieta los labios.

—En aquella mesa hay un pergamino con todo lo que hablamos ayer, bien especificado. Has de firmar con sangre.

—¿Y tú? —le pregunto.

—No lo haré —me contesta—. Suficiente hago al confiar en ti.

—También yo me arriesgo al confiar en ti, sigra de Etria.

—¡Qué insolencia! —exclama una de las dos escribas. La otra aprieta los puños, a la altura de las caderas—. Esto es inaudito y no debemos precipitarnos. ¿Por qué tenemos…?

—Ya lo hemos discutido —ataja Arna—. A pesar de vuestros sabios consejos, he tomado mi decisión. Como sigra, tengo la última palabra en este asunto.

—Al menos, espero tu promesa de que cumplirás con tu parte —presiono.

—La tienes, sarlio. Cumpliré con mi parte, te lo aseguro. Se te conducirá, atado en un erco y escoltado por varias guerreras, hasta territorio Sarlio. Allí te abandonarán y se llevarán todas las monturas. No te vamos a regalar ninguna. Como dijiste, has de arreglártelas tú solo para encontrar aliados. Más adelante, enviaré un contingente de

fieles componentes de la Guardia de Etria hasta Sarlia, y si al final el conflicto sucede, te ayudarán.

Me señala con un dedo y su mirada gana filo.

—He apostado por ti porque confío en que cuando estés lejos de Etria no te olvidarás de todo lo aquí dicho. Si te has burlado de mí no tendré forma de cobrármelo; pero si has sido sincero espero ganancias para Etria, a corto y a largo plazo.

—Las tendrás.

—Está bien. Lee las condiciones con atención y fírmalo. Allí hay un estilete para que te provoques una pequeña hemorragia y una pluma cuya punta mojarás en la sangre.

»Estas dos mujeres que me acompañan son respetadas en toda Etria y su fama de imparcialidad no plantea dudas. Ellas serán los testigos que den fe de mi proceder, ante mi gente.

—Supongo que no habrá para mí una copia de este pacto.

—Supones bien. Si no te gusta el trato puedes volver a tu mazmorra y dentro de unos alagas me pondré en contacto con las gentes que ahora gobiernan en Sarlia. Cobraría una fuerte suma a cambio de tu cabeza.

No contesto, pues todo está ya tan claro que sobran las palabras.

Leo el pergamino con atención, corto la palma de mi mano y cierro el puño con fuerza, dejando que la sangre escurra entre mis dedos y caiga en un pequeño recipiente de barro. Mojo la pluma, pero vacilo unos instantes. Una vez lo haga, ya no se podrá deshacer jamás: si recupero el trono de Sarlia, mi ciudad y Etria quedarán unidas por una alianza que será odiada y escarnecida por muchos, tanto dentro como fuera de mis propios territorios.

Firmo.

Las testigos suspiran y toman el manuscrito.

—Ya está hecho, Arna —dice la que parece más vieja—. Este hombre se ha comprometido a realizar ciertos actos, avalando su promesa con su propia sangre. Que el destino, los dioses y los hombres descarguen la humillación y el tormento sobre él si incumple.

»Pero tú, sigra de Etria, también has incurrido en obligaciones que nuestra patria sufrirá. Mi hermana y yo daremos fe de lo que hemos visto y oído hoy aquí, con sinceridad absoluta.

—No espero menos de vosotras —contesta Arna.

La segunda escriba interviene, con malicia en su voz:

—Por supuesto, Etria solo deberá atenerse a las condiciones del pacto mientras la otra parte satisfaga las suyas propias; y este acuerdo ha sido promovido por ti, Arna. Tuya será la responsabilidad acerca de sus consecuencias. Cuando mueras o seas sucedida en el trono, la nueva sigra tendrá poder para romperlo.

—Ojalá lo haga —añade su compañera.

Me parece necesario intervenir:

—De manera recíproca, cuando yo muera y me suceda otro sigra, puede o no continuar con el acuerdo entre ambas ciudades.

Arna me mira con una sonrisa admirada y divertida.

—Estás muy seguro de que llegarás a convertirte en sigra.

—Lo estoy.

Las dos escribas se separan unos pasos de nosotros.

—Mi hermana y yo hemos cumplido con nuestra parte y ya nada nos retiene en este lugar. Seremos las depositarias de este pacto entre las dos ciudades. Con tu permiso, Arna, queremos retirarnos. Tenemos otras obligaciones que cumplir.

—Idos. Agradezco vuestros servicios.

Asienten, moviendo la cabeza de manera casi imperceptible, aunque el resto del cuerpo sigue envarado. Y se marchan andando al compás, muy rígidas, sin mover las caderas.

Al cerrarse la puerta, Arna exhala el aire en un largo suspiro.

—He de confesarte que las odio. Pero son las personas más rectas y honradas de toda Etria.

»Según nuestras costumbres, hay dos escribas mayores, las mejores de su casta, que velan por el cumplimiento de las normas a que está obligada la sigra. Ninguna ley, pacto, acuerdo o norma se dicta sin que estén presentes. Y si la gobernante se desdice o miente ellas lo harán saber al resto de la ciudad.

—Se las puede hacer desaparecer —aventuro.

Me mira con enojo, pero enseguida sonríe de forma astuta.

—Es una idea. Pero el mismo hecho de su desaparición levantaría demasiadas sospechas. No, hay que cuidarlas y tratarlas con guantes de seda, por mucho que me pese.

—¿Cuándo me iré? —pregunto.

—Lo antes posible. Esta misma tarde, o mañana, si lo prefieres.

—Mañana. Debo despedirme de alguien.

—¿Valia?

—Sí.

Arna me mira con ira, que se transforma en amargura, y después en cierta tristeza dulce.

—Los jóvenes…

Cierra la boca, menea la cabeza y se levanta de la butaca.

—Para bien o para mal, las etrianas nos hemos convertido en aliados de otra potencia durbana. Jamás pensé que llegaría este momento.

—¿Lo deseabas?

—No. Has visto el enojo en el rostro de esas dos escribas; ellas son cultas y saben controlar sus emociones, así que su reacción es una nadería, comparada con la ira y el escándalo del resto de mis

ciudadanas, cuando sepan que he comprometido nuestra independencia. Deberé sudar sangre para convencerlas de que es lo mejor.

—Tú así lo piensas.

Mira hacia el suelo, con arrugas de preocupación en la frente.

—Sí. Las etrianas estamos solas y aisladas, separadas del resto de un mundo que nos odia. Podríamos continuar así durante otras pocas decenas o incluso cientos de furás, pero… —Me mira, levantando una ceja—. ¿Adónde conduce esta situación? ¿Puede un pueblo permanecer estancado en un solo punto, sin degenerar ni evolucionar?

»Pienso que no. Las etrianas nos limitamos a sobrevivir, pero no nos desarrollamos. Orgullosas hasta la obstinación, le hemos puesto el freno a este carro. Permanecer encerradas en el Laberinto durante tanto tiempo nos ha vuelto complacientes, no nos quedan objetivos, grandes objetivos, salvo el de permanecer igual que hasta ahora, y si no existen desafíos acabaremos por pudrirnos en nuestras propias luchas internas.

Guardo silencio.

Arna mira alrededor, a todos los libros que nos rodean. En ellos está quizás la historia entera de Etria, marcada con tinta. Se vuelve hacia mí. Hay un matiz reflexivo y triste en sus ojos.

—Mis consejeras y lugartenientes, mis vocales… No me entienden. Piensan que cualquier contacto con el exterior nos destruiría y se opondrán a este pacto, como el resto de las etrianas. Me tacharán de traidora y las más osadas querrán borrar mi nombre de las crónicas que recogen el devenir de nuestro pueblo.

Los pequeños músculos de su rostro se tensan y frunce el ceño.

—Pero aun soy la sigra y se hará lo que yo ordene.

»Las etrianas tenemos que buscar nuestro lugar en Durba, debemos integrarnos en un plano económico y político más amplio, y ello sin perder nuestra individualidad y nuestro carácter. Este es el desafío que yo planteo. Quizás todo acabe en un desastre y en una cerrazón aún más profunda… O en el comienzo de una nueva etapa.

»El tiempo lo dirá.

Sonríe, cansada.

—Ya hacía tiempo que estas ideas me rondaban la cabeza y quizás el destino te ha traído hasta aquí para ayudarme en mi propósito, o bien para que me engañes y me dejes sumida en la amargura, la humillación y el odio de mis compañeras.

—Cumpliré con mi parte, sigra de Etria —contesto—. También yo deberé enfrentarme a muchos en mi territorio. Los sarlios, los durbanos en general, no están acostumbrados a tratar con mujeres como vosotras. Sois duras con vuestros hombres.

—¿Piensas que hacemos mal? —me pregunta. No encuentro desafío

ni rencor en su voz—. ¿Te enojas cuando contemplas cómo están las cosas en Etria?

—Sí. Pero hay asuntos más importantes que mi propio enojo. Si tengo que pasar por encima de él, lo haré.

—La conveniencia. Una de las fuerzas más poderosas del universo.

Sonrío sin alegría.

El rostro de Arna parece aflojarse y sus ojos se vuelven más pensativos, como si estuviera contemplando sucesos lejanos y neblinosos.

—Pienso que las etrianas hemos ganado mucho, pero tengo también la sensación de que hemos perdido algo…

—El poder, el dominio y la fuerza son contemplados con envidia por el débil —respondo—. Pero también tienen un precio. Todo tiene su precio.

Su mirada parece colgar del vacío y se vuelve soñadora, mientras bucea en las aguas del recuerdo. Acaricia distraída y suavemente un libro polvoriento de la estantería.

—Es curioso. Ahora no hago más que pensar en todas esas cosas; antes podía apartarlas con facilidad de mi mente. Debe ser que me hago vieja.

Abre la boca como para decir algo, pero se detiene. Los dedos acariciadores también quedan quietos.

—Hace mucho tiempo, cuando era joven y atrevida y tonta, comprendí lo que significaba ser de Etria.

Callo. Ella sigue hablando, consigo misma más que conmigo:

—Hubo una escaramuza con unos soldados de Atis que se habían acercado demasiado al Laberinto. Capturamos a varios de ellos y hubo uno… Bien, me enamoré de él como una boba. Yo tenía una elevada posición dentro de la Guardia, así que logré quedármelo. Pensé que podría dominarlo, que sería mío, que acabaría obedeciéndome, como cualquier otro macho de Etria, y que terminaría por quererme sin condiciones.

»Nos conocimos carnalmente, sí, pero él no quería recibir mis órdenes y después me dijo que le soltara. Yo le hubiera hecho mi consorte libre y no mi esclavo porque estaba loca por él; pero el orgullo… El orgullo me lo impidió. Le grité que acabaría sirviéndome, se lo prometí con duras palabras.

—¿Y ocurrió así?

La voz de Arna se vuelve átona:

—No. A la mañana siguiente apareció muerto en su celda. Había roto el cuenco de barro en el cual se le servía la comida y con el borde filoso se cortó las venas.

Guardo silencio.

—Jamás podré quitarme de la cabeza su rostro, tan pálido… —

continúa Arna—. Parecía que en cualquier momento iba a despertar. Aún mantenía una expresión de frío desdén, de helada dignidad. Supongo que murió odiándome, porque yo era su enemiga.

—Hizo lo correcto: prefirió una muerte digna a la esclavitud. En todas las ciudades durbanas los códigos de los guerreros son estrictos en ese sentido; el muchacho los acepta de forma voluntaria cuando toma las armas y sabe que no debe romperlos. A partir de entonces habrá cosas más importantes que su propia vida.

Arna asiente, con ojos vacíos. Todas sus lágrimas deben haber quedado en decenas de almohadas, durante incontables noches de soledad.

—Como bien dijiste antes, ser fuerte e independiente tiene su precio.

—Lo pagaste, Arna, y por eso eres sigra de tu pueblo. No toda la gente está dispuesta a pagar.

—Les envidio. —Frunce el ceño, como preocupada por una súbita angustia—. Los seres humanos siempre nos hacemos daño unos a otros, incluso cuando deseamos lo contrario con toda nuestra alma.

Me encojo de hombros.

—Está en nuestra naturaleza. Las cosas son así y es una estupidez darle muchas vueltas. Hay que aceptarlo, adaptarse y aprender a soportarse cada uno a sí mismo, dentro de su propio pellejo.

Parece sentir cierto enfado, mezclado con una pizca de admiración.

—Eres duro, sarlio, quizás demasiado; o lo aparentas muy bien.

»Desde el primer momento tuve la intuición, la sospecha, de que de verdad tenía ante mí a un ornai educado para gobernar y convertirse en sigra, no para obedecer. No te comportas con la simpleza del soldado común.

—También yo he pagado un precio —digo, lúgubre—. Mi camino no ha sido de seda y rosas, sino de aceros.

No responde nada y ambos permanecemos silenciosos durante muchos instantes, mientras el polvo sigue acumulándose sobre los libros y las guardianas de esta sala continúan esforzándose por transformarse en estatuas de carne y hueso.

—Quiero mostrarte algo —me dice Arna.

La sigo a través de pasillos cuyas paredes están hechas de lomo y papel. En ocasiones los estantes sostienen libros derrumbados y deshechos, con las hojas comidas por el moho, como pequeñas casas ruinosas, aplastadas por el tiempo. Huele a antiguo, a cosas que agonizan con tranquilidad, como si estuviéramos adentrándonos en algún tipo de cementerio melancólico y olvidado.

Arna se detiene ante un rincón de la estancia. Allí, la luz de un candil de aceite sobre un alto pie de plomo diluye con dificultad las sombras. Nuestra propia presencia origina un torbellino de amarillos y

negros que reptan sobre montones de planchas de piedra y arcilla, tiradas unas sobre otras, desordenadas, convertidas en el hogar de muchedumbres de polvo.

—Nuestras escribas no tienen interés por conservar este legado —dice, señalando las losas—. Supongo que el orgullo patriótico es más fuerte que el amor por las antigüedades.

Agarra una de las losas y sopla, levantando una pequeña nube amarillenta. Contra el resplandor del candil flotan las diminutas partículas y durante un instante se me ocurre que podríamos estar en el fondo arenoso de un mar muerto. Sobre la losa hay dibujos estilizados que muestran hombres y mujeres formando diferentes escenas, a su vez estas enlazadas en secuencias dispuestas en bandas horizontales. Arna mira el objeto con rostro impasible.

—Estas losas pertenecen a un pasado remoto, hace miles de furás. Las más estudiosas no pueden calcular la antigüedad de sus dibujos. Al fin y al cabo, nuestras abuelas y las abuelas de nuestras abuelas vivían ya en el seno de un matriarcado. Pero la tabla que sostengo fue encontrada bajo los cimientos de nuestra ciudad y se pierde en el olvido de lo remoto.

Mira los dibujos con atención, como si intentara descifrar el último sentido de algo que se le escapara. Levanta las cejas y luego me pasa la losa, para que yo la contemple.

Así lo hago. Las figuras representan siempre las mismas escenas: hombres de rostro hierático que golpean, azotan y asesinan a lo que parecen mujeres, cubiertas con sábanas o capotes desde la cabeza a los pies.

—No puede ser Etria —digo.

—No hay crónicas escritas de los tiempos en los cuales se grabaron estos dibujos, pero las historiadoras dan por cierto que hubo una época en que Etria estaba gobernada por hombres.

»No se conoce mucho acerca de aquel periodo, pero quedan estas escenas, registradas en los frisos y las tablas de viejas ruinas. Son muchas. Tantas, que las primeras sigras que las descubrieron no pudieron ocultarlo todo. Además, está en las viejas leyendas y canciones.

Le pregunto con la mirada y ella me responde:

—Se trata de relatos populares, transmitidos de madres a hijas, desde tiempos remotos. Todos vienen a contar lo mismo:

»Hubo una época en la que los hombres gobernaban Etria, siguiendo los dictados de un dios temible y una religión monolítica. Todas las mujeres debían cubrirse en público, desde la coronilla a los pies, con largos mantos que incluso les tapaban el rostro. Debían obedecer en todo a sus esposos, padres y hermanos. Ellos tenían derecho de vida y muerte sobre ellas.

—Eran sus esclavas.

—No solo eso, sino algo peor. Según sus textos sagrados, las mujeres tenían el estigma de la impureza y debían ser castigadas desde la niñez hasta la vejez por ser criaturas malignas. Así lo proclamaban los sacerdotes de aquel terrible dios y el resto de los hombres seguían sus dictados. Las mujeres no podían mostrar ni siquiera la cara en público, no podían hablar en voz alta, ni cantar, ni bailar, ni tampoco alegrarse por nada. Al esclavo se le puede permitir la risa y la belleza; a la mujer esclava se le permite, incluso se le exige, ser hermosa y femenina, hacer resplandecer su cabello y su piel… Pero aquellas etrianas eran espectros grises y anónimos, encerrados bajo una tela gruesa: mujeres atormentadas por una culpa imaginaria y encarceladas bajo sus largas vestimentas. Los grabados de las tablas también muestran frecuentes torturas, mutilaciones e incluso sacrificios de niñas ante los altares del viejo dios. Todo esto parecía ser lo común y correcto en aquella lejana Etria.

Arna inspira y su mirada parece atravesar la loseta que sostiene.

—Sin embargo, algo cambió.

»Según las leyendas, una mujer, o quizá varias a la vez, concibieron la idea de rebelarse. Tal vez la bolsa de los sufrimientos se había hinchado demasiado y había acabado por rajarse, o quizá se trataba de una mujer especialmente lúcida y osada que logró convencer al resto. Hay quienes aseguran que en realidad las diosas de los cielos iluminaron a las lideresas de esta revolución, que las entidades divinas tuvieron al fin y al cabo la culpa, o el mérito.

»Las etrianas conspiraron y conspiraron, en los pasillos oscuros de las casas, en los patios en sombras, en los corrillos de viejas, mientras lavaban y cosían, mientras cocinaban y efectuaban las labores cotidianas. Locura colectiva, odio desenfrenado…, ¿quién sabe? Poco a poco, sin que los hombres lo supieran, las mujeres iban tramando planes y tretas, inflamaban deseos asesinos, se preparaban y sobre todo callaban, escondidas tras sus mantos pesados. Como negras arañas, urdían una red invisible sobre toda Etria, una malla en cuyas hebras los hombres, igual que moscas, se verían atrapados y después asesinados. Sin duda hubo algunas que, demasiado temerosas o enamoradas de sus dueños, intentaron levantar el secreto; pero de diferentes maneras, por las buenas o las malas, el resto lograron hacerlas callar.

»La leyenda cuenta que todo este torrente secreto de odio y sed de sangre se desbocó en una noche, una larga noche, quizás la más larga y roja de toda la historia de Etria. No fue algo improvisado, sino el desenlace de un plan urdido a la perfección, en el cual cada etriana sabía lo que debía hacer.

»La gran mayoría de ellas utilizó el veneno, cuyo amargor

disimularon con especias y salsas picantes; los hombres comieron y bebieron como cada anochecer, con ganas; algunos murieron mientras dormían, pero otros se desplomaron sobre los mismos platos, entre convulsiones, bajo la helada mirada de sus posesiones femeninas. Otras mujeres prefirieron el cuchillo de cocina para rajar la garganta barbuda en lo más hondo de la noche o hundir la hoja una y otra vez en un pecho que subía y bajaba, vencido por el sueño. Otras, más fuertes o enrabiadas, asfixiaron a sus hombres. Las hubo que les golpearon en el cráneo con objetos contundentes, o que les empujaron cuando se hallaban asomados al balcón.

»De estas u otras maneras, esa noche las etrianas atacaron desde las sombras y por la espalda, cuando menos lo esperaban sus víctimas. Los hombres que lograron escapar de la matanza fueron perseguidos en las mismas calles y linchados por una riada de espectros cubiertos por mantos negruzcos y armados con cuchillos, palos y horcas.

»Al amanecer, la locura o la maldición pasaron y muchas mujeres lloraron por sus hombres muertos, los mismos a los que habían asesinado con mayor o menor placer. Pero otras rieron y cantaron y arrojaron por los aires sus jaulas de tela.

»De cualquier manera, les quedaban los niños y las criaturas que apenas sabían andar o hablar. Esos eran los únicos varones que sobrevivieron a la larga noche. El resto fueron exterminados, desde el primero al último.

Arna hace una pausa para mirarme. Después vuelve a fijarse en la tabla, que deposita junto a las otras, en el suelo, con gran cuidado. Se golpea las palmas repetidas veces para quitarse el polvo y no queda satisfecha hasta que están perfectamente limpias.

—Ese fue el comienzo del matriarcado. La Etria de las mujeres guerreras comenzó con un baño de sangre, horrendo pero necesario… Y justo.

»Poco a poco, esas mujeres concibieron nuevas leyes y un gobierno que favorecía al sexo femenino sobre el masculino. Los niños de pecho que sobrevivieron a la larga noche crecieron bajo otras normas. A partir de entonces serían ellos los que obedecerían a sus madres, hermanas y cónyuges: se les inculcaría el respeto e incluso el temor desde la más tierna infancia. Y a las niñas no se les permitiría la indecisión ni la debilidad: tendrían que ser duras, crueles y astutas; tendrían que sobrevivir aquí recluidas, amparadas por el Laberinto, dentro de un mundo que las odiaría y vilipendiaría, que intentaría destruirlas y humillarlas por todos los medios.

Hay una larga pausa, durante la cual ambos miramos las losas que vuelven a cubrirse de polvo.

—Supongo que esa leyenda se enseña a todas las niñas —sospecho.

—Supones bien. Deben aprender desde el principio de dónde ha

salido todo lo que les rodea y por qué han de comportarse como sus mayores se comportan. —Hace un ademán con una mano, señalando las tablas del suelo—. No podemos ni siquiera permitirnos la posibilidad de que todo eso se repita.

—Se trata de una leyenda.

—Quizás toda la historia de la rebelión y la larga noche de los asesinatos haya surgido de la imaginación popular, o puede tratarse de la exageración de un hecho histórico. —Da una patada suave a las losas grabadas del suelo—. Pero esto es real. Es material sólido, no es humo ni una ilusión. Los dibujos de las losas hablan por sí mismos.

—Dijiste que a las etrianas se les enseña desde jovencitas a practicar la astucia.

—Exacto. Los hombres suelen ser más corpulentos, así que hay dificultades para vencerles en combate cerrado. La trampa y el engaño son armas que equilibran la balanza.

Señalo las losas con un dedo.

—¿No crees que eso puede ser también una astucia?

Su rostro se vuelve inexpresivo y en él se marcan con profundidad las sombras que provoca el candil.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, muy despacio.

—Se me ocurre que las primeras sigras de Etria, o quizás las que les sucedieran, pudieran haber ideado una magnífica estrategia. Quizás ordenaran a sus escribas grabar en secreto estas losas, y muchas más como estas; serían el testimonio perfecto de la maldad intrínseca del hombre para con la mujer, serían una buena excusa, serían la mejor razón para que las etrianas endurecieran sus corazones y jamás sintieran la más mínima piedad hacia los varones que debían obedecerlas a la perfección, so pena de ser castigados o ejecutados.

—¿Acaso crees que la leyenda y el pasado remoto que te he narrado son una fabulación que justifica a las etrianas ante sí mismas?

—Es una posibilidad. Sin embargo, por ahora prefiero creer cuanto me has contado.

Arna entrecierra un ojo.

—Tienes una mente retorcida, sarlio.

—No eres la única que piensa que la astucia es un arma poderosa.

Sonríe, con una diversión perversa.

—Parece típico de los hombres buscar maldad en cada acto de fuerza de las mujeres.

—No creo que seáis más malvadas que los hombres. Creo que ambos, hombres y mujeres, son por igual seres malvados, hipócritas, egoístas, testarudos, vanidosos, cobardes, mezquinos y crueles. Sin embargo, a veces brilla un punto de cordura, valor, honradez y generosidad en medio de todo ese océano de basura que es la especie humana. Quizá esos pocos destellos sean capaces de redimir tanta

oscuridad. O no. ¿Quién lo sabe?

»Por eso, porque pienso que el humano es la alimaña más peligrosa del universo, sospecho de vosotras, etrianas, igual que sospecharía de cualquier hombre.

La sonrisa de Arna se ensancha.

—Nadie diría que eres un gobernante. Más bien pareces un pensador.

—Ambas cosas no son incompatibles.

—No. Desde luego que no. —Su sonrisa se vuelve dura y agridulce—. Valia, nuestra capitana de la Guardia, ya me habló de ti. Dijo que tienes la rara capacidad de sorprender con tus actos y tus palabras, una vez y otra. No andaba errada, pero su criterio en este tema no es objetivo.

—Ella y yo hemos tenido roces de diferente índole; sin embargo, es una mujer de palabra y una compañera valiente y leal.

—También es orgullosa y testaruda. Hay muchas que la odian, aunque no menos de lo que la temen. —Su mirada se agudiza, como si quisiera traspasar mi cráneo. Noto en ella cierta hostilidad intensa e involuntaria—. Lo que me intriga es que se haya enamorado de ti como una chiquilla, ella, que siempre mostró un corazón duro como la piedra.

Me cruzo de brazos.

—Ese es un tema personal de ella que no te atañe.

Su mirada se afila aún más.

—¿Y tú? ¿La quieres? ¿La has engañado y engatusado para poder llegar hasta aquí? Nadie te lo reprocharía, pues tu misión era verme y Valia parecía el modo perfecto.

—No la quiero y no la he usado en ese sentido. Me es igual que me creas o no.

—Así me lo reveló ella cuando le pregunté. También se enojó, como tú, pero debía responder con veracidad a su sigra. Bueno, al menos no la has engañado con falsas promesas. —El tono de su voz se vuelve ominoso y amenazador—. Me desagradaría profundamente si lo hicieras.

—¿A qué viene todo esto? Valia es adulta para tomar sus propias decisiones. ¿Acaso eres su madre?

Me mira con fijeza.

—Sí. Lo soy.

Quedo callado, sin saber qué responder.

Parpadeo y frunzo el ceño.

Al fin, logro hablar:

—No entiendo nada. Siendo hija de la sigra, todos deberían dirigirse hacia Valia como ornai, pero la tratan solo como capitana de la Guardia. ¿Estás jugando conmigo?

—No. Aquí, el cargo o distinción de ornai no se consigue solo por razones de sangre; en Etria, la primogénita de la sigra solo llega a ornai cuando la sigra, o en su defecto una agrupación de altas lideresas de cada casta, le inviste con tal honor. Pero primero debe ganárselo.

—Comprendo. Así pues, Valia aún no se ha ganado tu aprobación oficial como ornai y por tanto solo ejerce funciones de capitana de la Guardia.

—Claro. Por ahora es una buena capitana de la Guardia, pero no más.

—Ella merece el puesto de ornai de Etria. Es la mejor.

—Valia llegará a ser ornai, eso es seguro. Se trata de una muchacha inteligente, valerosa y fiel, pero aún debe aprender unas cuantas lecciones más. Soy exigente y pido mucho antes de conceder semejantes distinciones.

—Supongo que influye el que seas su madre.

Aprieta los labios, como si experimentara enojo.

—No puedo mostrar ningún tipo de favoritismos porque sea hija mía, así que he de exigirle el doble que al resto.

»Valia y yo nos parecemos demasiado como para llevarnos bien. A su edad yo era como ella, así que la entiendo a la perfección. Pero ella no me entiende a mí. A veces creo que me odia, y sin embargo en el fondo nos queremos, aunque no nos soportemos. Los hijos solo comprenden a sus padres cuando ya están lejos de ellos.

—¿Y su padre? —pregunto, con cierto sarcasmo—. Debe ser tu consorte, o tal vez un sirviente. Estando en Etria, supongo que no tendrá voz ni voto en la educación de su hija.

El rostro de Arna parece congelarse, como si hubiera recibido un puñetazo que la hubiera dejado al borde de la inconsciencia y estuviera a punto de desvanecerse. Pero el momento pasa y sus ojos vuelven a enfocarme. Parecen vacíos, pero hay dolor en ellos.

—Su padre está muerto y ella ni siquiera lo conoció.

—¿Quién fue? —pregunto.

—Fue un guerrero que prefirió suicidarse antes que vivir en la esclavitud.

Guardo silencio durante muchos pequeños momentos.

—¿Valia lo sabe?

Arna se transforma y, aunque no cambian sus facciones, parece más pequeña y desgraciada.

—Sí. Se lo conté. Jamás me ha reprochado nada, pero creo que, aun hoy, todavía no me ha perdonado.

Me mira y esboza una sonrisa soñadora y entristecida.

—Parece que a las dos nos gustan los hombres de trato difícil. Debe ser una maldición de familia.

No digo nada, mientras el polvo y la oscuridad continúan durmiendo sobre los viejos libros que nos rodean.

—Arna, si Valia sufre no será por mi deseo ni mi intención, eso te lo aseguro. Eres su madre, pero ella no es ya una niña que puedas tener sujeta a tus faldas.

Se pasa una mano por la frente rugosa, mientras compone su normal expresión de serena dureza.

—Lo sé. Me gustaría no querer protegerla, pero…

Se gira y me encara, mostrando sorpresa.

—No entiendo por qué te he contado todas estas cosas. He desnudado mi mente ante ti y eso no me gusta.

»Eres peligroso. Sabes escuchar.

Sonrío.

—Espero que ese sea el único peligro que ves en mí, sigra etriana.

También sonríe, pero sin calor ni alegría.

—El tiempo lo dirá. —Mira en torno a nosotros, como si la estancia cobrara un respeto casi supersticioso—. No quiero seguir hablando sobre cosas rotas, muertas y cubiertas por el polvo.

»Salgamos de aquí.

Asiento en silencio.

Volvemos sobre nuestros pasos, emergiendo de las profundidades de este cementerio con tumbas de tinta.

Me encuentro ante la puerta del despacho de Valia, capitana de la Guardia, en el Palacio del Poder de Etria. Empujo una batiente de madera y tachas metálicas y la puerta gira sin impedimento.

Paso a un cuarto espacioso, con una gran mesa y cinco pesadas banquetas. Hay estandartes de Etria y de la Guardia sobre altos pies de plomo, colgando inanimados. Las panoplias con diferentes armas brillan en las paredes y los trofeos, medallas y condecoraciones me observan desde las vitrinas y las estanterías con sus ojos de plata, oro y bronce. Las señales del triunfo y la victoria no escasean en esta sala, donde alguien que es campeón en múltiples disciplinas ha de conversar e impartir órdenes a subordinados curtidos y de probado mérito.

Pero hoy no hay aquí ninguna reunión, sino más bien una fiesta particular y solitaria. Los mapas y las tablillas están desparramados por el suelo, como si un brazo furioso los hubiera barrido de la mesa; sobre ella hay ahora botellas vacías o moribundas, barricas, tazas y cuencos, y en la madera se ven charcos negruzcos de vino, cuyo aroma peleón impregna el aire.

Valia está sentada en una de las sillas sin respaldo. Su mano derecha tiene un vaso de cerámica y la izquierda dibuja, con gran cuidado, curvas entrelazadas de vino sobre la mesa. Parece aburrida mientras lleva la bebida a sus labios y toma un nuevo sorbo. Tarda demasiado en abrir del todo los ojos y enfocar su mirada.

—¿Para qué has venido?

A pesar de la borrachera, su voz muestra una firmeza sorprendente.

—Quería despedirme de ti. Mañana temprano saldré de Etria.

Asiente dos veces y vuelve a beber un trago.

—Siéntate, ornai de Sarlia. Toma un cuenco y sírvete. Es un vino excelente para quien desea que el cerebro se le vuelva del revés lo más pronto posible.

—Arna te lo ha dicho.

Abre mucho los ojos.

—¿El qué? ¿Que eres todo un ornai en tu tierra? Sí, ella me lo dijo, esa vieja astuta.

»Pero si no hubiera sido ella, lo habría sabido por boca de cualquier otra. Toda Etria sabe ya que el vagabundo que vino con la capitana de la Guardia era un ornai. Y la muy tonta de Valia, esa idiota que se dejó liar, es la última en saberlo. ¡Tiene gracia!

—No me hubieras creído.

Permanece inmóvil durante un instante. Me señala con el dedo, furiosa y dolorida.

—¡Sí te hubiera creído! ¡Confiaba en ti! ¡Pero me engañaste, no me

dijiste quién eras en realidad! A ti solo te interesaba llegar hasta nuestra sigra y el resto… El resto fue un truco, una estrategia.

—No lo fue, Valia, y lo sabes.

Niega con la cabeza, mirando su propio rostro en el vino.

—Me has usado, ornai, me has ocultado quién eras y lo que querías. Me convertiste en tu amante porque así sería más fácil tenerme como aliada.

—Eso es una estupidez, Valia. No provoqué nada, todo surgió solo. Ningún hombre hubiera podido resistirse y aun así yo lo intenté. No trates de presionarme con eso.

—Siempre tienes una respuesta adecuada —gruñe, con hosquedad —. El gran Dargor de Sarlia… El ornai.

—También tú me has ocultado que eres la hija de la sigra, que eres la ornai de Etria; los dos nos hemos guardado nuestros propios secretos.

—¡Aun no soy ornai —grita, lanzando el vaso al suelo—, así que no tenía por qué decírtelo!

Me mira con ojos enrojecidos, como si estuviera a punto de decir algo más. Pero calla. Toma una botella de barro y bebe del gollete.

Aún de pie, cerca de la puerta entreabierta, paso la mirada sobre los recipientes húmedos de caldo oscuro, tirados sobre la mesa y el suelo.

—¿A qué viene todo esto, Valia? —pregunto—. No es solo porque no te dijera que soy el ornai de Sarlia. Hay más.

—Lo sabes muy bien —contesta, sin mirarme, con un tono que se convierte casi en un susurro desesperado—: Bebo… Bebo porque quiero olvidarte y sacarte de mi cabeza. Pero no lo consigo por más que lo intento. Bebo porque tú para mí lo eres todo y yo para ti no soy nada, y además sé que me olvidarás de inmediato cuando estés de nuevo en tu hogar.

Me mira durante un instante, apretando los labios. Las lágrimas se derraman al fin de sus ojos. Se vuelve con un ademán brusco para que yo no las vea, ya que es una mujer de Etria.

—No bebas más, Valia. Quien dijo que el vino ahoga las penas era un ser cruel y mentiroso; al contrario, tu dolor subirá a la superficie y serás tú quien se vaya abajo. Hazme caso, lo sé por experiencia. Tú no mereces esto.

Se limpia los ojos con las manos.

—Haré lo que me venga en gana —gruñe—. Puedes irte de una vez, Dargor. El espectáculo es patético, no vale la pena quedarse.

—Me gustaría brindar contigo una última vez, Valia.

Me mira, sin entender del todo.

—¿Acaso quieres brindar porque fuimos amantes? ¿Por el amor? ¿Por la pasión?

—No —respondo, con tristeza—. Todo eso no haría más que abrir unas cuantas heridas más. Quiero brindar contigo porque hemos sido camaradas y hemos luchado juntos.

—Entiendo. Si así es como me ves, como una amiga y una compañera, solo eso, puedes marcharte, Dargor. A mí no me gustaría brindar solo por ello.

—Sí, quizás sea mejor que me vaya de una vez por todas.

Me gustaría añadir mil cosas más, pero todas me parecen ahora dolorosas, torpes e inadecuadas.

—Ha sido bueno conocerte, Valia de Etria.

Valia levanta su copa.

—Yo sí brindo por nuestro amor. O al menos, por el mío.

Bebe el trago, sin separar sus ojos tristes y húmedos de mí.

—Fue bueno conocerte, Dargor de Sarlia.

Nos miramos durante varios latidos, hasta que el silencio se vuelve insoportable y siento que una garra helada me oprime el pecho.

Doy la vuelta, salgo de la estancia y cierro con cuidado.

Me alejo, caminando despacio y cabizbajo, por el largo y oscuro pasillo de piedra.

Tal y como dijo Arna, dos guerreras etrianas me escoltan en el vuelo hacia el norte, de regreso a Sarlia.

Estoy desarmado, llevo las manos atadas a la espalda y además una cuerda une mi erco con el de la acompañante más cercana. Mientras planeamos, la otra se adelanta para inspeccionar el terreno bajo nosotros. Solo después de que hemos salido del Laberinto me han quitado el pañuelo que tapaba mi visión.

No está siendo un viaje difícil. Una vez encontrada la cinta verdosa del Amitas la posibilidad de perdernos se ha reducido de manera considerable, pues lo único que debemos hacer es seguir el curso de la gran vena sobre ese inconmensurable antebrazo de tierra. Volamos durante las clepsidras de luz y descansamos en la oscuridad de la noche, bajando hasta lugares recónditos y alejados de cualquier núcleo humano, capaces de ofrecer protección contra las miradas de posibles proscritos, bandidos y mercaderes errantes.

En nuestro viaje sobre el Amitas pasamos por encima de las enormes praderas de Ocrai. Allí, los rebaños de argos parecen manchas oscuras sobre el verdor inacabable, y llevamos cuidado de ganar altura cuando divisamos algún grupo de bárbaros.

Atrás queda la patria de los nómadas y el Amitas sigue su curso, hasta acariciar los puertos de Uriana. Desde las nubes, las ciudades espléndidas parecen construcciones de juguete, con sus pequeñas torres brillando bajo Croaga y sus banderitas ondeando al viento. Por sus calles hormiguean insectos humanos y las barcazas y las almadías me parecen palitos desparramados sobre las aguas.

Pienso en Uraqui, aquel jefe de luchadores de los Juegos de Esclavos de Uriana. Era un hombre atormentado por sus propios códigos, opuestos a los de una ciudad depravada y corrupta. En un gesto que le honró, desobedeció las órdenes de sus superiores y me permitió escapar de la ciudad, tras haber vencido yo sobre el resto de los competidores. Me pregunto si su falta habrá sido descubierta y si sufrirá algún tipo de sanción o castigo; tal vez incluso haya sido ejecutado. Por el contrario, en el caso de que nadie descubriera el favor que le hizo a ese luchador orgulloso de Sarlia, puede que su vida continúe como de costumbre. ¿Encontrará el valor para rebelarse contra unos amos que no respeta y a los que aborrece o seguirá obedeciéndoles?

También recuerdo a su hermano Boro, un proscrito que recorría el Amitas sobre una gran balsa. Allí había erigido su propio territorio, en el cual él era el sigra. Tal vez aún esté capturando otros supervivientes de batallas, como yo, y vendiéndolos para el divertimento de las gentes pudientes. Resulta imposible reconocer su embarcación desde

estas alturas, pues hay demasiadas en el curso del Amitas. Además, ¿qué podría hacer yo? ¿Vengarme? La venganza es dulce cuando se inflige a un hombre libre, pero en el caso del proscrito deja de ser una vindicación y se convierte en el exterminio de una alimaña dañina para la sociedad. Sarlia es más importante para mí que un mísero renegado. Boro seguirá siendo un bandido que juega a ser honorable, hasta que el destino se encargue de él.

También pasamos por encima de Sorgote, otra gran ciudad a las orillas del Amitas. No olvido la noche que la contemplé metido en una jaula, dentro de una triste almadía. Aquella vez tiré con furia estéril de los barrotes, bajo la sombra de sus edificios. Aquel cautivo jamás podría llegar a imaginar que volvería a ver la misma ciudad, pero esta vez bajo sus pies, a muchos tornes de distancia.

Continuamos siguiendo la ruta del Amitas, ahora bordeado por un terreno en el cual la pradera y la llanura van dejando paso a la roca, el bosque, los yermos y por último los campos de cultivo, que dibujan parches marrones y verdes sobre el mantel lejano. Pasamos el nacimiento del Orión, un afluente del Amitas, y continuamos siguiendo la estela de unas aguas cada vez más rápidas y frescas.

Una sonrisa involuntaria me abre el rostro cuando comprendo que ya volamos sobre territorio sarlio… ¡Sarlia! Al distinguir algún poblacho, una cabaña de campesinos, un camino de piedras pulidas, un puente o un refugio para los mercaderes, siento deseos de bajar y besar aquellas pequeñas muestras de civilización de mis compatriotas, las gentes de mi ciudad-estado. Pero las dos etrianas solo bajarán cuando encuentren un lugar seguro, en el que sus ercos no sean descubiertos, y por supuesto no se acercarán a la capital, pues sería demasiado arriesgado para ellas.

Y también para mí. No se me olvida que mi cabeza está puesta a precio. Nigur, el nuevo sigra, no escatimará dinero para obtenerla.

Al fin descubren un monte, a varios sorcoras del río, que parece aceptable para bajar. Es un lugar alto que se levanta entre yermos demasiado ariscos para la agricultura o el pastoreo. Planeamos en círculos, el erco de mi acompañante tira de mi propia montura y ambos descendemos con suavidad. La otra guerrera sigue aún arriba, vigilando por si alguien se acerca.

Las dos criaturas aladas toman tierra sobre el altozano rocoso, bufando y aleteando, hasta que se tranquilizan. Mi escolta abandona su montura, se encarama a la grupa de mi erco y corta las ligaduras de mis muñecas. Baja de un salto.

—Ahora eres libre, hombre de Sarlia —dice, mientras froto mis antebrazos hinchados y doloridos—. Vuelve con los tuyos y recuerda los juramentos que le hiciste a nuestra sigra.

Durante los cinco alagas que ha durado nuestro viaje casi no he

hablado nada con mis dos guardianas. Se mantuvieron distantes, con esa frialdad de las suyas para con los prisioneros masculinos, que en otras circunstancias me hubiera enervado más allá de lo indecible. Pero la vuelta a mi tierra —porque ya he aceptado a este mundo adoptivo como mi auténtico hogar— consigue que olvide su desprecio.

—A partir de ahora deberás resolver solo tus propios problemas. Nosotras nos vamos y nos llevamos el erco.

Asiento con brevedad, sin mirarla. Tampoco yo voy a demostrarle ninguna simpatía. Se han limitado a cumplir su cometido y nada más.

Miro alrededor, estudiando el territorio agreste y boscoso que me rodea. Solo llevo puesta una simple túnica que llega hasta las rodillas, con las mangas cortadas, y anudada a la cintura por una tira de cuero crudo. Mi aspecto es el de un miserable, un vagabundo. En toda Durba a los nómadas se les considera enemigos del estado en que estén, así que debo llevar cuidado a partir de este mismo momento.

Me vuelvo porque la etriana aún no se ha ido. Me mira desde la silla, como si dudara.

—¿Qué ocurre? —pregunto, cortante—. ¿Hay algo más?

En las alturas su compañera sigue haciendo círculos, esperando que suba de una vez por todas para que ambas retornen a Etria.

Mi acompañante se suelta el broche del tahalí que sujeta su corta y curva espada, me la arroja, metida aún en la vaina, y yo la cojo al vuelo.

—La necesitarás, sarlio.

Asiento con una sonrisa, mientras me pongo el tahalí. La espada reposa junto a mi cadera y dejo de sentirme desnudo. Ella también sonríe y creo que, a pesar de que el casco cubre la mitad superior de la cara, no es nada fea.

—Adiós, sarlio. No te deseo suerte, sino astucia y valor.

—Adiós, etriana. Buen retorno.

Me hace un gesto con la mano y tira de las riendas de altura. El erco mueve sus alas, levantando un torbellino de polvo, y sube a los cielos. Mi propia montura, unida a él por la cuerda, le sigue de inmediato. Pronto se unen a la etriana que estaba planeando y las veo alejarse y desaparecer en la lejanía, como dos puntos recortados contra el cielo límpido de la mañana.

Miro en derredor y veo un país que fue casi mío, pero en el cual ahora soy un delincuente cuya cabeza ha sido puesta a precio. Aquí ya no tengo amigos, ni ejército. Estoy solo.

Pero de algún modo sé que llegaré hasta el Palacio del Poder de Etria y recuperaré lo que es mío.

Río por mi locura y el mundo se traga mi carcajada.

La sonrisa se me vuelve cruel y desenvaino la espada de Etria. La admiro, pues es un buen arma, con el peso y el equilibrio necesarios.

—Tú, o algún hermano tuyo —le digo al acero—, tenéis una cita con el cuello del actual sigra de Sarlia. —Miro hacia el norte, me agacho y cojo un puñado de polvo y arenisca—. Quieres mi cabeza, Nigur, pero te juro que seré yo quien tendré la tuya: la agarraré con estos mismos dedos que ahora tienen esta tierra. Mi tierra.

Abro la mano y el viento se lleva el polvo.

Guardo la espada en su vaina y echo a caminar entre las rocas, ladera abajo.

El cazador se agacha y saca su cuchillo de la vaina. Pienso que va a rematar al colario que se revuelve, con el cuello y una pata atrapados en el cordel. Es un animal parecido al conejo terrestre, pero grande como un perro de raza pitbull. A pesar de su corpulencia es una criatura pacífica que se alimenta de hierbas y arbustos.

El cazador está de espaldas a mí. Viste la túnica de los guerreros de Sarlia, pero la lleva sucia y hay desgarros en los bordes de la falda y las mangas. No tiene puestos ni el yelmo ni la coraza; no teme que haya enemigos en las cercanías.

Pero se equivoca, porque continúo arrastrándome poco a poco hacia su espalda, tapado por la maleza. El viento mueve las ramas de los árboles y sopla entre las rocas, ocultando los leves crujidos que provoca mi cuerpo al moverse sobre el suelo. He dejado el tahalí lejos de mí, ya que sus hebillas metálicas harían mucho ruido al rozar contra las piedras, pero conservo en mi mano la espada etriana, metida aún en su funda, llevando cuidado de que no se enganche con ningún tallo de los arbustos.

El guerrero clava su daga en el animal, que sufre las convulsiones de la muerte. No es un explorador, sino un soldado de cuartel, acostumbrado a la batalla campal y no a la guerrilla en terreno abrupto. Eso explica su torpeza. Pude seguir su rastro sin dificultad, entre los montes y sus arboledas; ni siquiera se molestó en limpiar con tierra las manchas de sangre de los animales que capturó. Pero he de reconocer que no es un mal cazador, pues la bolsa de cuero que reposa en el suelo, a un torne de él, se ve abultada.

Sigo acercándome. Su espalda crece ante mí. Empiezo a levantarme. Despacio. Su cuerpo se tensa y comienza a volverse, poniéndose en pie y echando mano de la espada. Ya estoy encima de él, le asesto un revés descendente con la espada envainada, sobre la oreja, y cae al suelo, aturdido. Mi acero sisea al ser desnudado y me inclino sobre él, pinchando su garganta.

—¿Quieres morir? —le pregunto.

Nos miramos en silencio. Tiene los ojos muy abiertos, doloridos por el golpe. La mano que sostiene mi espada es firme como una roca y la ira comienza a abandonarle, vencida por el miedo y luego una fría desesperación. Le traspaso el cráneo con la mirada y comprende que no vacilaré en hundir la hoja, desde la nuez a la nuca.

—Suelta las armas —ordeno.

Obedece. Las aparto despacio, con un pie, sin apartar mi hoja de su garganta. La punta resbala sobre la piel, raspando la barba, dibujando una línea rosada, hasta pinchar la mandíbula. Echa su cabeza hacia atrás, hundiendo la coronilla en la tierra.

—¿Quién eres? —pregunta. El movimiento de su boca provoca un punto de sangre, pero la espada continúa inmóvil.

—¿Dargor o Nigur? —pregunto.

Entrecierra los ojos, comprendiendo.

—El ornai está muerto —dice, haciendo que caiga más sangre por su garganta.

—¿Dargor o Nigur? —repito—. Contesta.

Pincho un poco más y el acero se hunde un poco en la carne, aumentando la hemorragia. Los músculos del rostro se contraen y luego mira hacia el cielo con la serenidad del que sabe que su fin está cercano.

—Dargor —es su respuesta—. Hasta la muerte.

Separo la espada de su cuello y retrocedo un paso. Le acerco las armas con un pie. Se levanta, las mete en sus vainas y se agarra el cuello para detener la hemorragia.

—No es nada, solo un rasguño —le digo—. Sobrevivirás.

—Ya lo sé.

Me mira con recelo, dubitativo.

—No hagas tonterías, guerrero —advierto, aún con la espada en mi diestra—. Estoy contigo. También apoyo a Dargor.

—Supongo que mi vida te pertenece, proscrito.

Algo debe arder en mis ojos, pues casi retrocede un paso.

—No soy un proscrito. ¿Cuántos sois?

—Tu espada es extraña, y también esa túnica que llevas.

—Soy un guerrero como tú, aunque vista ropas inusuales. Dime: ¿cuántos sois?

—Veinte. Somos del cuartel de Arnal, en la región de Sula; no juramos fidelidad al nuevo sigra y por ello tuvimos que huir a los montes. En la capital nos han declarado traidores, pero seguimos fieles a Sarlia en nuestro corazón. Por eso desobedecemos a Nigur.

—Llévame a tu campamento. Quiero hablar con el oficial al mando.

—¿Quién eres tú para darme órdenes?

—Soy el ornai Dargor Atur. Y he vuelto a mi país.

Abre mucho los ojos y su rostro se relaja, hasta que se le abre la boca en un movimiento involuntario. Parpadea muy rápido y luego frunce el ceño.

—Eres un loco, eso es lo que eres.

—Soldado, no me hagas perder el tiempo ni la paciencia. Llévame con tu superior.

Parece a punto de decir algo más, pero se reprime, confuso.

—No sé si eres el ornai o no, pero hay en ti demasiada autoridad como para que seas tan solo un vagabundo. Te llevaré con mi oficial y que él decida.

—Andando —apremio.

Asiente. Guardo mi espada y camino unos pasos tras él, sin dejar de vigilar los montes y las arboledas que nos dan sombra.

El oficial de los veinte renegados tampoco me ha reconocido, ya que está destinado en esta región alejada y solo una o dos veces vio al ornai en persona, hace ya furás, y desde lejos. No obstante, mi rostro —ya he tomado la costumbre de afeitármelo— se parece demasiado al de las monedas de cuño legal con el perfil de Dargor Atur. Duda y no está seguro de mi identidad, así que por el momento prefiere tratarme con cierta deferencia, aunque sin otorgarme el mando de su grupo. Yo le permito llevar las riendas, pues no me serviría de nada indisponerme con alguien que me es leal, precisamente ahora, cuando me encuentro cada vez más cerca de mi objetivo.

Este oficial me ha puesto al corriente de la situación en Sarlia. Su conocimiento es limitado, pues a esta zona sureña y alejada de la capital no todas las noticias consiguen llegar, y las que lo hacen son deformadas según el interés de quien las cuente.

Según sus palabras, cuando el sigra Amáer Atur murió, víctima de un ataque al corazón, Nigur le sucedió de inmediato en el cargo y llevó a cabo una represión sangrienta contra quienes se oponían al cambio de poder. En la gran ciudad se sucedieron los disturbios entre los partidarios y detractores del nuevo sigra y esta situación también se extendió a las zonas rurales, con algunas escaramuzas armadas de importancia, hasta el punto de que en toda Sarlia hay un clima de guerra civil larvada que no acaba de estallar de una vez por todas. Para acrecentar la violencia y la confusión, dentro de cada cuartel también se ha producido la ruptura entre los seguidores de Nigur y quienes se niegan a reconocerle como gobernante. Por supuesto, desde el Palacio del Poder se ha declarado traidor, renegado e incluso proscrito a todo el que no acepte y obedezca al nuevo sigra. Pero eso no ha impedido que muchos guerreros —como estos que me acompañan— hayan dejado sus puestos y se hayan echado al monte, rebelándose contra una autoridad que no respetan.

En toda esta locura hay un punto de luz, pues corren rumores de que en las montañas de Dárlea, a pocos alagas de nuestra posición, se están concentrando rebeldes llegados desde todos los puntos de Sarlia. Allí están sus cuatro generales más importantes: el Cuervo, Sorcán, Tebá y Aldel. Huyeron no hace mucho de la capital, acompañados de sus respectivos contingentes armados, y todo parece apuntar a que desean reunir a todos los descontentos para organizar y liderar alguna especie de revolución.

Ardo en deseos de volver a ver a mis amigos y fieles compañeros de

batalla, incluido el grave Sorcán, que se llevó a la mujer que una vez amé y al que estuve a punto de dar una muerte cobarde y vil, durante la fiesta celebrada la noche anterior a la partida hacia el Paso. Ya no le guardo rencor ni odio. Cuando ocurrió todo aquello yo era un estúpido que vivía en un mundo de ilusiones. Ahora tengo que concentrarme en la realidad ineludible que me espera y le necesito porque es un buen guerrero y un buen líder de guerreros.

El oficial de nuestro grupo de rebeldes se dirigía hacia Dárlea cuando les encontré. Como muchos otros en toda Sarlia, también quiere unirse a los generales insumisos. Hacia ellos nos dirigimos, a marchas forzadas, alcanzando en poco tiempo las primeras faldas de la pequeña cordillera.

Cabe la posibilidad de que la llamada de los cuatro líderes renegados sea falsa y que en Dárlea nos espere un fuerte contingente de leales a Nigur. Sin embargo, se rumorea que la zona está casi tomada por el bando rebelde, así que no es muy probable que un ejército de Nigur haya podido penetrar hasta aquí sin que nos hayan llegado noticias de una gran batalla.

Ahora empezamos a meternos en los primeros barrancos, bajo la sombra de las grandes laderas de piedra que culminan en los picos de Dárlea.

Nuestro explorador vuelve, acompañado de cinco soldados.

—¡Preparad las lanzas! —grita el oficial.

Pero el explorador nos hace señas para que bajemos las armas y al cabo de poco está junto a nosotros, con el rostro colorado y alegre. Le acompañan centinelas colocados en las rocas de las cercanías, que sirven al gran ejército de los cuatro generales rebeldes.

Camino, escoltado por cinco guerreros delante de mí y otros cinco detrás. Llevan antorchas, pues ya es de noche y además las nubes ocultan las estrellas.

Sobre las laderas y la planicie de esta gran meseta brillan centenares de puntitos. Cada uno corresponde a un horno, una lámpara de aceite, una hoguera o un simple hachón. En las tinieblas llego a percibir los incontables bultos perdidos entre sombras, hombres dormidos, cubiertos por una frazada y el escudo, o despiertos, en pie o sentados, charlando, rumiando sus pensamientos de piedra.

A mi izquierda y mi derecha hay muros humanos. Camino a través de un pasillo formado por soldados curiosos que me observan con atención, intentando averiguar si de verdad ese tipo andrajoso que ven es el ornai desaparecido. A pesar de que ordené que nadie dijese una sola palabra, el rumor se ha transmitido y cientos de hombres de este campamento se agolpan para contemplarme.

Nos hallamos en una planicie irregular de piedra, tierra, arboledas abigarradas y masas de arbustos espinosos, en la cima de una gran meseta sobre la que se extiende el campamento rebelde. Hay muchas tiendas, plantadas donde el terreno es lo bastante blando, pero la mayor parte de los soldados tienen el propio suelo como lugar de descanso. Sobre él han puesto su mísero colchón de hojas y ramitas, envuelto por la capa. Calculo que son unos cuatro millares, pero puede haber muchos más guerreros, esparcidos por los barrancos más cercanos, en las cuevas o sobre las altas rocas, llevando a cabo labores de vigilancia. Además, siguen llegando grupos de renegados y la hueste crece sin descanso.

—¡Es él! —grita alguien, entre las gentes de alrededor—. ¡Es el ornai! ¡Le reconozco!

Estalla un barullo de voces que se extiende por doquier. Vuelvo a oír gritos, comentarios exaltados e incluso insultos y maldiciones, fruto de las discusiones entre quienes aseguran que soy Dargor Atur y los que no acaban de creérselo.

Llegamos ante una empalizada redonda que guarda un gran pabellón, un monstruo cuadrado y oscuro, recortado contra el cielo tenebroso.

Un mando sale a recibirnos, acompañado de sus soldados. Todos ellos pertenecen a la Guardia del Ornai y siento un ramalazo de alegría al ver por fin a mis hombres de confianza.

—¿Qué ocurre? —exclama, iracundo—. ¿Qué rumores son esos de que ha vuelto el ornai?

El oficial que me acompaña hace el saludo de rigor.

—Comandante de la Guardia, este hombre dice ser Dargor Atur. De veras que el parecido es asombroso, pero no tenemos la seguridad de que no nos engañe. —Se vuelve y topa con mis ojos; parpadea, sorprendido—. Esta situación es muy extraña, pero no nos atrevemos a despedirle sin más. Pide ver a los cuatro generales.

Ocultas sus facciones por el casco, no puedo ver el rostro del comandante; pero sus movimientos y su voz denotan enojo.

—¿Cómo osa molestar al Cuervo y a los otros líderes con esas patrañas? El ornai murió ahogado en el Amitas. Deja el asunto en mis manos, ¡yo me encargaré de ese loco!

—Te obedezco, comandante —responde el oficial que me custodiaba, con alivio en su voz, pues quiere desembarazarse cuanto antes de mí.

El comandante le aparta casi de un empujón y se me enfrenta, agarrando una antorcha cuya la luz pueda iluminar mis facciones.

—¿Quién te crees que eres para…?

Se queda rígido, helado, convertido en piedra. En el silencio expectante estalla el crujido victorioso de las antorchas.

—Es… —susurra el comandante. Las ranuras del casco me permiten ver el blanco de sus ojos—. Se parece mucho a… No puede ser. ¡No puede ser él!

—Llévame ante los generales, comandante de la guardia —ordeno.

Sufre un temblor y casi se agacha, pero enseguida recobra la compostura. Sonriendo, me doy cuenta de que ha estado a punto de arrodillarse ante mí, de manera automática e involuntaria.

—Tú… —dice, aún perplejo—. Está bien, te llevaré dentro y que los generales decidan.

Cuando empezamos a caminar se rompen las esclusas y a mis espaldas se desencadena una riada de murmullos y comentarios entre dientes.

En el interior hay una enorme sala cuyas paredes y techo son simples lonas. La tienda está sujeta por altas varas de acero, como delgadas columnas. Bajo la luz amarillenta de los candiles y las lámparas de sebo veo una gran mesa sobre la que hay platos con sobras y jarras y copas de barro y latón. Los mapas de pergamino están desenrollados, sujetos sus bordes por el peso de los cascos y las espadas metidas en sus vainas.

—Generales, me he permitido molestaros porque… —empieza a decir el comandante de la guardia.

—Aparta —le digo, empujándole sin mucha suavidad, para meterme de una vez por todas en la estancia.

—¿Qué significa esto? —exclama Tebá, levantándose del escabel que ocupa.

También está allí Aldel, con su larga barba oscura, propia de

cualquier asceta alejado de la civilización; se encuentra de pie junto a la gran mesa, tal vez repasando los mapas. A su derecha está Sorcán, quien también me mira con su rostro de mentón cuadrado. El Cuervo se encuentra algo más lejos, repasando una tablilla de pizarra en la que hay marcas de tiza, un caos de anotaciones numéricas.

Todos se quedan helados, mirándome con los ojos muy abiertos y el rostro cada vez más pálido. Les encuentro más delgados y ojerosos, hay arrugas de cansancio en sus frentes y líneas de tensión en torno a los labios. Parecen haber comido mal y dormido peor durante los últimos alagas.

Pero son hombres con los que he compartido camaradería, alegrías, sinsabores y mucho peligro. Se trata tal vez de los únicos amigos que tengo en este mundo sanguinario. De pronto, siento un nudo en la boca del estómago y noto que mis ojos se llenan de humedad. Aprieto los labios. No me salen las palabras.

—¡Es Dargor! —grita Tebá.

Suelta una carcajada, se lanza hacia mí a grandes saltos y nos abrazamos con fuerza, riendo igual que niños. No me importa que vean mis lágrimas.

Aldel y Sorcán también se acercan y casi apartan de un empujón a Tebá. Sorcán y yo nos abrazamos al fin, olvidando de inmediato todos los sinsabores que ha habido entre los dos.

—¡Maldita sea! —gruñe Aldel, agarrándome con una fuerza atroz por los brazos—. ¿Es que no hay nada que pueda acabar contigo? ¡Te vimos caer al Amitas!

—La mala hierba nunca muere —dice Sorcán, con una gran sonrisa en ese rostro casi siempre serio.

—¡Os lo dije! —aúlla Tebá, señalándome con un dedo acusador—. ¡Os dije que no había muerto! ¡Ese río no tiene cojones para acabar con este malnacido!

—¿Qué hacéis? —grita el Cuervo, con voz iracunda.

Le miramos con sorpresa. El viejo general está envarado. Sus ojos están enrojecidos y le tiemblan los labios; traga saliva y al fin se le caen las lágrimas, rodando sobre esa faz ajada por los sufrimientos y las responsabilidades.

—Antes que nada es vuestro ornai. —Señala el suelo y su rostro se arruga por la furia—. ¿Es que lo habéis olvidado, imbéciles? ¡Arrodillaos y rendidle honores!

Le obedecen de inmediato. El Cuervo se me acerca, lleno de emoción. Planta también una rodilla en tierra, mirando al suelo.

—Perdónanos, ornai. —La voz le tiembla tanto que casi no entiendo lo que dice. Comprendo que su dolor nace sobre todo de la vergüenza—. No supimos protegerte. Pero la mayor culpa es mía. Era yo quien debía velar por ti. Mi vida es tuya si deseas castigarme.

El corazón se me encoge al oírle.

—Levántate, Cuervo.

Le miro a los ojos. Su vida consiste en servir al ornai, esas son sus señas de identidad, hasta el punto de que si falla en su cometido siente que ha perdido la misma razón de su existencia. Le he visto arrostrar muchas situaciones difíciles sin una sola queja, pero ahora parece un niño enorme y desvalido, a punto de derrumbarse entre sollozos. Es una visión tan terrible que se vuelve grotesca. Me mira y de algún modo descubro entre nosotros una conexión que va más allá de las relaciones de camaradería y lealtad; durante un instante tengo la ilusión de que es mi padre o un hermano mayor. Ojalá fuera así.

—No hay nada que perdonar, fiel Cuervo. Estoy orgulloso de tenerte a mi lado, ese es para mí el mayor de los honores.

Le abrazo con fuerza y él me estruja y casi me rompe las costillas.

—Jamás volveré a fallarte, ornai. Lo juro.

—Nunca lo has hecho.

Nos separamos, recobrando la compostura y limpiándonos el rostro.

—Bien, se acabaron las tonterías —digo, carraspeando para modular la voz. Me vuelvo hacia atrás y veo cabezas en la entrada de la tienda, que desaparecen al instante—. Estamos protagonizando una escena patética y parecemos viejas plañideras; vergüenza debería darnos.

—¿Qué te ocurrió, Dargor? —pregunta Tebá—. Te vimos caer al río junto al maldito líder de los alais.

—Es una larga historia y la contaré entera, os lo prometo, pero antes debéis decirme qué ha pasado en Sarlia durante el tiempo en que he faltado.

—¿Qué ha ocurrido aquí, en Sarlia? —Aldel se pasa una mano por el pelo y resopla—. ¡Lo peor!

—Nigur ha tomado el poder y nos ha echado a patadas, eso es lo que ha pasado —contesta Tebá, apretando los dientes—. Pero algún día… ¡Ah, algún día le ajustaremos las cuentas! Caeremos sobre los traidores que le apoyan y los aniquilaremos a…

—Tebá. —Sorcán le mira con aire reprobador—. Dargor ha pedido el pasado, no el futuro. ¿Quieres contárselo tú, Cuervo? Eres el más veterano.

El maduro general se sienta en una banqueta y menea la cabeza. Ya está recuperado de la emoción, pero aún le resulta difícil hablar.

—Habla tú, Sorcán; eres el más recto de todos.

El aludido asiente, toma de la mesa una copa con vino, bebe un trago y se aclara la garganta.

Me informa de manera clara y concisa y apenas hay interrupciones en su relato, salvo alguna exclamación de Tebá que de inmediato es silenciada por el Cuervo o por Aldel. Cuando la historia llega a su fin,

ha pasado al menos una clepsidra.

Según sus palabras, la batalla del Puente Bravo arrojó una victoria de los sarlios; los alais pelearon con bravura inusitada, pero al final nuestros hombres les hicieron retroceder más allá del Amitas, hasta casi exterminarlos, y al final el grueso de la retaguardia enemiga se deshizo en una huida descontrolada hacia el Paso, de vuelta a sus bosques allende las Negai. Nuestros oficiales lograron imponer la disciplina para que los vencedores no les persiguieran. Había centenares de muertos en el terreno anterior y posterior al puente y las laderas que bajaban hasta el Amitas aparecían también salpicadas de cadáveres. A pesar de que las bajas alais casi duplicaban a las nuestras, los sarlios no podían alegrarse por el triunfo: habían muerto unos setecientos integrantes de la Guardia del Ornai y cerca de mil ochocientos soldados regulares. Además, habían perdido al ornai Dargor en las espumosas y rápidas aguas del gran río; su final parecía propio de las leyendas, pues pereció junto a su némesis, el general alai.

Se buscó al ornai durante alagas, pero no hubo resultados positivos, y aunque algunos no querían aceptarlo al final prevaleció la idea de que había muerto.

El peligro de la invasión alai parecía estar erradicado de una vez por todas, pero se mantuvo a la guardia del Paso. Estaba muy mermada tras las dos últimas batallas contra los bárbaros: menos de mil ochocientas lanzas quedaban repartidas entre las cinco Peñas, y en ese cómputo había que meter a los heridos en los combates.

Los setecientos guerreros supervivientes de la Guardia del Ornai volvieron a Sarlia, liderados por el Cuervo y Tebá.

El pueblo llano, que amaba la bravura y el orgullo del joven Dargor, lloró su muerte. También se lamentaron sus partidarios políticos. Incluso Nigur ofreció un pomposo discurso, recordando las virtudes del ornai, y oró en público al Vigilante para que acogiera su alma y la elevara a las alturas. Quien no pareció lamentar la pérdida de Dargor fue su padre; Amáer se limitó a comentar que a todos había de llegarles el momento y que la vida del guerrero era así. Esa noche no canceló la fiesta que ya había preparado en el Palacio del Poder y no dejó de emborracharse ni de yacer con las esclavas solo porque su hijo hubiera fallecido.

A la muerte del ornai le siguió otra, que volvió a conmocionar toda Sarlia.

Una mañana, aproximadamente mientras yo era capturado por Valia en las praderas ocraias más cercanas al Laberinto, el sigra amaneció muerto en su cama, con una mano agarrotada sobre el pecho. Todo parecía indicar que los excesos con la comida y el vino se habían cobrado su tributo de una vez por todas.

Amáer Atur había dejado todos los documentos preparados para la sucesión, como si supiera que podía expirar en cualquier momento. Dado que su único hijo, el ornai Dargor, había muerto en la batalla sobre el puente Bravo, luchando contra los alais, el poder pasaba a manos de su principal consejero, el sumo sacerdote del culto al Vigilante.

En toda esta planificación, así como en la propia muerte del sigra, se veía la mano de Nigur. Los leales a mi causa se negaron de inmediato a reconocerle como su gobernante, pero no había pruebas de ningún crimen y todo parecía legal, así que debía acatarse la voluntad del nuevo sigra, al menos hasta las siguientes elecciones.

Los hechos se sucedieron con una rapidez inusitada, como si no fueran espontáneos, sino la reacción explosiva de rencores y odios incubados desde largo tiempo atrás. Los vencedores de la batalla del Puente Bravo y en general todos los contrarios a Nigur objetaron que aún cabía la remota posibilidad de que yo siguiera con vida; al fin y al cabo, mi cadáver no había sido encontrado y por tanto exigían que Nigur abandonara el cargo hasta que no se esclareciera del todo la suerte del ornai Dargor. Por supuesto, el nuevo sigra se negó a escuchar estas reclamaciones. Para él y los suyos estaba muy claro que nadie podía sobrevivir a la corriente impetuosa del Amitas. Los argumentos comedidos dieron paso a las discusiones tensas y Nigur afirmó que sus opositores solo buscaban echarle del cargo y para ello inventaban todo tipo de excusas inverosímiles.

Lo siguiente fue la violencia: hubo peleas aisladas y escaramuzas en las calles, los jardines e incluso el interior de los edificios. Los partidarios de Nigur y sus contrarios se insultaban y llegaban a las manos, creando un clima de confrontación general que podía estallar de un momento a otro. Parecía que tras estos hechos había también cierta estrategia, pues los más atacados eran los enemigos políticos de Nigur. Hubo quienes denunciaron a los sicarios del Culto como los principales agresores, pero no existían pruebas de ninguna conspiración y por tanto los sospechosos no fueron detenidos.

La inseguridad creció hasta volverse insoportable y llegó el alaga en el que los sarlios solo se atrevían a salir de sus casas armados y en compañía.

Este clima parecía la excusa perfecta para Nigur, que reaccionó con decisión y rapidez —tanta, que quizás ya lo tuviera preparado todo desde tiempo atrás—. Legalmente, hizo detener a determinados altos cargos de todas las castas, acusándolos de alboroto y conspiración contra el Palacio del Poder; y bajo cuerda, continuó enviando a sus matones en las clepsidras de oscuridad, para intimidar e incluso asesinar dentro de sus domicilios a los políticos rebeldes. Declaró un estado temporal de excepción, durante el cual el sigra podría anular

una gran cantidad de libertades públicas recogidas en el Ordenamiento Sarlio. Solo así, decía, volverían el orden y la paz a la patria; y después —también según sus palabras— abandonaría los poderes extraordinarios que con tanto pesar se veía obligado a hacer valer.

La posición del ejército era ambigua, dividido entre su obligada lealtad al nuevo sigra y las sospechas de que hubiera provocado la muerte de su antecesor. Pero los resortes del poder mantenían a los generales paralizados en sus puestos, obedeciendo a Nigur con mayor o menor renuencia.

Por el contrario, la Guardia del Ornai se erigía como el máximo escollo en la consolidación total del poder del sumo sacerdote. Los supervivientes de la batalla del Puente Bravo no querían ni oír hablar del gobierno de Nigur y su presencia en la ciudad incomodaba y sin duda también asustaba al nuevo sigra. Tarde o temprano habría una batalla dentro de los muros de Sarlia, entre ellos y los dos mil sicarios del Culto; entonces, la superioridad numérica podría verse contrarrestada por la calidad de aquellos veteranos curtidos en las últimas campañas del norte. Además, Nigur no debía sentirse del todo seguro respecto al ejército regular: quizás muchos generales se pusieran de parte de la Guardia y las tornas cambiaran. Tan solo los esfuerzos del Cuervo y de Sorcán lograban mantener quietos a los componentes de la Guardia, impidiendo un asalto al Palacio del Poder. Los dos generales aun confiaban en que podrían derrotar políticamente a Nigur, sin necesidad de un baño de sangre.

El sigra tomó la iniciativa de nuevo, con la rapidez y la energía que le caracterizaban, ordenando la disolución de la Guardia entera, a menos que todos y cada uno de sus componentes juraran sobre su sangre obedecerle y servirle hasta la muerte. El Cuervo, Sorcán, Tebá y Aldel se negaron ante lo que consideraban el ultraje supremo y declararon ilegal el poder de Nigur. Nigur no se decidió a mandar de una vez por todas sus fuerzas contra los setecientos desobedientes, sino que les declaró proscritos y les expulsó de la ciudad. Y de inmediato hizo llamar a todas las tropas del país para concentrarlas en la capital y así luchar contra aquellos rebeldes.

La Guardia del Ornai a punto estuvo de intentar el ataque al Palacio del Poder, pero el Cuervo y Sorcán mantuvieron la sangre fría y contuvieron los ánimos; aunque lograran vencer ellos solos a los tres mil soldados regulares de la ciudad y a los dos mil sicarios del Culto, no podrían resistir durante mucho tiempo contra los más de seis mil hombres armados que llegarían a la capital en poco tiempo, provenientes de los diferentes cuarteles de toda Sarlia. Fue una decisión difícil y sin duda incomprendida, pero sus gentes al final les obedecieron y salieron de la ciudad, en dirección al sur, para atraer a

las gentes del campo a su causa y retornar algún alaga, fortalecidos, para ganar la lucha en la capital.

Ya lejos de ella, encontraron menos oposición de la que esperaban. Incluso les sorprendió que tropas enteras se declararan rebeldes a Nigur y buscaran el liderazgo del Cuervo y sus jóvenes allegados, en la ya inminente revolución. Fuera de las murallas de Sarlia, la situación comenzaba a invertirse: en la pradera, el monte y el bosque eran los cuatro generales rebeldes —el Cuervo, Sorcán, Tebá y Aldel— quienes tenían el auténtico poder, y las pocas columnas leales a Nigur evitaban esta fuerza cada vez más grande y casi huían hacia la capital, dentro de cuyos muros estarían más seguros.

Se había formado otro Estado dentro del Estado, ajeno a las leyes del sigra, cuyo centro era este campamento donde ahora estoy.

Toda Sarlia se ha convertido en un mar de rebeldes cuyo poder se concentra en el sur. Al norte, Nigur todavía conserva territorios afines y, por supuesto, la capital.

Siguen llegando tropas insumisas, junto a hordas de civiles que también desean marchar hacia el Palacio del Poder. Si Nigur sospechaba que Sarlia entera se le iba a rendir de buen grado, ha debido llevarse una sorpresa desagradable. Ahora, en el campamento de los cuatro generales hay unas seis mil lanzas.

Pero no se puede subestimar al nuevo sigra. En Sarlia aún tiene el apoyo de cerca de unos seis mil ochocientos hombres armados, entre los sicarios del Culto, los soldados regulares que quedaron tras la marcha de la Guardia del Ornai y las tropas que llegaron desde el Cinturón. Además, las propias murallas de la ciudad son por sí mismas un formidable ejército defensivo.

Lo más alarmante es que Nigur ha retirado las guarniciones de las Peñas del norte. ¿Acaso no comprende que lo único capaz de mantener a los alais más allá del Paso es la presencia de un escudo armado al sur del Amitas? En su afán de protegerse, en su apego miserable al poder, Nigur puede estar condenando al país entero a una nueva invasión, justo cuando ese peligro parecía erradicado por completo.

Todos estos sucesos han ocurrido con una rapidez pasmosa, en menos de veintisiete alagas. Parece como si hubiera una intencionalidad oculta tras ellos, como si los dioses o el destino desearan empujar los acontecimientos hacia alguna especie de prueba o desafío definitivo, en el cual se apostara la victoria o la aniquilación final de Sarlia.

Siento una mano firme en mi hombro y vuelvo la cabeza con energía, como si saliera de un mal sueño.

De nuevo estoy en el pabellón, con mis cuatro fieles generales. El Cuervo está en pie, ante mí.

—Ahora, Dargor, debes contarnos qué te ocurrió después de que cayeras al Amitas.

Asiento, ordenando ideas y recuerdos.

—Llevas razón, viejo amigo. Es lo justo.

Les cuento mis aventuras y viajes sin omitir nada, excepto mi relación tempestuosa y apasionada con Valia de Etria. Todos esperan en silencio hasta que he terminado mi relato. Entonces, Tebá no puede evitar exclamar con enojo:

—Dargor, si no fueras tú me sería imposible creerte… ¡Algún alaga habremos de ajustarle las cuentas a Uriana y a los bárbaros del Mar de Hierbas, por cómo te trataron!

—Olvídalo —respondo—. Yo solo era un extranjero, un vagabundo, y en Durba eso siempre entraña peligros.

El pequeño general menea la cabeza, con los puños en la cintura.

—Sin embargo, ¿cómo has podido liarte en tratos con esas furcias de Etria?

Recuerdo a Valia y siento que la ira hincha los tendones de mi cuello.

—Cuidado con lo que dices, Tebá. Algunas de ellas llegaron a ser buenas compañeras.

Sorcán levanta las cejas y sonríe, enigmático y divertido, pero se abstiene de decir nada.

—Son mujeres, Dargor —interviene Aldel—. Aliarse con ellas es indigno. No deberían luchar. Eso es tarea de hombres.

—Sarlia no necesita a esas malhechoras —afirma el Cuervo, categórico—. Comprendo que hubieras de relacionarte con ellas para sobrevivir en Etria, pero comprometer a Sarlia es otra cosa muy distinta.

Mi ira crece, pero la sofoco.

—Habéis olvidado que su sigra me ayudó cuando podía haber ordenado ejecutarme. Me dejó salir indemne de sus tierras, no por motivos altruistas, claro está, pues ella buscaba las ganancias del pacto. Pero no he de reprocharle nada. Cada uno hace lo que debe por su tierra. Hice un trato y lo cumpliré.

El Cuervo bufa, enfadado, pero calla.

—Escúchame, Dargor. —Tebá me mira a los ojos, como si intentara hacerme comprender algo de claridad diáfana—. Sarlia se rebajaría si empleáramos a esas putas armadas con sus cuchillitos. Seríamos el hazmerreír de Durba entera.

—No son putas con cuchillos —respondo con frialdad—. Son guerreros. Y pueden sernos útiles. En cuanto al resto de Durba, se puede ir al más profundo de los hoyos y que se rían todos hasta que se les salgan las tripas por la boca. Pero no lo harán en mi cara, eso te lo aseguro.

—Nadie emplea a mujeres en la guerra —dice Aldel—. Son, simplemente, incapaces.

—Dargor. —El Cuervo cruza los brazos y hace una mueca desabrida—. Sabes que te respeto y te quiero con toda mi alma, pero creo que esta vez has cometido una estupidez.

Me levanto y les fulmino con la mirada. Se hace el silencio.

—¿Qué demonios es esto? —Mi voz restalla como un látigo—: ¿Quién os creéis vosotros para decirme a mí, a vuestro ornai, lo que debo o no debo hacer? ¿Es que no me habéis jurado obediencia y fidelidad? ¡Escuchadme, imbéciles! ¡Ahora podría estar muerto, clavado en una pica de la torre más alta de Etria! ¡Pero hice un trato y eso me salvó la vida! Juré con sangre… ¡Con sangre! —Mi voz se torna más suave, pero amenazadora—: Si alguien va siquiera a sospechar que dejaré de cumplir ese juramento, prefiero que lo diga en alto para matarle yo mismo, aquí, con mi propia espada.

El silencio se espesa y se retuerce. En mi cabeza truenan los latidos del corazón. No se atreven a mirarme a la cara.

—Sarlia entera va a hacer lo que yo ordene —les digo—, porque hoy soy ornai y mañana seré sigra. Si declaro que somos unos fieles aliados de las etrianas, hasta el último de los guerreros va a ser un fiel aliado de las etrianas, y si tiene que morir cumpliendo ese encargo lo hará sin dudas ni vacilaciones. ¿Entendido?

Asienten, de mala manera.

—No os he oído. ¡Responded a vuestro ornai!

Me contestan de modo afirmativo, en voz alta, sin dudas.

—Muy bien. Espero que no se vuelvan a cuestionar mis órdenes. Todos nosotros somos amigos, pero hay otros lazos aún más fuertes que nos unen y que están por encima de cualquier otra relación personal. Nunca lo olvidéis. —Miro a Sorcán—. Te has mantenido silencioso. ¿Qué opinas del asunto?

Sorcán se apoya en la gran mesa, cruza los brazos sobre el pecho y se encoge de hombros.

—Me he fijado más bien en los aspectos prácticos de la alianza con Etria. Si dejamos aparte el orgullo y la preocupación por mantener las apariencias ante el resto de Durba, hay bastantes ventajas al emplear a esas mujeres en nuestras luchas.

—Yo no las veo —contesta Aldel, enojado.

—Ellas tienen esos animales alados. Como ha expuesto Dargor, serían una unidad exploradora excelente. Además, durante la batalla hostigarían desde lo alto a nuestros enemigos. Y si nosotros nos convertimos en sus aliados ellas también lo serán de nosotros.

Tebá levanta las cejas y compone una expresión de desdén.

—¡Vaya una ventaja, siendo mujeres!

—Escuchad a Sorcán —digo—. Es el primero que ha hablado con la

cabeza. Si deseáis argumentar en contra de mi decisión espero que lo hagáis atendiendo a razones lógicas, no solo por obstinación. Pensad con frialdad y os daréis cuenta de que la amistad con Etria supone más ventajas que inconvenientes.

Sorcán sigue mirando al vacío y parece reflexionar en voz alta:

—Un pueblo amigo en el sur de Durba no es ninguna tontería. Tendríamos siempre un puesto avanzado sarlio en aquellas tierras; nuestras caravanas gozarían de mayor seguridad ante los bandidos y los soldados de las ciudades rivales; y nuestros productos llegarían más lejos. —Sonríe, pensativo—. Estoy seguro de que los mercaderes serán los primeros en aceptar esta alianza.

—Los mercaderes no tienen sentido del honor, ni escrúpulos —suelta Aldel, despectivo—. Solo aman el oro.

Sorcán le responde con tranquilidad:

—No obstante, yo los he conocido osados y enérgicos. Hay que tener un tipo especial de valor para arriesgar todas tus posesiones viajando en una caravana, a través de terreno peligroso. Muchos han empuñado su acero y han derramado sangre. No solo los guerreros tienen coraje, Aldel.

Ahora soy yo el que intervengo:

—Además, no tiene nada de malo amar el oro. Si el dinero no circulara no tendríamos acero para nuestras armas, no habría tela para confeccionar esta tienda, ni vino, ni comida. El dinero es el cemento que mantiene firmes todas las piedras de nuestra sociedad, nos guste o no. El oro es la mejor de las armas, a la larga es más fuerte que todas las espadas juntas. Puedes aceptarlo y adaptarte a ello o puedes vivir como un necio, en un mundo infantil.

—¡Con la fuerza se puede conseguir cuanto desees, si hay decisión! —casi grita Tebá, levantando el puño derecho—. ¡Dadme una piedra o un palo, de faltar las espadas, y conquistaré suficientes riquezas para todos vosotros!

—Hablas como un argo o un dulo que hociqueara en el lodo —interviene el Cuervo, con aspecto cansado—. Pero estamos divagando como si fuéramos pensadores, y no lo somos. Si el ornai ha dicho que debemos tratar en el futuro con Etria, así se hará y no hay más que añadir.

»Ahora, hemos de seguir haciendo planes.

—Por supuesto —respondo—. Hemos de preparar nuestro viaje al norte. Debemos recuperar Sarlia.

Durante el viaje hacia la capital seguimos siendo testigos de la locura que impera en toda Sarlia.

Dentro de cada villa y aldea los odios y rencores reprimidos en la paz han explotado con la excusa de la contienda entre los leales al sigra Nigur y los rebeldes, o *niguristas* y *dargorianos*, como algunos los llaman. El vacío de autoridades capaces de imponer la ley ha favorecido la violencia descontrolada. Vemos granjas quemadas y destruidas, haciendas sometidas al pillaje de los bandidos y los esclavos fugados, tierras sin labrar y hombres ahorcados en las encrucijadas de caminos.

Pero nuestro ejército es como una marea que arrastra y deshace el caos. En las aldeas donde nadie se atrevía siquiera a salir de las casas se nos recibe con los brazos abiertos. El pueblo llano siempre quiso al impetuoso ornai y la noticia de mi vuelta ha provocado el fervor popular.

De hecho, no paran de unirse a nuestra fuerza hombres dispuestos para la lucha, en muchas ocasiones acompañados de sus mujeres, hijos y esclavos. Parecemos un pueblo nómada que buscara un terreno donde asentarse, más que un ejército preparado para la batalla. A pesar del interés que demuestran todos esos civiles, en su mayoría campesinos, sé que no servirían de mucho a la hora de pelear. Es más útil un solo hombre entrenado que cinco sin adiestramiento; las gentes que no están acostumbradas a manejar una lanza y un escudo, ni a resistir o maniobrar dentro de un bloque ordenado, estorbarían e incluso podrían provocar la derrota. Por eso, solo cuento como utilizables los cerca de seis mil soldados armados que me acompañan.

No solo los civiles llevan acompañantes, pues muchos guerreros se trajeron sus esposas y queridas al abandonar sus cuarteles y poblaciones.

Uno de ellos es Sorcán. La misma noche en que llegué al campamento, y en un momento de descanso entre planes y mapas, se me acercó. El resto dormían en sus banquetas e incluso en el suelo.

Sorcán me miró a los ojos.

—Irla está conmigo, aquí, en el campamento. —Noté que me estudiaba, buscando algún signo extraño, pero me limité a seguir callado, con una sonrisa agridulce y cansada—. Dargor, sé lo que sentías por ella, así que quizá no desees verla. Puedo decirle que me espere lejos de aquí, en un lugar tranquilo, hasta que vaya a buscarla cuando acabe todo.

—Cuando acabe todo.

—Así es.

—Ahora ella es libre, así que puede hacer lo que le dé la gana.

Noté cierto enojo en su rostro, pero se mezclaba con la tristeza. Quizás pensó que aún deseaba competir por ella, así que le di una fuerte palmada en el hombro.

—No hace falta que le digas que se vaya, Sorcán. Su presencia no me incomoda.

Ladeó un poco la cabeza, inseguro.

—¿De veras?

—De veras. Lo que ocurrió… Bueno, Irla no supone ya nada para mí, salvo una serie de malos recuerdos que prefiero olvidar. No iré en su busca. Además, ella te prefirió a ti.

Sonrió con la mitad de la boca.

—Debe reconocerse entonces que no tiene mal gusto.

Le di un empujón que le hizo retroceder un paso y le señalé con el índice, sonriendo yo también.

—No te burles, soldado —bromeé—. ¿Dónde está el respeto que se le debe al ornai?

—Creo que lo vendí para comprar vino.

—Entonces es justo que le des a tu señor parte de ese vino.

—Hecho.

Tomamos una copa, bromeamos un poco más para quitarnos el sueño de encima y gastamos un par de jugarretas a Tebá, que ya roncaba, tirado en el suelo.

Desde entonces, no hemos vuelto a tocar el tema. Sorcán no ha enviado lejos a Irla, cierto, pero se ha preocupado de mantenerla fuera de mi vista. Es astuto, el muy bastardo. Tal vez no se fíe de mi desinterés por esa mujer o quizás quiera ahorrarme esas imágenes que yo desearía poder olvidar. De cualquier modo, ya no temo volver a encontrarme con ella. Irla pertenece a un pasado triste y estúpido.

Mi mente está puesta en Sarlia.

Al séptimo alaga de camino, llegamos a la gran llanura de campos de cultivo y pastoreo que rodean la capital. Aún está demasiado lejos como para ser otra cosa que un punto en la distancia, pero de todos modos siento que mi pecho se llena de emoción.

Otro tipo de sentimiento me embarga y sobrecoge cuando veo la mota inmóvil del cielo que es la Roca del Vigilante. Había olvidado la maravilla inmutable, el temor persistente que supone su presencia… Y a todo ello se le une una furia silenciosa. Aunque consiga librar a Sarlia de Nigur, nunca podré apartar esa sombra ominosa, esa incógnita perpetua que es el Vigilante.

Los miles de guerreros y civiles que van tras de mí cantan y hablan a gritos; hay un ambiente de alegría porque hemos llegado —y sin encontrar oposición alguna— al centro de la patria.

Pero también hay angustia y nerviosismo: la lucha por el control de

la urbe aún está por llegar.

A media mañana ocurre un hecho que trastoca todos nuestros planes: los batidores y los exploradores que siempre nos anteceden retornan acompañados de unos cien guerreros.

La Guardia del Ornai se apresura a rodearme y envío varios cuadros de hombres para escoltar a los que llegan. La embajada está compuesta de soldados regulares de Sarlia y llevan una bandera de paz.

Me sorprendo al reconocer a su líder: Urbá, el general máximo de las fuerzas del Cinturón, que intervino en las dos batallas contra los alais, unos cincuenta alagas atrás. En su rostro lleno de arrugas de responsabilidad y de pesares no hay frialdad, sino emoción. Los ojos se le abren mucho al mirarme y se arrodilla ante mí. Sus cien guerreros le imitan. En el silencio de la llanura solo puede oírse el viento pasando entre las lanzas y los escudos.

—Levántate, Urbá —ordeno—. Di a tu gentes que descansen. E infórmame de lo que ocurre en Sarlia.

El viejo general se pone en pie. Mira hacia el Cuervo, que le sonríe, y a Tebá, que también estuvo en las dos batallas contra los alais.

—Mi señor, en la ciudad corría el rumor de que habías regresado, pero no nos atrevíamos a creerlo.

—Ven conmigo; ordenaré que alcen el pabellón y podremos hablar ante una jarra de vino crudo.

—No hay tiempo, ornai.

—¿Qué ocurre? ¿Se cierne algún desastre sobre la ciudad?

—No. Sarlia es tuya. Se rinde a tus pies.

Siento que podría gritar de alegría, pero la expresión de sus ojos me avisa de que aún faltan las malas noticias.

—¡Cuéntanos de una vez, Urbá! —urge el Cuervo.

También se nos han acercado Tebá, Sorcán y Aldel. Los seis nos apartamos de las tropas para hablar en un lugar despejado; elegimos una pequeña hondonada, rodeada de rocas y de guardias del Ornai.

Urbá se pasa la mano por los cabellos blanquecinos.

—Señor, he sido enviado para decirte que toda Sarlia celebra tu llegada. El poder de Nigur ha caído.

—¿Ha muerto?

—No. Se metió en el Palacio del Poder, junto a mil de sus sicarios del Culto, y allí se ha hecho fuerte. Tiene alimentos y agua en abundancia y puede resistir durante bastante tiempo… Pero al final caerá.

Recuerdo que el Palacio del Poder fue diseñado como una fortaleza casi inexpugnable, para el caso de que algún alaga desgraciado la ciudad fuera sometida por un invasor. Dentro del último reducto el sigra y sus fieles podrían resistir hasta la muerte, o bien hasta que

llegaran refuerzos en su ayuda.

—Urbá, dinos qué ocurrió cuando nosotros nos fuimos —apremia el Cuervo.

—Amigo mío, hasta el Cinturón llegaron órdenes de abandonar las Peñas e ir a la capital, pues el nuevo sigra nos necesitaba. Dejar indefenso el Escudo del Norte era una locura y hubo muchos que propusieron negarse y convertirse en proscritos como vosotros, pero al final ganó la disciplina. Debíamos obedecer, así que abandonamos nuestras fortalezas con gran pesar y marchamos hacia el sur.

»Cuando llegamos a Sarlia, la Guardia del Ornai y los cuatro generales rebeldes ya os habíais marchado. Contándonos a los recién venidos, en la capital había unos tres mil guerreros.

»Pero la situación se había vuelto imposible. Nigur pensaba que vuestro ejemplo podía cundir en determinados altos mandos, así que ordenó su detención; tuviera o no motivos justificados, provocó otra rebelión dentro del ejército en la capital y una lucha encarnizada entre los seguidores de unos y otros.

»Además, los sicarios del Culto se habían convertido en una turbamulta de malhechores que, al amparo del sigra, robaban, vejaban y mataban sin freno. Las calles eran un campo de batalla en el cual cada esquina podía esconder a un enemigo agazapado.

»La mayor parte de los guerreros decidimos que Nigur no podía o no quería encauzar la situación, así que le exigimos que abandonara el cargo. Su respuesta fue reunir de inmediato a sus leales y refugiarse en el Palacio del Poder, dispuesto a resistir hasta el final. No le quedaban ya muchos partidarios, puesto que al menos la mitad de sus matones murieron antes de que se cerraran las puertas del palacio; fueron los ciudadanos sarlios, el pueblo llano, quienes con más saña trataron a los sicarios del Culto; nosotros intentamos arrancárselos a la muchedumbre, pero la mayor parte de los sacerdotes fueron ahorcados o incluso despedazados, en pago por todos los desmanes que cometieron.

»Nigur sigue siendo el sigra. Ocupa el trono. Pero ya no tiene país que gobernar.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara tan larga? —pregunta Aldel—. No tenemos más que ir hasta el Palacio del Poder y cercarlo. Tarde o temprano se rendirán, o bien conseguiremos entrar y ejecutarlos a todos.

Urbá esboza una sonrisa cansada y amarga.

—¿Qué ocurre, general? —pregunta Sorcán, con los brazos cruzados.

—Ayer, Nigur envió a un emisario para contactar con los sitiadores del Palacio del Poder —contesta—. Nos ofreció la vida a cambio de que nos rindiéramos y le jurásemos fidelidad.

—¡Qué desfachatez! —exclama Tebá—. Rodeado por enemigos que le superan en número, no está en condiciones de negociar nada con nadie.

—Cállate —le recrimino—. Nigur no es ningún necio. Sigue contando, Urbá.

—En efecto, señor mío, como tú mismo has dicho, no es ningún necio. Nos ha revelado que cuando la Guardia del Ornai se marchó de la ciudad, envió una embajada secreta a las Negai.

—¿Embajada secreta? —se extraña Aldel—. ¿A las Negai?

Abro mucho los ojos.

—Los alais —susurro.

Urbá asiente, apesadumbrado y colérico.

—Nos contó que esos embajadores debían contactar con ciertos líderes de las hordas bárbaras, más allá del Paso. El mensaje que tenían que entregarles era el siguiente: iba a retirar las tropas del Cinturón, así que tendrían vía libre hasta la capital. Una vez que el ejército bárbaro la haya conquistado se convertirá en ejército federado de Sarlia. Nigur quiere convertirlos en su nueva guardia personal. Con ella, espera meter en cintura a todos los militares sarlios rebeldes.

El Cuervo levanta una mano y frunce el ceño.

—¡Aguarda un momento! ¡No entiendo nada! ¿Cómo sabe Nigur que los bárbaros aceptarán su propuesta? Lo más probable es que los alais hagan trizas a esos emisarios que ha enviado más allá del Paso. Ni siquiera les escucharán. Y por supuesto, no admitirían jamás un líder que no sea de los suyos.

—Nigur asegura que el ejército bárbaro llegará hasta la ciudad y que se pondrá bajo sus órdenes. Entonces, con esa gran fuerza armada, exterminará a todos los generales sarlios rebeldes. Por tanto, tenemos que dejarle salir del Palacio del Poder y aceptar todas sus condiciones si queremos conservar la vida en el futuro.

—Toda esa historia me parece una patraña —dice Aldel, despectivo—. Nigur pretende meteros el miedo en el cuerpo para que le soltéis. ¡Un sarlio dirigiendo a los alais! ¡Tiene gracia!

—No la tiene —responde Urbá, tan serio como un cadáver—. Ha llegado hoy un informe desde el norte: un gigantesco ejército bárbaro ha cruzado el Paso y el Amitas y ya se encuentra a la altura del Cinturón. Sigue internándose en Sarlia y su objetivo es la capital.

Guardamos silencio, dejando que el tenue silbido del viento vuelva a reinar sobre nuestra hondonada.

—No tiene sentido. —El Cuervo niega con la cabeza—. El líder supremo de los alais murió en la batalla sobre el Puente Bravo. Todos vimos cómo caía al río, junto a Dargor. Si él está muerto la unión de los bárbaros es imposible.

Tebá se vuelve hacia mí.

—¿Y si hubiera logrado salir con vida del Amitas?

—No —contesto—. Le vi irse al fondo. Ha de estar aún allí, si es que todavía no lo han devorado los peces.

De pronto, siento que el corazón se olvida de latir una vez en mi pecho. El vello se me pone de punta. Noto que Sorcán mira con los ojos muy abiertos el suelo. A los dos se nos ha ocurrido la misma y pavorosa idea.

—Hemos sido unos necios durante todo este tiempo —susurro.

—¿A qué te refieres, ornai? —pregunta Urbá.

Sonrío sin alegría y me paso una mano por la cabeza.

—¿Os acordáis de aquella conversación en Peñanegra, antes de la primera batalla contra los alais? Estábamos los cuatro; —les miro mientras voy nombrándolos—: Urbá, Cuervo, Tebá, yo…, y Quiro, que murió con honor cuando nos enfrentamos a los bárbaros.

El Cuervo y Tebá nada dicen acerca del auténtico final de nuestro compañero. Es un secreto que los tres nos llevaremos a la tumba.

—Lo recuerdo, señor —dice Urbá.

—Allí, especulamos sobre cómo debía ser el líder de los alais: un sujeto ambicioso, inteligente, con miras muy altas; un enemigo formidable.

—Y en efecto lo fue. —Tebá asiente, cruzado de brazos—. Pero murió, ahogado en el Amitas.

—No. Ese era solo un subordinado, quizás un general, pero no el sigra de todos los bárbaros.

—¿Y quién…?

—Nigur —responde Sorcán, con voz átona.

—Así es —apoyo.

—Imposible —contesta Aldel—. Un sarlio dirigiendo a los alais parece…

—¿Cómo puedes explicar entonces que haya mandado emisarios más allá del Paso y que los bárbaros no los hayan despedazado? —le interrumpo—. ¿Cómo es posible que hayan aceptado precisamente ahora su propuesta de ayudarle?

—Bueno, todavía no conocemos…

—Nigur ya debe haber enviado otras embajadas en el pasado. ¿Cuántas? ¿Quién lo sabe? Solo él. Desde el principio, y sin moverse de Sarlia, ha dirigido el alzamiento de los alais. ¿Es que no lo veis? ¡Siempre ha sido él!

»Sabía que iban a atacar y cuándo iban a hacerlo, y por eso el sigra Amáer Atur, sin duda por consejo de Nigur, nos ordenó ir hasta el Cinturón. Quería que los bárbaros me mataran. Pero no contó con que nosotros forzaríamos la lucha cuando aún no estaban del todo preparados y que acabaríamos tan rápido con su general.

»Prestad atención: si el gran guerrero bárbaro hubiera sido el

auténtico líder, ¿cómo se explica que al alaga siguiente de su primera derrota nos plantaran cara de nuevo? Ello se debe a que otros superiores seguían dándole las órdenes… Los enviados de Nigur, quizá sacerdotes del Culto o agentes alais que trabajan para él.

»Volvamos a la misma suposición: si ese gran guerrero hubiera sido el auténtico y definitivo líder, ¿por qué ahora han vuelto a alzarse? ¿Cómo ha logrado cohesionarse de nuevo el cuerpo, si el cerebro está muerto?

»No, el cerebro sigue vivo y opera desde nuestra propia ciudad, Sarlia. Nigur es la mente maestra tras este movimiento organizado de los bárbaros. Solo un extranjero podría mirar por encima de sus rencillas locales y encontrar la manera de unir a las diferentes tribus.

»Ahora ha vuelto a ordenarles agruparse para llevar a cabo otra invasión de nuestra tierra. Debió entender que no podría manejar con soltura esta situación si no tenía a mano una fuerza de choque capaz de ser lanzada contra nosotros, los rebeldes.

Urbá levanta las cejas y abre mucho los ojos, escandalizado.

—¡Lo que dices resulta espantoso! Sería la mayor traición que un sarlio podría hacer a su propia tierra: provocar una invasión de los bárbaros, nuestros enemigos ancestrales.

Sorcán interviene:

—Me da la impresión de que Nigur reserva todo su patriotismo para su propia Sarlia, una en la que gobierne él, cueste lo que cueste.

El Cuervo se toca la frente con los dedos, como si quisiera alisar las profundas arrugas de preocupación.

—Si todo ello es cierto…

—Lo es —afirmo—. Estoy seguro.

—Está bien. Entonces, debe haber prometido a los alais grandes recompensas. Los bárbaros arrasaran toda Sarlia, pero… ¿podrá después contenerlos? ¿Cómo los controlará?

Aldel sonríe con cinismo mientras se frota la barba.

—Para Nigur esa es una preocupación secundaria. La principal ahora es detenernos y aniquilarnos antes de que clavemos su cabeza en una pica. Después, ya buscará la forma de llevar a los bárbaros a su redil.

—¿Creéis que el sigra Amáer Atur también estaba implicado en estas supuestas alianzas secretas con los alais?

Todos miramos al Cuervo, digiriendo su pregunta. Nadie quiere responder, ya que al fin y al cabo hablan de mi padre. Soy yo quien ha de contestar:

—Me gustaría decir que no tuvo nada que ver en ello, pero no me atrevo a asegurarlo. Hablando claro, era un muñeco en manos de Nigur, quien podría haberle convencido para hacer cualquier cosa.

—Deberíamos entrar en Sarlia y tomar el Palacio del Poder cuanto

antes —afirma Tebá—. Hay que matar a Nigur para que no cause más problemas.

—No —respondo—. Entrar en Sarlia y asediar el Palacio del Poder nos llevaría unos alagas que necesitamos para atender otras tareas más importantes.

—Hay que enfrentarse cuanto antes a los bárbaros —dice Sorcán—. Ya están en Sarlia y cada vez se acercan más a la capital. Su presencia en nuestra tierra, aparte de una mancha y una blasfemia, es un peligro demasiado grande, un precedente que otros alais recordarían en el futuro y que tal vez tratarían de repetir.

—Urbá. —El viejo general me mira, esperando mi pregunta—. ¿Quién gobierna ahora en la ciudad? Me refiero al poder real, no a Nigur.

—Hay una junta de vocales, todos contrarios al sumo sacerdote. Está liderada por Orblad, el líder de los pensadores.

Recuerdo a ese viejo ciego con el que discutí, en la Casa del Pensamiento. Es un hombre tenaz y astuto, aferrado a una ideología implacable.

—Le creo capaz de formar una milicia con los civiles que pueda impedir a Nigur y los suyos escapar del Palacio del Poder.

—No te equivocas, ornai. Ese viejo es un hueso duro de roer.

—Lo más conveniente es que sean los propios ciudadanos quienes tomen las armas para vigilar al sumo sacerdote —digo—, porque hoy vas a volver a la capital, Urbá, reunirás a todos los guerreros que aún están dentro de las murallas y nos los traerás. Los necesitamos para salir en busca del ejército bárbaro y hacerle frente.

—¿Y si les esperásemos dentro de la propia Sarlia? Les sería muy difícil tomar por asedio la ciudad.

—Eso es una locura, Aldel —contesta Sorcán—. Los bárbaros podrían mantenerse quietos cerca de la urbe, hasta que llegaran más refuerzos; o bien podrían esquivarla y se extenderían por todo el país, saqueándolo y arrasándolo. Como Dargor, opino que lo mejor es buscarlos lo antes posible, forzar una gran batalla y acabar con ellos. Después, volveríamos a la ciudad para arreglar cuentas con Nigur.

—Queda por saber la magnitud de ese nuevo ejército —objeta Urbá.

—Mandaremos exploradores para averiguarlo. —Froto con fuerza los nudillos de una mano contra la palma de la otra—. Además, en el pasado siempre hemos vencido a los alais. Si no perdemos la sangre fría y la fe en nuestra superioridad lo conseguiremos otra vez. Nos jugamos el destino de toda Sarlia. No podemos fallar y no fallaremos.

Hemos dejado atrás la capital, hasta perderla de vista. Ni siquiera tuvimos tiempo de entrar en ella; no hemos gozado otra vez con la vista de sus plazas y avenidas y tampoco se ha organizado ningún desfile triunfal en nuestro honor. No hay tiempo. La amenaza del ejército alai nos ha hurtado ese placer y volvemos la cabeza hacia nuestro nuevo objetivo, hacia el norte, con un sabor amargo en la garganta.

Atendiendo a mis órdenes, los ciudadanos de la capital han debido organizarse ya en milicias armadas, cuyo único cometido es impedir que Nigur escape del Palacio del Poder. Deben mantener las posiciones, sin intentar invadir esa pequeña fortaleza; en el frenesí de la lucha podrían darle muerte a Nigur y esa es una satisfacción que me reservo para mí. Deseo verle morir ante mis ojos. Pero a pesar de que todo parece controlado en la gran urbe, siento una angustia que trato de apaciguar, latido a latido. Nigur es demasiado astuto y hábil. ¿Encontrará algún modo de volver las tornas y recuperar el poder en Sarlia, aprovechando que ya no quedan guerreros en la ciudad? Espero que no, pero no apostaría fuerte por ello.

Marchamos al norte con paso firme. Los exploradores y batidores han informado de una gran muchedumbre de bárbaros que arrasa las aldeas y villorrios, ya vacíos, que encuentran a su paso. Según los informes más fiables, son unos trece mil. Se trata de la fuerza armada alai más grande jamás conocida. Con su increíble capacidad para dominar a las gentes, Nigur ha echado el resto. De algún modo, sus emisarios han convencido a los caudillos bárbaros para unirse de una vez por todas y jugarse la partida entera en esta última baza.

Pero conmigo marchan todos los guerreros de Sarlia. Al ejército de los cuatro generales rebeldes se han sumado las tropas de la capital, incluidas las guarniciones que Nigur ordenó hacer venir desde el ahora abandonado Cinturón. Solo nos faltan dos centenares para llegar a las once mil lanzas.

La que se avecina será sin duda una de las batallas más decisivas de toda la historia de Sarlia. Quizá se trate de la contienda suprema, ya que si mi ejército pierde el camino quedará libre para los alais. Llegarán a la capital y, bajo el mando de Nigur o a su libre albedrío, nada volverá a ser lo mismo en esta tierra.

El solo hecho de pensar que los bárbaros puedan entrar en las calles de Sarlia me revuelve las tripas. A mis gentes les pasa lo mismo, así que la moral y el ánimo están altos y hay un clima generalizado de ganas de lucha. Los alais y los sarlios siempre se han odiado, pero hasta ahora nuestros enemigos jamás habían osado bajar más allá del Cinturón. Los guerreros civilizados quieren quitarse esta espina y

vengar la afrenta con sangre, con la completa aniquilación del enemigo. Las hordas salvajes son una mancha en el tapiz de Sarlia y nos sentimos en la obligación de limpiarla lo antes posible.

En el quinto alaga de viaje encontramos un lugar que nos parece adecuado para la lucha. Se trata de una zona llana y extensa, alejada de montes y altozanos, y libre de bosques. Se la conoce como el Llano de Oriolea.

Estas son tierras de pastos, en las que apacientan los rebaños de argos. Ahora, las granjas de los ganaderos están vacías porque sus dueños hace muchos alagas que se marcharon hacia el sur con sus familias, llevándose sus reses, buscando la protección que suponen las murallas de la capital. Todo el norte de Sarlia ha protagonizado un éxodo veloz hacia el sur en cuanto se tuvieron noticias de la venida de los bárbaros. Los que no hayan escapado a tiempo serán ya esclavos de los invasores, o simples cadáveres.

Las llanuras de Oriolea terminan hacia el norte en una línea de montes boscosos, que doblan después hacia el este, hasta menguar más y más y desaparecer por fin, engullidos por la línea del horizonte. Hacia el sur el pasto continúa más allá de donde nuestra vista puede alcanzar, transformándose después en el paisaje de cuadros de diferentes tonalidades, propio de las tierras de labranza.

El lugar donde nos hemos detenido es una gran extensión casi por completo horizontal, lo cual nos favorece, pues en terreno abrupto y ondulado la capacidad de maniobra de los cuadros de infantería pesada es baja. Basamos nuestra ventaja en una línea de bloques humanos contra la que los alais se estrellarán, buscando abrirla. Las hierbas que pisamos son bajas, así que no dificultan la visión ni el avance a pie. Si los enemigos aceptan dar batalla en este mismo prado, en los furás sucesivos los pastos han de crecer rojos, por la mucha sangre que la tierra de Oriolea va a beber.

Los batidores llegan con noticias sobre los bárbaros: continúan avanzando, ahora directamente hacia nosotros. A veces, los vigías descubren en la lejanía un grupo reducido de cuatro o cinco alais que se esfuman de inmediato, los exploradores del ejército bárbaro, también espiando nuestros movimientos. No ordeno su persecución, pues quiero que informen a sus mandos de que nos hemos detenido para esperarles. Estoy seguro de que no rechazarán el desafío. Los alais pueden ser desorganizados e indisciplinados, pero no debe uno equivocarse con ellos: están acostumbrados a combatir, ya sea entre ellos mismos o contra nosotros. Lucharán.

En la tarde de este quinto alaga mis generales y yo hablamos, como de costumbre, sobre las posibles estrategias a seguir, intentando dilucidar cómo será el curso siempre escurridizo y cambiante de la contienda. Estamos al raso, bajo un cielo despejado en el cual Croaga

brilla con alegría. La brisa mece con suavidad la hierba. Toda esta paz natural no puede deshacer el nudo de tensión que la espera provoca en la muchedumbre armada.

—¿Qué es eso de allí arriba? —señala Tebá, sentado sobre una enorme roca.

Todos nos levantamos de pronto y miramos hacia donde su índice señala. Muchos otros hombres se ponen en pie, primero a decenas, luego a cientos. Siento que el corazón se me dispara.

—Parecen puntos. —El Cuervo abre mucho los ojos, consternado—. Trazan círculos sobre nosotros.

—¿Qué locura es esta? —gime Aldel—. ¿Es brujería? ¿Monstruos?

—¡Rápido! —grito—. Ordenad abrir un claro entre los batallones y que pongan en el centro a un hombre con una bandera blanca.

—¿Por qué? —pregunta Urbá, extrañado.

—Hay que hacerles ver que somos amigos suyos y que no les deseamos ningún mal. ¡Deben bajar hasta aquí!

—¿Nos dirás de una vez de qué cuernos estás hablando? —pregunta Sorcán.

Le agarro de los brazos, sonriendo y volviéndome después hacia aquella bandada lejana y numerosa que traza círculos en los cielos.

—Son jinetes capaces de surcar las alturas sobre sus monturas aladas… ¡Son las guerreras de Etria!

Doy órdenes estrictas de formar un círculo de muchas decenas de tornes de diámetro. Dentro no puede haber grupos armados y los observadores de la periferia tienen prohibido desenvainar sus espadas o levantar las lanzas, a menos que yo se lo mande. Ellos nunca han visto a un erco, así que su reacción más lógica será huir de estas enormes criaturas aladas o intentar abatirlas. Todo se lleva a cabo con rapidez y, a pesar de las protestas airadas de mis amigos, soy yo quien acompaña al hombre que maneja la bandera blanca.

La hace ondear con energía y al cabo de poco los primeros jinetes del aire bajan, trazando círculos cada vez más cercanos al suelo. Me planto en el centro de este claro en el bosque de cascos y puntas de lanza, pues quiero que reconozcan mi rostro, si es que alguna de ellas me llegó a ver durante mi corta estancia en Etria.

Cuando aterriza el primer erco estalla una ola de rumores entre los guerreros de Sarlia. Pero obedecen las órdenes y siguen quietos, a pesar de su asombro. En cambio, yo siento una inmensa alegría al ver de nuevo estas criaturas aladas, y siento la tentación salvaje de volver a montar una y subir hasta el reino de las nubes.

Son cinco jinetes y llevan puesta la armadura ligera, el casco y la túnica de la Guardia de Etria. Permanecen quietas sobre sus monturas,

que berrean y mueven las alas, con las garras sobre el suelo. Miran alrededor altivas, pero sé que están tan sorprendidas como mis propios hombres por toda esta situación. Las miro con cuidado, pero no encuentro a la que busco, lo cual me causa una gran tristeza.

—Salve, etrianas —les saludo, alzando una mano—. Sed bienvenidas al campamento del ejército de Dargor Atur, ornai de Sarlia. Me alegra vuestra presencia en mi tierra.

—Salve, ornai —responde la que parece más madura—. Nosotras también nos alegramos de volver a ver a quien es aliado de nuestro pueblo.

Miro hacia lo alto. Las decenas y decenas de puntos siguen dando vueltas, bajo el brillo de Croaga.

—Podéis decirles a vuestras compañeras que bajen —les invito—. Os doy mi palabra de que nada malo va a sucederos en mi campamento. Nadie os ofenderá de palabra ni de obra. Sois nuestras invitadas de honor.

La etriana sonríe y asiente, complacida.

—Gracias por tu hospitalidad, ornai. Esperamos ser dignas de ella.

Se vuelve hacia una subordinada y le hace un gesto con la cabeza. La mujer tira de las riendas del erco, que despliega sus alas aplastadas y las mueve con fuerza, alzando ventolera y provocando un coro de murmullos sorprendidos entre mis gentes. El animal se lanza como una flecha hacia las alturas, uniéndose a los otros puntos del cielo.

Todos ellos comienzan a bajar y grito que los hombres retrocedan para que se abra aún más el claro. Son más de noventa las etrianas que descienden planeando con suavidad. Ya los murmullos se han convertido en una tormenta de gritos de sorpresa y admiración. Los rudos guerreros de Sarlia nunca imaginaron que hubiera mujeres como estas, capaces de cabalgar por las nubes sobre bestias aladas. Noto una corriente de respeto que bulle entre los cascos, luchando contra los prejuicios.

Al cabo de poco hay unos cien jinetes, dispuestos en cuadros de cinco mujeres por lado. Este orden y disciplina aumenta aún más la admiración de los guerreros. Aquí y allá, entre el silencio espeso y asombrado, llego a escuchar palmadas y ovaciones, lo cual me hace sonreír.

Un enorme erco camina dando pasos largos, con aire majestuoso, entre los primeros cuadros. Comprendo que lo monta la lideresa de todas ellas. Ha reservado su aparición hasta el momento final. Baja de la montura y, aunque lleva puesto el casco, la reconozco de inmediato.

Mi corazón canta de alegría al volver a verla.

Cuando se me acerca sonriendo no puedo contenerme y la agarro de los hombros y la atraigo hacia mí. Luego le quito el casco para ver una vez más sus facciones maravillosas y los ojos esmeraldinos y

brillantes. No me importa ya el ejército de Sarlia, ni tampoco el de nuestros enemigos los alais. La guerra y la paz me parecen algo lejano e intrascendente porque todo el universo gira en torno a nosotros dos, y solo para nosotros dos.

—Valia —consigo decir.

Ella sonríe y los ojos se le humedecen más y más, hasta que por fin se le caen las lágrimas.

—Maldita sea, Dargor, siempre logras…

La abrazo y la beso y ella se me entrega con un jadeo entrecortado. Cuando se separan nuestros labios oímos un maremagno estruendoso de silbidos, carcajadas, aplausos y comentarios malévolos. Valia se limpia una lágrima, sonriendo. Sus ojos se entrecierran al mirarme y en aquellas dos maravillas de color verde veo arder ascuas diminutas.

—Mi amor, me ha gustado esta bienvenida, pero estamos dando un sorprendente espectáculo a tus hombres y mis mujeres.

—Considéralo la primera demostración de amistad entre nuestros pueblos.

Suelta una carcajada, le rodeo la cintura con los brazos y la aplastó contra mi pecho, sin poder dejar de sonreír.

—¡Ya está bien, dejémoslo! —protesta, aunque sin soltarse de mí—. ¡Nos están viendo todos!

—¡Al infierno con todos ellos! —exclamo, y la vuelvo a besar.

Nos separamos de una vez por todas y me dispongo a presentarla a mis generales.

Clepsidras más tarde, cuando la oscuridad va cayendo poco a poco sobre la llanura, Valia se encuentra desnuda y abrazada a mí, en el interior del pabellón del ornai, con la cabeza sobre mi pecho, acariciándome con suavidad el vello de un antebrazo. Tumbado sobre las mantas de nuestro jergón, contemplo pensativo el techo de lona. La brisa dibuja suaves ondulaciones en las tenebrosas paredes de la tienda. Valia es una sombra suave y caliente sobre la que paso mi mano. Mete su rostro en el hueco de mi cuello y me besa, pero es más un gesto de cariño que de pasión, porque nuestros cuerpos ya están saciados.

Esta tarde la presenté a mis generales y altos mandos, y a su vez ella trajo a sus subordinadas de confianza para que las conociéramos. Mis amigos estaban un tanto rígidos, a excepción de Sorcán, quien parecía más bien divertido por la extraña situación. El Cuervo fue el más frío de todos mis hombres, pero Valia desplegó unas maneras directas y decididas que —estoy seguro— al viejo general le gustaron. Creo que al término de la reunión la expresión en su duro rostro se había relajado un poco, y en un par de ocasiones casi estuvo a punto de sonreír por algún comentario ingenioso de la capitana de la Guardia de Etria. Si Valia ha sido capaz de ganárselo, no parece imposible que al final los sarlios y las etrianas puedan congeniar.

Esta esperanza parece cada vez más fuerte, puesto que en las clepsidras anteriores al anochecer hubo grupos de soldados que se acercaron hasta la zona de la pradera reservada a las etrianas y a sus ercos. Intrigados, deseaban saber más de los animales alados y sus dueñas. También he tenido conocimiento de que grupos de etrianas se han integrado en las conversaciones en torno a las hogueras de los soldados. Cuando se me informó de ello pensé que todo acabaría en un desastre. El orgullo de ambos pueblos, con sus roles sexuales tan estrictos y definidos, no podía traer más que discusiones e incluso violencia. La camaradería parecía imposible… Pero lo imposible ha sucedido. Ahora, cuando ya ha caído la noche, más de la mitad de las etrianas han hecho amistad con la tropa sarlia. Al igual que muchos de mis soldados, son rudas, directas y alegres, así que ambos grupos congeniaron al instante. Se oyen rumores sobre escapadas nocturnas hacia los cúmulos de maleza más cercanos, que se agitan y desprenden gemidos y hasta gritos de placer. Cuando le he comentado esta posibilidad a Valia, ella no se ha preocupado en exceso. Al fin y al cabo, quizás en pocos alagas todos estos hombres y mujeres sean solo cadáveres sobre un campo de batalla y es lógico que busquen la vida y sus goces, no la muerte y sus temores. De cualquier manera, si no estuviéramos metidos en circunstancias tan dramáticas, todo esto

resultaría casi cómico.

Por supuesto, ha habido etrianas que rehusaron hablar siquiera con esos simples machos, y a su vez hubo guerreros que se alejaron con aire hosco cuando se acercaron a sus hogueras estas hembras vestidas con túnicas propias de varones. Pero no son una proporción importante.

Valia se apoya en un costado y un codo. Su sombra muestra la curva magnífica de su cadera. Sus ojos verdosos y felinos parecen brillar en la oscuridad, fijos en mí.

—¿Fue idea tuya venir a Sarlia? —le pregunto.

Se encoge de hombros, sin cambiar de postura.

—La sigra me lo propuso. Quisiera decir que yo no había pensado en ello, pero sí me importaba lo que pudiera ocurrirte aquí, Dargor.

—¿Arna te lo propuso?

—Esa vieja astuta hacía trampas porque sabía que yo no iba a negarme. Me conoce demasiado bien.

—Es tu madre.

Calla durante varios latidos y luego parece relajarse, como si aceptara algo contra lo que no pudiera luchar.

—Supongo que llevas razón. Algo debe saber sobre mí. La muy artera no llamó a ninguna otra para dirigir una expedición a Sarlia y se dirigió en primer lugar a mí. Nadie excepto yo habría aceptado y ella lo sabía. Me dio la excusa perfecta para verte una vez más.

Le acaricio la nariz, hasta que trata de morder con suavidad la punta de mi dedo.

—También yo he deseado volver a verte, Valia. Me faltaba algo, no sabía el qué. Y ese algo eras tú.

Se acerca aún más y me abraza.

—Pues ya estoy aquí.

—No juzgues con tanta severidad a Arna. Parece un bloque de granito, pero dentro hay un corazón menos duro de lo que quiere creer.

—Lo sé. En el fondo somos muy parecidas y por eso nos detestamos. Nunca se lo diría a la cara, pero la respeto y la admiro.

—No es necesario que se lo digas, Valia. Eso también lo sabe ella.

Me da un puñetazo sin fuerza en el pecho.

—Eres un pequeño bastardo, ¿lo sabías? —Se vuelve serena y pensativa mientras apoya la barbilla en mi pecho—. Arna está tan metida en sus juegos de poder que ya no estoy segura de cuándo me maneja y cuándo se sincera conmigo de forma desinteresada.

—Los sigras suelen ser manipuladores y tramposos.

—¿Y los ornais?

—Los ornais, querida Valia, somos el doble de manipuladores y tramposos.

Guarda silencio durante un instante y luego suelta una risa astuta y divertida.

—Llevas toda la razón —acepta.

—¿Cómo sabía Arna que había problemas en Sarlia?

—Las noticias vuelan. El resto de las ciudades durbanas conocen ya que hay una lucha por el poder en tu tierra, agravada además por el peligro que supone la invasión de los alais. Las etrianas tenemos contactos entre determinados mercaderes de Atis y Corón; ellos nos informaron y en cuanto Arna tuvo conocimiento de ello me propuso venir aquí para investigar, junto a un centenar de mis Guardianas. Arna también me dio permiso para ayudarte si había problemas, en la medida de nuestras posibilidades.

—No se trata solo de motivos altruistas. Si subo al trono del Palacio del Poder respetaré los acuerdos del pacto que hice con ella, y que benefician a Etria en grado sumo. Pero si no lo consigo desconfío de que Nigur, el nuevo sigra, los cumpla.

—Lo sé, Dargor. No soy ingenua.

—Nunca lo diría, cariño —digo, mientras pellizco y froto uno de sus pezones, que se endurece enseguida.

Ella sonríe con lujuria, aparta mi mano de su seno y se arrastra sobre mí para besarme en los labios. Luego se pone seria y retoma el hilo de la conversación:

—Viajamos hasta Sarlia con cuidado de no pasar sobre los núcleos de población más importantes. Sin embargo, bajamos en un par de ocasiones hasta tierra, para interrogar a compatriotas tuyos, gentes de la pradera y la montaña. Nos dijeron que iban a la capital en busca de protección, pues se avecinaba una invasión de los alais. Informaron también de que habías partido con un gran ejército para hacer frente a los bárbaros, e incluso nos facilitaron vuestra situación aproximada.

—¿Torturasteis a esos pobres desdichados? —pregunto, sin poder ocultar la dureza en mi voz.

Valia me acaricia la mejilla con dulzura.

—Guarda cuidado, ornai. No les hicimos daño, solo les asustamos para que hablaran. Dejamos que un par de ercos les mostraran los colmillos y de inmediato se les soltó la lengua. Después, les permitimos huir para que continuaran su camino.

»Rastreando las zonas adecuadas desde el cielo, no fue difícil encontrar tu ejército. Bajamos y trabamos contacto con vosotros.

—Supongo que en Etria habrá existido una fuerte oposición al trato que Arna hizo conmigo. Y también a que hayas venido a buscarme.

—Desde luego. Muchas han pedido ya su destitución como sigra y las hay que hasta exigen su expulsión y reducción a proscrita, por dejar escapar a un varón extranjero, engatusada por lo que consideran una sarta de disparates. Pero Arna es dura y se mantiene en su trono.

No obstante, si el pacto entre Etria y Sarlia no da pronto resultados favorables su cabeza será la primera que ruede. Y la segunda, la mía.

—Ten por seguro que la conservarás. No estoy dispuesto a dejarme arrebatar el trono.

—Quien más clama por mi destitución, y también la de Arna, es Débora, líder de las milicianas; aún no se ha curado del escozor en su orgullo, por aquella vez en que nos enfrentamos a ella en las calles de Sarlia, hace unos veintiséis alagas. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? ¿Y qué tal está Suri?

Valia suelta una carcajada.

—El brazo que le rompiste sigue curándose, pero aún tiene la nariz doblada por el puñetazo que le diste. Siempre está enojada, bufando igual que un narguil al que le hubieran pisado el rabo. Pero al menos la hinchazón del golpe se ha esfumado y su rostro ya no parece una pelota oscura.

Los dos reímos. Pero cuando la diversión pasa y desaparece poco a poco, la gravedad de todo lo que nos rodea vuelve a caer sobre nuestras espaldas.

—Valia, no tienes por qué estar aquí. Pronto habrá una batalla, quizás en esta llanura. Puedes ir con tus mujeres hasta algún lugar no muy lejano pero seguro y esperar al desenlace. Nadie te pasará cuentas porque no estáis obligadas a ayudarnos en esta lucha.

—Ya te lo he dicho, Dargor: si hace falta luchar, nosotras pelearemos. No estamos acostumbradas a las grandes contiendas, pero haremos todo lo que nos sea posible.

—Eres testaruda, ¿verdad? Está bien, podéis quedaros cerca, pero no intervengáis a menos que os lo diga. Quiero manteneros en secreto para utilizaros si las cosas no salen según nuestras previsiones. En tal caso, podéis ser el empujón final hacia la victoria.

—¿Temes que no nos desempeñemos bien en la lucha?

—Si fuera así te lo diría sin vacilaciones. No es eso. De hecho, estoy seguro de que llevaréis a cabo vuestro cometido a la perfección, pero ese papel no es el de la infantería pesada sarlia; volar y atacar desde arriba es un recurso magnífico, pero también puede ser catastrófico si no se maneja bien.

—Te entiendo y no me siento ofendida. Al fin y al cabo, sabes más de luchas campales que yo. Ese no es el estilo de las etrianas. Nosotras preferimos golpear rápido y duro y luego desaparecer.

—Piensa que los sarlios nos jugamos demasiado en esta baza.

—Eso lo sabe toda Durba.

—También he pensado en ello. Si el resto de las ciudades aún no han armado tropas para conquistarnos en este momento de máxima debilidad es solo porque aún se teme el nombre de Sarlia, y porque si nos recuperásemos rápido de inmediato buscaríamos venganza contra

el pueblo durbano que nos hubiera apuñalado por la espalda, aprovechando este conflicto con los alais.

—Opino como tú. Supongo que vuestros enemigos se limitan a esperar para ver qué ocurre. Si ganáis, las cosas no irán peor de lo que ya estaban.

—Pero de resultar nosotros muy dañados, ellos no perderían la ocasión de invadirnos.

Agita su melena y sonríe con picardía.

—Ni lo dudes. La orgullosa Sarlia es un bocado muy jugoso.

—Pero un bocado demasiado grande que tragar, si hacen mal los cálculos y al final salimos de esta situación con fuerzas renovadas. Por eso es tan importante que venzamos a los bárbaros de forma arrolladora, no solo para generar el suficiente respeto entre los alais, sino también en el resto de Durba.

Valia hace una mueca y me besa en el rostro.

—Siempre tan serio, mi querido ornai —susurra, con voz dulce y ronca— ¿Por qué no dejamos durante un rato los asuntos de estado y nos ocupamos de cosas más placenteras y mundanas?

La tomo de la cintura y rodeo con fuerza sus caderas, apretándola aún más contra mí. Sus cabellos caen sobre mi rostro mientras nos besamos de nuevo, con lentitud, atrapando los labios con suavidad, tironeando de ellos o dejándolos resbalar uno sobre otro. Mis manos bajan por su espalda y acarician, apresan y empujan con fuerza su turgencia, provocando su roce cadencioso e insistente y sus largos suspiros de hambre húmeda. Mi dureza entra en ella y la sombra de la muerte se aleja durante estos instantes. Nos aferramos a la vida pura y cruda que late y se agita caliente en nuestros cuerpos; nos agarramos al placer, al roce, a todo lo grato y maravilloso que hay en esta vida cruel y en este universo incierto, y nos olvidamos de todo mientras en nuestros ojos brillan el deseo y el placer, tan antiguos e inexorables, tan vastos y perfectos, más poderosos que todos los imperios, todas las guerras, todo el orgullo y la vanidad, todo lo superfluo e inútil por lo que los hombres y las mujeres suelen sacrificar de manera estúpida sus vidas. Ahora solo tenemos el presente, el infinito presente de tinieblas, carne y amor.

No hemos tenido que esperar mucho para ver a los bárbaros sobre las praderas de Oriolea: solo tres alagas pasaron desde que nuestro ejército acampó en la gran llanura pardusca y verdosa, hasta que divisamos una gran mancha oscura en la distancia, coronando las lomas del norte. Los batidores nos habían avisado ya de que los enemigos habían acelerado su marcha en cuanto tuvieron conocimiento de nuestra posición. También ellos tienen sed de lucha, de acabar de una vez por todas con la ansiedad previa al combate.

Las tropas alais han ido extendiéndose por el campo desde la madrugada. Croaga naciente las tiñó de rojo sangre y amarillo miel mientras se desparramaban sobre la planicie.

Al alba, nosotros ya habíamos empezado a formar los cuadros y disponerlos en orden. La visión del muro de lanzas y escudos ha debido suponer para los invasores una auténtica bofetada en el rostro, pero parecen muy dispuestos a recoger el guante y aceptar el desafío.

Como en las otras dos ocasiones en que me enfrenté a ellos, no muestran apenas orden y son solo una masa vocinglera y multicolor. Aún están demasiado lejos para que parezcan otra cosa que un enjambre de insectos humanos, pero no distingo formación alguna entre sus filas. Sí se percibe una gran variedad de estandartes alzados sobre astas de considerable altura. Esto debe indicar la unión de muchos clanes y tribus y por tanto más disensiones y falta de unidad, lo cual nos beneficia. En este caso no hay un solo líder que destaque sobre la muchedumbre y el mando está dividido en al menos diez personajes, cada uno rodeado de su guardia de honor y sus propias banderas. Estos caudillos desfilan y arengan a cada determinado sector de la mancha enorme y bulliciosa. Supongo que su estrategia de nuevo consistirá en atacar de frente, ola tras ola, para intentar romper nuestra muralla compacta de escudos y lanzas. Si logran quebrarla pasarán a través de la brecha, abriéndola más y más, y se desparramarán tras nuestra retaguardia en un movimiento envolvente que provocaría el caos y tal vez nuestra aniquilación. Es una táctica burda, propia de estos seres incivilizados, desconocedores de la ciencia de la guerra, que lo basan todo en el empuje y la brutalidad.

Pero no debo subestimarlos. Aún recuerdo la batalla cercana al Puente Bravo. En ella, y merced a una furia arrolladora y sorprendente, consiguieron atravesar el muro de escudos y rompieron nuestra formación. La lucha se fragmentó en muchos escenarios distintos, que a su vez dieron lugar a una confusión de combates feroces entre grupos cerrados. Según los relatos del Cuervo y los otros generales, vencimos a duras penas y a costa de muchas bajas.

Debo evitar que eso suceda esta vez.

En claro contraste con los alais, los sarlios están formados en perfecto orden de batalla, que consiste en una inmensa línea formada por ocho mil setecientos ochenta y cuatro hombres, formados en ciento veintidós cuadros, cada uno con nueve lanzas de frente y ocho de profundidad. Cada bloque está gobernado por su propio jefe de tropa, y aunque se halla unido sin fisuras al cuadro de al lado, tiene capacidad para maniobrar por sí mismo si se desgaja del resto de la formación. A su vez, hay tres zonas fundamentales en este orden de batalla: el centro, con cuarenta cuadros, gobernado por el Cuervo y yo, el costado izquierdo, con cuarenta y un cuadros, al mando de Sorcán, y el derecho, también con cuarenta y un cuadros, bajo las órdenes de Aldel y Tebá.

No puedo arriesgarme a que en algún punto la gran línea de ocho lanzas de profundidad se rompa, o bien que los bárbaros consigan rebasar los bordes laterales para tratar de envolvernos. Para solventar tales contingencias se ha dispuesto una segunda línea, unos treinta tornes a nuestra espalda. Está compuesta por dos mil hombres al mando de Urbá y es una franja discontinua de ochenta cuadros de cinco hombres en profundidad por cinco de frente. Este menor tamaño supone más agilidad y rapidez. Si la gran banda frontal se rompe en cualquiera de sus puntos, los cuadros más cercanos de esta línea de retaguardia correrán a cerrar la brecha, impidiendo que los bárbaros pasen por ella hasta nuestra retaguardia. Las gentes de Urbá también han de estar atentas a los bordes laterales, para hacer frente a los enemigos si intentan rodearlos. Mientras no suceda nada de esto la segunda línea quedará en reserva, sin intervenir en la lucha.

Y aún me guardo un triunfo más en la manga: las etrianas. Se encuentran detrás de la mencionada línea de reserva, con los ercos tumbados en el suelo para que el enemigo no pueda verlas desde su lejana posición. No quiero que intervengan en la lucha mientras haya combate cerrado, pero si logramos rechazar las mareas alais y los bárbaros se dan a la fuga, ellas volarán tras ellos y —aun tratándose solo de un centenar de guerreras— provocarán muchas muertes flechando desde las alturas. Por otra parte, la visión de estos monstruos alados constituirá un factor de sorpresa y pánico en las mentes de los bárbaros. Pero la ventaja etriana ha de utilizarse solo en el momento adecuado.

A pesar de todas estas disposiciones, cualquier batalla siempre es cambiante, así que no puedo atenerme a ellas con rigidez y por tanto debo mantener flexible mi capacidad de juicio y decisión. Me encuentro en la séptima línea, dentro del cuadro central del orden de batalla, rodeado por mis fieles integrantes de la Guardia del Ornai. Para contemplar mejor la progresión de la lucha, los hombres me alzarán sobre sus escudos, elevándome por encima de la marea de

cascos y puntas de lanzas. También el Cuervo tomará esta rara pero práctica medida. Hay ya una pequeña tropa de mensajeros, cada uno portando una pequeña bandera roja, dispuestos para correr con nuevas órdenes hasta cada general encargado de las diferentes partes de nuestro ejército. Los soldados tienen órdenes de abrirse al instante, en cuanto vean acercarse un banderín encarnado. Nadie puede entorpecer la carrera de los mensajeros.

Las nubes se mueven, como si Croaga les hubiera ordenado apartarse para no estorbarle la visión de la lucha. El rey del cielo ha subido alto, pero aún le faltan unas dos clepsidras para que llegue el cenit. Su luz es brillante, pero no molesta. Hay una brisa ligera que dobla las hierbas con suavidad. Es un alaga radiante, como si la naturaleza, en un arranque de cruel diversión, quisiera vestir sus galas más encantadoras para celebrar la inminente carnicería.

Noto en las huestes bárbaras una agitación que aumenta con cada latido y comprendo que de un momento a otro van a atacar. Ya se han destacado algunos portaestandartes fornidos y altos, que sujetan grandes astas a las que hay atadas banderas, colas y cráneos pelados de diferentes animales de su país. Algunos llevan, a modo de macabro trofeo, gruesas varas en las que han empalado a seres humanos de diferentes sexos y edades. Son los sarlios que no pudieron escapar a tiempo de la invasión. Clavan en el suelo los postes para que los veamos con claridad, a modo de burla sádica. Noto una corriente de ansiedad entre mis gentes, pero ni uno solo abandonará su sitio hasta que se lo manden. Grupos reducidos de alais se adelantan desde la vanguardia y nos gritan palabras incomprensibles, levantando sus puños, ondeando las largas greñas rubias o anaranjadas, haciendo gestos obscenos y amenazándonos con aspavientos de sus espadas, hachas y lanzas.

Un oficial de la Guardia del Ornai me entrega el cuenco con el vino de la guerra. Bebo, apurando la copa hasta el fondo. Mi visión empieza a tornarse rojiza.

—¡Alzadme! —grito.

Los más cercanos se apresuran a obedecer y pronto me encuentro en pie sobre tres escudos, que forman una pequeña plataforma horizontal sobre el mar de puntas de lanzas. El Cuervo también sube. Visto la túnica de guerra del ornai, la coraza de bronce y el yelmo adornado por una cresta roja. En mi brazo izquierdo está el escudo circular y mi diestra empuña una lanza. La espada y la daga descansan a la altura de la cadera.

Los bárbaros me han visto y me reconocen como a su máximo enemigo. Soy el mayor trofeo, el gran premio. Su vanguardia se agita, como recorrida por temblores. Los cuerpos se mueven y avanzan a paso rápido, mientras el griterío enloquecido asciende más y más,

hasta invadir toda la llanura. Las masas de guerreros empiezan a correr hacia nosotros, como una marea oscura que se levantara en olas estruendosas sobre esta playa de hierbas. No es un movimiento homogéneo, pero la muchedumbre dibuja una especie de cuña cuya ancha punta se dirige hacia el centro de nuestro orden de batalla. Hacia mí.

Oigo el vozarrón de los mandos de cada cuadro, gritando aquí y allá, dando las órdenes precisas. A todo lo largo de la primera fila de vanguardia los hombres llevan el borde del escudo hasta la altura de la nariz y clavan la contera de la lanza en tierra, de tal modo que el arma está inclinada hasta formar un ángulo, con la hoja apuntada hacia la garganta del primer alai que desee lanzarse sobre ella. La segunda fila levanta sus lanzas para golpear en sentido descendente, pasando la hoja por entre las cabezas de sus compañeros de delante. En las siguientes líneas los guerreros clavan con fuerza los pies desnudos en el suelo y se preparan para resistir el choque, manteniéndose firmes e incluso empujando la espalda del soldado anterior.

Los alais siguen acercándose y ya están a menos de treinta tornes de distancia. Puedo distinguir sus cuerpos altos, delgados y nervudos, cubiertos por pellejos y pieles crudas, túnicas de tela basta, pellizas, capas y armaduras de cuero duro y fibra vegetal. Sus barbas y melenas les dan un aspecto animal, salvaje. Abren las bocas para gritar con ira vesánica, mostrando los colmillos agudos y amarillentos. Los huesos se les marcan contra la piel fina, pálida y escamosa, acentuando el aspecto cadavérico de esos rostros sin nariz. Los ojos sangrientos están desorbitados. Ya atrasan sus hachas, mazos, clavas, espadas, garrotes y lanzas, dispuestos para golpear con espantosa contundencia en nuestra vanguardia. Algunos se detienen un solo momento para lanzarnos cuchillos y piedras. Los proyectiles zumban y siegan el aire, hasta impactar de manera atronadora en la barrera de metal. Algo indefinido silba y levanto mi escudo, haciéndolo rebotar.

Los alais siguen avanzando, extendiéndose como una mancha en forma de burdo triángulo, sobre la llanura de Oriolea…

…Y chocan contra nuestra vanguardia, en solitario o en grupo, estrellando las armas en los escudos e incluso los cascos de Sarlia. Mis hombres lanzan estocadas cuando el enemigo está cerca, clavando la hoja en sus cuerpos. Muchos bárbaros enloquecen hasta la locura y no detienen su carrera antes de saltar e impactar contra el muro humano, haciendo retroceder uno o dos pasos al soldado que ha recibido el golpe. Pero los de atrás empujan y la pared queda sellada de nuevo, mientras cuatro o cinco lanzas suben y bajan sobre el bárbaro suicida.

Estalla un griterío ensordecedor cuando nos embiste la avalancha, la manada, el grueso de la vanguardia alai. Los bloques del centro

comienzan a agitarse y temblar, pero los sarlios de atrás gritan que hay que resistir como sea y no retroceder jamás, ni un solo paso. Clavan los talones y empeines en la tierra y empujan hacia delante. Mientras, en la primera línea mis guerreros lanzan golpes certeros y directos, durante un instante fijan el blanco en su cerebro, al siguiente lanzan el brazo y la punta se hunde en un pecho, una boca abierta, una frente, una garganta. Los bárbaros, incluso heridos y chorreando sangre negruzca, siguen golpeando con sus armas contundentes, alcanzando yelmos y fracturando cráneos. Aquí y allá el muro se rompe, pero de inmediato el que se encuentra detrás del caído se abre paso y ocupa el hueco, con una estocada que ensarta a un bárbaro, empujándolo después con el plano del escudo.

Desde mi posición puedo contemplar la lucha salvaje que se produce entre las dos vanguardias. Hombres y alais pelean a veces sobre los mismos cadáveres, pero son muchos más los muertos bárbaros que los civilizados. La estrategia del muro erizado de lanzas vuelve a cobrar sus frutos.

El ejército alai continúa estrellándose contra nuestra vanguardia. La cabeza de la gran cuña es repelida por el muro, que se mantiene estable a pesar del castigo, y luego se extiende y resbala sobre él, como una marea sucia y aceitosa que diera contra un rompeolas. Hay lugares en los que la franja sarlia sufre cierta conmoción y tiembla, pero los hombres de atrás continúan empujando y restañan los huecos dejados por sus compañeros caídos.

Una segunda avalancha llega tras la primera. Es más densa y compacta, pues integra el verdadero grueso de las huestes enemigas. En este enjambre se destaca una punta de alais que se desplaza un poco hacia nuestra izquierda. Son unos mil guerreros que se han desgajado del grupo principal. Quizá se trate de los miembros de una determinada tribu más fiera que el resto, pues impacta con fuerza espantosa sobre una zona virgen de nuestro orden de batalla, allá donde empieza la sección que lidera Sorcán.

En este lugar los bárbaros caen a decenas bajo las lanzas de mis hombres, pero siguen avanzando, repartiendo mandobles y estocadas, empujando, ejerciendo una presión infernal. Como un cuchillo, logran meterse en el cuadro, a pesar de los esfuerzos de los sarlios por llenar los huecos. Los bárbaros empujan desde atrás, pasan por encima de los cadáveres y llegan hasta la última fila del bloque.

—¡Mensajero! —llamo.

A mis pies, el hombre que lleva la bandera roja se me acerca, abriéndose paso a empujones entre la maraña de guerreros.

—¡Ve a las líneas de retaguardia y avisa al general Urbá de que se ha roto el muro, al comienzo del ala izquierda! ¡Rápido!

El emisario parte, agitando la bandera roja. Enseguida le abren

paso.

—¡No es necesario mandarlo, Dargor! —me llama el Cuervo, gritando para hacerse oír por encima del estruendo. Señala con el índice hacia atrás.

Urbá se ha percatado ya de la brecha, pues dos cuadros de veinticinco lanzas se acercan a ella casi al trote y sin perder la formación. Alcanzan la vanguardia y cierran la herida, impidiendo que los bárbaros pasen al otro lado. El orden parece restablecido. Los alais no han logrado cruzar nuestras líneas.

También ellos se han dado cuenta de esta situación, pues ya las hordas del grueso de su ejército se dirigen en concreto hacia ese lugar, intentando ahondar aún más en la rotura. Han visto clara la solución: su meta es atravesarnos para después envolvernos y caer sobre nuestras espaldas. Las oleadas giran para concentrarse en ese único punto.

Abro mucho los ojos y se me pone el vello de punta.

—¡Mensajeros! —llamo, a voces.

Se me acercan tres hombres que sostienen la bandera encarnada.

—¡Tú, ve hasta Sorcán, en el ala izquierda! ¡Dile que haga avanzar sus bloques, en forma de línea curva! ¡Tiene que envolver por su lado al grueso de los alais! ¡Y tú, llega hasta Aldel y Tebá y di que les mando adelantar también sus cuadros, pero sin perder nunca la cohesión, para también rodear a los bárbaros! ¿Lo habéis entendido?

Los mensajeros asienten y se apresuran a cumplir su tarea.

—¿Estás loco, Dargor? —grita el Cuervo.

—¡No! ¡Podemos encerrarlos en una gran bolsa! ¡Fíjate allí, delante!

El Cuervo lanza un sonido a medias entre la carcajada y el jadeo y sé que ha comprendido.

El gran ejército alai está lanzándose sobre un solo punto, próximo al centro de nuestro orden de batalla, justo allí donde lograron abrirlo. No se expanden hacia los costados, sino que forman un solo bloque. Si conseguimos que nuestras bandas avancen y el centro permanezca estable los envolveremos en una gigantesca trampa que se cerrará cuando los cuadros más avanzados converjan hacia nosotros. Así, los alais quedarán encerrados dentro de un gigantesco círculo, con un borde interior erizado de lanzas.

—¡Muchacho! —grita el Cuervo—. ¡Mensajero! ¡Ve hasta Urbá y dile que mande todos sus cuadros a la retaguardia del centro, concentrándose allá donde los alais abrieron brecha! ¡Vamos!

Asiento, ya que estoy de acuerdo también con esta directiva. Aplicadas todas las fuerzas alais en el centro, este debe ser reforzado, mientras nuestros costados avanzan y los rodean.

Como esperaba, los cuadros de nuestros costados empiezan a

avanzar despacio, aunque a mayor velocidad los más extremos. Es una maniobra difícil y sé que los jefes de bloque estarán desgañitándose y sudando sangre para coordinar a todos esos miles de hombres en un movimiento coherente. Al mismo tiempo, los cuadros de Urbá avanzan hacia nosotros, dispuestos a engrosar el muro por la zona donde más va a sufrir. Cuando se mueven todas las gentes de Urbá diviso al pequeño grupo de etrianas, que esperan aún, montadas sobre las sillas de los ercos echados en tierra.

La presión en el centro de nuestro orden de batalla se incrementa y en ocasiones la herida se abre hasta una altura de tres hombres de profundidad. Sacudidas y convulsiones se transmiten de espalda a escudo, pero los guerreros aprietan los dientes y empujan hacia delante, buscando aire entre todos esos cuerpos aplastados. Las gentes de Urbá han cerrado del todo la herida, pero en ella aún queda una esquirla de decenas de alais que empujan y golpean hacia los costados, dando pie a una lucha furiosa, cebada por las huestes que llegan de atrás. Nuestros enemigos ya no ven otra cosa que el centro de nuestro ejército. Quieren aplastarlo, romperlo, superarlo y arrollarlo. Las masas se vuelven irracionales cuando se apodera de ellas una sola idea, sea esta correcta o no; por ello han olvidado nuestros costados, que continúan moviéndose hacia delante. Sus bloques avanzan rápido hacia el norte, sin encontrar oposición. La fastuosa y gruesa línea sarlia empieza a curvarse por sus puntas, como los cuernos de un argo gigantesco. Los extremos han rebasado a las tropas alais, convertidas ya en una masa compacta, y empiezan a converger hacia el interior.

En el centro, la presión comienza a ser preocupante. Nuestra vanguardia se rompe aquí y allá y los alais siguen introduciéndose dentro de nuestros propios cuadros. Casi no hay espacio para luchar, solo queda la opción de continuar empujando o bien resistir en el puesto como sea, aplastado por los compañeros de alrededor, buscando un aire que llega con dificultad a los pulmones. Los brazos se levantan, suben y bajan las hojas puntiagudas, pinchando cabezas, espaldas y hombros. Las espadas buscan los intersticios entre los escudos y las corazas para introducirse en la ingle, pinchar el muslo o la rodilla, o atravesar el cuello. A veces, grupos de cinco o más hombres y alais se desmoronan y caen al suelo en un montón confuso, casi incapaces de levantarse y rehacerse mientras les pisan o les golpean.

Los extremos siguen cerrándose y se aproximan más y más a la gran bolsa alai. Los cuadros de Sorcán en la izquierda y de Aldel y Tebá en la derecha no han perdido la cohesión a pesar de trazar una curva enorme. Andan a paso rápido y los alais se dan cuenta demasiado tarde de que están rodeados por todos lados y no tienen apenas espacio para maniobrar. Las tenazas se cierran y de pronto la

lucha deja de concentrarse en un solo punto; ahora ocurre en el borde interior de toda nuestra línea.

Les apretamos y aplastamos. Las lanzas pinchan sin descanso, obligándoles a retroceder hacia el interior, a compactarse aún más. Por todas partes hay enemigos sarlios que se les echan encima, como un muro dotado de vida que les estuviera envolviendo y asfixiando.

La decisión de vencer abandona a los bárbaros. Cuando eso ocurre de inmediato toman el relevo el pánico, el deseo enloquecedor de escapar y de salvarse de la muerte. De la agresión pasan a la defensa, y luego todos sus esfuerzos se concentran en atravesarnos de nuevo, pero no para envolvernos, sino para huir de la trampa. Se aplastan y asfixian, obligados por las líneas de lanzas a pegarse unos a otros. En el centro mismo de ese gran enjambre los guerreros chillan y tratan de abrirse hacia el exterior, pero sus compañeros los estrujan y pisotean. En algunos puntos hay aún grupos que se enfrentan a nosotros, pero son pocos y dispersos.

El círculo se cierra más y más y la batalla empieza a convertirse no en lucha, sino en una ejecución. En una gran matanza.

Sin embargo, varios cientos de bárbaros consiguen romper el cerco en el norte, allá donde aún no se han cerrado del todo los extremos del círculo. Huyen por el agujero sin ningún tipo de disciplina, como una riada de insectos aterrorizados. Miro alrededor enfurecido, buscando a un mensajero. La bandera roja se encuentra dentro el bullicio. Su dueño está comprimido por la presión, como el resto.

—¡Eh, tú! ¡Ve hasta las etrianas! ¡Di que persigan a cuantos bárbaros escapen de nuestra trampa! ¡Pero solo deben atacarles a ellos, no a los que se encuentran aún en el interior!

El hombre asiente y a duras penas empieza a abrirse paso, gritando que lleva un mensaje.

Continúa la matanza. Los alais ya no pueden revolverse ni tampoco hallan el suficiente control de sí mismos como para lanzarse en una sola dirección y tratar así de romper ese recinto que se cierra más y más sobre ellos. Caen bajo las lanzas y se apretujan hacia el centro de manera estúpida. Los sarlios seguimos presionándolos, enardecidos por la victoria y la sed de sangre.

Se alza un griterío enorme cuando veo a las cien etrianas volar hacia las nubes, como una bandada de pájaros gigantes. Dibujan una gran línea curva. Localizado el objetivo, bajan con suavidad y vuelven a subir. Desde mi posición no puedo distinguir las flechas que han disparado, pero estoy seguro de que en esa pasada han causado la muerte de muchas decenas de alais que intentaban escapar de nosotros.

Los sarlios ya conocen a esos jinetes del cielo, así que no se desvían de su tarea de aniquilación, pero los alais, en esta jornada aciaga,

conocen un nuevo y más profundo terror, cuando esos monstruos gobernados por guerreros pequeños y delgados hacen una tras otra sus pasadas, lanzando flechas y cuadrillos de ballesta sobre los cientos que han logrado escapar de nuestra trampa. El terror les impide reunirse en grupos compactos para contraatacar o defenderse de algún modo. Enloquecidos, chillan y huyen de los cazadores que les saetean a placer desde las alturas. Los alais indemnes corren y los heridos gatean o se arrastran, mientras las sombras voladoras pasan sobre ellos y una flecha de ballesta se hunde en una cabeza, una pierna o una espalda, clavando el cuerpo al suelo, como un muñeco de vitela sujeto con un alfiler.

Los que no han podido huir de nuestro movimiento envolvente continúan muriendo bajo las lanzas. La mayoría se postran de rodillas y piden perdón a gritos, pero la visión de aquellos compatriotas empalados y mostrados como trofeo ahoga cualquier tentación de piedad, tanto en mis hombres como en mí.

No se harán prisioneros.

Han pasado ya siete alagas desde la batalla de Oriolea.

Allí murieron casi diez mil alais. La mayor parte de ellos cayó en la degollina implacable que significó el término de aquella jornada sanguinaria. Al final hubo unos pocos conatos de resistencia entre los vencidos, cuando comprendieron que no se les daría cuartel, pero estaban aún atrapados en el muro circular formado por los cuadros sarlios, y a pesar de su bravura poco pudieron hacer contra el lazo de escudos y lanzas que se cerraba sobre ellos.

A pesar de todo, unos tres mil lograron escapar a la carrera por la abertura de nuestra formación, en el extremo norte. Y las etrianas cazaron a placer aquella mañana. Aunque eran pocas para tanta presa alai, cada guerrera acabó con al menos cinco bárbaros. No murió ninguna, pues se limitaron a disparar sus arcos y ballestas desde las alturas, sin bajar a tierra firme. En ocasiones el enemigo que escapaba se apretujaba en grupos cerrados y ellas se limitaban a lanzar contra el bulto, sabiendo que acertarían.

Envié cinco contingentes, de mil guerreros cada uno, para rastrear en las cercanías a los alais heridos que no hubieran huido muy lejos, y a los grupos de rezagados. Los perseguidores no tuvieron mucha tarea, pues la masa desbandada ya se dirigía a toda prisa hacia el norte.

Si los alais saben lo que les conviene abandonarán el territorio sarlio lo antes posible, cruzarán el Amitas y el Paso y se lanzarán de cabeza a sus bosques umbríos, donde mis gentes no puedan encontrarlos… Porque he dado la orden de que cualquier bárbaro hallado con vida al sur del Cinturón sea ejecutado al instante.

Durante las grandes batallas, una vez que la táctica de un bando ha desbaratado la del otro, no hay apenas lucha, sino exterminio, hasta el sometimiento incondicional del vencido o bien hasta su completa aniquilación. En este tipo de desenlaces el número de muertos de unos y de otros es inversamente proporcional.

Por ello los sarlios, al acabar la jornada, tuvimos solo mil quinientas bajas, frente a diez millares en el bando alai. El recuento de los cadáveres se alargó durante largas clepsidras. Llevamos nuestros muertos hasta otra llanura cercana, en la cual fueron enterrados. En cuanto a los cuerpos de nuestros enemigos, les dejamos en el campo de la lucha para que las alimañas se los comieran. En los alagas sucesivos una muchedumbre de carroñeros y depredadores llegarían a Oriolea y comerían hasta hartarse y echarse a dormir, para al despertar reiniciar la pitanza. La carne sobrante se pudriría, se convertiría en materia muerta y abonaría estos campos. Nos hubiéramos demorado demasiado al enterrarlos a todos y yo tenía prisa por llegar a la capital, donde Nigur aún estaría recluido, en la

zona más alta del Palacio del Poder. Pero no solo se trataba del tiempo, sino que la labor de dar sepultura a los adversarios hubiera agotado a mis gentes, ya cansadas después de la lucha.

Y por último y quizá más importante, no les enterramos porque eran nuestros enemigos. Solo eran chusma alai. No lo merecían.

Al amanecer del siguiente alaga a la batalla, Urbá partió con seis mil hombres hacia el norte. De ellos, unos dos millares volverían a los cuarteles abandonados durante la invasión alai para limpiar toda esta amplia zona de los últimos grupos alais. Conseguido este objetivo, los granjeros y los ganaderos volverán a sus poblaciones arrasadas. El resto de los seis mil queda reservado para el Cinturón. Las cinco Peñas volverán a albergar en sus tripas de piedra a los defensores de Sarlia.

El resto del ejército nos pusimos en marcha de inmediato.

Aun hoy, siento cierta aprensión por la presencia en la capital de esa criatura inteligente y venenosa que es Nigur. Debo encargarme de él cuanto antes. Incluso atrapado en el interior del Palacio del Poder y rodeado por miles de ciudadanos que le odian, le considero un rival temible.

Todos estos hechos pasan por mi memoria mientras contemplo la gigantesca serpiente de carne y acero que culebrea sobre los montes y las suaves hondonadas, entre las arboledas y los pedregales. Los hombres cantan porque volvemos a nuestras casas con el dulce sabor de la victoria en los labios. En lo alto, Valia y sus guerreras planean con suavidad. Ellas también han de venir, para que asistan a mi toma de poder como sigra de Sarlia.

Algunos grupos de campesinos se nos unen gritando y cantando, charlando alegres con los soldados, celebrando la llegada del ornai Dargor, futuro señor de toda Sarlia. Las noticias que traen de la capital son positivas: Nigur aún sigue encerrado en la zona inexpugnable del Palacio del Poder; tiene agua y comida para muchas decenas de alagas, pero sus hombres han ido desertando, hasta el punto de que solo le quedan unos cincuenta, y estos se mantienen a su lado solo porque saben que fuera les espera un destino aun peor que la muerte. Los traidores que intentaron huir fueron linchados por la multitud.

En Sarlia se empiezan a celebrar fiestas y conmemoraciones en mi honor. Todos aceptan el triunfo absoluto del ornai y anticipan la muerte de Nigur en cuanto lance mis fuerzas sobre su último reducto, en el interior del Palacio del Poder.

El Cuervo, Tebá, Aldel e incluso el grave Sorcán me dan felicitaciones anticipadas. Valia se deshace entre mis brazos cada noche y yo me sacio de su dulzura exquisita.

La fortuna me sonríe con su rostro más hermoso.

Pero noto una preocupación constante, un principio de incertidumbre e incluso de temor. Solo podré respirar tranquilo

cuando vea a Nigur muerto a mis pies.

Arriba, la Roca del Vigilante permanece inmutable. Durante unos pocos latidos casi puedo sentir una mirada penetrante que procede de aquel portento imposible; ¿acaso me contempla el ser que vive en ella? ¿Se regocija con mi triunfo o tal vez le enoja? Quizás no le importe nada de cuanto nos ocurre a los hombres. Tal vez maneje nuestros destinos de modo caprichoso, divirtiéndose con nuestras glorias y sufrimientos, como un niño que por entretenimiento torturase a un ratón o una lagartija.

Vuelvo a la realidad, al presente, y el griterío de la muchedumbre inunda otra vez mis oídos. Caen pétalos de flores sobre mi cabeza y mis hombros. Las gentes me aclaman desde las ventanas, las balconadas, las azoteas, las torres y los tejados. También alaban con voz ronca a los miles de guerreros que me siguen mientras cruzamos las grandes puertas del sur de Sarlia Capital. Incluso saludan a las etrianas que nos han acompañado, pues se ha hecho pública la hermandad que impera entre los dos pueblos y hoy, en este alaga festivo, resulta fácil hundir todas las suspicacias en el estanque del olvido. Solo hay lugar para la dicha.

Atravesamos la ciudad salpicados de flores y arropados por las masas vociferantes. Los músicos tocan sus trompas y tubas y golpean los tambores y los platillos, dando a luz una marcha bárbara y majestuosa. A mi derecha camina Valia, la sigra de mi corazón. A mi espalda marchan Tebá y Aldel, lanzando besos a la gente o saludando con la mano. Sorcán e Irla van cogidos de la mano, vestidos con sus mejores galas. Y el Cuervo les sigue a todos, muy rígido. En ese rostro largo y ajado asoma una pequeña sonrisa, capaz de agrietar su máscara severa.

Después caminan otros muchos generales, acompañados de la oficialidad y de diferentes mandos destacados de la tropa.

Les sigue un grupo que provoca las iras y la violencia del público. Aunque ordené la ejecución de todos los prisioneros alais, el Cuervo se empeñó en conservar a veinticinco bárbaros vivos y encadenados, que vendrían tras nosotros en este mismo desfile de la victoria, como muestra de su derrota y de nuestra superioridad sobre su pueblo. Los espectadores les arrojan pellas de barro y piedras, les insultan y escupen. Las criaturas se agachan y humillan la cabeza con aspecto miserable, aplastadas por el miedo y la desesperación. Una vez que el desfile acabe serán ejecutadas en un acto público, para regocijo de la ciudadanía.

Recuerdo que ya antes de entrar en la ciudad recibimos la visita de decenas de espontáneos admiradores. También llegó una comitiva con los notables y poderosos de la urbe, liderada por Orblad, el viejo

pensador ciego, el líder de su casta. Había sido elegido también como mi representante político, hasta que yo me personara en la capital. Orblad me tocó la cara con sus dedos arrugados pero fuertes y ese rostro que parecía cincelado en piedra se curvó en una sonrisa enigmática, artera y afilada.

—Sabía que algún alaga volverías… Dargor.

Por su tono comprendí que la frase tenía más de un sentido, así que yo también sonreí. Nos abrazamos y me devolvió, ante los dirigentes y vocales de las diferentes castas y gremios, el mando de la ciudad y los territorios a su sombra. Después pasó de manera voluntaria a un segundo plano.

Poco después llegó un extraño grupo, compuesto por varios matones armados que escoltaban una litera con techo, cerrada por cortinas y sostenida sobre los hombros de cuatro esclavos fornidos. Dejaron el armatoste en el suelo y de él salió Tala, la cortesana más hermosa del Palacio del Poder. Casi había olvidado sus formas exuberantes y el hierro, a veces fundido y a veces sólido como una montaña, que había en sus ojos color de miel. Su cuerpo llevaba esas sedas tenues y brillantes que tanto le gustaban y que parecían desnudarla aún más que si no las llevara puestas, convirtiéndola en una diosa del erotismo y la belleza que enloquecería a cualquier hombre. Se había pintado el rostro, realzando su hermosura natural. Llegó casi corriendo y abriendo sus brazos.

—¡Dargor! —gritó—. ¡No sabía si habías muerto! ¡Cuánto te he echado de menos!

Antes de poderla detener me besó en la boca y enseguida, como recordando que estaba ante el hombre más poderoso de Sarlia, se echó al suelo y humilló la frente, derramando sus cabellos sobre mis pies. Se levantó y me miró con dulzura y una gran sonrisa, esperando mi respuesta.

A mi lado seguía Valia, inmóvil. Sus ojos parecían a punto de saltar del rostro. Pero en su expresión no había solo ira, sino también una admiración —casi fascinación— involuntaria por la belleza increíble de Tala.

—¡Amor mío! —exclamó la cortesana, tomándome el rostro con sus dos manos—. Ahora volveremos a estar juntos. Como siempre.

La tomé de los hombros y la separé, procurando no ser brusco.

—No, Tala. Ya no.

Ella pareció sondear en mis ojos con su mirada y echó un vistazo a Valia, que empezaba a llevar su mano al puño del cuchillo. Por las pupilas de Tala pasó un rayo de comprensión y temor. Retrocedió enseguida, componiendo su imagen con una velocidad admirable, para seguir pareciendo seductora, aunque no de manera agresiva.

—Está bien, Dargor. Ahora tienes mucho que hacer. Cuando lo

desees, podemos vernos.
—Gracias, Tala, pero no creo que eso ocurra.
Ella miró a Valia una vez más. El rostro de la etriana se había puesto muy pálido y sus ojos verdes parecían llamear mientras estudiaba a la que ya consideraría su enemiga. Por fortuna, aún no había cerrado del todo la mano en el puño del cuchillo. Tala pareció más aliviada que contrariada por mi desplante.
—Conservarás tus propiedades y tu renta —le dije—. Pero no aparezcas por el Palacio del Poder.
Vi que se relajaba un poco más. De pronto algo cayó de ella. Me miró a los ojos, pero ya no era una cortesana ni una devoradora de fortunas. Se me acercó y me dio un beso muy suave en la mejilla.
—Gracias, Dargor. Eres un buen hombre.
Me acarició el rostro y después se volvió, para marcharse meneando las caderas y arreglándose el cabello con una mano. Ya gritaba a sus sirvientes que preparasen la litera. Al cabo de poco se alejaban todos a paso animado, de vuelta a la ciudad.
—¿Quién era… *esa*? —preguntó Valia, muy despacio.
No pude evitar sonreír al verla tan seria.
—Alguien que, puedes estar segura, ya ha desaparecido de mi vida.
—Eso espero. Por su bien.
El Cuervo, que presenció la escena con cierta diversión, decidió intervenir:
—Valia, se ve a mil tornes de distancia cuál es la profesión de esa mujer.
—Una puta de altos vuelos —escupió la etriana, con desprecio.
—No la trates con tanta dureza —le recriminé—. Hace lo que debe hacer para sobrevivir.
—La estabas mirando con deseo. ¡Me di cuenta!
—Sería imposible no hacerlo, pero ya oíste lo que le dije. No volverá a molestarnos. Es una mujer inteligente y sabe lo que le conviene. Yo no le intereso, solo ama el oro. Si no puede sacar más de mí, nos podemos despedir de ella.
—Me alegra oír eso —masculló Valia, con un tono que desmentía su afirmación.
—Tala tiene motivos para estar agradecida —dijo el Cuervo, pensativo—. Ya me han llegado serios rumores sobre sus amoríos con Nigur. Se dio prisa en meterse en la cama del nuevo sigra.
—Cuervo, sé que nunca la has soportado y ahora buscas que la castigue.
—¿Yo? —exclamó, con aire inocente y ofendido—. ¡Jamás!
—No le guardo a Tala ningún rencor. Dejemos que sea feliz, a su manera.
—Lo que desees, ornai —contestó el viejo general, como si

habláramos de un asunto intrascendente, pero noté cierto enojo en su tono y reprimí una sonrisa.

Todo ello ocurrió clepsidras atrás.

Ha habido otras comitivas que me salieron al paso, formadas por conocidos y desconocidos, todos deseando felicitarme los primeros, antes de que entrara en la ciudad. Sé que muchos se pusieron de parte de Nigur cuando subió al poder y ahora desean agradar al nuevo gobernante. No me parecen, en este sentido, muy distintos de Tala, y por ello también los he ido apartando con mayor o menor diplomacia y he acabado por olvidarlos.

Otros asuntos más graves requieren mi atención, así que me olvido de todas estas cosas.

Porque ahora ha terminado ya nuestro desfile victorioso y hemos llegado a la meta, al último objetivo: el Palacio del Poder de Sarlia.

Mientras subo la inmensa escalera que lleva hasta el majestuoso soportal columnado, adornado con estatuas de los más famosos sigras de la historia de Sarlia, el bullicio desciende y la multitud queda envuelta en un silencio expectante. Se ha terminado el tiempo de las celebraciones. Todos comprenden que no voy a demorar más el momento de atrapar por fin a Nigur y arrebatarle el trono.

Me siguen de cerca mis cuatro generales y Valia. Después vienen muchos centenares de Guardias del Ornai, acompañados de unas pocas decenas de etrianas. Somos ya miles los que entramos en el inmenso edificio, pero no hay nadie delante de mí. Soy la cabeza de la serpiente.

Han sido retirados los cadáveres de los gigantescos pasillos de mármol, alumbrados por lámparas colgantes de oro y plata, pero aún quedan signos de la lucha: marcas de lanzazos en las paredes, lienzos desgarrados, borrones de sangre seca en el suelo, bustos caídos y hechos añicos… Los ciudadanos sarlios encargados de no dejar escapar a Nigur se arrodillan cuando me ven y luego se apartan ante la tropa de guerreros que me sigue.

Subimos escaleras y plantas y las señales de la destrucción y la batalla se recrudecen. El caos de manchas y marcas de golpes habla acerca de la huida de Nigur y los suyos, perseguidos de cerca por una muchedumbre enloquecida. Los sicarios del sigra cayeron a decenas por estos mismos escalones y su sangre salpicó las paredes y las estatuas. Nadie habla mientras continuamos el ascenso e interpretamos lo ocurrido aquí. Los pasos y el rozar y tintinear de las armas se parece al rumor de un mar con olas de acero.

Llegamos al piso más alto de la más alta torre. Hay un pasillo ancho y largo, de paredes de piedra unidas con mortero. Los lujos han desaparecido porque esta zona no sirve al fasto ni a la diplomacia, sino a la guerra. Aquí es donde debe refugiarse el sigra en su momento

de mayor peligro. El lugar carece de ventanas y los hachones sobre pies y ganchos metálicos en los muros esparcen una luz amarilla e insinuante.

Hay una barricada alta, compuesta por mesas, tablones, armarios y cualquier otra gran superficie traída de los pisos inferiores. A nuestro lado del parapeto, los ciudadanos que han empuñado las armas ponen una rodilla en tierra cuando me aproximo. La barrera sirvió sin duda para contener cualquier salida y contraataque de los sitiados.

Más allá de la barricada hay veinte tornes de pasillo, hasta una gran puerta de hierro negro, con filigranas curvas en relieve. Sella el último reducto, la madriguera donde se esconde Nigur.

—Abrid la barrera para que podamos pasar —ordeno.

Los civiles armados se apresuran a obedecer, ayudados por muchos de mis guerreros, empujando y tirando los trastos que forman el muro. La brecha sigue abriéndose, hasta que hay un paso franco por el que caben más de diez soldados, hombro con hombro.

Al otro lado aún hay cadáveres, sitiados y sitiadores caídos durante la última lucha, antes de que las puertas se cerraran desde dentro, abandonando a su suerte a los simpatizantes de Nigur que no hubieran logrado llegar al interior de la nueva sala. Hay un ariete abandonado, un tubo grueso de madera maciza con una punta de acero. Apenas ha hecho mella en el hierro de las puertas. Antes que abrirlas por la fuerza, parece más sencillo echar abajo el muro de piedra y mortero que las ciñe.

El Cuervo pone los puños en las caderas y calibra con la mirada las dos altas batientes.

—Tardaremos en forzar su apertura.

—Quizás debamos usar un ariete aún mayor —propone Aldel.

Hago señas al líder de la milicia de civiles, el encargado de vigilar la gran puerta. El hombre se me acerca y hace una inclinación de cabeza rápida y marcial.

—¿Tienen muchas provisiones ahí dentro? —pregunta Sorcán.

—Creemos que sí, general —responde el miliciano—. Consiguieron meter muchos sacos y cántaros de agua antes de atrancar la puerta. Tal vez puedan resistir de tres a cinco alagas más.

Valia se encoge de hombros.

—Podemos esperar.

—No —le contradigo, observando aún el umbral sellado—. No podemos. Nigur sigue allí. No hay tiempo que perder con alguien tan peligroso. Ni un solo latido.

Tebá cierra el puño y golpea el aire.

—Hagamos traer un ariete aun mayor, movido por veinte guerreros, y estrellémoslo una vez y otra contra esa puerta. Acabará por ceder.

—¿Cuántos hombres hay dentro? —pregunto.

El líder de los milicianos se rasca la coronilla y entrecierra un ojo, pensativo.

—Ornai Dargor, creemos que no pueden quedar con vida más de diez de esos sacerdotes del Culto.

—¿Pueden vernos?

—Sí. Sabemos que hay finas rendijas entre las filigranas del metal. Sin duda nos están contemplando, ahora mismo.

—Está bien. —Hago chasquear los dedos, llamando a uno de los oficiales de la Guardia del Ornai. Al instante está a mi lado—. Ordenad a los funcionarios del Palacio del Poder que os entreguen un cofre lleno de monedas de oro.

El guerrero levanta las cejas, sorprendido.

—¡Vamos! —apremio.

Se vuelve, repitiendo el encargo a voces.

—¿Qué te propones? —me pregunta el Cuervo.

—Pronto lo verás.

El resto no me interroga; mi sonrisa astuta les informa sobre mi gusto por el silencio.

Los hombres tardan menos de lo que esperaba. Traen un pequeño cofre cuyo interior produce a cada paso un delicioso tintineo.

—Volcadlo —mando.

Así lo hacen, desparramando una lluvia de monedas sobre las baldosas.

—¡Vosotros, los que estáis al otro lado de la puerta! —grito; la resonancia multiplica la intensidad de mi voz y su profundidad—. ¡Si colaboráis conmigo os aseguro que se os perdonará! ¡Doy mi palabra de ornai! Además, todo este oro será vuestro, ¡vuestro! Lo único que debéis hacer es abrir la puerta y dejarnos paso. Nigur es débil y no puede detenernos. No tenéis por qué morir con él. Quitad la tranca y os haré ricos. ¡El oro os pertenecerá!

Durante algunos latidos, nada ocurre.

Se oye una voz, apagada por el grosor de la puerta:

—¡Ornai Dargor! ¡Abriremos!

—¡No! —ruge alguien—. ¡Quietos, banda de necios! ¡Os matarán!

Sonrío, pues no es imposible que quien acaba de gritar sea el propio Nigur.

Suena el crujido de pesados engranajes y entre mis hombres estalla una vorágine de comentarios y susurros de sorpresa y expectación.

—¡Van a abrir las puertas! —exclama Valia.

—¡Escuchad! —exclama Aldel.

—Son aceros —dice Sorcán—. Están peleando entre ellos.

En efecto, se oyen tintineos de metal, gruñidos y un grito de dolor.

Las bisagras gimen y empiezan a separarse las batientes, con

lentitud enloquecedora.

—¡Rápido! —grito—. ¡Ayudadles!

Mis hombres se apresuran y las dos grandes planchas de hierro negro pronto quedan lo bastante alejadas como para que entren por el hueco tres soldados, hombro con hombro.

—No entréis aún —digo.

Los guerreros retroceden, dejando salir a cuatro hombres vestidos con las túnicas del Culto, pero protegidos por cascos y corazas de guerra; este contraste en sus atavíos resulta extraño y casi cómico. Uno de ellos cae sobre las rodillas, agarrándose el estómago ensangrentado, y suelta la espada.

—¡Traidores! —gime.

Uno de los tres restantes le asesta una última cuchillada en la espalda. El herido queda agonizando sobre un charco oscuro y creciente. Los otros se nos acercan, empuñando aún sus aceros y escudos, jadeantes, temblorosos por el miedo a nuestras lanzas y por la avaricia que provoca la visión del oro volcado. Tras las rendijas del casco sus ojos brillan con los tintes alocados de la violencia reciente.

—¡Ornai Dargor! —se atreve a decir el que parece más viejo—. ¡Dijiste que nos perdonarías la vida y nos entregarías ese dinero!

—Es vuestro —respondo—. Pero antes, contestad: ¿está Nigur ahí dentro, con vida?

—Sí, ornai. Lobaro y Tele querían matarle para ofrecerte su cabeza, así que lucharon contra él. Ahora tienen que estar muertos, los muy necios, pues Nigur es mucho mejor espada que ellos. Nosotros preferimos abrir la puerta y salir cuanto antes. —Señala con el arma rojiza el cadáver sobre el charco oscuro—. Ese trató de impedírnoslo. Otro necio.

—Hay muchos necios en este mundo —digo.

Otro sacerdote ríe con voz ronca, mientras se arrodilla ante el oro y mete las manos en las monedas.

—¡Pero nosotros somos inteligentes! —exclama.

—Llevaos el oro e idos lejos de mi vista. A partir de ahora sois proscritos; tenéis cinco alagas para escapar de Sarlia; si en ese tiempo aún estáis dentro del país seréis ejecutados en acto público.

Los tres sacerdotes me miran con espanto, pero luego asienten con fuerza y empiezan a meter las monedas de vuelta al cofre.

—¡Gracias, ornai! —exclama uno de ellos, sin dejar de recoger el dinero—. ¡Eres el elegido de los dioses!

—Cállate —respondo, asqueado.

Miro las grandes puertas abiertas y pongo una mano sobre el hombro de Tebá.

—Amigo mío —le digo—, no hicieron falta arietes, ni picos, ni hachas, ni tampoco un largo sitio por hambre y sed. Una vez te dije

que el oro es el arma más fuerte y no lo creíste. Espero que este ejemplo demuestre tu error.

Sorcán, Aldel y Valia no pueden evitar reír, e incluso el Cuervo sonríe por un lado de la boca. Tebá me mira con el ceño fruncido, murmurando entre dientes algún reniego, y aparta la cabeza, enfurruñado.

—Entremos de una vez —digo—. Que nadie toque a Nigur. Es mío.

Este salón podría albergar sin dificultades a cuatrocientas personas. En cierta ocasión el Cuervo me habló de él; se trata de una vieja sala de reuniones donde el sigra, antaño, podía recibir a sus consejeros, a los diplomáticos o a cualquier otra persona a la que concediera audiencia. Se construyó en la zona alta del Palacio del Poder sin ninguna aparente razón defensiva, pero las paredes y las puertas de hierro negro eran tan sólidas que al final se convirtió en un lugar casi inexpugnable del edificio, donde el sigra y sus últimos seguidores se harían fuertes si en algún trágico alaga sus enemigos tomaban Sarlia. Además, solo había una entrada por la que acceder, esta que mis guerreros y yo acabamos de cruzar.

Las ventanas han quedado selladas por pesadas planchas de hierro, aseguradas con fuertes trancas. La iluminación proviene por tanto de los múltiples hachones, sujetos a clavos metálicos, hundidos en el mortero del muro. También hay numerosas lámparas de aceite sobre altos pies de bronce. Las llamas amarillentas esparcen una claridad huidiza, ambigua, melancólica y fantasmal; esta luz no llega a todas partes y en los rincones las sombras son profundas. Las cortinas hace tiempo que han caído y descansan en el suelo, cubiertas de polvo; los armarios de los muros se han convertido en el dulce hogar de la termita y la carcoma; los blasones y las panoplias siguen aquí solo porque no tienen apenas valor; todo esto fue despreciado por los decoradores del Palacio.

Hay una especie de patio embaldosado, amplio y circular, en el centro del salón, frente a nosotros; termina en una escalinata de seis niveles. El más alto es una plataforma de mármol con dos tronos para el sigra y la sigra de Sarlia, dos sitiales vetustos labrados en granito y adornados en los brazos con pequeñas cabezas monstruosas.

Vemos cuerpos cerca de las paredes. Visten las ropas del sacerdocio del Culto y muchos de ellos tienen las armas aún en sus manos inertes. Muestran desgarros en las túnicas y los hay que yacen sobre charcos de sangre estancada y maloliente. Debieron sufrir graves heridas en la trifulca del exterior, antes de que pudieran entrar en esta sala, y terminaron de morir entre estos muros.

Pero hay dos que aún sangran, tirados sobre la escalinata, con tajos recientes.

Su ejecutor está inmóvil, sentado en el trono del sigra. La espada que los mató reposa encima de sus muslos.

Nigur y yo nos miramos.

Hoy, viste la túnica de honor del sigra y su coraza de oro y plata. Trato de recordar a ese hombre afable, sereno y bondadoso que me hablaba acerca de las virtudes del culto al Vigilante y me ofrecía su

amistad y su apoyo desinteresados…

Pero el que encuentro sobre el trono del sigra, aunque comparte la misma piel, no es el mismo hombre. Ahora, la tranquilidad de sus ojos tiene el frío del hielo y en ellos flotan el poder y la amenaza. Sus rasgos también se han afilado, marcándose los huesos contra los pómulos, igual que en una faz tallada en madera. Las sombras de las llamas tiñen sus facciones y su coronilla rasurada, y acentúan el aspecto cadavérico. Se mantiene tranquilo en su trono, pero es la inmovilidad de la fiera antes de atacar a su víctima. Hay algo animal y agresivo en él, algo en lo que se mezclan la astucia y la crueldad.

Mis guerreros están preparados y ya levantan sus lanzas. A un solo gesto mío las arrojarán sobre Nigur y después lo harán literalmente pedazos. Pero no hay miedo en él. Parece dominar la escena, como un dios helado al que los hombres solo pudieran molestar.

—Abrid las ventanas —ordeno.

Los soldados corren a obedecer el mandato, suenan crujidos y la luz de Croaga entra en la estancia, dibujando chorros amarillentos en los que flotan las partículas de polvo. Esta nueva claridad desintegra por fin las profundas sombras de la sala.

—Entrégate y tu muerte será rápida e indolora —le ofrezco.

Sonríe, como un inmenso reptil. La mueca se va deshaciendo poco a poco, hasta convertirse en una burla amarga y sarcástica.

—Ríndete tú, ornai. —Se levanta—. Soy el sigra legítimo de Sarlia y te ordeno que bajes las armas y acates mi mandato. Te doy la vida y la libertad, pero antes habrás de salir de mis tierras. No hay lugar en ellas para un traidor.

—Cinco guerreros, id y atrapadlo —ordeno—. No le causéis daño. Lo quiero vivo.

Se adelanta un quinteto de Guardianes del Ornai, arrojan las lanzas al suelo y agarran la espada dentro de su vaina, como si fuera una porra. Nigur les observa con tranquilidad.

Los hombres empiezan a subir la escalera, pero el sigra salta hacia ellos con un alarido y una expresión de furia, empuja al primero antes de que pueda golpear, derribándole y lanzándole sobre el siguiente; se vuelve esquivando un golpe y se agacha avanzando y estocando, atravesando la ingle de otro guerrero. Levanto la mano y a mi espalda mis gentes se contienen y siguen en su sitio.

Un hombre cae a los pies de Nigur con la garganta seccionada. El sigra se mueve con decisión y soltura, sin derrochar energías. Es frío y sistemático, un luchador al que debo admirar.

Sale de la línea de ataque de los tres restantes y antes de que empiecen a unirse cierra sobre uno de ellos con una rabiosa lluvia de golpes. El soldado se defiende como puede, hasta que descubre que su mano derecha no está ya pegada a la muñeca, sino junto a sus pies.

Nigur le pincha el cuello, le agarra antes de que caiga y lo empuja, haciéndole girar al mismo tiempo, para interponerlo entre el siguiente enemigo y él. Mientras el cuarto soldado se quita de encima el peso muerto, Nigur avanza con un paso lateral hacia el quinto y la espada desnuda centellea. El guerrero se lleva la mano al cuello, intentando detener sin éxito la hemorragia letal. Nigur le aparta de un empujón y el moribundo se desploma.

El quinto y último soldado contempla al sigra. Agarra con mano temblorosa su espada metida en la funda. Altivo y sereno, Nigur le hace una seña con la espada para que se le acerque. El guerrero mira alrededor y encuentra cuatro hombres que agonizan o están ya muertos. Tras el casco sus ojos se desorbitan, reúne todo el valor que posee y se lanza hacia el abismo con un aullido desesperado.

No dura ni diez latidos.

Nigur termina de limpiar la espada en la túnica de un cadáver y se levanta, mirándome con una sonrisa en su rostro furioso, resplandeciente de sudor y orgullo.

—¿Cuántos guerreros más quieres enviar a la muerte, ornai? —me pregunta. Apunta su espada hacia mí—. Arreglemos esto tú y yo solos… Si es que te atreves.

El Cuervo empieza a sacar su acero.

—¡Déjame pelear, Dargor! —exclama.

Le retengo con una mano.

—No caigas en su trampa, ornai —me dice Sorcán—. No tiene ninguna oportunidad de escapar. Somos miles contra él. Morirá rápido.

—¡Caerá de una lanzada! —grita Tebá.

—Si me das permiso, lo haré yo —pide Aldel.

No les contesto. Mi vista sigue fija en Nigur, que también me observa en silencio. Sonríe con un desprecio que me parece intolerable.

Valia me agarra del brazo.

—Dargor, deja que tus hombres lo apresen. ¡Te está provocando! ¿Qué necesidad tienes de arriesgar tu vida? ¿Por qué?

En sus ojos casi leo una súplica, lo cual me hiere. Ella, todos ellos, piensan que no puedo ganar a Nigur en un combate limpio. Aman a su ornai y por eso intentan disuadirle de morder el cebo.

—La puta que te has buscado lleva razón —dice Nigur, ensanchando su sonrisa—. También ese viejo, el Cuervo, y tus otros amiguitos, todos ellos dicen la verdad. Incluso yo te recomiendo que lances a tus hombres contra mí. Al fin y al cabo solo soy uno y pronto me matarán. Y tú no pondrás en peligro tu vida. —Abre mucho los ojos y levanta las cejas—. ¡Vamos, Dargor! ¿A qué esperas? Deja que otros hagan el trabajo sucio. Es la opción más razonable. Hay que

preservar la vida del líder. Tú puedes mirar la batalla desde la retaguardia.

Respiro con fuerza, apretando los dientes.

La expresión de Nigur se va tornando más grave, hasta asemejar el rostro de una estatua.

—Ella lo dijo: ¿por qué arriesgar tu vida, Dargor? ¿Qué razón habría para que te expongas a un peligro innecesario? ¿Por qué deberías luchar contra mí, solos tú y yo? Se trataría de un duelo: una lucha a muerte contra otro hombre.

»Solo puedes encontrar una razón para enfrentarte conmigo en pelea limpia, delante de tus gentes, una razón nimia y estúpida, algo sin sentido e ilógico, algo que no sirve para nada, que no produce riquezas y que lleva a los hombres a la tumba y al olvido. Es, quizás, la mayor de las necedades.

»¿Sabes ya cuál es esa razón tan tonta?

Hace una pausa, durante la cual podría cortarse el silencio con un cuchillo. Se contesta a sí mismo:

—El honor.

Desenvaino mi espada y avanzo tres pasos hacia él. Nadie replica ni se mueve.

—Procuraré no matarte, Nigur, para así darte una muerte lenta.

—¿Y si gano yo y eres tú quien muere?

—Mis hombres también te ejecutarán de manera lenta y desagradable. No puedo dejar que Sarlia corra el peligro de que sigas vivo.

—Comprendo. Así pues, mi única salida positiva es morir de manera rápida en este combate.

—Sí.

—Lo intentaré. Pero antes, Dargor, procuraré que tú vengas conmigo. Espero que eso no te ofenda.

Siento ganas de sonreír con tétrica alegría, a pesar de todo.

—Basta de charlas. Peleemos.

Tira la espada al suelo, cosa que me sorprende.

—No era un digno metal para acabar con el ornai —dice—. Prefiero la espada que me espera detrás del trono. La he guardado para este momento.

—¿Qué espada es esa?

—La de tu padre, Dargor. ¿Me permitirás cogerla?

Me tenso por culpa de la ira y a mi espalda estallan comentarios de escándalo e indignación; pero recuerdo a Amáer Atur y de pronto tengo la convicción de que él acarició muchas veces la idea de dar muerte con su propio acero a ese hijo que odiaba. De nuevo siento ganas de reír y soltar esa carcajada amarga que se retuerce en mis tripas. Le hago un ademán con el brazo.

—De acuerdo. Tómala.

Nigur sube por la escalinata y busca tras el sitial del sigra de Sarlia. Saca el arma, brillante bajo los rayos de Croaga. En efecto, es el acero con engaste de oro y piedras preciosas que llevaba siempre Amáer Atur, la misma arma con la que mató a ese viejo militar caído en desgracia, durante aquella lejana fiesta, ante mis propios ojos.

Comienza a bajar la escalera y corta varias veces el aire.

—La he hecho afilar por si llegaba esta ocasión.

—Luchemos —digo.

Empezamos a caminar rodeándonos uno al otro, estudiándonos, pasando de la cascada de luz a la tiniebla huidiza. Nuestros pies susurran sobre las baldosas. El fuego cruje en los hachones y decenas de espectadores se remueven inquietos, con los ojos desorbitados dentro de los cascos.

Nigur se quita la coraza y yo hago lo mismo con mis protecciones corporales. Ya solo vestimos la túnica, yo de ornai y él de sigra.

Mi enemigo camina hacia mí con aire desenvuelto. No le rehúyo. Nuestros aceros se mueven como avispas brillantes, levantando un espantoso tronar metálico que el eco de la enorme sala multiplica, llevándoselo hasta el último rincón. La rapidez impide decidir cualquier estrategia y se actúa por instinto, por reflejo. El enjambre de tajos, estocadas y fintas termina cuando los aceros quedan trabados y sus filos resbalan uno sobre el otro, rechinando de manera insoportable. Los dos empujamos. Veo su cara enrojecida, arrugada en una mueca a medias entre la risa y la rabia. Sus ojos oscuros brillan como ascuas ardientes. Tiene una fuerza terrible, pero no pienso ceder. Temblando y gruñendo, sigo empujando hacia delante.

Da un paso lateral, haciendo girar la espada para cortarme el rostro, pero yo también hago un zigzag y la aparto de mí.

Retrocedemos bajando las armas, caminando de nuevo alrededor uno del otro, respirando con fuerza, mirándonos, sumergidos en un mundo fantasmal de luces y sombras, rodeados de rostros de acero y estatuas de carne que sostienen escudos y lanzas.

—Voy a matarte, Dargor, igual que maté a tu padre —amenaza.

—Así pues, lo reconoces.

—No tengo nada que perder y por tanto, ¿qué importa? Sí, provoqué su final. Le mantuve con vida hasta que supe de tu caída al Amitas. Llegados a ese punto no le necesitaba y mis drogas terminaron de mandarle al abismo. —Sonríe, cruel—. ¿Sentiste su muerte?

—No significó nada para mí. Amáer no me quería y supongo que yo tampoco le amaba.

—Era un pobre idiota. Le manejé siempre a mi antojo.

—¿Sabía de tu alianza secreta con los alais?

Abre mucho la boca y los ojos, como si recordara algo divertido.

—¡Los alais! También lo has descubierto. Eres un chico listo.

Me detengo y le señalo con la espada. Él también deja de andar.

—Contéstame. ¿Lo sabía Amáer Atur?

—Nunca se lo dije a las claras, pero algo debía sospechar. Para su cerebro confundido por el vino, los asuntos de Estado se habían convertido en un laberinto de indecisiones y yo era su única guía para salir de él.

»Pero Amáer Atur sí entendió una cosa: que te enviábamos a una trampa cuando te ordenó que fueses al Cinturón del Norte. Había muchas probabilidades de que los alais te mataran, pues no te permitió llevar más que a la Guardia del Ornai. Debíamos aprovechar esa oportunidad.

—¿Quién era ese líder alai, el guerrero gigantesco junto al que caí al Amitas?

—Uno de mis agentes entre los bárbaros.

—¿Agentes?

Nigur se echa a reír. Parece demasiado alegre, dadas las circunstancias, lo cual me confunde.

—En efecto, Dargor. Hace furás que llevo preparando a los alais: en secreto les he enviado decenas y decenas de embajadas, prometiéndoles el poder en Sarlia; el poder junto a mí, claro.

—¿Cómo lograste convencerlos? ¿Cómo lograste siquiera que escucharan las palabras de un sarlio?

Nigur sonríe jovial y señala con la espada hacia uno de los ventanales de la estancia. Miro hacia allí y veo, lejana en el cielo, la Roca del Vigilante.

—Religión —contesta.

»Durante furás he enviado a mis sacerdotes para iluminarlos, para esparcir entre ellos la doctrina del Culto. Poco a poco nuestras enseñanzas han ido penetrando en sus rudas mentes, hasta que nos ganamos a muchos de los principales líderes. La religión, y las promesas de invasión y poder, consiguieron el milagro.

—Parece increíble. Los alais son fieras y jamás atenderían a vuestras complicadas explicaciones sobre lo divino y lo humano.

—La música amansa a las fieras, si uno sabe qué música tocar.

»No fue tan difícil. La doctrina que enseñamos a los alais difería de la que enseñábamos a los sarlios; a los bárbaros les dijimos que el Vigilante era en realidad un alai, el Alai Supremo… ¡El Dios de los Alais! Y les estaba ordenando desde su roca que reconquistaran una tierra que antaño fue suya: Sarlia.

»Los hombres y los alais no son tan diferentes. Dudan de la palabra de sus líderes, pero no dudan de la palabra de un dios. Alaba a un necio y te lo habrás ganado; con los inteligentes ocurre lo mismo, pero se necesita más tiempo y habilidad. Todos sucumben al halago. Las

alais se creyeron los hijos de un gran dios y eso les gustaba. Los hijos del Vigilante. El Vigilante Alai.

—Tú no crees en el Culto.

—Sí. Creo que es un buen instrumento para llegar al poder.

—Y usas el nombre de tus dioses en vano.

Dargor sonríe al tiempo que menea la cabeza con falsa bondad.

—¿Qué me importa a mí el Vigilante? ¿Acaso sé lo que ocurre en el interior de Croaga? No, pero me da calor y luz. De manera semejante, el Vigilante siempre ha estado ahí, o al menos su roca. ¿Qué importa la razón tras todo esto? Soy una persona práctica y por tanto busco la utilidad. Él me es útil y por tanto creo en él.

También sonrío, pero en mi mueca no hay diversión ni sarcasmo, solo repugnancia.

—A ti te son indiferentes los dioses, las normas, los códigos y los pactos. No crees en nada, Nigur. No eres leal a nada ni a nadie.

—En realidad te equivocas. No carezco de eso que llamas lealtad. Soy fiel a una sola causa: yo mismo. La causa de Nigur. Ese es el dios al que honro y en el que creo; esa es mi única patria. Y te aseguro que le soy muy leal.

—Es una forma de verlo. Pero no te ha llevado muy lejos, porque morirás de manera ignominiosa y tu memoria será escarnecida.

—Si no hubieras aparecido de nuevo en escena me habría llevado el gran premio. Lancé a los alais contra ti cuando aún no estaban maduros para vencerte y ese fue otro golpe decisivo contra mí. Jugué con habilidad, pero me faltó la suerte. Sin embargo, no me arrepiento de nada. Jugar y perderlo todo me parece mejor que ver el juego desde fuera.

—¿De veras ha merecido la pena todo el daño, el dolor y la muerte que causaste?

—¿Me preguntas si mereció la pena? —Sus ojos brillan y la sonrisa se hace más dura y profunda—. ¿Tú, Dargor? Has visto a los hombres inclinarse ante tu voluntad y has saboreado su miedo y sus ansias de agradarte. Su adoración. Tener entre tus dedos el futuro de miles y miles de personas… El poder. No hay nada más embriagador. ¿Qué importa todo lo demás ante esta ambrosía, este néctar del que nunca puede uno acabar saciado?

»Sí, Dargor: mereció la pena.

—Tu tiempo de poder ha terminado. Luchemos.

—Luchemos.

Caminamos de nuevo uno hacia el otro. Esta vez leo en su rostro y en sus movimientos que el tiempo de los tanteos llegó a su fin. No se producirán más descansos ni se darán más explicaciones y entre nosotros solo habrá esfuerzo, rapidez, decisión y destreza, hasta la muerte o el triunfo.

Me lanzo por él y me recibe deteniendo, provocando el primer clamor del metal. A continuación todo se transforma de nuevo en un remolino centelleante que grita con voz ensordecedora. Nigur es fuerte, rápido, osado y tiene nervio. El impacto de sus golpes culebrea por mi brazo y siento algunos incluso en la mandíbula. Pero yo también ataco con saña, con el ímpetu del odio. Nigur causó la muerte de Amáer Atur, me engañó para ir a una encerrona alai, volvió a mi amigo y mi general Quiro contra mí, de manera indirecta fue el causante de mis desventuras en el Amitas, en Uriana, en Ocrai y en el Laberinto, pactó con los bárbaros la entrega de Sarlia y ha intentado arrebatarme un trono que me pertenece. Tengo muchas razones para odiarle y por eso pongo el alma entera en el tajo y la estocada.

El combate se relaja tras las primeras embestidas. Tanto su frente como la mía están cubiertas de sudor y jadeamos de forma ruidosa. Suelto un grito desgarrador cuando casi alcanzo su cuello, con un golpe diagonal descendente. Se vuelve con un paso lateral y lanza un revés. Gracias a que me he vuelto en el último latido su filo no me ha segado con limpieza la garganta, pero el corte ha abierto la piel de mi hombro derecho y noto la sangre que mana de la herida, chorreando por el brazo, hasta la muñeca y el puño de la espada. El vino de la vida escapa en gotas cuando alzo el arma para detener su siguiente golpe, pues Nigur me persigue implacable, poniendo todo el peso en el nuevo intento. Retrocedo y casi trastabillo, sintiendo el brazo empapado y pegajoso. Veo el rostro enloquecido de mi enemigo, salpicado de rojo, los ojos y la boca muy abiertos. Huyo de su trayectoria, pero me sigue. Alguien grita y oigo un murmullo de comentarios de alarma. Nigur se abalanza sobre mí, pero planto mis pies y resisto su empuje, parando y esquivando, obligándole a su vez a defenderse. No hay ya estrategias defensivas, tácticas ni subterfugios, y el combate se ha convertido en una lucha animal. No retrocedemos, sino que giramos sobre nosotros mismos sin ganar ni perder territorio, obligándonos a mover las armas con mayor rapidez. Los jadeos suenan metálicos y torturados. Entre las espadas saltan chispas amarillas y goterones de sangre. Empiezo a notar el brazo caliente y rígido. Noto cierta resistencia y mi acero sale de su cuerpo, haciendo volar esta vez su vino oscuro en una línea curva y elegante que se perfila nítida contra el chorro de luz de Croaga.

Nigur retrocede con los ojos muy abiertos, más por la sorpresa que por el dolor. Le persigo y aun logra detener una estocada y devolver un revés… Pero por una rajadura en su abdomen aparece un bulto humeante, negruzco y rosado. Se agarra las tripas que ya salen por la brecha, logrando incluso parar un nuevo golpe. Retrocede y casi cae al suelo, mientras por el tajo en su cuerpo escapan y se desparraman las vísceras humeantes. Mi siguiente golpe le arranca la espada del puño y

al fin se desploma sobre las nalgas.

Me detengo. Ambos jadeamos y nos miramos, yo en pie y él sentado, con las piernas abiertas. Poco a poco se vuelve hacia abajo, hacia esas manos que intentan todavía sujetar los intestinos. Tose con violencia. Su rostro se vuelve pálido, gris y por último azul. La piel parece hundirse bajo los ojos y alrededor de la boca, como succionada hacia dentro, tal vez deseando huir por la herida letal. En el silencio que nos arropa nuestra respiración restalla igual que si alguien estuviera azotando un poste de madera.

—Has perdido, Nigur —digo.

Aprieta los labios, que ya tienen un color morado oscuro. Abre la boca y su voz suena ronca:

—No duraré mucho, Dargor. Pierdo demasiada sangre.

Sonríe, con una mueca que me parece aterradora.

Me llevo una mano a la frente, pues noto el principio de un mareo; el combate ha sido demasiado duro y cansado. Pero sigo inmóvil, observándole.

—Antes de morir quiero decirte una cosa, ornai —acierta a decir, sin perder esa mueca espeluznante de alegría macabra.

Me cuesta enfocarle. La sala se mueve con un vaivén espantoso, a pesar de que mis pies continúan plantados con firmeza en las baldosas.

La sonrisa de Nigur se ensancha, tensando como cables todos los músculos de su rostro moribundo. Lucen sus ojos e imagino que dentro de cada uno hay una luciérnaga que se estrella contra las retinas, intentando salir.

—Te dije que vendrías conmigo, Dargor. Te lo dije.

Un frío pegajoso me invade los miembros y sufro un escalofrío. Manos fuertes me cogen, pues mis piernas comienzan a doblarse. Veo el rostro del Cuervo y también el de Valia, que me mira con alarma.

—¿Qué le ocurre? —grita—. ¡Dargor!

Nigur comienza a reírse, con carcajadas secas y cortantes. Su cuerpo tiembla y sus ojos se desorbitan y parecen expandirse a través de un mundo que ya se vuelve oscuro y confuso.

—¡No ha ganado nadie, Dargor! —grita—. ¡Los dos hemos perdido! ¡Nos vamos tú y yo, juntos, al abismo infinito!

Me miro el hombro oscuro y húmedo.

—No puede ser —susurro—. Es un corte superficial. No…

El rostro de Sorcán aparece ante mí, alarmado. Valia le agarra de un hombro y le zarandea con furia y pánico.

—¿Qué le sucede? —chilla—. ¡Cerradle la herida!

—No puede desangrarse —murmura Aldel, desconcertado—. La hemorragia está restañada.

La risa de Dargor acaba cuando alguien le golpea en la cabeza,

rematándolo.

Sorcán levanta mis párpados y observa mis pupilas.

—¡La espada de Nigur! ¡Traedla! ¡Rápido!

Tengo la boca reseca. De pronto, comprendo que voy a morir. La vida se me está escapando poco a poco. No tengo fuerzas ni para seguir en pie y han de sostenerme entre dos soldados. Valia me pone las manos en las mejillas y clava su mirada en mí. Tiene los ojos enrojecidos y húmedos. De pronto, se le caen las lágrimas.

—No, Dargor, vamos, no te vayas. Puedes vencer. ¡Lucha, amor mío!

Veo a Sorcán entre un barullo de personas, sosteniendo cerca de su nariz el filo de la hoja de Nigur.

—Huele amargo —le dice al Cuervo.

El viejo general le quita el arma y la mira con asco y desesperación.

—El recurso de los asesinos: veneno en la hoja.

—Ahora lo entiendo… —susurro. Miro a Valia—. Qué grande era Nigur… Con la espada de… mi propio padre.

—No, cariño, tú no vas a morir —me dice Valia, limpiándose con los nudillos el rostro húmedo. Se vuelve hacia atrás y aparta de un empellón a Tebá y Aldel, para encararse con Sorcán y el Cuervo—. ¡Encontrad un antídoto! ¡Tiene que haber un remedio!

Sorcán la mira, tenebroso.

—Debe tratarse de astoclo o belano; si es uno de esos compuestos, no hay cura. Lo máximo que podemos esperar es que aguante tres o cuatro clepsidras. Un alaga, como mucho.

—¡Buscad un antídoto, hijos de puta!

—La etriana lleva razón —dice Tebá, ronco, también con humedad en los ojos—. ¡Soldados! ¡Traed a los mejores físicos del Palacio! ¡Ahora! ¿A qué esperáis?

Un tropel de guerreros sale de la estancia a la carrera.

Ahora que entiendo la explicación de mi debilidad encuentro, cosa extraña, algún asidero que me une a la vida. Pero es un descanso momentáneo, pues la oscuridad continúa acercándose poco a poco. La siento alzarse como una ola tenebrosa, dispuesta a envolverme y llevarme en cualquier momento hasta lo más profundo de su mar de cenizas.

—No perdáis el tiempo —digo—. Nigur debió asegurarse de que no habría cura.

Hago aspavientos con las manos, buscando auxilio. Valia se me acerca y me pasa un brazo por encima de la nuca. El Cuervo, Sorcán, Aldel y Tebá casi se abalanzan sobre mí, avergonzados, para ayudarla.

—Llevadme al trono. Debo morir como sigra, no como ornai.

—¡Apartaos! —gime el Cuervo, alejando a Sorcán, Aldel y Tebá. No hace así con Valia; ambos me aman demasiado como para impedirse

uno al otro ser mis muletas.

Camino arrastrando los pies, temblando a causa del frío que me invade. Alrededor hay un enjambre de soldados compungidos y silenciosos. Noto la mejilla caliente y húmeda de Valia pegada a la mía, mientras soporta a duras penas mi peso. Me habla con voz entrecortada y temblorosa, llena de esa pasión que siempre la ha desbordado:

—No puedes morir, cariño mío. Aún nos quedan muchos amaneceres por ver. Todavía hemos de montar innumerables veces en el erco y sobrevolar las alturas para ser los reyes de los cielos. No te vas a ir; no te lo permitiré. Maldita sea, no me hagas esto, Dargor…

A mi izquierda el Cuervo no dice nada, pero también noto moverse su pecho en pequeñas convulsiones.

El trono se alza ante mí y me revuelvo, apartándoles.

—He de subir… solo.

El Cuervo comprende, entristecido. Miro a Valia casi con una súplica en mis ojos. Ella se tapa la mitad de la cara con una mano y también me suelta.

Primero un pie y luego otro, asciendo por la escalinata. El trono está bañado en un haz de Croaga, el sigra de toda la tierra. Es un honor que sea él quien me apadrine cuando alcance yo al fin el ansiado poder absoluto. La mitad superior de mi cuerpo está muy débil y casi se arquea, pero las piernas parecen dotadas de vida propia, me llevan con precisión sobre esta escalera que ondula y cuyos contornos quedan difuminados en una confusión nebulosa. La ola negra aún se levanta sobre mi cabeza, pero aprieto los dientes y la mantengo inmóvil.

Me siento sobre el trono. Contemplo la sala llena de guerreros. Sorcán, Aldel, Tebá, el Cuervo y Valia se encuentran aún en la base de la escalera, mirándome con los ojos desorbitados. La luz de Croaga entra por los ventanales, agujereando el mar de oscuridad, abriendo islas de luz sobre los cascos, las lanzas, el suelo, las paredes…

Soy un extranjero en este mundo. Pero he desechado mis antiguas normas y he aceptado las de este universo imposible. He descubierto la fuerza rabiosa y amoral de la vida en el brillo de una lanza, en la violencia de la guerra, en la noche infinita de las llanuras, en las cumbres majestuosas de las montañas, en el ardor de los labios de una mujer enamorada, en el viento cortante mientras se vuela a lomos de un erco, en el terror del vencido y en la carcajada victoriosa de su verdugo. En este mundo no hay términos medios, no hay anestesia para las emociones y los instintos. La vida es muy corta y está llena de esfuerzos, sacrificios y penurias. Las sensaciones son extremas y tanto los dolores como los placeres cobran una nitidez inusitada. El bien y el mal se difuminan y desaparecen para dar paso al imperio de la

supervivencia y sus leyes enérgicas e inflexibles.

¿Es preferible una existencia de este tipo o es mejor la que me ofrecía mi mundo anterior?

No lo sé. Pero casi he olvidado la vida que dejé atrás. La desprecio sin poder evitarlo, igual que tampoco puedo evitar amar este segundo hogar, con todas sus grandezas y brillos y todas sus miserias y crueldades. Me he entregado a él hasta el punto de dar la vida para encumbrarme hasta su máximo escalafón de poder y gloria. Ahora entiendo a Nigur. No es baladí ser el sigra de Sarlia. De pronto, se esfuma mi odio hacia él. Los dos hemos saboreado este vino tan dulce y hemos pagado con la vida. Casi le siento como un hermano, un igual, no como ese enemigo aborrecible al que deseaba destruir.

—Valia —llamo—. Sube.

Ella me mira, sorprendida. Ve mi mano, que le señala el trono de la sigra de Sarlia, y su rostro se dulcifica en una expresión adorable. Es tan bella que quisiera retener su imagen por siempre en una estatua, un lienzo, una memoria infalible. La gravedad de la situación cae sobre ella y su expresión gana serenidad. Empieza a subir la escalera, mirándome con sus enormes ojos verdes. Me toma de la mano que le tiendo y se sienta a mi izquierda. Ambos contemplamos a nuestros súbditos.

—¡Arrodillaos ante los sigras de Sarlia! —grita el Cuervo, con voz tronadora.

Todos los presentes se apresuran a postrarse y humillar la lanza y la cabeza. No quisiera mejores sirvientes, pues fueron ellos, los soldados, quienes tragaron barro y sangre en el campo del honor para defender mi causa. Es justo que se encuentren conmigo en estos momentos.

Mi mirada se detiene en una ventana de la pared a mi derecha. El rectángulo enmarca un pedazo de cielo espléndido y azulado, en el cual flota la Roca del Vigilante. He liberado a Sarlia de Nigur y por tanto de la influencia perniciosa del Culto, pero comprendo que mi nueva patria nunca se verá libre del propio Vigilante, de su sombra. Tanto si esa gran piedra está habitada como si está vacía, su influencia siempre caerá como una losa de temor y misterio sobre las torres más altas de Sarlia.

Esa es mi única inquietud, ahora que soy sigra; pero es una preocupación que crece sin que pueda evitarlo y que me carcome, enfureciéndome. Me iré sin saber qué o quién es el Vigilante. No sabré por qué su roca flota cerca de Sarlia, ni tampoco cuáles son sus intenciones. ¿Es un dios o todo se basa en una tecnología que soy incapaz de entender?

Doy un puñetazo en el brazo de mi trono, mirando aún la Roca del Vigilante. Valia me aprieta más fuerte de la otra mano, como si quisiera atravesar con sus dedos mi piel y fundirse conmigo. Los

súbditos aún continúan postrados, pero empiezan a levantarse. La ola negra ya comienza a caer sobre mí. Todo se desvanece y parece vano. Una pereza enorme invade mi cuerpo, como si estuviera a punto de quedarme dormido.

Sin embargo, continúo pendiente de la Roca del Vigilante.

Doy un nuevo puñetazo y muestro los dientes.

—He de saber —afirmo.

—Amor mío, ¿qué…?

—¡He de saber!

Sorcán y el Cuervo empiezan a subir las escaleras, preocupados.

—¡Señor! ¿Deseas que te llevemos a otra sala?

Empiezan a transformarse en jirones grises y me siento arrastrado hacia el sueño final, a la nada infinita, debatiéndome sin fuerzas en brazos de la gran ola.

Mi última mirada sigue clavada en la Roca del Vigilante.

—¡No! —grito—. ¡Retrocede, oscuridad!

Siento manos y voces que van y vienen dentro de mi cabeza.

—¡Retrocede!

El gris se vuelve claridad y después cristaliza en una masa de colores y figuras. Reconozco a mis generales, a Valia y a los soldados. Me encuentro a mí mismo bajando las escaleras. Dentro de los cascos, los ojos me contemplan con estupor y admiración.

—¡Valia! ¡Cuervo!

—Aquí nos tienes, señor mío.

—Dime, mi amor.

—¿Respetaréis mi última voluntad? —les pregunto, reprimiendo el mareo.

—¡Sí! ¡Lo que sea!

—¿Lo juráis?

—Todos lo juramos, sigra —afirma Sorcán.

Tebá y Aldel me agarran de los brazos.

—Pídenos lo que quieras.

—Está bien. Habéis hecho un juramento; recordadlo. Valia, quiero un erco ensillado.

—¿Deseas un último vuelo por encima de las nubes?

—No solo eso. Iré hasta la Roca del Vigilante. He de saber.

Intentaron convencerme de que no montara en este erco sobre el que ahora atravieso el cielo sarlio, en dirección a la Roca del Vigilante. Pusieron mil y una excusas y presentaron todo tipo de razones lógicas, precauciones y pretextos. Tebá y el Cuervo casi me llegaron a amenazar con atarme a la cama para no cometer esta locura.

Pero habían jurado que satisfarían mi última voluntad, fuera cual fuese, y por tanto me permitieron caminar, sosteniéndome sobre mi querida Valia, hasta una de las enormes terrazas del Palacio del Poder. Estaba cansado y sudoroso, sentía la cabeza palpitar, pesada y caliente, y a veces las figuras y los colores en torno a mí se convertían en un torbellino difuso.

Sin embargo, mi objetivo de hablar con el Vigilante, quizás enfrentarme a él, tal vez con el resultado de matarle o de ser destruido por su poder, está dándome unas energías que consideraba perdidas. El veneno sigue trabajando en mi interior, pero consigo mantener a raya la debilidad de mis miembros. Aún no ha caído la ola negra sobre mi cabeza y todavía puedo nadar en este mar tenebroso cuyas profundidades me reclaman.

Les ordené que nadie dijera nada a las gentes que abarrotaban las plazas y las avenidas en torno al Palacio del Poder y que demandaban a voces noticias sobre el ornai Dargor, pues si les informaran de que voy a romper miles y miles de furás de tradición y tabú, enfrentándome al Vigilante, quizá se produjeran tumultos y hasta violencia; para ellos se trata de un tema sagrado e intocable.

Sí, mis amigos intentaron convencerme de que no fuera.

Pero voy.

Lo más difícil fue conseguir que Valia no montara conmigo en el mismo erco. Tras muchos ruegos, lágrimas, amenazas, gritos y hasta insultos, al fin claudicó; aun así, me sigue a poca distancia, en su propia montura. Si el Vigilante me fulmina con un rayo o me reduce a cenizas con una lanza de fuego, no deseo que Valia sufra el mismo destino.

Tras ella van sus casi cien etrianas, montadas en otras tantas bestias volantes. Y lo más extraño —en otra ocasión incluso gracioso— es que el Cuervo, Sorcán, Aldel y Tebá viajan de paquete, agarrados con terror a la cintura de la conductora del erco que les haya tocado. Exceptuando a Valia, cada etriana lleva en la misma silla a un guerrero de la Guardia del Ornai, pues ni en estos momentos quieren dejarme solo. El aventurarse a subir por primera vez sobre una de estas criaturas y lanzarse hacia las nubes es una muestra indudable de su valor y de su lealtad.

No hace más de veinte latidos que dejamos aquella gran terraza del

Palacio del Poder y ascendimos a gran velocidad, como una bandada compuesta por cien gigantescos pájaros conducidos por criaturas humanas. Bajo nosotros las muchedumbres se agitaron, pero ya subíamos a tanta altura que se convirtieron en apenas un enjambre multicolor, entre grandes edificios de juguete.

Ahora vuelo el primero de todos, con la vista clavada en la gran fortaleza del dios que ha atemorizado a Sarlia durante tanto tiempo. Llevo puesta la coraza y el casco y en mi cintura reposa la misma espada que dio muerte a Nigur y me convirtió en sigra. Mi hombro derecho está envuelto en lienzo y vendas y la hemorragia parece cerrada. El viento aúlla contra mí y Croaga nos acaricia con sus incontables dedos de luz y calor. La debilidad aún trabaja para destruirme y a pesar de ello siento la excitación salvaje de volar.

La Roca se nos acerca como una inmensa mole oscura, un agujero en el lienzo del horizonte. Ya advertimos esas torres que se vislumbran desde el suelo de la capital, nacidas de un palacete de líneas cuadradas. Hay allí jardines y pequeños bosques sobre explanadas de tierra, pero no veo aún a nadie. El lugar parece desierto.

Oigo gritos a mi espalda y me vuelvo. Abro mucho los ojos, pues descubro a Valia intentando controlar a su erco. El animal se encabrita, sufre convulsiones y aletea con fuerza, como si se hubiera vuelto loco. Obligo a mi montura a girar y me acerco a ella.

—¡No quiere seguir! —me grita Valia, desesperada, fustigando al erco, clavándole las espuelas, pero el pobre animal muge con voz cavernosa, tiene los ojos muy abiertos por el terror y se niega a continuar, dándole la espalda una y otra vez a la Roca.

Lo mismo le sucede al resto de mis acompañantes, a todos, sin excepción. Sus animales chillan y se enrabietan, caracolean, se retuercen, sufren espasmos y casi lanzan a sus enfurecidos dueños de las sillas.

El mío, sin embargo, no ha puesto ningún reparo en acercarse a la Roca.

Lo obligo a acercarse a Valia y planear en torno a ella y la llamo con la mano.

—¡Valia! ¡Yo sí puedo continuar! ¡Iré solo!

—¡No! —grita, intentando que su montura vuele hacia la morada del Vigilante—. ¡No lo hagas, Dargor!

Me acerco aún más y nuestros ojos se encuentran durante un instante.

—¡Recuerda que siempre te he amado y que te quiero con toda mi alma! —le grito—. ¡Recuérdalo siempre, pase lo que pase!

—¡Vuelve, Dargor! —aúlla—. ¡Es una trampa!

Pero ya he hecho dar la vuelta a mi montura y la obligo a aletear con fuerza hacia delante. No tengo tiempo para despedirme de mis

fieles amigos. La muerte no está dispuesta a detener su avance durante mucho más tiempo. Sé que ellos podrán entender mis acciones.

Una sonrisa fría me arruga el rostro, dentro del casco.

—A los demás les impides seguir, Vigilante —susurro—, pero yo sí puedo continuar volando hacia tu morada. Solo me quieres a mí, ¿eh? ¡Pues me tendrás!

Clavo las espuelas y mi erco grita. Sus alas suben y bajan con fuerza, su cola fustiga el aire y ganamos velocidad. Siento una sensación extraña, como si mi individualidad estuviera desapareciendo y yo creciera y me expandiera, fundiéndome con cada brizna de realidad del universo. El mundo se me antoja un entramado, una maquinaria dentro de la cual yo fuese una pieza enérgica y valiosa que hasta ahora hubiera funcionado con lentitud y que en estos momentos cobrara velocidad y potencia.

Mi erco pasa por encima de los bosques y los jardines de la Roca y lo obligo a bajar hasta un gran patio de baldosas blancas, cercano al Palacio del Vigilante. No hay aquí estatuas ni fuentes. El mismo edificio es una caja de piedra gris y blanca, con tres torres en forma de tubo. Un lugar funcional, sin adornos ni ostentación.

El animal pone sus patas en el suelo y no siento ese rayo fulminante que esperaba. Todo parece normal, cotidiano. Podría encontrarme en cualquier villa campestre sarlia y ver aparecer de un momento a otro a un esclavo que estuviera cumpliendo sus obligaciones. No hay suciedad ni vejez en este sitio, pero tampoco hay vida. Me asalta la sensación de que es un lugar desierto.

Ato las riendas del erco a un árbol enorme y camino hacia una puerta de madera con tachas de hierro oscuro. La única entrada del palacete. Mis pies casi no se arrastran al andar y siento que la muerte está dispuesta a aguardar durante mucho más tiempo. A cada paso noto mis energías crecer. Cuando llego a tocar la madera abro mucho los ojos y la boca, atónito, pues la debilidad ha desaparecido por completo. Estoy completamente seguro de que el veneno ha dejado de funcionar en mi interior.

Empujo la plancha de madera, que gira con facilidad sobre sus goznes.

El interior del edificio es una única sala, muy luminosa gracias a las muchas ventanas de las paredes. No huele a nada y no hace frío ni calor. No hay bancos, ni mesas, ni estatuas, ni cortinas, ni lámparas, ni banderas; solo la desnudez de la piedra y las baldosas.

En la gigantesca estancia, una sola figura rompe esta completa soledad.

Es un hombre bajo y rechoncho, vestido con una túnica blanca y sencilla y una capa ligera sobre el hombro derecho, que le cae por un costado. Lleva también sandalias, con tiras que dan vueltas alrededor

de las pantorrillas. Está lejos de mí, en el centro de la estancia. Aún no alcanzo a ver bien sus rasgos, pero no hay nada extraordinario en él. Calvo, pequeño y regordete, parece un simple ciudadano sarlio, un cincuentón que se dirigiera al foro o a la taberna para hablar con sus amigos sobre la devaluación de la moneda o lo caro que está el negocio de los vinos.

Miro en torno a mí, con una mano en la espada. No hay rastro de cualquier otro ser. Vuelvo a mirar al hombrecillo. Él continúa observándome con tranquilidad.

Camino hacia él, con una mano sobre el puño de la espada aún metida en la funda, sin dejar de echar miradas hacia todas partes.

—¿Dónde está tu señor? —pregunto.

El hombre parpadea, sorprendido. Ahora solo me separan cinco tornes de él y veo que no está demasiado gordo ni demasiado flaco. Tiene algo de papada y las mejillas le cuelgan flojas, pero ningún rasgo en él resulta excesivo. La nariz regordeta parece vulgar, sobre unos labios algo carnosos que se curvan en el principio de una sonrisa bondadosa. Los ojos son castaños y permanecen fijos en mí, con curiosidad y cierta diversión. Está calvo, aunque conserva unas pocas matas de pelo cano, justo encima de las orejas de lóbulos grandes.

Se acaricia uno de ellos con dos dedos y luego vuelve a llevar la mano junto a su compañera, a la espalda. Abre la boca para hablar, pero frunce las cejas y carraspea.

—Lo siento —dice, con voz serena y profunda—. Hace tiempo que no hablo con nadie y debo modular mi voz. Bienvenido.

—He preguntado dónde está tu señor, hombrecito. ¿Dónde está el Vigilante?

Me mira con aire paciente y se encoge de hombros, jovial.

—No tengo ningún señor. Vivo solo.

Aprieto los labios, iracundo.

—No me hagas perder la paciencia. ¿Acaso eres su esclavo? ¿Un guardián? No, tú pareces… insignificante.

Alza las cejas, divertido, y ríe de buena gana.

—¡Insignificante! Es extraño que me pongas ese calificativo. Pocos hombres pensarían que soy insignificante.

Le miro con un nuevo interés.

De pronto, veo que hay algo más en sus ojos castaños y afables: hay en ellos una serenidad absoluta, una tranquilidad fascinante. Siento un escalofrío y retrocedo un paso, aterrado.

Sacudo la cabeza y de nuevo estoy contemplando a un simple hombrecillo. Pero mi boca continúa seca y el corazón vuela en mi pecho mientras le miro con más atención.

—¿Quién eres? —pregunto.

—¿Quién crees que soy?

—¿Eres el Vigilante?

—No soy ningún vigilante. Pero así es como me llamáis vosotros, los de abajo.

Miro alrededor, lleno de aprensión. Grito al techo y a las paredes:

—¡Deja de engañarme! ¡Muéstrate!

Desenvaino la espada y la apunto hacia mi anfitrión, que continúa quieto, mirándome lleno de curiosidad.

—Déjate de engaños —le advierto—. Llévame ante el Vigilante.

Se encoge de hombros.

—Estás ante él.

—¡No puedes ser el Vigilante! ¡Tú no eres un dios, ni un brujo, ni un ser poderoso! Eres… ¡eres vulgar!

Ríe de buena gana y vuelve a encogerse de hombros.

—Vaya, ¿eso es lo que te parezco? Si es así, te pido disculpas.

Acerco la espada a su cuello y apoyo la punta bajo la nuez. Ni se inmuta.

—No volveré a repetirlo, sirviente —siseo, con voz helada—. Quiero ver al dueño de esta casa, no a un subordinado. Llévame ante él.

Sus ojos giran con lentitud hacia mi espada.

De pronto, mi mano la devuelve a la vaina.

—¿Qué me has hecho? —casi grito.

—Controlar una parte de tu organismo.

—¿Cómo ocurrió? No pude resistirme. ¡Ni siquiera me tensé!

—¿Cómo respiras, o ves, o hablas, o consigues que la sangre se mueva dentro de tus arterias? Estos sucesos son tan habituales para ti que deben parecerte nimiedades. En mi caso, controlar tu cuerpo es aún más sencillo y fácil.

Cierro los puños, pero suelto el aire con fuerza y retrocedo varios pasos.

—Si has sido capaz de lo anterior, no tengo ninguna oportunidad contra ti —digo.

—¿Te refieres a causarme un daño físico? En ese sentido, tus únicas oportunidades son las que yo te permita.

—¿De veras eres el Vigilante?

Sonríe con media boca. Sus ojos me parecen viejos y sabios, pero bajo ellos detecto el esbozo confuso de un poder escalofriante, aunque dormido.

—Si me quieres conocer por ese nombre, lo aceptaré. Sí, soy el Vigilante.

—Casi no puedo creerlo. Te imaginaba de otro modo.

—¿Cómo me imaginaste?

—¿No me engañas? ¡Maldita sea, cómo puedo saberlo!

La sonrisa de su faz desaparece.

—Tal vez debería haber aparecido ante tus ojos de otro modo.

Su figura se deforma de manera fantástica cuando los colores y las formas se estiran y crecen. Suelto un alarido y retrocedo, pues ante mí hay un titán, un gigante con cabeza de lobo que sostiene un cetro de poder dos veces más alto que yo. Su figura inmensa me cubre y caigo al suelo, levantando una mano en un débil gesto defensivo. Siento el calor que emana de su cuerpo musculoso y cubierto de vello oscuro, y el hedor que emana de su hocico arrugado por la ira. Hace retroceder los belfos, mostrando dos hileras de colmillos, cada uno de ellos tan grande como una de mis propias piernas. Su coronilla casi toca el techo de la sala. Abre las fauces, mostrando una lengua negra y escamosa.

—Tal vez debería haberme mostrado de este modo —dice la bestia, y su voz es la del hombrecillo insignificante. Pero enseguida se convierte en un gruñido ronco y pavoroso—: ¡Oh, disculpa! Olvide el detalle de la voz.

La figura se encoge y cambia, hasta convertirse en el mismo humano pequeño, regordete, tranquilo y afable.

—Puedo adoptar otros aspectos monstruosos, majestuosos, grandiosos, fascinantes o exóticos, pero no serían el mío, el auténtico. Debes cambiar tus prejuicios sobre el Vigilante y aceptarme tal y como soy.

Me levanto, aún tembloroso.

—Juegas con mi cabeza e introduces en ella ilusiones. ¡Espejismos!

—Sí, eso es lo que he hecho hasta ahora. Pero también soy capaz de manejar la materia sólida. ¡Un ejemplo!

Las baldosas del suelo entre nosotros crujen y se alzan como si una lombriz gigante corriera bajo el suelo. La tierra negruzca, mezclada con pedazos de baldosa y piedras sueltas, cruje y estalla, y se convierte en el mismo monstruo de cabeza lobuna, aunque esta vez de un tamaño menor. Las venas del cuello, hechas de mármol y mampostería, se hinchan como bombeando sangre pétrea. Vuelve su rostro agrietado hacia mí, abriendo una vez más sus fauces.

—¿Crees que es un nuevo espejismo? —me pregunta el hombre bajo y rechoncho—. Prueba a darle un puñetazo.

Logro apartar la atención de la estatua viviente.

—No es necesario —admito, con voz temblorosa—. Te creo.

Asiente, complacido. El monstruo se desploma, convertido en una lluvia de finísimos materiales que culebrean en ondas y vuelven a unirse, siseando y crujiendo, hasta volver a formar el inmaculado suelo de baldosas blancas.

—Así pues —murmuro, asombrado—, de verdad eres el único señor de esta roca flotante .

—Me alegra que hayas comprendido al menos esa verdad. Me

hubiera desagradado tener que introducirla en ti de otras maneras…, aunque nunca dolorosas, por supuesto.

—Eres capaz de leer mi mente.

—Leer implica un cierto grado de esfuerzo, quizás nimio, sí, pero en todo caso mayor al que necesito para conocer tus pensamientos.

—Si los conoces debes saber por qué he venido hasta aquí.

—Claro, Dargor. Lo conozco todo sobre ti.

»O quizá prefieras que te llame Carlos. Carlos Alonso Juárez. Es otro nombre, pero los nombres no son más que etiquetas sin importancia para designar algo muy grande: un ser humano.

—Sabes quién soy —infiero.

—Me temo que lo sé mejor que tú.

—Y sabes por qué he venido.

—Claro.

—Entonces me matarás, pues tengo en mente destruirte para que Sarlia no haya de sufrir el miedo bajo tu sombra.

Sonríe con paciencia.

—No puedes destruirme si yo no te lo permito, Dargor. Además, acabar conmigo puede ser una de tus directrices, pero no la más importante.

—¿Cuál es la razón principal, entonces?

—Saber por qué te encuentras en Sarlia, conocer cómo y por qué has llegado hasta este mundo.

—¿Y tú lo sabes?

—Sí. Lo sé.

Guardo silencio durante muchos instante, uno detrás de otro. Durante este lapso ambos nos miramos sin pestañear.

—¿Quién o qué eres? —pregunto, en un tono demasiado extrañado y fascinado como para que haya en él mucho de mandato o mucho de súplica—. ¿De dónde procedes? ¿Cómo has conseguido tus poderes? ¿Cuáles son tus propósitos?

—Son muchas preguntas. Si te las respondiera por separado no captarías la esencia, así que es mejor que las hilvane en un relato.

—Cuéntamelo.

—Está bien —responde el Vigilante—. Vas a conocer la historia de mi vida.

—Mi relato empieza en Sarlia —empieza, con una voz que penetra en mi cabeza con suavidad, como si el sonido que saliera por su boca atravesara las paredes de mi cráneo y llenara todo mi cerebro, apartando cualquier otro foco de atención. Es más, sufro la extraña impresión de que sus labios no se mueven o que lo hacen apenas, y que la voz emerge directamente de su mente para inundar la mía con sus sentidos y significados—. ¿Cuándo nací? Sin duda hace mucho tiempo, tal vez hace cientos o miles de furás; ¿quién sabe? Ya no me preocupo por medir los pasos del universo mediante relojes y calendarios. Digamos que ocurrió en la primavera de esa magnífica ciudad y centro de civilización que es Sarlia.

»Entonces, todo parecía más sencillo y tosco. Había guerras, claro, contra las otras recién nacidas ciudades-estado de lo que después se llamaría Durba, y también contra los bárbaros alais, allende el Amitas.

»Yo era un muchacho de clase humilde con pocas inclinaciones hacia el oficio de mi padre: la carpintería. Tampoco me sentía atraído por lo marcial, ni por la construcción de edificios, ni por todas esas cosas importantes y prácticas que modelan el entorno humano.

»No. A mí lo que de verdad me interesaba era descubrir la naturaleza del universo. Las verdades auténticas que se escondían tras lo que nuestros sentidos captan. La esencia, la razón, los porqués originales y también los últimos.

»Fui dando tumbos de un oficio a otro. Mis ideas, elucubraciones y discursos ponían nerviosos a unos cuantos, aburrían a la mayoría e interesaban a un grupo reducido. Entre estos había un poderoso mercader. Él me prestó el dinero para fundar lo que sería el germen de lo que a su vez sería más tarde una auténtica institución sarlia: el oficio y la casta del pensamiento.

Abro la boca… Al fin, encuentro las palabras:

—Eres el Primer Pensador.

—Así se me conoció por entonces.

»Conseguí que en Sarlia se levantara la primera Casa del Pensamiento de Durba, para poder enseñar a mis primeros estudiantes.

Niego con la cabeza.

—No puede ser. Orblad, el actual líder de la Casa del Pensamiento, me mostró la estatua que muestra al Primer Pensador. Su aspecto era muy diferente al tuyo.

—Supongo que siempre se adorna la apariencia exterior de los héroes, de los grandes líderes, de las personas importantes. —Se señala a sí mismo con sus propias manos—. ¿Crees que alguien

levantaría una estatua utilizándome como modelo? No. Es mejor reinventar el aspecto exterior para que cuadre con la leyenda.

—Si eres el Primer Pensador, has nacido hombre; no puedes haber vivido miles de furás, ni tampoco dominar la materia sólida o leer los pensamientos ajenos. Los humanos son incapaces de tales proezas.

—Sí son capaces de ello, y de mucho más. Todo estriba en el grado de dominio de tu propia mente.

»La mente, así como la realidad, es una gran cebolla, compuesta de infinitas capas o estados de conciencia. La mayor parte de los seres humanos se quedan en la cáscara, pero unos pocos logran quitar la primera envuelta y pasar a la segunda, y tal vez de ahí a la tercera. Conforme se hacen dueños de su propia mente comprenden que el universo está estructurado de un modo por completo distinto a como lo imaginaban, y a medida que conocen más, sus capacidades también crecen.

»Digamos que yo me percaté temprano, en aquella época, de que cuanto conocía era una envuelta, nada más que una envuelta. Si la cruzaba, si dominaba mi propia mente, obtendría un mayor control sobre las cosas burdas que me rodeaban.

—Quieres decir mover objetos o saber lo que piensan los demás.

—Y también influir en sus estados de ánimo y decisiones, o lograr que las circunstancias fluyan para producir los resultados que uno necesita… Entre otras cosas. Pero eso supone apenas una o dos capas de la gran cebolla.

—En mi mundo natal también hay personas que hacen afirmaciones acerca de los poderes extraordinarios de la mente humana.

—Lo sé. Puedo verlo todo en tu cabeza con la misma claridad con la que tú me ves a mí. Esas gentes captan retazos de cuanto supone el auténtico sistema de la realidad, pero la mayor parte de los habitantes de tu mundo natal los tacha de locos o charlatanes.

—¿Puedes verlo en mi cabeza? ¿Tan grande es tu poder?

—Si te dijera que en estos momentos soy capaz de saber qué ocurre en decenas y decenas de miles de cabezas, en toda Durba y más allá aún, quizás no me creyeras. Pero así es. Me es imposible no expandir mis órganos de conciencia.

—¿Cómo puedes estar en tantos lugares a la vez?

—Si entras en una sala captarás de un solo vistazo infinidad de objetos, colores y texturas. Digamos que los ojos de mi mente asimilan también otra amplia gama de informaciones, procedentes de una sala mucho más grande. Cuando lo deseo me concentro en unas u otras facetas de esa estancia y paso por alto otras. Ahora fijo mi atención principalmente en ti, pero no dejo de notar un gran número de otras mentes. Es una cuestión de prioridades.

—Eres dios. O lo más parecido a un dios que podemos imaginar.

Se encoge de hombros, sonriendo con aire humilde.

—Solo soy un hombre que se ha preocupado por descubrir el máximo potencial de su propia mente.

—¿También has alejado a la muerte de ti? ¿Eres inmortal?

Una ligera tristeza cruza por sus ojos.

—No, no lo soy. Pero sí soy capaz de influir sobre mi propio cuerpo para ralentizar el flujo del tiempo en él. Al fin y al cabo, ¿qué es el tiempo? Solo movimientos. Si logras quitarles su normal velocidad, logras detener al propio tiempo. Es una explicación burda, pero prefiero no enfangarme en profundidades que requerirían mucho más… tiempo.

»¿Deseas que vuelva con la historia de mi vida, allá por esos lejanos tiempos, cuando fundé la Casa del Pensamiento?

Respiro con fuerza. Escuchar su amable y tranquila voz me hace sentir como si estuviera al borde de abismos sin fondo.

—Sí. Continúa.

—Perfecto.

»Como iba diciendo, fundé la casta de los pensadores y mediante la intuición, la disciplina y el propio deseo de ahondar tras el velo de lo cotidiano, conseguí cierta porción de conocimiento trascendente.

»En concreto, empecé a vislumbrar que había un mundo que contiene a todos los demás mundos, que se alimenta de todos ellos y los hace girar, fundiendo todas sus partes o manteniéndolas alejadas entre sí. Ese plano superior se alimenta de, y a su vez produce, todas las ideas que los hombres y otras criaturas inferiores creamos, gozamos y sufrimos.

—El mundo de las ideas —intervengo—. He oído hablar de ese concepto.

—Eso es. Empecé a sospechar su existencia y comprendí que si podía comunicarme con esa infinidad de conocimiento de toda índole e intensidad, accedería al auténtico poder y a la auténtica sabiduría.

»En realidad, siempre nos hallamos en contacto con el mundo de las ideas; este nombre es burdo, pues no solo abarca las propias ideas, sino también las percepciones, emociones y sensaciones, a veces de una naturaleza que rebasa todo lo descriptible.

»Como fruto de mis esfuerzos, obtuve lo que en aquella época consideré grandes poderes… Empecé a influir de manera notable en los demás sin necesidad de comunicarles mis deseos; también lograba que las personas y las circunstancias se unieran y conjugaran para producir cualquier resultado que deseara; comencé a descubrir los pensamientos ocultos de la gente y por tanto ya no tuvieron secretos para mí; incluso podía introducir imágenes en sus cabezas; y movía pequeños objetos sin necesidad de tocarlos.

—Luego existen ese tipo de fenómenos: la magia, los esoterismos.

—Volvemos a las etiquetas. Podríamos llamarlo casualidades, o destino, o carisma, o fortaleza de voluntad, o hechizos, o de mil y una maneras distintas, pero serían todos ellos facetas de la misma figura. Una vez que se aprenden y, sobre todo, que se acepta incondicionalmente su existencia, estas cualidades no son más extrañas que silbar o mover un brazo.

—Hay quienes las consideran meras fantasías.

Se encoge de hombros y sonríe, hinchando sus carrillos gordezuelos.

—Si son más felices pensando así, dejemos que lo sigan pensando.

—¿Como terminó aquella primera etapa, cuando eras el Primer Pensador?

Se rasca la barbilla y frunce el ceño, pensativo.

—Durante algún tiempo comuniqué a todo el que deseó escucharme la existencia de ese mundo de las ideas. Había construido un sistema de pensamiento imperfecto, como todos, pero con ciertos visos de autenticidad. Muchos atendieron a lo que decía y lo discutieron y enriquecieron con argumentos valiosos, pero la gran mayoría de los hombres no hacía caso; es más, yo sabía que si les hacía una demostración de esas facultades tan extrañas me escucharían aún menos; me temerían y tal vez tratarían de encerrarme o matarme.

»Por otro lado, sentía que ya no podía obtener más de Sarlia, de esa primera Casa del Pensamiento. Quería estar solo, lejos de los hombres, para alcanzar grados aún más profundos de concentración, para estudiar sin interrupciones todas las caras de cada descubrimiento que pudiera hacer. En pocas palabras: mi vida en Sarlia me lastraba.

»Induje en mis allegados la idea de que había muerto de forma súbita, para que nadie corriera tras de mí cuando me marchase. Lo creyeron, por supuesto, pues no podían hacer otra cosa. Muchos furás después, incluso alzaron una estatua en mi honor, la misma que viste en la Casa del Pensamiento.

»Me alejé de las murallas de Sarlia buscando algún lugar donde ocultarme. Quería continuar haciendo aquello para lo que había nacido: pensar, en su más profundo significado.

»Halle la paz y la soledad en cuevas profundas, entre montañas y gargantas apenas holladas por el hombre. Allí, mi trabajo se intensificó y dio sus frutos. Podía expandir la mente de maneras que ni siquiera hubiera osado imaginar en el pasado.

»Y por eso mismo, también comprendí que mi paz y mi retiro se verían frustrados, antes o después. En el futuro, salvajes o civilizados darían conmigo y tendría que volver a huir y buscar otro refugio, o bien debería enfrentarme otra vez a la presencia de los hombres.

Seguían siendo mis semejantes, pero me parecían poco más que niños molestos.

»Se me ocurrió que la única forma de no sufrir el contacto del animal humano era convertirme en algo más que un animal humano: un dios.

Mis ojos se abren mucho, pues las piezas comienzan a encajar.

—El Vigilante —infiero.

Asiente, con su sonrisa cansada y sus ojos tranquilos.

—Exacto.

»No me resultó demasiado difícil elevar una gran porción de tierra y mantenerla quieta en el cielo, para que los seres humanos la pudieran contemplar desde abajo. Esto no resulta tan difícil, una vez que se conocen las leyes íntimas de la mente y el universo. Elegí las cercanías de Sarlia por una especie de capricho melancólico; al fin y al cabo, nací y pasé mis primeros años allí, en un tiempo que se me antoja ya casi irreal. Quería tenerla algo más cerca que el resto de las ciudades-estado.

»No transmití información alguna de mis intenciones para que el temor y la admiración calaran en los hombres y nadie se preguntara siquiera cómo llegar hasta aquí.

»Además, cada cierto tiempo me ofrecen dos sujetos como ofrenda o sacrificio. No me opongo a este supuesto honor: los atraigo, les doy un final rápido y placentero y después les entierro en ese jardín de ahí fuera.

—Son inocentes y aun así no te importa matarlos.

—La inocencia es una cualidad relativa y flexible. No soy yo quien ofrece dos sujetos a un dios desconocido. Son los propios sarlios. Me limito a continuar su juego. Por otro lado, provoco en las mentes de ese par de elegidos una inmensa paz antes de morir. Muchos pagarían con su vida por ese placer.

Sonrío, enrabiado.

—¿Y tú fundaste la Casa del Pensamiento? Gracias a ti hay una religión en Sarlia que quiere destruirla, un culto que te ha convertido en su dios y te utiliza en su propio beneficio. Yo mismo di muerte al sumo sacerdote porque había usurpado el trono del sigra. Y todo gracias al capricho de un visionario.

—Dargor… Si en algún momento alcanzas el nivel de conciencia en el que me encuentro, comprenderás que la vida humana, sus miserias y alegrías, son polvo que se lleva el viento. Son aun menos que eso. No me culpes a mí por sus mezquindades; yo no he introducido en los sarlios sus ansias de poder, su temor a lo que desconocen, su deseo de entregarse a seres superiores y ajenos a ellos… Todo eso estaba allí antes de que yo llegara. Los hombres hacen su propio camino latido a latido, con sus actos y pensamientos, pero echan la culpa de sus

desgraciadas vidas a las circunstancias o a los dioses y nunca miran en su interior. Pocas veces reconocen la verdad de que solo ellos son responsables de cuanto les ocurre.

—Pero a ti te son indiferentes las consecuencias de tus actos.

—Si te refieres a los sarlios, llevas razón. Aunque puedo leer en todos y cada uno de ellos como en el más sencillo pergamino, sus vidas me resultan intrascendentes. ¿Qué otra cosa podrías esperar? No hay ascensión si no te alejas de lo bajo. He seguido mi propia evolución y ellos podrían hacer lo mismo si de verdad lo intentaran; no es culpa mía si no están interesados.

Entrecierro los ojos.

—Y si Sarlia hubiera sido destruida por culpa del sumo sacerdote de un culto que ha nacido para adorarte, eso tampoco te hubiese importado, ¿verdad?

Levanta las cejas, como buscando en su interior una respuesta.

—Lo hubiera notado, sí, ¿pero importado…? No lo creo. Los hombres viven y mueren y las grandes ciudades, los monumentos y las culturas nacen, se derrumban y caen en el olvido, para levantarse de otro modo y con otro aspecto, algún tiempo después. Pero ese aspecto es solo un envoltorio. La esencia de todo ello es lo que me importa y ya puedo acceder a ella cuando lo desee.

—Está en ese mundo de las ideas del que me has hablado.

—Claro. Allí permanece y cambia todo lo que los hombres han creado y han destruido en el plano físico e incluso también muchas otras esencias que ni siquiera pueden empezar a comprender. Todo está allí. —Abre los brazos—. Lo que nos rodea, la materia sólida, no importa; es un soporte incompleto y fallido cuyo único fin es albergar seres vivos o inertes… En todo caso, su mejor función es la de dar a luz cerebros. Solo eso.

Me paso una mano por la frente, ordenando mis pensamientos.

—Está bien. Volvamos a ti. ¿Cuáles son tus intenciones respecto a Sarlia?

El hombrecillo menea despacio su cabeza redonda y me muestra las palmas.

—No tengo ninguna intención respecto a Sarlia. No le deseo ningún mal a esta gran ciudad.

—Pero mientras tu sombra caiga sobre ella siempre habrá cultos esotéricos. Habrá otros como Nigur.

—Los individuos de esa especie no son exclusivos de la casta religiosa. Están por todas partes, como ya habrás tenido ocasión de comprobar.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Seguir aquí arriba, en los cielos, hasta que el mundo se acabe?

El Vigilante —o Primer Pensador— toma aire, hinchando su pecho

fofo. Sus ojos parecen volverse de acero oscuro al mirarme y siento de nuevo una diminuta pizca de ese poder crudo y aterrador, que mantiene sumergido para que no emerja de manera espontánea y me vuelva loco o me destruya en un solo latido.

—No —contesta—. Mi tiempo también ha terminado. He de morir.

Le miro durante muchos instantes.

—Por eso has dejado que llegue hasta aquí.

—Claro.

—Quieres que te mate.

—Sí.

—¿Por qué?

Echa a caminar despacio, pensativo, moviéndose de su sitio por primera vez desde que entré en la gran estancia. Aún parece anodino, pero de algún modo, tal vez porque he tenido ocasión de contemplar sus poderes, me parece que su figura se expande sobre la realidad. En contraste, cuanto le rodea pierde nitidez y sustancia. La ilusión pasa cuando se vuelve para mirarme de nuevo, lleno de esa especie de tranquilidad afable.

—Durante mucho tiempo he buscado respuestas a innumerables enigmas. Descubrí algunas y otras se me escaparon. Adquirí poder y, lo más importante, sabiduría. He conocido la plenitud de recrear en mí cualquier estado de ánimo con bastante precisión, desde la felicidad y el éxtasis a la desdicha y la melancolía. También he llegado a entender y disfrutar de abstracciones complejas e ideas refinadas. En cualquier momento puedo acudir al mundo de las ideas y adentrarme en sus aguas cargadas de belleza y maravilla, pudiendo elegir si prefiero nadar cerca de la costa o adentrarme en el interior, donde se alzan las mareas de la locura y el caos.

»Sí. Mi tiempo ha sido largo y pleno.

»Pero mi evolución continúa. Debo explorar aún más facetas de este universo. Y ahora me atrae descubrir qué hay tras lo que conocemos como vida terrenal.

—Te tomas la muerte como un nuevo desafío. Un terreno inexplorado.

—Sé que nada acaba cuando uno muere. La esencia de uno mismo pasa a formar parte de algo superior, pero no tengo los detalles ni la información exacta y he de saberlo o bien perecer de una vez por todas, en mi búsqueda insaciable. —Sonríe con felicidad—. ¿No es una deliciosa paradoja? Quien tiene poco se aferra a ello con fuerza, pero yo, que tengo mucho más que el más poderoso de los sigras, prefiero morir.

—Si deseas explorar los dominios de la muerte, ¿por qué no te infliges tú mismo la herida? ¿Por qué he de hacerlo yo?

—Porque ha de ser un héroe quien mate al dios, para que la

tragedia y la leyenda lleguen a su perfecto culmen.

Mi corazón se olvida de latir una sola vez y la boca se me seca de golpe. Mis palabras emergen sin control:

—Y el héroe, a su vez, también debe morir tras completar la hazaña.

Asiente.

—Lo has comprendido. He paralizado el veneno que llevas dentro, pero cuando yo expire volverá a trabajar.

Me mira con cierta lástima. Prosigue:

—Sufro cierta resistencia a marcharme de manera tímida y disimulada; mi egolatría o mi dramatismo no han desaparecido del todo; a pesar de todo lo que te he dicho, soy humano y demasiado humano y todavía me siento tiranizado por algunas de las miserias de mi especie. He aprendido a aceptar esto, como todo lo demás. El sentido de la escena se ha apoderado de mí y por eso quiero que al final todos los hombres me consideren ese dios al que un héroe, el sigra Dargor Atur, dio su justo final. La liberación de Sarlia. ¿No es precioso?

—Estás loco —susurro, maravillado.

—Todos tenemos nuestras propias locuras, encerradas dentro de la cabeza. Solo se señala con el dedo a quienes osan sacarlas a la luz.

Me señala con el índice y noto un escalofrío helado y pegajoso ascender por mi columna vertebral.

—Dargor, ha de ser tu espada la que me atraviese el corazón o el cerebro. Un golpe rápido, lo bastante como para que mi sentido de la supervivencia no sea capaz de restañar la herida y cerrarla antes de que parpadee. Yo no puedo hacerlo. Debes ser tú.

—¿Y si me niego?

Hace un ademán distraído con la mano.

—No te obligaré. Será por tu propia voluntad.

—Pero después yo también tengo que morir.

—Tendrás tiempo de montar en esa bestia alada y escapar antes de que esta gigantesca roca caiga y se estrelle contra el suelo. Como te dije, será el final propio de una tragedia épica: el héroe volverá moribundo tras haber acabado con el dios maligno y una vez que esté en su palacio el veneno terminará lo que empezó.

—¿No temes que les cuente quién eres en realidad?

—Desearía que te creyeran, pero la mayoría ni siquiera lo entendería. Y lo que el hombre no puede comprender, lo viste de mito. Así que el Vigilante seguirá siendo el Vigilante, no el Primer Pensador. Es mejor que no pierdas el tiempo con esas tonterías; cuéntales que te enfrentaste a un dios monstruoso con cabeza de lobo, por ejemplo; que hubo un combate en el que yo te lanzaba rayos de fuego y que al final lograste clavarme la espada en el corazón. Eso es más agradable

para las masas. Lo asimilarán rápido y no turbará sus espíritus.

—Podría irme de aquí ahora y tú seguirías vivo.

—Puedes intentarlo. No haré nada para impedírtelo. Tú morirías y Sarlia continuaría bajo la sombra del Vigilante.

Respiro con fuerza, pues amo demasiado mi nuevo hogar. No puedo arriesgarme a que exista otro culto del Vigilante ni otro Nigur. Y él lo sabe.

—Puede que acceda a ejecutar tu locura. Pero antes, quiero saber otra cosa.

—Pregunta.

Tomo aire, sintiendo una angustia inmensa agarrándose a mi pecho. Pero he de hacerlo.

—Dime cómo es posible que haya viajado desde mi mundo original hasta este. Dime por qué estoy aquí.

Sus ojos se cubren con una capa de gravedad.

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

—A veces la verdad no es agradable. De hecho, la verdad puede destruirte, cambiarte y convertirte en otro distinto; la verdad puede transformarte por completo al conocerla. A veces, la verdad es horrible, espantosa y casi intolerable. Por eso, aún estás a tiempo de seguir abrazando la comodidad de la ignorancia.

—No. Cuéntamelo.

La sonrisa desaparece de su rostro y veo en él cierta tristeza. No por él, sino por mí.

—Hablemos de ti —empieza.

—¿Cuál es tu nombre? —me pregunta.

—Lo puedes leer en mi mente y ya lo dijiste antes. Me llamo Carlos Alonso Juárez.

—¿De veras lo crees?

—No es cuestión de creencia, sino de realidad.

Sonríe, irónico.

—La realidad. Ah, la realidad…

—Acabemos con los juegos, Vigilante. ¿A qué viene preguntarme cómo me llamo?

—Quiero que descubras la verdad por ti mismo.

Reprimo la impaciencia. Sé que no sacaré nada de él presionándole.

—Está bien. —Me avengo—. Hazlo a tu manera.

—Tu nombre es y no es Carlos Alonso Juárez —afirma.

—¿Cuál es?

—Ya lo sabes. Eres Carlos Alonso Juárez y también eres Dargor Atur. Dos seres obligados a vivir en un solo organismo.

Lanzo una carcajada que tiene mucho de ira y amargura. Le señalo con el índice.

—¡Creí tu relato! ¡Creí que conocías todas las respuestas! —Meneo la cabeza, poniendo los puños en la cintura. Él me mira en silencio, muy serio—. Pero ahora me doy cuenta de que no sabes nada respecto a mí, ¡no sabes ni de lo que te hablo! Quizá puedes leer mi mente, pero eres igual de ignorante que todos. También piensas que soy el auténtico Dargor Atur, ¡pero no lo soy!

Levanta sus dos manos, conciliador.

—Está bien. Lo plantearemos de otro modo. Quiero que me contestes no con la lógica, sino con el corazón… ¿Quién sientes que eres? ¿Dargor Atur o Carlos Alonso Juárez?

Abro la boca, pero de pronto mis labios se inmovilizan. Empiezo a respirar rápido.

—Soy… Yo soy Carlos Alonso Juárez.

—No te pregunto quién eres, sino quién sientes que eres. Olvida los nombres y las etiquetas… ¿Te sientes más como un extranjero en este mundo o como el auténtico sigra de Sarlia? ¿No piensas que ahora, por fin, has alcanzado tu destino y tu máxima aspiración, o bien que has alcanzado el destino y la máxima aspiración de *otro*?

Me paso la mano por la cabeza. De pronto, noto una extraña angustia en mi pecho.

—Me confundes, maldito seas… Yo… ¡Yo sé quién soy! ¡No he nacido en este mundo! ¡No importa que prefiera ser una cosa u otra! —Mi voz se alza en un grito desgarrador mientras me aprieto las sienes con las manos—. ¡No soy Dargor Atur! ¡No lo soy!

El Vigilante hace una mueca dolorida, solidario con mis sufrimientos.

—Sí lo eres. En cierta manera, *también* lo eres.

—¡Cállate! —grito.

Me mira con serenidad y cierta tristeza. Comienzo a jadear y a negar con la cabeza, mientras la angustia comienza a volverse difícil de soportar.

—¡Eres como ellos! ¡Todos quieren destruirme, pero no lo conseguiréis! ¡Soy un extranjero, no he nacido en este mundo! ¡Me he adaptado a vuestras costumbres para sobrevivir, pero soy distinto a vosotros!

—Escúchame, Carlos, y escúchame tú también, Dargor…

—¡No soy Dargor, maldita sea! —Miro en torno a mí, pues siento que el suelo oscila—. ¿Qué me estás haciendo? ¿De nuevo trasteas en mi mente?

—Podría hacerlo para convencerte de la verdad y de tal modo no sufrirías por tener que aceptarla, pero prefiero que seas tú el que despierte por sí mismo, sin mi ayuda.

—Entonces… ¿por qué me mareo? ¿Es el veneno?

—No. Eres tú. Es Dargor, la otra personalidad, el otro ser, que ha ido subiendo desde las profundidades durante todo este tiempo, poco a poco, y ya lucha por salir a flote de una vez por todas y recuperar su cuerpo.

—¡Necedades!

—¿Quieres conocer lo que te ocurrió? ¿Quieres saber la verdad?

Le miro en silencio, dubitativo, sintiendo un miedo que crece a cada latido.

—Aun puedes seguir en la ignorancia —me advierte.

Decido lanzarme al abismo.

—Cuéntame la verdad.

—Está bien. Te la contaré en forma de relato, para que puedas entenderla mejor.

»Hace algún tiempo, el ornai Dargor Atur sufrió un accidente de caza. Se golpeó la cabeza y cayó en el sueño profundo.

—Eso ya lo sé —interrumpo, lleno de impaciencia—. Tuvo un coma.

—Puedes llamarlo de tal modo, si te parece.

»En realidad, lo que le ocurrió mientras sufría el sueño profundo…, el coma, fue otra cosa. Dargor Atur murió, aunque no del todo; *casi* murió. Esto pertenece a un tipo de conocimiento muy elevado para el cual el propio lenguaje es impotente, pero trataré de explicarlo de una manera sencilla, aunque increíblemente tosca. El alma de Dargor no abandonó del todo su cuerpo, como debiera haber hecho cualquier ánima al llegar la extinción del ser físico, sino que quedó en un lugar

profundo y nebuloso, en la frontera entre la vida y la muerte, sujeta por tenues y finos hilos a su anterior existencia. Esta alma desdichada hubiera debido traspasar la membrana de una vez por todas para, libre por fin, ser llevada por las mareas de la muerte hacia un nuevo cuerpo en el que reencarnarse, o a cualquier otro destino que el universo ordenara para ella… Pero esos hilos tenues resistieron contra todo pronóstico y la mantuvieron lejos, demasiado lejos de su cuerpo dormido, pero todavía pegado a él.

»En ese momento, ocurrió en otro punto de la realidad un hecho que debiera haber sido intrascendente y anodino: una simple muerte, la muerte de Carlos Alonso Juárez, en un hospital de una ciudad de ese mundo llamado *Tierra*.

Un vacío helado se extiende por mi pecho, un vacío pegajoso y frío que me aturde e invade también mi cabeza.

—No puede ser… —gimo—. Yo estoy vivo… ¡Vivo!

Me mira con genuina lástima.

—Las almas son inmortales y por tanto, como alma, no puedes morir. Pero la identidad de Carlos Alonso Juárez, que era solo un peldaño en esa escalera interminable que es tu alma… Él sí murió.

Jadeo, intentando reír y burlarme de sus locuras, aunque sin conseguirlo.

—¿Estás diciéndome que me he reencarnado en este cuerpo, en el cuerpo de Dargor Atur?

—Lo que quiero decirte es que se ha producido un error, una anomalía que ocurre tal vez una sola vez entre billones de veces, o entre billones de billones de veces…, porque incluso en el plan maestro de la realidad hay un pequeño e ínfimo espacio para el azar y el caos. Y eso es suficiente para que existan errores de este tipo. En realidad, debe haber una cantidad mínima de caos, pues una perfección absoluta haría imposible su propia existencia; pero esto es otro asunto que nos llevaría demasiado tiempo. Ciñámonos a lo principal. Cuando Carlos Alonso Juárez murió, el alma que ocupaba su cuerpo debería haber ido a un cuerpo distinto, tal vez el de un recién nacido, o tal vez no, ¿quién sabe? Ni siquiera yo lo sé. Pero sí sé, porque puedo verlo, que fue a un lugar al que no estaba destinada: el cuerpo moribundo de Dargor Atur. Ese fue el error. Porque el alma que lo ocupaba aún no lo había abandonado del todo.

»Y el desastre se produjo: dos almas en un solo cuerpo. Dos mentes en un solo espacio físico. Dos entidades distintas en el mismo organismo que filtraría para ellas la realidad perceptible por los sentidos físicos. Dos en uno: Carlos Alonso Juárez y Dargor Atur.

Siento que se me desencaja el rostro; es algo que he visto en otros hombres, en momentos de peligro o furia, y ahora soy yo el que lo sufro, aunque no pueda verme a mí mismo. Es una sensación

aterradora. También noto algo que me da incluso más miedo: una carcajada brutal, espontánea y victoriosa que asciende desde mis profundidades… Porque esa risa no es mía, sino de alguien que en absoluto soy yo.

—Puedes sentirlo, ¿verdad? —prosigue el Vigilante—. Es él: Dargor Atur. Siente que está llegando el momento de salir de una vez por todas, de recuperar el control de lo que una vez fue suyo: el cuerpo que ahora estás ocupando.

—Todo lo que dices es imposible, ¡no puede ser! Yo soy el único dueño de este cuerpo, lo he sido desde que desperté en él. Todos los pensamientos y emociones son mías, todos los recuerdos son míos, los del Carlos Alonso Juárez de la Tierra. ¡No había nadie más!

—Sí lo había y sí lo hay, pero ha estado enterrado bajo capas profundas. Dargor Atur, su alma, ha ido acercándose poco a poco. Los hilos que le ataban a su cuerpo tiraban de él, se han hecho más gruesos y fuertes y lo han ido acercando más y más, incluso hasta empezar a mezclarse con tu propia consciencia. Dargor te ha contaminado en ciertos aspectos, Carlos, y quizás tú hayas hecho lo mismo con él en otros.

Me río con un salvajismo que se acerca peligrosamente a la histeria.

—¡Qué estupidez! ¡Yo no tengo nada en común con Dargor Atur, con sus emociones y pensamientos!

—Te presentaré un nuevo argumento a mi favor. Cuando despertaste sabías hablar durbano. Conocías el arte de la esgrima y de la lucha. Eras ya un experto en estrategia militar y utilizaste tácticas efectivas en tus tres batallas contra los alais… ¿Cómo sería posible que tuvieras ya todas esas aptitudes y conocimientos, de no ser porque de un modo difuso, pero presente, tenías contacto con el alma de Dargor Atur?

»La explicación es que tu mente profunda se iba alimentando también de su mente profunda, y fuiste sacando esos conocimientos y aptitudes a flote, bien poco a poco o de golpe, en los momentos durante los cuales tu supervivencia peligraba. Y precisamente por las emociones poderosas que experimentabas, el alma de Dargor se acercaba más y más, iba ascendiendo de manera esforzada, lenta pero segura, coloreando a veces tu propia consciencia con tonalidades que no poseía Carlos Alonso Juárez.

—No puede ser… —gimo. Hay algo horrible que empieza a retorcerse, más allá de mis pensamientos—. Tiene que haber una explicación racional.

—¿Cómo explicas tu amor por Sarlia? —me pregunta, implacable—. ¿Acaso un extranjero moriría por una tierra que no es la suya? No. Ese, como muchos otros, es un rasgo propio de Dargor Atur.

Aprieto los dientes y consigo volver en mí. De nuevo tengo el

control. Se me escapa por entre los dedos como el mercurio, poco a poco, pero aún es mío.

—Si lo que dices es cierto, ¿dónde está la frontera entre Carlos Alonso Juárez y Dargor Atur? ¿Acaso dos almas pueden tocarse, mezclarse y contaminarse?

Su frente se arruga y se encoge de hombros con tristeza e impotencia.

—Si conociera por completo todos esos misterios sería un dios y todavía sigo siendo un hombre, quizá más avanzado que la mayoría, pero hombre al fin y al cabo. Puedo ver en ti ciertas cosas, pero otras permanecen en la oscuridad. Todo es nebuloso. Sin embargo, las formas están ahí, entre la niebla, cada vez más compactas y sólidas. Si me preguntas dónde están los límites entre esas dos almas que ocupan tu cuerpo, yo te contesto que no lo sé. Quizá no sea un problema de barreras, sino de grados. Quizá forméis parte de una misma sustancia dividida en partes; en un extremo se halla Carlos Alonso Juárez y en el otro, Dargor Atur. Y en el centro de la escala todo es difuso. Aun así, las diferencias existen.

»Sí parece seguro que desde tu despertar Carlos Alonso Juárez fue la entidad dominante y Dargor Atur la dominada: la dormida, que luchaba por despertar. Tal vez las cosas podrían continuar así durante más tiempo, pero ahora ya es imposible. Ahora ya no puedes seguir manteniéndole aparte.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque ahora lo sabes todo. Ya no puedes ignorar lo que hay dentro de ti, y como no puedes sepultarlo bajo la ignorancia tampoco puedes detenerlo. La luz de la verdad te permite verlo, y al verlo, le das poder.

Bajo la vista. Estoy cubierto de un sudor frío y pegajoso. Mi corazón late desbocado. ¿Y si fuera cierto lo que dice? ¿Y si toda esta sarta de locuras fuese la auténtica verdad? ¿Y si…? ¡No! ¡No puedo aceptarlo! Porque si lo acepto… ¡No!

Le miro con furia.

—¿Y qué ocurre con la Tierra, mi mundo natal? ¿Acaso no existe, o es otro planeta distinto a este en el que estamos ahora?

Vuelve a encogerse de hombros.

—No lo sé. Puede que se encuentre dentro de este mismo plano, en el vacío entre estrellas y mundos, o puede que se encuentre en otro plano de la realidad. Una vez que se cruzan las puertas de la muerte estas cosas se vuelven también inciertas. Y tú las cruzaste.

Me paso una mano temblorosa por los labios y sonrío con nerviosismo.

—Vamos a aceptar que lo que dices sea cierto, solo como hipótesis… —Él asiente comprensivo y yo continúo—: ¿Qué va a pasar

conmigo…, con el alma de Carlos Alonso Juárez?

—Que tendrá que abandonar el cuerpo que no le pertenece. Para corregir el error esa alma tiene que salir de él y seguir vagando por el océano de la muerte, como debió hacer desde que Carlos Alonso Juárez murió, para encontrar un nuevo destino. El adecuado a ella.

—¿Me estás diciendo que tendría que morir de nuevo?

—Ya estás muerto. Solo te digo que deberías continuar el viaje que fue interrumpido. Tienes que volver al camino del que te desviaste. En el fondo lo sabes y lo deseas, porque ese es el camino correcto y natural, el único en el que puedes encontrar la plenitud. Esto… —Me mira con tristeza y compasión—. Esto solo ha sido un error.

—¿Y qué pasaría con el cuerpo que ahora ocupo?

—Que sería otra vez controlado y ocupado, de nuevo, solo por su dueño original: Dargor Atur.

Retrocedo, negando con la cabeza.

—No… No puede ser. ¡Es mentira!

Me mira con severidad.

—No puedes seguir viviendo esta locura, ánima errante. Tienes que abandonar ese cuerpo y seguir tu camino. En el fondo sabes que has de hacerlo, y que lo deseas.

—Yo no soy… No…

Me agarro la boca con una mano temblorosa y abro mucho los ojos. Caigo al suelo, pues mis rodillas no logran sostenerme. Ese horror, esa presencia más allá de mis pensamientos, se me acerca ahora con rapidez. Sube desde los rincones más profundos. Intento resistir, pero es más fuerte que yo. Es una sensación extraña la que experimento, pues tras el miedo intuyo que hay una gran paz y un gran poder…

¡No!

No puedo entregarme. Yo no soy un alma atrapada en un cuerpo equivocado, yo soy…

Soy… Soy…

—Acepta la verdad —dice el Vigilante—. Si no la temes pregúntasela a esa parte de ti que está en lo más alto, a esa parte intuitiva que está por encima de los placeres y miserias terrenales, a la parte elevada que busca lo divino, lo excelso y lo superior.

—Yo soy…

Abro mucho los ojos, sintiendo que por fin caigo al vacío sin fondo. Miro al Vigilante.

¿Quién soy?

De pronto, las puertas se abren y la luz del conocimiento me arrasa. Es un rayo cegador e hiriente. Con él llegan la verdad y la certidumbre.

Ahora lo comprendo todo.

El Vigilante tenía razón. No soy más que un invitado no deseado en

el cuerpo de otro. Me apropié de un cuerpo que no era el mío y olvidé mi esencia pura y sutil. Mi esencia divina. Lo hice tan bien que llegué a aceptar como verdad mi propia mentira. Seguí siendo Carlos Alonso Juárez, una identidad que ya no me pertenecía, un lastre que debía soltar, y además lo fui en el cuerpo inadecuado. Pero Dargor Atur siempre aparecía cuando era necesario, cuando se necesitaba el orgullo, la valentía, la astucia y la crueldad propias de este mundo salvaje. En esos momentos Carlos Alonso Juárez retrocedía. Dargor ha ido avanzando más y más, adueñándose de muchos pensamientos y percepciones que creía solo míos, pero que en cierto modo también eran suyos. Su sentido de la moralidad, sus escalas de valores, fueron desplazando a las de Carlos Alonso Juárez, el ente secundario. Ha sido un proceso inevitable. Dos almas no podemos coexistir en un solo organismo.

Todo aparece ahora claro, sin una sola mella.

Y con el conocimiento llega la serenidad y la dicha, y un poder inconmensurable que no pide ni exige nada. El poder de mi inmortalidad. Ya no necesito la máscara de Carlos Alonso Juárez ni el cuerpo de Dargor Atur. Lo rechazo todo. Abandono este organismo. Puedo irme y continuar por el sendero infinito, un sendero de amor y paz tan grandes como el propio universo.

Mi camino.

He de irme.

He de seguir viajando a través del espacio y el tiempo y de otras cosas que están entre los dos.

El Vigilante sonríe con bondad al darse cuenta de que he superado lo terrenal. Y veo también admiración, y cierta envidia, pues él todavía está sujeto a la miseria humana, y lo sabe. Pero pronto se liberará.

Me desprendo de todo lo que me sobra y me marcho y vuelo fuera de este cuerpo, hacia el fuego todopoderoso, la luz divina que todo lo devasta y lo embellece y vuelve maravilloso y puro…

Hacia la libertad…

La libertad…

Libertad…

…

…

…

…

…

…

…

…

…

…

¡…La libertad! ¡Al fin alcancé mi libertad! ¡Yo, Dargor Atur, sigra de Sarlia, al fin soy libre!

Me levanto e inspiro con fuerza. Lanzo una carcajada profunda, victoriosa. El parásito ha sido expulsado. ¡Yo, Dargor Atur, sigra de Sarlia, soy también ahora el sigra de mi propio cuerpo!

He vencido a hombres y bestias, he ganado batallas contra bárbaros y civilizados. Es mi derecho el dominio y el gobierno absolutos sobre los débiles de carácter y de espíritu, para usarlos y hacerlos pedazos si tal es mi capricho. Es mía la prerrogativa de los fuertes, la tiranía sin control. Me lo he ganado por el poder de la voluntad y del esfuerzo.

Y lo más importante: me he vencido, he vencido a un extranjero que invadió mi organismo, a la abyecta debilidad que una vez tomó posesión de mi mente. He destruido la fuerza que osó hundirme en las sombras. Pero aunque sujeto y atado, siempre fui consciente de todo lo que ocurría en el exterior; mi cuerpo invadido me transmitió cada una de sus sensaciones y percepciones, con perfecta nitidez. Fui un observador y nada se perdió para mí, todo está en mi memoria, todo lo he sentido yo también, en mis propias carnes. Y desde la oscuridad me alcé buscando venganza, avanzando poco a poco, rompiendo todas las cadenas, hasta alcanzar por fin la libertad.

Ahora, aquí estoy solo yo, ¡solo yo!, y vuelvo a tener el control de mi cuerpo y de mi vida. Arrojo de mí cualquier duda, cualquier signo de arrepentimiento, cualquier escrúpulo e indecisión que me aparte de la victoria.

Desenvaino la espada y miro al Vigilante con severidad. A pesar de que su aspecto exterior no ha cambiado, ya no parece bondadoso y afable, sino grave y sólido. Le rodea un aura de majestad y grandeza. Esto me agrada, pues no deseo matar a un hombrecillo insignificante, a una escoria de mi propia raza, sino a una entidad divina.

—Has recuperado el dominio de todo tu organismo, Dargor Atur —dice—. Debiste recorrer un sendero lleno de pruebas que necesitaban de tu presencia auténtica. Una senda que no estaba alfombrada de seda y flores, sino de piedras cortantes. Un camino de aceros.

—Ese es el camino de mi vida y no deseo otro.

Asiente, ya sin sonreír. En su cara veo honor y orgullo. No es un mal contrincante.

—Aún puedes echarte atrás. Si guardas esa espada en su funda anularé el veneno que hay en tu ser y podrás vivir con riqueza y esplendor, amado por tus gentes. El sigra de Sarlia.

—Sabes que no voy a retroceder, Vigilante. Puedes leer los pensamientos, incluso los más íntimos, y por ello comprendes que debo matarte. Eres un peligro para mi amada Sarlia. Tengo el deber de defenderla y liberarla de sus enemigos, incluso aunque tenga que morir para lograrlo.

Suelta una carcajada algo burlona y despectiva.

—Vamos, Dargor, guárdate esas palabras altisonantes. Ambos sabemos por qué vas a hacer lo que vas a hacer. Desde que eras un niño has deseado la fama y la gloria por encima de todo y siempre has empeñado la vida en la apuesta. Ahora no vas a retirarte del juego. Deseas el reconocimiento imperecedero más que nada en el mundo, y eso solo puede dártelo la victoria sobre un dios.

Aprieto las mandíbulas, pero acabo por relajarme y sonreír también.

—Llevas razón —admito—. ¿A qué vienen ahora los engaños? Si te doy muerte, sabiendo que después yo pereceré, no es por Sarlia; es solo por mí. Por la gloria que eso dará a mi nombre.

—Dargor Atur, el liberador de toda Durba —dice el Vigilante, sonriendo sin alegría—. El Asesino de Dioses.

—No es un mal calificativo.

Abre los brazos despacio, presentándome el pecho.

—Si tu hambre de gloria es tan monstruosa y alocada que estás dispuesto a sacrificarte por ella, adelante. No te lo voy a impedir.

—Espera. Aún me queda algo por saber.

—Pregunta.

—¿He sido yo quien deseaba venir hasta aquí para hacer realidad mi deseo de destruirte…? ¿O lo has provocado tú para satisfacer tu propio deseo de morir, manejándome, provocando las circunstancias adecuadas, moviendo los hilos de nuestras vidas detrás del escenario? ¿Es auténtica mi decisión o tienes tú algo que ver en ello? ¿El que invadió mi ser, y yo mismo, tomamos juntos esa decisión, o la tomaste tú por nosotros?

Su sonrisa se ensancha.

—Eso, mi estimado sigra, ni yo mismo lo sé.

Aprieto los dedos sobre el puño de la espada y hundo la barbilla en el pecho. No hay relámpagos, cortinas de fuego ni lluvias de metal al rojo vivo; el Vigilante se limita a esperar mi golpe. Su rostro está iluminado por una solemnidad y una serenidad fascinantes. Me parece que estoy ante una estatua de carne y hueso, un ser vivo que se hubiera desprendido de todas las mezquindades y bajezas y hubiese quedado envuelto por la auténtica divinidad.

El vello de la nuca se me eriza, pues él es lo más parecido a un dios que puede llegar a ser un hombre. ¿Acaso tengo derecho a arrancar el hálito de su pecho para encumbrarme sobre mis semejantes? ¿Quién soy yo para darle muerte?

Pero la debilidad pasa. Yo soy Dargor Atur, sigra de Sarlia. Merezco la gloria imperecedera y la tendré.

Hundo la espada en su túnica y le atravieso el corazón. No se mueve. Ni siquiera sufre un leve espasmo. Su mente ha dominado de

tal modo la carne que esta ni siquiera produce dolor ante el impacto del acero. Hundo la espada hasta la empuñadura y sonrío, pues se trata de la misma arma que mató a Nigur. Los ojos del Vigilante se abren mucho y miran más allá de mi rostro. Parecen expulsar vaharadas de una energía sutil e invisible y noto un vértigo que no afecta a mis entrañas, sino a mis pensamientos. Esos ojos que han contemplado asuntos prohibidos a casi todos los mortales se abren más y más, aceptando la muerte. Y su pecho seco, de pronto, comienza a sangrar. El líquido escapa a borbotones. Sigue mirando a través de mí, con las pupilas dilatadas, hinchadas de brillo. Una sonrisa maravillada abre su rostro y lo llena de paz.

—Así que es así… —musita, con voz suave.

Se tambalea.

Retrocedo un paso y me agarro el pecho. La ponzoña recorre de nuevo mis venas. Empiezo a ver doble y a jadear. La ola negra se ha alzado otra vez, dispuesta a engullirme.

Él levanta una mano, sonriendo como un niño maravillado, intentando acariciar el aire, quizás tratando de tocar una belleza sublime y escurridiza.

Me vuelvo y echo a andar, renqueante y a trompicones, hacia el patio donde dejé el erco. Tengo muy poco tiempo antes de que el Vigilante expire. Entonces, apagada su mente, la Roca caerá y se estrellará contra la tierra, y yo no quiero convertirme en pulpa rojiza, aplastada por los escombros. Debo apresurarme. Toso y jadeo. Los miembros intentan anclarme a las baldosas, pero sigo avanzando. Empujo las puertas, que ceden.

En el exterior se encuentra mi erco, aún atado al árbol. Caigo al suelo y me levanto a duras penas, sintiendo el miedo corretear por mi columna. No puedo morir aquí, ¡no aquí! ¡He de llegar a Sarlia! Con dedos sudorosos y temblorosos deshago el nudo que ata a mi animal, subo a la silla y casi me caigo sobre su cuello.

—¡Vuela! —grito—. ¡Vámonos!

Tiro de las riendas y clavo las espuelas. El erco bufa y muge, y aletea, levantando polvo y tierra. Se levanta y planea, alejándose de la Roca. A través del viento y de mi turbación veo otros ercos, que se me acercan con rapidez. El primero de todos los jinetes alados es Valia.

No solo era el otro, el parásito, quien la amaba. Desde las sombras yo también he aprendido a quererla, pues he visto el brillo de sus ojos y su sonrisa, he probado el placer de su carne suave y caliente y en todo ello he contemplado su corazón salvaje y dulce de mujer enamorada. Ella es mi sigra.

—¡Dargor! —grita—. ¡Ya podemos acercarnos a la Roca!

—¡Largo! —contesto, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Fuera! ¡Hay que irse!

Paso entre ellos, moviendo el brazo para indicarles que me sigan. Así lo hacen.

Oigo un grito femenino a mi espalda, seguido de otros muchos, cargados de asombro y horror. Me vuelvo para contemplar un espectáculo imposible de olvidar:

La Roca cae.

Va empequeñeciéndose a medida que se aleja de nosotros y se acerca al suelo, allá abajo, a muchas decenas de tornes de distancia. Empieza a girar sobre sí misma igual que una gran pelota y sin emitir un solo ruido continúa menguando…

…Hasta que se estrella por fin contra el suelo, abriéndolo y desgarrándolo, hundiéndolo bajo su peso. Las masas de tierra emergen en tremendas olas parduscas y grises, que suben hasta alturas prodigiosas y caen después en forma de lluvia de polvo granizado. La Roca se parte y desgarra en muchos trozos, por entre los cuales continúan subiendo nubes cada vez más oscuras y densas. Desde las alturas veo cómo el palacete se hace pedazos y es al instante engullido por una masa de piedras destrozadas. Sus torres saltan en trozos, igual que palitos arrojados al suelo, y la polvareda se los traga.

Nos llega el sonido del impacto, como un trueno profundo y cavernoso. Después asciende un rumor de crujidos y chasquidos, cuando incontables piedras y cantos ruedan unos sobre otros y se fragmentan aún más.

Los jinetes del aire estamos atónitos, sojuzgados por las imágenes de esa lejana devastación. Las nubes de polvo comienzan a difuminarse y aparece un esbozo del desastre: una masa irreconocible de piedras negruzcas, empotrada en el paisaje de tierra parda, salpicada de puntitos verdosos, los restos de hierba y maleza. El impacto ha abierto un cráter cuyas laderas parecen hechas de una carne ocre y desgarrada.

La quietud vuelve a dominar el mundo.

—¡Vámonos! —grito—. ¡Volvemos a Sarlia!

A pesar de mi agotamiento consigo dominar al erco para poner rumbo al hogar. Mis amigos los generales y el resto de las etrianas me siguen de inmediato, aturdidos y silenciosos. Ni siquiera Valia osa decirme nada. El asombro y la admiración de todos ellos crece y crece. Ante sus ojos no soy un mortal más. Me he convertido en un asesino de dioses.

Despierto poco a poco y de manera esforzada, luchando por recuperar cada ápice de consciencia. Noto en primer lugar el calor de mi cuerpo, que me cubre como un sudario ardiente, y el martilleo de mi corazón. Siento que estoy tumbado sobre una superficie blanda, arropado por sábanas de tela suave. Mi cabeza reposa sobre una almohada fresca y mullida. Intento abrir los ojos, pero mis párpados pesan demasiado. Los miembros están entumecidos, vibraciones acalambradas y olas de frialdad los recorren. Oigo las voces, pero están lejos, tanto, que apenas son otra cosa que murmullos apagados e ininteligibles. Deseo con tanta fuerza moverme, volver a la vida… Abro la boca, que noto pegajosa y seca, y trato de hablar. Pero mi voz se pierde en un ronquido áspero. Las voces incrementan su volumen, suenan excitadas, ascienden hasta convertirse en algo que puedo entender:

—¡Ya despierta! ¡Dargor!

—¡Amor mío! —Siento unos labios que se aprietan contra mi mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Dioses… Es fuerte como una manada de argos. Ya debería estar…

—¡Escuchad al sigra! ¡Quiere decirnos algo!

—Agua… —gimo.

—¡Dadle de beber!

—¿A qué esperáis, necios? ¡Traed néctar, agua y vino!

—No, Cuervo, el vino es inconvenien…

—¡Silencio! ¡Sé lo que necesita el sigra!

Hay un revuelo de voces y pasos y vuelvo a caer en las tinieblas…

…Entre ellas se abre paso la figura pequeña y rechoncha del Vigilante, con una espada clavada en el pecho… Comienza la carrera de los Juegos de Esclavos de Uriana, ¡y yo he de vencer…! El luchador me golpea con sus puños en el estómago y la cabeza, pero me recupero y devuelvo el ataque… Nigur me sonríe desde el trono de sigra y su rostro cadavérico brilla con crueldad e inteligencia… Tiro de las riendas de mi erco para adelantar a Valia, adentrándonos ambos en las gargantas rocosas del Laberinto… Miles de guerreros sarlios desfilan ante mí, levantando sus lanzas… En la batalla busco el estandarte del líder de los bárbaros… Hay otros combates, contra ciudades enemigas de Durba o contra los asquerosos alais… Pendones, banderas, cadáveres, aceros y gritos de dolor…

—¡Sujetadlo! ¡Está delirando!

…Siento los labios de todas y cada una de las esclavas que me complacieron, desde que llegué a la edad viril… Pero sus imágenes confusas se desvanecen ante el poder de unos ojos verdes y apasionados… Valia… Valia…

—Amor mío, bebe el agua… Tranquilízate… Estoy aquí, junto a ti.

Noto un borde duro contra los labios y los dientes y el líquido fresco inunda mi boca.

—Despacio, señor. No te impacientes.

—¡Dadle vino, maldita sea! ¡Eso es lo que necesita!

El agua fresca cae por mi garganta y mi barbilla, haciéndome renacer. Abro al fin los ojos, hallando en primer lugar el rostro pálido y cansado, pero lleno de amor, de Valia. Hay más personas en la estancia: el Cuervo, Sorcán, Aldel, Tebá y un hombre desconocido, con la túnica y las insignias de los físicos. Se sientan en la enorme cama sobre la que reposo, inclinándose sobre mí, algunos casi tumbados en las sábanas. Lejos, descubro otras gentes, nobles y altos generales que he visto en variadas ocasiones, y cortesanos y sirvientes. También están allí Tala e Irla, mirándome desde cierta distancia, con los rostros pálidos y los ojos enrojecidos por la pena.

Valia me abraza con fuerza y siento de nuevo su boca besando mis labios, mis ojos, mi frente. Sus lágrimas humedecen mis mejillas.

—Has despertado, cariño —susurra, con su voz ronca de fuego dulce—. Has vuelto.

A pesar de que aún siento la debilidad letal royéndome por dentro, estrujo con fuerza a la mujer que amo, la aprieto contra mí. Nos besamos durante muchos latidos.

Al separar nuestros labios veo que mis amigos se han retirado de la cama, mirando con cierta incomodidad la escena. Irla se ha metido bajo los brazos de Sorcán, apoyando su frente en el pecho masculino, y hay una sonrisa entristecida en su fino rostro mientras nos mira a Valia y a mí.

Valia se limpia el llanto con el dorso de la mano. Busca con los ojos al hombre que viste la túnica de los físicos y él le responde con una lúgubre mirada, y niega con la cabeza, despacio. Noto que el cuerpo de Valia se tensa. Se vuelve otra vez hacia mí y me pasa sus dedos por los cabellos, haciendo un esfuerzo por mantener la sonrisa.

—Dargor… Dargor.

Sorcán echa una mirada al físico. A pesar de que hablan entre murmullos, oigo la respuesta del sanador:

—Unas cuatro o cinco clepsidras, ahora que ha despertado.

Sorcán asiente, se deshace con suavidad de Irla, que aún nos mira embelesada, y da fuertes golpes con las palmas.

—Este momento no nos pertenece —dice, en voz muy alta—. Salgamos todos fuera y dejémosles a los dos hablar tranquilos. —Me mira, haciendo un esfuerzo por parecer burlón—. No creas que te librarás de nosotros, amado sigra. Volveremos a verte.

Asiento.

—No moriré antes de ello.

—¡Puedes jurarlo! —exclama Tebá, con la voz quebrantada. Aldel pasa un brazo por sus hombros cuando el pequeño general sufre la primera convulsión del llanto.

Nadie protesta por la orden de Sorcán y poco a poco la sala va vaciándose.

Solo queda un personaje en ella, además de Valia y yo. Nadie osa pedirle que se marche.

—No me iré, Dargor —dice el Cuervo. Su rostro está más viejo y ajado, cortado por el dolor—. Me quedaré contigo hasta el último instante. —Echa mano del puño de la espada—. Y nadie lo impedirá.

Asiento con la cabeza.

—Sigue en esta sala, Cuervo. Valia y tú sois ahora lo más precioso para mí.

El viejo general me mira, inmóvil durante un momento. Luego, como aturdido, busca un diván lejano sobre el que se deja caer. Desde allí, en las sombras, puede vernos. Pero no oírnos.

A Valia nada de esto le hubiera importado porque es de Etria; seguiría pegada a mí aunque la sala estuviese abarrotada de gente. Me acaricia el rostro con suavidad.

—Desde el primer momento que te vi, Dargor, supe que había en ti algo especial —me susurra, pegando su frente a la mía.

»Al principio creí que era simple atractivo. Te odiaba, pero también te buscaba. Me sentía aterrada y feliz al mismo tiempo. ¿Tú crees que eso es posible? Pues así fue. Al final, comprendí que eras tú el destinado a robarme el corazón y llevártelo lejos de mi pecho.

—Valia… —Le tomo la barbilla con el pulgar y el índice, levantando su rostro hermoso y apenado—. Significaste, y significas, demasiado para mí. Tú también me hechizaste, desde el primer momento que te puse la vista encima.

»Te quiero.

Sonríe con los ojos y la boca y me vuelve a acariciar el rostro.

—En el fondo ya lo sabía, pero me gusta escucharlo. Dilo una vez más.

—Te quiero, Valia.

Cierra los ojos y aspira hondo.

Cuando los abre, hace esfuerzos por mantener sereno el rostro, pero se le contrae en una mueca de sufrimiento. Logra recomponerlo y suelta el aire con fuerza.

—¿Y qué voy a hacer ahora, Dargor, cuando ya no estés? El mundo será un pozo de cenizas si no puedo sentir tus brazos ni ver tu sonrisa.

—Volverás a Etria. Hay un trono de sigra que está esperándote. Debes gobernar a tu gente.

Mira hacia un lado, como espantada.

—Me convertiré en una vieja reseca y solitaria, igual que mi madre.

Las dos salimos del mismo molde; estamos condenadas a gobernar Etria después de haber perdido lo que más queremos.

—Tienes un deber para con los tuyos. Nunca lo olvides, Valia. Además, habrá otros hombres. Volverás a reír. No estarás sola.

Me mira y niega con suavidad, sonriendo con tristeza.

—Puede que haya otros, no lo sé, pero te equivocas, porque sin ti siempre me sentiré sola.

»Abrázame, Dargor.

La atraigo hacia mí y apoya su cabeza sobre mi pecho. Ambos permanecemos inmóviles y tumbados en la gran cama, en silencio.

Paseo la vista por la estancia. Es el aposento del antiguo ornai. Soy ya sigra de Sarlia, pero me han traído a mi habitación, llena de estandartes, trofeos y panoplias, de glorias y recuerdos victoriosos que inflan de orgullo mi pecho.

Miro hacia un rincón determinado de la estancia, donde el Cuervo aún sigue sentado en su butaca, como una efigie de metal que protegiese mis últimos momentos.

—Valia. He de hablar con el Cuervo.

Ella se despega poco a poco de mí, con renuencia.

—¿Quieres que me vaya, Dargor?

—No. Quédate en la sala, pero toma asiento en una silla o en el extremo de la cama. No deseo incomodarle.

—Está bien. Lo entiendo.

Se levanta y se sienta en un escabel, no lejos del tálamo.

—Cuervo. Ven.

El viejo guerrero se levanta de un salto y en tres zancadas ya se encuentra arrodillado a un lado de la cama, humillando la cabeza.

—Di, mi señor. Ordéname lo que quieras.

—Levántate y acerca una silla. Quiero que estés sentado, no postrado, para hablar contigo.

Con la misma celeridad hace lo que le he pedido, como si obedecer fuera lo más importante en todo su universo de códigos y obligaciones. De tal modo, quizás, es como mejor sabe demostrar el aprecio que siente hacia mí.

Cuando ya está sentado, vuelvo la cabeza en mi almohada para mirarle.

—¿Estás bien, señor? ¿Necesitas…?

—No, querido Cuervo. No necesito otra cosa que tu compañía.

Baja la cabeza, apesadumbrado.

—Me hablas de un modo que no merezco, mi sigra.

—Escúchame. Te ordeno que olvides durante unos instantes que soy sigra. Mírame igual que a ese niño al que enseñaste a empuñar su primera espada de madera.

Aprieta los labios, como si los recuerdos le dolieran de un modo

casi insoportable, y asiente un par de veces.

—Lo intentaré, señor.

Mi vista vuela con suavidad, hasta el busto de Amáer Atur.

—Cuervo… ¿Crees que Amáer Atur estaría orgulloso de mí?

—¡Señor! Tu padre tuvo… sus defectos, pero estoy seguro de que en el fondo no era un mal hombre. Todo lo malo que viste en él fue por culpa de Nigur y de los excesos con el vino.

Sonríe con un lado de la boca, haciendo más profundos los surcos de su rostro.

—Le conocí cuando era joven, pues él y yo nacimos en fechas cercanas. Fue un magnífico guerrero y un gran gobernante, hasta… Hasta que comenzó a perderse en la bebida.

Baja la cabeza, avergonzado.

—Perdona mis palabras, Dargor.

—No hay nada que perdonar. Escúchame. ¿Por qué crees que Amáer Atur se dio al vino, buscando la muerte en vida?

El Cuervo niega con la cabeza, despacio, sin levantar la mirada.

—No lo sé, señor.

—¿Sabes lo que pienso? Que él nunca me quiso.

—¡No digas eso! ¡No digas jamás…!

Alzo la mano y le miro. Hay un asomo de miedo en sus ojos. Desvía la vista hacia un lado.

—No, Cuervo, ¿para qué engañarnos? Durante muchos furás intenté complacerle de mil maneras; quería que se sintiera orgulloso de mí… Pero, hiciera lo que hiciese, no me dedicaba ni una sola palmada en la espalda, ni una palabra de aliento. Solo recibí de él enojos y reproches. Y al final yo también acabé odiándolo.

—Son palabras muy duras. Recapacita, señor.

—Mi padre también odiaba a mi madre, pero eso solo ocurrió a partir de mi nacimiento; según las cosas que me contaban los hombres mayores, antes de que yo viniera al mundo mi padre la adoraba. A su manera, claro. Y sin embargo, todo cambió después de mi aparición en escena.

El Cuervo clava sus ojos en el suelo y permanece silencioso.

Continúo:

—Hay otras cosas, retazos y piezas sueltas que no terminaban de encajar en mi mente. Por ejemplo, Amáer Atur siempre deseó tener otro hijo, pero solo me tuvo a mí. Muchas veces me dijo que yo había dejado a mi madre seca por dentro, que llevaba el mal en mí, porque después de mi nacimiento ella nunca volvió a quedarse embarazada.

»Lo más sorprendente es que Amáer Atur lo intentó con otras mujeres, esclavas y cortesanas oportunistas; quiso tener hijos con ellas, pero nunca lo consiguió.

Le miro y vuelve a desviar la vista hacia las baldosas. Su rostro

palidece.

—Señor. Por favor, no sigas dándole vueltas a este tema. Te lo suplico.

—Había algún problema con su simiente. Amáer Atur era estéril.

Queda inmóvil como una estatua, mirando hacia el suelo.

Valia, que lo ha oído todo, también queda quieta, mirándonos con los ojos muy abiertos, sin atreverse a entrar en nuestros asuntos.

Sigo mirando al Cuervo, pero él se niega a levantar la cabeza.

Vuelvo a hablar:

—Eso explicaría su incapacidad de fecundar a ninguna otra mujer, por mucho que deseara tener un segundo hijo. Él también conocía su esterilidad, pero reconocerlo hubiera sido reconocer en público dos inmensas vergüenzas para un sigra: una, que era incapaz de producir un vástago para Sarlia; y dos, que su esposa le había sido infiel, concibiendo un niño que no era suyo.

Nadie me contesta. Los músculos del Cuervo se tensan y oigo su respiración forzada. Miro hacia el techo y mi voz suena vacía:

—Así, no resulta extraño que Amáer Atur dejara de amar a mi madre después de tenerme a mí. Al fin y al cabo, yo era la prueba viviente de que ella le fue infiel. Pero Amáer Atur tenía los labios sellados; jamás podría echarle nada en cara, so pena de reconocer su propia esterilidad.

»Y también me parece ahora comprensible la razón de que siempre me odiara. Tenía que soportarme como ornai, a mí, que era el fruto de la traición de su esposa. Debía tratar como suyo a un hijo que no lo era.

»Quizás eso fue lo que acabó con él en realidad, llevándole a la bebida y de ahí a los brazos de Nigur. No es extraño que el sumo sacerdote del Culto utilizara la espada envenenada de Amáer Atur para darme la muerte, como un acto de justicia poética; así, de algún modo, Amáer Atur participaría en mi muerte, aunque ya estuviera él mismo muerto. Nigur podía ser un malvado, pero tenía momentos de genialidad.

El Cuervo niega con la cabeza, muy tenso. Me parece un niño grande a punto de sufrir una rabieta. Le oigo tragar saliva. Pongo una mano en su hombro y me mira, con el rostro desgarrado por el sufrimiento.

—¿Cómo era mi madre, Cuervo?

El color parece escapar de su faz y se le abren mucho los ojos. Se relaja poco a poco y entorna la mirada.

—Tu madre… Era una mujer elegante y hermosa, pero desdichada.

—Incluso antes de concebirme a mí.

Asiente, apretando los labios.

—Sí. Fue un matrimonio de conveniencia. Amáer Atur la quería de

veras, pero era rudo y superficial y no sabía tratarla. Aquella mujer se sentía muy sola.

—Quizá se fijó en otros hombres.

Me mira, con unos ojos vacíos que poco a poco van llenándose de pena.

—No fueron muchos. Apenas uno o dos. Y no por lujuria, sino por encontrar unos oídos que quisieran escucharla y unos ojos que desearan entenderla.

—¿Tú la querías, Cuervo? —pregunto.

—No sigas, Dargor. Te lo suplico.

—Lo siento. Perdóname.

—No eres tú quien ha de ser perdonado. No eres tú, Dargor.

—Tú tampoco. Aquello ocurrió hace demasiado tiempo. No se debe cargar durante tantos furás con un peso tan grande. Nadie lo merece.

Baja la cabeza de nuevo y sus hombros tiemblan. Comprendo que está llorando, en silencio. Le vuelvo a coger del brazo y él me aprieta la mano.

—Siempre te vi a mi lado, Cuervo, desde que tengo uso de razón. Me cuidaste más allá del deber. Fuiste mi guía, mi antorcha, mi muleta, mi espada y mi pergamino. Te entristecías con mis tristezas y te alegrabas con mis alegrías. Dejaste de tener vida para ser la sombra de mi propia vida. Siempre sirviendo, sin pedir nada a cambio…

»Y a veces… A veces incluso llegué a imaginar que si no tuviera ya un padre… Tú hubieras sido para mí el mejor de los padres.

Ambos quedamos enganchados por los ojos, durante demasiados latidos. Al final, el Cuervo hincha el pecho y me agarra a mí también de un hombro.

—Y si yo hubiera tenido un hijo, mi sigra… Ojalá que ese hijo hubieras sido tú.

Sigo mirándole, sintiendo un cariño inmenso hacia este gran hombre.

Suspira con fuerza y se levanta, recomponiendo su aspecto.

Vuelve a alejarse de mí. Vuelve a ser el viejo general. Vuelve a ser mi sombra, negra como el plumaje de un cuervo. No puede ser de otro modo y ambos lo entendemos. Resultaría demasiado doloroso abrir de par en par unas puertas que han estado siempre cerradas. Y de todos modos, ya no hace falta abrirlas. Basta con mirarnos para recomponer lo que hasta ahora había permanecido incompleto y confuso… Y hacerlo brillar.

—Mi señor —dice, con voz aún quebrada—. Los demás quieren verte también.

Luego, echa una mirada a Valia. Los dos nos habíamos olvidado de ella. Nos mira con dulzura y serenidad. El Cuervo ya no siente hostilidad hacia esta etriana, puedo notarlo, pues al fin y al cabo los

dos aman, cada uno a su manera, al mismo hombre. Se reconocen como amigos. Como parientes.

—Sí. Quiero que pasen. Quiero verles una última vez.

Van entrando en silencio.

Sorcán pasa junto a Irla, le siguen Aldel y Tebá, y viene también Orblad, el viejo pensador ciego, ese hombre lúcido e implacable. Por orden mía no entra más gente en la sala. El momento quedará reservado solo para las personas que de veras aprecio y respeto. Solo falta Urbá, que luchó junto a mí en mis tres últimas batallas contra los alais, las dos primeras en las cercanías del Cinturón y la última en Oriolea. El general fronterizo no ha podido venir a tiempo para que le dé mi último adiós, pero le deseo, como al resto, la mejor de las suertes.

Les llamo con un brazo para que se acerquen a la gran cama, donde continúa sentada Valia, tomándome de una mano. El Cuervo sigue en pie, dominándolos a todos, como el fiel guardián que siempre ha sido.

El enérgico y osado Tebá parece ahora falto de palabras, viendo cómo muero ante sus ojos. Pero abre la boca y echa por fin a hablar:

—Deberías ver el bullicio que hay ahí fuera. Y todo por tu culpa.

—Las gentes se apiñan ante las puertas del Palacio del Poder —continúa Aldel—. Desean verte, Dargor, lo desean de veras. La muchedumbre grita tu nombre; ellos te aman por completo; si cuando eras ornai muchos te querían, ahora toda Sarlia te adora. Sin duda, eres el sigra más aclamado de toda nuestra historia.

—Has liberado a Sarlia de la invasión alai —dice Tebá, con los ojos brillantes—. Eres el salvador de esta tierra. El relato de tus aventuras en lugares lejanos ya corre de boca a oído, hinchándose más y más. Tanto para el humilde como para el poderoso, te has convertido en un héroe legendario.

Orblad se adelanta, sonriendo con esa mueca ácida y sarcástica de siempre, y palpa en el aire hasta encontrar mi mano.

—No solo eso —dice, vibrando la emoción en su voz recia y bien modulada. Sus dedos fuertes me tocan la cara y se sienta sobre el borde del colchón—. Podrías haber vencido a los hombres o a los alais y tu fama por tanto hubiera sido trascendente, pero lo más maravilloso e increíble es que acabaste con el Vigilante. Destruiste a un dios. Toda Sarlia vio su roca caer desde las nubes y estrellarse contra el suelo. Miles y miles de furás de misterio y temor han desaparecido. Ya no vivimos bajo la sombra de un poder superior. El Culto está casi eliminado, a punto para descomponerse, y por tanto los futuros Nigures deberán buscarse otro terreno donde medrar. Y todo ello gracias a ti.

»Los poetas no escatimarán su admiración cuando canten tus hazañas y los escultores intentarán encerrar en su obra la grandeza de tu recuerdo. Pervivirás en la memoria de Sarlia durante muchas

generaciones. Si un mortal es digno de la gloria imperecedera, ese es Dargor Atur, sigra de Sarlia.

—Siempre quise eso que los hombres llaman gloria —contesto.

—La has ganado —responde Orblad.

—Pero todo tiene su precio.

—Es cierto, y pocos están dispuestos a pagarlo. Por eso el templo de los grandes está casi desierto.

No respondo.

Orblad entrecierra sus ojos ciegos, pensativo.

—Nadie ha osado preguntarte sobre el tema, sigra de Sarlia —dice —. Quizás teman incomodarte o aún tengan miedo de los fantasmas del pasado; pero yo sí abordaré el asunto: ¿qué pasó allá arriba, en la Roca del Vigilante?

—Me enfrenté a él en su templo.

—¿Cómo era?

Noto que en la sala se tensa el silencio, pariendo una quietud ominosa. Es cierto que todavía no le he contado a nadie mi experiencia en la morada flotante. He borrado la presencia del Vigilante, pero su recuerdo aún se extiende sobre los hombres, como una pesada manta. Recuesto la cabeza en el almohadón y miro hacia el techo.

—Era un monstruo, un ser de pesadilla. Tenía cuerpo humano, aunque muy peludo y musculoso, y cabeza de nayú.

Noto el terror de todos los presentes, salvo Orblad, que permanece tranquilo. Frunce el ceño.

—¿Hablaste con él? ¿Te dio alguna explicación sobre sus poderes?

—No. Solo luchamos, y al final le atravesé su corazón con mi espada. Antes de que su vida y su magia se desvanecieran y por tanto cayera la Roca, tuve tiempo de volver a mi erco y huir.

—Así pues, el Vigilante no era más que un ser horrendo, un monstruo, como aquellos con cuyos relatos se asusta a los niños.

—En efecto, Orblad. No había más. No supe más.

El viejo pensador queda inmóvil y boquiabierto.

Al fin, sonríe con esa expresión suya, feroz y burlona, y me palmea con fuerza el cuello y una mejilla. Me acaricia el resto de la cara.

—Dargor, siempre preferiste los aceros, pero qué magnífico pensador hubieras sido…

—Tuve al mejor profesor.

—Uno que sabe entender cuándo las preguntas no son bienvenidas. Señor, te llevas mi auténtica admiración y mi agradecimiento. Si hay algo que salvaguardar de la especie humana, son los individuos como tú.

A través de sus dedos siento el aprecio que siente por mí. Sonríe, con cierta perfidia y cierta alegría.

—Una vez pensé que el Dargor que yo conocí se había ido para siempre. Pero ha vuelto. La carne puede convertirse en polvo, pero la esencia jamás perece. Por tanto no me despido de ti con un adiós, sino con un hasta pronto.

—Hasta pronto, Orblad, lúcido, implacable, afilado pensador.

El ciego suelta una carcajada, pues le han encantado estos epítetos. Pero hay un deje triste en su última risa y comprendo que sufre por mi próxima muerte más de lo que desea aparentar. Mis mejores deseos van con él.

Cuando se retira, el Cuervo toma la palabra:

—Señor, hay un asunto que debe tenerse en cuenta de inmediato, dadas las circunstancias. La sucesión.

—He pensado en ello —respondo—. Debo elegir un nuevo sigra, que gobernará Sarlia hasta las próximas elecciones. ¿Quieres tú ese honor?

El Cuervo parpadea y se pone casi rígido.

—Creo que nuestro veterano amigo sería un magnífico sigra —interviene Sorcán.

—Nadie sabe más que él sobre el arte de la guerra —dice Tebá.

—Y también goza de sabiduría para gobernar durante la paz —contesta Aldel, mirando con simpatía al Cuervo, mientras se acaricia la barba.

El viejo general niega con la cabeza, lleno de emoción.

—No deseo tal responsabilidad sobre mis hombros. He nacido para guiar, acompañar y servir, y prefiero que sea otro el sigra de Sarlia. Mi cometido será protegerle y darle consejo. Tal es mi lugar.

Sorcán y Aldel parecen a punto de protestar, pero el Cuervo les mira y desisten de su empeño. Intentar cambiar su opinión es como tratar de abrir una montaña a puñetazos.

—Está bien. —Sonrío al Cuervo, que a su vez sube un poco la comisura de sus labios—. El más sabio es el que mejor se conoce a sí mismo y tú nos lo has demostrado, tanto en el pasado como ahora. Debo elegir a otro para el cargo de sigra.

»Y ese serás tú, Sorcán.

El aludido me mira con los ojos muy abiertos.

—Hay otros hombres más experimentados, mi sigra.

—Puede ser, pero tú a su edad serás cuatro veces más razonable y astuto que ellos. Y no te falta decisión ni fuerza de voluntad, cosas necesarias para dirigir el destino de Sarlia, siempre rodeada de enemigos. No quiero a los otros. Te necesito a ti. Ante vosotros, mis testigos, te declaro sucesor en el trono de Sarlia. De tu comportamiento derivará el que en las próximas elecciones perdures en el cargo o seas relevado por un candidato más capaz.

Sorcán traga saliva, pálido, como si hiciera un esfuerzo por

aguantar la carga que le acabo de echar encima. Pero su rostro se vuelve más grave y parece ganar fuerza y dignidad.

—No merezco este honor, mi sigra, pero acepto. Lo haré lo mejor posible, empeñando hasta la última de mis energías y el último brillo de mi inteligencia.

—Sobre todo eso último es lo que debes cuidar, la astucia y la habilidad. Tenlo presente.

—Lo tendré.

—Además habrá una buena mujer a tu lado para suavizar lo más duro de tu a veces hosco carácter. —Sonrío a Irla y ella me corresponde con dulzura. Ambos sentimos que se ha deshecho cualquier resquemor, amargura o incomodidad que pudiera quedar entre nosotros—. Estoy seguro de que será una magnífica sigra.

—Gracias, Dargor —responde ella.

—Yo también estoy seguro de ello —contesta Sorcán, mirándola con una sonrisa.

Le echo una mirada severa, señalando con la cabeza a Valia, aún sentada a mi lado.

—Una cosa has de tener presente, Sorcán. Hice un trato con Etria y lo cumplirás: esa alianza será fructífera para los dos pueblos y, por muchas presiones que recibas, no te apartarás de ella.

—Juro que estando yo en el trono se hará así —responde él, echando una mirada sincera a Valia, que asiente con una expresión semejante.

A su vez, ella dice:

—También yo garantizo que Etria no se desviará de la paz y la amistad con Sarlia. Siempre que nos llaméis, acudiremos.

—El acuerdo es recíproco —digo, dirigiendo una dura mirada a Tebá, Aldel y el Cuervo. Pero sé que ya no habrá más protestas por su parte, pues vieron por sí mismos que en la batalla de Oriolea las mujeres de Etria no se comportaron precisamente como damiselas asustadizas. Una vez ganado el respeto, las tratarán igual que a los demás hombres.

Tebá y Aldel se acercan para felicitar a Sorcán. Uno le asesta una palmada en la espalda y el otro le agarra con fuerza de un brazo.

—Espero que no te olvides de tus fieles amigos, una vez convertido en pez gordo —bromea Tebá.

—Jamás lo haría, enano. ¡Te proclamaré el jefe mayor de los limpiadores de letrinas!

Tebá le da un codazo amistoso y suelta una carcajada.

—Siempre me pareciste demasiado serio, Sorcán —dice Aldel—. Como un hermano mayor. Es justo que seas tú quien gobierne cuando Dargor…

El momento de alegría desaparece al recordar el requisito

imprescindible para que Sorcán suba al trono.

—Cuando yo muera —termino, sin asperezas en mi voz—. Dentro de poco tiempo. No me queda mucho de vida, pues el veneno trabaja con ahínco; puedo sentirlo dentro, destruyéndome.

Se hace el silencio, una quietud pesada y ominosa.

Les miro a todos… El Cuervo, Sorcán, Irla, Aldel, Tebá y Orblad. Tomo la mano de Valia, que aprieta la mía entre sus dedos.

—Sois mis amigos, mis fieles seguidores. Ahora no desearía encontrarme junto a otros. Os quiero.

—Solo falta uno para completar el cuadro —dice Tebá, con semblante triste—. Quiro.

Recuerdo a Quiro, con su rostro quemado y deforme por mi culpa. Fue alguien que siempre me siguió, aguantando la crueldad de mi carácter sin una sola palabra de queja. Toda esa carga de odio contenida estalló cuando Nigur le convenció para que me matara en aquella batalla contra los alais. Tebá también parece recordar de pronto que Quiro intentó asesinarme y hace una mueca desabrida. Ese es un hecho que los sigras no suelen perdonar.

—Es cierto —contesto—. Falta Quiro. Era el mejor de todos nosotros. El mejor.

El Cuervo y Tebá, que asistieron al amargo fin de Quiro, me lanzan una fugaz mirada de sorpresa.

—Sin ninguna duda —dice el Cuervo—. Él fue el mejor.

Suspiro y cierro los ojos.

Los abro y contemplo una vez más esta sala, el aposento privado del ornai. Paseo la mirada por las panoplias de armas de las paredes, los estandartes, las banderas, los trofeos ganados en los Juegos, las armaduras con rajaduras y bollos, fruto de mis primeras batallas, y los bustos y las figuras victoriosas en mi honor. Aquí fue donde desperté tras mi convalecencia. Entonces yo miraba la estancia desde las sombras de mi prisión mental, como sufriendo una pesadilla en la cual se puede mirar, pero no intervenir. Quien tenía capacidad de actuar era alguien ajeno que me había suplantado y que dominaba mi organismo. Ahora, después de todo, empiezo a dejar de aborrecerle, y pienso que él no tuvo otra opción y que lo hizo lo mejor que pudo. Comienzo a entender que no fue ningún cobarde y de una extraña manera le siento cerca de mi corazón, como si fuera un amigo, un compañero de batallas. Destierro el odio y el rencor y los arrojo fuera de mí, pues en otros momentos cumplieron su cometido, pero ahora ya no me sirven para nada. Sea donde sea que él esté ahora, le deseo lo mejor.

También siento orgullo, al fijarme en el gran mapa de Durba, sobre la pared frente a la cama. Siento que podría alargar la mano y abarcar toda esta inmensa tierra con mis dedos, como si fuera un dios.

—Dadle una espada —oigo la voz de Sorcán—. Es un guerrero.

El Cuervo se me acerca con un arma honorífica y ceremonial, una de las muchas destinadas al sigra de Sarlia.

Levanto la mano y él se detiene. Todos me miran con cierto horror, preguntándose si me he vuelto loco.

—No quiero esa espada.

—Señor. —El Cuervo busca las palabras, anonadado—. Debes empuñar una cuando…

—Quiero la tuya, Cuervo.

Ambos nos miramos y de nuevo sus ojos se humedecen. Saca el arma y me la tiende, tomándola por la hoja. Su mano tiembla al hacerlo. Separo mi diestra de Valia, que ya me aprieta la zurda entre sus dedos, y tomo el arma. La levanto y la miro. Es una espada de combate, sencilla y funcional, con muescas en la empuñadura y ralladuras en la hoja. No tiene ni siquiera una inscripción. Pero ha bebido sangre. Esta es la que quiero tener en mis dedos cuando muera. Su cuerpo refleja los rayos de Croaga, despertando fulgores en su acerada superficie.

Miro hacia el ventanal por el que se cuela el chorro de luz y mis ojos buscan de manera inmediata la Roca del Vigilante, pero ya no hay nada que se interponga entre Croaga y yo. Nada arroja ya su sombra sobre Sarlia.

Dejo caer despacio el acero, hasta que la hoja reposa lánguida sobre mi abdomen. Les miro a todos una última vez. Deseo retener sus figuras y sus rostros, hacerles inmortales en mi memoria. Si hay algún tipo de vida tras mi último aliento, deseo llevarme a los campos eternos todo lo que ellos significan para mí.

He sufrido pesares y amarguras, pero también he alcanzado los mayores honores. Ahora experimento el orgullo y mi herencia es un legado glorioso. Estoy dispuesto a pagar el precio, que no me parece alto. No hay angustia ni temor en mi pecho. La mayoría de los seres humanos temen a la muerte, pero es más doloroso, triste y estúpido temer a la propia vida.

Suelto el aire de mis pulmones en una suave y larga espiración.

Cierro los ojos.

Nota del autor

La primera edición de *El camino del acero* tuvo lugar en el año 2006, gracias a la editorial Ábaco. Tras el cierre de la editorial la novela quedó en el limbo de los libros descatalogados, hasta que la editorial Equipo Sirius la reeditó en el año 2010, aunque solo en forma de *ebook*. También esta editorial cerró y de nuevo la novela quedó en el vacío durante algunos años, hasta que decidí reeditarla de manera independiente en este año 2018, y fruto de tal decisión es la obra que acabas de leer, estimado lector.

No obstante, esta nueva edición no es igual a las dos anteriores. Y no me refiero a la obligada corrección de estilo y ortográfica que se hace en cada nueva edición de una obra escrita, y que lógicamente también he realizado en esta. Me refiero a que he modificado en parte el final. He escrito un final distinto al original. Y ese final distinto es el que acabas de leer.

¿Por qué?, se preguntará cualquiera.

Durante algún tiempo, a medida que pasaban los años, había algo que me reconcomía por dentro respecto a esta novela… Algunos lectores amablemente me habían expresado la crítica de que la explicación por la cual Carlos Alonso Juárez había llegado a Durba les parecía poco clara e incluso forzada. Y analizándolo, me iba dando cuenta de que llevaban razón (los autores siempre debemos leer con atención las críticas, incluso aunque no estemos de acuerdo con ellas). O bien en el primer final la idea era buena y su resolución confusa, o bien la idea era confusa, y punto. Puede que el resultado no fuera tan malo, al fin y al cabo, pero según pensaba en ello más convencido estaba de que me gustaría dar otra explicación, es decir, cambiar la razón por la cual el personaje Carlos Alonso Juárez aparece misteriosamente en Durba, y su relación con el personaje Dargor Atur, todo lo cual constituye el principal misterio de la novela. Esto solo se muestra en el capítulo 55, el único modificado, y por tanto el único que muestro en el apartado *Final original*. En todo lo demás, tanto en los capítulos anteriores como posteriores, la novela no ha sufrido cambios sustanciales y se mantiene prácticamente de la misma manera.

Así pues, paciente lector, que has aguantado toda esta parrafada, en las siguientes páginas te ofrezco ese capítulo 55 original, el antiguo, el que apareció en las ediciones de 2006 y 2010, para que puedas ejercer de crítico, opinar, comparar o simplemente curiosear.

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a José María Bravo Lineros y Pablo Vila Vayá por la elaboración del atractivo y elegante mapa para esta nueva edición de *El camino del acero*.

Y no me olvido del personaje esencial de este libro: tú, estimado lector. Gracias por estar ahí, *al otro lado*.

Andrés Díaz Sánchez.

Final original

55

—¿Cuál es tu nombre? —me pregunta.

—Lo puedes leer en mi mente y ya lo dijiste antes. Me llamo Carlos Alonso Juárez.

—¿De veras lo crees?

—No es cuestión de creencia, sino de realidad.

Sonríe, irónico.

—La realidad. Ah, la realidad…

—Acabemos con los juegos, Vigilante. ¿A qué viene preguntarme cómo me llamo?

—Quiero que descubras la verdad por ti mismo.

Reprimo la impaciencia. Sé que no sacaré nada de él presionándole.

—Está bien. Hazlo a tu manera.

—Tu nombre no es Carlos Alonso Juárez —afirma.

—¿Cuál es?

—Ya lo sabes. Dargor Atur.

Lanzo una carcajada que tiene mucho de ira y amargura. Le señalo con el índice.

—¡Creí tu relato! ¡Creí que conocías todas las respuestas! —Meneo la cabeza, poniendo los puños en la cintura. Él me observa en silencio, muy serio—. Pero ahora me doy cuenta de que no posees ninguna sabiduría respecto a mí. No sabes ni de lo que te hablo. Quizá puedes leer mi mente, pero eres igual de ignorante que todos. También piensas que soy el auténtico Dargor Atur. ¡No lo soy!

Levanta sus dos manos, conciliador.

—Está bien. Lo plantearemos de otro modo. Quiero que me contestes no con la lógica, sino con el corazón… ¿Quién sientes que eres? ¿Dargor Atur, o… ese otro?

Abro la boca, pero de pronto mis labios se inmovilizan. Empiezo a respirar rápido.

—Soy… Yo soy Carlos Alonso Juárez.

—No te pregunto quién eres, sino quién sientes que eres. Olvida los nombres, las etiquetas… ¿Te sientes más como un extranjero en este mundo o como el auténtico sigra de Sarlia? ¿No piensas que ahora, por fin, has alcanzado tu destino, tu máxima aspiración?

Me paso la mano por la cabeza. De pronto, noto una extraña angustia en mi pecho.

—Me confundes, maldito seas… Yo… ¡yo sé quién soy! ¡No he nacido en este mundo! ¡No importa que prefiera ser una cosa u otra!

—Mi voz se alza en un grito mientras me aprieto los puños contra las sienes—: ¡No soy Dargor Atur! ¡No lo soy!

El Vigilante hace una mueca dolorida, empático con mis sufrimientos.

—Sí lo eres.

—¡Cállate! —grito.

Me mira con serenidad y cierto pesar. Comienzo a jadear y a negar con la cabeza, mientras la desazón en mi cabeza y mi pecho comienza a tornarse difícil de soportar.

—¡Eres como ellos! ¡Todos quieren destruirme! ¡Pero no lo conseguiréis! ¡Soy un extranjero, no he nacido en este mundo! ¡Me he adaptado a vuestras costumbres para sobrevivir! ¡Pero soy distinto a vosotros!

—Escúchame, Dargor…

—¡No soy Dargor, maldita sea! —Miro en torno a mí, pues siento que el suelo oscila. Empiezo a toser—. ¿Qué me estás haciendo? ¿De nuevo trasteas en mi mente?

—Podría hacerlo para convencerte de la verdad. Así, no sufrirías por tener que aceptarla. Pero prefiero que seas tú el que despierte por sí mismo, sin mi ayuda.

—Entonces… ¿por qué me mareo? ¿Es el veneno?

—No. Eres tú. Es Dargor, tu verdadera personalidad, que lucha por salir a flote y recuperar su mente.

—¡Necedades!

—¿Quieres conocer lo que te ocurrió? ¿Quieres saber la verdad?

Le miro en silencio, dubitativo, sintiendo un miedo que crece a cada latido.

—Aún puedes seguir en la ignorancia —me advierte.

Decido lanzarme al abismo.

—Desvélame la verdad.

—Está bien. Te la contaré en forma de relato, para que puedas entenderla mejor.

»Hace algún tiempo, el ornai Dargor Atur sufrió un accidente de caza. Se golpeó la cabeza y cayó en el Sueño Profundo.

—Eso ya lo sé —interrumpo, lleno de impaciencia—. Tuvo un coma.

—Puedes llamarlo de tal modo, si te parece.

»Mientras sufría el Sueño Profundo… el coma, Dargor tuvo un sueño, el más vasto y complejo de toda su vida.

»Soñó un nuevo universo. En él había una galaxia llamada *Vía Láctea*, que albergaba una estrella llamada *sol*, que hacía girar a su vez a un planeta llamado *Tierra*, dentro del cual había un continente llamado *Europa*, un país llamado *España* y una ciudad llamada *Madrid*.

»Dargor no se conformó con soñar todas esas invenciones, sino que

además su imaginación desbocada ideó un muchacho llamado Carlos Alonso Juárez, un chico moribundo, víctima de una enfermedad terminal.

»La mente dormida de Dargor Atur se regodeó y entretuvo en sus invenciones, hasta el punto de que se hicieron tan perfectas que terminaron por escapar a su control. Le obsesionaron de tal modo que el inconsciente adoptó como propia la identidad de Carlos Alonso Juárez y desplazó a un segundo lugar la de Dargor Atur. De tal modo, el ornai había creado una segunda personalidad que apartó a la primera y le obligó a despertar.

»Tú, Carlos Alonso Juárez, eres la segunda personalidad de Dargor Atur.

»Cuando emergió del Sueño Profundo, Dargor Atur creía ser ese tal Carlos Alonso Juárez. Su segunda y ficticia personalidad había tomado el control de la mente consciente, hasta el punto de borrar todos los recuerdos de su vida como ornai y adoptar como su propio pasado el cúmulo de invenciones que soñó mientras permanecía inconsciente.

Me contempla con fijeza.

—Dargor, te lo repetiré.

»Sufres de doble personalidad. Tu segunda y ficticia identidad, ese tal Carlos Alonso Juárez, ha tomado el control de tu cuerpo y ha hundido todas tus memorias en el olvido. Pero él es solo una invención. Le creaste mientras dormías. Aún puedes despertar. Aún puedes recobrar tus recuerdos de ornai. Sé que estás luchando con todas tus fuerzas, Dargor Atur, en algún rincón oscuro de tu cerebro. Recupera tu cuerpo y tu mente. Hazlo.

—¡No! —rujo, llevándome las manos a las sienes—. ¡Dargor no existe! ¡Me llamo Carlos y soy de la Tierra! ¡No soy ninguna invención! ¡No sufro de doble personalidad!

—Te presentaré un nuevo argumento a mi favor. Cuando despertaste sabías hablar durbano. Conocías el arte de la esgrima, de la lucha. Eras ya un experto en estrategia militar y utilizaste tácticas efectivas en tus tres batallas contra los alais. ¿Cómo es posible que tuvieras ya todas esas aptitudes y conocimientos, si no eres en el fondo el auténtico Dargor Atur?

»La explicación es que tu mente profunda fue sacando esos conocimientos y aptitudes a flote, bien poco a poco o de golpe, en los momentos durante los cuales tu supervivencia peligraba.

—No puede ser… —gimo, notando las pulsaciones atronadoras en mis sienes. Hay algo horrible que empieza a retorcerse, más allá de mis pensamientos—. Tiene que haber una explicación racional.

—¿Cómo explicas tu amor por Sarlia? —me pregunta, implacable —. ¿Acaso un extranjero moriría por una tierra que no es la suya? No. Ese, como muchos otros, es un rasgo propio de Dargor Atur. Tu

creador.

Aprieto los dientes y consigo volver en mí. De nuevo tengo el control. Se me escapa por entre los dedos como el mercurio, poco a poco. Pero aún es mío.

—Hay algo que no cuadra en tu hipótesis, Vigilante. —Alza las cejas, interrogativo—. Dices que mi personalidad ha sido inventada. Pero no basta con eso. También ese otro yo ha debido inventar, pues, la ciudad en que viví, Madrid, y todos los territorios, países, naciones y pueblos que la rodean. Una parte de mí ha tenido que idear la historia entera de un planeta, sus innumerables complejidades, sus filosofías, sus diferencias, su fauna y su flora. Y si ya de por sí eso parece increíble para un solo cerebro, tuvo que inventar también el sistema solar que lo alberga y la galaxia en cuyo seno se mueve… ¡Y el resto de todo un maldito universo! —Casi sonrío furioso, pues mi argumento resulta fulminante—. ¿Crees que una sola cabeza puede crear todo eso?

Mi alegría se desvanece al contemplar que él no ha cambiado su expresión.

—La imaginación humana es infinita —contesta—. Lo único que la contiene es la mente racional, con sus innumerables barreras y negaciones. Sin embargo, cuando Dargor Atur cayó en el Sueño Profundo, esa mente racional y todas sus fronteras cayeron para que, en el seno de un sueño, la imaginación ilimitada trabajara creando un universo entero, con todas sus complejidades.

»La imaginación, cuando es liberada de la racionalidad castradora, es casi todopoderosa. Trabaja sin descanso y obtiene placer de esa tarea. Ello es así porque puede conectar con más facilidad con el mundo de las ideas. La creatividad del hombre no tiene fin.

»Sí, Dargor, ideaste todo ese mundo mientras dormías. Y podías haber ideado mil más como ese. Millones. Sus partes integrantes ya danzaban en el océano de las ideas. Tú las absorbiste y encajaste unas con otras, para dar a luz tu propia ilusión.

»Ahora, ese universo que inventaste, ese planeta Tierra y todos sus habitantes, giran junto al resto de los infinitos ámbitos del mundo de las ideas. Y lo hará hasta el fin de los tiempos.

Empiezo a reír en forma de toses o jadeos, en los que se mezclan la incredulidad y el horror.

—Ese mundo… ¡Ese mundo existe! ¡Ha de existir en estos momentos! ¡No lo he inventado! ¡Todas las personas que viven en él no son una alucinación! ¡Son reales!

—En su propio contexto ellos se sienten reales y creen que lo son. Pero viven solo dentro de tu propia cabeza, Dargor, y fueron creados únicamente para satisfacer la lujuria de tu creatividad.

»De hecho, hay alguien en la Tierra, ese mundo ficticio, que recoge

por escrito cuanto estás viendo y sintiendo en estos momentos. Lo has creado tú, para que tu historia no se pierda incluso entre ellos, tus propios habitantes ficticios de tu mundo ficticio. Ahora tu propio juglar, y dentro de tu cabeza, escribe esta historia. Ahora, dentro de tu cabeza, alguien la lee. Ahora, dentro de tu cabeza, alguien la olvida.

»Ese mundo que has imaginado sigue girando y girando. Es hijo tuyo, pero ha escapado a tu control. Y continuará viviendo aun cuando aceptes que en realidad eres Dargor Atur.

Retrocedo, negando con la cabeza.

—No… no puede ser. Es mentira. Mi mundo… no es este.

—¡Dargor! ¡No puedes seguir viviendo esta locura!

—Yo no soy Dargor. No…

Me llevo una mano temblorosa a los labios. Caigo al suelo, pues mis rodillas no logran sostenerme. Aquel horror más allá de mis pensamientos se me acerca ahora, sumiéndome en el miedo. Es una presencia nebulosa que sube desde los rincones más profundos de mi mente. Intento resistir, pero es más fuerte que yo. Es una sensación extraña la que experimento, pues tras el pánico intuyo que hay una gran paz, un gran poder.

¡No!

No puedo entregarme. Yo no soy una segunda personalidad, no soy un ente ficticio, creado por la mente de Dargor Atur, el auténtico ornai de Sarlia.

Soy… Soy…

—Acepta la verdad —oigo la voz del Vigilante—. Si no la temes pregúntate a ti mismo, a lo más profundo de ti, cuál es tu auténtico yo.

—Yo soy… —Abro mucho los ojos, sintiendo que por fin caigo al vacío sin fondo. Miro al Vigilante—. No sé quién de los dos soy.

¿Quién soy?

Las puertas se abren y la luz del conocimiento me arrasa. Es un rayo cegador e hiriente. Con él llegan la verdad y la certidumbre más absolutas.

Ahora lo comprendo todo.

El Vigilante tenía razón. No soy más que un parásito en la mente de otro. Me crearon durante un sueño y me hice fuerte en él. Me apropié de un cuerpo que no era el mío para sobrevivir, para evitar ser destruido cuando despertara del coma durante el que vi la luz. Lo hice tan bien que llegué a aceptar como verdad mi propia mentira. Me convertí en Carlos Alonso Juárez. Pero Dargor Atur, la faceta más fuerte de mi mente, aparecía cuando era necesario, cuando se necesitaba el orgullo, la valentía, la astucia y la crueldad. En esos momentos yo retrocedía. Dargor ha ido avanzando más y más, adueñándose de los pensamientos y percepciones que creía míos, pero

que en realidad eran suyos. Su sentido de la moralidad, sus escalas de valores, han ido desplazando a los míos, porque soy un ente secundario. Ha sido un proceso inevitable. Su personalidad es por naturaleza arrolladora y ambas no podemos coexistir en el mismo ser.

Todo aparece ahora claro, sin una sola brizna de duda.

Pero eso no alivia el pánico de mis últimos momentos. Porque esta segunda personalidad que soy yo va a desaparecer de manera fulminante, hundida en el olvido, cuando vuelva la primera a reclamar su venganza.

¡Qué cierto estaba el Vigilante cuando me advirtió sobre los peligros de conocer la verdad! Debería haberme quedado con las ganas de saber. La curiosidad me ha destruido. O quizás no tuve nunca elección. Tal vez fue Dargor, desde su celda en lo más hondo de nuestra mente, el que hacía las elecciones principales, el que me empujaba hacia este preciso momento, sin yo saberlo.

Su presencia invade cada vez más mi cabeza. Es una onda que aturde mi voluntad. Comienzo a llorar, abrazándome a mí mismo, pues comprendo que voy a morir. Mi identidad actual va a perderse, ya que ese trozo de mí que es Dargor vuelve para reclamar lo que considera suyo. Carlos Alonso Juárez, una personalidad ficticia que llegó a creerse su propia mentira, va a desaparecer de un momento a otro.

Cierro los ojos, temblando, dispuesto a recibir el golpe.

Oscuridad. Luces. Figuras, recuerdos, sombras, sensaciones, imágenes que pasan a velocidad de vértigo. La destrucción desgarradora…

…

…

…

…

…

…

…

…

…¡Y la libertad! ¡Al fin alcancé mi libertad! ¡Yo, Dargor Atur, sigra de Sarlia, al fin soy libre!

Sobre el autor

Andrés Díaz Sánchez es un escritor de Fantasía, Terror, Ciencia Ficción y Aventura.

En 2003 fue publicado su primer libro, *Los guerreros sin rostro* (Timun Mas/Planeta), protagonizado por el personaje Skarrion Gunthar, un mercenario vagabundo cuyas aventuras están muy influenciadas por los personajes de R. E. Howard.

En 2004 escribió el guion del cómic de Fantasía e Historia *El espartano*, publicado por Aleta Ediciones.

En 2006 se publicó el segundo libro de Skarrion Gunthar: *La maza sagrada* (Timun Mas/Planeta). También ese 2006 apareció la novela *El camino del acero* (Editorial Ábaco), una historia de aventuras y Fantasía Heroica.

En 2010 se publicó el libro *El Imperio contra Dios* (Editorial Equipo Sirius), en el cual el autor aborda por primera vez la Space Opera, mediante una historia de imperios siderales, aventuras planetarias y combates en el espacio. Ese mismo año la editorial Equipo Sirius reeditó su novela *El camino del acero*.

En 2013 apareció el libro de relatos *Argar, el Hijo del Demonio* (Dlorean Ediciones), donde vuelve a la Espada y Brujería clásica con un personaje que es un cruce entre hombre y demonio, enfrentado a todo tipo de criaturas sobrenaturales.

En 2016 aparece el libro *Burkran, el licántropo* (Dlorean Ediciones), que narra las aventuras de un hombre lobo en un entorno de Terror y Espada y Brujería, y en el que vuelve a aparecer el personaje Skarrion Gunthar. Este mismo año también publicó en formato digital la novela corta de terror *El laberinto del gusano* (Editorial Ronin Literario).

En 2017 se publica *Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo* (Editorial Libros.com), novela que cuenta los años de juventud del personaje Skarrion Gunthar.

En 2018 el autor reedita de manera independiente las novelas *El Imperio contra Dios* y *El camino del acero* mediante la plataforma Createspace.

Blog: Puertas de fuego
http://puertasdefuego3200.blogspot.com.es/

Libros:

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta)
La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)
El camino del acero (2006, Editorial Ábaco. 2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace)
El Imperio contra Dios (2010, Equipo Sirius. 2018, Createspace)
Argar, el hijo del demonio (2013, Dlorean Ediciones)
Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones)
El laberinto del gusano (2016, Ronin Literario)
Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com)

Serie de Skarrion Gunthar:

Los guerreros sin rostro (2003, Timun Mas/Planeta)
La maza sagrada (2004, Timun Mas/Planeta)
Burkran, el licántropo (2016, Dlorean Ediciones)
Skarrion Gunthar. Sangre en el hielo (2017, Libros.com)

Participación en antologías:

Colección Pulp! nº. 1 (2002, Proyectos editoriales Crom)
Colección Pulp! nº. 3 (2002, Proyectos editoriales Crom)
Planeta Neopulp nº. 1 (2015, Dlorean Ediciones):
¡Por Crom! nº. 1 (2016, Editorial Hiboria)
¡Por Crom! nº. 2 (2016, Editorial Hiboria)
Hierro y huesos nº. 1 (2016, Saco de Huesos)
Calabazas en el trastero: Casas embrujadas (2017, Saco de Huesos)
Calabazas en el trastero: Distopías (2018, Saco de Huesos)
Cantos de locura y horror (2018, Wave Books)

Comics (guion):

El espartano (2004, Aleta Ediciones)

Nominaciones y premios:

La mujer de las sombras (guion): Segundo premio del Certamen de Comics Bárbaros de Planeta-De Agostini (1999)

La emperatriz de las ratas: Finalista del II Premio de Novela Corta de Terror Ciudad de Utrera (2014).

Por un puñado de honor: Finalista del Certamen de relatos Historia de un revólver (2016).